J. GUILLERMAZ

HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO (1949-1973)

EDICIONES
DOSCUADRADOS

Cartel de propaganda popularizado durante la Gran Revolución Cultural Proletaria. Un guardia rojo sostiene un martillo, y detrás puede leerse: «Destruye el viejo mundo y crea un mundo nuevo».

HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO (1949-1972)

Jaques Guillermaz

Traducción de
JUAN-RAMÓN CAPELLA

Revisión de
2CUADRADOS

Portada*: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Primera edición en castellano: *1970*

Título original en francés: *Histoire du Parti communiste chinois (1949-1972)*

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Noviembre de 2023

Web: www.doscuadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados

Imagen de la portada: dos jóvenes guardas rojos posan delante de un monumento en el que está inscrita una frase de Mao: “nunca olvidar la lucha de clases”.

«Construiremos un mundo nuevo,
un mundo rojo, el mundo del
pensamiento de Mao Tse-tung».

(«Diario del Ejército», 5-VIII-1967).

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente versión castellana ha tenido en cuenta las correcciones y los añadidos que el profesor Guillermaz ha efectuado a su obra hasta el momento. De ahí la modificación del subtítulo: en efecto, la historia del Partido Comunista chino se cierra en nuestra edición a 31 de diciembre de 1973, con lo que la obra ha quedado notablemente actualizada.

NOTA RESPECTO A LA TRANSCRIPCIÓN DE NOMBRES CHINOS

Lo mismo que en nuestro primer volumen, hemos utilizado el sistema de romanización llamado Wade-Giles, o sistema inglés, preferible al nuevo sistema chino p'in-yin tzu-mu mal introducido todavía en Europa, del que la prensa china en lenguas extranjeras no se sirve y que, salvo para los sinólogos, es muy desconcertante. Hemos hecho una excepción: se trata del nombre Chu En-lai, que hemos conservado así, como aparece habitualmente en nuestras publicaciones. En cuanto a los diversos sistemas franceses, se emplean sobre todo en los trabajos que conciernen a la China tradicional.

NOTA RESPECTO A LOS TEXTOS

Los textos citados corresponden generalmente a la versión francesa de las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Pekín. Algunos, sin embargo, han sido traducidos por el autor, ya sea directamente o del inglés cuando el original chino no estaba disponible.

Nota preliminar

¿Historia del Partido? ¿Historia del régimen? Ésta es la primera dificultad, presente constantemente a lo largo de este segundo volumen. Historia de la manera como el Partido, incluyéndose a sí mismo, ha creado, ha hecho evolucionar el régimen inspirando a un mismo tiempo las alternativas de su propia experiencia, de unas realidades chinas o extranjeras, de una ideología apremiante y dominada por la gigantesca personalidad de Mao Tse-tung, éste es en gran parte nuestro propósito. Si se supone que todos los momentos importantes encuentran su lugar en nuestra perspectiva, ello también implica que sólo los detalles significativos tienen acceso a ella.

La segunda dificultad de este libro resulta de las condiciones generales de la información objetiva en China y a propósito de China. Hasta 1959, el gobierno chino, mientras se mostraba en extremo discreto en sus estadísticas, con una gran inclinación a prohibir la salida de sus publicaciones y con muy poco liberalismo en cuanto a la libre circulación de extranjeros en su territorio, dio a conocer, sin embargo, con arreglo a los dos primeros planes de cinco años ciertas cifras básicas que hacen referencia a la producción y a la población.

A partir de 1959, los desengaños del «Gran salto hacia adelante» y de las comunas populares han determinado un repliegue casi total. Todas las estadísticas en cifras absolutas han desaparecido. Fuera de dos o tres diarios, la prensa china —sobre todo la prensa provincial y las revistas especializadas— se ha ido convirtiendo en más y más inaccesible para el extranjero.

Algunos años más tarde, de 1966 hasta 1968, los desórdenes de la Revolución cultural aportaron a los observadores de los acontecimientos chinos, bajo la forma de pasquines, anuncios, periódicos y murales escritos por los guardias rojos y los «rebeldes revolucionarios», una infinidad de informaciones fragmentarias, a menudo de expresión pueril, pero ricas en cuanto al sentido y a veces fácilmente extrapolables. Durante algunos meses, del verano de 1966 al de 1967 sobre todo, una repentina claridad iluminó diversos rincones de una sociedad hasta entonces mantenida entre tinieblas. El incendio revolucionario revelaba al menos ciertos aspectos del edificio amenazado. Muchos materiales fueron así recogidos para un mejor conocimiento de China. Sin embargo, las estadísticas no tomaron parte en esta cosecha (y sin duda, las autoridades chinas tienen cierta dificultad para informarse exactamente).

Hoy en día la oscuridad ha recaído otra vez sobre el continente chino, cuyo estudio obliga más que nunca a un gran esfuerzo de restitución y de interpretación de los hechos. No es preciso decir que este esfuerzo debe estar obligatoriamente apoyado por el hábito de una prensa que, bajo una aparente uniformidad y un lenguaje convencional, muestra a cada instante lo que quieren y lo que rechazan los dirigentes, por un sólido conocimiento de la China de ayer y por una práctica real de la China de hoy. Es evidente que los trabajos teóricos de los sociólogos y de los economistas a propósito de China son de gran utilidad desde el momento en que no se proponen incluir a este país único dentro de lo general y aplicarle una terminología hecha en principio para unas naciones modernas.

La tercera dificultad es, en efecto, la concerniente al lenguaje. Nuestro vocabulario, sea descriptivo o científico, se refiere por lo general a sociedades desarrolladas a partir de una misma herencia cultural y viva en unas condiciones materiales desiguales, pero comparables. Su utilización a propósito de un mundo profundamente original en su mentalidad, sus estructuras tradicionales, sus niveles de vida y sus grandes problemas, es fuente de perpetua contusión. Los simples términos como «libertad», «familia» y «Estado», evocan en un europeo y en un chino unas imágenes, unas actitudes y obligaciones claramente diferentes. Del mismo modo, los imperativos nacionales son profundamente desemejantes. Si para nosotros de lo que se trata es de vivir mejor, para los chinos se tratará de sobrevivir. Veremos que todo puede encontrarse trastocado, hasta la moral política. No es de extrañar, pues, que hayamos intentado colocarnos en todo lo posible en el interior del sistema chino, no para justificarlo y menos aún para encontrar en él modelos, sino para entrar en las razones y en el pensamiento de los responsables, para comprender los sentimientos y el comportamiento de las masas.

En fin, dado que se trata en un principio de una síntesis destinada al lector deseoso de saber y de comprender sin que por ello deba convertirse en una de las eruditas investigaciones de especialista, este volumen ha procurado evitar la desorientación que pueden acarrear un número demasiado grande de nombres chinos, el exceso de citas y el abuso de las referencias. En compensación, una bibliografía abundante, clasificada por materias, le permitirá profundizar en las cuestiones que desee. Tal fue también la preocupación de nuestro primer volumen.

París, 1 de marzo de 1972.

Primera parte:

LA CHINA NEODEMOCRÁTICA (1949-1953)

«La nueva China se levanta ante nosotros.
Debemos acogerla. Los mástiles de su navío se descubren
ya en el horizonte. Debemos aplaudir su llegada.
¡Tendámosle los brazos! ¡La nueva China es nuestra!»

Mao Tse-tung

I. La China de 1949

En el momento en que el Partido Comunista toma el poder, tiene frente a él una inmensa tarea. Después de la caída del Imperio en 1941, China se encuentra descuartizada entre numerosos clanes político-militares apoyados en un persistente particularismo provincial. Ésta ha sido la situación que ha originado las tan frecuentes y complicadas guerras civiles, por lo general poco mortíferas, pero ruinosas económicamente. A estas guerras se añaden, de 1927 a 1937, diez años de insurrecciones comunistas y revueltas en el interior del movimiento nacionalista, después, de 1937 a 1945, ocho años de guerra contra el Japón, que se había apoderado de Manchuria en 1931, y de nuevo, al fin, a partir de 1946, una última demostración de fuerza entre el gobierno central de Nankin y el Partido Comunista. En 1949, a la salida de esta tercera guerra civil, este último, alcanzada la igualdad militar con su adversario, triunfaba definitivamente[1].

Fraccionamiento político, guerras civiles y guerra extranjera no hacían más que impedir a los sucesivos gobiernos chinos y sobre todo al del Kuomintang, creado en el mes de abril de 1927, el dirigir la evolución general del país hacia el mundo moderno, lo que requería la construcción económica, las estructuras y las prácticas administrativas y la transformación de ideas y costumbres. Sobre este último punto, el Kuomintang, marcado por el sincretismo de Sun Yat-sen, poco difundido entre las masas rurales, estaba por otra parte más dispuesto a incitar prudentes cambios que a provocar bruscas mutaciones. Al reflejarse en el plano exterior, este estado de cosas impedía también a los gobiernos chinos el poderse colocar en un nivel de igualdad con las potencias extranjeras, que, durante un siglo, de 1842 a 1943, pudieron continuar beneficiándose de los importantes privilegios incluidos en los «Tratados desiguales».

En otoño de 1949, la situación general está aparentemente peor que nunca. La administración del viejo gobierno ha quedado abatida en pocos meses. En el hueco que él ha dejado, los comunistas, cuyos ejércitos descienden como una cortina desde Manchuria y desde la China del Norte hasta el valle de Yang-

[1] Sobre el estado de China entre las dos guerras mundiales ver nuestro primer volumen de la Historia del Partido Comunista chino (1921-1949) y también Lucien BIANCO, *Les Origines de la Revolution chinoise*, París, 1968

Tsé y Cantón, y que ven cómo pasa su población de los 200 millones hasta los 600 millones de personas aproximadamente, en un abrir y cerrar de ojos, no puede, por falta de medios y de tiempo, instalar por doquier un personal experimentado. Si actúan con facilidad en la dirección de las bases rurales, en cambio conocen mal los problemas más complicados que plantean las ciudades que han estado sometidas durante largo tiempo a la influencia de la burguesía industrial y comercial, y ellos mismos se inquietan con su ignorancia[2]. Doce años más tarde, Mao Tse-tung, a la pregunta del mariscal de campo Montgomery sobre cuál había sido su principal preocupación después de la formación del nuevo régimen, respondería que era la de haber comprendido que el Partido Comunista y él mismo estaban faltos de experiencia en lo que respecta a los enormes problemas que se les presentaban[3]. De hecho, la economía industrial, que ya ha perdido sus instalaciones de Manchuria, desmanteladas por los rusos en 1945 y 1946, queda profundamente desorganizada por los acontecimientos y sobre todo por las dificultades de aprovisionamiento interior y exterior. Se paralizan las grandes empresas o disminuye su capacidad. Las cifras de producción de 1949 —pésimo año de referencia a causa de las operaciones militares y de la transferencia de la autoridad— bajan, si damos crédito a los comunistas, en un 53 por ciento en relación con los años anteriores en los que la producción se establecía en unas 61.880.000 toneladas de carbón, 923.000 toneladas de acero y 6.000 millones de Kwh de electricidad[4]. La agricultura, cuya máxima había alcanzado las 138.700.000 toneladas en cultivos de huerta y 850.000 en algodón, disminuye igualmente en un 25 por ciento para los primeros y para la soja, y en un 48 por ciento para el segundo grupo[5].

Los transportes ferroviarios, ya bastante insuficientes —alrededor de 26.000 Km en un país de 9.600.000 Km^2—, han sido en gran parte restable-

[2] Ver Historia del Partido Comunista chino (1921-1949), op. cit.
[3] A este respecto ver la entrevista del Mariscal de campo Montgomery en el «Sunday Times» (Magazine Selection) del 15 de octubre de 1961
[4] Cf. Diez grandes años. Colección estadística de la oficina de estadística del Estado, 1960, edición francesa.
[5] Id.

cidos contando con 21.715 Km de vías en funcionamiento, pero el material móvil es en gran parte requisado por el ejército[6]. Los transportes de automóviles civiles prácticamente son inexistentes: 20.000 o 30.000 vehículos para un total de 131.000 Km de carreteras en condiciones. Casi toda la flota del comercio se ha formado en Taiwan.

Las finanzas están arruinadas. La moneda del gobierno central se ha devaluado en la vertiginosa inflación de 1946 a 1949. La moneda comunista, el jenmin-pi, convertido en el yuan, no tiene ningún poder adquisitivo en el exterior. China se ve obligada a sobrevivir esencialmente con el aspecto artesano y agrícola de su economía. El artesano urbano o rural proporciona las tres cuartas partes de los objetos de consumo corriente, la agricultura ocupa a más de un 80 por ciento de su población, apreciada en aquellos momentos en unos 475 millones de habitantes, y dispone de unos 100 millones de hectáreas en explotación. En 1949, con los mismos precios de 1952, el valor de la producción es de 32.590 millones de yuanes para la agricultura y 14.020 millones para la industria; la parte del artesanado era de 3.240 millones de yuanes[7].

Al derrumbamiento económico general se añaden algunos graves problemas particulares: retorno de numerosos millones de refugiados a sus regiones de origen, la puesta en movimiento de los ejércitos nacionales, detención de las evasiones de capital (divisas o metales preciosos) y también de maquinaria hacia Hong-Kong, Singapur y Sudeste asiático, recaudación de impuestos, además de la continuación de la guerra contra el antiguo gobierno cuya flota y aviación bloquean en parte los grandes puertos de la costa y cuyos 400.000 soldados disgregados se mantienen aún en el continente en el mes de junio de 1950.

La creación y la instalación de nuevas instituciones políticas y administrativas, la toma de control y la conversión ideológica de una población a la vez agotada, indiferente e ignorante, la restauración de la economía al nivel general de la anteguerra, es decir, al nivel de 1936, van a ser naturalmente los objetivos primordiales del nuevo régimen. La consecución de dichos objetivos,

[6] Comprende 3.335 locomotoras, 4.212 vagones de viajeros, 44.401 vagones de mercancías. La capacidad de transporte es de 18.400 millones de t/km.

[7] Cf. Diez grandes años, op. cit., pág. 16. Estas cifras constan en yuanes nuevos. Equivaliendo un yuan nuevo, a partir del 1 de marzo de 1965, a diez mil yuanes antiguos. Ver a continuación nuestro capítulo tercero.

indispensables para asegurar la vida normal de la nación, existe por igual en la perspectiva de una economía socialista moderna cuya puesta al día progresiva es su principal justificación.

En esta gigantesca empresa, los comunistas se servirán de numerosos factores favorables.

En primer lugar, conviene naturalmente establecer otra vez la unidad política (comprendidas las provincias exteriores), la centralización administrativa, la libre circulación de un extremo a otro del territorio, en fin, el orden público, después de un eclipse de casi cuarenta años. Por primera vez desde 1911, un gobierno chino se hallaba preparado para concebir las transformaciones necesarias y activarlas a escala nacional. Lo que el gobierno imperialista, falto de ideas, y el gobierno central del Kuomintang, falto de autoridad, no habían podido emprender de forma útil, iba a ser realizado por un gobierno popular.

Para llevar a cabo esta obra sin precedentes históricos, dada su amplitud y sus dificultades, el Partido Comunista iba a disponer de dirigentes y cuadros experimentados, extraídos por una rigurosa selección sobre el terreno y preparados durante veinte años de práctica y de responsabilidades en calidad de jefes militares, administradores y propagandistas de poblaciones. Unos y otros constituían una sólida y coherente jerarquía, unida por un aparato político centralizado, pero al que la dispersión de las «bases rojas» y la variedad de los problemas habían dejado cierto grado de iniciativa y bastante agilidad a niveles locales. En cuanto a los métodos, sabían respetar los sentimientos de las poblaciones en las que había sido preciso implantarse, pero también sabían prescindir, cuando era necesario, de todo escrúpulo humano y de cualquier miramiento inútil en nombre de la «liberación» de las masas y de la salud nacional.

El espíritu y la actitud del pueblo chino, tomado en su conjunto, también será para el Partido Comunista un elemento positivo. El antiguo gobierno no se llevaba a Formosa ni una sola queja. A pesar de sus primeras victorias y a pesar de la personal popularidad que el mariscal Chiang Kai-shek había mantenido hasta 1945, el partido que le dirigía no pudo aguantar las experiencias de la guerra. Su incierta y a menudo impura administración carecía de profundas raíces populares. Ésta no se apoyaba, así como lo hacía el antiguo régimen imperial, en un orden moral tradicional que asegurase a partir de las bases familiares y de los pueblos la estabilidad y la perennidad de las estructuras y de

las costumbres y, a partir de aquí, conseguir la continuidad de la vida económica y social a pesar de la escasez o aun la inexistencia de poder central.

Desde un principio se alineó con los comunistas una oposición liberal dispersa y muy débil, tanto al incorporársela durante la guerra contra el Japón, como al constituirse en «pequeños partidos» sin crédito ni poder. Debido seguramente a la propaganda, o bien a la experiencia directa de sus amigos o allegados, los burgueses y los obreros de las ciudades, así como los artesanos y los campesinos de los campos, no ignoraban el estricto rigor que reinaba en los territorios «rojos», la perpetua injerencia del partido dentro de la vida familiar y profesional de cada uno. Así pues, sin ningún tipo de ilusión ni entusiasmo, acogían al nuevo sistema, pero su desafecto hacia el antiguo, su insignificancia política unidas a sus temores, no hacían más que disponerlos mejor. De esta disponibilidad, que sobrepasaba las circunstancias para poder reunir unas actitudes muy antiguas —aceptación de los cambios dinásticos tenidos como naturales y justos en cuanto que una raza fuerte reemplazaba a otra ya extenuada, la costumbre de un orden totalitario imperial todavía cercano, fundamentado en una ideología única en esencia confuciana—, sacaron los comunistas un inteligente partido. Sobre esta pseudo «página en blanco» del año 1949, trazaron un «programa común», propio para seducir a todas las categorías sociales: campesinos, obreros, pequeños burgueses y burgueses nacionales, ya por su aparente moderación como por sus ambiciones nacionales.

En primer lugar, dichas ambiciones serán del orden económico. No podía ser de otra manera. El desarrollo de la economía china se presentaba como un imperativo absoluto, a causa del tiempo perdido desde el siglo xix, en razón de una presión demográfica incomparable y, de manera general, para sacar al país de una pobreza tal, que casi todos los economistas están de acuerdo al estimar su ingreso nacional en menos de 50 dólares americanos per capita en los alrededores del año 1949[8].

[8] Alrededor de 12 dólares americanos al precio de 1933, entre 1931 y 1936, según el economista U Pao-san citado por Yuan-li Wu, *An Economic Survey of Communist China*, Nueva York, 1965. El economista americano Alexander Eckstein estima en 1949 el producto nacional bruto en 50 dólares americanos por cabeza, representando la parte del sector moderno sólo un 20 por ciento de esta cifra. Asimismo este ingreso es inferior al de la Inglaterra preindustrial. Ver *Economic Trends in Communist China*, de Alex ECKSTEIN. Walter GALENSON y Ta-chung Liu, Edimburgo, 1968. La cifra de 46.610 millones de yuanes en 1949 citada más arriba, sobre 500 millones de habitantes, daría

A priori, una obra tan considerable no parecía poder ser el fruto de un régimen liberal que evolucionase según el ritmo de la coyuntura, sino que debía buscar el ejemplo en los países que estuviesen en vías de una total renovación, forzados a doblegar a los individuos en el interés superior del Estado bajo un pretexto ideológico: el Japón de la época meiji, la Italia mussoliniana y sobre todo la Rusia de 1928. Valiéndose de una doctrina fundamentada en una teoría científica de la producción, e invocando, como muestra de eficacia futura, las realizaciones y las victorias militares de la Unión Soviética tan próxima a China por su demografía y por su subdesarrollo inicial, los comunistas chinos se colocaron sin duda alguna dentro de una perspectiva favorable, adecuada para asegurarse un apoyo inicial.

Si el nuevo régimen conocía los mismos hándicaps que sus predecesores en el dominio de los medios científicos y técnicos y en el del financiamiento, al menos disponía de todas las riquezas naturales de su territorio. Éstas son comparables a las de la URSS y a las de los Estados Unidos y, bien empleadas, garantizan a China una tendencia hacia un gran poderío mundial. La base de Manchuria, fundamentalmente acondicionada por Japón, ha sido recuperada y puede ponerse en acción en poco tiempo. La guerra de 1937-1945 provocó ciertos desplazamientos de algunos núcleos industriales y la creación de ejes de transportes en las provincias del Oeste. Un notable contingente de materiales de origen americano fue la herencia del antiguo gobierno; la ayuda soviética parecía asegurada. Finalmente, los progresos de la tecnología mundial permitían precipitar las etapas de crecimiento de los países atrasados. El desarrollo industrial, es decir, en definitiva, la modernización de China, iba a poder ser realidad.

Sin embargo, juntamente con estos elementos favorables, el gran problema a resolver continuaba siendo el de la agricultura y sobre todo el del desequilibrio tierra-población que reduce a las explotaciones familiares a una proporción de una hectárea de tierra cultivable aproximadamente. Se contaba en efecto con casi 120 millones de focos rurales y con unos 107 a 120 millones de hectáreas en cultivo a principio de los años cincuenta, y estas cifras merecen la pena de recordarse. La ausencia casi total de abonos químicos, la pobreza de la maquinaria, la falta de animales de tiro, la resistencia de miles de

alrededor de 93 yuanes (o sea 46 dólares en el índice de 2,44); sin embargo no está comprendido el valor de los servicios.

campesinos a las innovaciones y las dificultades de transportes a largas y cortas distancias, contribuían también a limitar el desarrollo agrícola y por ello a la acumulación del capital disponible para la modernización de todos los sectores de la economía[9]. De este círculo vicioso, desarrollo de la industria por la agricultura y de la agricultura por la industria, los comunistas no consiguieron salir por completo y es extraño el constatar que fue precisamente a propósito de la agricultura como su movimiento, cuya experiencia rural era con todo considerable, llegó a cometer sus mayores errores.

Afirmando su resolución de evolucionar hacia el socialismo y reconociendo el valor del ejemplo soviético, los comunistas chinos se mostraron en un principio notablemente prudentes, asegurando que la transición hacia el socialismo se realizaría lentamente y que la industrialización fundamental requería el paso de una larga generación. Esta actitud se iría modificando paulatinamente. A partir de 1953, con el inicio del primer plan quinquenal, la marcha hacia la colectivización de la agricultura y la nacionalización de la industria se va acelerando. Pero, de todas maneras, en 1949 no se trataba más que de restaurar, transformar o construir las bases políticas, económicas, educativas y culturales indispensables para estos grandes cambios.

[9] En su obra *Agrarian Policy of the Chinese Communist Party, 1921-1959*, Nueva Delhi, 1960, Chao Kuo-chun observa que, de 1929 a 1933, los rendimientos eran para el arroz de un 60 por ciento del arroz italiano, para el trigo de un 48 por ciento del trigo japonés, para las patatas de un 40 por ciento en relación con Gran Bretaña. En 1930 la productividad era 14 veces inferior en China que en los Estados Unidos.

II. La reconstrucción política y administrativa. La formación ideológica de las poblaciones. Las primeras campañas masivas

La eliminación del antiguo orden político y la edificación de uno nuevo se manifestarán de dos maneras y en dos planos diferentes:

a) por la creación de nuevas instituciones centrales y regionales y la adecuación de las instituciones locales tradicionales: provincias y distritos;

b) por la puesta en marcha, tan pronto dócil como brutal, de procedimientos para el control de las masas y sobre todo por el desencadenamiento periódico de vastas «campañas» a escala nacional.

Las nuevas instituciones políticas

Desde su fundación, el 1 de julio de 1921, hasta su subida al poder en 1949, el Partido Comunista chino estaba esencialmente preocupado por dirigir el movimiento revolucionario que se esperaba de él. Sin embargo, a partir del período de Kiangsi (1927-1934), constituyó un poder de Estado en los territorios que controlaba. El 7 de noviembre de 1931 había sido creado un gobierno soviético chino cuya jurisdicción se extendía teóricamente por toda China, en realidad unas decenas de distritos, casi unos 10 millones de individuos[10]. Privado de sus principales cimientos territoriales en la época de la «Larga Marcha», este gobierno no había sido reconstituido desde la guerra chino-japonesa que correspondía a un nuevo período de colaboración con el Kuomintang. En el transcurso de la «Tercera guerra civil», las alternancias de las hostilidades y negociaciones y las perspectivas momentáneas de un «gobierno de coalición», habían conducido a los comunistas a dejar el cuidado de la representación del poder de Estado en las regiones situadas bajo su autoridad a un «Comité militar revolucionario».

[10] Ver nuestra *Historia del Partido Comunista chino (1921-1949)*, capitulo XVII: «La República Soviética China».

El fracaso de las tentativas del gobierno de coalición, el repliegue del gobierno nacional en Formosa y la ocupación total de China, imponían la formación de un gobierno provisto de suficientes bases legales.

El Partido Comunista llevará a cabo dicha operación con mucho tacto y método, según un esquema que comporta las siguientes etapas:

1. Convocación de una «Conferencia política consultiva popular» que, salida de diferentes ámbitos, se reuniría en Pekín del 21 al 30 de septiembre de 1949.

2. Adopción, para dicha conferencia, de un «Programa político común», especie de estatuto del nuevo régimen.

3. Adopción también de dos leyes orgánicas concernientes una a la misma conferencia política consultiva, y la otra a un «Gobierno central popular».

4. Creación del Gobierno central popular y designación de sus miembros.

La Conferencia política consultiva, inspirada en antiguos precedentes ya que el gobierno central imaginó poder pasar por esta etapa de transición a partir del régimen de tutela del Kuomintang y habiéndose reunido efectivamente para tal finalidad del 10 al 31 de enero de 1946, estará formada por 662 miembros, de los cuales 585 serán miembros regulares y 77 suplentes, repartidos de la manera siguiente:

	Miembros regulares	*suplentes*
Partidos políticos (PCC y «pequeños partidos»	142	23
Representantes regionales	102	14
Representantes del Ejército	60	11
Varios (profesiones, asociaciones culturales, chinos de ultramar, minoritarios, etc.)	206	29
Personalidades invitadas	75	0
	585	**77**

La variedad de las representaciones, la habilidad de los nuevos dirigentes que supieron rechazar a la mayoría de la que por otra parte no tenían necesidad alguna y la llamada a los numerosos «liberales» refugiados en Hong-Kong, ayudaron al Partido a poder llevar al plano jurídico e institucional del Estado al «frente unido» del que habían sido capaces de crear y conservar la ilusión durante los años de la guerra civil. Esta ilusión se prolongará por la presencia de ocho «pequeños partidos» sin influencia ni autoridad real, destinados, sin embargo, a reunir ciertas categorías burguesas, hostiles al antiguo gobierno, algunos de cuyos dirigentes serán situados al frente de ministerios técnicos[11].

Durante algún tiempo —hasta la aplicación de la Constitución de 1954—, la Conferencia política consultiva tendrá el papel de asamblea nacional. Convocada cada tres años, confiará, entre sesión y sesión, sus atribuciones a un Comité nacional que, no reuniéndose más que cada seis meses, designará para su representación a un Comité permanente. La Conferencia política consultiva sobrevivirá además en la Constitución de 1954, dando a entender simbólicamente de esta manera la persistencia del «frente unido». Todavía perdura hoy.

La ley orgánica del gobierno pone en pie un aparato a la vez original y complicado cuyo buen funcionamiento queda no obstante asegurado por el papel director del Partido Comunista actuando por medio de comités en todos los niveles.

En la cumbre, un «Consejo del gobierno central popular» que vela por la orientación general y el control de la política interior, promulga leyes y decretos, ratifica y revoca los tratados y aprueba el presupuesto. Está compuesto por un presidente (Mao Tse-tung), seis vicepresidentes y 56 miembros. Se reúne dos veces al mes.

Por debajo del Consejo del gobierno central, existe un consejo de administración del Estado, autoridad administrativa suprema encargada de ejecutar las decisiones del Consejo del gobierno. De dicho consejo de administración

[11] Comité Revolucionario del Kuomintang (Li Ch'i-scn), Liga Democrática (Chang Lan y Shen Chün-ju), Asociación para la Construcción Democrática (Ma Hsu-lun y la señora Lu Hsün), Partido Democrático de los obreros cam-pesinos (Chang Po-chün), Chih Kung Tang o «Francmasones» (Ch'en Ch'i-yu). Sociedad Chiu San (Hsü Teheng), Liga para la Autonomía democrática de Taiwan.

del Estado, que preside Chu En-lai, dependen una treintena de ministerios y diversos cargos agrupados, salvo excepción, en cuatro comisiones:

1. Comisión de asuntos políticos y jurídicos, presidida por Tung Pi-Wu, antiguo letrado del Imperio, veterano de todas las revoluciones chinas y todavía hoy vicepresidente de la República.

2. Comisión de finanzas y economía, presidida por el economista Ch'en Yün.

3. Comisión de cultura y educación, presidida por el escritor, poeta y arqueólogo Kuo Mo-jo, que todavía no era miembro del Partido.

4. Comisión de control que evoca instituciones imperiales o nacionalistas similares y que preside T'an P'ing-shan, viejo militante del antiguo Kuomintang.

El Ministerio de Asuntos Exteriores, la comisión de los chinos en ultramar y la Dirección general de Informaciones, dependían directamente del primer ministro, que además se mantendrá como ministro de Asuntos Exteriores hasta 1958.

Dentro de este dispositivo, dos organismos muy importantes dependen directamente del Consejo del gobierno central:

1. El Consejo militar revolucionario popular que preside Mao Tse-tung y cuyas atribuciones son casi las de un Ministerio de Defensa Nacional, entendiendo que el comité militar del Partido tiene en este dominio la autoridad final.

2. La Corte suprema del pueblo y con ella la Oficina del procurador general del pueblo.

Por debajo de esta superestructura gubernamental, la administración territorial representa un compromiso entre el antiguo estado de cosas, la situación de hecho creada por las operaciones militares y la preparación de un orden nuevo.

China quedó dividida en seis «grandes regiones administrativas» que correspondían todavía a las zonas de acción de los «Cuatro ejércitos de Campaña» o a los mandos militares equivalentes.

La región del Nordeste comprende las provincias de Manchuria y Jehol. Su presidente es Kao Kang.

La región del Norte comprende las provincias de Hopei, Shan-si, Chahar, Suiyuan y P'ingyuan, así como los municipios especiales de Pekín y Tientsin.

Esta región está bajo el control de un Comité administrativo de China del Norte formado en diciembre de 1951 y presidido por Liu Lan-t'ao.

La región del Este con las provincias de Kiangsu, Chekiang, Anhwei, Fukien y Shantung, los municipios de Nankin y Shanghai, corresponde a la antigua zona del III Ejército de Campaña. Su presidente es, en un principio, Ch'en Yi, después Jao Shu-shih.

La región Centro-Sur agrupa las provincias de Hupeh, Hunan, Honan, Kiangsi, Kwangtung y Kwangsi, los municipios de Cantón y Hankow. Corresponde a la zona de acción del IV Ejército de Campaña y su presidente es Lin Piao.

La región del Sudoeste con las provincias de Szechwan, Kwei-chow, Yunnan y el municipio de Chungking, corresponde a la zona del II Ejército de Campaña y su presidente es Liu Po-ch'eng.

La región del Noroeste, que comprende las provincias de Shensi, Kansu, Ninghsia, Chinghai, Sinkiang y el municipio de Sian, está presidida por P'eng Teh-huai[12].

Si existe un «Gobierno popular del Nordeste» y un «Comité administrativo de China del Norte», las cuatro restantes regiones están dirigidas respectivamente por una «Comisión administrativa y militar» presidida por el comandante de cada uno de los cuatro Ejércitos de Campaña. Éste, que es a su vez secretario del Partido de la región, reúne en sus manos un considerable poder. No obstante, estas comisiones tienen sobre todo un papel de coordinación y de control. El 15 de noviembre de 1952, las atribuciones administrativas y militares de estas regiones se separarán. Por último, la escala regional desaparecerá en 1954 para reaparecer bajo otra forma y en otro sistema —el del Partido— en enero de 1961. En este momento se tratará de delegaciones regionales del Comité central. Los efectos políticos de esta medida serán particularmente importantes en la Revolución cultural.

Por debajo de las «regiones» están las provincias tradicionales que continuarán siendo sensiblemente las mismas y, salvo ciertas excepciones, no cambiarán sus límites. La considerable tuerza de las tradiciones administrativas y de los particularismos locales se reafirmará a propósito de todo lo dicho, lo-

[12] La Mongolia Interior constituye igualmente una región distinta a las otras seis.

grando que se vuelva a discutir sobre las medidas ya tomadas y aplicadas. Finalmente, la división de China a nivel provincial presentará 22 provincias, 5 regiones autónomas de población minoritaria y tres municipios especiales[13].

Inmediatamente debajo del nivel de la provincia se encuentran los lisien o distritos. Tanto antes como después de 1949, el lisien, cuyo origen se remonta a unos dos mil años, es seguramente el nivel administrativo más importante. Sin embargo, mientras que marcaba casi el límite inferior de la administración imperial propiamente dicha, con el régimen comunista toma un carácter en beneficio del hsiang, a veces llamado comarca, o dicho de una manera más exacta «pueblo administrativo».

En 1949 existen más de 2.000 hsien; de 50 a 200 por provincia. Su dimensión y población varían notablemente según las regiones dentro de unos límites aproximativos de 2.000 a 5.000 Km2 y de 20.000 a 400.000 habitantes. En este aspecto al menos se les puede comparar con los departamentos franceses. El régimen modificará sensiblemente los límites y el número de los hsien. El último atlas publicado en 1965, poco antes de la Revolución cultural, mostraba 2.197 hsien propiamente dichos o los niveles administrativos correspondientes.

Por último, el hsiang, conjunto de múltiples aldeas o pueblos naturales. Las numerosas reformas hicieron disminuir de manera regular su número, que pasó de los 220.000 en 1954 a 70.000 aproximadamente en 1958, en los momentos de la formación de las comunas populares.

A todas estas divisiones tradicionales se añaden unas divisiones complementarias destinadas a servir de enlaces con las precedentes, cuya acción también coordinan. Tal es el caso de los chuan ch'ü, situados entre las provincias y los hsien y que por lo general cubren una decena de estos últimos. En fin, entre los hsien y los hsiang están insertos unos ch'ü, cuyo número varía de 2 a 20, según los hsien.

A partir de la Constitución provisional de 1949 y hasta la de 1954, se convocaron unas «conferencias locales de los representantes de todos los medios» por designación o por simulacro de elección de todos sus miembros sobre la base del artículo 14 del «Programa común». A su vez, dichas conferencias

[13] Por deseo de claridad nos abstenemos de indicar las variaciones sobrevenidas entre 1949 y 1971. El mapa de China administrativa que hemos incluido en este volumen corresponde a los últimos documentos oficiales conocidos.

nombraron, bajo el nombre de «consejos del gobierno popular», a unos organismos ejecutivos locales provistos de una administración[14]. Este sistema, puesto en vigor de manera progresiva, habida cuenta del grado de preparación de cada división territorial, será reemprendido y normalizado por los artículos 53 al 56 de la Constitución de 1954.

El «Programa común»

El «Programa común», adoptado el 29 de septiembre de 1949 por la Conferencia consultiva, está sobre todo destinado a agrupar política y moralmente a la población china alrededor del Partido Comunista, pero también quiere ser la expresión jurídica y concreta del principio del «frente unido» tan constantemente afirmado, si no aplicado, en el curso de la fase de conquista del poder. Por estas dos razones se presenta en una perspectiva nacional, democrático aparentemente en materia política, liberal en cuanto a la economía, y relativamente tolerante en lo que respecta a la cultura y trato de minorías. En cuanto a estos distintos conceptos evoca irresistiblemente la «Nueva Democracia» de 1940 y constituye en todo caso un interesante punto de partida y una útil referencia para poder seguir la evolución del régimen hacia un objetivo socialista que en ninguna manera queda disimulado. Conviene por otra parte remarcar que, mientras conservaba un tono voluntariamente tranquilizador y se abstenía de precisar ritmos y datos de las transformaciones posteriores, este documento no transige de ninguna manera en los principios, todo matiz liberal se rodeaba casi inmediatamente de una reserva de fondo.

El preámbulo insiste sobre la persistencia del «frente unido» de las cuatro clases tradicionales, dos de las cuales están condenadas implícitamente a desaparecer. El artículo 5 afirma los derechos del ciudadano en la libertad de ideas, de expresión, de reunión y comunicación, reconoce la libertad personal, la libertad de residencia o desplazamiento, así como la libertad de credos. Sin embargo, el artículo 7 se apresura a decir que todos los contrarrevolucionarios, los cómplices del «imperialismo», los antipatriotas y los adversarios a la obra del régimen serán severamente castigados.

[14] Un reglamento general concerniente a las conferencias de los representantes de todos los medios a nivel provincial se decretará el 2 de diciembre de 1949. Otro reglamento concerniente a la creación de gobiernos locales lo será el 6 de enero de 1950.

Si el artículo 3 garantiza la propiedad de bienes privados de los obreros, campesinos, burgueses y capitalistas nacionales, y el 26 tenía en cuenta también los intereses privados al lado de los del trabajo, el artículo 28 determina que todas las empresas deben estar dirigidas por el Estado.

Los artículos 29 y 30 fomentan a la vez la economía semisocialista de las cooperativas y las empresas económicas privadas. Por el contrario, el artículo 27 defiende sin ninguna reserva el derecho de propiedad adquirido por los campesinos allí donde ya se haya efectuado la reforma agraria.

La política cultural y educativa queda a un mismo tiempo calificada como «neodemocrática», «nacional» y «científica». Nada que anuncie las duras persecuciones de las que serán objeto los intelectuales a partir de 1951. Con respecto a las minorías étnicas (más de 35 millones de individuos), los artículos 50 al 53 manifiestan un espíritu comprensivo, ya se trate de cultura o de autonomía administrativa, quedando claro que queda excluida toda idea de independencia y de autodeterminación.

En definitiva, para cualquier chino poco informado de los últimos objetivos del comunismo y de sus métodos, o que ignorase los grandes textos maoístas de la época —como por ejemplo Sobre la dictadura democrática popular, del 30 de junio de 1949—, el «Programa común» podía aparecer como un conjunto razonablemente ordenado, aceptable dentro de sus ambiciones, que excluyese las obligaciones extremas así como la «lucha de clases», que no es mencionada ni una sola vez. Nada hacía imaginar la dura cirugía a la que los nuevos dirigentes no tardarían en someter a la sociedad china.

Toma del control de la población

En realidad, en el curso de los primeros meses que siguieron a su advenimiento, el Partido iba a dar muestras de moderación, de equilibrio y reflexión, examinando ampliamente las situaciones y los problemas antes de decidir y actuar. Esta actitud no debía prolongarse más allá del verano de 1950. Con el inicio de las grandes campañas de información, de crítica y autocrítica, con la aplicación de la reforma agraria del 28 de junio de 1950, y, por fin, con la publicación de la ley de 21 de febrero de 1951 acerca de la represión de los contrarrevolucionarios, se iría extendiendo rápidamente por toda China un clima de temor, casi de verdadero pánico.

Los métodos para el trato de las masas en el curso del período 1949-1953 tienen como finalidad asegurar simultáneamente la transformación ideológica y destruir por avanzada toda oposición organizada y toda expresión individual hostil, recelosa o simplemente reservada.

El avance de los ejércitos comunistas iba seguido de reuniones de propaganda y de información. Dentro de cada administración, escuela y empresa, dentro de cada barrio, calle o pueblo, el Partido —es decir, frecuentemente el Departamento político del Ejército— organizaba sesiones de información y de pseudodiscusión, obligatorias al menos para un miembro de cada familia. Se trataba de una educación marxista popular y metódica, por lo general abordada por su lado científico: evolucionismo, darwinismo, papel del trabajo en el desarrollo físico y mental del hombre y en el de las sociedades, transformación de estas últimas mediante la producción, etc. Rápidamente se da paso a temas más modernos y principalmente a la denuncia del «feudalismo», del «imperialismo» y del «capitalismo burocrático», tres «montañas» que agobian al pueblo chino y que el Partido quiere abatir definitivamente. En definitiva se anuncia la construcción de una nueva sociedad.

Esta información —y es importante tenerlo en cuenta al tratarse de China— va dirigida en primer lugar al individuo. Por vez primera éste es objeto de una atención personal y directa y se ve iniciado en una vida política hasta entonces reservada a algunos elementos de la burguesía intelectual, comercial o terrateniente. Al mismo tiempo se le propone una amplia obra social y nacional a la que él es muy sensible. Sin embargo, esta información está situada en un marco muy concreto y recortado, que actúa entre las organizaciones de masas (juventud, estudiantes, mujeres), sindicatos, y organizaciones de diversas finalidades, grupos de la calle y de los barrios y, en el caso de los campesinos, asociaciones rurales nacidas con la reforma agraria de 1950[15].

En la China de 1949, así como en todos los países totalitarios, se multiplican las manifestaciones, los mítines y los desfiles monstruo con la finalidad de

[15] La *Guía de la Nueva China* de 1952 ofrece las siguientes cifras: Asociación de mujeres demócratas 76 millones, Juventud demócrata 7 millones, Federación de estudiantes 1.600.000, Asociación chino-soviética 18 millones y Confederación general del Trabajo 6.130.000.

reforzar la solidaridad de los partícipes y hacerles tomar conciencia de su poder. Pero rápidamente se le añadiría la práctica mucho más original y más específicamente china de las «campañas de masas» a escala nacional.

El mecanismo de las campañas masivas es de una gran simplicidad. En el sentido buscado, la dirección del Partido se sirve de una selección de consignas y slogans que rápida y discretamente repercutirán en los aparatos de las provincias. Éstas, secundadas por los cuadros administrativos y por los de las organizaciones masivas, suscitan sin tardanza largas manifestaciones cuyos participantes acucian la acción del gobierno y pretenden entusiasmar a las provincias y localidades vecinas para que envíen telegramas y cartas según una antigua costumbre heredada de la época republicana. Muy pronto todo el país queda unido, el Partido y el gobierno intervienen por fin de forma oficial, en aparente respuesta a la indignación y a la voz de las poblaciones.

Las «campañas masivas» siempre tienen una concreta finalidad. A veces atacan a ciertas categorías sociales cuya indispensable destrucción servirá también para concretizar y exaltar el fervor revolucionario, otras se proponen provocar transformaciones de estructura y de mentalidad, y otras, finalmente apoyan las medidas administrativas normales para asegurar su éxito práctico gracias a una mezcla de coacción, terror y entusiasmo. Su variedad iguala a su número. Desaparición del mercado negro, envío «voluntario» del dinero-oro a las autoridades así como las divisas, destrucción de los insectos, gorriones, moscas y ratas, enfrentamiento con América y ayuda a Corea etc., entre 1950 y 1953 habrá una o dos campañas casi siempre. Muchas entre ellas revistieron además del carácter espectacular y cruel, una gran importancia en la consolidación y la evolución del régimen. Se utilizaba la campaña para la eliminación de los contrarrevolucionarios y se realizaban campañas llamadas de los «Tres y Cinco Anti».

La eliminación de los contrarrevolucionarios

La campaña para la eliminación de los contrarrevolucionarios se apoyaba en la terrible ley del 21 de febrero de 1951, que desencadenó una enorme ola de arrestos y procesos populares. A partir de esta fecha y durante todo el año 1951, la búsqueda, condena y ejecución de los «contrarrevolucionarios» o supuestos como tales se prosiguió con una virulencia progresiva. Por momentos, las dos terceras partes de los artículos de la prensa fueron consagrados a este

tema, a menudo bajo títulos sumamente cínicos: Cómo organizar un mitin contra los contrarrevolucionarios. Cómo buscar a los contrarrevolucionarios. El público estaba directamente asociado con esta caza del hombre. La imagen, la caricatura, la anécdota y los diversos acontecimientos, son utilizados para darle más color. Las alabanzas del Partido llegan a los jóvenes héroes que denuncian a sus padres. Inversamente, se toman unas severas sanciones contra los comunistas que, no habiendo sabido romper sus ligaduras de clase, intenten salvarlas. Se crean unos «Comités para el exterminio de los contrarrevolucionarios» en todas las administraciones, en todos los niveles y en todas las organizaciones públicas y privadas, escuelas, fábricas y en los barrios de las ciudades. Éstos deben cooperar con la policía y con los servicios de seguridad pública. Un gran pánico se abate sobre los ciudadanos que están mucho menos impresionados por el gran número de las ejecuciones que por el carácter arbitrario de los arrestos y la ola de denuncias.

Limitada en un principio a «reaccionarios» caracterizados y activos: agentes secretos, miembros de sociedades secretas, «déspotas», con los que se tiene una «deuda de sangre» con respecto a la revolución, la represión se extendía rápidamente a unas categorías mucho más amplias: ex miembros activos del Kuomintang o de los sindicatos patronales de este partido, periodistas, escritores, profesores reputados cómplices de las «agresiones culturales extranjeras», masones a la moda anglosajona, colaboradores de firmas occidentales o japonesas, en fin, elementos asociales[16].

Las detenciones tenían un carácter periódico y masivo; al menos unas 10.000 en Shanghai en la espantosa noche del 27 al 28 de abril de 1950, 25.000 a 30.000 según los nacionalistas, que estiman su número en 300.000 entre el 27 y el 31 de mayo sólo en esta ciudad.

Los acusados eran llevados ante unos jurados de numerosos millares de personas frente a un público que alcanzaba las decenas de mil de espectadores. No se juzgaba a los individuos sino a unos «casos-tipo», y la sanción se aplicaba de un solo golpe a centenares de inculpados que no eran escuchados de ninguna manera. En Pekín el alcalde, P'eng Chen, a quien la Revolución cultural conduciría frente a la muchedumbre 17 años más tarde, y en Shanghai algunos excluidos posteriormente del Partido como Jao Shu-shih, fueron los

[16] Dos extranjeros (un italiano y un japonés) serán ejecutados en Pekín.

que presidieron estos procesos masivos. Los condenados a muerte eran conducidos a los campos de ejecución y abatidos por una bala en la cabeza bajo la mirada de una parte de la población, invitada —niños incluidos— a desfilar delante de los cuerpos de los ajusticiados.

Si la apreciación del número de víctimas es difícil, la prensa de aquel tiempo nos puede demostrar cómo los mítines de acusación fueron realizados repetidas veces en todas las ciudades importantes. A menudo, como en Wuhan, los nombres de los ejecutados se anotaban en sus calles. En ocasiones se citaban algunas cifras: 376 ejecuciones en Nankin el 29 de abril, 50 en Hangchow el 30 de abril, 293 el mismo día en Shanghai, el 6 de mayo 32 en Shanghai y 40 en Soochow, 221 en Pekín el 23 de este mes, y de nuevo 208 en Shanghai el 31 de mayo. Estas estadísticas notablemente incompletas dejan a un lado a los muertos con la sentencia en suspenso (generalmente durante dos años) y los condenados a trabajos forzados. Sólo en la provincia de Kwangtung (28 millones de habitantes), Chu En-lai dará una cifra que alcanzaba las 89.701 detenciones en diez meses y deplorará el que muchos contrarrevolucionarios no hubiesen sido castigados o lo hayan sido sin la participación de las masas[17].

La campaña para la eliminación de los contrarrevolucionarios no solamente eliminaría a los antiguos adversarios del comunismo sino que también asustaría a la burguesía ciudadana y prohibiría por adelantado toda oposición abierta o larvada a las profundas reformas que no tardarían en operarse en el dominio de las estructuras económicas.

Las campañas de los «Tres y Cinco Anti»

Las llamadas campañas de los «Tres y Cinco Anti» (san fan y wu fan) son menos sangrientas que la precedente pero de igual importancia en los resultados.

[17] Esta cifra extrapolada daría alrededor de 600.000 ejecuciones en diez meses. Es bastante inferior a la realidad si se tiene en cuenta a las víctimas de la reforma agraria y de las demás campañas. Pensamos que se aproximaría a los cinco millones de personas en el período de 1949-1952 en el conjunto del país. Algunas fuentes exteriores no comunistas tienen en cuenta una instrucción de Mao Tse-tung que limita en un 0,6 por ciento a la población de las regiones rurales y en un 0,8 por ciento la población de las ciudades en cuanto al número de las ejecuciones. Sin duda esta proporción fue sobrepasada.

La primera cronológicamente, la de los «Tres Anti», se abrió en diciembre de 1951 tras haber sido cuidadosamente preparada y ensayada por Kao Kang en Manchuria. Estaba destinada a los funcionarios y a los cuadros de toda clase, atacándose la corrupción, el despilfarro y el «burocratismo».

Se trataba en efecto de dar a la nueva administración un estilo nuevo, una nueva ética, encauzar a los antiguos cuadros heredados del anterior gobierno, preservar a los nuevos contra las tentaciones que comporta el poder y sobre todo contra las dos tendencias contrarias que son el «autoritarismo» y el abandono, ofreciendo ambas el gran peligro de separar al Partido y al régimen de las masas. Esta doble preocupación reaparecerá periódicamente y constituirá uno de los principales temas de la Revolución cultural. Para quien sepa cómo el cuadro político chino (funcionario imperial, cuadro kuomintang o bien comunista) se ha mostrado tan fácilmente autoritario y abusivo, esta campaña no será forzosamente injustificada. El desprecio del letrado por el ignorante, la ausencia de control surgido de la base, la dispersión de la autoridad y las dificultades de unión con los niveles superiores, el peso de las viejas costumbres, la paciencia legendaria de una población dócil, flexible hasta con los que la gobiernan abusando de ella, atestada de numerosos proverbios («hasta un prefecto honesto puede atesorar cien mil taëls de plata durante su mandato» dice uno de ellos) explican en parte este movimiento de depuración y rectificación que se acompañará de encarcelamientos, así como también con ejecuciones, prolongadas hasta el 30 de abril de 1952.

Entre tanto, la campaña de los «Tres Anti» fue relevada por la de los «Cinco Anti». Esta iba dirigida contra las gratificaciones, fraudes, evasiones fiscales, malversación de los bienes del Estado y la obtención ilegal de secretos económicos del Estado. El movimiento de los «Cinco Anti» no apuntaba pues a los funcionarios ni a los cuadros, sino a sus eventuales corruptores, la burguesía industrial y mercantil, a la que trataban de desacreditar políticamente revelando ciertas prácticas y cuya influencia económica sobre los diversos aparatos del Estado y de las provincias era preciso destruir. Esta campaña, llamada «la caza de los tigres», realizada por medio de secretas denuncias y mítines públicos de acusación, estuvo acompañada por miles de condenados y fue la causa de numerosos suicidios en las grandes ciudades. Pero también fue una ocasión propicia para infligir cuantiosas multas y confiscaciones que ayudaron considerablemente a las finanzas del régimen y facilitaron el impulso del

primer plan quinquenal en 1953[18]. Finalizaría el 13 de junio de 1952. Según Po I-po, por aquel entonces ministro de Finanzas, sólo en siete grandes ciudades se habían logrado controlar ya 450.000 empresas; un 76 por ciento de ellas habían cometido unas irregularidades más o menos graves[19].

En conjunto, y después de haber acarreado durante muchos meses un desorden indecible en la economía, las campañas de los «Tres y Cinco Anti» conseguirían su cometido. Una probidad desconocida hasta entonces se instaló en las prácticas comerciales así como en la administración. La «burguesía nacional» estaba aterrorizada. La otra, la gran burguesía, llamada «burocrática», escapaba a Taiwan, Hong-Kong o a otros países del Sudeste asiático. Como en el caso de las campañas para la supresión de los contrarrevolucionarios, los efectos políticos fueron considerables. Éstas anunciaban ya la nacionalización de toda la industria y de casi la totalidad del comercio y con ello la desaparición de la burguesía industrial y comercial. Al mismo tiempo, la burguesía intelectual, igualmente presionada a reconvertirse, será de un manejo mucho más dificultoso dado que la materia es mucho más maleable que el espíritu.

[18] Para A. Doak BARNOTT (*Communist China the Early Years*, Londres, 1964), las campañas de los «Tres y Cinco Anti» habrían proporcionado al gobierno chino el equivalente de 1.700 millones de dólares americanos.

[19] Diario del Pueblo» del 1 de octubre de 1952. Ver asimismo sobre el mismo tema un artículo de Hsi-en Chen y de Wen-hui Chen: *The Three and Five Anti Movements in Communist China*, «Pacific Affairs», vol. XXVI, núm. 1 (marzo 1953).

III. La restauración económica

La reforma agraria del 28 de junio de 1950[20]

La vocación agrícola de China, la importancia numérica de sus costumbres campesinas, el papel revolucionario de una parte de ésta, la larga experiencia del Partido en materia de política agraria, las diferencias existentes entre las regiones antiguamente y recientemente «liberadas» en cuanto al estatuto de la tierra, y por fin el deseo de montar una producción de la que el Estado sacaba casi la totalidad de sus recursos y que en 1949 se había visto disminuir en un cuarto en comparación con las más esperanzadoras cifras de antes de la guerra, incitarían naturalmente al régimen para elaborar sin más tardar una nueva ley agraria[21]. Será la ley de 28 de junio de 1950 que serviría de base y de referencia para todas las transformaciones posteriores.

La ley de 28 de junio de 1950, que fue objeto de un informe de presentación de Liu Shao-ch'i, ofrece dos aspectos complementarios: uno puramente económico y otro político y social, más importante que el precedente. Estaba acompañada de tres documentos de los que por lo menos dos serían de larga duración: una «Decisión concerniente a las diferencias de clases en el campo» (4 de agosto de 1950), un «Reglamento general acerca de la organización de las asociaciones campesinas» (14 de julio de 1950), y un «Reglamento sobre la organización de los tribunales populares» (20 de julio de 1950).

Lo esencial es que la nueva ley asegura a cada individuo de más de 16 años un mínimo de 2 a 3 mou de tierra según las regiones[22]. En la práctica, una familia de cinco personas debería disponer de una hectárea aproximadamente.

---

[20] Sobre el estatuto de la tierra y la política agraria del Partido Comunista antes de 1949, ver nuestro primer volumen *Historia del Partido Comunista chino (1921-1949)*. Para el conjunto de la historia china se podrá consultar en francés: *Les Régimes fonders en Chine des origines aux temps modernes*, Maspóro, Études historiques (II), PUF.

[21] Según las estadísticas comunistas, el valor global de la producción china en 1949 se establecía en el siguiente porcentaje: 30,1 por ciento para la industria y el artesanado, 69,9 por ciento para la producción agrícola; ver *Diez grandes años*, Pekín, 1960, pág. 17.

[22] El mou corresponde a 6,6 áreas, o sea alrededor de 1/15 hectáreas.

Las atribuciones de tierra, legalizadas por unos títulos de posesión, dan al propietario no sólo los derechos de libre explotación, sino también los de la compra, venta y alquiler (art. 30).

La obtención de tierras así redistribuidas se realizó en primer lugar en detrimento de ciertas colectividades: santuarios de los antepasados de los clanes, monasterios y templos budistas y taoístas, iglesias cristianas y diversas colectividades, y después en detrimento de los propietarios hacendados cuyas tierras, animales, material agrícola y el excedente de granos fueron confiscados sin compensación alguna. Los propietarios conservaron, sin embargo, el derecho de recibir, como todos los demás, de 2 a 3 mou de tierra. Sus medios de producción no agrícola: pequeñas fábricas, talleres y comercios, no se verán afectados (art. 4).

Salvo los casos excepcionales precisados por la ley, las tierras de los campesinos ricos estarán «protegidas» (art. 6), las de los campesinos medios, comprendiendo aquí a los más acomodados de entre ellos, serán inviolables sin excepción. A fin de perturbar en lo mínimo la producción en curso, las redistribuciones de tierra se realizarán por engrandecimiento o disminución a partir de los lotes ya existentes.

Considerada desde su ángulo económico, la reforma agraria de 1950 está lejos de ser igualitaria. Si establece un mínimo indispensable a cada campesino, también defiende por principio al campesino rico, mejor equipado, mejor organizado y a menudo más trabajador. Trataba ante todo de salvaguardar la producción y esta preocupación que aparecía con una deslumbrante evidencia en el informe de presentación de Liu Shao-ch'i es también, a pesar de lo que diría la Revolución cultural, la política de todo el Partido, y la de Mao Tse-tung, que afirmaría en la 3a. sesión del 7° Comité Central el día 6 de junio de 1950:

«Por esta razón nuestra política para con los campesinos ricos debería experimentar ciertos cambios. Ya no es necesario requisar más sus tierras, sino preservar su vida a fin de apresurar el restablecimiento de la producción en las zonas rurales.»

Liberando a millones de campesinos de la renta contraída con los propietarios hacendados y dejándoles en lo sucesivo la libertad de invertir en sus nuevas parcelas, se pretendía ir hacia un aumento de la producción, sin preocuparse demasiado de las resistencias que resultarían en una futura colectivización.

Un total de 700 millones de mou (46 millones de hectáreas sobre 107 o 108 millones) cambiaron de manos. Trescientos millones de campesinos pobres vieron aumentada en algo su pequeña parcela y, los granjeros, al menos en parte y por poco tiempo, se vieron convertidos en pequeños propietarios independientes, sujetos a un impuesto del 17 al 19 por ciento del valor de su cosecha.

Técnicamente, la reforma agraria de 1950, la más gigantesca de la historia china que cuenta con gran número de ellas, había sido preparada con mucho cuidado y método, precedida de estudios y de experiencias locales, ayudada por la formación de numerosos miles de cuadros provinciales encargados de lanzar y de velar, de hsien en hsien, por su correcta aplicación. La flexibilidad de sus disposiciones permitiría adaptarla a unas situaciones profundamente diferentes en un país extenso y variado en cuanto a los cultivos básicos.

A finales de 1952, o al menos en la primavera de 1953, la reforma agraria estaba ya casi terminada, salvo en el caso de las minorías étnicas en las que era preciso actuar con prudencia y lentitud, tanto debido a sus propias costumbres como al carácter a menudo pastoril de su economía. Si nos referimos a las cifras oficiales, sus efectos sobre la producción habrían sido notablemente benéficos ya que, en 1952, ésta habría sobrepasado ampliamente su máximo de la anteguerra, salvo en la producción de soja, los resultados y las comparaciones se resumen en el siguiente cuadro[23]:

Productos	*Máximo alcanzado antes de la Guerra (mil. de ton.)*	*1952 (mil. de ton.)*
Cereales	138,7	154,4
Algodón	0,85	1,3
Soja	11,31	9,52

[23] Por cereales los chinos entienden: arroz, trigo, cereales secundarios (cebada, mijo, sorgo, maíz, etc.), así como las patatas y batatas cuentan en una cuarta parte de su peso. Las cifras de 1952 eran, en millones de toneladas, de 68,4 para el arroz, 18 para el trigo, 51,5 para los cereales secundarios y 16,35 para patatas y batatas. El valor global de la producción agrícola (comprendidas las actividades subsidiarias) había pasado entre 1949 y 1952 de 32.590 a 48.390 millones de yuanes; ver *Diez grandes años*.

Con todo, estas estadísticas no podrán ser aceptadas sin reservas. La reforma agraria, en efecto, también tenía sus elementos negativos: perturbaciones causadas en la producción a causa de los cambios de propietarios, la parcelación de la tierra, preocupación por parte de numerosos campesinos por evitar las desacreditadas categorías de propietarios o de campesinos ricos, desórdenes en los circuitos comerciales y en el juego del crédito agrícola privado y trastornos en las relaciones internas de un complejo mundo rural por parte de las agrupaciones familiares o clanes.

Por otro lado, la vuelta a la unidad, a la paz interior y a la estabilidad financiera, restauración de los transportes y la ejecución de grandes trabajos de irrigación creaban unas condiciones generales favorables para el desarrollo de la economía.

Los resultados del año 1952, que no sobrepasarían en mucho a los de 1953, fueron valorados como muy inferiores a las necesidades del consumo y de la edificación industrial por Teng Tzu-hui, responsable de la agricultura. Analizando las cifras de 1952, estimaba que una producción anual de 275 a 300 millones de toneladas de cereales era indispensable y por otra parte posible «después de uno o dos planes de cinco años o algo más»[24]. El futuro desmentiría sus esperanzas ya que veinte años después, según fuentes oficiales, la producción sólo alcanzaba los 246 millones de toneladas.

En sus aspectos políticos e ideológicos, la reforma agraria corresponde a un movimiento de masas destinado a elevar la conciencia revolucionaria de unos centenares de millones de campesinos chinos y a organizados bajo la autoridad del Partido y vincularlos moralmente al régimen. Será por esta razón por lo que no podrá llevarse a cabo de forma amistosa, siguiendo la costumbre del carácter chino, sino siempre obligada a desarrollarse «militarmente» con mítines de acusación, ajustes de cuentas (asesinatos) y procesos masivos. También por esto estaba obligatoriamente precedida por un reparto en categorías bien definidas por los indispensables textos oficiales para llevar la lucha de clases al campo. Su espíritu era el mismo espíritu de violencia que ya animaba en 1927 a Mao Tse-tung a propósito de los movimientos campesinos de Hunan:

«...Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan tranquila

[24] Ver el «Diario del Pueblo» del 23 de julio de 1953.

y delicada... La revolución en el campo es una revolución mediante la cual el campesinado derroca el poder de la clase terrateniente feudal. El campo necesita de un poderoso auge revolucionario, pues sólo éste puede agitar a los millones y millones de campesinos y convertirlos en una gran fuerza... Para decirlo con toda franqueza, en todas las aldeas se necesita un breve período de terror»[25].

Creando en todos los distritos unos tribunales populares:

«...para juzgar y castigar, según la ley, a los elementos despóticos culpables de odiosos crímenes, malditos y perseguidos en justicia por las grandes masas populares, así como a los criminales que hayan infringido o minado la ley y los reglamentos de la Reforma agraria» (art. 32), se instituye el terror revolucionario legal[26].

Creando unas asociaciones campesinas reservadas a los campesinos pobres o medios, la reforma instaura la dictadura de clase en el pueblo y reemplaza las antiguas injusticias con otras nuevas injusticias.

La gran ola de terror que acompañó a la reforma agraria de 1952 acarrearía seguramente, con ejecuciones y suicidios, varios millones de víctimas (propietarios y sus agentes que la ley había incluido, jefes de milicia rural, etc.). Crearía en forma durable una clase de parias políticos con la que se encarnizaría todavía veinte años después. Golpearía de antemano y por temor a todos los adversarios de la colectivización, es decir, de hecho a casi todos los campesinos convertidos en pequeños propietarios. En este sentido la reforma constituía una importante preparación ideológica y psicológica para las transformaciones graduales que, al menos en ciertas regiones, se iniciarían en 1951.

La reforma agraria modificaba, por fin, y de forma muy profunda, el paisaje social de los campos. Por vez primera la antigua regla del movimiento comunista en materia de política agraria: «apoyarse en los campesinos pobres, aliarse con los campesinos medios, neutralizar a los campesinos ricos, y eliminar a los propietarios» se aplicaba en todo un país. La desaparición de los propietarios y el debilitamiento de la posición moral y económica de los campesinos ricos era un atentado contra la solidaridad interna de los clanes

[25] Mao TSE-TUNG, Obras escogidas, vol. 1, pág. 125 de la edición castellana.

[26] Texto que crea los tribunales revolucionarios en el «Diario del Pueblo» del 21 de julio de 1910.

englobando a las familias desigualmente afortunadas. Atacaba la vida tradicional en sus ideas y sus prácticas, como lo haría por su lado la ley del matrimonio, dentro de un ambiente y un momento igual. Si por avanzado abría la ciudad a la vida política regional, nacional y aun internacional, impedía también el enfrentamiento de cualquier unidad local con el Estado o el Partido. El individuo, si estaba más emancipado —es preciso recordar el pasaje en el que se atribuyen las tierras precisamente al individuo— y si alcanzaba la mayoría de edad como trabajador a los 16 años y la condición de pequeño propietario, se encontraría solo frente a la autoridad, el Partido y sobre todo frente a las asociaciones campesinas, sin la pantalla protectora de la familia, del clan o del pueblo representado por sus jefes.

Ya cincuenta años antes, Sun Yat-sen identificaba la redistribución del suelo a su tercer principio, el del «bienestar del pueblo» (min-sheng), así es como lo testifica el juramento de adhesión a la T'ungmen-hui de 1905: «Hacer desaparecer a los manchús y restaurar China, fundar una república, repartir las tierras con igualdad.» El gobierno central de Nankin, sucesor de su autoridad y depositario de su pensamiento, no había tenido ni el tiempo ni los medios ni el verdadero deseo de cumplir un ideal tan en contra de los intereses de sus seguidores. Sus medidas en cuanto a la reducción de las rentas y sobre todo su ley del 29 de abril de 1946 sobre la propiedad hacendada se habían convertido en palabras muertas, mientras que un último proyecto presentado el 21 de septiembre de 1948 frente al Yuan legislativo no llegó a hacerse realidad a causa de las circunstancias. Si los comunistas consiguieron sin daños realizar esta operación es porque tenían consigo la resolución, el impulso y la experiencia. Se debía sobre todo a que más allá de una simple transferencia de tierras, su propósito era el de revolucionar los campos, sustituir las influencias tradicionales por la autoridad de su Partido, colocar una moral revolucionaria en el lugar de la moral confuciana. Sin embargo, la reforma agraria del 28 de junio de 1950, que para los campesinos ya era un fin, para los comunistas no era más que un comienzo. Las principales dificultades del régimen nacerían a partir de este malentendido.

La restauración industrial

La industria moderna, de la que se intentaba en primer lugar restablecer el potencial, presentaba, en 1949, como en la víspera del conflicto chino-japonés

en 1937, diversos rasgos peculiares que los economistas chinos y sus consejeros soviéticos deberían tener en cuenta y a veces esforzarse en corregirlos[27].

Las industrias ligeras de transformación —sobre todo textiles y de alimentación— predominaban en gran manera sobre la industria pesada.

Ciertas industrias modernas (motores, máquinas-herramientas, materiales de precisión, cobre y productos petrolíferos) eran todavía inexistentes.

Los capitales invertidos en la industria continuaban siendo débiles y casi no sobrepasaban el valor medio de los 50.000 dólares por empresa[28].

Cuadro A: Situación de la industria china en 1950.

Productos	*Fábricas*	*Empleados y obreros*
Metalurgia	181	49.716
Maquinaria diversa	2001	74.716
Talleres de metales	830	29.830
Ind. Eléctricas	261	16.829
Ind. Químicas	2760	173.915
Textiles	3270	394.337
Construcción	934	62.118
Alimentación	3824	131.182
Papeleras	533	24.889
Diversos	527	14.384
Total	**15.022**	**933,130 De los cuales 138.000 eran empleados**

(Fuente: *Chin Year Book 1950,* capítulo XIV)

[27] Para una visión de conjunto de la industria china antes de 1949, ver Y.L. Wu, *An Economic Survey of Communist China*, op. tit., y John K. CHANG, *Industrial Development in Pre-Communist China*, 1969.

[28] Sobre el capital industrial chino de la anteguerra, ver D. K. LIEU (Liu Ta-chün), *China's Economic Stabilisation and Reconstruction*, New Brunswick, 1948.

Observaciones:

Sobre el total antes expuesto, 493 fábricas que empleaban a unos 176.000 obreros y empleados pertenecían al Estado.

La energía a disposición de la industria representaba unos 559.268 CV y 2.132.333 Kv. La producción total de electricidad en 1943 era de 3.795 millones de Kwh, o sea algo más de 6 Kwh por habitante.

La industria textil disponía de 4.556.000 brocas y 64.000 telares para el algodón.

Los capitales industriales, se elevaban a 1.078 millones de dólares chinos (CNC)[29].

Cuadro B: La producción de los mejores años de la anteguerra.

Productos	*De la propia China*	*Manchuria*	*Total*
Carbón (millones tons.)	33	25,63	58,63
Fundición	0,29	1,7	1,99
Acero	0,05	0,84	0,89
Cemento	0,608	1,53	2,14
Electricidad (millones Kw/h)	2245	4475	6900
Algodón (hilados) (mill. balas)	2,1		
Algodón (tejidos) (mill. piezas)	30		

El reparto de los centros industriales continuaba supeditado a un profundo desequilibrio geográfico, un 80 por ciento de éstos se encontraban en la costa, a excepción de Manchuria.

El personal técnico y la mano de obra calificada eran cualitativa y cuantitativamente insuficientes. Ciertas regiones estaban completamente desprovistas.

A finales del año 1947 —pocos meses antes de la conquista comunista— la situación de la industria china puede resumirse en los cuadros A y B cuyas cifras servirán de referencia para seguir el desarrollo económico del régimen.

[29] Estadísticas compuestas con la ayuda de diversas fuentes por ROSTOW y A. ECKSTEIN, *The Prospects for Communist China*, Nueva York, 1954, p. 229

Las estadísticas establecidas por los comunistas en el mismo período no son demasiado diferentes[30].

Cuidadosos en preservar un capital industrial bastante débil, y convencidos de su próxima victoria, los comunistas dieron a tiempo, a los técnicos y a los obreros de las zonas gubernamentales, la orden de salvaguardar las instalaciones. Se prohibieron los sabotajes importantes, se esforzaron en que las autoridades nacionalistas no evacuasen el material a Taiwan o lo destruyesen. Se intentó hacer volver de Hong-Kong y de diversos países del Sudeste asiático a los industriales que habían huido, y llamar a todos los estudiantes que estaban acabando sus estudios en el extranjero[31]. La producción industrial y el comercio apenas fueron interrumpidos en el momento de la ocupación de las ciudades. Las huelgas fueron inexistentes o muy breves. Se esforzaron en tranquilizar y conservar a los jefes de las empresas, en salvaguardar su autoridad.

Esta sana y hábil política que contrasta tan claramente con las supresiones de los propietarios terratenientes, ni más ni menos «burgueses» que los industriales y los comerciantes, será la que continuará el Partido hasta la campaña de los «Cinco Anti» de 1952. Todavía, una vez pasada esta crisis, dicha política será reemprendida hasta las transformaciones de los años 1955 y 1956 y aún más allá, teniendo en cuenta que, en cuanto a la cuantía de los suministros de materias primas, a los encargos del Estado y a los controles de toda clase, los jefes de empresa se encuentran a la entera discreción de las autoridades. Cuando llegue la Revolución cultural, Liu Shao-ch'i será presentado como el artesano de esta política capitalista y «explotadora». «La explotación para sus beneficios», se le hará decir una y otra vez por medio de la caricatura y la sátira, mientras que algunos de sus alentadores propósitos en cuanto a la industria serán aprovechados, aisladamente de su contexto propio, y reproducidos sin contacto alguno con las necesidades de la época ni con la política que entonces era la del Partido y la de Mao Tse-tung, su presidente.

Las estadísticas oficiales indican que la producción industrial y artesana se manifestaba en el valor de 14.020 millones a 34.330 millones de yuanes entre 1949 y 1952, las cifras de la producción corresponden a las del cuadro siguiente:

---

[30] Ver cap. 1 del presente volumen.

[31] El 6 de octubre de 1954 la agencia Hsinhua dirá que, desde 1949, 178.000 chinos de ultramar habían regresado para tomar parte en la construcción y en la producción.

Productos	*1949*	*1952*
Acero	158	1349
Fundición	252	1929
Carbón (millares ton.)	32.430	66.490
Petróleo bruto	121	436
Cemento	660	2860
Abono	27	181
Electricidad (millones Kw/h)	4310	7260

(Fuente: *Diez grandes años,* Pekín. 1960)

Dentro del valor global de la producción industrial y agrícola, la parte concerniente a la industria moderna pasaría del 23,2 al 32,7 por ciento entre los años 1949 y 1952.

A finales del año 1952, los transportes ferroviarios y de carreteras estaban restablecidos ya en todos los lugares y aumentada su capacidad.

Los 21.715 Km de vías férreas en operación en 1949 habían alcanzado los 24.232 Km, las nuevas líneas estaban ya casi construidas en la zona oeste del país o, a decir verdad, el gobierno precedente ya las había iniciado en gran medida. Se trataba sobre todo de las líneas Tienshui-Lanchow (354 Km) de Shensi a Kansu, de Laipin (Kwangsi) a la frontera indochina (419 Km), de Chung-king a Chengtu por Szechwan (505 Km). El material móvil estaba de nuevo fabricado en los talleres de Taiyuan en Shansi, de Moukden y de Dairen en Manchuria.

Las carreteras, cuyo papel era a menudo mucho más político y estratégico que económico, habían sido sobre todo emplazadas en las regiones pobladas por minoritarios: Tsinghai, Thibet. En toneladas/kilómetro transportaban 180 veces menos mercancías que el ferrocarril por un precio cuádruple y eran utilizadas en gran medida por la tracción animal, incluso humana.

Los transportes fluviales conservaban sus medios y sus características tradicionales[32].

Finalmente, el comercio exterior, cada vez más orientado hacia los países socialistas (un 70 por ciento en 1952), se desarrolla regularmente, pasando entre 1950 y 1952 del índice 100 al índice 155,5, o sea del valor de los 4.150 a los 6.460 millones de yuanes[33]. Sin embargo, está cualitativamente afectado por el embargo sobre las materias estratégicas decidido por las Naciones Unidas el 17 de mayo de 1951.

El valor completamente convencional del yuan en relación con el dólar americano (2,44 yuanes por dólar), la existencia de numerosos intereses de cambio entre el rublo y el yuan, las tarifas de transportes preferenciales en el transiberiano y la cuestión de los suministros militares complican de manera singular o convierten en ilusorios los cálculos concernientes a las cifras del comercio exterior chino. Aunque sólo sea a título de información, podemos ver a continuación las que el economista americano Y. L. Wu mantuvo para los años de 1950, 1951 y 1952[34].

Años	*Importaciones*	*Exportaciones*	*Total*
(En millones de dólares americanos)			
1950	436,4	466,5	902,9
1951	1033,3	672,4	1705,7
1952	717,01	478,0	1195,01

[32] El tráfico de mercancías en millones de toneladas/kilómetros pasaría en 1952 los 60.160 para el ferrocarril, 770 para las carreteras, 10.610, para los barcos fluviales. Ver *Diez Grandes Años*, pág. 148.

[33] Ibíd., pág. 173.

[34] Y. L. Wu, *An Economic Survey of Communist China*, op. cit. Para una obra general sobre el comercio exterior chino de 1950 a 1966 ver Sydney KLEIN, *Politics versus Economics. The Foreign Trade and Aid Policies of China*, International Studies Group, Honk-Kong, 1968.

El resurgimiento financiero

Las decisiones del gobierno en materia financiera debían responder a dos grandes conferencias nacionales, la conferencia sobre los impuestos que se realiza el mes de noviembre de 1949 y que inspiró la ley del 31 de enero de 1950, en la que se simplificó y unificó todo el sistema de las contribuciones, y la conferencia financiera de noviembre de 1950 que reorganizó el aparato financiero del Estado, separando por fin el Tesoro público de la administración[35].

La moneda está ya casi estabilizada en marzo de 1950 después de una sensible ola inflacionista. El presupuesto del año, en un principio deficitario, quedó satisfecho y, desde entonces hasta al menos 1956, el Estado pudo equilibrar sus ingresos y sus gastos mientras que el índice del coste de vida no aumentaría demasiado hasta nuestros días.

El resurgimiento financiero fue el resultado de múltiples medidas cuyo éxito es evidente en un contexto político extremadamente autoritario. Sus modalidades y sus efectos respectivos no parecen haber sido estudiados hasta ahora; además, dicho estudio interesa a la vez al sociólogo, al politólogo y al economista. Los principales quedan resumidos a continuación:

1. Cambio de las antiguas monedas por la nueva con unos intereses muy favorables para el Estado.

2. Recuperación gracias a las confiscaciones, abandonos, cesiones y sobre todo cesiones forzadas, de capitales e importantes bienes en detrimento de ciertas categorías sociales, empresas nacionales y extranjeras.

3. La remisión obligatoria del oro, monedas de plata y divisas.

4. Creación de una «unidad paritaria» ajustada en los productos esenciales de los grandes centros que varían según las regiones. De forma general comprende una libra de cereales, una libra de carbón, una onza de aceite y a veces sal y una pieza de tejido.

5. Control de precios por medio de la creación de circuitos comerciales del Estado que dominan los mercados.

[35] Sobre este conjunto de problemas ver la obra de Francois J. DURAND, *Le Financement du budget en Chine Populaire*, Editions Sircy, París, 1965.

6. Emisión de «bonos de la victoria», a un 5 por ciento, ajustados a la variación, a menudo impuestos según los signos exteriores de riqueza[36].

7. Reducción de los gastos del Estado por medio de numerosas campañas de austeridad y de lucha contra el derroche, la corrupción y la burocracia, de lo que el movimiento de los «Tres Anti» es el mejor ejemplo.

8. Inventario general de los bienes y depósito del antiguo gobierno, bienes abandonados por sus propietarios al huir, seguido de su venta o su integración al dominio del Estado.

9. Fijación de impuestos en especie bajo el único control del gobierno con exclusión de las autoridades locales.

Estas diversas medidas, duramente aplicadas, fueron indiscutiblemente eficaces y la moneda comunista convertida el 1 de marzo de 1955, sobre la base del yuan nuevo para 10.000 yuanes antiguos, se mantendría claramente estable a pesar de los gastos de guerra de Corea, ayuda económica y militar ofrecida a Corea y a Vietnam atendiendo a los enormes presupuestos del primer plan quinquenal.

Así, a finales de 1952, a pesar de las debilidades y los errores en los planes de construcción de base que sólo se realizaron en un 85 por ciento, las fuentes oficiales manifestaron que se había conseguido un buen número de resultados[37]. La reforma agraria había llegado casi ya a su fin, la industria reanimada, los transportes puestos al día y desarrollados, el presupuesto equilibrado, la moneda estabilizada y las más altas estadísticas de la anteguerra habían sido sobrepasadas en todos los campos. La detención de la guerra de Corea y la obtención de una importante ayuda por parte de Rusia, permitieron al régimen el poder entrar a la vez en la era de planificación y en la de la colectivización; la construcción del socialismo podía iniciarse.

[36] Los 200 millones de unidades valoradas a su partida, el 6 de enero de 1950, en 14.055 yuanes (jen-min-pi); en enero de 1954 valían 24.893.

[37] Excesiva prisa, desconocimiento de la complejidad de los problemas, falta de personal calificado, gestión mal planificada, defectuoso sistema de responsabilidad, dirá el departamento de Estadística en uno de sus informes.

IV. Las transformaciones sociales: La ley de 1 de mayo de 1950 sobre el matrimonio

Si la evolución de las ideas y de las costumbres en el sentido de Occidente había ido ganando poco a poco a ciertos sectores de la sociedad china, como la población de los grandes puertos y de los centros industriales, provincias costeras meridionales donde regresaban muchos emigrados, ésta apenas había aflorado dentro de las grandes masas campesinas o en los habitantes de las pequeñas o no tan pequeñas ciudades del interior. Podemos afirmar que en 1949 las condiciones de la existencia material, los hábitos y costumbres, las mentalidades eran aún, para las tres cuartas partes de China, las del Imperio[38].

Las campañas masivas en las ciudades, la reforma agraria en los pueblos y, en todos los lugares, la intensa y permanente acción de la propaganda precipitaron el despertar de este mundo inmóvil. Este despertar, por lo tanto, no se hará real más que a partir de 1955 que es cuando unos grandes cambios en las estructuras y en el rendimiento de la producción harán trastornar esta vieja caduca sociedad. Mientras tanto, el régimen debía despejar este camino de obstáculos que sus predecesores no habían podido soportar. Por esta razón, la ley acerca del matrimonio, publicada el primero de mayo, será, a excepción de las leyes orgánicas de 1949, la primera de todas las que dictará.

También vendrá a ser la más considerable en cuanto a sus efectos teniendo en cuenta el gran poder de la idea familiar y del papel de la familia en la sociedad china de la época. Sin embargo, y conviene decirlo ya desde ahora, si la nueva ley se propone liberar al individuo de las coacciones de la célula familiar, es sobre todo para colocarlo, solo, sin pantalla ni intermediarios frente al Partido. Es para obtener que sus esfuerzos, sus desvelos y su lealtad tradicionales sean transferidas de la familia a la colectividad o mejor aún del clan a las colectividades mucho más amplias que pronto constituirían las nuevas unidades de producción y, gracias a ellas, al Partido y al régimen.

La empresa no será fácil. Encontrará ciertas resistencias dentro del mismo Partido y, sin duda, aún ahora está lejos de llevarse a término. En cuanto a su amplitud, no se podría concebir más que teniendo presente la índole de los

[38] Ver igualmente, sobre este tema, nuestro volumen I, cap. I.

caracteres internos de la familia china, el lugar exacto que se atribuye al individuo y sobre todo a la mujer, el papel capital que tiene esta familia, no solamente en la sociedad, sino también en la economía del Estado.

El informe que sigue y que se justifica por el carácter fundamental de la cuestión, se debe aplicar sobre todo a la familia auténticamente tradicional, pero también es ampliamente válido para la familia de transición que, después de una o dos generaciones, ha empezado a aparecer en algunos lugares.

La familia tradicional

Las características y la vitalidad de la familia tradicional se explican en principio por sus elementos religiosos. Es la sede de un culto a los antepasados por sus descendientes varones, y este culto, que afirma y estimula la continuidad de la especie, asocia dentro de un mismo concepto a vivos y muertos. Por esto, dicho culto empequeñece al individuo confundido en medio del transcurso de las generaciones y, como se ha dicho, es menos un testimonio de la inmortalidad del alma que de la inmortalidad de la raza[39]. Pero, en este aspecto, es sin duda Paul Valéry quien mejor ha sabido explicar los efectos:

«Cada hombre de esta tierra se siente hijo y padre, entre mil y diez mil, y se ve a sí mismo sometido por un pueblo que está a su alrededor, y por el pueblo muerto que está debajo, y por el pueblo que aún ha de venir, como el ladrillo en una pared de ladrillos»[40].

El culto familiar se mantuvo profundamente vivo hasta la llegada de los comunistas y sobre todo en el campo, en donde la necesidad de mano de obra propia para asegurar la supervivencia económica de la familia y los elevados índices de mortalidad le daban un sentido complementario. Como es sabido, se traduce por la presencia en el hogar de un altar familiar en el que unas tablillas reproducen los nombres de los cinco últimos cabezas de familia y su presencia acarrea en ciertos momentos de la vida unas obligaciones rituales.

[39] CH'Ü CHAI y Wiberg CHAI, *The Changing Society of China*, Nueva York, 1962. En este mismo sentido otro autor podrá observar que si la familia occidental se ordena alrededor de la unión esposo-esposa, en China se ordena alrededor de la relación padre-hijo. Francis L. K. HSU, *Americans and Chinese, Two Ways of Life*, Nueva York, 1953.
[40] Paul VALÉRY, *Regards sur le monde actuel*.

Nacimientos, defunciones, casamientos, éxito en los exámenes y otras promociones son anunciadas a los antepasados con todo el ceremonial conveniente. Los aniversarios del nacimiento y de la muerte de los antepasados también son celebrados con toda la solemnidad posible.

La necesidad de no interrumpir el culto a los antepasados y todo lo que esto simboliza explica ciertos hábitos muy extendidos e importantes por sus consecuencias demográficas o sociales: matrimonios precoces, novios-niños, cónyuges-yernos, adopción, doble herencia, concubinato, etc.

Al culto de los antepasados de la familia a menudo se le añade el de los antepasados del clan que está formado por muchas familias. Estas tienen el mismo nombre y llegan a constituir pueblos enteros del que sacan la denominación. Innumerables son los pueblos de la familia Wang o de la familia Li. El clan a menudo es afortunado por alguno de sus miembros y entonces dispone de templos y santuarios en los que se exponen las tablillas de los fallecidos más allá de la quinta generación. A veces —sobre todo en las provincias del Sur— posee unos bienes territoriales importantes. Comunidad de origen y de nombre acarrean para los miembros del clan una serie de obligaciones morales y materiales particulares y tejen entre ellos una red de complicadas relaciones que trascienden clases y niveles económicos.

Aparte de este carácter primordial religioso y ritual, la familia china presenta otros elementos que refuerzan su unidad.

Dicha familia es patriarcal. La autoridad del jefe de la familia, a menudo asistido por un consejo de familia en el caso de las familias afortundas y extensas, es considerable. Sus límites son las costumbres, la moral y los prejuicios tradicionales; esta autoridad es prácticamente inapelable.

La familia tiende a mantenerse agrupada alrededor de sus bienes, sobre todo cuanto éstos son importantes, a veces tiende a vivir en una misma residencia dividida en pabellones distribuidos en torno a varios patios, tiende también a constituir una unidad presupuestaria y económica: «seis generaciones bajo el mismo techo, nueve generaciones sin dividir las tierras» es un voto proverbial. No es preciso decir que las grandes familias de este tipo son escasas ya y, en 1949, se podían encontrar sobre todo en los casos de los personajes más notables y los propietarios herederos de los «letrados-funcionarios» de otros tiempos, y en el caso de los grandes comerciantes. La familia de los campesinos medios o pobres se asemeja a nuestros tipos rurales, oscilando entre las cuatro y ocho personas y sin tener demasiados parientes colaterales;

la deficiencia de las estadísticas y la imposibilidad de encuestar sobre el terreno no permite dar una información detallada, sino de grandes rasgos.

Con el patriarcado, la separación de los sexos desde temprana edad es otra característica del orden doméstico chino. Fundamentada en unas ideas morales muy antiguas y también procedentes en su origen de funciones económicas diferentes, la familia va al encuentro de la emancipación práctica y legal de la mujer.

La solidaridad moral de todos sus miembros caracteriza también de forma muy notable a la familia china, y, a menudo, también al clan. En parte, por lo menos, es la consecuencia de una solidaridad penal que ha perdurado hasta la época contemporánea y es así cómo el código de la última dinastía enumera con gran precisión los castigos reservados a los parientes de un criminal: muerte, exilio, esclavitud, penas corporales... En contrapartida, la responsabilidad del grupo frente a cada uno de sus miembros es considerable, ya que se trata de socorrerle o a veces ayudarle a su ascensión. Este imperativo moral, particularmente importante cuando se trata de los primogénitos, predomina sobre todos los demás, sobre los deberes hacia el soberano, el Estado, la ciudad, la profesión y, especialmente, sobre el prójimo. A los ojos de los suyos dicho imperativo justifica: nepotismo, concusión y egoísmos de toda clase. A los ojos de la opinión ostenta circunstancias atenuantes en caso de culpabilidad, no interviniendo la reprobación sino en el caso de que el exceso de la falta sobrepase su utilidad.

En resumen, una piedad filial claramente expresada caracteriza las relaciones internas de la familia. El comportamiento de cada uno está regido por unas reglas de conveniencia y de obediencia muy precisas en función del lugar que ocupe con respecto a los demás. La importancia dada al lujo de las ceremonias, su complejidad, su duración, la duración del luto, los terribles castigos que sufrían los parricidas, incluso los dementes, el predominio de las relaciones familiares en las «cinco relaciones cardinales», hasta la precisión rigurosa de los términos que definen los vínculos de parentesco, testimonian esta piedad filial que se traduce, en fin, en una gran potestad paternal o marital.

Dentro de este conjunto de la familia tradicional, el lugar de la mujer es a la vez disminuido y considerado, puesto que no hay desprecio alguno hacia su sexo, sino todo lo contrario. Su casamiento era preparado por sus padres —a veces por toda la familia— por medio de un casamentero de oficio cuya acción

no sólo discreta, sino anónima, evitaba errores, gestiones inútiles y heridas en el amor propio. Ella no verá al esposo hasta el día de la ceremonia que la conducirá hacia una nueva familia en una silla de manos roja, color de la felicidad, pero en este punto se halla en un plano de igualdad con su marido, que no ha podido elegirla y para quien el matrimonio es más un hecho social que personal. La mujer debe obediencia a su nueva familia y sobre todo a la suegra. Mientras que se esperan de ella todas las virtudes conyugales ordinarias, deberá aceptar o tolerar la existencia de esposas secundarias y concubinas. Una vez viuda, sus segundas nupcias se verán contrariadas por unos fuertes prejuicios y grandes obstáculos prácticos. Pero de todas formas, si los motivos para el divorcio son numerosos —y entre ellos una excesiva propensión a la charlatanería—, los impedimentos son también tales que el marido casi no puede despedir a su mujer[41].

La esposa es la madre de la familia para todos los hijos de su marido y las concubinas son sus subordinadas. Como dice un viejo proverbio: «La mujer teme al marido, el marido a la concubina y la concubina a la esposa». En la práctica, la influencia de la esposa es notable, sobre todo desde las primeras maternidades y acabará por ejercer sobre sus nueras la tiranía que ella misma había sufrido, y por asegurar el gobierno interno de la casa.

La familia tradicional dentro de la sociedad

En la sociedad precomunista la importancia social y política de la familia procede no sólo de su fuerte estructura y de su gran unidad, sino también de dos rasgos característicos de dicha sociedad: la subadministración y el papel de la moral en las relaciones humanas.

En el nivel del hsien o distrito, la administración imperial dejaba la responsabilidad de los pueblos a unos jefes de familia, los más influyentes, y la responsabilidad de los individuos a las mismas familias, con tal que fuesen respetadas ciertas normas y costumbres. Este poder casi discrecional evidentemente no hacía más que reforzar el conservadurismo administrativo y político al mismo tiempo que la autoridad de los jefes de familia.

[41] Sobre todo, dicen los clásicos, en caso de duelo entre parientes del esposo, o cuando éste en unos momentos difíciles accede a ciertos honores, y por fin, en caso de que la esposa no pueda ser recogida por su familia de origen.

En cuanto a la moral, aseguraba más y mejor que las obligaciones legales el orden social y familiar fundamental. En dos mil años de historia, los principios confucianos colocados al nivel de preceptos populares, habían impregnado hasta a los elementos menos importantes de la población. En este nivel, la moral familiar tenía atribuciones de moral cívica o se confundía con ella. Para los medios más cultivados gobernar bien a una familia equivalía a participar en las responsabilidades más elevadas y numerosas fórmulas admirablemente concisas lo afirmaban: «Gobernar el Estado es, en primer lugar, poner en orden a su familia», o bien esta regla que resume toda una filosofía de universal armonía: «Construirse a sí mismo, dirigir su familia, gobernar el Estado, pacificar el mundo.»

La evolución de la familia tradicional

Desde el fin del Imperio, la familia china está, sin embargo, en vías de una lenta evolución. La causa principal reside naturalmente en la desaparición de un viejo orden de cosas, antiguas instituciones y por encima de todo del mandarinato depositario y guardián de la moral confuciana. Pero ésta se encuentra también dentro de la reforma de la educación definida desde 1905 y cuyos efectos se van difundiendo poco a poco. Dicha reforma no corresponde solamente a la supresión de los exámenes de los mandarines, sino que también corresponde a una amplia revisión del contenido de la enseñanza. Poco a poco, las sentencias morales, las fórmulas de piedad filial sacadas de los clásicos van cediendo el paso a las realidades de la vida, a las lecciones de las cosas y, en lo que toma gran importancia el saber occidental, a las nuevas ideas. Poco a poco, los principios, los valores y los comportamientos milenarios se pondrán en tela de juicio. Las costumbres impuestas por la familia comenzaron a debilitarse, la de los pies vendados, por ejemplo, tan enraizada como estaba en ciertas clases como condición indispensable para las muchachas llamadas al matrimonio.

Sin embargo, los cambios variaban considerablemente con las categorías sociales y las regiones. Eran mucho más rápidos y notables en la burguesía industrial y comercial que empieza a nacer y aun en la burguesía terrateniente cuyos hijos estudiaban a menudo en el extranjero o frecuentaban escuelas extranjeras (escuelas de misioneros sobre todo). Los cambios afectan mucho antes a las grandes ciudades costeras (Shanghai, Tsingtao, Tientsin, Cantón) o

accesibles por medio de los grandes ríos o la red ferroviaria, que a las ciudades del interior, mientras que las concesiones extranjeras ejercían, por su ejemplo y gracias a las facilidades que otorgaban, una gran influencia sobre la evolución de las ideas y costumbres. En fin, los millones de chinos de ultramar que regresan a su país son también, hasta cierto punto, agentes de transformación.

A pesar de todo, la extensión del territorio, su carácter masivo y compacto, las dificultades de circulación, el analfabetismo, el ínfimo porcentaje de la burguesía en el conjunto de la población, la resistencia de los jefes de familia, y la terrible fuerza de la costumbre al tratarse de un país con más inclinación hacia el pasado que hacia el futuro, hacen que los cambios sean locales y lentos a pesar de los esfuerzos de los gobernantes. Si el código civil de 1930, por ejemplo, anunciaba la libertad del matrimonio, la igualdad de derechos para los cónyuges en materia de sucesión, admitiendo hasta el divorcio por mutuo consentimiento, su aplicación se vio impedida por toda clase de prejuicios sociales y dificultades materiales[42].

En 1934, el «Movimiento de la nueva vida» se esforzó en propagar nociones modernas acerca de las costumbres, civismo y hasta de la higiene, pero su éxito será muy limitado, debido a la falta de tiempo, falta de convicción de sus iniciadores y, sobre todo, por falta de un poderoso aparato profundamente enraizado en la población que se hiciese obedecer. En definitiva, sólo un movimiento revolucionario total, apoyado en una propaganda masiva e incesante, dispuesto a todas las coacciones, podía emprender la destrucción del antiguo sistema. Y aún lo realizará incompletamente y al precio de considerables dificultades.

La ley del matrimonio

La nueva ley sobre el matrimonio, promulgada el 1 de mayo de 1950, después de un año y cinco meses de estudios previos, comprende 27 artículos que

[42] Ver, *The Civil Code of the Republic of China*, Shanghai, 1930. Por su lado, los comunistas habían publicado en 1931, en Kiangsi, una ley acerca del matrimonio cuya duración sería breve. En fin, en diversos momentos, Mao Tse-tung personalmente había tomado posición en contra del «poder familiar» y sobre todo marital, que vinculaba con el poder de los propietarios de haciendas, agregando que la emancipación real de la mujer dependía del triunfo de la revolución socialista.

completan útilmente dos documentos menos oficiales[43]. Como era de esperar, en primer lugar denuncia el carácter arbitrario del antiguo matrimonio impuesto por las familias y prohíbe la bigamia, el concubinato (tomando a este último término en el sentido de poligamia) y la adopción de niñas destinadas a casarse con uno de los hijos de la familia adoptante. Se esfuerza en destruir el prejuicio existente en cuanto a las segundas nupcias de las viudas y pretende hacer desaparecer el matrimonio por mediación (arts. 1 a 3).

La edad del matrimonio queda fijada en los 20 años para los hombres y 18 para las mujeres (art. 4). Esta disposición busca el poder sustraer los niños a las presiones de los padres y de los abuelos siempre inquietos para asegurar su descendencia y el culto debido a los antepasados, pero pretende también, aunque no lo diga, contribuir a la disminución de la natalidad. Esta preocupación está todavía viva en tal manera que se intenta retardar hasta los 28 o 30 años la edad del matrimonio en el caso de los hombres, y a los 25 en el de las mujeres.

Es obligatorio para los esposos el registrar su matrimonio (art. 6), importante novedad que debería facilitar los trabajos estadísticos en vistas a una política demográfica y permite sobre todo las intervenciones políticas, debiéndose de fundar el matrimonio sobre una cierta armonía de los cónyuges en materia ideológica.

Entre los deberes y los derechos de los esposos (arts. 7 a 12), el artículo 8 menciona el deber de «desplegar esfuerzos comunes... para la edificación de una nueva sociedad». El artículo 11 confirma la práctica que autoriza a la esposa a conservar su nombre de familia.

A propósito de las relaciones entre padres e hijos (arts. 13 a 16), el artículo 13 contiene una prohibición específica que revela la frecuencia de una cierta forma de infanticidio: «Está formalmente prohibido ahogar a los recién nacidos...»[44].

Las disposiciones relativas al divorcio son muy favorables para la posible realización, puesto que se puede lograr por voluntad de los interesados por

[43] Ha sido publicado un texto en lengua francesa por las Editions en Langues Étrangeres de Pekín en febrero de 1951, 2a. edición en 1960.

[44] Un atento análisis de la formulación de los artículos podría mostrar de una manera bastante fácil el estado real de la sociedad china de 1950.

simple inscripción y demanda del certificado (art. 17). Todas estas disposiciones van encaminadas hacia la despoblación y buscan el poder corregir por adelantado el carácter arbitrario persistente de los matrimonios. Favorecen a la mujer por lo general, supuesta víctima de la antigua sociedad, en lo que concierne a las consecuencias materiales del divorcio: deudas de matrimonio y mantenimiento de la parte que no se vuelva a casar (arts. 24 y 25).

En fin, como se ha podido observar, la nueva ley reservaba el caso de las minorías para las que la ceremonia y el estado civil estarían regidos por unas disposiciones especiales o por enmiendas a la ley de 1 de mayo (art. 26).

En conjunto, la nueva ley aparecía, como lo había hecho la de 1930, como una ley de emancipación. Es más liberal, más flexible y más comprensiva que la ley soviética de 1944 que pone diversos obstáculos al divorcio. Se debe, como lo indicaría la señora de Chu En-lai, a que los dos países socialmente no están en el mismo punto, particularmente en lo concerniente a la liberación de la mujer. Y también, problema de la disminución de la natalidad aparte, aquella ley trata de destruir totalmente y lo más rápidamente posible un antiguo sistema vinculado a un tipo de sociedad juzgado como caduco.

La aplicación de la nueva ley acerca del matrimonio no iba a carecer de obstáculos, y los comentaristas oficiales lo advierten claramente. Pretendiendo «liberar a la mujer sin ser de ningún modo injusta con el hombre», la ley desfavorecía a éste en cuanto a padre, marido y aun en cuanto a hermano. Los comunistas y sus partidarios quedaban como los demás, quizá más que los demás, afectados por esta triple circunstancia. Su situación era a menudo más complicada de lo normal. La mayor parte de los cuadros eran de origen burgués rural o ciudadano, algunos de ellos habían sufrido un matrimonio precoz debido a sus familias, tal es el caso del mismo Mao Tse-tung. A menudo también la vida errante de los revolucionarios, su huida hacia las bases comunistas, les habían conducido a crear un segundo hogar mientras que el primero subsistía o mientras que sus hijos dispersos eran entregados a la custodia de las familias campesinas. Su difícil situación personal, y en todo caso la repugnancia china a intervenir en los asuntos familiares de los demás, les conducían a desinteresarse en la aplicación de la nueva ley que no comprendían bien: «Incluso entre los cuadros del gobierno popular y los miembros del Partido

Comunista —escribía Teng Ying-chao (señora de Chu En-lai)— hay quienes respetan bien poco a sus esposas»[45].

En las ciudades, donde fueron presentadas un gran número de demandas de divorcio, por lo general por parte de las mujeres, los tribunales populares (generalmente organizados o llevados a cargo por el Departamento político del Ejército) se mostraron en mayoría comprensivos en lo que respecta a la esposa y esta transferencia de prejuicios suscitó cierto resentimiento masculino[46].

En fin, existían dolorosas situaciones de hecho. No era siempre posible expulsar a las esposas secundarias enamoradas de su marido, no se las podía separar de sus hijos ni dejarlas sin recursos. A menudo será preciso pasar por alto las cosas y acomodarse a las antiguas situaciones. También se deberán tolerar los matrimonios por intermediarios a causa de las diferencias de amor propio y garantías que suponían y dejar además que se continuasen celebrando las ceremonias tradicionales tan profundamente enraizadas en las costumbres populares y sin las cuales ningún matrimonio podía ser feliz ni fecundo. A menudo también se tuvieron en cuenta consideraciones de clase en las discusiones de los cuadros y aun en los cursos populares que vacilaban en disgustar a los campesinos pobres, artesanos y obreros, al despojarlos de su poder paternal o conyugal perjudicándolos materialmente.

Por dos veces, en septiembre de 1951 y en junio de 1953, el gobierno deberá actuar enérgicamente para obtener una mejor aplicación de la ley de 1950. A consecuencia de una decisión gubernamental del 26 de septiembre de 1951, se puso en acción una verdadera campaña masiva, hostil a los antiguos prejuicios y favorable a su implantación rápida y correcta a escala nacional[47]. Los cuadros fueron invitados a estudiar de nuevo los textos reglamentarios, a emprender su propia reeducación y a dar buen ejemplo. Las organizaciones de masas (sindicatos y diversas federaciones) fueron movilizadas. Los temas

[45] Teng YING-CHAO, Informe del 14 de mayo de 1950.

[46] Según las estadísticas parciales válidas para cuatro provincias de China del Norte, en el transcurso del segundo semestre de 1950, entre un 50,21 y un 68,52 por ciento de los procesos civiles se realizaron por divorcio.

[47] Ver el «Diario del Pueblo» del 29 de septiembre de 1951. Chu En-lai insiste en él sobre la fuerza de las antiguas costumbres, el elevado número de los suicidios motivados por uniones forzosas: 10.000 en un año en una sola región, la del Centro-Sur, 1.245 en la provincia de Shantung, por ejemplo.

desarrollados por la prensa revelaron la naturaleza y amplitud de los problemas. Así es como, se dijo, «sin poner al amor por encima de todo», la futura pareja debía poder relacionarse antes del matrimonio sin peligro de ser objeto de burlas o comadreos. Se animó en gran manera a las mujeres, invitándolas a luchar contra su resignación e ignorancia, a elevarse y a elevar sobre todo su conciencia política, participando activamente en todo trabajo constructivo.

En enero de 1953, el gobierno popular constata de nuevo que la ley no queda aplicada totalmente de manera satisfactoria. Persisten casos de casamientos «feudales», matrimonios «predeterminados», casamientos de interés y la bigamia. Todavía existen los matrimonios precoces. Tienen lugar numerosos suicidios por esta causa. Los derechos de la mujer son a menudo olvidados. Los cuadros y a veces los mismos magistrados se desinteresan por los problemas del matrimonio o intervienen mal a este propósito. Se constituyó un comité de 29 miembros presidido por Shen Chün-yu, anciano mandarín del Imperio, miembro de la Liga Democrática, para encargarse de la situación. Por su lado la señora de Chu En-lai, observando que aún quedaba mucho por hacer a pesar de los tres años de progreso, anunciaba que tendría lugar una nueva e intensa campaña de reeducación ideológica en ocasión de la «Jornada mundial de las mujeres». Pronto, en efecto, las directrices gubernamentales se multiplican y se ponen en movimiento grandes medios de propaganda (incluyendo a las compañías de teatro). A los temas habituales se les añade una verdadera defensa de la ley del matrimonio que, como aseguraban los comentarios, no iba dirigida contra la familia ni incitaba el divorcio.

Finalmente, y a pesar de la duradera desconfianza y de las antiguas prácticas todavía vivas en nuestros días, los efectos de la ley de 1950 acerca del matrimonio fueron notables, extendiéndose de una manera relativamente rápida. Este éxito se debe buscar una vez más en el dinamismo de un Partido Comunista que tenía una larga y considerable experiencia en la manipulación de las poblaciones, particularmente en las zonas rurales y que debía hacer estallar la célula familiar para poder organizar y adoctrinar más cómodamente a los individuos. Pero también está sometido a unas transformaciones estructurales que el nuevo régimen no tardará en emprender. Pasada la reforma agraria de 1950, iniciará la marcha hacia la colectivización, cuyas etapas son: equipos de ayuda mutua, cooperativas elementales, después socialistas y finalmente las comunas populares. Borrando poco a poco los bienes raíces que quedan reducidos a la vivienda individual y organizando progresivamente la

vida colectiva, se conseguiría, gracias a estos cambios, debilitar la idea familiar. La «gran familia» en que se convierte el equipo de producción se esforzará en destruir a la «pequeña familia» reduciéndola a su papel biológico. Será preciso que tenga lugar el fracaso de las comunas populares y el «gran salto hacia adelante», para que se demuestre a los dirigentes su excesiva precipitación y para que también se demuestre que la familia china no puede ser disuelta con el comunismo de Fourier, como tampoco por el de Marx o Mao.

Sin embargo, en 1950, donde todavía nos encontramos, el Partido se mantiene cuidadoso y prudente. La ley del matrimonio aparece esencialmente como una ruptura declarada a la antigua sociedad y como punto indispensable de partida para la construcción de la nueva sociedad. Tal es el caso también de la ley agraria adoptada aquel mismo año. Interpretada ésta como la liberación del mundo rural y aquélla como la liberación del mundo femenino, ambas parecían aportar a China una mayor equidad aproximándola a los tiempos modernos; ninguna voz autorizada se levantó contra ellas, ni dentro ni fuera.

V. Las transformaciones culturales

«No se puede desterrar ni destruir a los intelectuales burgueses,
es preciso vencerles, transformarles, asimilarles y reeducarles».
Lenin (*La enfermedad infantil del comunismo*).

Respondiendo a todos los problemas en las dimensiones nacionales y en las perspectivas constructivas para el futuro, el nuevo régimen no podía dejar de abordar sin tardanza los de la literatura y el arte y, de una manera más general, el de los intelectuales y su formación[48]. Transformar a los intelectuales, «refundirles», «ponerles en un molde», «lavarles el cerebro», para emplear las expresiones de la época, va a ser una de las primeras preocupaciones del año 1949.

El Programa común, en su capítulo 5, debía definir una política educativa y cultural. Si estas formas algo vagas contrastan con la nitidez de los textos anteriores que, verdaderamente, se dirigían en primer lugar al Partido y a sus miembros, el artículo 47 anunciaba mutaciones futuras:

«Finalmente, someteremos a los intelectuales, jóvenes y viejos, a un entrenamiento político revolucionario a fin de responder a las inmensas necesidades de nuestra obra revolucionaria y de nuestra obra de construcción nacional».

En realidad, la primera «Conferencia nacional de escritores y artistas» se había realizado ya en el mes de julio de 1949, tres meses antes de la formación del nuevo gobierno. Sus 750 delegados habían organizado una «Federación nacional de escritores y artistas» de la que Kuo Mo-jo era presidente, y Mao Tun y Chou Yang vicepresidentes.

El deseo de recuperar a los intelectuales, en su inmensa mayoría de origen y mentalidad burgueses, comporta ciertas explicaciones. Algunos se apegan a antiguas actitudes hacia el saber: respeto al «letrado», gusto para enseñar y persuadir. «Lo enojoso —decía ya Mencius— es que se pretende instruir a los demás.» Algunos tendían a la ascendencia burguesa de la mayor parte de los

[48] A propósito del papel de los intelectuales en el desarrollo del movimiento comunista, ver nuestro volumen I, capítulos II, XVIII y XXVII.

dirigentes del Partido. Sin embargo, la principal se funda en la debilidad numérica de los intelectuales y sobre todo de los intelectuales llamados «superiores», comparada con las necesidades del país. Para más de 600 millones de habitantes, en 1956 China no disponía más que de 100.000 intelectuales de primera categoría, es decir salidos de universidades e importantes escuelas cuyo valor científico era conservado, y unos 3.840.000 intelectuales «ordinarios», personas instruidas salidas de institutos y escuelas técnicas[49]. Conservar estos intelectuales, ponerlos al servicio del Estado y vincularlos de buen o mal grado al régimen y al Partido, era, más que consecuencia de una alternativa política, la respuesta a una necesidad objetiva.

La reeducación ideológica de los intelectuales será emprendida en el marco de una propaganda general de la que se conoce la intensidad y sus coacciones, pero se realizará también y en mayor grado mediante unos cursillos llevados a cabo, durante varios meses, en las «universidades revolucionarias» regionales como la de Pekín en la China del Norte y Wuhsi en la China del Este. En fin, se realizará tratando muy ruidosamente cierto número de acontecimientos literarios llevados a escala nacional y revestidos artificialmente de un carácter ejemplar. El caso Liang Shu-ming, el acontecimiento cinematográfico La vida de Wu Hsiin y el caso Hu Shih, serán los más resonantes. Tras esta especie de prólogo, se continuará, el mes de noviembre de 1952, con una «campaña de reestructuración de los intelectuales», de carácter político más marcado. Se prolongará durante un año y su proceso (punto de partida literario y apertura ideológica) se repetirá periódicamente. La Revolución cultural no se iniciará de otro modo.

El caso Liang Shu-ming

Filósofo e historiador muy conocido, profundamente marcado por el confucianismo y el budismo que anteriormente había defendido en numerosas obras, promotor de la autonomía administrativa regional y de la reconstrucción rural, favorable a los comunistas aunque liberal, Liang Shu-ming era, en

[49] Ver cap. XII.

1949, uno de los responsables de la Liga Democrática creada en Hong-Kong en 1941 y redactor del periódico «Kuang-ming jih pao» («Claridad»)[50].

En octubre de 1951, Liang Shu-ming será invitado a autocriticarse a propósito de su último libro, El Sentido de la cultura china, publicado en Chungking en vísperas de la llegada de los comunistas. Le será severamente criticado el haber negado la existencia de clases en la sociedad china, a la que tenía por una sociedad estancada entre un feudalismo desaparecido después de las últimas dinastías Chou y Ch'in y un capitalismo que jamás había llegado a establecerse realmente[51].

Liang Shu-ming hará, al menos momentáneamente, frente a sus detractores en el curso de una polémica que servirá de advertencia a los liberales, a los «pequeños partidos» y al «Kuang-ming jih-pao», que hasta las «Cien flores» será su prudente portavoz. En 1953, Mao Tse-tung le insultará públicamente durante un penoso incidente[52]. En 1955 se le dirigirán nuevas críticas y al año siguiente pedirá perdón de nuevo por sus errores ideológicos pasados[53].

El film: «La vida de Wu Hsün»

A finales de 1950 se proyectaba en Shanghai un film titulado L*a vida de Wu Hsün*. Personaje histórico muy conocido, Wu Hsün había vivido en el siglo XIX. Había nacido en 1838, era el séptimo hijo de un pobre campesino de Ihsien en Shantung, huérfano desde temprana edad, rechazado de la escuela por falta de dinero, se vio obligado a mendigar y a unirse con unos titiriteros para poder vivir. Más tarde, en memoria de estos difíciles días, intentó recoger donativos para así crear escuelas destinadas a los niños pobres. A fuerza de tenacidad, de inteligencia y de laboriosidad, consiguió por fin crear numerosas escuelas, muriendo en 1896 honrado por el emperador.

---

[50] Principales obras: *Théories de reconstruction rurate*; *Cultures d'Orient et d'Occident et leurs philosophies*.

[51] Ver especialmente el «Kang-ming jih-pao» del 5 de octubre de 1951 y del 10 de enero de 1952.

[52] Ver la obra de Chou CH'ING-NVEN, *Pao-feng shih-nien* (*Diez años de tempestades*), Hong Kong, 1959.

[53] Intervención en la segunda sesión plenaria del 2.° Comité nacional de la Conferencia consultiva política popular.

El film que llevaba su nombre fue aceptado sin dificultad alguna por el Partido y, proyectado a partir del 31 de diciembre en todas las ciudades importantes, como un gran acontecimiento. Pero, por los meses de mayo y junio siguientes, la prensa comenzó a atacarlo muy intensamente. Lejos de ser un modelo de sacrificio a la causa de la instrucción de los pobres y de servicio para el pueblo, Wu Hsün, falto de espíritu revolucionario, había realizado su acción dentro del cuadro de la antigua sociedad y, a través de su reformismo y su capitulación, daba muestras de ambición personal.

«A pesar de que hayan vivido a finales de la dinastía manchú de los Ch'ing, en una época de intensas luchas del pueblo chino contra los agresores de fuera de las fronteras y contra los reaccionarios feudales de dentro, las gentes de la especie de Wu Hsün —escribía el "Diario del Pueblo" el 20 de mayo de 1951— no hicieron nada para socavar la base económica feudal y su superestructura. Al contrario, propagaron encarnizadamente la cultura feudal y, a fin de adquirir una posición que ellos mismos no tenían para propagar esta cultura, se pusieron servilmente y con todas sus fuerzas al servicio de los feudales.»

Pero, más que para Wu Hsün, expulsado de su clase, asocial en busca del apoyo de los ricos, era contra los cuadros, los miembros del Partido y los medios intelectuales culpables de la ceguera ideológica a quien iba dirigida la campaña; y el editorial del «Diario del Pueblo» seguía así:

«Para muchos autores, el desarrollo de la Historia no consiste en modo alguno en reemplazar lo viejo por lo nuevo, sino en hacer todo lo posible para conservar lo viejo y sacarlo del peligro. No se sirven de la lucha de clases para derribar la dominación de los reaccionarios feudales que debe ser destruida, sino que, los que actúen como Wu Hsün, niegan la lucha de la clase de los oprimidos que deben capitular frente a esta dominación... Particularmente, es preciso destacar el caso de un cierto número de miembros del Partido que son considerados como partidarios del marxismo... pero que pierden todo sentido crítico cuando se trata de casos históricos concretos, o personajes concretos (como Wu Hsün)... Las ideas reaccionarias de la burguesía penetran en el Partido Comunista combativo. ¿No es esta la realidad? ¿Hacia dónde va el marxismo que ciertos miembros del Partido dicen haber aprendido?»

Esta severa lección dirigida a todos los que habían acogido La vida de Wu Hsün con una extraña falta de criterio y madurez política tenía a Mao Tse-tung por autor; no se sabrá con exactitud hasta quince años después.

En cuanto a la campaña, proseguía y se extendía. El 4 de junio, el Ministerio de Educación prescribía el realizar a todos los niveles y durante quince días una serie de discusiones y críticas sobre el mismo film y sobre el «espíritu de Wu Hsün» que no debía ser confundido con el verdadero espíritu revolucionario.

Kuo Mo-jo, que de manera particular había alabado al personaje de Wu Hsün y caligrafiado el título de su historia puesta en imágenes, se apresuraba en presentar su autocrítica. Se excusaba de haber omitido la idea de reponer a Wu Hsün en el contexto ya revolucionario de la época: «típica falta —añadía— de la costumbre pequeño burguesa de hablar y escribir sin un serio estudio preliminar del tema»[54]. En cuanto al Partido, fue demasiado lejos en su denuncia de Wu Hsün, creando una comisión investigadora ambulante para estudiar su vida y, con la ayuda de testimonios diversos, poder desacreditar definitivamente a este personaje que debía de dejar su carácter ejemplar para tomar de nuevo un lugar anónimo en medio de los millones de vagabundos de su tiempo.

La historia secreta de la corte de los Ch'ing

El 1 de abril de 1967, un violento artículo de Ch'i Pen-yü, por aquel entonces aún miembro del grupo de la Revolución cultural, y titulado *Patriotismo o traición*, aparecía en el «Diario del Pueblo» a propósito de una película: La historia secreta de la corte de los Ch'ing, cuya proyección había sido aprobada por Liu Shao-ch'i en 1950. Basada en ciertas obras de teatro, el film ponía en escena a la corte imperial y a los Boxers y potencias extranjeras durante los acontecimientos de 1900. Si damos crédito a este artículo y a los que le seguirían, Liu Shao-ch'i había impuesto la difusión de esta obra juzgada como difamatoria con respecto a los Boxers, simpática a los ojos de la dinastía y comprensiva con respecto a los extranjeros, contra las órdenes de Mao Tse-tung y de su mujer Chiang Ch'ing. El caso, si merece este nombre, no parece haber sobrepasado más que un círculo muy limitado, pero, cercano al acontecimiento La vida de Wu Hsiin, nos muestra que, en el dominio de la cultura como en muchos otros, Liu Shao-ch'i era partidario, en mayor grado que Mao Tse-tung, de las lentas transiciones.

[54] Ver el «Diario del Pueblo» del 7 de junio de 1951.

La denuncia de Hu Shih

En su intento de eliminar toda influencia cultural rival, los comunistas van a atacar, con tanta mala fe como vigor, a uno de los más grandes hombres del movimiento intelectual moderno, el filósofo e historiador Hu Shih. A partir de los «años veinte», y tras la «querella de los ismos», este anciano alumno de John Dewey se había separado de las corrientes radicales[55]. Convertido en liberal, había ocupado, no obstante, unas funciones diplomáticas y culturales en el antiguo gobierno y finalmente se había retirado a Taiwan, en donde presidía la Academia Sínica[56].

El 2 de diciembre de 1951, se llevaba a cabo en Shanghai un seminario consagrado a la «crítica del pensamiento de Hu Shih». Dicho seminario reunía a eminentes personalidades de la universidad y del periodismo, entre los cuales, algunos, como el historiador Chu Ku-ch'eng, serían brutalmente eliminados por la Revolución cultural de 1966, gracias a una justa compensación. Hu Shih fue atacado sin piedad tanto en el plano personal como en el científico. Se atacó su probidad intelectual, y sus métodos de investigación. Se puso en duda su papel dentro del movimiento anticonfucionista, en el del empleo de la lengua vulgar en literatura, oponiéndolo a la vez con Wu Yu-ling, un violento adversario del confucianismo, y con Ch'en Tu-hsiu, a pesar de la indignidad política de este último. En cuanto a hombre, se le acusó de ambición, de oportunismo —había sido embajador de su país en Washington de 1942 a 1945— y de una manera general de venderse a la cultura imperialista. El hijo del gran escritor, que vivía en Pekín desde 1949, se apresuró a levantarse contra su padre. Ni a él ni al Partido les acreditó demasiado esta villanía.

[55] Ver nuestro primer volumen.

[56] La obra de Hu Shih es particularmente abundante. Podemos citar: *L'Histoire de la philosophie chinoise*, *L'Histoire de la littérature en langue parlée*, *The Chinese Renaisance*, escrita en inglés, pero son sobre todo sus artículos y sus ensayos, y especialmente su artículo del 1 de enero de 1971 en «Nueva Juventud» sobre la revolución literaria, los que tendrán una mayor influencia en su tiempo.

La «refundición» de los intelectuales

Sin embargo, la gran campaña para la «refundición» de los intelectuales había comenzado desde finales de otoño. Chu En-lai la había lanzado en noviembre de 1951 reuniendo en Pekín a varios miles de ellos para invitarles a reformarse y a integrarse en el régimen y las masas. Tras él y uno a uno, los grandes responsables de la cultura deploraron y condenaron las debilidades e insuficiencias de la producción artística y literaria. Hu Ch'iao-mu repetirá una vez más que muchos de los trabajadores de las artes y de las letras han olvidado que la cultura no es más que la superestructura de la base económica y que las masas quieren fijar sus ojos en el futuro y no en el pasado. Con más violencia, Chu Yang clamará que ha llegado el tiempo de no tolerar ya más la confusión que reina en el trabajo artístico y literario[57]. Ho Ch'i-fang, uno de los raros escritores que la Revolución cultural perdonaría, repetiría la historia literaria del Partido y sacaría las conclusiones para los tiempos presentes[58].

Durante los primeros meses de 1952, el movimiento de la «refundición», ligado a la campaña de los «Tres Anti» y acompañada por un control del funcionamiento de las universidades, tomará su verdadera amplitud. Miles de intelectuales, comprendidos los comunistas, serán invitados a dirigir su propia reeducación mediante un programa adecuado de lecturas, el examen de sus vidas e ideas, y mediante la autocrítica y la confesión pública. Los más importantes debieron confiar a la prensa el relato contricto de sus errores «burgueses» pasados. El caso del doctor Chu P'ei-yuan, decano de la Universidad Tsinghua y físico de fama internacional, no es más que un ejemplo entre mil.

El futuro no tardaría en demostrar que, a los ojos de los comunistas, el problema de la transformación de los intelectuales se mantenía casi en su totalidad. El caso Yü P'ing-po o del «Sueño en el Pabellón rojo», el caso Hu Feng, darían ocasión a nuevas persecuciones hasta que unos métodos aparentemente más suaves, aunque no menos autoritarios, son puestos en acción a principios de 1956.

[57] Las declaraciones de Hu Ch'iao-mu y de Chou Yang se hicieron el 24 de noviembre en una reunión de los medios artísticos y literarios de Pekín.
[58] Declaración del 5 de diciembre de 1951.

La educación, la formación de los cuadros

«Remodelando» a los intelectuales salidos del antiguo régimen a fin de vincularlos a la construcción socialista, el Partido emprendía una gigantesca reforma de la educación, tomando este término en su más amplio sentido: educación de la juventud en la escuela, fuera de ella, y educación de los adultos.

En este dominio, el nuevo régimen partía de una situación algo desfavorable. Durante siglos, una educación inspirada sólo en los clásicos había cuajado los conocimientos, desalentado el espíritu de investigación, orientado a las inteligencias hacia la imitación de una antigüedad reputada como perfecta y, si los sistemas habían cambiado, la vieja cultura continuaba ejerciendo poderosa seducción. La reforma de la enseñanza no sobrevino hasta 1906 y se aplicó abandonándola a la propia voluntad de las provincias, que carecían de maestros y de una lengua corriente adaptada a los tiempos presentes, requerida desde ya hacía muchos años. Fue preciso esperar la ley de 1929 sobre enseñanza superior y la ley de 1932 sobre enseñanza primaria y secundaria para que China dispusiese de un sistema coherente y moderno.

La enseñanza primaria a la que los niños tienen acceso a partir de los seis años, se distribuye en seis años: dos ciclos, uno de cuatro y otro de dos años. La enseñanza secundaria tiene también una duración de seis años: dos ciclos de tres años respectivamente. La duración de la enseñanza universitaria y superior especializada varía de los tres a los cinco años.

Según los comunistas, los efectivos escolares récord antes de 1949 quedaban establecidos de la siguiente manera[59]:

Enseñanza superior	155.00
Enseñanza secundaria tec. y. prof.	383.000
Enseñanza secundaria	1496.000
Enseñanza primaria	23.883.000

[59] Ver *Diez Grandes Años*, op. cit., pág. 189.

Un importante número de estudiantes de enseñanza superior comenzaba a orientarse hacia las ciencias y las técnicas, como lo testimonian las cifras de los diplomados en el transcurso de los mejores años anteriores a 1949[60].

Industria	4792
Agricultura	2064
Ciencias económicas	2969
Medicina y farmacia	1236
Ciencias físicas y químicas	1701
Escuelas normales	3250
Artes y letras	2736
TOTAL:	18.748

Si la guerra chino-japonesa había desorganizado profundamente la educación a escala nacional, ésta había podido desarrollarse en el marco de diversas entidades políticas del momento y los efectivos se duplicaron o triplicaron entre 1932 y 1949.

Ver: cuadro p.647.

El 1 de octubre de 1951, una «decisión relativa a la reforma del sistema de enseñanza» elevaba la edad escolar a los siete años, reduciendo a cinco la duración del ciclo primario (ciclo único), seguía conservando dos ciclos de tres años para la secundaria (seis o siete años para las escuelas técnicas), y, en principio, fijaba en cinco años la duración de la enseñanza superior (tres años para la enseñanza técnica superior).

El organigrama de la enseñanza se presenta según el cuadro de la página anterior.

Un notable crecimiento de los efectivos escolares es lo que caracterizará los primeros años del régimen[61]:

[60] Ibid., pág. 193.

[61] Ibíd., pág. 189. Las estadísticas publicadas entre 1951 y 1953 son ligeramente diferentes. Hemos preferido adoptar las de la obra citada arriba, aparecida en 1959, y aceptables al menos hasta 1957 inclusive.

Años	Superior	Secundaria técnica y profesional	Secundaria	Primaria
1949	117	229	1039	24.391
1950	137	257	1305	28.924
1951	153	383	1568	43.155
1952	191	636	2490	51.100

(En millares de estudiantes y alumnos)

En la enseñanza superior, la proporción de los diplomados en ciencias y técnicas irá creciendo sin cesar, teniendo en cuenta las necesidades de los futuros planes quinquenales. Los resultados serán particularmente aparentes a partir de 1952, como permite observar la comparación de las estadísticas de los diplomados[62]. El declive de las Artes y Letras en comparación con las Ciencias y Técnicas, ya iniciado desde 1943, se convierte en una realidad que ya no desaparecerá de la enseñanza[63].

Años	Industria	Agricultura	Economía y finanzas	Medicina y farmacia	Física y Química	Escuelas Normales	Artes y letras
1949	4.752	1.718	3.137	1.314	1.584	1.890	2.521
1950	4.711	1.477	3.305	1.391	1.468	624	2.306
1951	4.416	1.538	3.638	2.366	1.489	1.206	2.169
1952	10.213	2.361	7.263	2.636	2.215	3.077	1.676

A nivel de investigación, será creada por fin, en noviembre de 1949, para suceder a «La Academia Sínica» que se prolonga en Taiwan, la Academia de

[62] Ibíd., pág. 193.

[63] En 1931, se contaba un 74,5 por ciento de estudiantes en las disciplinas literarias, un 25,5 por ciento en las disciplinas científicas y técnicas. Por el esfuerzo del gobierno nacional deseoso de estimular su desarrollo, y gracias a la ley de 1929, estos porcentajes se invirtieron desde 1934 pasando de un 30 a un 70 por ciento para los segundos. Ver *The China Yearbook* (1936).

las Ciencias. Presidida por Kuo Mo-jo y dividida en cuatro secciones: física, química, matemática; biología, geología, geografía; técnicas; filosofía y ciencias sociales, empieza a orientarse hacia la investigación aplicada y se marca con una clara influencia soviética. De todas formas, estos progresos serán lentos[64].

Más allá del sistema de educación propiamente dicho, el gobierno procuró desde muy temprano conquistar los espíritus para la técnica dirigiéndose sobre todo a la juventud. El esfuerzo estaba plenamente justificado por el predominio de las tradiciones literarias, artísticas y morales en la cultura, por un medio ambiente material mediocre en el sentido moderno del término. Existía también el interés de apartar al espíritu público de un liberalismo político incompatible con el comunismo.

Todas las formas posibles de propaganda fueron empleadas. Un gran número de revistas técnicas populares para todas las edades y cualquier nivel, florecieron, intentando eliminar las pequeñas publicaciones imaginativas extraídas de las novelas tradicionales. Además de su carácter político, la prensa toma un carácter educativo muy acusado. El cuadro técnico, el obrero y el especialista eran constantemente alabados por ella, la más pequeña realización o el más ínfimo descubrimiento eran valorados como un considerable progreso que daba a conocer las aptitudes de la raza en el dominio de la invención industrial. Los periódicos de otro tiempo, variados y ricos en pequeñas y grandes noticias, a menudo divertidas, se ajustan a los moldes de las publicaciones soviéticas. No sólo acogen textos políticos abundantes, sino también artículos técnicos y estadísticas; en ellos rivalizan el argot marxista y el vocabulario del especialista. Y por lo tanto, esta prensa repulsiva a los ojos del occidental dado su contenido, sus repeticiones, su falta de diversidad y su estilo austero, tenía para unos centenares de millones de lectores o auditores (dado que la prensa era generalmente leída a los iletrados) ciertos atractivos. A menudo aportaba la revelación de un mundo nuevo, hasta entonces insospechado, el mundo de la ciencia. Esta prensa está íntimamente ligada a las grandes ambiciones nacionales y suscita un interés comparable al que podríamos constatar en relatos de «ciencia-ficción», a base de certezas próximas, que prometiesen a nuestro país el poder igualarse a los «supergrandes» en desarrollo y poderío.

[64] Ver cap. XIII.

Para sacar partido de la vieja mama china por el pergamino, se crearon numerosos diplomas técnicos que no correspondían a menudo más que a unas aptitudes muy elementales. Pero, sobre todo, todo tipo de medidas se proponían elevar el valor profesional y el prestigio del cuadro y del obrero: cursos nocturnos, cursos acelerados de primaria reducidos a dos o tres años y de secundaria reducidos a tres o cuatro años. Las campañas de emulación y los concursos se multiplicaron. Y las recompensas bajo la forma de títulos: «héroes del trabajo», «trabajador modelo», condecoraciones, y los viajes a Pekín con una entrevista con el presidente Mao Tse-tung, son libremente distribuidos.

En una palabra, nada de lo que pueda magnificar al papel del técnico y del obrero en la China nueva queda omitido y esta preocupación de orden económico queda expresada por una preocupación política permanente: afirmar la prioridad del proletariado sobre las otras clases, desarrollarlo numérica y cualitativamente puesto que el Partido Comunista quiere ser su vanguardia y su justificación.

Esta línea general de la educación, fundamentada en la formación de numerosos cuadros y especialistas de todas clases, en la valoración de la ciencia y de la técnica —pese a que uno se pueda mostrar reservado en cuanto a los métodos a menudo dudosos y en cuanto a una politización desmedida— estaba de acuerdo con las necesidades generales del desarrollo económico. Continuará con éxito hasta finales del primer plan del año 1958. Más tarde, cuando los responsables crean poder independizarse de la experiencia de los países avanzados, cuando la política se abra paso por entre todo lo demás y el «rojo» tenga más importancia que el «experto», la educación sufrirá profundas transformaciones que el fracaso del «gran salto hacia adelante» y los desórdenes de la Revolución cultural todavía acentuarán. A partir de 1966 y durante varios años, quedará prácticamente sacrificada «al pensamiento de Mao Tse-tung», convertido en el principal motivo de estudio y la única fuente importante de todo conocimiento.

VI. Las relaciones exteriores. La guerra de Corea

Las relaciones exteriores

El reconocimiento del nuevo régimen por la Unión Soviética se realizó 24 horas después de su establecimiento. El de los otros países socialistas llegaría a lo largo del mismo mes. De forma curiosa, Albania sería la última en hacerlo (el 23 de noviembre de 1949).

En el mundo libre, los ingleses tomarían desde el 6 de enero de 1950 el camino de Pekín, abriendo el paso a numerosos Estados de Europa interesados en procurarse unas buenas perspectivas comerciales (Holanda, Dinamarca, Suecia, Suiza y Finlandia) y muchos Estados asiáticos deseosos de establecer con China buenas relaciones de vecindad (Birmania, India, Indonesia, Pakistán)[65].

Sin embargo, ninguna influencia occidental podía zarandear la corriente que, según una expresión de la época, llevaba irresistiblemente el nuevo régimen a «inclinarse hacia un solo lado». En vano los americanos y con ellos los países del Pacto Atlántico, dejaron sus embajadores en Nankin a la espera de un testimonio de buena voluntad que hubiese justificado a los ojos de sus opiniones públicas una transferencia de reconocimiento después de la esperada constitución de un nuevo régimen. El clima de prudencia y recíproca observación que se explican por el lado comunista con la continuación de la guerra civil y la inexperiencia en materia de relaciones con el extranjero, irá evolucionando hacia la desconfianza y la indignación gracias a los más insignificantes incidentes. El rudo trato que se impuso a las firmas extranjeras, el rechazo en cuanto a la aplicación de determinados tratos de cortesía internacional, la incautación de los edificios consulares, las persecuciones de numerosos misioneros protestantes o católicos y las simpatías que el mariscal Chiang Kai-shek y su familia había conseguido en los Estados Unidos, van a impedir el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre Washington y Pekín. Por el contrario, el realismo británico conseguirá salvaguardar a Hong-Kong y mantener las antiguas corrientes comerciales. Pero Londres, como por otra parte La

[65] El reconocimiento de Yugoslavia será ignorado y el de Israel no tendrá efecto. Conviene por supuesto distinguir entre reconocimiento e intercambios de misiones diplomáticas.

Haya, se deberán contentar con el intercambio de encargados de negocios y de «despachos» en lugar de las verdaderas embajadas[66]. En cuanto a Francia, sus indecisiones tomaron fin con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Viet-Nam del Norte y China (el 18 de enero de 1950). Habiendo tomado la guerra de Argelia el relevo de la guerra de Indochina y habiendo reconocido Pekín al gobierno provisional argelino, será preciso esperar la declaración del 27 de enero de 1964, para que se establezcan unas relaciones normales dentro de lo permitido por la particular visión de Pekín en materia de prácticas diplomáticas.

La importancia y excelencia de las relaciones chino-soviéticas iban a reafirmarse e incrementarse con dos hechos en el año 1950: la visita de Mao Tse-tung a Moscú con la firma del tratado del 14 de febrero de 1950 y en ocasión de la guerra de Corea.

El tratado del 14 de febrero de 1950

El 16 de diciembre de 1949, Mao Tse-tung, que acababa de abandonar China por primera vez en su vida, llegaba a Moscú acompañado por numerosos expertos. Después de haber destinado su primer viaje a la visita de distintas regiones de la Unión Soviética, regresaría a este país muy pronto para firmar el tratado de alianza y amistad del 14 de febrero de 1950. Con este instrumento diplomático, las relaciones chino-soviéticas quedan redefinidas y colocadas en el marco de una amistad tal que el preámbulo de la Constitución de 1954 creería necesario subrayarle el carácter de «indestructible».

Por el lado soviético era a la vez necesario preservar esta nueva y vasta conquista de la revolución e integrar política y militarmente al campo socialista un inmenso país cuya posición, masa territorial, peso demográfico y tradición, le conducía hacia una total independencia. A falta de un «glacis chino» que sin duda hubiese satisfecho a Stalin, convenía vincularse a China por medio de unas garantías internacionales suficientes y por la ayuda económica y financiera justamente calculada, aplicada en puntos útiles de la misma economía soviética. Los soviéticos podían imaginar que no tenían interés en quedarse solos en el juego de la revolución en Asia, particularmente después

[66] Oficina del Encargado de Negocios británico, tal es hasta el 13 de mayo de 1972 la apelación oficial de la Representación del Reino Unido en Pekín.

que la Segunda Guerra Mundial había reforzado considerablemente la presencia americana en este país. Por una cierta solidaridad de raza, por la proyección de su historia y su cultura, por su profundo conocimiento de los problemas del continente y por el número, dispersión e influencia de sus expatriados, los chinos podían ser unos útiles compañeros. Los soviéticos eran demasiado sagaces como para ignorarlo y demasiado realistas como para no sacar partido de todo esto. Esperaban determinar las direcciones y los límites políticos e ideológicos de esta operación. El futuro demostraría las dificultades del problema.

Por su lado, los comunistas chinos debían consolidar su régimen en el exterior y procurarse principalmente su seguridad frente a los Estados Unidos y Japón y aprovechar todas las ocasiones para alejar a los primeros definitivamente de Corea y del Sudeste asiático. Debían también, en todo lo posible, tomar en el interior del campo socialista un lugar importante, asegurando, al menos en parte, la dirección de su política asiática, incluso de su propia política a la vista de los países subdesarrollados en general. La imagen de las «estrellas gemelas» es de esta época.

Desde 1917 los chinos tuvieron la ocasión igualmente de darse cuenta de que la sustitución del régimen zarista por el régimen soviético no había casi disminuido la presión rusa de sus fronteras del norte y del oeste. Si lo hubiesen olvidado, los arreglos de Yalta (el 11 de febrero de 1945), pronto confirmados por el tratado chino-soviético del 14 de agosto de 1945 (es decir con la reinstalación de los rusos en Port-Arthur y en Dairen bajo la excusa de reparar la humillación sufrida en 1904 a manos de los japoneses, por el paso de la vía férrea del Este chino bajo la administración china y por la separación definitiva de Mongolia exterior), y el saqueo posterior de Manchuria y las maniobras del embajador ruso en Nankin, el general N. V. Roschine, para arrancar in extremis del gobierno central en 1948 un acuerdo acerca de Sinkiang, se lo habrían recordado. Así, un acuerdo con Moscú no sólo respondía a las exigencias de la ideología y al conjunto de la situación internacional, sino también a una necesidad de buena vecindad. Sin poner en duda ni un instante el problema de las fronteras legadas por la Historia, era conveniente regularizar unas relaciones de hecho y preparar la recuperación de lo perdido en Yalta.

Los problemas más delicados son los que atañen a Manchuria y Sinkiang.

Manchuria en 1949 ostenta, en efecto, la mitad de los recursos energéticos e industriales chinos. Está emplazada al este de Baikal en medio de un Extremo Oriente soviético pobre o difícil para quien puede constituir un complemento precioso y tentador. Unos buenos contratos a este propósito con los soviéticos permitirían elevar todavía más la potencia industrial de esta región tan avanzada que debía servir de núcleo y modelo para la construcción económica de todo el país. Unas graves tensiones, por el contrario, corrían el peligro de acabar, tarde o temprano, en la creación de una nueva Manchoukuo, comunista esta vez. El suceso Kao Kang, de finales de 1953, mostraría que los dirigentes chinos prestaban particular atención a esta región y vigilaban que nadie de ellos mostrase demasiado interés en este asunto[67].

En Sinkiang las relaciones chino-soviéticas eran tradicionalmente complicadas por los fenómenos de atracción étnica: los kazacos, kirguises y tadjiks de la frontera china eran menos numerosos que los de la frontera soviética. La influencia soviética se había desarrollado temporalmente en la época de la guerra chino-japonesa. Los antiguos conflictos chino-rusos a propósito del valle del Ili no habían recibido jamás una solución satisfactoria. La limitación de la frontera tadjik continuaba por hacerse en la difícil región de Pamir.

Al analizar las relaciones chino-soviéticas de 1950 conviene tener en cuenta el deseo de Mao Tse-tung de recibir del Kremlin y de Stalin una especie de consagración como jefe de Estado, como jefe de Partido y sobre todo como teórico revolucionario cuya doctrina y experiencia habían «enriquecido» al marxismo-leninismo. El reconocimiento explícito del valor de la Revolución china por parte de los países subdesarrollados hubiese a la vez realzado la estatura histórica de Mao Tse-tung y favorecido las ambiciones nacionales chinas. Ahora bien, como se sabe, el mes de enero de 1935 en Tsunyi, Mao Tse-tung había tomado el poder del Partido contra la vigilancia de los «28 bolcheviques» sostenida por el Komintern. Éste se hallaba frente a una situación en la que las circunstancias (y sobre todo la guerra chino-japonesa después de la Segunda Guerra Mundial) le obligaban a aceptar. El viaje de Mao Tse-tung a Moscú borraba las sombras de la Historia y el desprecio que Stalin había sospechado por parte del jefe del Partido Comunista chino.

[67] Ver cap. IX.

Es preciso decir por fin que en 1950 la Unión soviética ofrecía a todos los auténticos comunistas chinos el incentivo sentimental de una capital ideológica y además, con sus gigantescos complejos y sus potentes ciudades industriales, un modelo de éxito económico y, a partir de la victoria de 1945, modelo de éxito militar.

«Si prestamos una notable importancia y apreciamos particularmente la amistad y la colaboración entre los pueblos chino y soviético —dirá Liu Shao-ch'i en 1949 frente a un auditorio chino-soviético— es debido a que el camino seguido por el pueblo soviético será justamente el que deberá seguir el pueblo chino. La experiencia del pueblo soviético en cuanto a la construcción de su país merece nuestra atención.»

Y añadiría este juicio a la vez confiado e interesado:

«El pueblo soviético ha sido educado y formado por el gran Lenin y por Stalin. Tiene para el pueblo chino el mismo amor internacional que para todos los demás pueblos. Su amor es incondicional y su ayuda no busca recompensa alguna»[68].

El prestigio de la ciencia soviética, comúnmente representada bajo la audaz imagen de una oleada fertilizante que debería sumergir a China para su mayor provecho, serviría para combatir el de una ciencia americana familiar a todas las inteligencias de la antigua sociedad y evidentemente también a toda la población después de que las explosiones de Hiroshima y de Nagasaki hubiesen puesto fin a la guerra contra el Japón.

En la Rusia de 1950, los comunistas chinos verán la China de la siguiente generación y es quizás en esta perspectiva en donde será preciso colocar finalmente el conjunto de relaciones chino-rusas hasta 1957, donde termina el primer plan quinquenal que más o menos coincide con el segundo viaje de Mao a Moscú.

Los acuerdos firmados el 14 de febrero de 1950 por Chu En-lai y Vichinsky comprendían tres documentos diferentes:

a) un tratado de amistad, de alianza y ayuda mutua,

b) un acuerdo concerniente al ferrocarril chino de Ch'ang-ch'un y a los puertos de Dairen y Port-Arthur,

c) y un acuerdo de ayuda financiera.

[68] Discurso en la Asociación de Amistad chino-soviética.

El 27 de marzo quedarían completados por tres nuevos acuerdos de cooperación económica[69].

Esencialmente, el «Tratado de amistad, alianza y ayuda mutua» concebido para treinta años, prevé una asistencia militar mutua entre las partes contratantes en el caso de una agresión del Japón o de cualquier país aliado del Japón. Quedan previstas unas consultas recíprocas acerca de los problemas internacionales de interés común.

El segundo documento estipula que la vía ferroviaria de Ch'angch'un será retrocedida a la China tras la conclusión de un tratado de paz con el Japón y, a más tardar, a finales de 1952. Las tropas soviéticas se retirarán de Port-Arthur en el mismo plazo. La cuestión de la restitución de las instalaciones portuarias de Dairen será reglamentada después del tratado de paz con el Japón.

En el tercer documento, la Unión Soviética acordaba a China un crédito de 300 millones de dólares americanos[70] reembolsables en diez años (1954 a 1963) con un interés del 1 por ciento.

Por fin, los acuerdos del 27 de marzo creaban en Sinkiang y con una duración de treinta años dos compañías mixtas (petróleos y metales no ferrosos) y organizaban para diez años una compañía de aviación civil chino-soviética en los recorridos Pekín-Tchita, Pekín-Irkoutsk, Pekín-Alma Ata.

Si el tratado de alianza y amistad aportaba a China su seguridad militar exterior así como la promesa de recuperar a corto plazo la plena soberanía en Manchuria, ocasionaba en contrapartida, teniendo en cuenta las relaciones de fuerza entre los dos Estados, un permanente control soviético en el amplio sector de la política exterior china: se verá claramente en el momento de la crisis del estrecho de Taiwan de 1958.

La cooperación económica era de una amplitud moderada teniendo en cuenta la talla de las dos potencias en cuestión. Era tan indispensable para los chinos en razón de su retraso científico y técnico como provechosa para los soviéticos en la medida en que quedaba rigurosamente compensada por libraciones comerciales, acarreaba un interés del 1 por ciento y en la medida además en la que afectaba a Sinkiang.

La guerra de Corea, que sobrevendrá algunos meses después, desviará desde el principio el sentido de la cooperación económica chino-soviética que

[69] *Notes et Études*, núm. 2.062 de la «Documentation Francese».
[70] A razón de 35 dólares americanos por cada onza de oro puro.

se verá obligada a orientarse primordialmente en las formas militares. Dicha guerra no afectaría a lo especulado con la vía ferroviaria de Ch'angch'un, pero sí prolongará por un año la presencia de tropas rusas en Port-Arthur (acuerdo del 15 de septiembre de 1952). Será preciso esperar el año 1953, es decir la muerte de Stalin, el fin de la guerra de Corea y el lanzamiento del primer plan quinquenal, para que las relaciones económicas chino-soviéticas tomen unas dimensiones completamente nuevas. En cuanto a las relaciones políticas, conocerán también una época feliz que comenzará a ensombrecerse a partir del XX Congreso del Partido Comunista soviético (14-25 de febrero de 1956).

Por voluntad de los dirigentes chinos deseosos de crear un ambiente propicio para la cooperación chino-soviética, se realizaría un gran esfuerzo de propaganda en el Partido y en el público en favor de un mejor conocimiento de la URSS. A partir del 5 de octubre de 1949, se creará en Pekín una «Asociación de Amistad chino-soviética» bajo la presidencia de Liu Shao-ch'i. En 1952 comprendía un total de 1.260 organizaciones principales y 44.778 organizaciones secundarias agrupando a 18 millones de miembros (más numerosos que los del Partido Comunista chino). Periódicos, revistas, folletos, filmes y libros de la asociación circularon ampliamente por todos los medios. La enseñanza de la lengua rusa tomó una extensión considerable y, en el momento de la cooperación científica, técnica y cultural que se desarrollará en el marco del primer plan quinquenal, se podrá creer que China está cerca de adoptar total y definitivamente el modelo ruso en todos los sectores de la vida moderna. El futuro demostraría también que no se trataba de un fenómeno temporal y calculado. «Mao Tse-tung no quería de ninguna manera "rusificar" a China, no pretendía enviarla a la Escuela de Moscú para que, una vez diplomada, se convirtiese en independiente y dueña y señora de sí misma», revela un analista de las relaciones chino-soviéticas[71]. No podía haberlo dicho mejor.

La intervención china en la guerra de Corea[72]

Tras dos mil años, a menudo parcial o totalmente vasalla de China a quien debía gran parte de su cultura, Corea se convertía, a finales del siglo XIX, en el motivo de un conflicto triangular entre China, Japón y Rusia, el pretexto de la

[71] Francois FETJÜ, *Chine-URSS, la fin d'une hégémonie (1950-1957)*, pág. 85, Paris, 1964.
[72] Ver figura núm. 3.

guerra chino-japonesa de 1894-1895 y, en menor grado, el de la guerra ruso-japonesa de 1909-1905. Por el tratado de Shimonoseki (17 de abril de 1895) China reconocía su «independencia», y por el de Portsmouth (5 de septiembre de 1905) los rusos debían admitir que los japoneses poseían en ella unos derechos especiales. Convertida en protectorado japonés el 15 de noviembre de 1905, se anexionaría al Japón el 23 de agosto de 1910.

Si la Conferencia de El Cairo (1 de diciembre de 1943) había previsto la vuelta a la libertad de Corea y su independencia, las circunstancias resultantes del final de la guerra y su valor estratégico conducían a rusos y americanos a una repartición militar a la altura del paralelo 38 y, pronto a consecuencia de esto, a la instauración de dos regímenes enemigos: Seúl y Pyong-yang.

El paso del continente chino bajo control comunista, la partida de las fuerzas de los Estados Unidos del territorio sudcoreano, la debilidad del ejército sudcoreano y diversas declaraciones americanas de poco peso hacían creer a los coreanos del Norte, a los rusos y a los chinos que Washington reaccionaría tranquilamente frente a una acción de fuerza puramente coreana[73]. Quizás el precedente de Manchuria en 1931, ocupada por el Japón sin otras réplicas internacionales que el envío de la Comisión Lytton por la Sociedad de Naciones, estuvo presente en el espíritu de los iniciadores del conflicto. Este falso cálculo no tenía en cuenta ni el equilibrio político y militar mundial que, de Europa a Asia, impulsaba a los americanos a no ceder a las presiones directas, ni tampoco tenía en cuenta la seguridad del archipiélago japonés.

Se sabe cómo la invasión norcoreana del 25 de junio de 1950, tras haber alcanzado en pocos días la ocupación de Seúl, fracasaba, en parte gracias a la creación, desde el mes de julio, de una cabeza de puente americana en la región de Pusan, y por otra, gracias a un poderoso desembarco efectuado en Inchón (15-16 de septiembre) sobre las principales líneas de comunicación norcoreanas. Los ejércitos del general Kim Chaek, en gran medida desorganizados, no solamente habían vuelto a atravesar el paralelo 38 a finales de septiembre, sino que también iban cediendo casi todo su territorio. A principios del otoño de 1950, las fuerzas surcoreanas y las fuerzas —esencialmente ame-

[73] Particularmente la declaración del secretario de Estado Dean Acheson del 12 de enero 1950.

ricanas— de las Naciones Unidas del general Mac Arthur se aproximaban rápidamente a la frontera china que alcanzarían en el río Yalou, en la región de Chosan[74].

La derrota de los norcoreanos cogía a los chinos de improviso. A principios de la primavera de 1950, habían hecho importantes preparativos para apoderarse del archipiélago Chousan que los nacionalistas debían, por otra parte, evacuar el mes de mayo, proponiéndose también apoderarse de las últimas islas de la costa: Kinmen, Matsu y algunas otras. Además habían empezado a desmovilizar una parte de sus ejércitos agrandados por las rendiciones de sus adversarios. Si estas disposiciones no constituían grandes impedimentos para su intervención, sí permitían al menos pensar en que ésta no había sido premeditada y que, sin duda, no se había planteado antes de los acontecimientos de septiembre.

La cuestión era evidentemente de una importancia considerable. De la intervención de los chinos se podía temer la extensión de la guerra a su propio territorio, la destrucción de su potencial industrial de Manchuria, de la China del Norte y de la China del Este, acciones costeras emprendidas a partir de Taiwan y quizás una reanudación de la guerra civil directamente sostenida esta vez por el poderío americano. Por lo menos su reconstrucción económica, apenas iniciada, corría el peligro de quedar retardada, paralizada y hasta anulada. Mucho más tarde, algunos periódicos de los guardias rojos acusaron por otra parte a Ch'en Yüil, prudente economista, y a P'eng Teh-huai, militar particularmente sensible a los costes técnicos de la guerra, de haber sido hostiles a la intervención.

Por otro lado, no intervenir era equivalente a permitir que se crease en las fronteras del nordeste un peligro permanente por la conjunción de los intereses americanos y japoneses. Equivalía a dar más peso a la cooperación militar que acababa de establecerse en Formosa a consecuencia de la declaración de Truman del día 27 de junio que, bajo la excusa de la neutralización, se extendía hacia la protección militar de la isla. Era además permitir que se manifestase toda la debilidad del nuevo régimen con respecto al exterior. Era, por fin, en el probable caso de que una solución negociada acabase por imponerse, dar lugar de una manera duradera a la influencia de los soviéticos, únicos capaces

[74] Acerca de los aspectos militares de la guerra de Corea ver en traducción francesa: Robert LECKIE, *La guerre de Corée*, Laffont, 1953 y su abundante bibliografía.

de dirigir el juego de las negociaciones en esta parte de Asia. Además, quizá podemos imaginar que la existencia de fuertes minorías coreanas en Manchuria (por aquel entonces más de un millón de individuos), los estrechos lazos que unían a ciertos dirigentes comunistas coreanos con el Partido Comunista chino desde Yenán y la participación de unidades coreanas en la tercera guerra civil china, añadían a los ya existentes un argumento psicológico y moral a favor de la intervención.

En realidad, la cuestión estaba más a nivel del gobierno soviético que a nivel del gobierno chino y casi ya no comportaba más que una solución: una intervención china respaldada por una promesa de apoyo diplomático y militar por parte de Moscú en caso de que se extendiese el conflicto más allá del teatro coreano. En efecto, casi no era concebible que los soviéticos permitiesen que desapareciera el régimen de Corea del Norte que ellos habían edificado y al que le habían permitido intentar la aventura del 25 de junio sin hablar del prestigio y poderío del bloque socialista en general. Pero, al mismo tiempo, un enfrentamiento ruso-americano corría el peligro de convertirse en el comienzo de una serie de intercambios nucleares locales, con más seguridad por parte de los americanos peor situados que sus adversarios para una guerra convencional. En fin, dejando a un lado estas temibles eventualidades, si se realizase una acción soviética en Corea, ésta se haría contra las fuerzas de las Naciones Unidas con todas las consecuencias que se pueden imaginar en el futuro para dicha organización, que el interés de la política mundial soviética se proponía, a pesar de todo, preservar[75]. En último término la solución china era sin duda alguna la más conveniente. Correspondía justamente a la idea subyacente en toda la política staliniana desde 1945 de una China localizada entre zonas dominadas o influenciadas por Rusia y los Estados Unidos. Permitía, según las circunstancias, ya reemprender el golpe fallido del 25 de junio de 1950, ya evolucionar hacia unas negociaciones diplomáticas sin peligro para la integridad de las Naciones Unidas de las que China no era miembro.

Es fácil pensar que los chinos, una vez afirmada su seguridad, no fuesen insensibles a los beneficios de una operación conforme a su historia después de la dinastía Han, inscrita dentro de la lógica de una propaganda antiameri-

[75] Se sabe que los soviéticos se habían apartado del Consejo de Seguridad en 1950 antes de la agresión de Corea del Norte. No regresaron hasta el 1 de agosto del mismo año.

cana particularmente violenta desde 1947 y a la cual la garantía de supervivencia dada al régimen de Chiang Kai-shek por Washington venía a aportar un nuevo alimento. En el clima de 1950, China, aliada a la Unión Soviética por la ideología, por los acuerdos del 14 de febrero y por grandes esperanzas de cooperación económica, difícilmente podía eludir las sugerencias o presiones de Moscú. Los pocos observadores extranjeros que en 1950 se encontraban allí por lo general opinaban así. No obstante, como lo afirma una obra precisamente consagrada a este problema, ningún documento importante nos ha venido a reafirmar esta hipótesis ni cualquier otra que se haya podido vislumbrar[76]. En el momento de las «Cien Flores» el mariscal yunanés Lung Yíin se indignará por este reembolso de la ayuda militar rusa a propósito de Corea, aserción que se presta a interpretaciones contrarias. No se hará ninguna revelación a este respecto en el momento de la Revolución cultural que, por lo general, se mostrará discreta en materia de política exterior. Las grandes controversias chino-soviéticas de los años «sesenta», que pusieron al descubierto tantos secretos, mantuvieron celosamente reservado aquél[77].

De todas formas, no puede dejarse de revelar con qué insistencia los chinos, antes de comprometerse, se esforzaban en hacer comprender a los Estados Unidos y a las Naciones Unidas su preferencia hacia una vuelta inmediata a la situación anterior al 25 de junio. En este sentido debemos considerar la declaración de Chu En-lai del 28 de septiembre, la comunicación hecha al embajador de la India el 2 de octubre y la declaración del portavoz chino del 10 de octubre. Dentro de la misma manera de pensar, y para sustraer a su país de las consecuencias de la intervención, los chinos se ocuparon de crear la ficción de un ejército de «voluntarios» desprovistos de las insignias reglamentarias habituales. De esta forma, no era China misma, sino estas unidades las que estaban en guerra contra las Naciones Unidas, ficticia institución que ocultaba esencialmente a tropas americanas.

---

[76] Allen S. WHITING, *China Crosses the Yalu*, Nueva York, 1960.

[77] Según los recuerdos de Kruschev (Laffont, 1971, págs. 349-353), Mao Tse-tung consultado por Stalin sobre la oportunidad de la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte habría dado una opinión favorable, creyendo improbable una reacción militar americana. Más tarde, Chu En-lai se trasladará a Sotchi con Stalin para examinar la posibilidad de una intervención china que considerada inútil al principio, no se decidiría sin vacilaciones.

El 16 de octubre de 1950, los primeros elementos chinos cruzaban el río Yalou, e iniciaban un despliegue muy mal observado por sus adversarios. Sus primeros contactos con los sudcoreanos se produjeron el 26 de octubre y con los americanos el 2 de noviembre.

El considerable volumen de las fuerzas chinas que operaban contra un frente hasta entonces muy discontinuo y que englobaba a algunas unidades sudcoreanas mediocremente equipadas, iba a colocar la iniciativa a su lado durante varios meses. Bajo el mando del mariscal P'eng Teh-huai, progresando en sus tres ejes principales, obligan a partir del 27 de noviembre al 8.° ejército del general Walker a replegarse hacia Pyongang mientras que la derecha del dispositivo aliado se retiraba hacia los puertos de Hungnam y Wonsan en la costa este. Se inició otra ofensiva el 1 de enero que hará retroceder el frente de las Naciones Unidas hasta Seúl sobre la línea general Pyongtaek-Wonju-Samchok a mediados de enero. Será preciso que el general Ridgway sucesor del general Walker emprenda con un notable apoyo aéreo una serie de operaciones limitadas y metódicas para que Seúl sea rescatado (14 de marzo) y para que el frente remonte de nuevo hacia el norte y se fije finalmente en una línea a 250 kilómetros por encima del paralelo 38. En los meses de abril y mayo, los chinos se agotaron en vanas ofensivas extremadamente costosas contra un adversario bien atrincherado y materialmente superior, acabando por convencerse de la sangrienta inutilidad de sus esfuerzos. El 23 de junio de 1951, en efecto, Jacob Malik, el delegado soviético en las Naciones Unidas, propone la apertura de las negociaciones de armisticio que efectivamente se iniciaron el 10 de julio en Kaesong y, tras numerosas interrupciones, se reemprendieron el 25 de octubre en Panmunjom. Las operaciones de Corea se prolongaron hasta la firma del armisticio del 27 de julio de 1953, pero la etapa de la guerra de conquista se había terminado y las últimas ofensivas chinas del verano de 1953 (14 de junio y 13 de julio) se inspiraron en motivos políticos[78].

Los efectos interiores y exteriores de la guerra de Corea serán considerables para China, sin que en la actualidad se pueda decidir aún si fueron favorables en definitiva, particularmente en materia de desarrollo económico y de interés internacional.

[78] Ver cap. XVI.

Las pérdidas humanas fueron enormes, del orden de los 900.000 muertos, heridos y desaparecidos si damos crédito a las fuentes americanas. Los muertos a consecuencia de las epidemias (peste, tifus) fueron también muy numerosos y los chinos debieron justificar las deficiencias de un servicio sanitario rudimentario acusando a las tropas de las Naciones Unidas de practicar la guerra bacteriológica, imputación que la propaganda comunista internacional se apresurará a repetir y orquestar (marzo de 1952). Sin embargo, a escala de un país cuya población aumenta anualmente en más de 12 millones de individuos y cuyos recursos en hombres sanos son casi inagotables y que sobrepasan a las necesidades de mano de obra, estas cifras eran mínimas. Probablemente les había sido mucho más penoso el sacrificio de numerosos antiguos cuadros del Partido que no habían caído en las guerras civiles[79].

Los chinos debieron así apartar de las tareas productivas a unos jóvenes cuadros técnicamente instruidos para servir a las armas modernas que poco a poco les serían ofrecidas por los rusos: carros blindados, artillería, aviación[80]... En fin, es casi completamente cierto que debieron satisfacer a los soviéticos unos precios indeterminados y pagar en unas condiciones de contrato oscuras todo o parte de este material. El coste del armamento y de los equipos, y los gastos de mantenimiento y de transporte de un cuerpo expedicionario que alcanzaba los 700.000 o los 800.000 hombres[81], son difíciles de precisar aun aproximadamente dada la ausencia de datos fundamentales. Es preciso, por lo tanto, insistir en que, por parte de los chinos, la guerra de Corea se realizó a base de infantería y de morteros. El soldado de infantería, sobrio y rústico, era poco dispendioso. El armamento y las municiones de las pequeñas unidades (hasta del regimiento), en general de origen americano o japonés, habían sido tomadas del gobierno central de Nankin y eran abundantes. En definitiva, todo esto nos puede conducir a pensar que fue el retraso aportado al desarrollo industrial lo que más dañó a la economía y las finanzas chinas. Se verá que fue solamente después del armisticio del 27 de julio de 1953 cuando los dirigentes

[79] Mao Tse-tung sufrirá a su vez por la pérdida de su hijo primogénito Mao An-ying, muerto durante un bombardeo en noviembre de 1950.

[80] La evolución de la Defensa Nacional china en general, comprendiendo los efectos de la guerra de Corea sobre la fisonomía y las doctrinas del Ejército Popular de Liberación, son abordados en el capítulo XIV.

[81] Ver John GITTINGS, *The Role of the Chinese Army*, Londres, Nueva York, Toronto, 1967, pág. 75.

chinos pudieron empezar a hablar del primer plan quinquenal. También es de considerar que la muerte de Stalin afectó a las relaciones chino-soviéticas en un sentido muy favorable a Pekín.

Políticamente, la guerra de Corea iba a servir al nuevo régimen y a contribuir a su consolidación. El patriotismo, la solidaridad nacional y la vigilancia con respecto a sus adversarios posibles serán el punto central de importantes campañas masivas de las cuales la de «¡Ayudar a Corea! ¡Resistir a América!», iniciada en noviembre de 1950, la campaña para la represión de los contrarrevolucionarios y las campañas de los «Tres y Cinco Anti» serán las más importantes[82]. Con la guerra de Corea, se confundieron la lealtad hacia el Partido y el instinto nacional. Toda tibieza en cuanto al primero se convertiría en comienzo de traición con respecto al segundo. Las mismas clases desposeídas se empeñaron en demostrar su entusiasmo y aportar bajo forma de donaciones todas las economías de las que aún eran capaces.

Sin embargo, es cierto que todos los chinos eran sensibles en diverso grado con respecto a la extraordinaria demostración que su país acababa de dar al exterior. Por primera vez después del siglo XIX y de los «tratados desiguales» China salía de sus fronteras, ponía en jaque a la primera potencia militar del mundo y, por medio de las Naciones Unidas, al mundo entero. Era una sonora revancha tras un siglo de impotencia y humillaciones. Occidente se vio obligado a revisar sus juicios acerca del valor combativo del soldado chino así como reconocer la resolución y el dinamismo del nuevo régimen. La propaganda revolucionaria en el Tercer Mundo quedaba más beneficiada aun cuando los chinos daban a sus acontecimientos un valor ejemplar:

«Es una lección cuyo sentido internacional es vital. Demuestra indiscutiblemente que el tiempo en el que un agresor occidental podía ocupar un país disponiendo de algunas piezas de artillería en la orilla —y esta época ha durado muchos siglos— ya ha pasado a la Historia. (...) Nos demuestra que una nación acabada de despertar que ose levantarse y combatir por la gloria, la independencia y la seguridad de la patria, es invencible»[83].

Al menos, en este sentido China podía calificarse con todo el derecho como una nueva China.

---

[82] Ver cap. II.

[83] P'eng TEH-HUAI, «Informe a la 24 sesión del Consejo central del gobierno», 12 de septiembre 1953.

Sin embargo, con el paso de los años, uno se puede preguntar si el caso coreano no acarreó para China consecuencias funestas. Al provocar la reacción americana del 27 de junio a propósito de la misma Corea y a propósito también de Formosa, interrumpía una evolución que casi inevitablemente debía conducir a la conquista política y militar de esta isla, a la desaparición del régimen nacionalista y a la creación de relaciones diplomáticas con una gran parte de Estados, con su entrada en las Naciones Unidas. Cierto número de problemas afectando directamente el interés nacional chino hubieran así concluido y la agresividad de China, no ejerciéndose más que a propósito de problemas teóricos o geográficamente muy lejanos, hubiera quedado privada de una buena parte de su alimento y de sus justificaciones.

Por el contrario la guerra de Corea facilitaba y apresuraba la puesta en marcha de un sistema de seguridad internacional en el Pacífico occidental —y en primer lugar la conclusión de un tratado de paz y un pacto de seguridad entre los Estados Unidos y el Japón (8 de septiembre de 1951)—, retardaba hasta 1971 la entrada de China en las Naciones Unidas, hacía conservar las antiguas actitudes de aislamiento y desconfianza y la alentaba en su intransigencia doctrinal. En la medida en que China, tarde o temprano, debía dar el paso hacia esta exigencia de los tiempos modernos como es la cooperación internacional, la guerra de Corea aparecía finalmente como un deplorable error tanto para ella como para la comunidad mundial.

Segunda parte:

EL PRIMER QUINQUENIO (1953-1957)

«Pero el Partido Comunista de la Unión Soviética salió victorioso y, bajo la dirección de Lenin y Stalin, no sólo supo hacer la revolución, sino también realizar la construcción. Ha edificado un grande y espléndido Estado socialista. El Partido Comunista de la Unión Soviética es nuestro mejor maestro y debemos aprender de él».

Mao Tse-tung (*Sobre la dictadura democrática popular,* Obras escogidas, tomo IV, p. 438, ed. cast.)

Lenin ha afirmado a menudo: «No hay más que una única y real base para la creación de una sociedad socialista. Es la de la industria en gran escala».

Li Fu-ch'un («Informe sobre el 1er. plan de 5 años en la 2a. sesión de la l Asamblea nacional»)

«¿Podemos decir que nuestro Partido posee ya teóricos en economía dignos de este nombre? Ciertamente que no».

Mao Tse-tung (*Rectifiquemos el estilo de trabajo en el Partido*, Obras escogidas, tomo III, p. 33, ed. cast.)

VII. Los objetivos del primer plan de cinco años y la ayuda económica soviética

Si el primer plan quinquenal dio su nombre al período de 1953-1957, éste se caracterizó también por una profunda transformación de las estructuras sociales: paso de la explotación agrícola familiar a la explotación colectiva y desaparición de la propiedad industrial y comercial, mientras que las instituciones políticas se consolidaban con la Constitución de 1954, mientras que el Partido se redefinía en el VIII Congreso de 1956 y mientras que se realizaban ciertas proposiciones limitadas y finalmente desafortunadas con los intelectuales en el momento de las Cien Flores.

En el exterior, en Ginebra en 1954 y aún en Bandung en 1955, el régimen daba muestras de tacto y de experiencia entrando verdaderamente en el ámbito internacional. De manera general se puede afirmar que primero optó por la construcción de China y, quizá contra ciertas corrientes, intentó anteponer este imperativo a la revolución mundial. Al elogiar a Stalin, constructor de la Unión Soviética, Ch'en Yün, confirmaría esta opción[84].

Con el paso del tiempo y en comparación con las irregularidades que iban a seguir, los años comprendidos entre 1953 y 1957 aparecían como ordenados y fecundos aun cuando los errores de planificación y la rapidez de las transformaciones creaban ciertas tensiones e hipotecaban el porvenir. Los éxitos económicos y la prudencia política dan a China un prestigio exterior que sobrepasa los límites del Tercer Mundo.

Sin embargo, el régimen también toma un estilo que le aproxima más al modelo soviético salido del XX Congreso. Esta evolución, el coste y los límites de la ayuda rusa, preparaban las vías del regreso hacia un voluntarismo revolucionario, inspirado y dirigido por Mao Tse-tung. El primer plan quinquenal será en efecto, el último. Tras él la Revolución china seguirá en todos los dominios su propio curso, y sus meandros desorientaron y desorientan todavía en gran medida a los observadores.

[84] Declaración del 5 de marzo de 1954 con ocasión del primer aniversario de la muerte de Stalin. Ch'en Yün era entonces viceprimer ministro y presidente de la Comisión Financiera y Económica del gobierno y ministro de la Industria pesada.

Los objetivos del Plan

El primer plan quinquenal cuyo proyecto definitivo por otra parte no quedará fijado hasta el mes de febrero de 1955, dos años después de su comienzo, a causa, dirá Li Fu-ch'un, el presidente de la Comisión del Plan, de la falta de informaciones estadísticas, de la incompleta evaluación de los recursos, de la coexistencia de numerosas formas de economía y, de forma mucho más general, a causa de la ausencia de experiencia de los responsables, se propone doblar la producción industrial entre 1953 y 1957[85]. Su progresión debe ser de un 98,3 por ciento, ya sea en una media de un 14,7 por ciento anual frente a un 23,3, ya sea en un 4,3 por ciento anual en la agricultura[86]. Sobre todo se debe edificar con prioridad, dirá todavía Li Fu-ch'un, a pesar de las dudas de algunos, una industria de base, la única capaz de asegurar a su vez la mejora de la agricultura. El reparto de las inversiones constructivas es en este aspecto significativo: 58,2 por ciento son atribuidos a la industria, un 19,2 a transportes y telecomunicaciones y solamente un 7,6 para la agricultura.

La cifra global de los gastos es considerable al tratarse de un país pobre. Para cinco años representa un total de 76.640 millones de yuanes, o sea alrededor de unos 32.500 millones de dólares americanos en el índice de 2,35 yuanes por dólar o en un valor de 26.000 toneladas de oro. Pero solamente un 55.8 por ciento de este total, o sea 42.740 millones de yuanes, afectó a las construcciones de base, es decir, a la creación y desarrollo de empresas productivas, el resto comprendía sobre todo los gastos normales de los presupuestos anuales.

La financiación del primer plan estará asegurada por un índice de reinversiones muy elevado de la renta nacional: un 22 por ciento, afirmará Li Fu-ch'un en junio de 1956. Los impuestos ordinarios, la venta obligatoria de una parte de la cosecha al Estado, los bonos, emitidos en 1954, para el desarrollo de la economía nacional (alrededor de 6 mil millones de yuanes con un interés del 4 por ciento), las confiscaciones realizadas en el transcurso de las «grandes

[85] Informe de Li Fu-ch'un en la 2a. sesión de la primera Asamblea Nacional, 5 y 6 de julio de 1955.

[86] El crecimiento previsto en cinco años es de un 17,6 por ciento para los cultivos de plantas comestibles. Los cultivos industriales y el desarrollo del artesanado rural están, en efecto, comprendidos en los 23,3 por ciento del plan.

campañas» y los beneficios obtenidos por las empresas del Estado, constituyen sus recursos interiores, estando los recursos exteriores representados sobre todo por los créditos soviéticos y por las divisas extranjeras procedentes de los chinos de ultramar.

Prácticamente, todas las empresas a desarrollar o a crear en el curso de este plan y en el siguiente quedan clasificadas como «proyectos»: proyectos llamados «superiores a la norma» (1.600 de las que 694 son de la industria) o «inferiores a la norma» (6.000 de las cuales 2.300 pertenecen a la industria), la «norma», que corresponde a una cierta cifra de inversiones, varía siguiendo la naturaleza de la empresa[87].

La división del presupuesto de los 42.700 millones de yuanes realmente destinados a la construcción de base se presenta así:

	Millones de yuanes	%
Industria	24.850	58,2
Agricultura, aguas y bosques	3.260	7,6
Transportes y telecomunicaciones	8.210	19,2
Comercio, bancos y depósitos	1.280	3
Cultura, educación y sanidad	3.080	7,2
Obras públicas de los municipios	1.600	3,7
Diversos	460	1,1

Desde un principio será previsto que el primer plan estará seguido de un segundo plan (1958-1962), y después un tercero que deben, a finales de 1967, asegurar la edificación industrial de base y dar a China su independencia científica, técnica y tecnológica en todos los aspectos[88].

Comparados con los resultados del año 1952 que señala, como se ha visto, el final del período de restauración de la economía, los objetivos del plan para

[87] Así, para la siderurgia es de 10 millones de yuanes (4.200.000 dólares americanos) por empresa y de 4 millones de yuanes (1.700.000 dólares americanos) para el papel y el caucho.

[88] Las cifras de este presupuesto han sido extraídas del informe Li Fu- ch'un, citado más arriba. En realidad, 55.000 millones de yuanes fueron invertidos por el gobierno de los cuales 49.300 millones fueron para la economía y la cultura, o sea un crecimiento de un 15,3 por ciento sobre las cifras previstas. Es preciso observar que las inversiones privadas o las de las cooperativas recientemente creadas serán bastante débiles.

1957, tal y como serán definitivamente definidos y publicados en julio de 1955 tras numerosos reajustes, se presentan según los cuadros I, II, III, y IV.

Cuadro I. INDUSTRIA

Categorías	1952	1957
Carbón (mill. ton.)	63,5	113
Acero (íd.)	1,4	4,1
Petróleo bruto (íd.)	0,4	2,0
Energía eléctrica (mill. Kwh)	7.260	15.900
Abonos químicos (mill. ton.)	0,194	0,578
Cementos (íd.)	2,9	6,0
Aluminio (íd.)	0	0,020
Camiones	0	4000
Hilados de algodón (mill. ton.)	0,7	0,9
Telas de algodón (mill. metros)	3.829	5.583

Cuadro II. AGRICULTURA

Categorías	1952	1957
Cereales (mill. Ton.)	154,4	181,59
Soja (íd.)	9,52	11,22
Algodón (íd.)	1,3	1,64
Ganado bovino (mill. Cabezas)	56,6	73,6
Caballos, mulos, asnos (íd.)	6,1	8,3
Ovinos (íd.)	61,8	113,0
Porcinos (íd.)	89,8	138,3

Cuadro III. TRANSPORTES

Categorías	Objetivos 1957
Vías ferroviarias (mill. Km.) / pasajeros	121 / 32
Navegación interior (mill. Km.) / pasajeros	15.300 / 3.400
Navegación costera (mill. Km.) / pasajeros	5.750 / 240
Carretera (mill. Km.) / pasajeros	3.200 / 5.700
Aviación (mill Km.)	8.050.00

Cuadro IV. COMERCIO Y EMPLEO

Categorías	Objetivos 1957
Ventas	49.800 mill. Yuanes
Empleos	4.200.000 empleos

Geográficamente, la China del Norte y la del Este se mantendrán como las zonas privilegiadas de desarrollo industrial. Corresponderá al segundo plan el crear nuevas bases en el interior, principalmente en la zona Noroeste (Paotow-Lanchow-Sian-Lo-yang) y en el Centro (Wuhan), a fin de abrir nuevas regiones a la vida moderna y responder mejor a las exigencias de la defensa nacional.

Los responsables del primer plan y sobre todo Li Fu-ch'un, parecían haberse encontrado con diversas críticas que se esforzaban en descartar: objetivos demasiado elevados, prioridad y medios excesivos dados a la industria de los bienes de producción en relación con la de los bienes de consumo (un 88,8 por ciento contra un 11,2)[89], insuficiencia de capitales, atraso en la técnica china, etc. El futuro demostraría la exactitud del plan, pero a la declaración del presidente de la Comisión del Plan es preciso añadir que la agricultura no parecía estar en la medida de poder absorber unas inversiones tan importantes mientras que la industria ligera estaba falta de maquinaria moderna que la industria pesada aún no era capaz de ofrecerle[90]. Quedaban soluciones si se recurría a la participación campesina y artesanal, es decir, al apoyo de la explotación familiar generalizada, resultante de la ley agraria de 1950. Estas soluciones serán categóricamente rechazadas en nombre de la doctrina:

«El socialismo —dirá Li Fu-ch'un— no puede edificarse sobre la base de una pequeña economía campesina; esto sólo se puede conseguir sobre la base de una gran industria y de una gran agricultura colectiva»[91].

No obstante, Li Fu-ch'un parece haber admitido, como la mayoría del Partido en esta época, que la desaparición de la pequeña economía campesina sería gradual y precisaría varios años. Parecía también haber considerado que

[89] Li Fu-ch'un reconocerá que era más fuerte que en el 1er plan soviético (85,9 y 14,1 por ciento).

[90] La parte de la agricultura (comprendidos los bosques y los trabajos de irrigación) se elevará finalmente en un 8,2 por ciento del presupuesto en lugar del 7,6 por ciento previsto.

[91] Informe de la segunda sesión de la Asamblea Nacional.

un crecimiento del 233 por ciento de la producción agrícola (de la cual un 17,6 pertenece a productos alimentarios) y de un 25,4 para el algodón en bruto era ya un objetivo elevado.

La extensión de las superficies cultivadas gracias a la creación de granjas del Estado o gracias a la colonización campesina —2.578.000 ha pudieron ser de esta forma empleadas en el curso del plan—, el desarrollo de la hidráulica agrícola, la transformación de los suelos y la mejora de la maquinaria y de las semillas contaban entre los medios poco originales y ya ampliamente practicados por el campesino chino para hacer progresar una producción que, en el estado de las técnicas, casi había alcanzado ya el máximo de sus posibilidades, como el futuro no iba a tardar en demostrar. La importancia de los abonos químicos parecía haber sido desconocida.

La ayuda soviética

El primer plan quinquenal se inspiró de manera muy notable en los precedentes soviéticos, ya se trate del reparto de los esfuerzos, como de los métodos de construcción y de gestión. Se llevó a cabo con la cooperación financiera y técnica soviética en el marco de los «grandes proyectos» específicos: fábricas, laboratorios, vías de comunicación, etc.

Si es relativamente fácil definir el campo general y los principales puntos de aplicación de esta cooperación, es difícil precisar el valor financiero, más aún cuando las recomendaciones rusas, muy lejanas a las realidades chinas, no han contribuido, bajo unas apariencias de éxito inicial, a los desórdenes y a los fracasos económicos que han surgido al primer plan.

Dejando a un lado los arreglos concernientes a los suministros de material militar, los acuerdos comerciales propiamente dichos y las diversas convenciones acerca de problemas particulares o locales, para no considerar más que los créditos a largo plazo y la participación soviética en la construcción china de base, se puede observar que la ayuda de Moscú se reduce a:

a) la concesión de créditos a largo plazo: 300 millones de dólares americanos (14 de febrero de 1950), 520 rublos (equivalentes a 130 millones de dólares americanos) el 12 de octubre de 1954;

b) la participación en la construcción de 258 «grandes proyectos»;

— 141 en mayo de 1953 (o sea 50 proyectos antiguos y 91 nuevos),

— 15 el 12 de octubre de 1954 (valor apreciado en unos 400 millones de rublos),

— 55 el 7 de abril de 1956 (valor apreciado en unos 2.500 millones de rublos),

— 47 el 8 de agosto de 1958 (estos 47 proyectos no tuvieron probablemente tiempo de realizarse totalmente);

c) a título de información, un acuerdo firmado el 7 de febrero de 1959, concerniente a 78 proyectos por un valor de 5 mil millones de rublos y realizables en ocho años y que la marcha de los consejeros soviéticos en el curso del verano de 1960 los dejó sin consecuencias.

Los créditos y entregas de bienes de equipo correspondientes a los «proyectos» soviéticos son reembolsados por medio de los intercambios comerciales (productos de origen agrícola, minerales preciosos) en unas condiciones de precio, de precio de transportes y con unos índices de cambio (estos últimos variables según la naturaleza de las operaciones) conocidos de manera insuficiente como para que los expertos en economía y en comercio exterior puedan llegar a unas conclusiones comunes y definitivas acerca del valor financiero de la ayuda soviética[92]. A estas incertidumbres es preciso añadir las que proceden de los suministros militares, de los que ciertos expertos estiman su valor en más de la mitad del total de la ayuda.

Algunas cifras de una y otra parte dan a la cuestión una claridad útil, pero insuficiente para elucidarlo totalmente.

Li Hsien-nien, por aquel entonces ministro de Finanzas, afirmó en el mes de julio de 1957, que el conjunto de la ayuda ofrecida por la URSS (entendiendo por esto los créditos a largo plazo, bienes de equipo y ventas de material militar) habría alcanzado los 5.294 millones de yuanes (2.100 millones de dólares USA) de los cuales 2.174 millones (alrededor de los 820 millones de dólares USA) habían sido utilizados ya antes de 1953.

Dirigiéndose al XX Congreso del PCUS en febrero de 1956, Kruschev atribuiría a la ayuda soviética el valor de 5,6 mil millones de rublos, a los que es

[92] Para una discusión sobre la cuestión del valor de la ayuda soviética y particularmente de la multiplicidad de las tasas de cambio, ver en ECKSTEIN, GALENSON y Liu, *Economic Trends in Communist China*, op. cit., el capítulo XII de Feng-hwa Mah: *Foreign Trade*, págs. 693 y ss. Ver igualmente en Klein SYDNEY, *Politics versus Economics*, op. cit., el capítulo titulado «Sino-Soviet Economic Relations: From Unity to Conflict», págs. 21 ss.

preciso añadir, por necesidades de la comparación, los 2.500 millones de rublos de los 55 proyectos del 7 de abril de 1956. Se llega así a un total de 8.100 millones de rublos que corresponden a 2.085 millones de dólares en un índice de cuatro rublos por dólar. En fin, para la revista soviética «Kommunist», núm. 12 del mes de agosto de 1968, los países socialistas habrían ofrecido a China unos bienes de equipo por valor de 2.500 millones de rublos y habrían contribuido a la realización de 350 grandes proyectos. Parece ser que la ayuda militar no está incluida en este cálculo.

Nos debemos limitar por el momento a retener estas cifras aunque dándoles un sentido aproximado.

Más que en su valor monetario, la ayuda soviética fue importante para China en la medida en que ella se interesa en los sectores más modernos de su economía: acerías, productos petroleros, industrias eléctricas y mecánicas, motores, electrónica. La mayoría de estos sectores no existían en 1949 y los soviéticos los crearon completamente y a veces a partir de prospecciones geológicas. Los consejeros rusos, cuyo número sobrepasaba a veces los 10.000 profesores, técnicos e ingenieros, se hallaban en todas las ramas de la construcción y de la enseñanza técnica. Las fábricas soviéticas acogieron igualmente unos mil cursillistas y las universidades rusas millares de estudiantes.

A modo de ejemplo, existen, en 1958, 7.000 expertos soviéticos en China, 7.000 estudiantes y 6.200 cursillistas chinos en la URSS, sin contar un reducido número de expertos de la Europa del Este (sobre todo expertos rumanos del petróleo).

Numerosos acuerdos de cooperación científica y técnica, con cláusulas previendo entregas de material de laboratorio[93], ofrecieron a los chinos unos elementos prácticos y teóricos de los que, a pesar de la calidad de ciertos científicos instruidos en Occidente, estaban terriblemente faltos.

De esta forma, los rusos contribuirían en gran manera a la formación de los cuadros técnicos superiores y medios, de cuya escasez en los países insuficientemente desarrollados sabemos.

Desde el punto de vista económico, sino del político, la cooperación chino-soviética también produjo ciertos inconvenientes para los rusos. Si por una parte les permite conocer y controlar indirectamente una parte de los recursos y de la economía china, por otra les priva, al menos en ciertos sectores, de los

[93] Con un acelerador de 10 millones de electrovoltios.

bienes de equipo que necesitan, recibiendo a cambio tan sólo, a excepción de algunos minerales raros, productos agrícolas de importancia secundaria si se exceptúa el té.

Podemos observar que por parte de los chinos las relaciones económicas chino-soviéticas comportan numerosos inconvenientes. El coste de la ayuda soviética se manifestó muy elevado en comparación con la acumulación del capital y de los recursos exportables, y sobre todo en comparación con las ambiciones industriales. La fórmula de una industria pesada concentrada en complejos o en grandes fábricas como las de Loyang (tractores) o Ch'angch'un (camiones) parece demasiado amplia en cuanto que unas empresas medias estarían mucho más adaptadas a las condiciones administrativas y técnicas de China, ciertos materiales son a veces demasiado modernos para las posibilidades del momento en cuanto a personal calificado. Estas constataciones incitaron a los chinos a reducir en todo lo posible sus exportaciones, a tomar en sus propias manos los destinos económicos y a «contar con sus propias fuerzas», y esta desafección del modelo económico ruso no dejaría de afectar las relaciones ideológicas que precisamente empezaban a deteriorarse a finales del primer plan.

VIII. Transformación de las estructuras económicas

Nacionalización de la industria y del comercio

La acumulación del capital privado y la ayuda soviética bajo forma de créditos a largo plazo y de material de equipo, no eran suficientes a los ojos de los responsables chinos para asegurar el financiamiento de un esfuerzo tan colosal como el del plan quinquenal. El mantenimiento prolongado de una economía liberal, aunque fuese estrechamente controlada, parecía ser igualmente incompatible con las bases del régimen. En fin, en este dominio como en los demás, el precedente soviético jugaba un papel muy importante.

Desde 1945, y antes de que se conociesen los grandes objetivos del plan, Tung Pi-wu, por entonces presidente del Comité de Asuntos Políticos y Jurídicos, veterano de todas las revoluciones chinas, escribía:

«Lo sabemos, la construcción industrial y, sobre todo, la de la industria pesada necesita un capital colosal. Según las enseñanzas de Lenin y Stalin y según la experiencia de la Rusia Soviética, no se puede llegar a él más que por la práctica de la economía y por medio de la acumulación socialista»[94].

Forzar esta acumulación del capital por medio del socialismo, a expensas de una masa enorme y creciente de consumidores ya con bajo nivel de vida y sin comprometer excesivamente la estabilidad de un régimen, por otra parte resuelto a todas las presiones, será el problema que se planteará a los dirigentes chinos desde este momento y que les precipitará hacia unas transformaciones de estructura. La desaparición del sector industrial y comercial privado o semiprivado en provecho del Estado se convertirá en ineludible a despecho de las promesas del «Programa común» aprobado por todos los representantes en la conferencia política consultiva de septiembre de 1949.

El artículo 3 de dicho programa estaba expresado sin ambigüedad, asegurando que el Estado confiscaría los «capitales burocráticos» pero protegería los intereses económicos y los bienes privados de la burguesía y de los «capitalistas nacionales», mientras que el artículo 26 prometía «tener en cuenta los intereses públicos y privados, los del patronato y los del trabajo». Esta política

[94] Artículo de Año Nuevo destinado a «Pravda».

tolerante estaba por otra parte conforme con las intenciones expresadas por Mao Tse-tung en diciembre de 1940 en *Sobre la nueva democracia*. Por aquel entonces se trataba de dejar subsistir o desarrollar la producción capitalista al menos en cuanto no intentase «dominar la vida económica del pueblo».

Sin embargo, en dos o tres años, la industria sería nacionalizada y la agricultura colectivizada. A estos cambios radicales debemos atribuir las primeras disensiones importantes en el interior del Partido[95].

Es preciso reconocer que la nacionalización de la industria se iniciaba en gran medida en ciertos precedentes gubernamentales. El rescate de las empresas extranjeras y sobre todo de las vías ferroviarias después del cambio de siglo, la recuperación en 1945 de las empresas japonesas de Manchuria y de la China ocupada, la concentración de importantes capitales en manos de financieros y de hombres de negocios emparentados con ciertos dirigentes del Kuomintang, habían puesto, desde antes de 1949, según los autores del tema, más o menos la mitad del capital industrial en manos del gobierno[96]. La cifra citada por los comunistas en relación con el valor de la producción no es más que de un 34,7 por ciento, pero se refiere al año 1949 cuyos acontecimientos políticos y militares presentaron un elevado índice de incertidumbre[97].

En 1952, las estadísticas oficiales repartían el valor de la producción industrial según las siguientes proporciones[98]:

Industria socialista	56%
Empresas mixtas	5%
Empresas privadas (que ejecutaban encargos del Estado)	21,9%
Empresas privadas (despachando ellas su producción)	17,1%

De 1955 a finales de 1956, el sector privado desaparecería rápidamente. Los jefes de empresa son sometidos a una considerable presión, persuadidos a transformar por propia voluntad sus empresas privadas en empresas mixtas y más tarde en empresas del Estado. Son instados a hacerlo «con entusiasmo»,

[95] Ver en el presente capítulo el apartado titulado: «La oposición a la colectivización en el Partido».
[96] 46 por ciento según C. M. Wu citado por Wu Yuan-li y de 30 a 55 por ciento según Wu YUAN-LI, *An Economic Survey of Communist China*, Nueva York, 1955, pág. 201.
[97] *Diez Grandes Años*, op. cit., pág. 38.
[98] Ibíd.

convencidos de la superioridad del sistema socialista por encima del capitalista.

A decir verdad, es posible que algunos de ellos, cansados de las injerencias del gobierno, y por otra parte favoreciendo sus suministros de materias primas y sus ventas, se dejasen despojar con cierta resignación. Así se escapaban en parte al clima de odio en el que estaban inmersas las clases y que las terribles campañas de los «Tres y Cinco Anti» habían elevado a su paroxismo. Al menos aparentemente las primeras transiciones fueron llevadas con tacto. Durante muchos años los propietarios recibirían un 5 por ciento de los beneficios de sus antiguas empresas. Muchos de ellos continúan en sus empresas en calidad de directores y técnicos asalariados. Su experiencia era en efecto indispensable para el Estado a la espera de que éste pudiese formar un personal políticamente seguro y profesionalmente calificado[99].

En la práctica, los propietarios así indemnizados debieron reinvertir en bonos del Estado las sumas puestas a su crédito. En fin, como los demás ciudadanos, los antiguos capitalistas no escaparon de la obligación de justificar toda deducción importante en su depósito en banco. La ideal y tranquilizadora imagen de los antiguos capitalistas «liberados de su carga» y felices a partir de entonces, fue cuidadosamente preparada y conservada por las autoridades y propagada por la credulidad de ciertos visitantes extranjeros.

A finales del año 1956, el movimiento de nacionalización quedó virtualmente concluido dado que las empresas del Estado o mixtas agrupaban un 95,73 por ciento del total, reuniendo un 98,73 por ciento del personal de los establecimientos y asegurando un 99,62 por ciento de la producción. Todavía debemos añadir que el 4,2 por ciento de las empresas restantes no conservaban más que una independencia ilusoria[100].

El sector comercial pasa a su vez a tener un 85 por ciento de su totalidad bajo el control del Estado. En cuanto a los artesanos, todos —y hasta los más

[99] El reglamento provisional concerniente a las empresas mixtas será publicado el 6 de septiembre de 1954. Texto inglés en «Survey of China Mainland Press», núm. 884, del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

[100] En 1956, las industrias del Estado (industrias socialistas) representaban un 67,5 por ciento del valor de la producción, las empresas mixtas (capitalismo del Estado) un 32,5 por ciento. «Éstas no eran entonces demasiado diferentes de las empresas socialistas, salvo en que los capitalistas sacaban aún un interés fijo», dicen los textos oficiales. Ver Diez Grandes Años, op. cit., pág. 38.

humildes, en un total de 7.850.000 personas— quedan agrupados en numerosas cooperativas.

De esta forma, en 1956, un año antes de finalizar el primer plan quinquenal, la «burguesía nacional», primera de las clases revolucionarias a ser eliminada, quedaba vencida. Había durado algo más de medio siglo.

La colectivización de la agricultura

Más que todas las demás decisiones precedentes, la colectivización de las tierras trastornó profundamente las estructuras y la vida tradicionales de los chinos. Afectó directamente a un 80 por ciento de la población, y debido a la familia, a casi todos los chinos, sin exceptuar a los cuadros y grandes responsables, de origen rural casi en su totalidad.

A primera vista, parecía que la reforma agraria del mes de junio de 1950 debió marcar una importante pausa antes de una colectivización inevitable. La preocupación de responder al sentimiento popular, de mejorar la producción manipulando a los mejores productores, es decir a los campesinos ricos, determinados textos de Mao Tse-tung y la experiencia de las bases comunistas reafirmaban este pronóstico.

Sin embargo, apenas terminadas las redistribuciones de tierra, el régimen se orientó hacia una política de colectivización cada vez más radical y acelerada.

Las razones de la colectivización

A ojos de los partidarios de una colectivización inmediata, esta prisa tenía numerosas justificaciones.

Se trataba, en primer lugar, de no comprometer la obra revolucionaria amenazada por el conservadurismo terrateniente de una sociedad rural milenaria. Ya empezaban a despuntar, en diversos lugares, las tendencias «capitalistas» de los nuevos pequeños propietarios. Algunos campesinos vendían sus

tierras, ya sea por temor a la futura colectivización, ya sea por el natural atractivo de las ciudades[101]. Reaparecía el arrendamiento. Los campesinos ricos, por un momento apartados de las asociaciones campesinas, volvían a aparecer ejerciendo notable influencia.

«Ahora, en la nueva etapa de la revolución, la lucha será sobre todo la de las masas campesinas contra los campesinos ricos y otros elementos capitalistas», afirma la resolución del 6.° pleno del VII Comité central del 11 de octubre de 1955. Los antiguos propietarios continuaban a menudo ejerciendo determinadas actividades industriales o comerciales y, dentro de un ámbito ampliamente iletrado, conservaban por lo menos el prestigio de la instrucción. La innata inclinación del temperamento chino hacia el compromiso y una determinada resignación campesina hacían el resto.

Después, Mao Tse-tung revisará esta situación para legitimar el desarrollo de las cooperativas.

«Como se ha podido observar en el transcurso de estos últimos años, la influencia de las fuerzas que tienden espontáneamente hacia el capitalismo aumenta cada día más en los campos. Algunos nuevos campesinos acaudalados aparecen por todas partes y muchos campesinos medios se esfuerzan en convertirse en campesinos ricos»[102].

El ministro de Agricultura, Liao Lu-yen, invocará los mismos argumentos. Serán repetidos en los ataques contra Liu Shao-ch'i durante y después de la Revolución cultural.

La colectivización que debía eliminar los peligros de la vuelta a la antigua sociedad, impediría también que los campesinos quedasen atascados en el estadio de la revolución democrática burguesa. Favorecería al Partido borrando del mapa social a los propietarios y campesinos ricos profundamente hostiles al comunismo. Sobre la base de un grupo de producción creado artificialmente, permitiría, mucho mejor que a nivel de familia, el controlar la lealtad campesina y dispensar la propaganda ideológica.

---

[101] Según Ch'en Po-ta, en los once hsien del Hopei las transacciones habían pasado de 43.830 en 1949 a 54.494 en 1950 y a 115.188 en 1951. (Declaración en la segunda sesión del Comité central de la Conferencia política consultiva.)

[102] «De la cooperativización de la agricultura» (31 de julio de 1955) en Mao Tse-tung chu-tso hsiian-tu (Mao TSE-TUNG, *Lecturas escogidas*), Pekín, 1966, pág. 313.

En el criterio de sus seguidores, las ventajas económicas de la colectivización no parecían menos importantes. En 1943, fundándose en la experiencia del Shen-Kan-Ning, Mao Tse-tung creía poder asegurar que dos trabajadores en equipo equivalían a tres campesinos individuales. Ch'en Po-ta, unos años más tarde, afirmaba que la creación de cooperativas podía doblar la producción en cuatro o cinco años[103]. A este respecto, citaba las conclusiones de ciertos estudios realizados en la provincia de Hei-lungkiang que determinaba en un 15 o 20 por ciento el aumento del rendimiento de la mano de obra de las cooperativas en comparación a la de los equipos de ayuda mutua.

La colectivización permitiría una mejor orientación de los esfuerzos en la agricultura, un control más estricto de la producción y del consumo, y una política más rigurosa en materia de compra de cosechas. Estas consideraciones eran tanto más importantes en cuanto que la agricultura (productos principales y subsidiarios) aseguraba un 75 por ciento de las exportaciones del Estado, un 50 por ciento de sus ingresos y una gran cantidad de materias primas de su industria ligera (algodón).

Finalmente, al pasar la economía agrícola en su totalidad bajo la dirección del Estado, sería posible revalorizarla para una conveniente utilización de los excedentes de mano de obra y de los créditos. Numerosos trabajos de interés local podrían ser emprendidos y se alentarían las actividades agrícolas secundarias (repoblación forestal, pesca, artesanía rural).

Estas perspectivas teóricas no se realizaron correctamente más que hasta un cierto nivel de aplicación.

Desarrollo de los equipos de ayuda mutua y de las cooperativas

Las primeras medidas gubernamentales son prudentes y persuasivas. En primer lugar, no se proponen otra cosa que el promover la creación y la extensión de equipos de ayuda mutua, primero estacionales y después permanentes. A partir del 15 de diciembre de 1951, el Comité central crearía un «Proyecto de decisión acerca de la ayuda mutua y la cooperación». Sin embargo, no se difundiría hasta el 25 de febrero de 1953, tras haber sido enmendado y cuando el movimiento ya estaba ampliamente extendido, existiendo unas 14.000

[103] Declaración de Ch'en Po-ta en la segunda sesión del Consejo Político del Pueblo Chino.

cooperativas. La prudencia del Partido, deseoso de dar la impresión de sancionar las iniciativas campesinas y deseoso también de ahorrar su amor propio en caso de patente fracaso, así como los desacuerdos en el seno de la dirección, pueden explicar esta discreción.

Los campesinos parecían receptivos en un primer momento. Si aceptamos las cifras oficiales, el porcentaje de las explotaciones realizadas dentro de la práctica de la ayuda mutua a corto y largo plazo no cesa de aumentar: 10 por ciento en 1950, 25 por ciento en 1951, 36 por ciento en 1952, 43 por ciento en 1953 y 60 por ciento en 1955. En un principio, cuatro o cinco familias reagrupan su trabajo, su maquinaria y sus animales; acto seguido este número pasa a ser de veinte o treinta, es decir a escala de aldea y, poco a poco, por la puesta en común de las tierras, empiezan a aparecer pequeñas cooperativas aquí y allá.

El 16 de diciembre de 1953, el Comité central adopta una «decisión acerca del desarrollo de las cooperativas de producción»[104]. A partir de entonces, el movimiento está oficialmente lanzado. Sin embargo, sus objetivos están todavía lejos y de hecho los progresos de 1954 y de principios de 1955 son lentos. A fines de 1954 existen más de 400.000 cooperativas, pero éstas no reúnen más que un 7 por ciento de las familias y un 8 por ciento de las tierras.

Al año siguiente, la progresión sólo alcanza un 15 por ciento de la población rural: 650.000 cooperativas agrupando a unas 16.900.000 familias, una media de 26 familias por cooperativa[105]; el movimiento parece todavía limitado a las viejas provincias comunistas: Shansi, Hopei y, en menor medida, el Nordeste. En determinados lugares hasta han sido disueltas unas cooperativas recientemente creadas, 15.000 sobre las 53.000 de la provincia de Chekiang por ejemplo. Lo que está comprometido es todo el movimiento de la colectivización agraria. Mao Tse-tung, que se callaba desde 1949, interviene personal y violentamente. Sólo precipitando el ritmo de formación de las cooperativas se defenderá y alejará toda posibilidad de regresión a la economía familiar.

En una reunión de secretarios regionales y provinciales del Partido, fingirá creer que las masas aspiran a la colectivización y se anticipan a los cuadros y a «ciertos camaradas, tales como las mujeres de los pies vendados, que avanzan

[104] Publicada el 8 de enero de 1954

[105] 670.000 cooperativas agrupando a 17 millones de familias durante la primera mitad de 1955, dirá Liu Shao-ch'i en el VIII Congreso el 15 de septiembre de 1956.

titubeando y se quejan a sus vecinos de que se va demasiado deprisa». Es preciso, dice, que los cuadros encuentren el camino justo, el que consiste en dirigir resueltamente al movimiento sin imponerlo arbitrariamente. Conviene que los cuadros actúen sin vacilar y «sin temer al dragón por delante ni al tigre por detrás».

Consolidar o reorganizar las cooperativas existentes, demostrar su superioridad elevando sus rendimientos en comparación con los de las explotaciones familiares, crear nuevas cooperativas, vincular los campesinos a la vida socialista apoyándose a los menos afortunados y más numerosos, y excluyendo provisionalmente a los campesinos ricos o «medios superiores», planificar la colectivización y preparar cuidadosamente sus detalles, van a ser las tareas inmediatas. Hacia 1958, la mitad de las explotaciones y en 1960 todas, deberían encontrarse en el estadio de cooperativas semisocialistas. A fines del tercer quinquenio, es decir en 1967, tras 18 años de régimen, la fase socialista debía ser alcanzada como lo había sido en la Unión Soviética.

Este texto capital, rico en sustancia y en cifras, es retrospectivamente de extremo interés por la confianza que otorga precisamente al modelo ruso y además por ciertos juicios acerca de la importancia y de las condiciones del desarrollo de la agricultura dentro de la economía:

«Si no podemos, en el espacio de tres planes quinquenales, resolver fundamentalmente el problema de cooperativización de la agricultura, es decir, pasar de la pequeña explotación con la ayuda de animales a la explotación mecanizada en una gran escala, comprendiendo grandes empresas de roturación organizadas por el Estado con la ayuda de máquinas [en el transcurso de tres planes quinquenales se planteará la recuperación de 400 o 500 millones de mou], entonces no resolveremos la actual contradicción entre la demanda anual en aumento de granos y de materias primas y el bajo nivel actual de la producción de nuestras principales cosechas, nuestra industrialización socialista encontrará las mayores dificultades y nosotros no podremos cumplirla. La Unión Soviética también se ha encontrado con este problema en la construcción del socialismo y lo ha resuelto por medio de una dirección planificada y por el desarrollo de las cooperativas agrícolas. Nosotros también podemos resolverlo con los mismos métodos.»

Un cotejo entre los objetivos reseñados en este texto y la situación agrícola de hoy —tratándose de medios o de cifras de producción— condena si no la

colectivización, por lo menos la manera en que se ha llevado a la práctica por sus promotores.

Pronunciado el 31 de julio de 1955, el discurso de Mao Tse-tung no se publicará hasta el 17 de octubre, al mismo tiempo que lo haría una «Resolución acerca del problema de la cooperación agrícola» que lo resume en lo esencial[106]. Por la misma época, Mao Tse-tung se expresará una vez más con fuerza y confianza a favor de una colectivización rápida y potente en el prefacio de los tres volúmenes de una colección de artículos titulado: La marea alta del socialismo en los campos de China[107]. No obstante, si por un lado estima que las cooperativas elementales se verán realizadas en su totalidad a finales de 1956, por otro piensa además que será preciso esperar a 1959 o 1960 para que se cumpla el paso a la fase de las cooperativas superiores. A partir de entonces, nada será imposible y la producción agrícola de 1967 será, añade, en un 100 o 200 por ciento superior al máximo alcanzado antes de 1949.

El impacto de estos diversos documentos va a ser decisivo. A fines de este mismo año, 1955, 70 millones de familias campesinas se reagruparán en 1.900.000 cooperativas. Esta cifra pasó a los 93 millones a principios de 1956, y a 110 millones en junio, y se puede admitir que a finales de 1956, o sea con diez años de anticipación sobre los proyectos iniciales, la totalidad de los 120 millones de familias rurales queda organizada en cooperativas. Los campesinos chinos son, de buen o mal grado, vinculados, precipitados podríamos decir, hacia la vía socialista[108].

Cooperativas semisocialistas y cooperativas socialistas

Las cooperativas de producción agrícola son de dos tipos. El primer tipo —cooperativas elementales o semisocialistas—, de carácter transitorio, reúne

[106] Resolución de la sexta sesión plenaria del VII Comité central (4-11 de octubre de 1955) y explicaciones de Chen Po-ta sobre el problema de la cooperación agrícola.
[107] Un primer prefacio escrito en septiembre de 1955 será estudiado el 27 de diciembre de 1955. A continuación aparecieron una edición condensada de estos tres volúmenes y después unos comentarios sobre el prefacio de Mao Tse-tung por Tang Hsien-chih (traducción inglesa en «Current Background», núm. 388 del 5 de junio de 1956).
[108] Se encuentran simultáneamente en los textos oficiales las cifras de 110 y 120 millones de familias campesinas. Hacia 1958, Chu En-lai hablaría de 123 millones de familias.

de 20 a 50 familias. Los participantes —todos los individuos de más de 16 años de edad— conservan la propiedad de sus tierras, de sus herramientas y de sus animales y son retribuidos según un sistema de puntos que a un mismo tiempo tiene en cuenta sus diversas aportaciones (comprendiendo su aportación financiera inicial al fondo de producción y al fondo de reserva) y el número de jornadas de trabajo realizadas. Su aplicación será complicada en la medida en que supone una contabilidad cotidiana y provoca perpetuas polémicas entre los cuadros y los campesinos y entre los mismos campesinos a propósito de las aportaciones de cada uno (tierras, útiles, animales) y a propósito también de la calidad y de la cantidad de la mano de obra ofrecida por cada familia. Por lo menos, y a diferencia de lo que ocurrirá más tarde en las comunas populares, las apreciaciones se realizan a la vista y con conocimiento de todo el pueblo, lo que personaliza así los esfuerzos y, por tanto, las remuneraciones.

El segundo tipo de cooperativa —cooperativas llamadas superiores o socialistas— agrupa de 100 a 250 familias, según la densidad de la población. En esta fórmula se tiene mucho más en cuenta el trabajo realizado que las aportaciones. No obstante, al menos teóricamente, los miembros guardan todavía la propiedad de sus tierras y los títulos de propiedad y registros familiares no son destruidos. Disponen además de sus casas propias y de una pequeña parcela utilizable como jardín o corral; el conjunto de parcelas variaba entre un 2 y un 5 por ciento de las tierras cultivables del pueblo. En cuanto a la retribución de sus miembros, era realizada bajo la forma de granos y de dinero y después de diversas deducciones: impuestos del Estado (alrededor de un 19 por ciento del ingreso global), gastos de gestión, obras sociales y creación de un capital consagrado al desarrollo de la cooperativa, en total más de un 30 por ciento de los ingresos. En definitiva, de un 60 a un 70 por ciento de las cosechas o de su valor, era lo que pertenecía a los miembros. Sin embargo, este porcentaje comprende las ventas obligatorias al Estado, teniendo en cuenta que esta cuota de venta, definida para tres años sobre la base media de un año, variaba con la riqueza o pobreza de las regiones. Sin entrar en los detalles estadísticos, podemos avanzar que el Estado recibía bajo forma de impuestos o de compras a precio fijo alrededor de un cuarto de la producción agrícola. En cuanto a los campesinos, una vez establecido el racionamiento de 1953, podían disponer por término medio de 560 libras de granos no descascarillados por

individuo y por año, al menos en los períodos de cosecha normal. Esta cantidad responde aproximadamente a las mínimas necesidades del campesino habituado a una dieta monótona a base de arroz y legumbres prácticamente desprovista de productos de origen animal.

La creación de las cooperativas agrícolas de producción dará naturalmente lugar a una abundante reglamentación que, al menos en materia de gestión, dejará a las cooperativas una cierta autonomía. Los grandes textos de referencia son la «Resolución de la 6a. sesión del VII Comité central» (17 de octubre 1955), citado más arriba, que contiene un gran número de disposiciones de detalle (retribución, parcelas, animales, producciones secundarias, fondos de aportación y de reserva) y el «Reglamento modelo para una cooperativa de producción» presentado en la misma sesión, publicado el 10 de noviembre de 1955 por el Consejo de Asuntos de Estado y adoptado, el 17 de marzo de 1956, por el Comité Permanente de la Asamblea Nacional[109]. Más allá de su normal lectura conviene imaginar la extraordinaria transformación de las costumbres de vida y de trabajo que representan la organización de la sociedad y de los nuevos rendimientos de producción en un mundo rural arcaico. A los miles de obstáculos nacidos de unos intereses contradictorios (intereses particulares, intereses de diversos elementos constituyentes de la cooperativa...) o de las tenaces costumbres, es preciso añadir la incomprensión de las fundamentales nociones indispensables para una vida colectiva: participación de la masa y planificación, etc. Aun en ausencia de una oposición consciente, el justo reparto y el buen funcionamiento del conjunto de las 700.000 cooperativas superiores era una empresa de dificultades y amplitud poco imaginables. Ahora bien, se sabe que las resistencias fueron reales, aunque a menudo disimuladas, y, por sus formas indirectas y dilatorias, muy relacionadas con las más antiguas tradiciones chinas.

[109] Se consultará igualmente la declaración Ch'en Yün en la Asamblea Nacional (21 de julio de 1955) sobre la compra y la venta planificada de cereales; a continuación, de las directrices del 28 de abril sobre el mismo tema, las explicaciones de Liao Lu-yen sobre el proyecto de «reglamento modelo para una cooperativa de producción» ante la Asamblea Nacional, el 15 de junio de 1956.

Las resistencias a la colectivización

Las resistencias a la colectivización estaban situadas al nivel de los campesinos y al de los escalafones superiores del Partido.

Como en el caso de la reforma de 1950, el movimiento había revestido un carácter marcadamente revolucionario. Se fomentaba la reanudación de la lucha de clases, campesinos pobres y ex campesinos pobres convertidos en campesinos medios contra los campesinos ricos, estos últimos naturalmente poco favorables a la colectivización. No obstante, en determinados lugares, estos nuevos campesinos medios, en lo sucesivo pequeños propietarios, aportaron muy poco ardor y parecían aún menos dispuestos a pasar de la primera y poco comprometedora fase de la ayuda mutua. La ganadería, ya de por sí poco numerosa, fue frecuentemente sacrificada y consumidas las reservas que ya no se podían escamotear. A veces hasta los mismos cuadros exigentes y torpes fueron asesinados. Varias veces, a finales de 1953, en la primavera de 1955 y sobre todo en la primavera de 1957, se desarrollaron notables movimientos en contra de las cooperativas. En este último, 200.000 cooperativas, constituidas apresuradamente o mal dirigidas, debieron ser disueltas. Se multiplicaron las instrucciones gubernamentales[110]. El 8 de agosto de 1957, una directiva del Partido prescribía a los cuadros el «proceder a una educación de gran envergadura de las masas rurales». Se trataba a la vez de hacer bascular definitivamente a los campesinos dentro del socialismo y de mantener una lucha de clases permanente en los campos.

Al poco atractivo que ofrecen las formas de producción colectivas se le añaden las exigencias del Estado. El sistema de compra y de suministro planificado, instaurado en noviembre de 1953 y redefinido por el reglamento del 7 de octubre de 1956 y el sistema de racionamiento en vigor desde el otoño de 1953 y revisado el 25 de agosto de 1955, serán aplicados cada vez con más rigor.

[110] Las tres directivas del 16 de septiembre de 1957 tienen unos significativos títulos: «Reajustar el trabajo de las cooperativas agrícolas», «Mejorar la administración de la producción agrícola», «Revisar el método de aplicación de la política de beneficio mutuo entre los miembros de las cooperativas».

En marzo y agosto de 1955, todavía se precisaría la política llamada de «las tres cosas fijas» (san ting), en la que el Estado establecía: las cantidades a producir, las cantidades a entregar y las cantidades que podían comprar en caso de necesidad.

Frecuentemente, el Estado también imponía el cultivo de ciertos productos (cultivos industriales, sobre todo algodón, y productos exportables), a veces en contradicción con las preferencias o necesidades locales. Actuó a su manera sobre los precios de compra favoreciendo al arroz y al trigo a costa de las producciones secundarias. A falta de un personal administrativo competente y de medios técnicos a menudo dificultados por imperativos políticos, los responsables agrícolas cometieron a veces grandes errores en la percepción y sobre todo en los envíos y almacenamientos de granos.

En fin, al arrebatar bruscamente las actividades económicas cotidianas a la familia para transferirlas al grupo de producción, la colectivización iba a encontrarse con un sentimiento que con toda su fuerza se extendió por la totalidad del país. La tradición que durante largo tiempo había atribuido la propiedad del suelo al Estado y distinguía entre tierras privadas y tierras públicas, estas últimas periódicamente redistribuidas, se había destruido después de muchos siglos.

A pesar de todo, contra el descontento de los campesinos, la colectivización parecía haber sido mejor recibida que en otros países socialistas. De todas formas, se deben buscar las causas en las propias particularidades de la sociedad china, en la insuficiencia de las tierras y en la habilidad de la que el Partido, experto ya en materia agraria, ha sabido dar muestra.

El pueblo ha representado siempre en China una unidad social muy poderosa, muy consciente de sí mismo, animado por una profunda solidaridad y fortificado por los vínculos de la familia y del clan. De esta situación resultaban generalmente ciertas aportaciones a la economía: ayuda mutua en cuanto a la mano de obra, préstamos de dinero o de granos, garantías recíprocas y prolongada indisolubilidad de la familia. Incluso a veces el pueblo poseía sus terrenos comunales. En cierta manera, las cooperativas habían ensanchado muy considerablemente las antiguas prácticas y desarrollado la ya marcada personalidad del pueblo.

Los campesinos estaban advertidos del carácter demasiado parcelado de las tierras; un carácter que la reforma de 1950 no había hecho más que acusar.

El cuadro cooperativo correspondía pues a una especie de concentración cuya utilidad era reconocida y hasta fácilmente aceptada.

Aún estaba cercano el recuerdo de las antiguas costumbres y de sus excesos. Los campesinos estaban acostumbrados a trabajar para otros. Si la explotación del Estado parecía a veces casi tan dura como la de los antiguos amos, al menos se realizaba de una manera igualitaria, en nombre del interés general y con la promesa de una rápida mejora de la producción.

El Partido y el Estado afirmaban, en efecto, que la colectivización iba a permitir una inmediata elevación del rendimiento. Aseguraban que, a partir de 1962, el ingreso de todos los miembros de las cooperativas sobrepasaría al de los antiguos campesinos medios; así, pues, un 70 por ciento de la población de los campos resultaría beneficiada. De todas formas, la cooperativa aparecía como un tipo de seguro mutuo garantizado por el Estado que la había impuesto. En un país constantemente amenazado por el hambre, en donde la obligación hacia los elementos de la familia que no trabajan era muy gravosa, esta idea cobró gran fuerza y compensaba la pérdida de la independencia y de la propiedad recientemente adquirida. Por lo demás, la elevada proporción de población agrícola (80 a 85 por ciento) y la ausencia de empleos industriales o terciarios, no dejaban a los interesados otra alternativa que la resignación.

Es quizás esta gran paciencia del campesino chino, habituado a someterse durante muchos siglos a la autoridad del momento, lo que explica de manera más clara su aceptación. «Si el viento es fuerte, cede al viento; si la lluvia es fuerte, cede a la lluvia», dice un viejo proverbio. El campesino chino, todavía bajo la impresión de la ola de terror de 1950 y de 1951, cedía al viento y a la lluvia revolucionarios.

La oposición a la colectivización dentro del Partido

Los textos de la época, y sobre todo los de Mao Tse-tung, son muy explícitos en lo que concierne a la existencia de una fuerte oposición a la colectivización en el seno del Partido. Ciertos miembros, subestimando tanto el entusiasmo de los campesinos como las aptitudes de los cuadros, o imaginándose que la colectivización conduciría a los campos en contra de las ciudades, califican a ésta de «peligrosa», dirá Mao Tse-tung. Ch'en Po-ta, su exégeta, consagrará toda su intervención en la 6a. sesión plenaria del VII Comité central (4 de octubre de 1955) a justificar la política de cooperación agrícola con

relación a los escritos anteriores de Mao Tse-tung y a la repetida acusación de las ilusiones de los camaradas «que se satisfacen plenamente con la situación actual en los campos, es decir con la pequeña explotación campesina».

La resolución del 6.° pleno dirá de los opositores:

«Ellos han iniciado la política de derechas de "reducción severa" y en algunos lugares han disuelto gran número de cooperativas por medio de la coacción y el autoritarismo.»

Pero una cuestión parecía haber sido el centro del debate, la de la previa mecanización de la agricultura. Mao Tse-tung la evocará claramente en su discurso del 31 de julio de 1955:

«En agricultura, en las condiciones de nuestro país, debemos realizar las cooperativas antes de poder disponer de numerosas máquinas.»

Y el 6.° pleno dirá asimismo:

«El objetivo del movimiento cooperativo es el de conducir a 110 millones de familias campesinas del modo de explotación individual al modo de explotación colectivo y proceder acto seguido a la transformación técnica de la agricultura.»

La experiencia de la Unión Soviética será estudiada con cuidado por los partidarios y los adversarios de una rápida colectivización. El pasaje de Mao Tse-tung que se refiere a la cuestión nos instruye particularmente acerca las aptitudes del líder chino para seguir su camino respetando las formas exigidas por la ideología y por las necesidades políticas del momento.

«La gran experiencia histórica de la Unión Soviética en la construcción del socialismo alenta a nuestro pueblo y lo llena de confianza en lo que concierne a la construcción del socialismo en nuestro país. Pero con respecto a esta experiencia internacional, hay dos puntos de vista diferentes.

»Cierto número de camaradas no aprueban al Comité central cuya política apunta hacia la cooperativización de la agricultura y la industrialización socialista, a pesar de que esta política se considere correcta en el caso de la Unión Soviética. Creen que en materia de industrialización se puede adoptar el ritmo actualmente establecido, pero que en materia de cooperativización de la agricultura no es preciso ajustarse a las medidas tomadas para la industria sino que se debe adoptar por el contrario un ritmo particularmente lento.

«...Cierto número de camaradas se apoyan en la historia del Partido Comunista de la Unión Soviética para criticar lo que ellos llaman precipitación y aventurismo de nuestro trabajo de cooperativización de la agricultura...

«Debemos oponernos a toda idea de precipitación y aventurismo que no tuviera en cuenta ni la necesidad de una preparación ni el nivel de conciencia de las masas campesinas. Pero, no debemos permitir a ciertos camaradas que utilicen esta experiencia soviética para cubrir sus ideas de lentitud»[111].

La historia de la «lucha entre dos líneas», revelada por la Revolución cultural, nos conduce a pensar que Liu Shao-ch'i, Teng Tzu-hui, P'eng Teh-huai y quizá Kao Kang, representaban por aquel entonces las principales personalidades moderadas. Es Liu Shao-ch'i, el gran acusado de nuestros días, el que había insistido en no crear las cooperativas más que a partir de una importante maquinaria colectiva mecanizada. Es él también quien, queriendo cuidar y alentar la economía de los campesinos ricos (antiguos o nuevos), había lanzado el slogan «Tres caballos y una carreta», ideal de prosperidad que se explica por la falta de animales de tiro, su pequeña talla y el enganche en fila[112]. También él, en la primavera de 1955, había incitado a Teng Tzu-hui a que disolviese 200.000 cooperativas en lugar de reorganizarlas. Y por último obligaba a Po I-po, el 29 de junio de 1951, a escribir un artículo profundamente hostil a la colectivización, apoyándose sobre una reinterpretación de la ley agraria de 1950[113].

En fin, no hay ninguna palabra puesta hoy en boca de ancianos campesinos que no condene por sus efectos funestos a escala del pueblo las teorías de Liu Shao-ch'i «renegado, agente del enemigo y traidor a la clase obrera».

En efecto, casi no hay duda al afirmar que el antiguo presidente de la República, teniendo en cuenta las posiciones tomadas antes y después de 1953, no se sintiese inclinado a abusar en primer lugar de la producción y sobre todo de la de los campesinos ricos, cuidadosamente distinguidos por los especuladores, y a dar a la colectivización un ritmo prudente. A pesar de su poderosa personalidad y su total crédito, Mao Tse-tung, por propia voluntad y en contra del Comité central, debió tener en cuenta los sentimientos de Liu Shao-ch'i y de sus partidarios. Así se podrían explicar sus primeros propósitos acerca de escalonar la colectivización en el curso de unos diez años.

---

[111] *Mao Tse-tung chu-tso hsüan-tu*, Pekín, 1966, pág. 307, op. cit.

[112] Ver *La lucha entre las dos vías en los campos chinos*, «Bandera Roja», núm. 16, 1967. Versión francesa en «Pékin Information», núm. 40 del 4 de diciembre de 1967.

[113] Ver para este tema «Pékin Information» núm. 7 del 16 de febrero de 1970. El artículo del 20 de junio de 1951, del que estamos hablando, trata en efecto de la colectivización con reserva y prudencia.

Numerosos textos de la Revolución cultural acusaron también a P'eng Teh-huai dada su hostilidad a la colectivización agrícola. El mismo Kao Kang —a pesar de haberse suicidado en 1954, es decir bastante antes de la «marea alta» de las cooperativas— será incluido dentro de los encarnizados adversarios de la colectivización. Será preciso un extraordinario sentido del secreto y de la preocupación por la unidad exterior de la que el Partido Comunista chino dará prueba hasta el pleno de Lushan, para impedir que sus divergencias no se filtren hacia fuera a pesar de la importancia que ostentaban dichas divergencias y a pesar también de la categoría de las personalidades de que se trataba.

IX. Primeras disensiones abiertas: el caso Kao Kang-Jao Shu-shih; el caso Hu Feng; el caso del «Sueño en el pabellón rojo»

Kao Kang

El 31 de marzo de 1955, una «Conferencia nacional del Partido Comunista chino» —instancia muy excepcional que reunía esta vez a 62 miembros del Comité central y 257 representantes de provincias— aprobaba las medidas tomadas por el Departamento político después de la 4a. sesión del VII Comité central (6-10 de febrero de 1954) a propósito de la «alianza antipartido Kao Kang-Jao Shu-shih», y publicaba una resolución a este respecto.

Efectivamente, estas dos personalidades de tan alto rango, pero bastante diferentes en cuanto a experiencia y a temperamento, habían desaparecido de la vida política desde hacía más de un año. Unidos a los términos de una «resolución acerca de la unidad del Partido» adoptada por la 4a. sesión y a las observaciones de Chu En-lai acerca del necesario fortalecimiento de la seguridad del Estado[114], estas desapariciones hacían pensar que, por primera vez desde su llegada al poder, el Partido atravesaba por una importante crisis interna. La resolución del 31 de marzo confirmó estas suposiciones.

Kao Kang, nacido en Hengshan, cerca de la Gran Muralla, al norte de Shensi, en 1902 aproximadamente, era uno de los pocos líderes que no pertenecía a ninguno de los grupos formados en las bases de China Central. De origen rural, instruido en la escuela normal de Yülin, era no obstante más hombre de acción que intelectual; había entrado en el Partido en 1926 y dirigió con su compatriota Liu Chih-tan algunos levantamientos en los campos de su provincia[115]. Tras la llegada de Mao Tse-tung a Shensi y la muerte de Liu Chih-tan, se convertirá en el responsable del Partido en el Departamento del Noroeste y, en 1945, en presidente del gobierno local del «Shen-Kan-Ning» que agrupaba a unos veinte distritos, como el de Yenan, en las provincias de Shensi, Kansu y

[114] Informe de actividad del gobierno en la Asamblea Nacional (el 23 de septiembre de 1954).

[115] Ver nuestra Historia del Partido Comunista Chino, vol. I, cap. XXII.

Ninghsia. Entretanto, entraba en el Departamento político (1943); donde ocuparía el 9.° lugar al momento de su caída.

En 1945, Kao Kang pasa a Manchuria con Lin Piao. Allí se convertirá, a finales de 1948, en primer secretario del Departamento político del Nordeste, región que de hecho controlará tras la salida de Lin Piao. El 27 de agosto de 1949, será presidente del gobierno popular del Nordeste constituido en Moukden (Shenyang). Un mes después, Kao Kang se dirigiría a Moscú para firmar con los soviéticos un importante acuerdo de comercio regional.

En la formación del nuevo régimen, Kao Kang recibirá el título de vicepresidente del gobierno (el 6° y último de los vicepresidentes) y, el 15 de noviembre de 1952, será requerido para unas funciones más importantes como presidente de la Comisión del plan. Llamado a Pekín en 1953, caerá un año después.

En diciembre de 1953 en efecto, el Departamento político, a instigación de Mao Tse-tung, redacta un proyecto de resolución acerca del «reforzamiento de la unidad del Partido», proyecto que sería aprobado dos meses después por la 4a. sesión del VII Comité central, el mes de febrero de 1954, como ya hemos visto.

Mao Tse-tung está curiosamente ausente en esta sesión. Liu Shao-ch'i es el que presenta la resolución. Se refiere de manera indirecta a determinados cargos elevados de los que denuncia su individualismo y condena por sus actividades fraccionarias en el interior del Partido.

Parecía cierto que estos ataques apuntaban a Kao Kang, pero sería preciso esperar al mes de marzo de 1955 para que la depuración de éste y de su grupo se haga pública.

El informe de acusación presentado por Teng Hsiao-p'ing en la conferencia nacional del Partido nos es desconocido. En cuanto a la resolución, si no se apoyaba sobre ninguna prueba documental ni en ningún hecho preciso, es categórica. Después de haber sido creado un «reino independiente» en las provincias del Nordeste, Kao Kang habría intentado tomar el poder del Estado y el poder del Partido fundamentándose en una distinción «pseudo-histórica» entre «Partido de la base revolucionaria y del Ejército» y «Partido de las zonas blancas».

«En el Nordeste y en otros lugares, crea y extiende rumores calumniosos para el Comité central y elogiosos para él mismo. Siembra la discordia entre

los camaradas, excita el descontento contra los camaradas que dirigen el Comité central, dedicándose a unas actividades fraccionarias en las que forma su propia facción antipartido... Hasta pretende incitar a ciertos elementos del Partido en el Ejército a que sostengan su complot contra el Comité central...

»Piensa que el Comité central del Partido y el gobierno deberían estar reorganizados según sus planes y que él mismo debería ser personalmente secretario general o vicepresidente del Partido y presidente del Consejo de Asuntos del Estado.»

El informe de Teng Hsiao-p'ing revela por fin que, lejos de reconocer sus errores, Kao Kang se suicidó, «traicionando al Partido por última vez».

T'eng Hsiao-p'ing repetirá las mismas acusaciones el año siguiente en el VIII Congreso. Liu Shao-ch'i se limitará a mencionar la destrucción del «bloque antipartido de Kao Kang y de Jao Shu-shih que habían conspirado para tomar la dirección del Partido y del Estado».

Jao Shu-shih

La conspiración de Jao Shu-shih está ligada con la anterior en cuanto a la misma condena. No obstante, los móviles, y hasta los fines, son diferentes y Jao es acusado fundamentalmente de desviación derechista.

Originario de Linch'uan en Kiangsi, Nordeste, nació hacia el año 1901. Jao Shu-shih se unió al Partido Comunista en 1925, estudió en la Universidad de Shanghai y después vivió unos diez años en el extranjero, en los Estados Unidos, dirigiendo, parece ser, una edición del periódico «La Salud Nacional» (Chiu-kuo jih-pao)[116].

De regreso a China durante la guerra chino-japonesa, Jao sirvió en el IV Ejército nuevo, después se reúne con Ch'en Yi en el norte de Kiangsu, tras el incidente de Anhwei Sur en enero de 1941. En 1945 era comisario político del IV Ejército nuevo y miembro del Comité central. Sus pasadas funciones le convertirían naturalmente en 1949 en uno de los primeros responsables de la región de Shanghai en donde permaneció hasta 1953 en calidad de presidente de la Comisión administrativa de la China del Este, reemplazando a Ch'en Yi. En

[116] Ciertas informaciones hablan de una estancia en Francia, pero seguramente se trata de su mujer Lu Ts'ui.

1953, en efecto, Pekín le confía las graves responsabilidades del departamento de organización en el Comité central.

Refiriéndose sólo a Kao Kang, la resolución del 31 de marzo no precisará sus acusaciones contra Jao Shu-shih, tildado vagamente de ambiciones personales y de moderación.

«En el curso de su trabajo en la China del Este, se ha esforzado, tanto en las ciudades como en los campos, en adoptar una política derechista de capitulación frente a los capitalistas, los propietarios de tierras y los campesinos ricos. Resistiéndose a participar en la política de represión de los contrarrevolucionarios, ha intentado protegerlos. En 1953, tras haber sido transferido al Comité central, creyó que Kao Kang conseguiría tomar el poder en el interior de dicho comité. Así, juntamente con Kao Kang formó una alianza antipartido y se sirvió de su cargo de jefe del departamento de organización del Comité central para desencadenar una lucha contra los camaradas dirigentes del Comité y dirigir resueltamente actividades fraccionarias en el Partido.»

La resolución añadiría que Jao Shu-shih no había mostrado ningún signo de arrepentimiento y había persistido en atacar al Partido. Según ciertos rumores, Jao se defendió hasta el fin de toda complicidad con Kao Kang, manifestando tan sólo su desaliento frente a la disminución de calidad del Partido.

Con Kao y Jao fueron públicamente condenados y hasta eliminados del Partido, o por lo menos privados de sus cargos, una docena de sus principales colaboradores[117]. Todo esto nos conduce a pensar que esta primera «purga» del régimen fue extensa y prolongada, al menos en lo que concierne a la China del Nordeste, la China del Este y los diversos departamentos controlados por los dos interesados.

Del caso Kao Kang-Jao Shu-shih se conoce tanto hoy como hace quince años, aun teniendo en cuenta las aportaciones de la Revolución cultural.

La ambición parece indiscutible en el caso de Kao Kang. Su rudo carácter y su gusto por la acción, su crédito en el Partido del que había sido uno de los fundadores y dirigente en el Noroeste antes de la llegada de Mao en 1935, su

[117] La resolución del 31 de marzo de 1955 nombra a Hsiang Ming ex vicepresidente del Consejo provincial de Shantung, Chang Hsin-shan ex miembro del gobierno regional del Noreste, Chan Ming-yuan ex vicepresidente del Consejo provincial de Heilungkiang, Ma Hung ex miembro del gobierno provincial de Liaotung y miembro de la comisión del plan, y a algunos personajes menos importantes.

rápida ascensión, que lo había colocado a la cabeza del Shen-Kan-Ning y después de Manchuria, la región más avanzada industrialmente del territorio nacional, finalmente su llegada a la dirección de la mayor empresa del Estado, la del plan del que dependería en definitiva toda la vida económica china, podían haberle hecho desear una categoría que correspondiese a sus capacidades y responsabilidades.

Estos importantes propósitos se manifestarían muy pronto si es que se puede dar crédito a un texto de la Revolución cultural. De octubre de 1942 a enero de 1943, mientras que el Partido revisaba su propia historia y se esforzaba en consolidar su unidad, Kao Kang habría convocado una reunión de los altos cuadros del Shen-Kan-Ning. Esta reunión le habría dado ocasión de realizar un disimulado ataque contra Mao Tse-tung y contra el Comité central[118]. Kao Kang humillando la línea seguida por Mao Tse-tung glorificaba la suya, opuesta a la vez a las tendencias de izquierdas y derechas, buscando de esta forma el poder atacar la «gran decisión de Tsunyi»[119]. En 1943, por instigación suya, se publicaba para las escuelas, una *Breve historia de la zona fronteriza del Shen-Kan-Ning*, para servir a sus objetivos exaltando las bases de Shensi y poniéndolas en la misma categoría de las bases de Kiangsi.

El Noroeste es también un Centro
En el Sur, Cantón pero en el Norte Sian
En el Sur, los Ching Kang Shan
En el Norte, Shao Chin Shan.

En el VII Congreso de 1945, Kao Kang y su grupo se oponían a la línea definida por el Congreso.

En 1954, según la resolución del 31 de marzo de 1955, Kao Kang pretendía el segundo lugar en el Partido (el de Liu Shao-ch'i) y también en el Estado (el puesto de Chu En-lai).

Sin embargo, la resolución del 31 de marzo indica también que Kao y Jao representaban a las fuerzas reaccionarias «burguesas», objetivamente aliadas al «imperialismo» en contra de las transformaciones en curso o en potencia.

[118] El informe Kao Kang de esta época culpaba un documento titulado «Crítica de algunos problemas de la historia de la zona fronteriza».
[119] Ver vol. I.

Decía, por fin, que los conjurados no ofrecían ningún programa preciso, lo que puede dar a entender que su oposición se podía ejercer en un sentido conservador, es decir, a favor del mantenimiento provisional de la economía agrícola privada y de la economía industrial mixta.

Esta hipótesis queda apoyada por la naturaleza de los reproches que se harán en la Revolución cultural en contra de P'eng Teh-huai, ministro de Defensa nacional destituido de sus funciones el mes de septiembre de 1959. Éste representaba el ambiente del Ejército que Kao Kang intentaba instruir y que era, aseguran, sin ningún tipo de prueba ni precisión, el alma de la conspiración de 1953[120].

Otras interpretaciones se fundamentan sobre el conflicto interno a propósito de la planificación. En su calidad de presidente de la Comisión del plan, Kao Kang podía abusar de su influencia con el fin de conseguir para Manchuria «su reino independiente», una solicitud particular justificada por su carácter de núcleo de la economía china moderna. Sin duda, podía contar a este respecto con la protección de los soviéticos, siempre dispuestos a favorecer el desarrollo de las provincias del Noroeste en beneficio de la economía siberiana. Ahora bien, es precisamente en esta época cuando Pekín intentará librarse de los anteriores acuerdos con los soviéticos en materia de empresas mixtas. Las palabras de Kruschev y la réplica de los chinos acusando a los rusos de haber sostenido unos grupos «antipartido» dan cierta consistencia a estas opiniones.

Sea cual sea su naturaleza, las divergencias internas a propósito de la economía parecen estar confirmadas por Teng Hsiao-p'ing en un pasaje de su informe de presentación de los estatutos del Partido en el VIII Congreso:

«En efecto, en la conferencia nacional sobre el trabajo financiero y económico, convocada en el año 1953, y en la conferencia nacional para el trabajo de organización, el Comité central ha insistido más de una vez ante todos sus miembros acerca de la necesidad de reforzar la unión en el Partido y de luchar contra todas las acciones que puedan ocasionar perjuicios a su cohesión; pero estos conspiradores, embriagados por sus ideas de dislocar al Partido y de usurpar los poderes, actuaban como si no hubiesen entendido nada.»

La discreción manifestada por Mao Tse-tung, ausente de la capital del 24 de diciembre al 24 de marzo de 1954, es decir, durante la 4a. sesión, es otro

[120] Ver «Diario del Pueblo» del 17 de agosto de 1967.

suceso asombroso. Una enfermedad que hubiera dejado desarrollar o aun provocar ciertas rivalidades entre personalidades, el deseo de colocarse por encima de las querellas subalternas o, comprendiendo ciertas incidencias extranjeras, la natural antipatía hacia Liu Shao-ch'i, pueden explicar esta reserva por parte del presidente del Partido. Hasta la misma elección del sucesor de Kao Kang para la dirección del plan (Ch'en Yün, un moderado partidario de una construcción económica metódica excluyendo las aventuras en el exterior) no da ninguna explicación a los acontecimientos. Las aspiraciones personales y la indisciplina por un lado, y por otro los temores y las envidias por parte de los responsables, salidos de las «zonas blancas» (como lo son Liu Shao-ch'i y Chu En-lai), para tomar la distinción atribuida a Kao Kang, constituyen de momento las explicaciones más verosímiles de este complejo episodio de la vida del Partido.

El caso de Jao Shu-shih parecía más claro que el de Kao Kang. A diferencia de este último, se piensa en Jao Shu-shih como en un moderado, de carácter obstinado e independiente, parecido a su antiguo jefe Ch'en Yi, quizá teñido por un cierto liberalismo gracias a su estancia en Occidente. Se puede pensar que los excesos de aquel momento, y sobre todo los de los «Tres y Cinco Anti» que arruinaban la vida económica de las grandes ciudades costeras, habían provocado su desaprobación, lo habían conducido, como le fue reprochado, a proteger a los elementos de la burguesía y, más tarde, le habían aproximado a Kao Kang si no por las ideas —Kao Kang había sido el iniciador de los movimientos de los «Tres y Cinco Anti»— al menos por el interés. De todos modos sus funciones como jefe del departamento de la organización le acreditaban un poder considerable que el responsable del plan tenía mucho interés en conciliarse.

Falta por decir que, en 1953, las rivalidades entre personalidades o la oposición a una línea general definida a nivel nacional podían apoyarse sobre unas verdaderas clientelas y sobre la estructura regional heredada de la última guerra civil. En seguida se sacó fruto de los hechos.

La conferencia del 31 de marzo adoptó en efecto una resolución que crea unos comités de control local y unos comités de control a nivel de los hsien (distritos) y de las provincias a fin de depurar al Partido y de prevenir el regreso a las actividades fraccionarias. Estos diversos comités deben revestir un carácter permanente, y deben instalar sus despachos de trabajo y apoyarse en todas las organizaciones de masa posibles. Así, este aparato, que sustituye a

los antiguos consejos de disciplina del Partido, contribuirá a reforzar la dirección central y la acción de los organismos de seguridad pública[121].

En fin, el caso Kao Kang-Jao Shu-shih precipitará la desaparición de unas cinco grandes regiones administrativas que habían sucedido a los comités administrativos y militares en 1952, conservando el mismo marco territorial. Tras la decisión del 19 de junio de 1954, provincias y municipios especiales dependerán directamente de Pekín. Esta medida acarreará ciertos inconvenientes al hacer desaparecer un nivel regional de coordinación útil desde el punto de vista económico y político y conducirá a un exceso de centralización que se intentará remediar en el aspecto económico desde 1956.

El caso Hu Feng

Paralelamente al caso Kao Kang-Jao Shu-shih se desarrollaba el caso Hu Feng que, muy explotado en el plano político, era ante todo un dramático episodio de la lucha desesperada de los intelectuales comunistas para conservar una cierta libertad de ideas y de expresión dentro de los límites de su compromiso con el Partido.

En diciembre de 1954, un antiguo simpatizante del Partido Comunista, uno de los discípulos preferidos del gran escritor Lu Hsün, y uno de los responsables de la revista «Literatura Popular» («Jen-min wen-hsüeh»), diputado en la Asamblea Nacional, Hu Feng, cuyo verdadero nombre era Chang Ku-fei, atacaba duramente la política autoritaria y el sectarismo del Partido en materia de literatura, en ocasión de una reunión de la Federación de las Artes y Letras y de la Asociación de Escritores en relación con el caso Yü P'ing-po, del que se habla más adelante. Atacaba sobre todo a Chou Yang, viceministro de cultura y, después de Mao Tse-tung, verdadero responsable del Partido en dominio de literatura. Cerca de veinte años antes, en el curso del verano de 1936, en el tiempo de la «Liga de los escritores de izquierda», vivas polémicas habían puesto en oposición a los dos hombres. Esta vez, Hu Feng también se volvía contra Ho Ch'i-fang, redactor literario del «Diario del Pueblo» y contra Feng

[121] La quinta sesión del VII Comité central (4 de abril 1955) adoptará las resoluciones pasadas de la Conferencia nacional del Partido (31 de marzo). Asimismo, elegirá a Lin Piao y a Teng Hsiao-p'ing en el Buró político; la elección de éste último puede aparecer legítimamente como la recompensa de su acción contra el grupo «antipartido».

Hsüeh-teng, redactor jefe de la revista «Artes y Literatura» («Wen-yi-pao»)[122].

En una carta que había enviado al Comité central el mes de julio de 1954, con la desesperada esperanza de desbaratar a sus adversarios, Hu Feng había ya ideado los «cinco puñales» hundidos, decía, dentro del cerebro de los escritores revolucionarios: una ideología comunista obligatoria, una inspiración sacada únicamente de la vida de los obreros, campesinos y soldados, una reeducación y reforma ideológica, unas formas impuestas por el Partido y unos temas fijados por el Partido[123].

Hu Feng, violentamente contraatacado a su vez, será obligado a autocriticarse numerosas veces entre enero y mayo de 1955. En tres veces distintas (13 de mayo, 24 de mayo y 10 de junio) el «Diario del Pueblo» publicaría una serie de artículos que Mao Tse-tung prologaría con pluma en aquel momento anónima[124]. Mao Tse-tung condenaba, en nombre de la permanente lucha de clases y de la dictadura popular, las teorías de Hu Feng y justificaba lo que él llamaba la «uniformidad de opinión». No obstante, ironizaba, esta opinión es a la vez uniforme y no uniforme, contra los elementos más y menos avanzados manifestando unas contradicciones cuya solución aseguraría el progreso ininterrumpido de la sociedad. Hu Feng no sabía distinguir las contradicciones que se sitúan en el interior del pueblo de las que están situadas en el exterior. Reprimir las primeras era un crimen y reprimir las segundas un deber.

Hu Feng fue igualmente denunciado en la Asamblea Nacional por el ministro de Cultura Shen Yen-ping —es decir, por el escritor Mao Tun— que le opondría los cinco puntos del Partido en materia de literatura: estudio del marxismo, estudio de las condiciones de los obreros, campesinos y soldados, reforma ideológica, crítica de las tradiciones nacionales utilizadas con discernimiento y servicio a la política[125].

---

[122] Ver una biografía de Chou Yang en cap. XXIX. Para el caso «Hu Feng» propiamente dicho se podrá consultar Merle GOLDMAN, *HU Feng conflict with the Literary Authorities*, «The China Quarterly», núm. 12, octubre-diciembre 1962.

[123] Ver «Wen-hui pao» del 30 de mayo de 1955.

[124] Los días 13 de mayo, 24 de mayo y 10 de junio. Ver en versión inglesa dos extractos de la introducción de Mao Tse-tung en el núm. 891 de «Current Background». En versión china: «Mao Tse-tung ssu-hsiang wan-sui». Ver igualmente Jérome CH'EN, *Mao Papers, Anthology and Bibliography*, Oxford University Press, Londres. 1970, pp. 52-56.

[125] El 23 de julio de 1955.

Otros escritores como el dramaturgo Tsao Yü, o el gran crítico Yü Ping-po al que Hu Feng había defendido hacía tan sólo unos meses, intervinieron básicamente en contra de su colega, o tal como Shu Wu, en contra de su viejo amigo hicieron pública su correspondencia privada. Hu Feng, expulsado de la Federación de las Artes y Letras y de la Unión de Escritores (26 de mayo), encarcelado y, según ciertos rumores, enloquecido, desaparecería pronto de la vida pública.

La condena de Hu Feng dio ocasión a una nueva ola de persecuciones contra numerosos intelectuales a los que se les suponía el pertenecer a la «camarilla de Hu Feng»: el poeta Lu Yuan, el novelista Lu Tien, el crítico Ah Lung, el profesor Chi Chi-feng al que Ts'ao Yü trató de «verdugo de almas», en total unas 130 personas[126]. Lo Jui-ch'ing, ministro de Seguridad Pública, tachó a Hu Feng de estar asociado con P'an Han-nien, uno de los alcaldes adjuntos de Shanghai, acusando a ambos de estar infiltrados en el Partido con intenciones contrarrevolucionarias. Ésta es la misma acusación de la que sería objeto Lo Jui-ch'ing, convertido en jefe del estado mayor del Ejército diez años más tarde[127].

De una manera más general, el caso Hu Feng fue un aviso hacia todos los medios de educación y cultura. En la universidad, las campañas en contra de Hu Feng retardaron las vacaciones; debates y purgas se prosiguieron largo tiempo en todas las organizaciones culturales.

El caso Yü P'ing-po

El caso Yü P'ing-po, llamado el caso del «Sueño en el pabellón rojo», no se puede comparar al caso de Hu Feng en la medida en que el profesor Yü P'ing-po, su principal víctima, no era marxista, se mantenía ajeno a toda preocupación política consagrándose únicamente a sus trabajos de investigación de la literatura clásica. Por el contrario, la popularidad de la obra en cuestión le otorgaría una gran resonancia e iluminaría al Partido frente a su herencia cultural. En cuanto a esto último, recordemos el caso del film La vida de Wu Hsün,

[126] Ver, particularmente Chou CHING-WEN en su obra *Feng-pao shih-nien* (Diez años de tempestades), Hong-Kong, 1958. Traducida al inglés. *Ten Years of Storm, The True Story of the Communist Regime in China*. Nueva York, 1960.

[127] Intervención de Lo Jui-ch'ing en la Asamblea Nacional el 27 de julio de 1955.

la campaña contra Liang Shu-ming y sobre todo la campaña contra Hu Shih que contribuiría a reanimar[128].

A finales de 1953 aparecía una nueva edición de una célebre novela del siglo XVIII: El sueño en el pabellón rojo, escrita por el letrado Ts'ao Hsüeh-ch'in (1724-1763), completada por Kao O y publicada por primera vez en 1791. Los amores contrariados de Pao Yü (Jade Preciosa) y de su prima Tai Yü (Jade Negra) se encontraban enmarcados en una rica familia en declive, la de los Chia, cuya mentalidad, costumbres y artimañas daban a la novela un valor de documento social que muchas escuelas intentaron interpretar, al extremo que Ts'ao Hsüeh-ch'in podrá ser comparado al occidental Balzac. Por lo demás la obra, escrita en «lengua hablada», era accesible a todos. Era notable por su estilo desenfadado y su melancolía a lo que el autor añadía un poco de su propio misterio.

Páginas frívolas,
Lágrimas amargas.
Todos nos hablan de la locura del autor.
Pero, ¿quién lo ha comprendido?

Así empezaba la novela cuyo último capítulo terminaba con una nota desoladora:

Era el relato de una pena,
de unas vanidades aún más tristes.
Vivimos como en un sueño,
No nos riamos de la locura de los hombres.

Después de treinta años el profesor Yü P'ing-po (Ch'u Chai como escritor), poeta, ensayista y crítico literario, nacido en Che-kiang en 1899 y alumno de Hu Shih, estaba precisamente empeñado en profundizar la obra de Ts'ao Hsüeh-ch'in. Tenía ya cierta autoridad sobre el tema tras haber publicado, en septiembre de 1952, un Estudio sobre el Sueño en el pabellón rojo, versión modificada de una antigua tesis.

[128] Ver cap. V.

Antes y después de la reedición de la obra, bien porque fuera solicitada, bien por propia iniciativa, el profesor Yü P'ing-po se verá obligado a expresar sus intenciones a lo largo de numerosos artículos, sobre todo en «Nueva Construcción» («Hsin chien she»), (marzo de 1954, y en «Kuang-ming jih-pao», el 1 de marzo de 1954). Lo haría con una relativa prudencia, denunciando el «feudalismo» y amparándose en oportunas citas marxistas, pero manteniéndose en el espíritu de la antigua escuela literaria lejana a las interpretaciones del materialismo histórico y, parece ser, sin tener en cuenta los avisos de Hu Ch'iao-mu, viceministro de Propaganda y uno de los historiadores oficiales del Partido[129].

Estas insuficiencias iban a ser reveladas por dos jóvenes investigadores de la Universidad de Shantung, Li Hsi-fan y Lan Ling. Sus artículos, rechazados primero por la revista de Feng Hsueh-feng «Arte y Literatura» («Wen i pao»), fueron acogidos por la «Revista de Literatura, Historia y Filosofía», de la Universidad de Tsingtao, en Shantung, y por el «Kuang-ming jih-pao». Por fin, el «Diario del Pueblo» del 23 de octubre les brindaría el apoyo que marcaría el punto de partida de una campaña nacional. Si damos crédito a los textos posteriores parece que Mao Tse-tung tomó parte directamente en este asunto:

«El 16 de octubre de 1954, el presidente Mao envió una carta a los camaradas del departamento político del Comité central y a otros camaradas interesados. Manifestó un caluroso apoyo a las "personas de poca importancia" que habían "abierto fuego" contra las autoridades burguesas y criticó severamente a las "personalidades" del Partido que son "prisioneros voluntarios" de la burguesía... Acto seguido tomó la iniciativa para un movimiento de crítica general y sistemática y de repudio hacia el pensamiento reaccionario de Hu Shih»[130].

En efecto, a partir del 24 de octubre, la Unión de Escritores inició un debate en presencia de Yü P'ing-po y de Lan Ling y con la participación de Chou Yang.

---

[129] Sobre el génesis de estos artículos ver sobre todo: *Chung-kung ti wen-i citen fa feng* (El movimiento de rectificación literaria y artística de los comunistas chinos) de Wang CHANG-LING, Hong-Kong, 1967. Ver el texto de la carta dirigida por Mao Tse-tung al Departamento político en Jérome CH'EN: *Mao Papers*, Oxford University Press, 1970, págs. 80-81.

[130] Panfleto de «Chieh-fang jih-pao» de Shanghai, versión inglesa en el «Current Background», num. 889 del 18 de julio de 1969, del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

La lucha contra el «idealismo burgués» en general o contra la excesiva importancia otorgada a los criterios artísticos en comparación con la de los criterios políticos y sociales y contra la perniciosa influencia de Hu Shih, fueron los grandes temas de la reunión. Pero, por encima del «Sueño en el pabellón rojo», estaba también el problema de las relaciones entre el realismo de los clásicos y el realismo socialista, es decir, el del estudio global de la literatura, que fue abordado con un espíritu marxista-leninista militante. Chou Yang, como otros lo harían después de él en los años siguientes, puso de manifiesto «...el estado deplorablemente atrasado del trabajo ideológico en los medios literarios»[131].

El debate de la Unión de Escritores fue reemprendido en el transcurso del otoño y en el invierno de 1954 en muchos medios de información y de cultura. En el mes de diciembre, Kuo Mo-jo, presidente de la Academia de las Ciencias, reemprendería contra Hu Shih una campaña de liquidación que reunió a las cumbres de la inteligencia china en el dominio de las ciencias sociales: historiadores como Hou Wai-lu, Fan Wen-Ian, Chien Po-tsan, Ho Kan-chih, Hu Hua, Lo Erh-kang; filósofos como Feng Yu-lan; literatos como Mao Tun, Ting Ling, Ho Ch'i-fang, Feng Ting, Ai Ch'ing y pensadores políticos como Li Ta, Ch'en Po-ta, Ai Sse-chi y el mismo Chou Yang[132]. Doce años más tarde, el viento de la Historia se llevaría de un solo golpe a casi todas estas personalidades.

El proceso del profesor Yü P'ing-po, que terminó por doblegarse delante de sus críticos, había sido superado. Fortuito o como consecuencia de la lucha a que se entregaron Chou Yang y Hu Feng después de 1936, había servido para establecer por vez primera, al menos en teoría, la cuestión de la literatura tradicional en el nuevo régimen. En 1954, ésta no estaba totalmente censurada o excluida de edición. A pesar de que numerosas obras y colecciones clásicas habían sido retiradas de la circulación desde 1949, otras eran aprobadas por los responsables y el mercado presentaba un notable número de obras anteriores a 1949 o reimprimidas después. Las grandes novelas de lengua oral: la Novela de los tres reinos, A orillas del agua, Los letrados, El peregrinaje hacia el oeste y El palacio de la eterna juventud, las obras de los grandes poetas Tu Fu, Li Po

[131] El proceso verbal de los debates fue publicado en el suplemento literario del «Kuang-ming jih-pao» del 14 de noviembre de 1954. Traducción inglesa en el «Current Background», núm. 315 del 4 de marzo de 1955.

[132] Comunicado de la agencia Hsinhua, 9 de diciembre de 1955.

y Pai Chü-yi y las obras de teatro de los Yuan, son reeditadas. A principios de 1954, las ediciones Hsihua llegan a publicar unas extrañas obras procedentes de las colecciones imperiales «a fin, decían, de dar a conocer al pueblo el arte y la literatura clásicos»[133]. Esta relativa tolerancia estaba destinada a prolongarse aún unos diez años.

[133] Agencia Hsinhua, 6 de enero de 1954.

X. La constitución de 1954 y la administración interior. Los nuevos estatutos del Partido (1956). Las relaciones Partido-Estado

La constitución del 20 de septiembre de 1954[134]

Cinco años después de su advenimiento, la China Popular determinará un aparato de Estado que, reputado de permanente, servirá hasta la Revolución cultural en la formación de «comités revolucionarios» en 1967 y en 1968.

El armonioso edificio gubernamental y administrativo que levanta la constitución del 20 de septiembre de 1954 no le hará perder al régimen su aspecto totalitario y partidista. Además, en virtud de estos estatutos, el Partido Comunista chino posee en esta constitución un lugar legal y un papel director en todos los niveles, mientras que sus miembros ostentan unos lugares clave en el aparato del Estado.

Precedida de un amplio informe de presentación de Liu Shao-ch'i[135] y acompañada de unos textos que precisaban las funciones de cada organismo gubernamental, esta constitución, compuesta por un preámbulo y 106 artículos, se reincorporó al programa común y a las leyes orgánicas de 1949. En realidad, es la constitución de un régimen de transición hacia el socialismo. Los principios casi no tuvieron más que un valor ficticio o temporal y será finalmente la organización general del Estado quien constituya su realidad principal.

La Asamblea Popular Nacional, órgano supremo del poder del Estado y único órgano legislativo, es elegida por las principales asambleas provinciales cada cuatro años, éstas salen de las asambleas de los hsien (distritos) y de los hsiang (cantones o pueblos administrativos). Las fuerzas armadas, los chinos

[134] Remitimos al lector al esquema de organización del gobierno popular de este capítulo.

[135] Informe del 15 de septiembre. Liu Shao-ch'i presidía el comité encargado de preparar la ley electoral. Mao Tse-tung el comité encargado de preparar el proyecto de constitución. Este proyecto por otra parte había sido redactado por el Partido.

del extranjero y las minorías nacionales tienen reservados un cierto número de escaños[136].

Ver esquema p.649.

En la práctica no hay más que una sola lista de candidatos aprobada por el Partido[137]. La presión del electorado sólo es moral y afecta únicamente a los individuos en cuanto a la exclusión de opiniones. La ley electoral del 1 de marzo de 1953 prevé un diputado por 100.000 habitantes en las ciudades de más de 500.000 habitantes y uno por 800.000 habitantes en las provincias (art. 23). Esta disposición se explica a la vez por preocupaciones ideológicas y por un índice de urbanización muy débil (del 12 al 15 por ciento).

La Asamblea Nacional enmienda la constitución, ejerce el poder legislativo, designa al presidente y al vicepresidente de la República, aprueba la elección del primer ministro y vota el presupuesto y los planes de desarrollo económico. Consta cada año de una sola y breve sesión de dos semanas aproximadamente para escuchar la información del primer ministro y, a menudo, de los responsables de la economía y del plan. Ningún debate, en el sentido parlamentario de la palabra, tan sólo una serie de declaraciones siempre de carácter aprobador.

Entre estas sesiones, la Asamblea queda representada por su Comité permanente que en principio se reúne dos veces al mes bajo convocatoria de su presidente. En teoría, este comité, compuesto en 1954 por un presidente, 13 vicepresidentes y 35 miembros, es muy influyente dado que controla la actividad del primer ministro y se pronuncia sobre todo lo que es competencia de la Asamblea (salvo en la elección del presidente y de los vicepresidentes de la República). En realidad, su autoridad es débil, menor que la del Soviet Supremo a la que se parece en cierto modo[138].

---

[136] La primera Asamblea Nacional, la de 1954, comprenderá 1.226 diputados de los que 150 representan a las minorías, 60 al ejército y 30 a los chinos en el extranjero.

[137] Por mediación de un Comité electoral (artículo 47 de la ley electoral del 1 de marzo de 1953).

[138] Sin embargo, su presidente no es el jefe del gobierno como sucede en la URSS. La fórmula china tiene la ventaja de aislar al presidente de la República en sus funciones supremas y realzar así su papel y su prestigio personal.

El presidente de la República, elegido por cuatro años y reelegible, por lo menos debe tener 35 años. Preside el Consejo de Defensa Nacional, manda los ejércitos, designa al primer ministro o lo releva de sus funciones y representa a China en sus relaciones exteriores. Cuando lo desee, puede convocar un organismo particular de la constitución china, la Conferencia Suprema del Estado, de la que es presidente. Algunos miembros ex oficio y otras personas libremente designadas por el presidente constituyen esta instancia consultiva cuyos avisos son transmitidos a la Asamblea Nacional y al gobierno (Consejo de Asuntos de Estado). Parece que fue creada por Mao Tse-tung deseoso de dar a sus proyectos una audiencia nacional en ciertas circunstancias y así ampliar su papel de jefe del Partido. De él se servirá veinte veces y es sobre todo en el curso de la XI Conferencia Suprema del Estado, del 27 de febrero de 1957, cuando pronunciará su gran discurso acerca de las contradicciones.

El Consejo de Asuntos de Estado (arts. 47 a 52) agrupa, bajo la autoridad del primer ministro y de diez a quince ministros, unos cuarenta ministerios o comisiones[139].

Colocado en el doble control del Partido y, de una manera mucho más teórica, del comité permanente de la Asamblea Nacional, el Consejo de Asuntos de Estado es ante todo un organismo de ejecución y de administración en el que los ministros y los viceministros que le secundan presentan proyectos a la Asamblea Nacional y a su comité permanente (art. 49). El debilitamiento del Partido en la época turbulenta de la Revolución cultural, de 1966 a 1969, y sobre todo la personalidad fuera de serie de Chu En-lai, primer ministro sin interrupción desde los primeros días del régimen, sin duda alguna le han dado una importancia mucho más considerable que la prevista en los textos constitucionales.

Muchos organismos especializados escapan de la dirección del Consejo de Asuntos de Estado. Éste es el caso del Consejo de Defensa Nacional presidido por el presidente de la República[140].

La Corte suprema, tribunal de apelación y de control de todas las actividades judiciales, la oficina del procurador general, encargado de la seguridad del

[139] Comprendía, en 1954, 30 ministerios y 5 comisiones: Plan, Construcción nacional, Nacionalidades, Chinos de ultramar, Educación física y deportes. Estas cifras no han dejado de variar después.

[140] Ver la organización de la Defensa Nacional en cap. XIV.

Estado y de la aplicación de las sentencias, dependen directamente de la Asamblea Nacional y de su comité permanente[141].

Finalmente, conviene remarcar la persistencia de la asamblea político-consultiva que contribuye a asegurar el carácter pseudo-democrático del régimen. Compuesta por mil miembros (pequeños partidos y representantes de todos los ámbitos) no ostenta ningún poder de decisión. Se reúne al mismo tiempo que la Asamblea Nacional. Entre sus actividades tiene cabida un comité nacional compuesto aproximadamente de 300 miembros y un comité permanente[142].

Los organismos regionales

En cada nivel administrativo regular: provincia (sheng), distrito (hsien) y pueblo administrativo (hsiang), son elegidas unas asambleas populares locales. Todos los individuos con 18 años y sin estar privados de sus derechos cívicos son electores). Las asambleas de los hsiang, elegidas por dos años, escogen las asambleas de los hsien. Éstas, igualmente constituidas por dos años, eligen las asambleas provinciales cuyo mandato es de cuatro años. Por regla general, un hsiang tiene de 7 a 30 delegados, un hsien de 30 a 40 y una provincia de 50 a 600. El sistema se aplica naturalmente también a las divisiones territoriales pobladas por minoritarios: regiones autónomas, subregiones o chou y hsien autónomos[143].

Estas diversas asambleas que sólo se reúnen unos días cada año, velan por la observancia de las leyes y decretos y aprueban los presupuestos locales. En sus respectivos niveles son los órganos de poder del Estado. En la práctica, su misión principal consiste en elegir unos comités populares de igual instancia que aseguran la ejecución de las leyes tomando a este respecto las medidas que les confiere su reglamento y, sobre todo, la ley orgánica de congresos y comités populares locales del 21 de septiembre de 1954. Estos comités están

[141] Tung Pi-wu, el actual vicepresidente de la República, era entonces el presidente del Tribunal Supremo.
[142] Chu En-lai presidía entonces este Comité permanente.
[143] El 1 de enero de 1954, existen más de 200.000 hsian, 2.023 distritos y 150 unidades de nivel correspondiente, 30 provincias y 14 municipios dependientes directamente del gobierno.

siempre sometidos a los controles de sus asambleas y a los de los comités de instancia superior, es decir, en definitiva al Consejo de los Asuntos de Estado.

Dirigidos por sus presidentes respectivos (jefes de provincia, de hsien o de hsiang), estos comités, cuyo efectivo varía de 25 a 55 en las provincias, de 9 a 31 en los hsien y de 3 a 13 en los hsiang, se reúnen una o dos veces cada mes. Disponen de unidades y cuadros administrativos y técnicos locales o puestos a su disposición por el Estado.

Los nuevos estatutos del Partido[144]

Dos años después de la adopción de la constitución de 1954, el Partido Comunista se otorgará unos nuevos estatutos y desde entonces quedan liquidadas las instituciones políticas chinas esenciales.

Estos nuevos estatutos, presentados en el VIII Congreso del 26 de septiembre de 1956, por Teng Hsiao-p'ing, entonces secretario general del Comité central, reemplazan a los del VII Congreso aprobados nueve años antes[145].

Los organismos centrales comprenden principalmente: el Congreso nacional, el Comité central, el Departamento político y su Comité permanente, un secretariado y diversos departamentos especializados.

Ver esquema p.650

El Congreso nacional, la más alta instancia del Partido, es elegido por cinco años y tiene solamente una única sesión anual. En realidad, los 1.026 delegados del VIII Congreso sólo se reunieron dos veces en 1956 y en 1958 y trece años van a separar al VIII Congreso del IX. El Congreso, reunido sólo unos días, escucha las aportaciones de los organismos centrales y está obligado a determinar la línea política del Partido cuya constitución revisa eventualmente. Su verdadera responsabilidad es la elección del Comité central (arts. 31 y 32).

[144] Una versión francesa de los estatutos acompañada por el informe de Teng Hsiao-p'ing ha sido publicada por las Editions en Langucs Étrangéres,Pekín, 1956. Ver igualmente el núm. 2.262 de «Notes et Études» de la Documentación francesa. Aquí sólo indicamos las disposiciones esenciales.

[145] Ver vol. 1 de *Historia del Partido Comunista Chino*, cap. XXVII.

El Comité central no es solamente el organismo director del Partido, sino que también es, por derecho y en realidad, el organismo director del mismo gobierno:

«El Comité central, por mediación de los grupos del Partido en las administraciones centrales del Estado y de las asociaciones populares nacionales, dirige el trabajo de estas administraciones y asociaciones» (art. 34).

Es, pues, en el nivel del Comité central donde se afirma en primer lugar la influencia del Partido sobre el gobierno, mientras que este mismo Comité central dirige y supervisa la acción de todos los aparatos provinciales y locales del Partido en los organismos correspondientes del aparato del Estado.

Elegido también por cinco años, el Comité central tiene teóricamente dos sesiones por año. En el VIII Congreso comprendía 97 miembros regulares y 96 miembros suplentes (o de reserva) que deliberaban sin derecho a voto[146]. Su presidente, Mao Tse-tung, es a este título jefe del Partido; el orden de los cuatro vicepresidentes en 1956 (Liu Shao-ch'i, Chu En-lai, Chu Teh y Ch'en Yün), parece establecer un orden de sucesión al menos en los dos primeros.

Los miembros del Comité central tienen por lo general importantes funciones en el aparato central, provincial y local del Partido y también en el gobierno.

El Comité central elige los órganos centrales de aplicación de su política: Departamento político, grupo permanente del Departamento político y secretariado del Comité central. Los presidentes y vicepresidentes del Comité central son también presidentes y vicepresidentes del Departamento político.

No obstante, lejos de ser un agente de aplicación de las resoluciones del Comité central, el Departamento político regula con sus iniciativas y decisiones toda la vida del Partido y, por consiguiente, toda la vida nacional. En 1956, al final del VIII Congreso, comprendía 17 miembros regulares y 6 suplentes[147].

---

[146] Los efectivos del Comité central no han cesado de crecer: en 1945 eran de 43 miembros regulares y 29 miembros suplentes, en 1969 pasaron a 170 miembros regulares y 109 suplentes.

[147] Fue previsto un puesto de presidente honorario, disposición que en su época parecía estar menos en relación con la edad de Mao Tse-tung (63 años) que con su estado de salud. En orden de aparición: Mao Tse-tung, Liu Shao-ch'i, Chu En-lai, Chu Teh, Ch'en Yün, Lin Piao, Teng Hsiao-p'ing, Lin Po-chíi, Tung Pi-wu, P'eng Chen, Lo Jung-huan, Ch'en Yi, Li Fu-ch'un, P'eng Teh-huai, Liu Po-ch'eng, Ho Lung y Li Hsien-nien;

La originalidad del Departamento político del Partido Comunista está en comprender en sí mismo un comité permanente constituido en primer lugar por sus seis primeros miembros, posteriormente por sus siete primeros miembros. Este círculo limitado anima al Departamento político y se reúne a cada momento.

Finalmente, el Departamento político comporta un Secretariado (secretariado del Comité central y no del Partido). En 1956, lo componían siete miembros y tres suplentes y Teng Hsiao-p'ing era el secretario general.

Del Comité central y por mediación del Departamento político y de su secretariado, dependen un número notable de comisiones y departamentos especializados: Organización (An Tzu-wen), Frente Unido (Li Wei-han), Propaganda (Lu Ting-yi), Asuntos Sociales (Li K'o-nung), Agricultura (Teng Tzu-hui), Finanzas y Comercio (Ma Ming-fang) y Asuntos Exteriores (Wang Chia-hsiang), por no citar más que los principales. Constituyen el aparato superior del Partido y sus responsables son por lo general miembros del Comité central. Es preciso otorgar, en este conjunto de departamentos, una importancia particular al Comité militar que preside el mismo Mao Tse-tung[148].

Los organismos regionales y locales del Partido reproducen en cierta medida a los organismos centrales.

A nivel de provincia y de hsien (distrito) se hallan unos congresos provinciales o de hsien que eligen por tres años (provincias) o por dos años (hsien) a unos comités de provincia y de hsien que son en cierto modo y en su nivel territorial la réplica del Comité central. Estos comités realizan tres sesiones anuales en el caso de las provincias y cuatro en el caso de los hsien, eligen un comité permanente y unos secretarios que se encargan del trabajo habitual. El sistema de congreso y de comités evita, como lo dijo Teng Hsiao-p'ing, el recurrir a las conferencias insuficientemente representativas o que disponen de muy poca autoridad. En realidad, los secretarios ejercen un poder tan considerable que a menudo pertenecen al mismo tiempo a los organismos centrales de la jerarquía[149].

---

miembros suplentes: Ulanfu, Chang Wcn-t'ien, Lu Ting-yi, Ch'en Po-ta, K'ang Sheng y Po I-po.

[148] Ver cap. XII.

[149] La organización es parecida en las zonas minoritarias autónomas.

Por último, en la base se encuentran unos organismos primarios. Están formados ya sea en el plano de las empresas (fábricas, administraciones, escuelas, unidades de producción, cooperativas, etcétera), ya sea en el del hábitat (pueblo, calle, barrio), allí donde existen por lo menos tres miembros titulares del Partido.

Las organizaciones de base con más de 100 miembros pueden elegir un comité de base que es su órgano ejecutivo. A veces existen, si las condiciones locales así lo requieren, unos subcomités para grupos de más de 50 miembros. Toda organización inferior a diez miembros elige un jefe responsable.

Las organizaciones de base tienen naturalmente una gran importancia. En primer lugar representan los puntos de contacto entre el Partido y las masas. En este aspecto están encargadas de la propaganda (propaganda entendida como ejemplo) y responsables en gran medida del reclutamiento. Pero también deben: «Prestar constantemente atención a los sentimientos y a las demandas de las masas, y reflejarlas ante la organización superior...» (art. 50),

«...dirigir y controlar la administración y las organizaciones populares de su unidad...» (art. 51).

Así, como lo hace el Comité central del Partido en la cumbre, las organizaciones primarias en la base guían y vigilan toda la actividad de las administraciones, de las colectividades de toda clase y también, a través de las masas, la actividad de cada individuo. En todos los niveles de la jerarquía funcionan comisiones de control. En el nivel superior, Tung Piwu preside la comisión de control central.

Liga de la Juventud Comunista y Pioneros Rojos

Creada de nuevo en 1949 bajo el nombre de Liga de la Juventud Democrática, la Liga de la Juventud Comunista toma otra vez su antiguo nombre. Constituye el Partido en la juventud, le sirve de auxiliar (art. 56) y de antecámara. Construida bajo el mismo esquema que el Partido al que está subordinada en todos los niveles, sus 920.000 organizaciones cubren todo el país y agrupan a unos veinte millones de jóvenes y adolescentes de 14 a 25 años. Los Pioneros Rojos, que acabaron por reclutar a casi todos los niños, tienen edades que oscilan entre los 9 y 14 años.

Por último, el Partido extiende su autoridad directa sobre todas las organizaciones de masas y en primer lugar sobre los sindicatos llamados a servir a la

producción sobre todo y, de modo accesorio, a prever la educación y el bienestar de los obreros[150].

Vida interna del Partido

Como la de todos los restantes Partidos Comunistas del mundo, la vida interna del Partido se funda en el «centralismo democrático» cuyas condiciones fundamentales quedan definidas en el artículo 19 de los estatutos. La originalidad del Partido Comunista chino estriba en hacer uso de unos métodos de movilización y de persuasión particularmente poderosos: grandes campañas y «movimientos de rectificación» a escala nacional, práctica del estudio (hsüeh hsi), rotación periódica de los cuadros de base (ítsia fang) y participación de los cuadros y de los intelectuales en los trabajos manuales. Estas diversas manifestaciones crean un estado de tensión permanente, no sólo en el Partido, sino en toda la sociedad china. Su inmediata finalidad es la de eliminar a los individuos mediocres, incapaces o peligrosos y prevenir o extirpar toda clase de herejías recurrentes: «burocratismo», «dominación», «regionalización», «sectarismo» y los complejos de encumbramiento (shant'ou chtii), nacidos todos ellos durante los años de guerra civil y exterior y que el ejercicio del poder perpetúa y hasta desarrolla. Pero, por encima de la conservación de la pureza doctrinal y del celo revolucionario, se trata de cambiar los valores morales, las costumbres y la mentalidad de una sociedad estereotipada durante tres o cuatro mil años, de dar a cada uno de sus miembros «un concepto revolucionario de la vida» (Ch'en Yün). El origen casi exclusivamente burgués de los intelectuales y de los cuadros, la enormidad y el conservadurismo empedernido de la masa campesina, el temperamento medianamente anárquico y pasivo de los chinos, su materialismo innato y el poder y la persistencia del viejo egoísmo familiar pueden en efecto justificar las inquietudes de los dirigentes instruidos por el fracaso de sus predecesores.

Finalmente, la tendencia a moralizar y a persuadir es una parte de la herencia tradicional de este arcano país presto a reverenciar el saber y la educación, a identificar las ideas morales con las ideas políticas y a reconocer la necesidad de un sistema único de pensamiento. La intolerancia comunista,

[150] Los sindicatos están basados en una ley de 1950. Sus efectivos en 1957 sobrepasaban los 16 millones de miembros.

después de la intolerancia confuciana, se refuerza en la exclusión de cualquier otra ideología y en el exigir una adhesión por lo menos formal a la nueva doctrina. Estas antiguas actitudes han sido evidenciadas durante las luchas del Partido por el poder. Los comunistas chinos, como se sabe, se debieron apoyar sobre un vasto campesinado al que fue preciso despertar, persuadir, antes de movilizar efectivos en vista de su combate social contra el gobierno y de su combate nacional contra los japoneses. Esta exigencia, presente durante más de veinte años, creó unas costumbres y un estilo que se prolongan hasta la actualidad y que el régimen juzga tan necesarios como ayer teniendo en cuenta la inmensidad del país y de su población y el poder de los particularismos.

Las relaciones Partido-Estado

Si se dispone de un cierto número de textos de leyes, estatutos y reglamentos concernientes a cada una de las diversas jerarquías (Partido, Estado, Ejército, aparatos de control, aparatos económicos, etc.), los materiales que permitiesen estudiar completamente sus relaciones, la manera como son tomadas las decisiones a cada nivel y el problema de la centralización y descentralización, son escasos y poco explícitos. Las relaciones en la cumbre y las relaciones en los diversos niveles administrativos (provincia, distrito o hsien, pueblo administrativo o hsiang y, más tarde, las comunas populares) van a conocer grandes variaciones con los cambios de la «línea general» y con las modificaciones de las estructuras socio-económicas[151].

En la cumbre recordemos que es el Partido quien, bajo la forma del Departamento político, elabora la política nacional y toma las iniciativas y las decisiones apoyándose en las informaciones y en los trabajos de los departamentos especializados coordinados por el secretariado. El Departamento político se reúne de forma irregular, en Pekín o en la provincia, añadiendo en cada ocasión varios responsables según el lugar de las sesiones o los

[151] En Occidente los mejores trabajos sobre este tema son los de Franz SCHURMANN, *Ideology and Organization in Communist China*, University of California Press, 1966, y Doak BARNETT, *Cadres, Bureaucracy and Political Power in Communist China*, Columbia University Press, 1967, tanto el uno como el otro están provistos de una importante bibliografía.

temas de discusión (reuniones ampliadas). A veces, ciertos miembros, reservados en cuanto a la línea general o deliberadamente descartados, no participan en la reunión: Ch'en Yün y P'eng Teh-huai serán dos ejemplos.

El grupo permanente del Departamento político parece corresponder a un núcleo constantemente disponible, encargado de tomar las decisiones inmediatas, de dirigir y controlar cotidianamente el secretariado y de una manera más general al aparato del Partido. Limitado a siete miembros y, en realidad, a cinco a causa de la edad y de un cierto apoliticismo del mariscal Chu Teh y de la retirada en realidad de Ch'en Yün, su composición la coloca de hecho por encima del Departamento político. Se intenta ver en su fraccionamiento el deseo de limitar la elección de los futuros sucesores y la preocupación por prepararles para unas responsabilidades superiores; esta observación puede esconder ciertas frases oscuras atribuidas a Mao Tse-tung en cuanto a la división de sus responsabilidades entre una primera y una segunda línea: «También quisiera que su prestigio quedara fundado antes de mi muerte»[152].

El secretariado creado en 1953 se irá agrandando hasta contar con una decena de secretarios y numerosos suplentes. Esta extensión numérica, y la calidad de los secretarios —se trata de unos responsables de primer plano— le dan una notable importancia, no sólo en materia de burocracia y realización de las tareas administrativas, sino también en materia de decisión. Teng Hsiao-p'ing, su titular desde los comienzos, quedará eliminado en 1966 y los estatutos de 1969 no mencionaron más el secretariado[153].

EL Comité central aparecía, hasta 1966 por lo menos, como el organismo encargado de aprobar y sostener las decisiones del Departamento político al que da —a veces demasiado tarde— su legalidad. La existencia de reuniones de trabajo, reuniones extraordinarias, reuniones de secretarios de provincias, reuniones ampliadas al lado de las sesiones regulares, la convocatoria de conferencias nacionales y la creación de los comités ad hoc, testimonian la intensa

[152] Ver discurso del 24 de octubre de 1966 en la serie «Viva el pensamiento de Mao Tse-tung». Una versión inglesa figura en «Current Background», núm. 891 del 8 de octubre de 1969.

[153] Sobre unos quince secretarios o antiguos secretarios de los años sesenta, más de la mitad serán víctimas de la Revolución cultural: Teng Hsiao- p'ing, P'eng Chen, Tan Chen-lin, Lu Ting-yi, Lo Jui-chi'ng, Hu Ch'iao-mu, y Yang Shan-k'un, por citar sólo a los más importantes.

actividad de esta institución cuya composición es tan variada y elevada en calidad para autorizar ciertas corrientes de independencia, sino una verdadera oposición. El VIII Comité es, en efecto, como sus predecesores, el «Libro de Oro» del Partido en la medida en que continúa agrupando los grandes nombres de su historia, comprendiendo a los antiguos secretarios generales de los años 1930: Li Li-san, Wang Ming, Chang Wen-t'ien, todos ellos ex rivales de Mao Tse-tung.

El Comité central parece haber conseguido una influencia cada vez mayor sobre los acontecimientos, a partir del mes de diciembre de 1958, pero los reajustes de la línea general y el distanciamiento cada vez más considerable de las sesiones oficiales (no habrá ninguna desde septiembre de 1962 hasta agosto de 1966) hacen suponer que es objeto de profundos desacuerdos, cosa que quedará completamente confirmada con el 11° pleno (1-12 de agosto de 1966) y con la Revolución cultural.

No obstante, en 1956, Mao Tse-tung, presidente del Partido y de la República, encarnación de la Revolución china y de sus triunfos, ostenta todavía su autoridad sobre todos los sistemas. Aun cuando el descrédito de la URSS acerca del culto a la personalidad le atañe indirectamente y provoca en los estatutos de 1956 la desaparición de la referencia a sus pensamientos —referencia todavía presente en los estatutos de 1945—, se mantiene realmente como el maestro, elevado por su fortuna y su genio por encima de sus compañeros. Muy pocos osaron manifestarse abiertamente contra él. Cuando, en vísperas de la Revolución cultural, algunos empezaron a inquietarse con sus iniciativas, el mismo Mao Tse-tung traducirá con unas palabras sorprendentes las formas infiltradas y pasivas que tomaron las resistencias: «Se aplican o no se aplican las directrices de Mao Tse-tung», «los Kruschev que duermen a nuestro lado».

En otra parte se quejará, seguramente con exageración, de que el secretario general (Teng Hsiao-p'ing), a pesar de respetarle, haya dejado de informarle desde 1959[154].

La Revolución cultural —como veremos más adelante— destruirá totalmente toda posibilidad de resistencia y de oposición a partir de los organismos centrales que, después del IX Congreso (abril de 1969), se convertirán en

[154] Declaración del 24 de octubre de 1966; ver «Current Background», núm. 892, del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong y Jérome CH'EN; *Mao Papers*, op. cit., pág. 40.

simples instrumentos del absolutismo ideológico y político de Mao Tse-tung. Por el contrario y mediante los hechos, éste será mucho más sensible a los consejos de los que le rodean.

La influencia del Partido sobre el gobierno, sobre la administración y sobre todas las organizaciones, desde la cumbre hasta la base, se afirma sin rodeos en los estatutos del primero:

«El Comité central, por mediación de los grupos del Partido en las administraciones centrales del Estado y de las asociaciones nacionales populares, dirige el trabajo de estas administraciones y asociaciones» (art. 34).

«La organización de base del Partido en una empresa, en una localidad rural, en una escuela y en el ejército, debe dirigir y controlar la administración y las organizaciones populares de su unidad para que realicen activamente las resoluciones de las organizaciones superiores del Estado y mejoren sin cesar el trabajo de la unidad» (art. 51).

El Comité central o el Departamento político dirigen, pues, normalmente, sus directrices al Consejo de Asuntos de Estado que las traduce en instrucciones a los diversos ministerios. Pero, también esta regla sufre ciertas excepciones. Por lo demás, resoluciones del Comité central, órdenes directa y públicamente lanzadas por Mao Tse-tung y los editoriales de una prensa íntegramente oficial y comentada por los cuadros de manera regular, toman un valor de mandatos a realizar inmediatamente. Este fenómeno se acentuará naturalmente cuando las jerarquías normales se derrumben bajo los golpes de la Revolución cultural.

A partir del 7 de abril de 1959, las funciones de presidente de la República y de presidente del Partido no se reunirán más en el mismo individuo, y la importancia y el estilo de trabajo de estas dos instituciones van a variar en cierto grado. Liu Shao-ch'i se servirá de las primeras para realzar su estatura internacional y, mientras que Mao Tse-tung no viajaría más que a Moscú y en los años 1950 y 1957, realizará frecuentes viajes a Asia y África. Mao Tse-tung no conservará una menor primacía y es en el interior del Partido y no en el Estado en donde se irán acentuando las divergencias entre los dos presidentes.

A nivel nacional, como por otra parte en los diversos niveles territoriales, las relaciones Partido-Estado están notablemente facilitadas por la presencia de unos mismos hombres en los dos aparatos. La proporción de los comunistas sobrepasa el 70 por ciento en las instituciones del poder ejecutivo: un 86,1 por ciento para los ministros, viceministros y personal del mismo rango, 130

miembros del PC sobre 192 gobernadores y gobernadores adjuntos de provincia en 1957[155]. En el poder legislativo a menudo excede del 50 por ciento de los miembros de las asambleas.

A nivel provincial, las relaciones entre el Partido y los organismos del poder del Estado son más complejas que en la capital y naturalmente muy variables según los casos. La institución provincial, sin ser demasiado antigua, dado que se remonta a los Manchús en su repartición actual, manifiesta por lo tanto unas realidades históricas, económicas y a veces lingüísticas muy fuertes y los chinos están fuertemente vinculados a ellas. Dicha institución pone en juego un particularismo local que generalmente está mejor representado en los congresos y en los comités provinciales que en las jerarquías administrativas o técnicas dependientes a la vez de los ministerios de la capital y pobladas de funcionarios procedentes de otras regiones. Los secretarios del Partido, a menudo originarios o antiguos residentes de las provincias que tienen bajo su cargo, pero también frecuentemente miembros regulares o miembros en reserva del Comité central y por consecuencia obligados a elevarse al nivel del interés nacional, son así los mediadores en los que reposan unos equilibrios a veces difíciles. La Revolución cultural demostrará que disponen de fuertes apoyos locales y revelará al mismo tiempo la persistencia de una potente corriente regionalista que no facilitaría en nada la reconstrucción del Partido y del Estado.

El nivel del distrito (hsien) es, como en la época del Imperio y el gobierno nacional, el nivel en donde se detiene el aparato del Estado. Está caracterizado por una extraordinaria imbricación del personal del Partido y del Estado, siendo éste diez veces más numeroso que aquél[156]. Esta proporción es bastante natural dado que el hsien constituye el nivel de aplicación normal de la administración y de la economía; el hsiang (más tarde la comuna popular) se mantiene como resorte de las colectividades locales. Es también en el nivel del hsien en donde se intenta variar al máximo el origen de los cuadros[157].

[155] «Diario del Pueblo» del 13 de septiembre de 1957.
[156] Doak BARNETT, *Cadres...*, op. cit., pág. 205.
[157] Sobre los 29 miembros del comité de lisien, 15 procedían de otras provincias (China del Norte), 7 de otras subprovincias y solamente 7 eran oriundos. Doak BARNEIT, *Cadres...,* op. cit., pág. 133.

Parece que el Partido toma cada vez más poder cuando más se acerca a la base; los cuadros del Partido mucho más que los otros son, en efecto, los responsables de los resultados obtenidos tanto en los dominios económicos como en los políticos o culturales. Por último, aunque división territorial, la subprovincia ha sufrido muchos más cambios que las provincias en sus límites territoriales.

De todos los niveles administrativos es sin duda el del hsiang el que quedará más transformado en comparación con el antiguo régimen. En otro tiempo, abandonado a los cuidados de los responsables tradicionales, jefes de clan, jefes de familia y jefes de pueblo, prácticamente elegidos por los más influyentes de los primeros, a la vez retenidos y guiados por la moral y los prejuicios heredados de las generaciones, las poblaciones debían en lo sucesivo estar encuadradas, educadas y animadas por el Partido. Directamente sobre las masas, actúan en medio de ellas; el Partido no es solamente una jerarquía, sino también una organización horizontal que los mantiene en estado de movilización perpetua. En los campos donde, después de la desaparición de los notables en 1950, los elementos ligeramente instruidos son escasos o inexistentes, a donde se trata de llevar y anclar nuevas ideas y nuevos valores, de forzar nuevos comportamientos, en una palabra, implantar a la vez la modernización y el socialismo, la tarea del Partido es inmensa e inacabable. Sus miembros casi no representan más que un 1,74 por ciento de una población a la vez conservadora y pobre. Apremiados por responsabilidades permanentes y cambiantes a la vez, los cuadros del Partido se desgastan con tanta rapidez que las masas no pueden engañarse. Todo incidente, toda complicación en la base recae infaliblemente sobre ellos y sobre unos «malos elementos» generalmente salidos de las clases más favorecidas de la antigua sociedad y cuidadosamente distinguidas de la colectividad.

Aceptar con toda sinceridad y humildad la crítica de las masas y autocriticarse periódicamente son para los cuadros obligaciones elementales acerca de las cuales la prensa intervendrá a menudo.

La infalibilidad del Partido y, por consecuencia, el desacuerdo de los cuadros proceden sin duda alguna de unos imperativos ideológicos bien conocidos, pero quizá se deben también en parte a las instituciones tradicionales. La severidad del emperador a los ojos de los letrados-funcionarios —sobre todo en caso de desórdenes y de motín— se parece a la del Partido tan bien como la autoridad y el apoyo acordados a las jerarquías tomadas colectivamente.

Sin embargo, el cuadro de la base no queda aislado. Los activistas, los responsables de asociaciones campesinas y cuadros llegados de unos niveles superiores sobre todo, en el momento de la reforma agraria o en los momentos de dificultades locales, ayudaron a la colectivización en los años 1955-1956. Después de esto, la autoridad del cuadro, que se ejercerá sobre las unidades de producción y no sólo sobre las familias, será muy grande. Al menos en teoría, la autoridad será total con las comunas populares de 1958 cuyo aparato de gestión se confundirá con el antiguo aparato administrativo.

En conjunto, las soluciones dadas a la gestión de la centralización y de la descentralización han seguido más o menos los cambios de la situación y de la línea general[158].

La conclusión de las operaciones militares, la necesidad de restaurar rápidamente la economía y la falta de personal seguro y cualificado justifican en primer lugar una cierta descentralización a nivel de las seis grandes regiones administrativas y militares y a niveles locales, con los peligros inherentes a esta fórmula. Teng Hsiao-p'ing lo explicará en su informe de presentación de los estatutos de 1956:

«No solamente durante el período de la guerra anti japonesa y de liberación, sino también desde los primeros años que siguieron a la fundación de la República, el Comité central ha otorgado a los organismos locales unos derechos extendidos para resolver estas cuestiones de manera independiente, y los hechos han demostrado que fue justo actuar así.»

El caso Kao Kang-Jao Shu-shih y el refuerzo de los sistemas de control que fue su consecuencia condujeron desde la 4a. sesión del VII Congreso central (febrero de 1954) a regresar a una centralización que reclama también el primer plan quinquenal y que la necesidad de uniformizar las nuevas estructuras económicas y las nuevas relaciones de producción hace deseable.

Las comunas populares, el «gran salto hacia adelante» que implica un inmenso esfuerzo de producción en todas direcciones sin verdadera planificación, exigiendo para la misma una inmovilización de todos los recursos

[158] SE consultará útilmente para este tema, al menos para el período 1949-1966, la excelente obra de Franz SCHURMANN ya citada, *Ideology and Organisation in Communist China*, y particularmente los capítulos IV y V en lo que concierne a la loma de decisiones, descentralización y control.

humanos, financieros y materiales en los niveles inferiores y medios, la liberación de todas las iniciativas, no podían más que traducirse en una nueva descentralización que los excesos de la fórmula contraria habían preparado desde el otoño de 1956:

«Una centralización exagerada e inapropiada se ha manifestado tanto en el trabajo económico, cultural y en cualquier otro trabajo administrativo del Estado como en el trabajo del Partido»[159].

A partir de 1959, el reajuste de las comunas populares, la detención del «gran salto hacia adelante», imponiendo una revisión desgarradora de los objetivos y de las prioridades, obligaban una vez más a imponer un control riguroso y una centralización, particularmente en el dominio industrial. Tres o cuatro años de Revolución cultural debían desplazar el problema a un segundo plano, acarreando ahogo económico, tendencias policentristas, debilitamiento del Partido y necesidad de recurrir a un pragmatismo ampliamente inspirado en las condiciones locales.

En 1956 el Partido es tan poderoso como nunca lo había sido: el Partido no guía solamente a la nación, ésta es de su propiedad, dirá poco después Chou An-p'ing, el redactor jefe de «Kuang-ming jih-pao», en el momento de las «Cien Flores».

[159] Teng HSIAO-P'ING, «Informe sobre las modificaciones de los Estatutos del Partido», 16 de septiembre de 1956.

XI. El VIII Congreso del Partido y la China de 1956

El VIII Congreso del Partido Comunista chino que se celebra los días 15 a 27 de septiembre de 1956 (1.026 delegados) es importante por diversas razones.

Ofrece a los dirigentes la ocasión de presentar en forma de informes o declaraciones un cuadro general de China y de sus problemas: colectivización de la agricultura, nacionalización de la industria, primeros resultados del primer plan quinquenal y objetivos del segundo y la actitud de los intelectuales. En este aspecto, los documentos más importantes, los que alcanzarán un valor de referencia perdurable, son el informe político del Comité central presentado por Liu Shao-ch'i y la resolución del Congreso que lo resume y aprueba (27 de septiembre de 1956) y el informe de Tung Pi-wu acerca del trabajo judicial. Más de cien delegados se expresaron en los problemas de su competencia y un centenar de delegados extranjeros tomaron igualmente la palabra[160].

Ciertos rasgos del movimiento de las «Cien Flores», que conocerá su pleno desarrollo algunos meses más tarde, y los primeros efectos del XX Congreso de la Unión Soviética (14-25 de febrero de 1956) distinguen a estos documentos por un sentido moderado que será invertido con los grandes acontecimientos de 1958: aparición de las comunas populares y lanzamiento del «gran salto hacia adelante».

El VIII Congreso nos propone también una buena imagen de la estructura, composición y tendencias internas de un Partido que pasó de la oposición al poder a partir de su precedente congreso[161]. Los aparatos y los hombres que salgan del VIII Congreso serán los mismos hasta la Revolución cultural, es decir, durante diez años, y esta longevidad explica, al menos en parte, que las oposiciones internas acabarán por tomar al final unas formas tan agudas.

---

[160] El conjunto de las relaciones y de las declaraciones fue publicado en Pekín por los Servicios del Comité central. Las Ediciones chinas en Lenguas Extranjeras y la «Documentación Francesa» han publicado por su lado, los más importantes.

[161] El VII Congreso se había reunido en abril de 1945 y había tenido su segunda sesión el mes de marzo de 1949; ver nuestro primer volumen de la *Historia del Partido Comunista chino*.

La economía china en otoño de 1956

La economía inspira la línea general en el período de transición. El Comité central la define así:

«En el transcurso de un período tan largo, se debe realizar paso a paso la industrialización socialista, y la transformación socialista de la agricultura, del artesanado, de la industria y del comercio capitalistas.»

Efectivamente, Liu Shao-ch'i consagra la mayor parte de su informe a exaltar los resultados del primer plan y a dar su confianza en el éxito del segundo. Edificar la potente economía china tan rápidamente como sea posible, gracias a la unión de todas las fuerzas interiores y con la ayuda del campo socialista y en primer lugar de la Unión Soviética, éste es el primer objetivo del régimen. Todo lo demás se deriva de esto: primacía de la industria pesada, disminución de la lucha de clases, transformación progresiva y pacífica de la burguesía nacional, política exterior moderada y defensa nacional alineada sobre el modelo ruso. Se puede decir que todo lo que opondría más tarde a Mao Tse-tung y Liu Shao-ch'i, ya se trate de espíritu, doctrina o medidas prácticas, se encuentra ya esbozado en los documentos del VIII Congreso.

Liu Shao-ch'i dirá que a finales del primer o por lo menos del segundo quinquenio se verá cumplida la transformación socialista. Tres quinquenios (o un período algo más largo) asegurarán la industrialización del país.

La industria pesada, indispensable para la fabricación de máquinas y de materiales necesarios para la producción, tiene naturalmente prioridad sobre la industria ligera que ella misma estimula. Debe reposar en un determinado equilibrio geográfico con la creación o el desarrollo de nuevas concentraciones industriales del interior (acerías de Paotow y de Wuhan) y debe ser el resultado de un conveniente equilibrio entre la responsabilidad personal y la dirección colectiva ordenada alrededor del Partido. La mejora de las condiciones de vida de los obreros y empleados contribuyen a elevar su celo, el sistema de salarios diferenciados y primas debe ser mantenido y desarrollado, y respetado el principio «a cada uno según su trabajo».

Poco después del primer plan, parecía ya que los objetivos de la industria (aumento de un 98,3 por ciento) iban a ser alcanzados o sobrepasados y que China podría por fin disponer de los primeros elementos de una industria avanzada (motores, máquinas, instrumentos de precisión, aviación). Los re-

trasos, por otra parte poco importantes, afectaron principalmente a la industria petrolera, diversos bienes de consumo y a los aceites vegetales comestibles[162].

En cuanto al segundo plan, continuará también centrado en la industria pesada, en la construcción técnica y en la formación científica. La producción de acero deberá pasar de 4,2 millones de toneladas (objetivo de 1957) a 10,5 o 12 millones, el carbón de 113 a 190-210 millones de toneladas y la electricidad de 15.900 millones de Kwh a 40.000 o 43.000 millones[163].

El esfuerzo será igualmente intenso en los transportes ferroviarios: 4.000 km en el transcurso del primer plan, de 8 a 9.000 km durante el segundo.

La industria ligera progresará muy lentamente: los hilados de algodón pasarán de los 5 a 8 o 9 millones de balas, los aceites vegetales comestibles de 1,79 a 3,1 o 3,2 millones de toneladas, el azúcar de 1,1 a 2,4 o 2,5 millones de toneladas y el papel de fabricación industrial de las 650.000 toneladas a 1,5 o 1,6 millones de toneladas.

La economía agraria no ocupa en el informe del Comité central («inlorme Liu Shao-ch'i») el importante lugar que se hubiese podido esperar. Los progresos de la colectivización quedan registrados sin ditirambo. Si la intervención de Mao Tse-tung contra las tendencias conservadoras de derecha está mencionada de pasada, el conjunto no está libre de un cierto espíritu de prudencia. Se cita la insuficiente preparación ideológica de los campesinos, el olvido de su interés personal, las excesivas coacciones y los errores del Estado.

En comparación con los de la industria; los progresos de la agricultura son lentos y el objetivo del primer plan (aumento de la producción en un 23,3 por ciento) será apenas alcanzados[164]. El segundo plan prevé una producción cerealícola de 250 millones de toneladas, pero el informe subraya al mismo

[162] Po I-po indicará para los cuatro primeros años del plan un crecimiento anual de un 23,9 por ciento para la industria pesada, un 14,8 por ciento para la industria ligera, un 12,6 por ciento para el artesanado y de un 14 por ciento de la productividad. La renta nacional china progresaría en un 9,5 por ciento cada año y el índice de acumulación en un 19,9 por ciento.

[163] Ver objetivos del 1.º y 2.º planes en caps. VIl y XX.

[164] 185 millones de toneladas en lugar de 181,59 millones se producirán finalmente en 1957, pero para la agricultura el rigor de las previsiones queda afectado por la sensibilidad de las cosechas en el clima del monzón y las cifras no tienen todo su valor más que en una media de tres o cinco años.

tiempo los grandes hándicaps de la agricultura: pocas extensiones en comparación con la población, insuficiencia de abonos químicos (alrededor de 22 kg por hectárea previstos para 1962), extrema debilidad de la mecanización y mediocres perspectivas. Finalmente es de la irrigación, de la mejora de simientes y de la maquinaria y del empleo de los insecticidas de lo que depende el futuro inmediato de la agricultura china. En cuanto al futuro más lejano, se ha bosquejado en un proyecto de desarrollo escalonado en doce años (1956 a 1967), directamente inspirado por Mao Tse-tung, examinado el 25 de enero de 1956 en el curso de una sesión de la conferencia suprema del Estado y reformado más tarde (el 4 de agosto de 1958)[165]. Con un optimismo que nada podía justificar, Ch'en Po-ta afirmaba, el 2 de febrero de 1956, que el plan de doce años para la agricultura permitiría alimentar a unos 600 millones más de chinos. «No hay ningún signo de superpoblación en China», añadía en el mismo momento en que el Partido entraba en una política decidida de control de la natalidad. El informe de Liu Shao-ch'i se guardaba de este optimismo. Por el contrario, es fácil descubrir algunas reservas frente a la política seguida y frente a una cooperación desprovista de máquinas agrícolas; podríamos decir que más que una aprobación se trata de una constatación. Es evidente que el problema del financiamiento de la industria por la agricultura, tal como lo había evocado Mao Tse-tung en 1956, continúa preocupando; quizás esta preocupación se extiende al problema de la carestía de determinadas regiones.

El optimismo reaparecería con el capítulo del comercio interior y exterior. El primero, casi totalmente socializado en lo que concierne al comercio al por mayor, multiplica las redes de sus corporaciones mientras que las cifras del comercio al detalle aumentan en un 66,3 por ciento entre 1952 y 1956, estando prevista una nueva progresión del 50 por ciento entre 1957 y 1962[166]. El segundo, en 1956, se elevó en un 65 por ciento sobre 1952, pero no hay ninguna previsión más allá de estas cifras.

Otros problemas económicos serán abordados —a veces con mucha honestidad y agudeza— en el curso del VIII Congreso. Li Fu-ch'un, presidente de la Comisión del Plan, insistirá sobre la inexperiencia en materia de planificación y de estadísticas, sobre la necesidad de formar al personal (bajo el modelo

[165] Ver el apartado «La gestión» del capítulo XIX del presente volumen.

[166] Un informe sobre el comercio será igualmente presentado en el VIII Congreso por Tseng Shan, ministro de Comercio.

soviético) y flexibilizar los sistemas en beneficio de los niveles locales, lo que precisamente está en camino de realizarse.

Ch'en Yün defenderá las capacidades técnicas y administrativas de los «capitalistas nacionales», una cierta diversificación y autonomía de las pequeñas empresas industriales y comerciales, una cierta movilidad de los precios de determinados productos y hasta el derecho para los miembros de las cooperativas de entregarse a actividades subsidiarias y, bajo cierto control, a comercializar sus productos. Estas intenciones manifiestan una tendencia que le valdrán a su autor caer en desgracia poco después.

Po I-po y Li Hsien-nien trataron del ingreso nacional, de los recursos, del financiamiento, de los precios y de su estabilidad. El primero indicó que el ingreso nacional había aumentado en un 9,5 por ciento anual de 1953 a 1956, mientras que el índice de acumulación se elevaba a un 19,5 por ciento anual y el índice de consumo a un 6,7 por ciento. Notará también que los recursos presupuestarios habían pasado del 27,6 por ciento en 1952 al 31,5 por ciento en 1956 del ingreso nacional. De estos recursos un 29,9 por ciento en 1952 y un 46,7 por ciento en 1956 son consagrados a los gastos de construcción del capital. Si en un futuro, el índice de acumulación se mantuviese alrededor del 20 por ciento, los recursos presupuestarios en un 30 por ciento del ingreso nacional y los gastos de construcción fuesen un 40 por ciento de los gastos del Estado, prometía, un desarrollo industrial rápido y quizás asegurado, dejando claro que nada se conseguiría sin duras luchas, privaciones y economía. En suma, parece que el Partido enfoca con coraje, clarividencia y hasta con confianza el problema de su desarrollo económico, aun cuando el retraso de su agricultura empieza a inquietar.

El Partido en 1956 y sus características

Con la economía, el Partido, su composición, su evolución y sus tendencias, es otro gran tema del VIII Congreso. Los estatutos revisados, abordados en el capítulo de las instituciones[167], dan cuenta de su disposición y de sus reglas generales de funcionamiento, pero sus caracteres, tal y como resultan de los

[167] Ver cap. X.

documentos del VIII Congreso, requieren numerosas observaciones en comparación con los que prevalecían en el precedente congreso[168]. Los efectivos han quedado multiplicados por nueve entre 1945 (1210.000 miembros) y 1956 (10.734384 miembros) y representan un 1,74 por ciento de la población. Las nueve décimas partes de los miembros del Partido se inscribieron después de su llegada al poder en 1949[169].

Esta progresión no ha cambiado fundamentalmente la composición del Partido en cuanto al origen social de sus miembros:

Obreros	1.502.814	14%
Campesinos	7,414.459	69,1%
Intelectuales	1.255.923	11,7%
Otros	558.188	5,2%

Estas proporciones reflejan también la composición del conjunto de la población. Si el lugar de los militares es mucho más débil después de las guerras civiles, es asombroso ver como el proletariado, clase privilegiada y en principio fácil de despertar y controlar, no haya progresado más. Su debilidad numérica, la severidad de los criterios de reclutamiento del Partido a partir de 1949 y el tardío paso de las ciudades bajo el control comunista, explican esta anomalía por otra parte relativa puesto que si los campesinos son cinco veces más numerosos que los obreros en el Partido, lo son treinta veces en la nación.

Los intelectuales que forman la mayor parte de los cuadros y casi todos los cuadros superiores mantienen un lugar preponderante y su número crecería todavía en 1957. Su proporción en el Partido será entonces de un 14 por ciento contra un 13,7 por ciento de obreros y un 66,8 por ciento de campesinos.

La base del Partido es joven: un 67 por ciento de los miembros tienen entre los 25 y 45 años, un 25 por ciento están por debajo de los 25, y solamente un 8 por ciento está por encima de los 45 años.

---

[168] Sobre este punto ver en vol. I, «El partido de 1949 frente al futuro».

[169] La compilación de diferentes fuentes nos conduce a las siguientes cifras; 1937: 40.000; 1940: 800.000; 1945: 1.214.128 (VII Congreso); 1949: 4.448.000; 1951: 5.800.000; 1956: 10.734.384; 1957: 12.700.000; 1959: 13.960.000; 1961: 17.000.000; 1973: 28.000.000. La conmoción de la Revolución cultural y la reconstrucción en curso han modificado considerablemente la composición, caracteres y funciones del Partido (ver cap. XXXVIII).

La proporción de mujeres no alcanza más que un 10 por ciento de los efectivos, pero la mayoría de ellas son de un valor muy superior a la media de los militantes. Por otra parte tienen casi todas determinadas responsabilidades en los cuadros.

Las poblaciones minoritarias (35 millones de individuos) empiezan a figurar en el Partido que tiene grandes necesidades de cuadros indígenas para ejercer sobre ellos un control político. Le suministran unos 294.933 miembros que no representan, por lo tanto, más que un 0,84 por ciento de sus efectivos.

En 1956, el acceso al Partido está mucho mejor controlado que en los tiempos de las guerras civiles y en los primeros años del régimen, cuando los temores o las ambiciones multiplicaban las adhesiones. El futuro miembro debe tener 18 años y presentado por dos fiadores ya inscritos y, salvo excepción, pasar un período de prueba de un año. No parecía que el reclutamiento de la base causase unas preocupaciones particulares a los dirigentes. Compuesto de recién llegados, jóvenes, de origen principalmente campesino, se mostraba dócil y satisfecha de una adhesión que la distinguía de lo común y le ofrecía posibilidades de ascenso. Era diferente con los cuadros que, según palabras de Stalin tomadas por Mao Tse-tung, una vez definida la línea general «lo deciden todo»[170]. El 1956, el Partido se mostrará exigente con sus 300.000 cuadros empleados a nivel de hsien o por encima. El Partido está falto de cuadros por todas partes, dirá Teng Hsiao-p'ing. La antigüedad pesa sobre la selección. La formación de cuadros especializados en las técnicas de producción o que posean unos conocimientos profundos en las diversas ramas del saber es la base de la edificación socialista, añadiría. No es de extrañar esta insistencia en el momento en que la industrialización domina la línea general.

No obstante, Mao Tse-tung como Liu Shao-ch'i darán también importancia a la formación marxista-leninista, única capaz de combatir un subjetivismo que parecía muy cercano a la actitud autoritaria y a menudo también paternalista común a todos los funcionarios chinos de la Historia. Son sobre todo los cuadros los que serán invitados a guardarse de los fallos que alejan al Partido de las masas, y a dedicarse a nuevas tareas con un espíritu objetivo y realista.

[170] Ver «El papel del Partido comunista en la guerra nacional», *Obras escogidas*, t. II, pág. 208.

El valor y el desinterés de los cuadros del Partido Comunista chino, en comparación con los de su adversario el Kuomintang, explican en gran medida el éxito del movimiento comunista. Todos ellos se habían formado moral y físicamente en las largas y duras pruebas de la guerra. Durante los períodos del Kiangsi, de la Larga Marcha y de Yenan, se había constituido una tradición muy bien definida. La energía, la seguridad y la probidad, la fe en la misión y la abnegación hacia el pueblo eran sus mejores características, a menudo contrarrestados por el fanatismo, la ignorancia, la estrechez de miras, la desconfianza, la arrogancia y la dureza excesiva para con los individuos. Desde 1949 esta tradición tiende a debilitarse. El cuadro es más un funcionario que un jefe de revueltas. En una sociedad en donde el enriquecimiento está excluido, todo éxito pasa por la jerarquía del Partido dando por consecuencia a un cierto «carrerismo». Los problemas han cambiado y con ellos los criterios de selección. Desde que las tareas de la economía han tomado la delantera a las tareas militares, el cuadro antes militar, propagandístico y administrador, coincide con el científico y con el técnico en las fábricas, con el intelectual en las administraciones, universidades y escuelas, debiéndose naturalmente equilibrar. El VIII Congreso intenta perfilar un cuadro ideal defendido de los errores políticos por una sólida cultura ideológica marxista-leninista, pero capaz también de operar en los sectores más modernos de la economía. Este esfuerzo se encontraría pronto comprometido con las iniciativas de Mao Tse-tung encaminadas a dar a la política una absoluta prioridad.

El Partido Comunista envejece rápidamente en sus dirigentes que se renuevan muy escasamente, como había sido el caso del Kuomintang. De 1921 a 1945, la edad media del Departamento político había pasado de los 29 a los 49 años. En 1956, se acerca a los sesenta años. El Comité central, algo rejuvenecido tras su ampliación de casi 200 miembros regulares y suplentes, no tiene en sus filas ningún representante de la nueva generación. El problema de su envejecimiento parece pasar desapercibido a la dirección y no parece crear tensión alguna con la base teniendo en cuenta que el prestigio y la autoridad de los antiguos equipos es aún considerable.

Muy reciente el caso Kao Kang-Jao Shu-shih, el capítulo de la necesaria unidad no podía dejar de ser abordado. Será objeto de numerosas evocaciones históricas. Mao Tse-tung, Liu Shao-ch'i y Lin Po-ch'ü insistieron cada uno a su vez sobre las desviaciones pasadas. Li Li-san hará en el mismo sentido una au-

tocrítica de una sorprendente humildad[171]. Si se rindió homenaje —no sin sobriedad— a la seguridad de Mao Tse-tung en la dirección del movimiento revolucionario desde la conferencia de Tsunyi en enero de 1935, se dejó también un amplio espacio para el principio de la dirección colegiada y el desarrollo de la democracia interna en el Partido que Mao Tse-tung sostenía firmemente, dirá Liu Shao-ch'i no sin cierta perfidia. En fin, cuando en su programa general los estatutos de 1945 hacían referencia al pensamiento de Mao Tse-tung, los de 1956 se abstenían totalmente:

«El Partido Comunista chino toma los principios del marxismo-leninismo y los diversos principios derivados de la experiencia práctica de la revolución china —las ideas de Mao Tse-tung— como principio director de su trabajo.» (Estatutos de 1945.)

«El Partido Comunista chino tiene como guía de acción al marxismo-leninismo. Sólo el marxismo-leninismo da una explicación justa de las leyes del desarrollo social, una indicación justa acerca del camino a seguir para realizar el socialismo y el comunismo. (...) Por esto el Partido en todas sus actividades se vincula firmemente al principio de unir estrechamente la verdad universal del marxismo-leninismo a la práctica de la revolución china, y se opone a toda desviación hacia dogmatismos o empirismos.» (Estatutos de 1956.)

Los observadores del momento no podían dejar de señalar el cambio, sin sacar por lo tanto unas conclusiones excesivas. La evolución general del campo socialista hacia la colegialidad desde la desaparición de Stalin, la posición tomada por los mismos chinos acerca de la cuestión del culto a la personalidad y la ausencia de conflictos agudos en un Partido totalmente ocupado en el plan quinquenal, parecían reducir su importancia y su sentido. A pesar de que la prensa de la Revolución cultural puso toda la responsabilidad en la persona de P'eng Teh-huai, actualmente nosotros no podemos ir mucho más lejos. De todas formas, parece que la coyuntura casi no permitía a Mao Tse-tung el reaccionar abiertamente y, sin duda, teniendo en cuenta su considerable autoridad en el Partido, quizá no vio la necesidad de ello.

Así, en otoño de 1956, China parecía estar completamente ocupada en salir de su subdesarrollo, es decir con sus problemas interiores, mientras que el comienzo de una política soviética de «coexistencia pacífica», la solidaridad del campo socialista la liberan de unas enormes preocupaciones exteriores. El VIII

[171] Ver vol. I.

Congreso dará, en efecto, poco lugar a las cuestiones de política exterior y a las cuestiones de defensa nacional.

A propósito de estas primeras, Liu Shao-Ch'i estará de acuerdo con los portavoces de Moscú:

«En estas condiciones, la situación internacional sólo puede evolucionar hacia un relajamiento de la tensión y se empieza a hacer posible una paz duradera.»

Y el mismo Mao Tse-tung dirá en su declaración de apertura: «A consecuencia de los incesantes esfuerzos de los países y de los pueblos amigos de la paz, la situación internacional tiende ya hacia una pacificación.»

En realidad, a pesar de la violencia del lenguaje acostumbrado, China continuará practicando, como ya lo hizo desde 1954, una política exterior moderada conforme a su visión oficial de la situación internacional[172].

En cuanto a la defensa nacional cuyo presupuesto va decreciendo, sólo aparecerá muy discretamente en los documentos del VIII Congreso. El segundo plan quinquenal no la situará sino en el quinto y último rango de sus previsiones en unos términos muy vagos.

«5. Basándose en el desarrollo de la producción industrial y agrícola, reforzar la defensa nacional y elevar el nivel material y cultural del pueblo.»[173]

Antes de un año, este cuadro armonioso de una China serena, segura de sí misma y de su destino, se habrá borrado. Una terrible tempestad azotará el jardín de las «Cien Flores». Con ella la historia del régimen entra en un período de turbulencias entremezcladas con calmas momentáneas de las que China no ha conseguido aún salir.

[172] Ver caps. XV y XVI consagrados a la política exterior.

[173] Informe político del Comité central (informe Liu Shao-ch'i).

XII. Las «Cien Flores» y el Movimiento de rectificación de 1957

El 2 de mayo de 1956, Mao Tse-tung, hablando ante la conferencia suprema del Estado, desarrollaría diversos temas de resonancias liberales que ilustraría con una antigua imagen procedente de la época de los reinos combatientes: «Que se abran cien flores, que rivalicen cien escuelas.» El texto auténtico y completo de su intervención jamás será conocido, pero esta fórmula poética sería repetida algunos días más tarde, el 26 de mayo, por Lu Ting-yi, responsable de la información y de la propaganda del Partido[174]. Se trata, dijo esencialmente Lu Ting-yi, dirigiéndose a la conferencia de escritores, de dejar florecer las diferencias entre las diversas escuelas en la literatura, las artes y las ciencias. En materia ideológica, se trata de dejar que el idealismo y el materialismo se enfrenten, debiendo este último triunfar gradual pero necesariamente sobre aquél:

«No podemos dejar de constatar —dijo Lu Ting-yi— que si el arte, la literatura y la investigación científica tienen una estrecha relación con la lucha de clases, no son la misma cosa que la política. La política es una forma directa de la lucha de clases. El arte, la literatura y las ciencias sociales manifiestan la lucha de clases, a veces directamente y otras de una forma indirecta.»

Si «el arte por el arte» es un error de la derecha, precisa por otra parte Lu Ting-yi, asimilar el arte, la literatura y la ciencia a la política es un error de la izquierda. Servir al campesino, al obrero y al soldado no significa que no se pueda escribir sobre otros temas. En realidad, la posibilidad de elección de temas en arte y en literatura es muy grande. No se limita a lo que existe hoy, sino que se extiende a lo que ha existido, a lo que existirá y aun a lo que no existirá jamás y «hasta a los genios del cielo, hasta a los animales y a los pájaros que hablan». Aceptar —no sin discernimiento y adaptación— la herencia cultural nacional y con ella las aportaciones de la Unión Soviética y otros países socialistas y no socialistas, ayudará al desarrollo de China. En lin (y éste es uno de los puntos más importantes del discurso del responsable de la propaganda),

[174] Cf. «Diario del Pueblo», 13 de junio de 1956.

conviene acabar tanto con el sectarismo de determinados miembros del Partido que tienen inclinación a monopolizar los estudios académicos en filosofía y en las ciencias sociales como con la hostilidad de ciertos intelectuales que guardan sus distancias con el Partido.

Si Lu Ting-yi procura justificar las críticas pasadas contra Hu Shih, Liang Shu-ming y Yü P'ing-po, referirse ocasionalmente a Mao Tse-tung e invitar a su auditorio a estudiar el marxismo-leninismo, el contenido y el tono de su discurso pueden hacer pensar que una gran ola de liberalismo va a pasar por el régimen y que el espíritu del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la desestalinización van a alcanzar a China. Algo después, el 19 de junio, el escritor Mao Tun exaltará a su vez el patrimonio cultural chino frente a las influencias venidas de fuera: «¡Debemos mendigar con la escudilla de oro que tenemos en la mano!», vieja imagen popular que debió impresionar a sus auditores.

A decir verdad, los propósitos del ministro de Propaganda iban a prolongar y extender los que Chu En-lai había mantenido unos meses antes en la conferencia convocada por el Comité central para estudiar la cuestión de los intelectuales (14-20 de enero de 1956). Hablando ante los 1.249 participantes de esta conferencia, el primer ministro constataba que China no disponía de un número suficiente de intelectuales, y sobre todo de intelectuales superiores, para poder responder a las necesidades de su desarrollo general. Convenía que al tiempo que se les acercaba al Partido, se les ayudase a reformar ideológicamente, se les movilizase, y se elevase su valor profesional, a fin de utilizarlos mejor. Acerca de este último punto, el primer ministro reconocía que el Partido y el gobierno habían cometido errores y anunciaba que se iban a tomar unas importantes medidas.

Kuo Mo-jo, presidente de la Academia de las Ciencias y vicepresidente del Consejo Político Consultivo del Pueblo, desarrollaría el mismo tema el 31 de enero de 1957 en la 2a. sesión del 2.° Comité Nacional de esta última asamblea. Repitiendo las cifras de Chu En-lai, manifestaba que China sólo contaba con 100.000 intelectuales «superiores», de los que únicamente un 35 por ciento

había sido formado después de la «liberación», y 3.840.000 intelectuales ordinarios[175]. De los primeros, un 10 por ciento era hostil al régimen, un 10 por ciento simplemente «retrógrados», un 40 por ciento indiferentes o políticamente retrasados y solamente un 40 por ciento sostenía realmente el socialismo.

Para mejorar la situación, un plan de once años (1956-1967) iba a formar un millón de intelectuales superiores. El Consejo de Asuntos de Estado crearía un despacho encargado de velar por la buena utilización de los expertos chinos. En fin, los intelectuales estarían dedicados a su especialidad en los 5/6 de su tiempo de trabajo. El Partido les pedía a cambio su aproximación a las masas y al socialismo y a cooperar sinceramente en la obra de edificación nacional.

Las intervenciones de Chu En-lai y de Kuo Mo-jo habían sido preparadas o acompañadas por diversas conferencias del Partido a nivel provincial. Los mismos «pequeños partidos» que contaban con una fuerte proporción de intelectuales habían abordado la cuestión realizando una conferencia acerca de la unidad y de la reforma de éstos (del 2 al 14 de diciembre de 1955); todo indicaba pues, que los discursos de Lu Ting-yi y el de Mao Tse-tung procedían, al menos inicialmente, de unas preocupaciones internas mucho más generales.

A principios de 1956, la colectivización de la agricultura y la nacionalización de la industria llegaban a su fin, el primer plan quinquenal estaba en plena marcha y el segundo en preparación. No se trataba tanto de liberalizar la condición de los intelectuales como de utilizarlos a fondo, transformarlos de la misma manera que a los obreros y campesinos en «trabajadores activos del socialismo».

La política practicada hasta el presente había sido un fracaso tanto en el plano de la participación —las cifras citadas por el primer ministro lo prueban— como en el de la calidad de los trabajos y de las obras. En el dominio científico y técnico todos los elementos de valor estaban divididos entre la tra-

[175] Según Kuo Mo-jo, estos 100.000 intelectuales superiores comprendían: 31.000 educadores, 25.000 médicos especialistas, 3.000 investigadores científicos (por encima de la categoría de asistentes), 31.000 ingenieros, 6.000 artistas, literatos y escritores y 5.000 expertos diversos. Comparar estas estadísticas con las que Mao Tse-tung adelantaría unos meses después; ver infra., pág. 154.

dición liberal occidental que les había formado y su patriotismo. La readaptación a las normas y a los métodos soviéticos creaba dificultades a los de más edad. En fin, a causa de su origen, todos chocaban con el recelo o por lo menos con la incomprensión de los cuadros que eran intelectualmente inferiores.

Por su lado, los representantes de las ciencias sociales, profundamente inhibidos por una ideología que ignoraban y temían a un mismo tiempo, no producían obras originales o importantes. Los historiadores se contentaban con publicar colecciones de materiales, los grandes escritores y los autores de teatro estaban mudos o se refugiaban en unas producciones nulas o de poca importancia, cediendo la pluma a jóvenes aprendices sin oficio y sin talento. Parecía como si todo genio se hubiese retirado de la inteligencia china. Sólo los viejos pintores como Hsü Pai-hung (Ju Peon), Ch'i Pai-shih y Fu Pao-shih, o actores como Mei Lang-fang o Chou Hsin-fang, defendidos por su apoliticismo pasado y sostenidos por el prestigio secular de la pintura y del teatro chino más que por su valor propio, continuaban manifestándose en obras de calidad[176].

Prevaleciendo el imperativo de la construcción económica en lo sucesivo sobre todos los demás, era posible gracias a un esfuerzo común afirmar en materia de fondo y de forma literaria y artística una cierta tolerancia que naturalmente se mantenía dentro de los límites fijados en Yenan en 1942 por las «Charlas acerca de Literatura y Arte». Al mismo tiempo se estaban formando unos jóvenes autores que llegarían a la madurez en el marco del plan de doce años[177].

No se sabe en qué medida el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que se realizó algunas semanas después de las declaraciones de Chu En-lai y de Kuo Mo-jo, contribuyó a fortalecer esta corriente interior china, que con la dedeclaración de Lu Ting-yi del 26 mayo tomará una forma doctrinal precisa sin duda muy próxima a los términos empleados por Mao Tse-tung el 2 de mayo precedente. El VIII Congreso del Partido Comunista chino sólo hará breves referencias a las «Cien Flores». Liu Chao-ch'i se limitará a una explicación muy general:

[176] Hsü Pei-hung, bien conocido en Francia donde pasó muchos años de su vida, moriría en octubre de 1953.

[177] Ver a este respecto el informe de Chu Yang en la 2a sesión del Consejo de la Federación de Escritores chinos (27 de febrero de 1956).

«Para permitirle a nuestra ciencia y a nuestras artes el desarrollarse y servir a la causa de la construcción socialista, el Comité central del Partido ha puesto por delante la siguiente política: "Que cien flores florezcan, que cien escuelas rivalicen."»

Será probablemente la evolución interna del campo socialista tomado en conjunto, el «Octubre polaco» y el levantamiento húngaro, lo que va a precipitar el movimiento y a extender el plano cultural al de la política general.

El 27 de febrero de 1957, Mao Tse-tung pronuncia ante la XI Conferencia suprema del Estado un discurso capital: «De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo.» Mantenido primero en secreto y publicado solamente el 19 de junio de 1957 en una versión sensiblemente modificada y en un clima político diferente, este texto esencial para entender el pensamiento de Mao Tse-tung, y del que se puede afirmar que da luz a numerosos aspectos de la Revolución cultural, merece ser analizado[178].

La sociedad, dice Mao Tse-tung, ofrece dos tipos de contradicciones. Las contradicciones «antagonistas» se sitúan entre la nueva sociedad y sus irreconciliables enemigos (reaccionarios, contrarrevolucionarios) que conviene eliminar sin piedad.

Las contradicciones «no antagonistas» se sitúan en el interior del pueblo y son numerosas. Se inician entre el individuo y el grupo, y se hallan por doquier, hasta entre las masas y sus dirigentes. Son unas contradicciones temporales, pero siempre renacientes bajo una u otra forma, que se tratan de eliminar por medio de la crítica interna, según la fórmula de 1942 «unidad-crítica-unidad», a fin de volver a encontrar momentáneamente la armonía inicial.

Esta observación general conduce a un reexamen o a la reedificación de cierto número de nociones: naturaleza y dimensiones verdaderas del pueblo, contenido cambiante de las contradicciones, transformación de las contradicciones «no antagonistas» y contradicciones «antagonistas», sentido del término «dictadura del pueblo» y parámetro centralismo y democracia.

En el caso particular de China, Mao Tse-tung afirma:

«Será preciso todavía un lapso considerable de tiempo para decidir el resultado de la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo...»

[178] No se le debe confundir con *Sobre la contradicción*, texto filosófico escrito en 1937 en Yenan para combatir el dogmatismo.

Las ideas erróneas de la burguesía deben, pues, ser criticadas y las «flores venenosas» que ellas producen arrancadas. En cambio, todas las restantes ideas o producciones literarias y artísticas serán aceptadas y alentadas en la medida en que ellas respondan a los seis criterios que distinguen a las «flores fragantes» de las precedentes y que son definidos por Mao de la manera siguiente:

«1. Lo que favorezca la unión de todas las nacionalidades de nuestro país y lo que no provoque la división en el seno de nuestro pueblo.

»2. Lo que favorezca las transformaciones socialistas y la edificación socialista, y no lo que lo perjudique.

»3. Lo que favorezca el fortalecimiento de la dictadura democrática popular y no lo que la mine o debilite.

»4. Lo que favorezca el fortalecimiento del centralismo democrático y no lo que lo mine o debilite.

»5. Lo que favorezca el fortalecimiento de la dirección del Partido Comunista y no lo que le conduzca a alejarse de esta dirección o a debilitarlo.

»6. Lo que favorezca la solidaridad socialista internacional y la solidaridad nacional de todos los pueblos pacíficos, y no lo que acarree perjuicio a estas dos formas de solidaridad.»

Estos dos criterios, añadirá el líder chino sin ironía, sirven también de base para el principio de «coexistencia a largo plazo y control mutuo» que rige las relaciones entre el Partido Comunista y los «pequeños partidos».

Los acontecimientos de Hungría de diciembre de 1956 serán evocados numerosas veces por Mao Tse-tung, en los que ve precisamente un ejemplo de actos «antagonistas» derivados de las contradicciones en el seno del pueblo y alentados por los contrarrevolucionarios del interior y del exterior. Estos acontecimientos, de los que dirá que «han provocado ciertas fluctuaciones en una parte de nuestros intelectuales sin llegar a provocar alborotos», y la aparición de ciertas huelgas de estudiantes y de obreros chinos en 1956, toman a sus ojos un valor de advertencia y justifican el proceso de reglamento de las contradicciones de las que muchos no se atreven a reconocer abiertamente su existencia en el seno del pueblo chino. Justifican también una «completa verificación del trabajo de eliminación de los contrarrevolucionarios».

Sin embargo, el 18 de junio, cuando este texto modificado era ofrecido al público, las «Cien Flores» acababan de marchitarse y esta circunstancia despoja de una buena parte de significado a los propósitos de Mao Tse-tung cuya

actitud inicial parecía haber rayado en un semiliberalismo. Ésta es al menos la impresión que resulta de la lectura de una versión supuestamente auténtica del discurso realmente pronunciado y además registrado, del 27 de febrero de 1957. Mientras que los seis criterios antes expuestos no aparecían, Mao Tse-tung habría aceptado el fortalecimiento de los «pequeños partidos» en los organismos gubernamentales y administrativos y la abolición de los comités del Partido en la enseñanza. Llegaría al extremo de recomendar la publicación en China de las obras de Chiang Kai-shek y unas emisiones de la voz de América[179]. Si la abolición de los comités del Partido es muy dudosa (la aserción será vigorosamente constatada por la señora Shih Liang, por aquel entonces ministro de Justicia), esta última proposición, que no era quizá más que un capricho, por muy sorprendente que sea, está dentro del estilo de Mao Tse-tung que no vacilará en hacer aparecer las tesis de Kruschev en la prensa china en los peores momentos de la querella chino-soviética[180].

Mucho más revelador de las intenciones y hasta del pensamiento profundo de Mao Tse-tung que el discurso «De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo» es, sin duda, la alocución que su autor pronunciaría el 12 de marzo de 1957 en la conferencia nacional del Partido acerca del trabajo de propaganda[181].

El presidente del Partido Comunista chino reanuda allí la cuestión de los intelectuales en la perspectiva de una construcción socialista ineluctable en la que conviene integrarlos. Sobre una cifra aproximativa de unos cinco millones de intelectuales superiores y ordinarios, dirá, una débil minoría (de 1 a 3 por ciento) es francamente hostil al marxismo, y otra minoría (alrededor de un 10 por ciento) comprende a comunistas y simpatizantes relativamente instruidos en el marxismo. El resto, es decir, la inmensa mayoría, es patriota y apoya al régimen en diversos niveles, pero debe ser políticamente educada. Por otra parte, la educación de los educadores —y en realidad todos los intelectuales lo son— es una necesidad permanente, sobre todo en los períodos de grandes cambios del sistema social.

---

[179] Ver el paralelo entre los dos discursos en Roderick MACFARQUHAR, *The Hundred Flowers*, Londres, 1960.

[180] Digamos de paso que los soviéticos no aceptaron la idea de que se pudieran encontrar en ellos contradicciones entre dirigentes y dirigidos.

[181] Este texto no sería publicado hasta junio de 1964.

Finalmente, el problema es el de la reestructuración, la recuperación y la integración de los intelectuales vinculándolos a los obreros y campesinos e induciéndoles a cambiar su visión burguesa por una visión proletaria del mundo; su solución no excluye de ninguna manera la floración de las cien flores y la rivalidad de cien escuelas.

Al lado de este antiguo tema tratado con tanta fuerza y que los defensores de la Revolución cultural invocaron a menudo, encontramos en el discurso del 12 de marzo el preámbulo, mucho más preciso que en el discurso acerca de las contradicciones, de un movimiento de rectificación en el Partido con la participación facultativa de elementos exteriores.

No sólo se trata de ganarse a los intelectuales y multiplicar las expresiones del pensamiento científico, artístico y literario en el marco del pensamiento marxista, sino también criticar en materia de ideología y de estilo de trabajo los tres errores mayores que son: el subjetivismo, la burocracia y el sectarismo, errores ya denunciados por Mao Tse-tung en el transcurso del VIII Congreso. Lejos de quedar afectado por las críticas, el Partido quedará con ellas engrandecido en su prestigio, fortalecido en sus cuadros, mientras que los no marxistas le confirmarán su confianza. Abrirse y no replegarse debe ser la política del Partido que no puede pararse en ningún temor: «El marxismo es una verdad científica; no rechaza la crítica y la crítica no puede triunfar en él.»

Efectivamente, el 27 de abril, el Partido lanza un movimiento de rectificación en el espíritu de las «Cien Flores» y del discurso del 12 de marzo[182]. Se trata de movilizar a todas las fuerzas positivas a fin de desarrollar la unidad y por ella la construcción socialista. Todos los ámbitos son invitados a unirse libremente a esta campaña que debe ser dirigida con seriedad, pero sin violencias, «como una lluvia dulce y una brisa ligera».

Tras un tiempo de sorpresa y de vacilaciones los resultados van a ser inesperados y sorprendentes. Una ola de hostilidad cada vez más poderosa, audaz y ruidosa se estrella contra los comunistas. Es muy violenta en la universidad, en la administración y entre los representantes de los «pequeños partidos». La prensa oficial y sobre todo el «Diario del Pueblo» y el «Wen hui pao» de Shanghai y el de los «demócratas», «Kuang-ming jih-pao» («La Claridad»), imprimen los textos más injuriosos y los más amenazadores y su colección

[182] El texto de la directiva del Comité central concerniente a este movimiento se publicó el 30 de abril.

constituye una extraordinaria antología de las debilidades del régimen y de los descontentos que éstas provocan.

Chang Po-chün y Lo Lung-chi, ministros y vicepresidentes de la Liga Democrática, Chang Nai-ch'i, igualmente ministro y vicepresidente de la Asociación para la Construcción Democrática, Long Yün, el ex gobernador de Yunan y muchas otras personalidades del Frente Unido reclaman para sus partidos más independencia, más autoridad, más participación y más libertad de expresión y de opinión. Se levantan contra el poder exclusivo y a menudo contra la arrogancia de los comunistas, contra la existencia de comités dirigentes del Partido Comunista en los aparatos del Estado. Reclaman el fin de la arbitrariedad y la publicación de un código civil y de un código criminal. Lung Yun atacará la explotación de China por la Unión Soviética y, él mismo de origen Lolo, defenderá a las minorías. Chu An-p'ing (redactor jefe del «Kuang-ming Jih-pao») insistirá en que los doce viceprimeros ministros son todos ellos miembros del Partido.

Será frecuentemente denunciada la ilusión democrática. «La Asamblea Nacional y la Conferencia política consultiva del Pueblo son —escribirá el 10 de junio el «Diario de Shenyang»)— las dos flores de papel que decoran la fachada democrática.» Ciertas personalidades, como Chang Hsi-jo, dirán que el Partido Comunista considera haber conquistado el Imperio, otros que sus miembros construyen fosos y murallas entre ellos y las masas y que están perdiendo el prestigio y, finalmente, otros afirmarán que estos miembros se benefician de unos grandes privilegios y constituyen poco a poco una nueva clase. Shao Li-tzu, ex comunista adherido al régimen, afirmará que sólo las personas del Partido controlan todos los servicios del Estado y de las colectividades a partir de los hsien hasta abajo. Teng T'o, al que volveremos a ver en el comienzo de la Revolución cultural, deplorará la monotonía de la prensa. El economista Ma Yin-chu y el historiador Ch'ien Po-tsan se quejarán de que el régimen no cambie con la suficiente rapidez. Ch'en Ming-shu, uno de los rebeldes de Fu-kien en 1933, se enfrentará con el mismo Mao Tse-tung denunciando sus cóleras, su impulsividad y su orgullo. Muchos de estos ataques tendrán lugar en ocasión de un fórum que los «pequeños partidos» celebraron del 8 de mayo al 2 de junio.

Por parte de los profesores y estudiantes las manifestaciones serán muy vivas; el profesor Ko P'ei-ch'i dirá sin rodeos que las masas quieren «derribar al régimen y eliminar a todos los comunistas», mientras que el estudiante Lin

Hsi-ling dará muestras de heroísmo profiriendo una verdadera llamada a las armas y a la insurrección. Serios desórdenes tendrán lugar en numerosas universidades y particularmente en Wuhan en donde se multiplicaron los periódicos murales de grandes caracteres, como los que conocería la Revolución cultural, y con ellos unos «muros democráticos» y unos «jardines de la libertad».

Finalmente, de todos los lugares llegaron las críticas sobre la gestión económica, los excesos de las «campañas masivas» y la ausencia de una legislación civil y criminal. Es preciso notar que muy pocos comunistas se dejaron coger en este juego peligroso.

Estupefactos e inquietos frente a esta marea de reprobaciones y hostilidad, los dirigentes del Partido no tardaron en reaccionar duramente y en organizar un contraataque a la vez en la prensa y en las organizaciones políticas, administrativas o educativas, haciendo participar en lo posible a elementos del proletariado.

Un primer editorial del «Diario del Pueblo» del 8 de junio, ¿Por qué todo esto?, toma el sentido de advertencia acusando a unos elementos derechistas de querer aislar y eliminar al Partido de la escena política, rechazar el socialismo y volver a la «dictadura burguesa». Otras irán creciendo de tono hasta la del 1 de julio, la más violenta de todas ellas, que echa la culpa a los «pequeños partidos» (principalmente a la Liga Democrática) y a numerosos periódicos («Wen-hui pao»). Después se intentará acreditar la cínica versión según la cual la política de liberalización no tiene otra finalidad que la de hacer aparecer las «contradicciones antagonistas» con toda claridad y obligar a los enemigos del régimen y a los derechistas que se descubran. Convenía, según la expresión popular, dejar crecer a las malas hierbas para poder arrancarlas. Pero el discurso rectificado del 27 de febrero ya había sido publicado el 18 de junio y ya se había puesto en movimiento una campaña inversa a la precedente.

Los ministros no comunistas de los «pequeños partidos» a los que se hará desacreditar por los suyos serán finalmente revocados a principios de 1958, tras haber sido obligados a humillarse, retractarse y reclamar su propio castigo. Así sucederá con Chang Nai-ch'i, ministro de la Alimentación, Chang Po-chün, ministro de Comunicaciones y Lo Lung-chi, ministro de la Madera. Con ellos, muchas más personalidades debieron tomar el camino del arrepentimiento. Tres responsables de la Universidad de Wu-han, en donde se estaban

produciendo unos desórdenes que se calificarían como la «pequeña Hungría», fueron fusilados.

La depuración «antiderechista» de 1957 se abatirá en gran medida sobre la administración, la prensa y el Partido. Afectará también a ilustres personalidades del mundo literario: la letrada Ting Ling, ya casi en desgracia, el poeta Ai Ch'ing, muerto poco después, el responsables de Bellas Artes Chiang Feng, y el director de las ediciones de Literatura popular Feng Hsüeh-feng. Los demás vieron sus derechos de autor disminuir en un 50 por ciento para combatir entre ellos las tendencias burguesas[183]. En este ambiente la balanza de la depuración será manifestada por Chu Yang dirigiéndose a la Asociación de Escritores chinos el 16 de septiembre de 1957.

«Se ha dado un golpe mortal a las ideas reaccionarias de la burguesía; el potencial de nuestros escritores y de nuestros artistas y de las fuerzas latentes en este dominio ha quedado liberado, los vínculos que les unían a la antigua sociedad han sido destruidos... Pero un ejército totalmente nuevo destinado a la literatura y a las artes proletarias está ahora en camino de formación.»

Este discurso, titulado «Un gran debate en el frente literario», es uno de los mayores documentos de la historia del régimen.

No se sabría cifrar la importancia de la depuración resultante del movimiento de rectificación que va del verano al otoño de 1957. Es muy confusa en unas estadísticas emitidas por Lo Jui-ch'ing, por aquel entonces ministro de Seguridad Pública, para el período comprendido entre junio de 1955 a octubre de 1957: 100.000 contrarrevolucionarios y «malos elementos» (los primeros alcanzaban los 65.000). Sobre este total, 5.000 individuos eran miembros del Partido, 3.000 lo eran de las Juventudes Comunistas y 220 pertenecían a los organismos del Estado. 1.770.000 personas habían sido objeto de encuestas y se habían descubierto unos 130.000 «casos importantes». Muchos millones de personas debieron marchar al campo[184].

[183] «Diario del Pueblo» del 5 de octubre de 1957.

[184] Ver «Hsüeh-hsi», núm. 1, 1958. Los resultados de la lucha antiderechista y del movimiento de rectificación serán igualmente abordados en los documentos de la 2a sesión del VIII Congreso nacional del Partido Comunista chino (5-23 de mayo de 1958) y se citarán algunos nombres de depurados en unas diez provincias.

Tras el inicio de la contraofensiva antiderechista, Mao Tse-tung se dirigirá a Shanghai y a Tsingtao y a otras diversas ciudades de provincia como si quisiese dejar a otros (Liu Shao-ch'i y Teng Hsiao-p'ing) la responsabilidad de su fracaso. Sin ser formalmente abandonado —y aún no lo es actualmente— el tema de las «Cien Flores» cederá el paso al de la «democracia bajo la dirección centralizada»[185]. Las ventajas otorgadas a los elementos del Frente Unido quedarán olvidadas.

En el mes de septiembre, con ocasión del 3er pleno del VIII Comité central (20 de septiembre - 9 de octubre de 1957), Teng Hsiao-p'ing tratará del movimiento de rectificación entonces llevado a escala nacional. Lo justificaría manifestando que el Partido mantenía un conjunto sano y sacaría de ello la moraleja.

«En el gran debate de las "Cien Flores" hemos encendido una hoguera para consumir a la vez nuestros enemigos y nuestras propias debilidades.»

Algún tiempo después, el 13 de octubre de 1957, Mao Tse-tung convocaría una nueva conferencia suprema de Estado. Se puede pensar que ésta fue la ocasión de un último debate acerca de las «Cien Flores» y el movimiento de rectificación, puesto que algunos días más tarde él partiría hacia Moscú, el 2 de noviembre de 1957. Este viaje debía tener inmensas consecuencias tanto en la situación china como en la general del campo socialista.

[185] Ver particularmente la directriz del 12 de septiembre de 1957; acerca de la continuación de un movimiento de rectificación y de un movimiento de educación socialista en las empresas y la del 8 de agosto sobre la dirección de un movimiento de educación socialista en los campos.

XIII. Educación. Reforma de la lengua. Prensa e información. Política religiosa. Política frente a las minorías. Política demográfica en el transcurso del primer plan quinquenal

La educación

El primer plan quinquenal señalará con su espíritu y sus ambiciones diversos sectores que conviene dirigir y orientar hacia el centro de la construcción económica.

La educación es sin duda el más importante de todos ellos. Las reformas de 1951 habían modificado sensiblemente su objetivo y su sistema[186]. Naturalmente, se tratará de ajustar y proporcionar la reforma y la especialización de los cuadros a los planes en curso y a los que se sucederían. La enseñanza superior y la técnica y profesional emparentada con la secundaria estarán más desarrolladas. Se hará un esfuerzo particular también en la investigación científica a fin de liberar a China de sus expertos extranjeros.

En el conjunto de la enseñanza, los efectivos escolares y el número de diplomas, que siguen unas curvas aproximadamente paralelas, se presentan en los cuadros siguientes:

Cuadro I

Años	Superior	Técnica y profesional	Secundaria	Primaria
1952	191	636	2.490	51.100
1953	212	668	2.933	51.664
1954	253	608	3.587	51.218
1955	288	537	3.900	53.126
1956	403	812	5.165	63.464
1957	441	778	6.281	64.279
1958	660	1.470	8.520	86.400

* En millares de alumnos. Fuente: *Los diez grandes años.*

[186] Ver cap. V.

Cuadro II

Años	Superior	Técnica y profesional	Secundaria	Primaria
1952	32	68	221	5.942
1953	48	118	454	9.945
1954	47	169	649	10.136
1955	55	235	969	10.254
1956	63	174	939	12.287
1957	56	146	1.299	12.307
1958	72	191	1.313	16.225

* En millares de diplomados. Fuente: *Los diez grandes años.*

Las estadísticas de detalle nos muestran que son las escuelas de ingenieros y de enseñanza superior las que se multiplican con mayor rapidez (del 34 al 40 por ciento de alumnos). En comparación con los mejores años anteriores a 1949, las cifras oficiales muestran que el crecimiento de los efectivos escolares ha sido de unas cuatro veces para la enseñanza superior, de 2,8 veces para la secundaria técnica y profesional, de 4,7 para la secundaria y de 2,6 para la enseñanza primaria.

En cuanto al número de diplomados, en diez años había alcanzado los 430.000 estudiantes de grado superior de los cuales 130.000 pertenecen a la enseñanza superior técnica (que crece con doble rapidez que el conjunto) y 1.300.000 estudiantes para la secundaria técnica y profesional.

Ciertamente habría que hacer muchas excepciones a propósito de esta progresión: criterios de selección muy indulgentes, formación de maestros demasiado apresurada, falta de medios (locales, laboratorios, libros de texto), corta duración de determinados estudios y politización excesiva de los programas, las críticas de las «Cien Flores» lo testimoniarían. Sin embargo, se hace un gran esfuerzo cuantitativo y el autoritarismo que preside la especialización de los alumnos permite dirigirse en el sentido de las necesidades.

Al menos en los niveles primarios, las colectividades empiezan a crear y administrar directamente escuelas para los niños de sus familias, contribuyendo así a elevar el índice de escolarización y a orientar va a los alumnos hacia una enseñanza práctica.

En lo referente a los adultos el índice de analfabetismo es muy alto todavía. Las apreciaciones corrientes anteriores a 1949 (del 70 al 80 por ciento de ile-

trados entre los campesinos y un 60 por ciento entre los obreros) no ha cambiado demasiado en treinta años. Se aproxima a un 100 por cien entre las mujeres del campo.

La investigación científica dispondrá en 1957 de 580 establecimientos de investigación y de más de 28.000 investigadores y técnicos, o sea tres veces más que en 1952[187]. La Academia de las Ciencias presidida por Kuo Mo-jo comprende, en 1955, 41 institutos agrupando a 2.063 investigadores[188]. Con todo, la investigación científica parece todavía débil, mal organizada y retrasada con respecto a las necesidades de la economía. Al menos en junio de 1955, el plan de investigación de la Academia de las Ciencias (plan de cinco años) está todavía en curso de revisión mientras que está previsto un plan de 15 años. Quizá por esta razón, la planificación científica será confiada en un principio, el 14 de marzo de 1956, a un comité especial de la comisión del plan, comité que preside el mariscal Ch'en Yi, y después, en mayo de 1957, a una comisión permanente del Consejo de Asuntos de Estado[189]. Entre tanto, el primero de estos comités pondrá en pie, con la ayuda de expertos soviéticos, un plan de desarrollo científico de 12 años (1956-1967) que, como dirá Liu Shao-ch'i en el VIII Congreso, se propone alcanzar los niveles mundiales en los dominios científicos y tecnológicos. Dicho de otra manera, se trata de independizar a China en estos aspectos como en el de la economía industrial, para el final del tercer plan quinquenal (1962-1967).

La reforma de la escritura

En relación al problema de la educación y con el problema más general de los conocimientos y de su trasmisión, existe el problema de la reforma de la escritura. Bajo forma diferente pero aún más importante, ya se había presentado a principios de siglo con la irrupción de las ideas y de las ciencias occidentales y había recibido solución en un principio gracias a Hu Shih, Ch'en Tu-

[187] *Diez Grandes Años*, op. cit.

[188] Agencia Nueva China, 2 de junio de 1955. Kuo Mo-jo añade que 600 institutos agrupando a 3.000 investigadores dependen de unos treinta ministerios. Parece que estas cifras no tuvieron en cuenta más que a los investigadores calificados, con exclusión de técnicos y empleados.

[189] Para este tema ver el estudio de Henri EYRAUD, *Notes et Études Documentales*, publicado por la «Documentación Francesa» núm. 3.255 del 18 de enero de 1966.

hsiu y otros. Se trataba entonces de saber si el uso de la lengua literaria (wen-yen) era compatible con la modernización de China. La respuesta no podía ser otra que una negativa. La lengua literaria sólo era accesible a un mínimo número de letrados (quizás un 1 por ciento de la población). No permitía mostrar convenientemente los conceptos científicos occidentales. Imprecisa y sutil a la vez, se prestaba a la expresión poética, o la moral e incluso a la metafísica, pero muy poco al razonamiento lógico.

«Pero nuestra escritura es muy difícil. Es poética. Encierra muchas ideas... Todos los poderes contenidos en la inteligencia se quedan, pues, en los letrados y un orden inquebrantable queda establecido en la dificultad y en el espíritu», había dicho ya entonces Paul Valéry[190].

Finalmente, mientras que la lengua vulgar, escrita en estilo hablado (Pai-hua), que utilizaba los mismos caracteres que la anterior, pero con una estructura mucho más cercana a las lenguas occidentales, se iba imponiendo poco a poco, la lengua literaria se había ido dejando atrás en el uso corriente como había sucedido con el latín en la Europa de la Edad Media[191].

Desde el mes de octubre de 1949, se van a plantear dos problemas, en realidad muy distintos, pero nacidos de las mismas preocupaciones. Uno concierne a la simplificación de los caracteres, pues se intenta, por una parte, disminuir su número eliminando los que tienen doble uso, que a veces afectan sentidos diferentes de caracteres escritos y pronunciados de una misma manera; por otra parte reducir el número de trazos de determinados caracteres complicados que alcanzan a veces a tener unos veinte. El otro problema atañe al uso de una escritura alfabética acarreando el abandono puro y simple de los caracteres.

Sin entrar en una exposición histórica y técnica de estas dos cuestiones que se hallan en el corazón de la herencia cultural china y cuyas soluciones inician el reajuste tanto de China al mundo actual como de las actitudes intelectuales del individuo, nos limitaremos a indicar cuáles fueron las decisiones tomadas, cómo y con qué finalidad.

---

[190] *Regards sur le Monde actuel* (Le Yalou).

[191] La cuestión está aquí considerablemente resumida y simplificada. El mismo Hu SHIH la trató en su obra *Chung-kuo Iisiti-wen-hsUen yiiti-tung lisiao-shih* (Pequeña historia del movimiento de la nueva literatura), Taipeh, 1957.

El conjunto de la reforma de la escritura, en un principio confiada a una asociación, creada en octubre de 1949, después a un comité de estudios, constituido el 5 de febrero de 1952 y por fin a un comité de reforma, establecido el 23 de diciembre de 1954, será sobre todo animada por Wu Yü-chang[192]. Encontrará su expresión definitiva en otoño de 1955, en una conferencia nacional (15 al 23 de octubre), seguida de una conferencia científica (25-31 de octubre) en la que el Consejo de Asuntos de Estado ratificará las decisiones (28 de enero de 1956).

En lo que concierne a la simplificación de los caracteres, 1.055 caracteres de grafía múltiple quedarán suprimidos, y 515 caracteres de uso corriente y 56 radicales serán abreviados en grupos a fin de facilitar su adquisición progresiva. Más tarde, unos 96 y después unos 100 caracteres simplificados se añadirán a la lista. De esta forma se hará una apreciable economía de tiempo en el empleo de unos 4 o 5.000 caracteres indispensables para todo letrado. Además faltará clasificar los caracteres arcaicos o inútiles; se conoce que los grandes diccionarios chinos contienen hasta 40 y 60.000 caracteres[193]. Por fin, se adoptará la escritura de izquierda a derecha, a decir verdad medida sin importancia dado el valor silábico de los caracteres, pero que habituará mejor a los chinos a la lectura de los textos occidentales o textos fonetizados[194]. La comisión tendrá la sensatez de desechar la reducción de las palabras o expresiones monosilábicas a un solo carácter[195]. El uso de los caracteres simplificados, cuyo número podía aún aumentar, es en la actualidad general. La nueva generación queda cada vez más apartada de los viejos libros que, a decir verdad, han sido ya ampliamente retirados de la circulación por el régimen o destruidos a millones con la Revolución cultural. En cuanto a los chinos de Formosa o del extranjero, tienen cierta dificultad en la lectura de los periódicos del continente

[192] Wu Yü-chang, nacido en 1878 y muerto en 1966, era uno de los más antiguos miembros del Partido Comunista chino. Fue estudiante en la Universidad de Lyon después de la Primera Guerra Mundial.

[193] Para una visión de conjunto de la cuestión de la escritura china ver Vivianc ALLETON, *L'écriture chinoise*, PUF, 1970.

[194] La prensa continúa a veces escribiéndose verticalmente como la mayoría de las revistas de Taiwan y de los chinos de ultramar.

[195] Wu Yü-chang resumirá los trabajos y proyectos de su comité y de la Conferencia nacional en un artículo publicado el 18 de enero en el «Kuang-ming jih-pao».

y esta nueva dificultad se añade a las que procedían de las diferencias de estilo y de vocabulario político, sin hablar de la diferencia de temas.

La alfabetización de la lengua, antiguo problema ya planteado por los jesuitas en el siglo XVII, debatido desde hacía cincuenta años y seguido de cerca por los comunistas desde los principios del Partido[196], dará lugar a un proyecto que será publicado el 12 de febrero de 1956. Será el alfabeto latino el finalmente escogido entre el cirílico y otros alfabetos totalmente originales. Una primera fórmula basada en 30 letras (de las cuales 25 serán latinas, quedando excluida la uve y dos adoptadas del latín, una cirílica y dos constituidas por símbolos internacionales) será pronto modificada llegando a nuestras 26 letras, quedando las sílabas afectadas por los signos correspondientes a los cuatro tonos del pekinés. El Consejo de Asuntos de Estado adoptará definitivamente la escritura romanizada el 1 de noviembre de 1957 y esta decisión será aprobada por la Asamblea Nacional del 11 de febrero de 1958.

En 1956, como aún en la actualidad, la alfabetización es en primer lugar una fonetización destinada a unificar los dialectos y acentos locales siguiendo la pronunciación de Pekín calificada como corriente (p'u-t'ung-hua), más que a la mera eliminación de caracteres. El 6 de enero de 1956, una instrucción del Consejo de Asuntos de Estado tomará a este respecto numerosas medidas prácticas desde los cursos de formación hasta el empleo obligatorio del p'u-t'ung-lnia en los diversos servicios del Estado, del Ejército y en las escuelas donde los niños desde el tercer año de primaria deberán ser capaces de hablarlo a partir de 1960[197]. Será creado un comité nacional para la propagación del p'u-t'ung-hua. De forma curiosa, estará presidido por el mariscal Ch'en Yi, particularmente notable por su intenso acento del Szechwan. Quizá sea preciso añadir que adoptando una escritura latinizada de sus caracteres, los chinos no se deberán preocupar en facilitar a los extranjeros la transcripción de los nombres chinos y tampoco se deberán preocupar por el estudio de su len-

[196] En particular por Ch'ü Ch'iu-pai, el antiguo secretario del Partido. Se había experimentado un sistema de romanización en 1928 en la colonia china de Vladivostok. Los comunistas debían publicar un periódico con letras durante la guerra chino-japonesa (ver vol. 1, cap. XXII).

[197] Medida hecha pública por la «Agencia Nueva China», el 10 de febrero de 1956.

gua. Todavía hoy sus publicaciones en lenguas occidentales se sirven para estas transcripciones de diversos sistemas más o menos adaptados a la lengua extranjera en cuestión.

Sin anticiparnos demasiado a los acontecimientos, se puede decir que si los caracteres simplificados fueron fácilmente impuestos dado que, a pesar de todo, se mantienen dentro de la tradición china y son fieles al espíritu chino, el alfabeto latino está poco extendido. La prensa y el mundo editorial lo ignoran casi completamente, y las mismas escuelas no lo emplean más que en los primeros niveles de aprendizaje de la lectura. La Revolución cultural le dará un alto que quizá sea fatal[198]. Parece ser en efecto que Mao Tse-tung y muchos de sus partidarios, coincidiendo menos paradójicamente de lo que parece con los tradicionalistas, están mucho más resignados que contentos a aceptar la alfabetización. La cuestión del abandono de los caracteres en provecho de ésta no parece que tenga que ser obra de esta generación. Además, el ejemplo del Japón demuestra, sin lugar a dudas, que la escritura ideográfica no es incompatible con el progreso científico y técnico.

La prensa, las publicaciones y el cine

La prensa y las publicaciones, la radio y el cine, en primer lugar considerados como instrumentos de la lucha de las clases y accesoriamente como medios de información o de distracción, están controlados a través de diversos ministerios por el Departamento de Propaganda del Partido, del que Lu Ting-yi será responsable hasta el mes de junio de 1966.

Según cifras oficiales, el volumen de periódicos ha aumentado considerablemente de 1952 a 1957. Entre ambos años, los diarios de la capital y los grandes diarios regionales habían sobrepasado los 442,4 millones de ejemplares, las revistas de 204,2 millones a 315 millones de ejemplares y los libros de 785,7 a 1.278 millones[199].

[198] Desde agosto de 1966, las letras latinas desaparecerían de las placas de las calles y de los paneles de las estaciones. Algo antes «Diario del Pueblo», «Bandera Roja» y «Claridad» («Kuang-ming jih-pao») habían suprimido sus subtítulos fonetizados.
[199] Ver *Diez Grandes Años*, op. cit., pág. 203.

El «Diario del Pueblo», con una tirada diaria de 550.000 ejemplares en 1954 (con diversos suplementos), es el gran periódico nacional. Según la expresión del Comité central del Partido, es a la vez diario de la doctrina, diario de información y de educación y diario oficial. Marca la pauta a toda la prensa que muy frecuentemente reproduce sus editoriales. El movimiento de rectificación de 1957 ha aumentado todavía su autoridad sobre los periódicos más orientados hacia tal o cual categoría de lectores: «Kuang-ming jih-pao» («Claridad»), el ex diario de la Liga Democrática de los medios culturales; «Kung-jen jih-pao» («El diario de los Obreros»), portavoz de los sindicatos; «Chung-kuo ch'ing-nien» («Juventud China»), que representa a la Liga de las Juventudes Comunistas, y «Ta Kung pao» («El Imparcial»), que está dirigido a los medios económicos. En cuanto a los periódicos provinciales, son la reproducción local de aquéllos. Solamente el «Chieh-fang-chün pao» (el «Periódico del Ejército») y quizás el «Wen-hui pao», de Shanghai, parecían conservar cierta independencia. En 1955, según unas estadísticas fragmentarias, se cuentan 265 periódicos, de los cuales 17 tienen una circulación nacional y 305 revistas (190 millones de ejemplares). En 1956, otras estadísticas enumeran 347 periódicos nacionales o provinciales y 484 revistas.

La claridad y la variedad de las revistas va en aumento. «Hsüeh-hsi» («Estudiar»), que pronto será reemplazada por «Bandera Roja», es la revista doctrinal de los cuadros, «Shih-chieh chih-shih» («Conocimiento del Mundo») trata sobre política extranjera, y «Hsin kuan-ch'a» («El Nuevo Observador»), de cuestiones políticas, económicas y sociales. Si su falta de objetividad es total, al menos dan información precisa sobre las posiciones del gobierno y del Partido. Ciertas revistas de investigación ofrecen, dentro de los límites de la ideología y del secreto inherente al régimen, un interés científico real, aunque muy por debajo de las publicaciones occidentales correspondientes.

La necesidad de informar de manera exacta a los cuadros, las masas y a los responsables de todo tipo, la seriedad con que se ha abordado el I Plan, la importancia dada a la economía en comparación con la política y la influencia al menos indirecta de expertos soviéticos, explican sin duda una evolución que concluirá con los desórdenes y desengaños del «gran salto hacia adelante» para acabar convirtiéndose en 1966 en una inconsistente palabrería político-ideológica.

A pesar de estos progresos, la edición es poco importante en comparación con la población: 20.000 títulos y 900 millones de volúmenes en 1954[200]. Se traducen alrededor de unas 2.000 obras extranjeras (obras científicas destinadas a la enseñanza en su mayoría). Muchas novelas son objeto de un gran éxito, es el caso de Defender Yenan, que pronto sería condenado bajo pretexto de haber servido al lucro de P'eng Teh-huai (500.000 ejemplares en 1954). La novela soviética conocía igualmente grandes tiradas (850.000 ejemplares de Cómo fue templado el acero, de Ostrovski). Y son reimprimidas ciertas novelas populares del pasado[201].

El cine realizará algunos progresos, pasando de los 43 filmes a los 119 entre 1952 y 1957[202] (doblados o realizados), y los equipos de proyección pasaron de los 1.110 a los 6.692. Hay que tener en cuenta que su difusión plantea problemas materiales y técnicos y que su lugar está ocupado desde hace tiempo por el teatro, que continúa desarrollándose (de 2.017 grupos en 1952 a 2.808 en 1957) y colocándole con mucho sobre una tradición muy joven todavía.

La política religiosa

Estando alerta y en principio hostiles hacia los elementos religiosos, sea cuales fuesen —aun cuando el artículo 88 de la constitución de 1954 garantizase la libertad de religión—, los comunistas chinos van a demostrarles algo más de tolerancia, organizarlos en nombre del patriotismo y de la construcción socialista y a servirse finalmente de ellos en sus contactos internacionales que la conferencia de Bandung de 1955 extendería a numerosas potencias islámicas y budistas[203].

Los musulmanes, evolucionando por lo general en el cuadro institucional de las minorías, mucho más preparados para resistir las presiones por parte del origen étnico de sus grupos más importantes y por el carácter viril del Is-

[200] Cifras máximas de la anteguerra citadas por los comunistas: 9.000 títulos y 178 millones de ejemplares (en 1936), pero probablemente estas cifras no engloban a Manchuria.
[201] La evolución general de la literatura y de las artes considerada desde el punto de vista de sus tendencias se encuentra en el capítulo XXI.
[202] *Diez Grandes Años*, pág. 202.
[203] Ver cap. XV.

lam serán, desde el punto de vista de sus prácticas religiosas y culturales, mejor tratados que los fieles de otras confesiones[204]. Por el contrario, sospechosos de antemano de nacionalismo y prontos a rebelarse como lo hicieron aún en ciertas regiones del Nordeste en 1952 y 1953 en el momento de la reforma agraria, serán objeto de un control político muy estrecho. El 11 de mayo de 1953, fueron agrupados en una Asociación Islámica de China que, inaugurada en Pekín bajo la presencia del tártaro Burhan, se afirma políticamente haciendo propios los grandes objetivos del régimen: construcción del socialismo dentro y movimiento para la paz fuera de las fronteras. El período del primer plan quinquenal quedará representado por dos congresos nacionales (noviembre de 1955 y diciembre de 1956).

Los budistas se beneficiarán de los acercamientos chino-birmanos, chino-camboyanos y chino-cingaleses, de la visita a Pekín de numerosas personalidades políticas de la religión budista y por fin del 2.500 aniversario del nacimiento de Buda. La reconstrucción de templos y de grupos escultóricos célebres en todo el mundo, el envío de misiones budistas más allá de las fronteras chinas y la publicación de revistas como «El Budismo Moderno» («Hsien-tai Fo-hsüeh»), contribuyeron a confundir la completa politización y el papel auxiliar del Partido de la Asociación Budista formada En 1953 y extendida en ciertas provincias en 1957, con la severidad mostrada con respecto a un clero considerablemente disminuido en número y en estatuto y cada vez más coaccionado a integrarse en la producción agrícola o artesanal[205].

En 1957, el régimen creará una Asociación Taoísta patrocinada por algunas personalidades de segundo plano. La difícil situación de los sacerdotes y de los fieles de esta antigua religión auténtica y exclusivamente china, pero juzgada como mucho más peligrosa que las demás dado que es más popular, más predispuesta a las supersticiones y más propicia al desarrollo de sociedades secretas, no quedará sensiblemente mejorada.

---

[204] Los uighures del Sinkiang con 3.640.350 individuos, a los que conviene añadir cazacos, kirguises y tadjiks, constituyen el grupo más compacto y más importante. Los demás grupos musulmanes de raza china, mucho más dispersos, totalizan casi el mismo número que los creyentes: 3.559.350.

[205] El tratamiento reservado a los budistas del Tibet y de Mongolia se sitúa en el marco de la política realizada con respecto a las minorías. Lo que precede se aplica sobre todo a los budistas de la China propiamente dicha.

En cuanto a los cristianos, siempre sospechosos de servir a intereses extranjeros, anglosajones para los protestantes y romanos para los católicos, el Partido practicará una política de nacionalización organizada. Los protestantes de China realizan su primer congreso nacional el 6 de agosto de 1954. Sus 232 miembros, representando a 400.000 protestantes de diversas denominaciones, eligen un comité nacional de 150 personas que afirma su apoyo al gobierno y su desconfianza respecto al «imperialismo americano».

Los católicos se mostraban menos dispuestos que los protestantes a dejarse introducir en la política. Su unidad, su sentido de la jerarquía y la disciplina romana les defendían también mejor contra la ideología. Los numerosos arrestos de católicos en Shanghai en el momento del caso de la «Legión de María», el encarcelamiento de una importante fracción del clero en la que se hallaba monseñor Ignacio Kiung, obispo de Shanghai, la expulsión de todos los misioneros extranjeros y de monseñor Riberi, el nuncio apostólico, y la confiscación de los establecimientos religiosos (escuelas, hospitales) crean una situación grave[206]. Pero los católicos chinos no podían resistir tanto a los argumentos patrióticos ya que históricamente eran los más sospechosos. Se les obligó a suscribirse al movimiento de las «Tres autonomías»: autonomía administrativa, financiera y apostólica, que rompe su juramento de fidelidad con el papa. En compensación, los comunistas no intentaron inmiscuirse en el dogma y aceptaron que se siguiese rindiendo un culto reducido en ciertas iglesias. Esta aparente tolerancia no les impediría intentar disgregar a los católicos chinos suscitando y sosteniendo unos movimientos particulares como el del «Concilio de Nankin», en el que el vicario general Li Wei-kuang sería el principal personaje.

El año 1957 sería difícil. Las promesas de las «Cien Flores» no han sido realizadas. El 15 de julio de 1957, en pleno movimiento de rectificación, los tres millones de católicos chinos deberían reunir en Pekín una conferencia que, si reconocía la autoridad moral y doctrinal del papa, manifestaba sin embargo

[206] El Vaticano ofrecerá las siguientes cifras a propósito de la situación de los católicos en China: 17 obispos y prefectos apostólicos encarcelados, 6 arzobispos y obispos muertos en prisión, 2.645 sacerdotes y misioneros expulsados, 98 sacerdotes extranjeros encarcelados, 200 sacerdotes y religiosos chinos muertos a consecuencia de las persecuciones. «Radio Vaticano» del 22 de diciembre de 1954, citada por el «Mundo» del 24 de diciembre de 1954.

mucha reserva en cuanto a su dirección. Una «Asociación patriótica de católicos chinos» pronto sería creada. Se nombrarían y consagrarían los obispos sin la autorización de Roma; su número alcanzaba casi los cincuenta en 1958. La Iglesia china sobrevive, pero está al borde del cisma.

Las minorías

Si la Constitución de 1954 afirmaba la igualdad de todas las nacionalidades de China —se sabe que aparte de los han existen unas cuarenta nacionalidades agrupando a unos 35 millones de individuos— consagraba la pérdida del derecho de autodeterminación a los elementos de las minorías, mucho menos liberal en éste que la Constitución de la República Soviética china de 1931 que lo había reconocido. Yendo aún más lejos, impedía «todo acto que tendiese a socavar la unión de las nacionalidades», es decir toda expresión de nacionalismo local. En contrapartida, garantizaba la aplicación de una determinada autonomía administrativa-regional que en efecto se desarrollará en el transcurso del primer plan. La región autónoma Ouighoure del Sinkiang se inauguraría el 1 de octubre de 1955. Julio de 1957 representa la vuelta como regiones autónomas de Chuang (Kwangsi) y Hui (Ninghsia). La región autónoma de Mongolia interior existía desde 1947. En cuanto al Tibet, las dificultades nacidas de las resistencias locales y de la rebelión de los Khampas (1956) retrasaría su proclamación como región autónoma hasta el año 1965[207].

Poco a poco se crean también, en el prolongamiento de las prácticas ya establecidas, chou y hsien autónomos previstos por la Constitución de 1954 (art. 53). Las regiones autónomas compiten en Pekín con el mismo título que las provincias y la comisión de nacionalidades del Consejo de Asuntos del Estado, presidida desde 1954 por el mongol Ulanfu, se encargará de ajustar las leyes y los reglamentos a las diversas etnias. Debe tenerse en cuenta que es el Comité central del Partido apoyado en el Departamento de las nacionalidades quien decide la política para con las minorías. Li Wei-han, jefe de este departamento y jefe también del departamento del Frente Unido, es el principal personaje de esta política.

[207] La cuestión del Tibet será evocada en cap. XXI a propósito del levantamiento de 1959 y en esta ocasión se recordará la situación del país de 1953 a 1957.

De 1953 a 1957, el régimen en conjunto se esforzará en formar más cuadros minoritarios en los institutos especializados, siendo los más importantes los de Pekín y Kunming en Yunnan, dar acceso a más elementos de las minorías en el Partido y no poner obstáculos a la vida cultural de los territorios autónomos y abrirles la puerta a la vida moderna. Paralelamente a la reforma de la escritura china, se estudiarían determinadas escrituras para las lenguas de las minorías, por lo general el alfabeto latino será adoptado pero, al menos momentáneamente, también el cirílico; este es el caso del mongol, el kazako y el tadjik. La edición, la prensa y la radio tomaron gran importancia. En 1957 existen treinta periódicos y revistas que tiran por año 24.340.000 ejemplares los primeros y 2.440.000 las segundas. Este mismo año fueron impresos 14.620.000 libros[208]. Mientras, se realizaban importantes trabajos de investigación etnográfica y lingüística editados por la Academia de las Ciencias y una revista menos científica, «La Unidad de las Minorías» («ivlin-tsu t'uan-chieh»), se dirige al gran público.

Sin embargo, quizá por la falta de maestros, la escolarización sólo aumentará lentamente. Las cifras ofrecidas por Chu En-lai para el año 1953 nos muestran[209]: 2.546.000 alumnos de primaria, 136.000 de secundaria y 5.500 de superior, no cambiando de manera sensible en 1958, año en el que las estadísticas se prestan por otra parte a controversias.

Esta política, sostenida por un esfuerzo de colonización a veces muy intenso, particularmente en las regiones fronterizas del Sinkiang y de la Mongolia interior, corresponde a una penetración Han y socialista y prepara una asimilación que era el objetivo final perseguido por el Partido. Los desfiles folklóricos de las minorías cuya variedad de costumbres nacionales contrasta con la severidad de la vestimenta china y maravilla a los espectadores extranjeros, no engañarían. Se puede pensar que las mismas minorías no fueron víctimas de su papel. Los ataques orientados contra el nacionalismo local,

[208] *Diez Grandes Años*, pág. 206. Observa que la tirada de los periódicos será ligeramente inferior en 1957 en relación con 1952 para volver a subir hasta 39.800.000 en 1958.

[209] Informe del 23 de septiembre de 1954 en la primera Asamblea Nacional.

confundido a sabiendas con las tendencias derechistas, en el curso del movimiento de rectificación de 1957, lo demuestran bastante, como la Revolución cultural lo iba a probar todavía diez años más tarde[210].

La población, la política demográfica

La organización política unificada y ramificada del régimen le permitirá efectuar el censo general de la población que la insuficiencia del aparato administrativo del Imperio y los desórdenes de la era republicana habían impedido realizar.

Para su propia estupefacción c inquietud, los chinos aprendieron que eran más de 600 millones, exactamente 601.938.035, el 30 de junio de 1953, a medianoche[211].

En conjunto, esta población estaba compuesta por 547.283.057 (un 93,94 por ciento) Han y 35.320.360 (un 6,06 por ciento) de minoritarios[212]. Estaban también contados los chinos de ultramar: 11.743.320, y los de Taiwan: 7.591.298, aunque estas dos últimas categorías no habían sido directamente empadronadas. La proporción de los habitantes de las ciudades del continente era de un 13,20 por ciento (77.257.282) y la de los rurales de un 86,74 por ciento (505.346.135). Los varones eran ligeramente más numerosos que las mujeres: 51,82 por ciento.

Tan importante como estas cifras absolutas era la revelación de que el índice del crecimiento anual, obtenido con la ayuda de estadísticas parciales realizadas sobre unos 30 millones de personas, era del orden del 2 por ciento (nacimientos 37 por ciento, defunciones 17 por ciento).

Estas cifras y sus repercusiones van, a pesar del optimismo oficial y la conocida hostilidad del marxismo hacia las tesis de Malthus, a determinar, al menos durante los años del plan, una política de disminución de la natalidad

[210] Ver para este tema el informe del 19 de octubre de 1957.

[211] Estas cifras fueron publicadas el 1 de noviembre de 1954 y detalladas por provincias y minorías. La opción de 1953 para el empadronamiento de la población estaba vinculado al proyecto de elección en la primera Asamblea Nacional.

[212] De los cuales (en millones de individuos): chuang (Kwangsi) 6,6, uighures 3,6, hui 3,6, Yi 3,2 tibetanos 2,7, miao 2,5, manchús 2,4, mongoles 1,4, pu-yi 1,3, coreanos 1,1, y diversos 6,7.

que se camuflaría bajo diversos aspectos: salud pública, necesidades inmediatas de la producción...

Shao Li-tzu parece ser fue el primero en plantear el problema de la anticoncepción en la Asamblea Nacional de septiembre de 1954, distinguiendo las teorías malthusianas y derechistas de la información anticonceptiva científica de los matrimonios. El problema se extendería a diversos responsables en el curso de los años siguientes y se iría estableciendo poco a poco una legislación. Concierne a la anticoncepción, al aborto, a la esterilización y a la edad práctica del matrimonio. En 1957 y a principios de 1958, se realiza la propaganda anticonceptiva en todo el país sin tener los medios materiales indispensables.

Sirvió al debilitamiento de la autoridad de los primogénitos, padres y abuelos, a la tendencia a la igualdad de los sexos y al desarrollo de la higiene, pero el amor a los niños, la obligación moral de asegurar una descendencia masculina y toda suerte de prejuicios, son todavía muy fuertes y se puede dudar de sus resultados que no fueron recogidos con precisión por ninguna encuesta o censo parcial. Con la primavera de 1958, es decir con el espíritu optimista del «gran salto hacia adelante» y de las comunas populares, las campañas de control de nacimientos fueron oficialmente abandonadas. El rector de la Universidad de Pekín, Ma Yin-ch'u, que durante mucho tiempo las había sostenido obstinadamente en nombre de ciertas consideraciones económicas (débil productividad y escaso índice de acumulación china y hándicap de una numerosa población en una futura sociedad destinada a la automatización), será objeto de duras críticas debiendo finalmente abandonar sus funciones[213]. Las cuestiones demográficas sólo serán rara y brevemente evocadas. La última cifra citada por un documento oficial fijaría una población china (comprendiendo a los diez millones de habitantes de Taiwan, pero excluyendo los chinos del extranjero) de unos 656.630.000 individuos a finales de 1957[214]. Después de 1958, ninguna estadística general ni particular nos vendrá a manifestar los índices de natalidad, mortalidad y de matrimonios. Parece como si los dirigentes chinos no se atrevieran a hacer frente al angustioso problema del número.

---

[213] Ver su *Nueva Teoría de la población* en versión inglesa, adjunta al artículo de Leo A. ORLEANS, *Birth control, Reversal or Postponement?* en «The China Quarterly», núm. 3, julio-septiembre 1960.

[214] *Diez Grandes Años*. pág. 11. Mucho después diversos dirigentes hablan de 700 o de 720 millones de chinos, pero se trata entonces de simples órdenes de amplitud.

XIV. Las nuevas instituciones militares

Las consecuencias de la guerra de Corea sobre los planes de organización, de armamento y de técnica militar, la influencia del modelo soviético, la prioridad dada a la construcción económica, una política extranjera ampliamente fundamentada sobre la propaganda ideológica y, finalmente, la seguridad exterior apoyada por el tratado chino-soviético del 14 de febrero de 1950, explican que las instituciones militares chinas hayan sido profundamente cambiadas en el curso del primer plan quinquenal. Los cambios de estructura, de forma y de reclutamiento en relación con la Constitución de 1954, y, sobre todo, el cambio del espíritu, hacen que, durante algunos años, las fuerzas armadas chinas vivan la hora soviética esperando que la degradación de las relaciones ideológicas y políticas entre Moscú y Pekín les vuelvan a colocar en su antigua tradición.

Desde 1952, Hsiao Hua, ya director adjunto del Departamento Político del Ejército, anuncia en un discurso las transformaciones futuras, manifestando: «El Ejército Popular de Liberación en marcha hacia su modernización.»[215] Se encuentran allí todas las ideas que puedan responder a este título tales como: utilidad de una buena instrucción general de los soldados, necesidad de una importante industria de la defensa nacional, unificación del «Ejército Popular de Liberación» y de las antiguas tropas nacionales, valor ejemplar de la ciencia militar soviética, interés de los campos de batalla coreanos para la formación logística y técnica de las fuerzas armadas y sobre todo de la aviación y, por último, la próxima adopción del servicio militar obligatorio. En suma, como dijo Hsiao Hua, «el Ejército Popular de Liberación debe dominar a la perfección la técnica militar moderna». En cuanto a la educación política y a la tradición revolucionaria que no debían ser olvidadas, su lugar es de poca importancia y este hecho por parte de un alto responsable del Partido nos sorprende.

Tres años más tarde, el gobierno, reorganizado sobre la base de la Constitución de 1954, se introduciría totalmente en el camino de una legislación y de una organización militar moderna de tipo soviético, con las grandes leyes o reglamentos de 1955:

[215] Declaración del 31 de julio de 1952 hecha en ocasión del 25 aniversario del ejército ante el Comité nacional de la Conferencia consultiva política popular.

1. Reglamento del 8 de febrero acerca del estado de los oficiales.

2. Reglamento del 12 de febrero sobre condecoraciones y medallas.

3. Ley del 30 de julio sobre el servicio militar obligatorio.

El nombramiento de diez mariscales, el 27 de septiembre de 1955, sería el símbolo final de esta espectacular evolución.

Con el reclutamiento de 1955, el antiguo ejército popular, directamente salido del patriotismo y del entusiasmo de las masas, desaparecía. La nueva ley, en gran medida inspirada en el sistema ruso, prevé que todo ciudadano de 18 años está en un principio obligado a servir 3 años en el Ejército o en la Seguridad Pública, 4 años en la aviación y en los servicios terrestres de la marina y 5 años en la flota, quedando en la reserva hasta los 40 años (1ª. reserva a los 30 años y por debajo de esta edad y 2ª. reserva de 30 a 40 años)[216].

En realidad, con unas cajas de 5 o 6 millones de hombres y un ejército próximo a los tres millones, la cifra de los llamados oscila alrededor de los 700.000. Unos criterios físicos, intelectuales, de origen social y de lealtad política van a jugar de lleno y a permitir una notable selección. Ésta quedará todavía mejorada por el alto grado de prestigio, que el nuevo régimen, remontando unas antiguas corrientes pacifistas y aboliendo las viejas prevenciones, ha sabido dar al oficio de las armas. La marcha bajo las banderas es siempre ocasión de manifestaciones de patriotismo y de solidaridad. El regreso ofrece al pueblo un futuro cuadro que la duración del servicio ha permitido formar política e intelectualmente.

Las quintas permiten al Estado disponer de numerosas reservas instruidas que también pueden formar el armazón de la milicia, dar a los jóvenes una instrucción preliminar y sobre todo constituir un elemento de una manifiesta lealtad hacia el Partido. Es P'eng Teh-huai (el hecho es importante para el futuro) quien hará el informe de presentación de la nueva ley sobre el servicio militar obligatorio ante la Asamblea Nacional. Insistirá sobre la necesidad de construir unas fuerzas modernas poderosas, justificará, apoyándose en las ci-

[216] Estas cifras son actualmente de 4 años en el ejército, 5 en la aviación, 6 en la flota. Los límites de edad son naturalmente diferentes para los cuadros de activo o de reserva. Los alumnos de las universidades y de las escuelas superiores reciben en sus establecimientos una formación preparatoria propia para formar en los cuadros de oficiales o suboficiales.

fras, una política de desmovilización, hablará poco de las masas y, como lo requería la época, emplazará su discurso en la línea de la calma internacional; Yeh Chien-ying y Liu Po-ch'eng se manifestaron en el mismo sentido.

A este ejército «regular» por sus orígenes, es preciso darle un encuadramiento clásico evolucionando como consecuencia hacia un profesionalismo diversificado.

Por vez primera en su historia, el Ejército Rojo recibió unos distintos grados en las funciones ejercidas y con ellos unas pagas cuyo abanico es considerable. La nueva jerarquía, algo más extensa que otras occidentales, se distingue por unas insignias imitadas del ejército soviético: charreteras con barras y estrellas doradas, cuellos bordados y colores distintos según las armas. Unos uniformes de gala visten a los cuadros, quienes, hasta entonces, solamente podían distinguir a sus hombres por el armamento. Son creadas numerosas condecoraciones: Orden del 1 de agosto, Orden de la Independencia y de la Libertad, Orden de la Liberación, correspondientes a diversos períodos de la historia militar del régimen (1927-1945, 1937-1945, 1946-1950) y cada una está dividida en clases.

Durante la fiesta nacional del 1 de octubre de 1955, los diez nuevos mariscales (Chu Teh, P'eng Teh-huai, Lin Piao, Liu Po-ch'eng, Ho Lung, Ch'en Yi, Lo Jung-huan, Hsíi Hsiang-ch'ien, Nieh Jung-chen y Yeh Chien-ying) aparecieron, completamente engalanados, bastón de mariscal en mano, en la revista militar tradicional.

La tropa será también provista de gorras de plato, pantalones anchos, chaquetas cortas y botas de modelo ruso. Los uniformes de la marina y de la aviación se aproximaron a los tipos internacionales. Ya nada evoca aquellos humildes uniformes de las antiguas guerras.

La organización militar está —al menos teóricamente— integrada en el aparato de Estado desde la puesta en marcha de la Constitución de 1954. Según sus términos, el presidente de la República manda las fuerzas armadas y preside el Consejo de Defensa Nacional (art. 42). Este Consejo —encargado de reemplazar al Consejo Militar Revolucionario— comprende en un principio 92 miembros, entre los cuales hay una treintena de generales del régimen precedente. En realidad, sus atribuciones son sobre todo honoríficas y le dan cierto parecido al antiguo Consejo Estratégico del gobierno nacional.

El Ministerio de Defensa Nacional tiene bajo su mando esencialmente al Estado Mayor, el Servicio de Logística, el Departamento Político y sus diversos mandos y direcciones de armas y servicios[217].

Sin embargo, si el Ministerio de Defensa Nacional depende del Comité de los Asuntos de Estado, la autoridad verdadera procede del Partido y más especialmente del Comité Militar. Este último, presidido por Mao Tse-tung, es bastante desconocido en su composición que no parece sobrepasar la docena de miembros. Parece ser que el Comité dispone, para la preparación de sus trabajos, de siete departamentos especializados y, a veces, convoca importantes conferencias[218].

Ver esquema p.651., arriba.

El Departamento Político representa al Partido en el Ejército[219]. Constituye, desde su cumbre hasta el nivel de las compañías, una jerarquía de «comités de Partido» y de comisarios o instructores políticos paralela a la jerarquía de mando. Refrendar, salvo caso de urgencia, las órdenes de los mandos de las unidades, propagar la ideología y la política del Partido y organizar y dirigir la vida educativa y cultural del Ejército, constituyen sus principales responsabilidades. De todo ello resultan inevitables unos roces que el nuevo estado de cosas va a hacer más frecuentes en la medida en que al volverse más complejas las funciones del mando se diferencian desde un principio de las funciones políticas. No obstante, la gran proporción de los oficiales miembros del Partido, un 90 por ciento en el caso de los más veteranos, un 30 por ciento entre los jóvenes y un 10 por ciento entre los suboficiales según estimaciones de crédito, contribuye al mantenimiento de una cohesión satisfactoria.

[217] Ver esquema de la organización militar general de este capítulo. A veces son considerados como autónomos los departamentos siguientes: Instrucción, Cuadros, Inspección y Finanzas.

[218] Ver Ralph L. POWELL, *The Military Affairs 'Committee and Party Control of the Military in China*, «Asian Survey», julio de 1963.

[219] Ver el artículo 35 de los Estatutos del Partido.

Territorialmente hablando. China está, desde junio de 1954, dividida en trece grandes regiones militares, cada una de las cuales, designada por una cabeza de distrito, dirige una o varias provincias (distritos militares)[220].

Regiones militares	Distritos subordinados correspondientes
Pekín	Hopei, Sanshi
Shenyang	Liaoning, Kirin, Heilungkiang
Wuhan	Hupeh, Honan
Tsinan	Shantung
Foochow	Fukien, Kiangsi
Nankin	Kiangsu, Anhwei, Chekiang
Cantón	Kwantung, Kwangsi, Hunan
Kunming	Kwteichow, Yunnan
Ch'engtu	Szechwan
Lanchow	Shensi, Kansu, Ninghsia, Tsinghai
Sinkiang	-
Mongolia Interior	-
Tíbet	-

Los distritos militares (provincias) son asimismo subdivididos en subdistritos (generalmente chuan ch'ü de la administración civil) y en guarniciones correspondientes a cada una de las ciudades importantes.

El orden de batalla de China en 1955 y en los años siguientes comprende de 30 a 40 ejércitos de 3 divisiones cada uno (de 50 a 60 mil hombres por ejército y de 15 a 20 mil hombres por división en pie de guerra), cincuenta divisiones independientes especializadas (caballería, carros blindados, ferrocarriles, paracaidistas, antitanques, antiaéreas y seguridad pública), cincuenta regimientos independientes y diversos servicios. El conjunto de armas y servicios del ejército de tierra debe alcanzar los 2.600.000 hombres.

La potencia de tiro de las unidades es aún, sobre todo desde el punto de vista de la artillería, muy inferior a los estándares occidentales, su movilidad estratégica es débil y el armamento de origen ruso empieza a ser reproducido en China con nuevas transformaciones.

[220] Estas divisiones territoriales tomaron mucha mayor importancia política a partir de 1967 cuando la Revolución cultural desmantelara las estructuras políticas y administrativas regulares.

La resistencia y la paciencia del soldado chino, su inteligencia y su docilidad hacen de él un buen infante. Su aptitud para desplazarse rápidamente y durante tiempo, para vivir en todo tipo de clima con un mínimo de aprovisionamiento y de comodidad y para soportar duras privaciones, le convierte en particularmente apropiado para operar en los escenarios peores en cuanto a vías de comunicaciones, es decir por casi toda Asia Central y Oriental. En compensación, las armas técnicas están peor servidas, debiéndose equilibrar esta debilidad con la duración del servicio militar y con las transformaciones económicas.

La aviación y la marina forman parte del Ejército Popular de Liberación. En 1955 dependen casi totalmente de los soviéticos en cuanto a su material y a su tecnología.

La marina (150.000 hombres) dispone, por aquel entonces, de 200.000 toneladas de navíos ligeros, algunos submarinos (una veintena de submarinos oceánicos de la clase W y uno o dos de la clase G equipados para el lanzamiento de misiles, en los años sesenta), un cuerpo de desembarco (30.000 hombres) y una pequeña aviación naval (500 aparatos). Está articulada en tres flotas: Norte, Centro y Sur. Sus posibilidades están limitadas a la defensa costera.

La aviación (de 200 a 250 mil hombres) reúne de 2.300 a 3.000 aparatos, de los cuales 1.600 o 1.900 son cazas (Mig 15, Mig 17, y posteriormente Mig 19 y algunos Mig 21), de 300 a 400 bombarderos II 28 y unos anticuados aparatos de transporte o arrastre (Tu 4). Está organizada en divisiones aéreas: de 18 a 20 divisiones de caza, 5 de bombardeo y una de transportes, y en regimientos especiales.

Los rasgos generales de las fuerzas armadas convencionales variaron poco hasta 1966. Su nivel material y técnico irá disminuyendo (particularmente en la aviación) bajo el doble efecto de los deberes del «gran salto hacia adelante» y de la detención de la cooperación militar y técnica chino-soviética después de 1960[221].

La milicia, heredada de las guerras civiles y de la guerra exterior, prevista por el artículo 23 del Programa Común de 1949 y constituida sobre la base de

[221] Se atenderá a las obras especializadas indicadas en la bibliografía en cuanto a las características, efectivos y detalles de organización de las fuerzas armadas chinas. La finalidad de este capítulo sólo es la de dar una idea general de éstas a causa del papel que pronto desempeñarán en la vida política interior.

la administración territorial y a veces en las empresas, no quedará verdadera y sistemáticamente organizada más que con la aparición de las comunas populares en 1958 y sobre todo cuatro o cinco años más tarde cuando se precisará el retorno en favor de la guerra popular. Depende en un principio de las autoridades civiles del hsiang y del hsien y no puede adelantarse a las órdenes del mando del ejército más que en el nivel superior al hsien. Sus cifras, imposibles de precisar, están en relación directa con los recursos en armamento, dando por entendido que las armas tradicionales o improvisadas (picas, sables, armas de fuego rudimentarias) pueden equipar a una parte de ellos. Sobre todo, constituye una inagotable reserva de hombres para el ejército regular y, en caso de invasión, la base de una amplia defensa en superficie.

Hacia finales del 1er. plan quinquenal, los chinos se empiezan a preocupar por crear una fuerza nuclear. El Instituto de Energía Atómica fue creado en mayo de 1957 y el 15 de octubre del mismo año se firmaba con los soviéticos un acuerdo de ayuda mutua para la producción de armas nucleares[222].

La financiación del desarrollo económico redujo progresivamente la importancia del presupuesto militar cuyo análisis es por otra parte difícil. Se puede afirmar que alcanza aproximadamente un promedio de unos 2,5 millones de dólares americanos y representa un 22 por ciento del presupuesto nacional; entre 1956 y 1957, esta proporción estuvo por debajo del 20 por ciento.

Las profundas transformaciones que sufrieron las instituciones militares en 1954 y sobre todo en 1955, debían tener algunos años más tarde unas previsibles consecuencias políticas. Disminuirían en notable medida la influencia del Partido (y sobre todo de su Departamento Político) en los diversos escalones de la jerarquía, desarrollarían un cierto «profesionalismo» entre los oficiales y en primer lugar entre los jóvenes oficiales salidos de las escuelas militares, disminuirían la participación del ejército en la producción, disminuirían también la importancia del trabajo político en las unidades y, por esta razón, afectarían al espíritu revolucionario de los cuadros y de la tropa.

Estos cambios reducirían también considerablemente la participación del ejército en la obra de restauración económica. Si por una parte las unidades agrícolas paramilitares continúan beneficiando a Sinkiang y demás regiones fronterizas, por otro lado el número de jornadas de trabajo ofrecidas por el ejército en el sector civil disminuye a 4 millones en 1956. Finalmente, en cierta

[222] Éste es el acuerdo que los soviéticos rehusaron llevar a cabo en 1959. Ver cap. XXV.

medida, debían apartar al ejército de las tareas administrativas de mantenimiento en las que éste había prestado a menudo sus cuadros, ya sea en momentos difíciles (reforma agraria, colectivización), ya sea en beneficio de las regiones desheredadas o afectadas por calamidades públicas.

El momentáneo triunfo de esta línea será reconocido por Ho Lung en su gran discurso del 1 de octubre de 1965 sobre «La tradición democrática del Ejército Popular de Liberación de China»[223].

«En un determinado momento —escribe—, algunos estrategas llenos de ideas burguesas acerca de los problemas militares ocuparon de nuevo la escena y provocaron ciertas agitaciones en el nuevo período que siguió a la fundación de la República Popular China. Pretendiendo edificar un ejército regular y moderno, ellos se hicieron defensores de la abolición del sistema del Comité del Partido en el Ejército, lo que significaba en realidad la desaparición de la dirección ejercida por el Partido sobre el ejército, el debilitamiento del trabajo político" y la negación de las tradiciones democráticas y de la línea de masas en nuestro ejército.»

Se puede creer, en efecto, que el repliegue del trabajo político fue muy perceptible puesto que, desde 1956, en el momento del VIII Congreso de inspiración moderada, aparecían algunos signos precursores de un cambio de la corriente[224]. Esto tendrá ocasión de manifestarse con la campaña de rectificación realizada tanto en el ejército como en el resto del país tras el fracaso de las «Cien Flores» y tomará mayor fuerza todavía en 1958 para convertirse en una realidad a partir de 1959, cuando el mariscal Lin Piao reemplace al mariscal P'eng Teh-huai en el Ministerio de Defensa Nacional.

[223] «Diario del Pueblo» del 2 de agosto de 1965.

[224] T'an Cheng, entonces director adjunto del Departamento político del ejército, dirá que los cuadros dan muestras de autoritarismo, cometen negligencias en el trabajo ideológico y se contradicen con las masas (23 de septiembre de 1956).

XV. La política exterior de 1953 a 1957 (I). Las conferencias de Ginebra y de Bandung

Si la guerra de Corea había marcado el retorno espectacular y brutal de China a la escena internacional, el período del primer plan verá a la política exterior china dar un cambio a la vez pacífico, más amplio y mejor afirmado. La vocación asiática de China tendrá ocasión de aparecer en el curso de tres grandes conferencias internacionales: las de Ginebra (Corea y Viet-Nam) en 1954 y la de Bandung en 1955. Al año siguiente, un largo viaje de Chu En-lai a través de once capitales de Asia y de la Europa del Este ilustrará al mismo tiempo el aumento de prestigio de China y la posición tomada por Pekín en los problemas internos del campo socialista.

No obstante, las relaciones con la Unión Soviética siguen siendo el elemento principal de la política exterior china. La desaparición de Stalin a principios de marzo de 1953 permitiría un gran desarrollo en las relaciones económicas mientras que las ideológicas empiezan a ensombrecerse a partir del XX Congreso del PCUS del mes de febrero de 1956. Un viaje de Mao Tse-tung a Moscú en el otoño de 1957 para el 40 aniversario de la Revolución de Octubre parece haber contribuido en gran medida a los grandes cambios interiores que sobrevendrán a China en 1958.

Las conferencias de Ginebra

Sin ninguna interrupción, se van a suceder dos conferencias en Ginebra en la primavera de 1954. La primera dedicada a Corea, es el resultado de las disposiciones del artículo 4 (punto 60) del acuerdo de armisticio firmado en Panmunjon el 27 de julio de 1953:

«A fin de asegurar el arreglo pacífico de la cuestión coreana los mandos militares de ambas partes recomiendan por los presentes a los gobiernos de los países en cuestión de una y otra que, en un plazo de tres (3) meses a partir de la firma y de la entrada en vigor del acuerdo de armisticio, los representantes designados respectivamente por las dos partes realicen una conferencia política de nivel superior a fin de resolver, por vía de negociaciones, la cuestión de

la retirada de Corea de todas las fuerzas extranjeras, y concluir pacíficamente la cuestión coreana, etc.»

Este plazo de tres meses no sería respetado a pesar de la insistencia del campo socialista que, por razones tanto militares como políticas, tenía gran interés en obtener la marcha de las tropas de las Naciones Unidas. El 28 de septiembre de 1953, V.M. Molotov, entonces ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, propone el convocar una conferencia de cinco potencias: Estados Unidos, URSS, Francia, Gran Bretaña y China Popular. A su vez los chinos hacen proposiciones en el mismo sentido el 30 de noviembre de 1953 y Chu En-lai las recordará de nuevo el 9 de enero de 1954.

Será finalmente la conferencia realizada en Berlín del 25 de enero al 18 de febrero de 1954 por los cuatro ministros de Asuntos Exteriores (Estados Unidos, URSS, Francia y Gran Bretaña) quien decidirá reunir en Ginebra, el 26 de abril de 1954, una y en realidad dos conferencias para la conclusión de los problemas de Corea y de Indochina. Los participantes fueron invitados ya sea por la Unión Soviética ya sea por los aliados occidentales[225].

La conferencia de Ginebra acerca de Corea terminaba el 15 de junio sin haberse obtenido ningún resultado, ya se tratase de la retirada de fuerzas extranjeras o de la reunificación de los países.

La intransigencia de Syngman Rhee y la de Foster Dulles, representado por el general Bedell Smith, se explican dada la importancia de Corea del Sur para la seguridad del Japón. La de Nam II y Chu En-lai por la negativa de aceptar unas elecciones libres bajo control internacional.

En vano Chu En-lai intentó salvar in extremis la conferencia proponiendo unas reuniones reducidas a siete participantes y después una resolución manifestando la intención de los miembros de reemprender sus trabajos en vistas a realizar pacíficamente una Corea «unida, independiente y democrática». Esta maniobra, que en las circunstancias presentes no tenía más que un sentido de propaganda, debía fracasar[226]. Pero, por primera vez en la Historia, si

[225] Ciertos Estados deseaban en efecto evitar todo gesto que pudiera ser interpretado como un reconocimiento de derecho o de hecho de algunos de los demás Estados mientras que la cuestión de pertenencia o la no pertenencia a las Naciones Unidas acarreaba también problemas de procedimiento.

[226] Las proposiciones de Nam II (proposición en seis puntos) y de Molotov no tuvieron más éxito, pero Chu En-lai presentará las suyas con arte superior y dominará limpiamente la última sesión de la asamblea.

exceptuamos la intervención de Wu Hsiu-ch'uan en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el 28 de noviembre de 1950, el régimen participaba realmente en una gran audiencia internacional y su primer ministro se señalaría por su talento, su soltura y su habilidad para sacar provecho de las ocasiones más insignificantes.

Casi inmediatamente, y con los mismos representantes de las grandes potencias, se abría la Conferencia acerca de Indochina. Sus peripecias y sus propios resultados sobrepasan evidentemente el propósito del presente volumen, pero no se debe silenciar la posición y la actitud general de la delegación china que estaba dirigida por Chu En-lai, entonces primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, asistido por los viceministros Chang Wen-t'ien y Li K'o-nung y el secretario general de la delegación china, Wang Ping-nan[227].

Desde el principio de la conferencia, los chinos dieron muestras de cautela afirmando constantemente su total desinterés. En ningún momento se dejaron llevar por la codicia nacional o no tuvieron la intención de poner condiciones, limitándose a recordar en público su derecho a ocupar su puesto en las Naciones Unidas y repetir que el restablecimiento de la paz en Indochina era su única ambición.

Esta hábil política parecía oponer al «belicismo» americano totalmente preocupado por los pactos y las ayudas militares, la buena voluntad china completamente orientada hacia la paz, la coexistencia y las soluciones negociadas. Apoyada en la oportuna declaración de Chu En-lai - Nehru - U Nu de los días 27 y 28 de junio acerca del valor de los «cinco principios de coexistencia»[228], recordados en toda ocasión, ésta tranquilizaba a la mayor parte de los Estados asiáticos y alentaba su neutralismo. Chu En-lai se dedicó por otra parte con su habitual cortesía y su calma a ganarse a los representantes de los países que no estaban en Ginebra o que estaban de paso, sobre todo a los camboyanos y los laosianos.

---

[227] Las negociaciones se iniciaron el 8 de mayo. Sobre las peripecias de la conferencia misma se podrá consultar a Philippe DEVILLERS y Jean LACOUTURE, *La fin d'une guerre*, París, 1960, 2a. edición 1969, titulada: *Vietnam, de la Guerre francaise á la Guerre américaine*.

[228] Respeto mutuo de la integridad y de la soberanía territorial de los Estados, no agresión, no injerencia, igualdad y mutuas ventajas, coexistencia pacífica.

No se puede dudar de que los chinos habían estado muy deseosos, por razones internas y externas, de ver realizarse un armisticio en Indochina. Repetidas veces, cuando la suerte de la conferencia parecía en peligro, se apresuraron a darle abiertamente o desde bastidores, un nuevo impulso y todo hace pensar que se sirvieron de todo su peso en el Viet-Nam del Norte. Era suficiente ver el rostro alterado de Chu En-lai el día del fracaso de la Conferencia de Corea y el gozo controlado pero real que manifestaba los días 20 y 21 de julio, para poder medir la satisfacción que le causaba un armisticio destinado a servir tan perfectamente al interés y a la fama de su país.

La actitud de Pekín se explica suficientemente por el temor de una internacionalización del conflicto indochino. Ésta hubiera trastornado todos sus planes de construcción económica entonces en pleno vuelo, comprometido todas sus fuerzas militares en el Sudeste asiático como antes en Corea y finalmente hubiera puesto en compromiso la misma existencia del régimen. Pero también se inscribió en una política asiática completamente nueva de la que la Conferencia de Bandung, un año más tarde, iba a servir de clara ilustración.

Hasta aquí, invitados especialmente a seguir el ejemplo chino desembarazándose del «feudalismo» y de la «explotación colonialista o semicolonialista», los países asiáticos van a verse, sin distinción de régimen o de sistema social, enaltecidos y exaltados en su nacionalismo e invitados a eliminar la influencia americana para practicar un verdadero neutralismo. La imagen tranquilizadora de China les ayudará mientras que la presencia militar americana en Extremo Oriente se verá privada de justificación aparente. Mientras que China permanezca absorbida por su construcción interior y sea una potencia militar de segundo orden y mientras que las jóvenes naciones de Asia no estén dispuestas, por falta de madurez revolucionaria, a operar con éxito su revolución neodemocrática y después socialista, conviene en primer lugar apartar a los americanos del continente.

Fuera de todo antagonismo ideológico, la política de Washington es en efecto rival en la medida en que pretende consolidar el nacionalismo de los nuevos Estados —a veces en detrimento de las antiguas potencias coloniales—, apresurar la formación de cuadros administrativos y técnicos calificados, ayudar al desarrollo económico, destruir las desconfianzas hacia Occidente y hasta conducir a unas alianzas bilaterales o a unos pactos de seguridad regionales. En una palabra, se trata de impedir que los americanos

construyan en los flancos orientales y meridionales de China un sistema anticomunista, militarmente poco amenazador, pero que sería un obstáculo considerable tanto para la expansión revolucionaria futura como para el interés nacional inmediato. Según esto la situación de 1954 ofrecía ciertas analogías entre la política soviética de hostilidad a la unificación europea y la política china de hostilidad a una mejor solidaridad si no a un reagrupamiento de las naciones no comunistas.

Es suficiente recurrir a los mensajes y declaraciones que Chu En-lai hará después de la Conferencia de Ginebra acerca de Indochina para observar cómo el tema de la paz, de la coexistencia pacífica y de la utilidad de las consultas periódicas quedó sustituido provisionalmente por el de la China guía y modelo de las futuras revoluciones. Se hizo todo lo posible en la opinión internacional para aislar moral y políticamente a los americanos excluidos de este pacifismo general.

En la misma península indochina, la Conferencia de Ginebra había permitido consolidar la posición política y económica de Pekín.

El control del Tonkin por el Viet-Minh aportaba a China unas ventajas de seguridad y ventajas económicas mucho más ciertas puesto que el valle del río Rojo es la salida natural y ya equipada de tres o cuatro de las provincias chinas del Sudoeste. Al mismo tiempo, el corte del paralelo 16 estaba encaminado a convertir a Hanoi en más dócil a sus sugerencias. En este aspecto, tanto por razones de política general como de interés regional, los chinos parecían tener para el futuro inmediato vías muy diferentes a las del Viet-Minh; la comparación de dos discursos pronunciados por Chu En-lai y Pham Van Dong durante su viaje a Pekín el 2 y 3 de agosto de 1954 proporciona una palpable demostración.

Los propósitos de Pham Van Dong son violentos y ponen tan por delante al Pathet Lao y a los Khmers-Issaraks como al Viet-Minh. Interpretan los acuerdos de Ginebra como una victoria inicial y no final. Por todo esto el jefe de la delegación vietnamita en Ginebra exclamó:

«La Conferencia de Ginebra es para nosotros una victoria, pero no es más que una primera fase. Debemos todavía consolidarla y desarrollarla. La Conferencia de Ginebra ha abierto nuevos horizontes al pueblo del Viet-Minh, a los Khmers-Issaraks y al Pathet Lao que luchan por la paz, la unificación y la democracia. El pueblo del Viet-Minh y el partido Lao-Dong del Viet-Nam con-

tinúan trabajando en vistas de nuevas victorias en la línea del informe del presidente Ho Chi Minh acerca de la nueva situación y acerca de nuestras tareas... Los pueblos del Viet-Minh deben continuar fortaleciendo la estrecha unidad con los pueblos Khmer y Pathet Lao para realizar todos los derechos nacionales de los tres Estados de Indochina» (3 de agosto de 1954).

Chu En-lai rinde un homenaje muy pobre al Viet-Minh: «La delegación Viet-Minh ha jugado un papel importante en la obtención de la paz en Ginebra.» Se abstiene cuidadosamente de nombrar al Pathet Lao y a los Khmers-Issaraks y, en el mismo día, declara en la embajada del Viet-Nam:

«...El acuerdo acerca del retorno de la paz en Indochina llevado a cabo en Ginebra es una contribución inmensa a la consolidación de la paz mundial, de la seguridad y particularmente de la seguridad y de la paz en Asia. Nos muestra que la paz ha vencido de nuevo sobre la guerra. Facilitará un nuevo período de calma en el mundo y abrirá el camino hacia la solución pacífica de numerosos problemas internacionales. Cada vez más, los pueblos están a favor de la coexistencia pacífica de los Estados de sistemas sociales diferentes. Los pueblos están más y más disgustados con los que desean una política de fuerza, una política de expansión armada y de preparación para la guerra...»

Además del Viet-Nam, las preocupaciones de los chinos se dirigían particularmente a Laos y Camboya. Chu En-lai testimoniará a los representantes de dichos países muchas consideraciones y cordialidades sin aportar a los movimientos rebeldes más que un discreto apoyo. Sin duda alguna, esta política era el resultado de unas condiciones políticas locales muy diferentes a las del Viet-Nam, pero correspondía desde luego también a un interés chino, el de limitar la presente y futura influencia del Viet-Nam en los dos países diferentes a este último por la raza, la lengua y la cultura y destinados a regresar bajo algún moderno disfraz al vasallaje de Pekín. Dentro de la misma perspectiva Chu En-lai manifestó frecuentemente todo el interés que tenía China en el mantenimiento de una determinada presencia francesa en Indochina. No se trataba solamente de palabras de circunstancias para suavizar la amargura de las renuncias francesas, sino que se trataba también de evitar la inclinación de estos tres Estados (Laos, Camboya y Viet-Nam del Sur) hacia otras potencias sobre todo hacia los Estados Unidos y poner ciertos obstáculos de más al conjunto de la herencia de la Unión Francesa en el Viet-Nam.

En definitiva, se puede afirmar que la Conferencia de Ginebra acerca de Indochina, estabilizando para algunos años la situación en el Sudeste asiático y

demostrando la importancia y hasta cierto punto el espíritu conciliador de China Popular en el plano internacional, es un acontecimiento esencial de la historia del Partido Comunista chino. Algunos años más tarde los datos específicos del problema indochino van a ser sobrepasados. La agravación de las relaciones chino-soviéticas, la evolución de Rusia y de los Estados Unidos hacia una relajación de las tensiones preludiando un reparto de influencias y después la presencia militar americana en el Viet-Nam del Sur, van a colocar el problema en un contexto mundial profundamente diferente y van a modificar a propósito de éstos el conjunto de la política china en la península.

La Conferencia de Bandung

La Conferencia, que reunirá a veintinueve naciones africanas y asiáticas en Bandung (Indonesia), del 18 al 24 de abril de 1955, aparecía como la toma de conciencia colectiva de naciones económicamente atrasadas, emergiendo la mayor parte de ellas del naufragio de los antiguos imperios coloniales, deseosas de escapar a las presiones o a la atracción de los bloques.

En realidad, la presencia y la influencia de una China masiva y populosa, ciertamente asiática, pero segunda potencia del campo socialista y animada por una ideología revolucionaria expansionista va, a pesar de su prudencia, a falsear el espíritu de la conferencia y acabará por condenar la empresa.

Oficialmente, la Conferencia de Bandung se debe a la iniciativa de los cinco países del Pacto de Colombo: Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán, reunidos en Colombo del 5 de abril al 2 de mayo de 1954. En el curso de una preconferencia, realizada en Bogor los días 28 y 29 de diciembre de 1954, los cinco primeros ministros de los Estados citados habían enviado una lista de 29 participantes[229] y definido en cuatro puntos las finalidades generales de la futura conferencia:

1. Desarrollar la buena voluntad y cooperación entre las naciones de Asia y África, buscar y promover sus intereses comunes.

[229] Afghanistan, Camboya, República centroafricana. China, Egipto, Etiopía, Costa de Oro, Irán, Irak, Japón, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Nepal, Filipinas, Arabia Saudí, Sudán, Tailandia, Siria, Turquía, República Democrática del Viet-Nam, Yemen, así como las cinco naciones responsables.

2. Estudiar los problemas sociales, económicos y culturales de los Estados en cuestión y sus relaciones en este aspecto.

3. Examinar unos problemas de interés particular que afectaban sobre todo a la soberanía, al racismo y al colonialismo.

4. Considerar la posición de Asia y África en el mundo de hoy y estudiar su contribución en el desarrollo de la paz y de la cooperación internacional.

El comunicado se cuidaba de precisar que esta reunión, cuya finalidad era la toma de contacto y el intercambio de información entre las naciones participantes, no implicaba ningún cambio en sus relaciones diplomáticas respectivas. No se trataba de crear ningún nuevo bloque regional.

Éste es el ambiente general en el que deberá operar Chu En-lai. El primer ministro chino sabrá simultáneamente entrar en el juego del neutralismo apolítico y declinar la atención de los delegados hacia China. Las dos intervenciones que debió realizar, el 19 de abril, evocaron en primer lugar las razones que la solidaridad asiática podía encontrar en su pasado: colonialismo y discriminación racial: «La población de Asia no olvidará jamás que la primera bomba atómica ha explotado en suelo asiático.» La defensa de la paz y el respeto a los cinco principios de coexistencia pacífica debían conducir hacia un «frente unido» que no nombra, pero que evoca con ciertas expresiones de la experiencia interior china. Chu En-lai, manifestando la confianza que China tiene en el comunismo, tendrá cuidado de no suscitar enfrentamientos ideológicos y, siguiendo la política afirmada en Ginebra, se esforzará en tranquilizar a los pequeños vecinos de su país, tendiendo la mano a Filipinas y a Tailandia, los más vinculados al campo occidental, y denunciando por el contrario la «subversión» que procede de Taipeh[230]. Discurso hábil y dulzón a la vez que no podía contrariar más que a los ausentes, aunque no se hizo ninguna referencia directa a ninguna de las grandes potencias occidentales o a la organización del Tratado de Defensa de Asia del Sureste de la que, en verdad, tres de los participantes (Pakistán, Filipinas y Tailandia) eran miembros. El 23 de abril, dirigiéndose a los jefes de ocho delegaciones, dirá que el gobierno chino estaba dispuesto a abrir negociaciones con los Estados Unidos en vistas a la pacificación del Extremo Oriente y especialmente en el estrecho de Taiwan.

[230] Un aparato transportando miembros de la delegación china a Bandung había sido saboteado en Hong-Kong el 11 de abril y se había perdido a la altura de Borneo.

Chu En-lai y Nehru serán las dos grandes figuras de la conferencia, pero el primero tomaría finalmente mucho más relieve que el segundo a causa de su mayor dinamismo personal y también sin duda porque su país parecía aportar ya soluciones alentadoras, eficaces y quizás ejemplares a los problemas del subdesarrollo. Los «Cinco principios» (Pancha shila) convertidos en los «Diez principios de coexistencia» aparecieron muy pronto como fórmula más representativa de la política exterior china que de la india y la paralela que se dibuja entre los dos hombres y los dos Estados ante la reunión del Tercer Mundo se convertiría en algunos años, debido a los acontecimientos del Tibet, en abierta rivalidad.

Las relaciones chino-indias

Después del intercambio de misiones diplomáticas entre los dos Estados el 1 de abril de 1950, las relaciones chino-indias no habían dejado de aclararse y mejorarse. En diversos momentos Delhi, en un principio representado en Pekín por un embajador activo y favorable al nuevo régimen, Panilvkar, había servido de canal entre los beligerantes de la guerra de Corea. El acuerdo de «liberación pacífica» del Tibet concluido el 23 de mayo de 1951 entre el gobierno de Pekín y el gobierno local tibetano colocaba a éste en el marco de una autonomía regional deseada por los indios[231]. El día 29 de abril de 1954, el gobierno de Delhi estaba resuelto a firmar en la capital china un tratado de comercio y de comunicaciones que hacía desaparecer las últimas facilidades que habían heredado de los británicos. Un mes después, aprovechando un entreacto de la Conferencia de Ginebra, el primer ministro chino se detenía en Delhi, del 24 al 27 de junio, en su camino hacia Pekín. Igualmente deseoso de aumentar el papel de su país y de los países del Tercer Mundo en los acontecimientos internacionales, los dos hombres de Estado habían reafirmado, en un comunicado común fechado en 26 de junio, mucho más solemnemente los «Cinco principios de coexistencia pacífica» ya incluidos en el preámbulo del acuerdo precedente. Por ahora, se trataba de influir acerca del sentido de la paz en las potencias reunidas en Ginebra. En el futuro, los «Cinco principios» debían marcar, según palabras de Nehru, «un relativo cambio histórico en la relación de fuerzas en Asia».

[231] Ver cap. XXI.

El 19 de octubre de 1954, Pandit Nehru devolvía en Pekín la visita de Chu En-lai a la India y, algunos días antes, el 14 de octubre, se había firmado un importante acuerdo comercial en Delhi entre los dos países.

Tras Bandung las visitas oficiales se sucedieron sin modificar sensiblemente las relaciones de Estado que parecían, por el contrario, haber empezado a evolucionar en un clima de desconfianza, como si se hubiese establecido virtualmente una determinada competición entre los hombres y los sistemas. Los chinos, por otra parte, dirigen en el Tibet una política mucho más dura y para evitar una crisis más grave con ellos, el Pandit Nehru parece ser que deberá aconsejar al Dalai Lama y al Panchen Lama, llegados en viaje oficial a la India en noviembre de 1956 con ocasión del 2.500 aniversario de la muerte de Buda, que regresasen voluntariamente a su país. Chu En-lai se dirigirá dos veces a la India en esta época (29 de noviembre de 1956 y 2 de enero de 1957) y estos viajes mantendrán las apariencias durante algún tiempo.

Las relaciones chino-indonesias

Dentro de la nueva política china de acercamiento a las naciones del Tercer Mundo, Indonesia debía tener un lugar particularmente importante. Una buena armonía con este país de cerca de 100 millones de habitantes, rico en recursos, en donde se encontraba un Partido Comunista fuerte y bien repuesto de sus desastres del año 1948, permitiría rebasar lo que quedaba de influencia occidental en Asia del Sureste y preparar la realización de un eje Pyongyang-Pekín-Hanoi-Yakarta que había de hacerse realidad pocos años más tarde.

Estas ambiciones hacían deseable un reglamento del estatuto de las numerosas y a menudo ricas colonias chinas totalizando casi unos tres millones de individuos diseminados en todas las grandes islas de la República de Indonesia[232]. Su papel económico, las dificultades de su asimilación por una sociedad ampliamente musulmana y su vasallaje hacia un país poderoso, mantenían la envidia y la desconfianza por parte de la nación invitada. Un estatuto claramente definido descartaría un obstáculo de la cooperación chino-indonesia y

[232] Las evaluaciones ordinarias cifran por aquel entonces a los habitantes de colonias chinos en 2 o 3 millones de los que un 30 por ciento han nacido en el continente y un 70 por ciento en Indonesia. Las 900 escuelas chinas reagrupan a 300.000 alumnos.

podría servir de precedente y de modelo en otros países de intensa presencia china.

Las negociaciones, preparadas desde diciembre de 1954, desembocaron en un acto importante: el tratado del 22 de abril de 1955, cuya disposición principal obliga a los residentes chinos a escoger, en dos años, entre la nacionalidad china y la indonesia. Con motivo de ciertas oposiciones interiores, y en primer lugar de la del Masjumi, el gran partido musulmán, este tratado no sería ratificado hasta 1960 y no entrará jamás totalmente en vigor, pero el efecto moral perseguido será al menos temporal y parcialmente conseguido.

El primer ministro indonesio Ali Sastroamidjojo se dirigirá a Pekín inmediatamente después de Bandung. Las manifestaciones de cortesía y de amistad habituales no le impidieron rechazar el comunismo y proclamar su fe religiosa. En los meses de septiembre y octubre de 1956, la visita del presidente Sukarno a Pekín, en donde permanecerá dos semanas, será la ocasión para los dos Estados de afirmar su apoyo recíproco en diversas cuestiones internacionales (Irán occidental, Taiwan, entrada de China en las Naciones Unidas).

Las relaciones chino-birmanas

Bandung contribuirá también a acercar más China a Birmania, que había sido la primera nación de Asia en reconocerla.

Ya el paso de Chu En-lai por Rangún, el 28 de junio de 1954, en el momento de la Conferencia de Ginebra, había ofrecido la ocasión de un comunicado común que repetía el que Nehru y Chu En-lai habían publicado en Nueva Delhi poco antes y cuya sustancia venía a ser el reconocimiento de los «Cinco principios». U Nu devolverá en diciembre de 1954 la visita del primer ministro chino. Bajo su humildad y aparente gratitud por la tolerancia de los chinos frente a los restos del ejército nacionalista chino de Li Mi que operaba en la frontera de China y de los Estados Shans, o por la adquisición de 150.000 toneladas de arroz, aparecía la voluntad de apartar a Pekín de los acontecimientos interiores birmanos[233]. Finalmente, si las comunicaciones aéreas, de

[233] Ver particularmente su discurso del 10 de diciembre de 1954 en Pekín. U Nu declara en él que los birmanos son demasiados orgullosos como para ser los juguetes de nadie y solicita con asombrosa franqueza una reconciliación chino-americana. Chu En-lai

carreteras y telegráficas entre los dos países quedan mejoradas, lo referente a las fronteras, complicadas por incidentes locales y por la existencia de movimientos comunistas rivales, pero rebeldes a la autoridad de Rangún, queda todavía en suspenso a pesar de una declaración común del 9 de noviembre de 1956[234].

Las relaciones con Camboya, Laos y Nepal

Por su vocación neutralista afirmada desde Ginebra y sin duda también a causa de la importancia de su colonia china, Camboya continuará siendo objeto de las atenciones halagüeñas de Pekín. El príncipe Sihanuk hará a la capital china la primera de sus numerosas visitas oficiales el 14 de febrero de 1956, y poco más tarde (21 de junio) recibirá una ayuda económica de 22 millones de dólares para la construcción de industrias textiles y fábricas de cemento.

En el mes de agosto de 1956, es el primer ministro de Laos, el príncipe Suvanna Fuma, quien será recibido a su vez por los dirigentes chinos.

Nepal, centro de una antigua concurrencia chino-india, empieza poco a poco a colocarse en la esfera de atracción china. Después del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países (1 de agosto de 1955), firma un acuerdo de comercio concerniente a sus intercambios con el Tibet (20 de septiembre de 1956), y después un acuerdo de asistencia económica que le valió un crédito de 60 millones de rupias (7 de octubre de 1956). Estas buenas relaciones no impiden ciertas infiltraciones chinas mientras que el líder comunista K. I. Singh fue acogido por Pekín desde 1954.

responderá secamente rogando a U Nu que obtenga de «cierto Estado» la retirada de sus fuerzas de los territorios do otros Estados.

[234] Cabe destacar en el curso de este período la visita a Pekín de dos delegaciones birmanas importantes, la del comandante en jefe de las fuerzas armadas, el general Ne Win (28 de septiembre de 1955) y la de una misión económica presidida por el vice-primer ministro U Kyan Nygin (4 de diciembre de 1957) y una vista de Chu En-lai a Rangún (20 de diciembre 1956).

Es también la misma imagen que la China Popular supo dar de sí en Ginebra y sobre todo en Bandung la que le va a permitir abrirse camino en el Próximo Oriente. Hasta entonces, Taipeh, en donde se habían refugiado ciertas personalidades musulmanas chinas muy influyentes: el general Pai Ch'ung-hsi, los generales Ma (Ma Hung-kuei y Ma Pu-fang), se había alegrado un tanto de tener a su rival apartada de esta parte del mundo y conservar así un gran número de votos árabes en las Naciones Unidas. Pero, entre 1955 y 1957, los nacionalistas acabaron por perder el apoyo de Egipto, Sudán, Siria y Yemen.

Es simultáneamente en calidad de potencia islámica, de asociada económica y como defensora de los países del Tercer Mundo contra el «imperialismo» como se presentará la China de Pekín.

A este triple punto de vista el Egipto «revolucionario» del coronel Nasser era para ella un terreno particularmente favorable. Unos vínculos culturales anteriores a 1949 existían entre los dos países y sobre todo entre la Universidad de Al Azliar y los musulmanes de Sinkiang. Las industrias textiles chinas podían absorber fácilmente el algodón egipcio a pesar de su alta calidad; finalmente, los «Cinco principios» de coexistencia y el neutralismo parecían representar para el nuevo Egipto una seductora vía media.

Efectivamente, es por un acuerdo cultural del 31 de mayo de 1955 como se iniciaron las relaciones chino-egipcias. Será el ministro encargado de los Asuntos Religiosos, Hassan El Bakhou-ri, quien lo firmaría por parte de El Cairo, y el musulmán Burhan, presidente de la Asociación Islámica China, por parte de Pekín. Es muy destacable que a pesar de la calidad de las negociaciones las cuestiones propiamente religiosas no tenían lugar en ellas. Por el contrario, el acuerdo invoca explícitamente el espíritu de Bandung[235].

Algo más tarde, el 22 de agosto del mismo año, será firmado un primer acuerdo comercial chino-egipcio, válido para tres años, con el importe de 20 millones de libras esterlinas. El establecimiento de relaciones diplomáticas formales entre los dos Estados se realizará por fin el 16 de mayo de 1956.

[235] Un nuevo acuerdo cultural se firmaría el 15 de abril de 1956.

La crisis del otoño de 1956 vería a los chinos apoyar en gran medida a sus nuevos amigos. Los chinos no tenían otra salida que aprobar la nacionalización del canal —tomando cuidado de preservar el principio de libertad de navegación resultante de la convención de Constantinopla de 1888— y alinearse enteramente en el lado egipcio durante la intervención militar anglo-franco-israelita.

En Pekín se organizaron unas ruidosas manifestaciones contra ingleses y franceses y, el 3 de noviembre, Chu En-lai dirige a Londres y a París una desagradable protesta. Las relaciones chino-egipcias iban no obstante a enfriarse notablemente en el transcurso de los años siguientes y conocerían en 1959 una grave crisis.

En el resto del mundo árabe, los chinos pudieron hacerse reconocer por el Sudán el 4 de enero de 1956, Siria el 2 de julio de 1956 y por el Yemen el 21 de agosto del mismo año. Se intercambiarían ciertas misiones comerciales y culturales[236].

China y Afganistán

Con Afganistán, país limítrofe en algunas decenas de kilómetros del Pamir e históricamente vinculado a China como a toda Asia —René Grousset le llamaría la «placa giratoria de los destinos asiáticos»—, los chinos establecen unos vínculos diplomáticos desde el 20 de enero de 1955. Las relaciones entre ambos países se desarrollarían también notablemente en el transcurso de los años siguientes.

China y el resto del mundo

Diversos acuerdos, muy a menudo de carácter comercial, fueron firmados con numerosos países del mundo libre. Sus incidentes políticos fueron débiles, ya se trate del Pakistán por aquel entonces muy introducido en la OTASE, y el Pacto de Bagdag (CENTO), del Japón semiintegrado dentro de la economía

[236] Unas misiones comerciales libanesas e irakíes se trasladaron igualmente a China en 1955 sin que las relaciones políticas de estos Estados con Pekín fuesen modificadas.

americana y Francia que la guerra de Indochina en primer lugar, y a continuación los acontecimientos de Argelia, le van a impedir reconocer a Pekín[237].

Curiosamente, la Conferencia de Ginebra acerca de Indochina hará nacer unas relaciones diplomáticas de un nuevo tipo, paralelamente a la conferencia, y después, a partir del 1 de agosto de 1955, de una manera regular a nivel de embajadores chino en Varsovia (Wang Ping-nan) y americano en Praga (Alexis Johnson). La suerte de los 80 americanos todavía detenidos en China y la de los 5.000 estudiantes chinos residentes en los Estados Unidos será el punto de partida de estas reuniones que, a pesar de ciertas interrupciones, prosiguieron hasta 1970[238]. Detrás del objeto perseguido se adivinan las inmensas sombras de los verdaderos problemas, los que plantean la supremacía de los Estados Unidos en el Pacífico y el deseo de hegemonía china en Asia Oriental. Repetidas veces, en 1955 y en 1956, Pekín propondrá una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores chino y americano y sugerirá el establecimiento de un pacto de seguridad colectiva en el Pacífico. En esta época un ajuste temporal no era inconcebible, pero la cuestión de Taiwan es el centro de todo acuerdo y, debido a ello, la oposición de los principios es sin duda más infranqueable que la de los datos políticos y estratégicos.

Desde finales de la Conferencia de Ginebra, los dirigentes de Pekín afirman continuamente sus derechos sobre Taiwan, hacen llamada al patriotismo de los taiwaneses, a menudo a través de los altos funcionarios adheridos al antiguo régimen, entre los cuales el doctor Wong Wen-hao, antiguo presidente del Yuan ejecutivo y distinguido geólogo de formación francesa, era el más eminente.

Esta campaña parecía tener numerosos objetivos: colocar el problema a los ojos de la opinión internacional en la huella del arreglo de los conflictos de Indochina, incitar a la Unión Soviética a que le prestase más atención, y abrir con los americanos un diálogo que, aunque fuese estéril, reforzaría la posición

[237] El 1 de septiembre de 1956, una importante misión económica francesa dirigida por Henri Rochereau, presidente de la Comisión de los asuntos económicos del gobierno, se trasladó a Pekín y allí firmó unos arreglos comerciales. Era la segunda visita de Rochereau a Pekín a donde igualmente se había trasladado en octubre de 1955 una delegación parlamentaria francesa.

[238] Habrá 73 del 1 de octubre de 1955 al 31 de diciembre de 1957. la última con fecha de 20 de enero de 1970 es la 135.

de Pekín y serviría a su propaganda. Chu En-lai manifestó claramente sus deseos frente al Comité Nacional de la conferencia consultiva política popular del 30 de enero de 1956:

«En el curso del año anterior nuestro gobierno ha indicado repetidas veces que además de una liberación por la guerra, es igualmente posible liberar Taiwan por medios pacíficos.»

Comediante consumado, recordará la ocasión en que el Partido Comunista chino y el Kuomintang, dos veces en el transcurso de su historia, habían combatido hombro con hombro y, en Phnom Penh, respondiendo a los periodistas occidentales, dirá también a modo de ocurrencia irónica, que Chiang Kai-sheck encontraría en Pekín una buena acogida y unas funciones dignas de su rango.

No obstante, en ningún momento los chinos consintieron, como los americanos les pedían, el suscribir un compromiso de no recurrir a la fuerza bajo el precio de la retirada de la garantía de la VII flota al gobierno nacional. Formando íntegramente Taiwan parte de China, independientemente del régimen político de ésta, los derechos de la ocupación militar entraban dentro de los atributos de la soberanía nacional china. En otros términos, la retirada de la VII flota era un hecho exterior, proveniente de un acuerdo entre la China Popular y los Estados Unidos, el retorno de Taiwan era un problema interno a solucionar completamente por parte de las dos partes chinas. Tal es hoy en día la posición de Pekín[239].

El fracaso de las tentativas de acercamiento chino-americanas, acercamiento a decir verdad difícilmente concebible en vida de Foster Dulles y la deterioración de las relaciones chino-soviéticas, son el origen de una grave crisis que sobrevendrá en 1958 en el estrecho de Formosa. Su solución contribuirá ampliamente a orientar la política exterior china hacia la independencia que actualmente conoce.

[239] Ver acerca de este punto la declaración del 13 de junio de 1956 del Ministerio de Asuntos Exteriores chino.

XVI. La política exterior de 1953 a 1957 (II). Las relaciones chino-soviéticas

La repentina desaparición de Stalin el 5 de marzo de 1953 hará reanudar las relaciones ruso-chinas con ventajas por parte de Pekín. Aquel, a quien Mao Tse-tung llamaba «la figura central de la revolución después de Lenin»[240], no había otorgado jamás una plena confianza y un apoyo sin reservas al Partido Comunista chino y particularmente al jefe que tenía desde la conferencia de Tsunyi en enero de 1953[241]. Aun sin apoyarse en las observaciones desagradables que se le han atribuido sobre los comunistas chinos y que podían inspirar el deseo de desorientar a sus interlocutores americanos o yugoslavos, es suficiente invocar los hechos para convencerse de ello. Si las decisiones tomadas por Stalin durante la crisis de 1927 podían ser el efecto de una desconfianza en la situación interior china, la presión ejercida sobre Yenan para hacer liberar a Chiang Kai-sheck en el incidente de Sian, en diciembre de 1936, la concesión de una ayuda militar únicamente al gobierno central durante la guerra contra el Japón, las disposiciones del tratado del 14 de agosto de 1945, los consejos de prudencia e incluso de lentitud dados a los comunistas chinos de 1945 a 1949 y el restablecimiento de los privilegios y de los intereses rusos en Manchuria con el tratado del 14 de febrero de 1950, demuestran también que, en el pensamiento del dictador soviético, las relaciones de Estado prevalecían con mucho sobre la solidaridad ideológica. Mao Tse-tung tratará este tema el 24 de septiembre de 1962 en la 10a. sesión del VIII Comité central subrayando que Stalin, temiendo que China tomase el camino de Yugoslavia y él (Mao) el de Tito, había puesto dificultades en la firma del tratado del 14 de febrero de 1950 y no había otorgado su confianza a los chinos hasta el invierno de 1950 durante la campaña de «Resistencia a América y de ayuda a Corea»[242]. Estos propósitos no se conocerían en el extranjero hasta 1967, pero a partir de 1963 el Partido chino se había manifestado públicamente y con amargura:

[240] Cf. «Pravda» del 9 de marzo de 1953: La mayor amistad.
[241] Ver vol. I, cap XVII.
[242] Ver un texto inglés de este discurso en «Chinese Law and Government. A Journal of Translations», vol. 1, num. 4, Nueva York, 1969.

«Los comunistas chinos han sido en sí mismos, desde hace tiempo, la experiencia personal de ciertos errores de Stalin... Desde los finales de los años veinte, después durante los 30 y finalmente en los principios y mediados de los 40, los marxistas-leninistas chinos, teniendo a los camaradas Mao Tse-tung y Liu Shao-ch'i por representantes, se dedicaban a frenar la influencia de ciertos errores de Stalin.

»Por ejemplo, Stalin había dado consejos erróneos a propósito de la Revolución china, pero tras la victoria de ésta reconoció su error.»[243]

Se puede ver bastante bien cómo a este texto le falta precisión. Efectivamente, en ningún momento las circunstancias permitieron a los chinos el manifestarse libre y totalmente en el tema del dictador soviético. Durante el período de la conquista del poder y hasta el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se encontraban en numerosos planos en situación de demandantes mientras que la guerra fría les imponía cuidar de la unidad en el campo socialista. Todavía estaban al borde de la ruptura en las vísperas de la muerte de Stalin, si creemos en las palabras mantenidas por Kruschev en Varsovia en 1956. Después de 1956 y del comienzo de las divergencias, el nombre de Stalin se convirtió en el símbolo de una actitud internacional intransigente y cada vez más conforme a sus deseos y también en el símbolo de una resuelta oposición a las tendencias revisionistas de sus sucesores juzgados de mediocres y divididos. Finalmente, Stalin y Mao Tse-tung se parecían en demasiados aspectos, y en primer lugar en su estilo autoritario, como para que la crítica del primero no alcanzase al segundo.

El viaje de Chu En-lai a Moscú en ocasión de los funerales de Stalin demostrará hasta en los detalles del protocolo, que, por razones internas a la URSS y al campo socialista, los nuevos dirigentes soviéticos otorgaban un gran precio a la colaboración china. Los años 1953-1956 van a ser la luna de miel de las relaciones entre los dos países y entre los dos partidos.

---

[243] Sobre la cuestión de Stalin, ver «Diario del Pueblo», 13 de septiembre de 1963, Los diversos escritos de circunstancia publicados anteriormente sobre Stalin por Mao Tse-tung y sobre todo por Ch'en Po-ta son las más de las veces laudatorios. De todas formas en ellos se manifiesta el reconocimiento de que Mao Tse-tung ha ignorado prácticamente las obras de Stalin hasta la guerra contra Japón. Ignorancia sin duda alguna deliberada y a la que Mao Tse-tung debía forzosamente poner fin para consolidar su posición personal en el Partido Comunista chino como en el movimiento comunista internacional.

Desde el 30 de marzo de 1953, los chinos, más libres de sus iniciativas y presintiendo una ampliación de la ayuda económica soviética, inician una maniobra diplomática con vistas a un cese de la guerra en Corea aceptando que los prisioneros que rechazasen el regresar a su país de origen sean confiados a un Estado neutro. La suspensión de este obstáculo en el que tropezaban las negociaciones de Panmunjon desde el mes de mayo de 1952 debía facilitar la conclusión del armisticio. Reemprendidas el 27 de abril de 1953, las negociaciones debían finalizar el 27 de julio, a despecho de las maniobras y de las iniciativas provocadas por el indomable Syngman Rhee. China podía dedicarse otra vez enteramente en su construcción económica.

Dos meses después de la muerte de Stalin la ayuda soviética, que era, desde la visita de Chu En-lai a Moscú, en agosto de 1952, objeto de laboriosas negociaciones, iba a tomar unas nuevas dimensiones y a aumentar con los años. Como se ha podido observar, los acuerdos de mayo de 1953 preveían una participación rusa en 91 nuevos proyectos, es decir, un primer volumen de 141, cifra que alcanzaría los 156 el 12 de octubre de 1954, los 211 el 7 de abril de 1956, los 258 el 8 de agosto de 1958 y, teóricamente al menos, los 336 el 7 de febrero de 1959[244]. Numerosos arreglos vendrían a completar y a precisar la colaboración chino-soviética en los dominios científicos, técnicos, financieros y comerciales. Vasili Kouznetzov, economista e ingeniero, ministro adjunto de Asuntos Exteriores, había sido nombrado embajador de la Unión Soviética en Pekín el 11 de marzo de 1953.

Las relaciones políticas parecían desarrollarse también favorablemente. Los chinos, sin tomar claramente posición en las querellas que oponían a los herederos de Stalin, habían aplaudido la eliminación y después la ejecución de Beria[245]. La ascensión de N. S. Kruschev al puesto de primer secretario del PCUS no provocaría especiales comentarios.

El 29 de septiembre de 1954, una misión soviética de gran prestigio, Kruschev, Bulganin, primer vicepresidente del Consejo de Ministros, Mikoyan y otras altas personalidades del gobierno soviético, era acogida en Pekín con mucha pompa. Invitada con ocasión de la Fiesta Nacional China, prolongaría su estancia hasta el 11 de octubre.

[244] Ver apartado «La ayuda soviética» en cap. VII.
[245] Cf. «Diario del Pueblo» del 27 de diciembre de 1953.

Esta visita debía consagrar la liberación definitiva de China por la desaparición de los últimos tratados que limitaban su soberanía territorial y económica.

Pekín obtenía la restauración de su control total y único sobre la base naval de Port Arthur, en manos extranjeras desde 1898. Esto quedaría definitivamente realizado el 14 de mayo de 1955. Los chinos querían también transferir, contra indemnización, pero a su provecho, las partes rusas de las compañías mixtas chino-soviéticas creadas en 1951[246]. Por añadidura, un crédito de 520 millones de rublos venía a sumarse a los precedentes mientras que un acuerdo ferroviario preveía la creación de una línea directa Aktogai-Urumchi entre los Turquestanes ruso y chino. La construcción, antes de enero de 1956, de un ramal Ulan Bator en la Mongolia exterior y Chining en el ferrocarril chino del Suiyan, previsto para después de 1952, será objeto de un comunicado conjunto chino-ruso-mongol. De esta forma, los vínculos China-URSS iban a encontrarse considerablemente mejorados. Por último, se firmaría un acuerdo científico y técnico[247].

En política exterior. China y la Unión Soviética afirmaban la identidad de sus intenciones acerca de todos los grandes temas mundiales y en particular sobre los que concernían especialmente a China: Taiwan, Corea, Japón y acerca del lugar de Pekín en las Naciones Unidas. A pesar de la serenidad de este comunicado se puede pensar, con bastantes indicios, que los chinos insistieron fuertemente para que sus aliados apoyasen el reglamento de esta última serie de problemas y, ante todo, el de Taiwan, ampliamente evocado por la prensa en el mes de agosto antes de la llegada de la delegación soviética y reemprendido en diciembre con ocasión de la firma del tratado de seguridad entre el gobierno nacionalista chino y los americanos. Su ascendente prestigio y la tranquilidad regional resultante del fin de la guerra de Indochina y del armisticio coreano, podían hacer pensar que el momento era favorable. Un reglamento de principio de la cuestión de Taiwan conduciría necesariamente al de la entrada de Pekín en las Naciones Unidas y prepararía los caminos de una

[246] Ver cap. VI. Conviene notar que esta política de transferencia era simultáneamente practicada por los soviéticos en muchos países de la Europa del Este.

[247] Es en ocasión de esta visita cuando el número de «proyectos» de participación rusa pasaría de 141 a 156, unos 15 nuevos proyectos representando un valor de 400 millones de rublos. Ver cap. VII.

coexistencia que, en esta época, se acordaba a las exigencias de su situación interior.

Chu En-lai debía manifestarse a este respecto con mucha fuerza y sin miedo a las repeticiones, ante la primera Asamblea Nacional China, el 23 de septiembre de 1954:

«Cualquiera puede ver que todos nuestros esfuerzos están dirigidos hacia la construcción de nuestro país para hacer de él un país industrial, socialista, próspero y feliz. Trabajamos pacíficamente y deseamos un medio pacífico, un mundo pacífico: este hecho fundamental determina la política de nuestro país en materia de política exterior.»[248]

No obstante, el futuro debía demostrar pronto que las grandes preocupaciones de los soviéticos no estaban por aquel tiempo en Asia. En realidad, a pesar de la imagen de la señora Sun Yat-sen que representaba a la «gran Unión Soviética y a nuestra China como dos gigantes que, mano a mano, hombro con hombro, marchan hacia la victoria»,[249] el lugar de Pekín en la dirección del campo socialista era secundaria.

En cuanto a la solidaridad chino-soviética, será mucho más aparente que real y se vendrá abajo desde que se precisó la política soviética de distensión sin que los problemas interiores chinos hubiesen recibido un comienzo de solución[250].

En el transcurso del año 1955, el clima de las relaciones Moscú-Pekín se mantuvo amigable y caracterizado por un importante acuerdo para la utilización pacífica de la energía atómica (29 de abril). El comienzo de la reconciliación entre Moscú y Belgrado provocará menos reacciones desfavorables por parte de los chinos cuanto que éstos habían establecido relaciones diplomáticas normales con los yugoslavos el 10 de enero de 1955. Por el contrario, es

[248] Lo restante de este discurso continúa en el mismo tono y se dirige por tumos a todos los países de Asia.

[249] Declaración del 6 de noviembre de 1954 en ocasión del aniversario de la Revolución de Octubre. El embajador Yudin dirá con mucha reserva: «La República Popular China se ha convertido en una nación poderosa y de gran fuerza.»

[250] Si creemos los Recuerdos de Kruschev, op. cit., los chinos habrían provocado sin éxito la cuestión de Mongolia Exterior en el curso de la visita del primer secretario de la Unión Soviética a Pekín en 1954. La antipatía de Kruschev hacia Mao Tse-tung parecía remontarse también a esta época.

poco probable que la larga visita de Kruschev a la India, Afghanistán y a Birmania (18 de noviembre-21 de diciembre) les agradara demasiado.

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (14-25 de febrero de 1956) iba a acarrear una primera fisura —todavía discreta— en las relaciones chino-rusas. Sus principales puntos: crítica de Stalin, crítica del culto a la personalidad, coexistencia pacífica y los diferentes caminos de paso hacia el socialismo, no podían dejar de retener la atención de los chinos en razón de su incidencia política en China y fuera de China acerca del movimiento revolucionario mundial que ellos pretendían inspirar parcialmente. Sin embargo, habiendo comprometido por el momento su diplomacia en una fase moderada e interesando la cuestión del paso hacia el socialismo sobre todo a los países occidentales dotados de instituciones parlamentarias, fue a propósito de estos dos puntos ante los que reaccionaron más abiertamente.

La condena de Stalin y la del culto a la personalidad afectaban en vivo a Mao Tse-tung y al Partido que conducía desde hacía más de veinte años. Estas condenas sobrevinieron algunos meses antes del VIII Congreso que debía revisar los estatutos del Partido y, en consecuencia, afectar su dispositivo, el juego interno y el papel destinado a sus dirigentes. Pero, si el descontento de los chinos tuvo que ser profundo, no se podía manifestar más que hasta ciertos límites. La misma delicadeza del tema, la importancia de la ayuda económica soviética y la actitud del representante chino en el XX Congreso, el antiguo mariscal Chu Teh que, cogido desprevenido como todos los delegados, parece haber aplaudido la desestalinización sin pensárselo demasiado, debían templar las reacciones que finalmente iban a tomar la forma abierta de un importante documento: De la experiencia histórica de la dictadura del proletariado; se trata aún de un artículo redactado por el «Diario del Pueblo»[251], basado en unas discusiones que habían tenido lugar en el transcurso de una reunión ampliada del Departamento político. Como se ve, el papel de Stalin y el del culto a la personalidad ocuparon todo el espacio y, sobre estos dos temas paralelos, los juicios están muy equilibrados. La obra de Stalin, defensor de la herencia de Lenin y constructor de una potente economía socialista, queda magnificada. En cuanto a los errores (culto a la personalidad, exceso de represiones hacia los contrarrevolucionarios y la falta de vigilancia en vísperas de la guerra

[251] «Diario del Pueblo» del 5 de abril de 1956.

contra Alemania), quedan reconocidos sin indignación. La conclusión final está resumida con mucha simplicidad:

Stalin fue un gran marxista-leninista, pero es también un marxista-leninista que ha cometido inconscientemente algunos errores graves.»

Los redactores de este importante texto, del que es evidente que, en ciertos pasajes, Mao Tse-tung puso la mano, lavan al Partido de toda sospecha de culto a la personalidad. La práctica exacta del centralismo democrático, de la dirección colegiada, el respeto al principio de la «línea de masa» y el conocimiento de la ley de las contradicciones han separado todo subjetivismo y han contribuido a enderezar ciertas desviaciones bien conocidas y una vez más enumeradas. Sin embargo, todo el artículo se esfuerza en justificar al menos indirectamente la preeminencia de Mao Tse-tung y se sobreentiende que su pensamiento inspira al Partido.

«El marxismo-leninismo reconocía que las personalidades dirigentes jugaban un gran papel en la Historia. El pueblo y su Partido tienen necesidad de personalidades de vanguardia capaces de representar los intereses y la voluntad del pueblo, capaces de colocarse en la primera fila de su lucha histórica y de guiarlo. Negar el papel de los hombres de vanguardia y de los guías sería algo totalmente erróneo.»

Las cuestiones acerca de Stalin y del culto a la personalidad, tratados a medias tintas en 1956, se volverían a colocar a plena luz siete años más tarde, y los chinos, rechazando las reservas mentales y la moderación de palabras, no titubearon al afirmar que el repudio de Stalin sostenido por Kruschev, en nombre de la lucha en contra del culto a la personalidad, era totalmente erróneo y había sido activado «con unas intenciones inconfesadas» a costa de numerosas falsedades. Aseguraron también que las divergencias habían surgido en 1956 con el XX Congreso del PCUS, «primer paso en la vía del revisionismo»[252].

Inmediatamente después de la publicación de *De la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*, A. I. Mikoyan llegaba a China y aportaba una vez más el testimonio del interés ruso al primer plan quinquenal chino. Por el acuerdo del 7 de abril de 1956, 55 nuevos «proyectos» se añadirían a los 156 «proyectos» precedentes.

Si se cree a los chinos, este nuevo acuerdo no habría impedido a Mao Tse-tung manifestar a Mikoyan la opinión del Partido Comunista chino acerca de

[252] Ver *Sobre la cuestión de Stalin*, en el «Diario del Pueblo» del 13 de septiembre de 1963.

la cuestión de Stalin y todavía volver sobre él el 23 de octubre y, posteriormente, el 30 de noviembre de 1956 con el embajador de la URSS, Yudin[253]. Sea lo que fuere, los comunistas chinos dieron públicamente prueba de discreción y de paciencia. No reaccionaron con la disolución del Cominform (18 de abril), parecieron indiferentes a la desgracia de Molotov desposeído del Ministerio de Asuntos Exteriores (1 de julio), y, por voz de Liu Shao-ch'i, aprobaron la reconciliación Tito-Kruschev en la que sobre todo vieron un paso hacia la autonomía de todos los partidos comunistas (20 de junio). Además, ellos mismos enviaron a Belgrado un embajador de calidad, Wu Hsiu-ch'üan.

El VIII Congreso será todavía ocasión de manifestar por la presencia y las declaraciones de Mikoyan una solidaridad chino-soviética a la que pronto los acontecimientos de Polonia y de Hungría iban a servir de prueba. El delegado ruso concedió a los chinos el derecho de aplicar el marxismo-leninismo de manera original, se detuvo en defender al XX Congreso y colocó una condena sobre el culto a la personalidad en general que Mao Tse-tung debió escuchar sin demasiado placer. Por fin afirmó con una insistencia casi sospechosa la solidaridad y la permanencia de la amistad chino-soviética:

«El enemigo quisiera desgarrar nuestras relaciones, hacer en nuestra amistad una brecha aunque fuese pequeña. Pero únicamente estas ideas imperialistas que la Historia condena al fracaso pueden tener este sueño. Ellos miran nuestra amistad a la luz de sus relaciones burguesas. Su particularidad es la de entenderse hoy, separarse mañana y negarse mutuamente. Jamás ha existido en el mundo una amistad como la de nuestros dos grandes pueblos, la de nuestros dos grandes partidos.»[254]

Los chinos expresaron igualmente, aunque en términos mucho más sobrios, el carácter eterno e indestructible de la unidad y la amistad entre los dos países.

Los primeros efectos de la destalinización en los países socialistas de la Europa del Este casi no tuvieron repercusión en la prensa china, que sin embargo

[253] Ver *Las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros. Su origen y su evolución*, «Diario del Pueblo» del 6 de septiembre de 1963.
[254] Pág. 884 de la colección de los textos del VIII Congreso (edición china).

aprobó la instalación de Gomulka en Varsovia en el momento del «Octubre polaco»[255].

El 1 de noviembre, algunos días antes del aplastamiento de la insurrección húngara (4 de noviembre), un comunicado oficial del gobierno chino venía a apoyar la declaración soviética del 30 de octubre acerca de los principios del desarrollo y del refuerzo de la amistad entre la URSS y los países socialistas. Pero también insistía sobre la necesidad de situar las relaciones entre las naciones comunistas en una base de igualdad, de respeto mutuo de su soberanía y de su integridad territorial:

«Ciertos países socialistas han negligido el principio de igualdad de las naciones en sus relaciones entre ellas. Tal error, cuya naturaleza es de esencia chauvinista burguesa, puede particularmente, dado que ha sido cometido por una gran potencia, causar un gran perjuicio a la causa y a la solidaridad de los países socialistas. Son estos errores los que han provocado unas tensas situaciones que de otra manera no se hubiesen llegado a producir como hace poco la de Yugoslavia, la de Polonia y actualmente la de Hungría.»

El levantamiento de Budapest encontró, no obstante, a los chinos tan vivamente comprometidos en el lado de Moscú que atribuyeron más tarde a sus consejos el aplastamiento militar de la insurrección[256].

Así, Pekín parece mostrarse moderado con el asunto polaco, que los soviéticos querían solucionar por la fuerza, y radical en el asunto húngaro, frente al que estaban ellos dispuestos a capitular, «abandonando la Hungría socialista a la contrarrevolución», dijeron más tarde los chinos.

Esta actitud aparentemente contradictoria se explica verosímilmente por la diferencia de situaciones, pero también por la búsqueda de un equilibrio entre la cohesión del campo socialista «dirigido por la URSS» y la autonomía de los partidos comunistas, es decir, en definitiva, de los Estados.

---

[255] La prensa occidental de la época dirá que, según ciertos rumores, Ochab, entonces primer secretario del Partido Obrero polaco, había sido estimulado hacia una mayor independencia con respecto a Moscú en su visita a Pekín con ocasión del VIII Congreso del PCC.

[256] *Los Recuerdos de Kruschev*, pág. 397-399, tienen en cuenta grandes variaciones en la actitud de Pekín representado por Liu Shao-ch'i llamado en consulta a Moscú en el momento de los sucesos de Hungría.

El 29 de diciembre de 1956, un segundo texto importante, Nuevas consideraciones acerca de la experiencia histórica de la dictadura del proletariado, venía a precisar el sentimiento de los chinos sobre los acontecimientos y particularmente sobre las conclusiones que convenía deducir de ellos.

El levantamiento húngaro resultaba en primer lugar de la acción del «imperialismo», cuyo papel había sido fundamental y decisivo, y ya enfocan en este aspecto ciertas reservas en el tema de la coexistencia pacífica. Seguía un examen del camino tomado por la revolución y la edificación del socialismo en la Unión Soviética, de los méritos y de los errores de Stalin, de la lucha contra el dogmatismo y el revisionismo y de la solidaridad proletaria internacional.

Si la Unión Soviética es defendida y si su papel de centro del movimiento comunista internacional queda reconocido, su experiencia no está exenta de errores y sus lecciones deben ser estudiadas y recordadas. Stalin, aunque comunista probado, ha cometido unas faltas que no condenan al sistema socialista. El dogmatismo que pierde de vista las realidades nacionales es peligroso pero, luchando contra él, no se podría tolerar el revisionismo. En fin, el internacionalismo proletario debe combinarse con el patriotismo y la igualdad de derechos bajo pena de suscitar profundas enemistades entre los partidos y países de diferentes magnitudes.

En realidad, bajo pretexto de reclamar más igualdad y autonomía para los partidos, este texto busca explotar los acontecimientos para reforzar el papel de China tanto en materia ideológica como en política. «Demasiado pesada para ser un satélite», dirá el mariscal Ch'en Yi en Ginebra el año 1962; demasiado débil militar y económicamente para pretender ya la dirección del mundo comunista, se podría añadir, sería la primera en beneficiarse de una evolución que permitiera a los Estados socialistas hacerse oír mejor en Moscú.

El año 1957 empezaría bien. Un comunicado común reforzando la unidad de visión a propósito de los acontecimientos de Hungría se publicaría el 11 de enero. Chu En-lai, llegado a Moscú el 7 de enero procedente de Pekín, volvería a pasar por allí el 17 y el 18 después de haber visitado Varsovia (11-16 de enero) y Budapest (17 de enero) y tras haber adquirido un prestigio —ampliamente supuesto— de feliz mediador entre los partidos comunistas en el poder. También era cierto que, por primera vez en su historia, China acababa de hacer notar su influencia en los asuntos de Europa, asombrosa inversión trece años después del final de los «tratados desiguales».

Al menos exteriormente, ningún acontecimiento importante señalarían los meses siguientes. En octubre de 1957, se firmará en Moscú un acuerdo sobre las técnicas nuevas de defensa nacional. Ni su carácter ni su contenido sería revelado entonces. Más tarde se sabrá que preveía el suministro a China de muestras de bombas atómicas y la comunicación de datos técnicos relativos a su fabricación; acuerdo capital cuya denuncia por parte de los rusos en junio de 1959 agravaría de forma singular las relaciones entre los dos países[257].

El mes de noviembre de 1957 iba a ser un mes crucial tanto para el futuro de las relaciones chino-soviéticas como para el futuro del mundo socialista en general.

El 40 aniversario de la Revolución de Octubre (7 de noviembre de nuestro calendario) se celebraba con toda la pompa que se puede imaginar y se caracterizaba por el lanzamiento de un primer satélite terrestre (sputnik) el 4 de octubre, seguido de un segundo el 3 de noviembre, proezas técnicas y militares considerables. Sobre todo, iba a ser la ocasión de celebrar una conferencia de los 12 partidos comunistas en el poder (14-16 de noviembre), seguida de una reunión de los 64 partidos comunistas y obreros (16-19 de noviembre).

Mao Tse-tung permanecería en Moscú del 2 al 20 de noviembre y dirigiría la delegación china en la conferencia de los 12 partidos. El documento final elaborado por ésta: «Declaración de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas», debe mucho a sus proyectos.

Sobre cuatro puntos principales:

a) dirección del campo socialista y relaciones entre partidos hermanos.

b) cuestión de la guerra y de la paz.

c) cuestión del paso hacia el socialismo.

d) dogmatismo y revisionismo.

Los chinos se jactan de haber hecho rectificar las tesis del XX Congreso, que juzgaban erróneas.

La Unión Soviética está «en cabeza» del «campo invencible do los Estados». Es «la primera y la mayor de las potencias socialistas». No obstante, «los países socialistas fundan sus relaciona mutuas sobre el principio de igualdad completa, del respeto a la integridad territorial, de la independencia y de la

[257] Ver *Las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros*..., «Diario del Pueblo» del 6 de septiembre de 1963, art. cit.

soberanía política y de la no intervención en los asuntos internos». Se entienden fraternalmente y se unen para desarrollar y mejorar su colaboración económica y cultural.

Este homenaje rendido a la primacía de la Unión Soviética es importante porque condena implícitamente al policentrismo y todas las tendencias centrífugas del sistema. Por el contrario, aumenta las obligaciones de la Unión Soviética (sobre todo en materia de ayuda económica) y excluye por su parte toda presión sobre los demás países en nombre de la igualdad completa de los partidos. En un límite instituye sin decirlo un veto por el juego de la regla no escrita de la unanimidad. Sosteniendo un principio centralizador y neutralizando a la vez momentáneamente sus efectos, los chinos pensaban quizás en el día en que, según la promesa de Lenin, el centro de la revolución mundial se desplazaría todavía más hacia el Este[258].

En la cuestión de la guerra o de la coexistencia pacífica, «problema esencial de la política mundial», los chinos debieron admitir que la unión de las fuerzas socialistas «puede prevenir la explosión de la guerra». Esta adhesión al espíritu del XX Congreso estaba también conforme con el espíritu de Bandung y con la línea a seguir hasta allí por los chinos en política exterior. No obstante, los acontecimientos que siguieron, así como las revelaciones hechas por los soviéticos en 1963, mostraron que esto no traducía más que los sentimientos reales de Mao Tse-tung. Su célebre fórmula: «El viento del Este puede más que el viento del Oeste», sobrepasaría seguramente la imagen literaria y, unida a las conversaciones que había sostenido con los dirigentes soviéticos como con otros hombres de Estado extranjeros, demostraba que un cambio profundo estaba en camino de operarse en su pensamiento. De este cambio, el año siguiente debía aportar, en el orden interno y externo, unas pruebas patentes[259].

La cuestión de la vía hacia el socialismo es la que, según los mismos chinos, fue objeto de más vivas discusiones con el PCUS. Oponiéndose los chinos «enérgicamente» a dos proyectos soviéticos, presentaron el suyo y, finalmente, fue adoptado un compromiso que tenía en cuenta la variedad de formas de transición del capitalismo al socialismo: conquista del poder sin guerra civil y paso por medios no pacíficos. Así, a la vez se encontraban reconocidas y limitadas las tesis del XX Congreso del PCUS.

---

[258] Sobre este punto ver Francois FEJTÓ, *Chine-URSS*, vol. I, págs. 139.

[259] Sobre la cuestión de la paz y de la guerra, ver cap. XXV.

Los chinos consiguieron igualmente que se condenase el revisionismo, «principal peligro en las condiciones actuales», pero reconocieron con los demás países que «el dogmatismo y el sectarismo pueden, tanto el uno como el otro, representar el peligro principal en tal o cual etapa del desarrollo de un partido». En realidad, es bajo el signo del revisionismo y del antirrevisionismo en lo que se va a centrar en 1960 y sobre todo en 1963 la gran controversia chino-soviética que la conferencia de 1957 ya lleva en germen.

El viaje de Mao Tse-tung a Moscú en otoño de 1957 es probablemente una de las cumbres de la historia del movimiento comunista internacional. El jefe del Partido Comunista chino no pudo dejar de convencerse de algunas duras realidades. Moscú quería permanecer como polo del movimiento revolucionario mundial y, a pesar de las consideraciones y de algunas concesiones de forma, su influencia personal permanecería allí en definitiva limitada. De manera mucho más general, la igualdad de los Partidos Comunistas y obreros no era más que una expresión de cortesía internacional y el Partido Comunista chino no era ninguna excepción.

La llegada de las armas nucleares, factor dominante en la política internacional, trascendía las doctrinas aún más cuanto que no habían estado jamás subordinadas a la razón de Estado. Conducía ineludiblemente al equilibrio Este-Oeste y de allí al dualismo ruso-americano.

De esta nueva situación, China sacaría provecho. El reglamento de su contencioso internacional estaría subordinado al mantenimiento del equilibrio y al de los problemas que afectan directamente a la URSS (sobre todo al problema alemán). Además, Moscú no estaba en condiciones de hacer doblegar a Washington acerca del Japón y de Taiwan y se preocupaba mediocremente de reforzar la mano de Pekín en el Sudeste asiático. En cuanto al desarrollo económico de China, los rusos lanzados a la carrera pacífica con los Estados Unidos, no les ayudaron sobre la base de una generosidad ilimitada inspirada por el internacionalismo proletario, pero sí, por supuesto, sobre el de una ventaja mutua. China todavía se encontraba en este aspecto en una situación mucho más favorable que los países de la Europa del Este. Las orientaciones tomadas por los sucesores de Stalin iban de frente al encuentro de los intereses chinos, ya se tratase de política interior, exterior o de ideología.

China debía prepararse para «valerse por sus propias fuerzas» en todos los dominios y, sobre todo, en el de su construcción. Debía establecer también su irradiación ideológica y su influencia política en todos los países del mundo y

particularmente en Asia, en África y en América latina, diferenciándose cada vez más de Rusia, y encarnando, también cada vez más, el verdadero rostro de la revolución. En 1950, Mao Tse-tung se dirigiría a Moscú como peregrino para visitar la ciudad santa del socialismo y pedir sus gracias. En 1957, se habría agrandado a una dimensión internacional casi comparable a la de Stalin, cuya memoria defendería y tendría como auditores a todos los jefes de los partidos comunistas del mundo. Acababa de nacer un nuevo Mao Tse-tung.

Tercera parte:

LA VÍA CHINA HACIA EL SOCIALISMO (1958-1962)

«¿Es concebible que un Estado socialista que por primera vez ha instalado la dictadura del proletariado no cometa error de ninguna clase?»

Lenin, citado por Mao Tse-tung (*De la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*, 5-IV-1956.)

«Hay quienes no saben aplicar en Fuhsien lo aprendido en Yenán.»

Mao Tse-tung (*Reformemos nuestro estudio*, mayo 1941.)

XVII. A la búsqueda de una vía china hacia el socialismo

Con el paso del tiempo y por contraste con los años tumultuosos que le deberían seguir, la China del primer plan se nos aparece —aún teniendo en cuenta sus sobresaltos periódicos: grandes campañas, «Cien Flores» y movimientos de rectificación— como una China centralizada, ordenada, equilibrada, realista y consciente de la amplitud y de la dificultad de sus problemas, pero marchando con confianza hacia el futuro. Esta imagen verdadera o ficticia está aceptada en el exterior. Para numerosas naciones jóvenes es un modelo de seriedad, de coraje y de éxito. Las mismas viejas naciones industriales juzgan favorablemente un régimen del cual reprueban sin embargo la dureza, la tendencia al aislamiento también ideológico, el proselitismo y la pasión revolucionaria. Si se inquietan es por imaginar en un futuro «ni demasiado próximo ni demasiado lejano» un gigantesco potencial económico y humano añadido a la potencia ya considerable de la Europa Oriental socialista.

Ahora bien, algunos meses después del final del primer quinquenio, habiendo tan sólo iniciado el segundo. China se va a precipitar por sí misma en un desconocido torbellino que, después de haberla arrojado en la incoherencia económica, la colocará a partir de 1966 en una incoherencia política sin precedentes. Las estructuras sociales y económicas se convierten en irrealistas, los ritmos de producción y las cadencias de trabajo irrazonables. Unos importantes reajustes parecen necesarios desde finales del año 1958; su importancia se acusaría en 1959. En 1960, las evidentes dificultades alimenticias hicieron pasar las prioridades a la agricultura y a las industrias que la sirven. Se manifiestan resistencias en la cumbre y, mientras que un grupo de «derechistas» queda eliminado con el ministro de la Defensa Nacional, el mariscal P'eng Teh-huai, en el pleno de Lushan en agosto de 1959, una línea desorganizada pero real, opuesta a la política y hasta al pensamiento y a la persona de Mao Tse-tung, se va dibujando poco a poco; un momento neutralizado por el retorno a las opiniones más moderadas reaparecería en vísperas de la Revolución cultural, la cual eliminaría a sus principales representantes.

Fuera, la política exterior que refleja las tendencias interiores se ha endurecido. La China polémica se trastorna y hasta se enfrenta militarmente con

todos sus grandes vecinos: la URSS, Japón, la India y la tensión aumenta entre ella y los Estados Unidos. Determinadas crisis atraviesan sus relaciones con ciertos Estados del Próximo Oriente, con Corea del Norte y con Cuba. Los nuevos gobiernos africanos que la han reconocido empiezan a dudar. Sólo Albania se mantiene como su fiel e incondicional aliado.

En estos sorprendentes cambios hay sin duda una causa primera muy bien establecida: la voluntad de Mao Tse-tung. Es él el que impondría el gran viraje de 1958, es decir, el «gran salto hacia adelante» y las comunas populares, como había impuesto la colectivización acelerada en 1955 y como impondría la Revolución cultural ocho años más tarde. Pero, ¿en qué se fundamenta esta voluntad?, ¿a partir de qué realidades y con qué ambiciones se activa?, son otras tantas cuestiones que sin duda alguna conviene preguntarse antes de apreciar, llegado el momento, lo que tiene de entrenamiento un sistema lanzado hacia grandiosos objetivos, o, más simplemente si se prefiere, de encadenamiento de los hechos.

En la medida en que las transformaciones más manifiestas conciernen a la organización y a las formas de producción, es en la economía y después en lo social donde es lógico que fijemos nuestra atención.

Los resultados del primer plan

Al parecer, el primer plan dio los resultados que se esperaban en el orden de la producción económica.

En comparación con el índice 100 de 1949, el ingreso nacional ha pasado del 170 en 1952 al 260 en 1957[260]. En el mismo tiempo, el índice del valor global de la producción agrícola e industrial se ha elevado de 177,5 a 297,6; en cifras absolutas, de 82.720 millones de yuanes en 1952 a 138.740 en 1957.

A partir de una base limitada, la industria tomó cuantitativamente un arranque extraordinario. Entre 1952 y 1957, el valor total de la producción industrial creció de 34.330 millones a 78.390 millones de yuanes, o sea un aumento del 128 por ciento (con un promedio de un 18 por ciento anual) en cinco años, representando el sector moderno de la industria en sí mismo 55.600 mi-

[260] Las apreciaciones corrientes lo fijan en 30 mil millones de dólares americanos en 1952 y en 50 mil millones en 1957.

llones de yuanes. Estos progresos quedaban atestiguados también por el crecimiento del número de ingenieros y de técnicos y por el número de obreros de la industria que pasaron, entre 1952 a 1957, de 164.000 a 496.000 para los primeros y de 4.939.000 a 9.008.000 para los segundos[261].

Cualitativamente los progresos no son menores. Gracias a la ayuda soviética aparecían unos sectores avanzados: motores, electrónica, material de precisión, petróleos.

Un mejor equilibrio geográfico tiende también a establecerse por la implantación o extensión de grandes grupos industriales en el centro (Wuhan), noroeste (Paotow, Lanchow) y en el oeste (Szechwan).

Los transportes ferroviarios se benefician de una prolongación de 6.652 km de líneas (un total de 29.862 en 1957) y unas mejoras en los equipos que elevan considerablemente su rendimiento. Las mercancías transportadas pasan de los 60.160 millones de toneladas/kilómetro en 1952 a 134.590 millones en 1957. La mejora de los transportes de carretera, fluviales y marítimos modernos sigue de lejos a causa del alto costo del material y de los carburantes. De todas formas, la red de carreteras se dobló, pasando de 127.000 a 255.000 km de 1952 a 1957, mientras que 3.940 millones de toneladas/kilómetro eran transportadas en 1957. Aunque embrionarias, las líneas aéreas transportaron 79.870.000 viajeros/km contra los 24.000.000 de 1952.

En fin, el conjunto de los progresos económicos está todavía subrayado por las estadísticas de un comercio exterior favorable que, al menos, según las cifras oficiales, ha crecido (importaciones y exportaciones) de 6.460 millones de yuanes en 1952 a 10.450 millones en 1957[262].

Al lado de los progresos industriales, el estancamiento de la agricultura es asombroso. En porcentaje, el valor de la producción agrícola —cultivos industriales y subsidiarios comprendidos— pasa del índice 100 en 1949 al índice 148,5 en 1952 y a 185.1 en 1957.[263]

---

[261] *Diez Grandes Años*, pág. 181, El número de obreros y empleados de todas las empresas nacionales pasará de 15.804.000 a 24.506.000 en el curso del 1er. plan. Ibid., pág. 178.

[262] Ibid., pág. 173.

[263] Ibid., pág. 119.

En cifras absolutas, los cultivos de huertas alcanzan los 185 millones de toneladas, o sea el 20 por ciento más que en 1952. El cultivo del algodón se eleva a 1.640.000 toneladas, o sea el 26 por ciento más que en 1952.[264]

En una palabra, mientras que la industria progresa anualmente del 18 al 20 por ciento, la agricultura, que debería asegurar el financiamiento de lo esencial puesto que entra en un 75 por ciento en las exportaciones y representa un 55 por ciento de los recursos presupuestarios del Estado, no aumenta más que un 4,5 por ciento por año (4 por ciento por lo que se refiere a los cultivos de huerta).

Todavía muchos hechos vienen a agravar este desequilibrio. El índice de crecimiento demográfico, por aquel entonces generalmente estimado en un 2,3 por ciento, aumenta de 12 a 15 millones cada año el número de los consumidores y debe ser descontado del índice de crecimiento de la producción agrícola[265].

En 1957, el régimen no ha podido todavía neutralizar, por medio de grandes obras hidráulicas, los efectos de un clima de monzón particularmente brutal e imprevisible cuyos efectos, a menudo considerables, afectan directamente a la planificación.

En fin, es cierto que, aun en un sistema colectivista, la producción agrícola es infinitamente más difícil de precisar que la producción industrial. La extensión del país y su variedad, los problemas de existencias, del transporte, de las redistribuciones (llevan cada año de unos 30 a 40 millones de toneladas), la preocupación del interés local o regional tanto a nivel de cuadros como a nivel de la base y las tendencias campesinas a las que a veces es procedente ceder, gravan las estadísticas con un coeficiente de incertidumbre que se añade a la confirmada inexperiencia de los estadistas.

Hacia finales del primer plan, los economistas debieron constatar que la agricultura no podía hacer frente a los gastos del crecimiento industrial (com-

[264] Para el conjunto de la agricultura (comprendidos los cultivos industriales y los cultivos secundarios), el aumento medio entre 1952 y 1957 es de 4,5 por ciento por año.
[265] Según *Diez Grandes Años*, pág. 8, la población pasó de 595.550.000 en 1953 a 656.630.000 en 1957, pero su índice de crecimiento se ha ido aminorando en el transcurso de los años siguientes.

prendiendo el reembolso de las deudas soviéticas) a la espera de que ésta estuviese en condiciones de autofinanciarse. En esta coyuntura, dos caminos se podían abrir a elección de los políticos.

El primero consistía en una profunda revisión, en beneficio de la agricultura, del 2.° plan ya definido en sus objetivos desde el VIII Congreso (1956) y elaborado sobre la base de la ayuda y de los consejos soviéticos. Esta solución se oponía a la noción bien establecida de una estrecha y directa relación entre el socialismo y la industria pesada y alejaba de China el modelo experimentado y aceptado en 1957 por todos los dirigentes en todos los dominios del desarrollo. Además, parecía de difícil aplicación. El carácter tradicional e intenso de la agricultura china, su utillaje casi exclusivamente individual, la débil extensión de las tierras en comparación con la población, la falta de cuadros técnicos y la ausencia de abonos químicos no permitían considerables inversiones bajo forma de granjas del Estado, por ejemplo. En cuanto a las roturaciones, sólo podían actuar en las regiones frías de Manchuria, Mongolia y del Turkestán y requerían una mecanización demasiado costosa[266].

El segundo —que iba a ser el escogido— consistía en contar con una elevación general de la conciencia ideológica y de la labor de las masas en todos los grandes sectores de la actividad nacional, particularmente en la industria y en la agricultura.

Se requeriría un inmenso esfuerzo por parte de los obreros y de los artesanos de las ciudades a fin de que el tiempo y el ritmo de trabajo llegasen a los límites extremos. A los campesinos se les ofrecería una acción colectiva mucho más viva, técnicamente inspirada por el plan de doce años para la agricultura (1956-1967), mucho más orientada hacia los grandes trabajos de conjunto (irrigación, reparación de suelos, repoblación forestal y carreteras locales) y hacia unas producciones industriales ligeras dirigidas a nivel de las cooperativas superiores.

Esta movilización de toda la población ciudadana y campesina sería a un mismo tiempo física, moral e ideológica. Trastornaría tanto los géneros de vida y las mentalidades como las costumbres de trabajo seculares, hechas con

[266] En 1957 las granjas del Estado (710) sólo cultivaban algo más de 1 millón de hectáreas sobre 110 millones y sólo disponían de 10.177 tractores de unos 15 CV. (Comunicado de la Oficina de Estadísticas, 13 de abril de 1959.)

una industriosa paciencia, pero demasiado lenta. Y a la vez aseguraría a todos los niveles una revolución tecnológica deseada desde hacía tiempo.

La mística optimista del «gran salto hacia adelante» nació a principios de 1958 de esta movilización que debía arrancar casi de un solo golpe a China de su edad anterior para hacerle entrar a su vez en una era de crecimiento rápido y regular a la manera de los grandes Estados modernos. Esta movilización que tenía ya en las ciudades su cuadro industrial no tardaría en conducir a los campos hacia la fórmula inesperada de las comunas populares, juzgándose a las cooperativas como demasiado reducidas para poder sobrepasar su papel propiamente agrícola y permitir el empleo de un notable exceso de mano de obra.

No obstante, más allá de su objetivo económico, el «gran salto hacia adelante» es también el medio de precipitar hacia el futuro, y de manera irreversible, una sociedad aún demasiado ligada a sus apegos tradicionales, familia y pueblo, demasiado cercana al ritmo soñoliento de su historia y por esto aún demasiado dispuesta a manifestar ciertas nostalgias, las de la libertad y del interés privado entre las mayores.

Realzando todavía el grado de colectivización, ampliándolo del plano económico al plano administrativo, social, cultural y educativo, se apresuraría la evolución de las costumbres y se facilitaría la educación ideológica de los individuos. Sobre este punto, no es posible dejar de tener en cuenta el propio pensamiento de Mao Tse-tung.

Profundamente cercano al de la tradición china y sin abandonar su valor marxista, Mao Tse-tung piensa que nada se realizaría que no fuese a partir del hombre. Si a menudo ha sido manifiesto en el dominio militar y tomado sin razón como un simple fenómeno de compensación nacido del retraso de la técnica china, este aspecto de su ideología es fundamental y se extiende a todos los demás. Sin embargo, este hombre debe ser el hombre comunista, parecido al «hombre superior» confuciano en la búsqueda del saber —«instruirse sin jamás estar satisfecho e instruir sin cesar», dijo Mao Tse-tung[267]; «¿Cuándo el prudente dejará de aprender? Cuando se le encierre en su ataúd», decía Confucio—, pese a que él difiere profundamente de este último,

[267] «El papel del Partido Comunista chino en la guerra nacional». *Obras escogidas*. vol. II.

puesto que el perfeccionamiento no se efectúa a nivel de las élites cuyo ejemplo se difundiría lentamente hacia las masas, sino en el nivel de las masas mismas organizadas y guiadas por el Partido.

La futura comuna popular será el cuadro y el agente principal de esta transformación.

El «gran salto hacia adelante» y su desmesura se explica también por la interpretación de Mao Tse-tung en la comprensión de los problemas complicados que plantea el desarrollo de las sociedades industriales modernas. La ignorancia de las doctrinas y la falta de experiencia directa quedarán agravados en sus efectos por el carácter carismático de su autoridad y por la ausencia de grandes economistas en el Partido. De los tres más conocidos, Ch'en Yun se mostraría verdaderamente reservado pero guardaría silencio, Po I-po sería tibio pero cooperaría. En cuanto al tercero, Li Fu-ch'un, consentiría en ser el ingeniero del «gran salto hacia adelante» en su calidad de presidente de la Comisión del Plan[268].

Si el «gran salto hacia adelante» y las comunas populares se explican, además de la coyuntura, por la ignorancia, el voluntarismo y la impaciencia revolucionaria de Mao Tse-tung, revelan también de su parte un deseo de liberación doctrinal que extremarían los diez años de decepciones acumuladas. Desde 1949, los chinos no habían dejado de afirmar, a veces con sorprendentes simplificaciones, que la historia de su Partido abría a los pueblos «coloniales y semicoloniales» un nuevo camino hacia la emancipación. El 16 de noviembre de 1949, Liu Shao-ch'i exclamará ante un auditorio internacional:

«El camino escogido por el pueblo chino contra el imperialismo es el que deberán seguir los diversos pueblos coloniales y semicoloniales en lucha por su independencia.»

El 23 de junio de 1951, poco antes del 30 aniversario de la fundación del Partido, sería Lu Ting-yi, su portavoz habitual, responsable de la propaganda del Comité central, quien anunciaría una precisa ley:

«El tipo clásico de las revoluciones en los países imperialistas es la Revolución de Octubre. El tipo clásico de las revoluciones en los países coloniales y semicoloniales es la Revolución china.»

---

[268] Ver en el siguiente capítulo las responsabilidades particulares de Mao Tse-tung en materia de planificación o, mejor dicho, de ausencia de planificación.

En 1953, Ch'en Po-ta, exégeta habitual del pensamiento de Mao Tse-tung, nos señala el lugar que este último ocupa en la línea de los pensadores marxistas:

«Mao Tse-tung está colocado en el nivel de los grandes teóricos del marxismo desarrollando aún más concretamente y mucho más profundamente la teoría de Stalin y de Lenin acerca de la revolución en los países coloniales y semicoloniales.»[269]

Pronto se verá cómo estas fórmulas se irán dejando atrás a medida que vayan aumentando las pretensiones chinas.

Ahora bien, si los soviéticos habían alabado repetidas veces el valor del hecho revolucionario chino para los países del Tercer Mundo, en ningún momento habían reemprendido por su cuenta el tema del «camino chino» hacia la revolución o no habían querido reconocer a Mao Tse-tung y al Partido una vocación ideológica susceptible de garantizar y justificar una delegación política. El comunicado de la conferencia de los 81 partidos comunistas y obreros de 1960, que iría mucho más lejos en esta dirección, sopesará cuidadosamente sus términos y se limitará a los acontecimientos con exclusión de la doctrina:

«La revolución popular china ha descargado un golpe fulminante a las posiciones del imperialismo en Asia y ha contribuido en una considerable medida a cambiar la relación de las fuerzas mundiales a favor del socialismo. Imprimiendo un nuevo vuelo a los movimientos de liberación nacional, ha ejercido una enorme influencia sobre los pueblos, sobre todo en los de Asia, África y de América Latina.»[270]

En Moscú, en 1957, y a pesar de algunas concesiones de forma destinadas a salvaguardar las apariencias de la unidad ideológica, los soviéticos habían conseguido hacer compartir sus opiniones al conjunto del mundo socialista. Por un fenómeno de compensación muy comprensible para quien conociese su amor propio, este resultado debía incitar a los chinos a seguir su propia vía en lo que concernía a sus problemas internos como mínimo. Podían, sobre todo a propósito de las comunas populares, hacer poco caso de cierta ortodoxia que Kruschev recordaría en el XXI Congreso:

---

[269] Ch'en PO-TA, *La teoría de Mao Tse-tung sobre la revolución china*, 1953.

[270] Texto oficial reproducido por la «Nueva Revista Internacional» del 6 de diciembre de 1960.

«Sería un considerable error decretar el comunismo cuando todas las condiciones necesarias no están suficientemente maduras. Habríamos desacreditado simplemente la idea del comunismo, comprometido la iniciativa de los trabajadores y retardado el movimiento hacia el comunismo.»[271]

Como máximo podían soñar en erigirse en modelo de los países subdesarrollados en la fase de construcción del socialismo, como se habían ya erigido en modelo de la fase de la conquista del poder revolucionario.

En la génesis de las comunas populares y del «gran salto hacia adelante», la Revolución cultural nos ha proporcionado un documento de excepcional interés. Se trata de un discurso pronunciado por Mao Tse-tung el 28 de enero de 1958 ante la Conferencia suprema del Estado[272].

Mao Tse-tung se maravilla al constatar la alerta y el celo de las masas, pero se entristece frente a la pobreza de China tan rica por su historia, su cultura y sus recursos. China, cree él, puede y debe alcanzar a Inglaterra en 15 años. Debe, segura de su ardor y de sus posibilidades, no ya avanzar, sino estallar.

«Nuestra nación es como un átomo... y tras la fisión de su núcleo atómico la energía térmica liberada será tan formidable que seremos capaces de hacer lo que no pudimos hacer anteriormente.»

Sin duda alguna, se trataba de un texto resumido o parcial cuya autenticidad no ha sido aún históricamente demostrada, pero su estilo familiar, su contenido que a menudo mezcla sin transición los acontecimientos y la doctrina, la China de ayer y la de hoy, están tan próximos al modo de expresión de Mao Tse-tung que su origen casi no puede ponerse en duda.

Según otro texto también importante, publicado por el diario de Shanghai «Chieh-fang jih-pao» («La Emancipación»), en una fecha imprecisa, y que se refiere a la lucha entre las dos líneas en el Partido, Mao Tse-tung habría igualmente declarado en Chengtu de Szechwan, en el mes de marzo de 1958, en una reunión de trabajo del Comité central, que convenía liberar todas las fuerzas posibles, objetivas y subjetivas.»[273]

---

[271] Ciertos documentos de la Revolución cultural pueden hacer pensar que Mao Tse-tung estaba mal ilustrado si no sobre la oportunidad de realizar el comunismo en la abundancia, si por lo menos sobre las desgraciadas experiencias comunales hechas por los soviéticos en los primeros tiempos de su régimen.

[272] «Chinese Law and Government. A Journal of Translations», vol. I núm. 4

[273] «Current Background», num. 884, 18 de julio de 1969 (publicación del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong). Sobre este mismo tema ver también

Será la segunda sesión del VIII Congreso del Partido realizado en Pekín del 5 al 23 de mayo de 1958 la que daría carácter oficial al «gran salto hacia adelante». Se presenta, en el informe de Liu Shao-ch'i como un «gran impulso revolucionario a favor de la construcción socialista». En él se encuentran diversos slogans atribuidos —quizás intencionadamente— a Mao Tse-tung: «Trabajar duro durante tres años para transformar radicalmente la fisonomía de la mayor parte de las regiones de nuestro país» y, una vez más, «alcanzar a Inglaterra en quince años». La evocación de un triunfo sobre la cronológicamente primera de las potencias «imperialistas» era apropiada para levantar los ánimos.

Entrando en los mismos hechos, Liu Shao-ch'i anunciaría que la primavera había marcado el punto de partida: «De un "gran salto hacia adelante" en todos los frentes de la construcción socialista»; pero sería en los progresos de la industria en lo que insistiría en primer lugar y con mayor intensidad, manifestándose la expansión de la agricultura sobre todo por el desarrollo de trabajos de irrigación, por la mejora de los instrumentos de arado y por los índices de participación en el trabajo colectivo. En ningún momento se habla de las comunas populares que con todo comienzan a crearse por fusión de cooperativas, sobre todo en Honan, en donde la comuna «Sputnik» aparecería en abril[274].

Si Liu Shao-ch'i rechaza las críticas de todos los que temen que el «gran salto hacia adelante» provoque tensiones y desequilibrios, lo hará con cierta suavidad y nada nos impide señalar que el tono general de su intervención estuvo algo desprovisto de calor y de espíritu místico. Ciertas observaciones al tema de un «gran salto hacia adelante» de 1956 contribuyeron también a limitar la intención de sus palabras. No se haría ninguna mención al segundo plan quinquenal que, sin que nadie lo dijese, aparecía como completamente abandonado y casi no servía más que de referencia para los estadistas.

Desgraciadamente no se posee el texto de las intervenciones de Mao Tse-tung en la segunda sesión del VIII Congreso. En compensación se sabe que en el mes de agosto de 1958 visitaría algunas regiones rurales del Hopei, del Shantung y del Honan. Este viaje le persuadiría de que, en los campos, el «gran salto

una nota del 19 de febrero de 1958: Sesenta métodos de trabajo. «Current Background», núm. 892 del 21 de octubre de 1969, y Jérome CH'EN, op. cit., pág. 57.

[274] Pero es verdad que el nombre de «comunas populares» aún no se encuentra.

hacia adelante» debía apoyarse sobre una organización mucho más amplia que la de las cooperativas socialistas. Las comunas populares habían nacido. Será preciso, sin embargo, esperar la reunión que realizará el Departamento político en Peitaiho (el Deauville de la China precomunista), el 29 de agosto de 1958, para que entren verdaderamente en la Historia. La resolución adoptada allí afirma que las comunas populares se han multiplicado rápidamente en numerosas regiones dentro del espíritu del «gran salto hacia adelante», gracias a los progresos ideológicos de la población y a partir de las necesidades de la construcción rural de base y que asegurarán el desarrollo industrial en los campos[275].

«La construcción rural de base y la técnica agrícola avanzada requieren mayor mano de obra. El desarrollo industrial en los campos exige también que una parte de la mano de obra sea transferida del frente de producción agrícola al frente de producción industrial. En fin, cada vez es más necesario mecanizar la agricultura y electrificar los campos.»

Así, las cooperativas agrícolas ya no respondían a las exigencias de una construcción socialista acelerada.

La resolución de Peitaiho precisa la dimensión de las comunas: de 2.000 a 20.000 familias en los casos extremos. Indica que las cooperativas inferiores deben convertirse en equipos de producción, lo que reduce su papel en la organización de su esfuerzo, tolera las desigualdades de riqueza entre cooperativas superiores convertidas en grandes equipos o brigadas de producción y aconseja de mala gana cierta lentitud en la absorción de lo poco que queda de los bienes privados y cierta flexibilidad en el problema de las retribuciones.

Finalmente, si la resolución se ocupaba en decir que el sistema de propiedad de la comuna continuaba siendo el sistema de propiedad colectiva por oposición a la propiedad de todo el pueblo y añadía que su sistema de repartición debía inspirarse en la fórmula «a cada uno según sus capacidades» y no «a cada uno según sus necesidades», anotaba también que la comuna era la mejor organización para la edificación del socialismo y para la transición progresiva hacia la sociedad comunista de la que era la unidad base. Concluía muy imprudentemente:

[275] La resolución de Peitaiho será publicada por el «Diario del Pueblo» del 19 de septiembre.

«La realización del comunismo en nuestro país no es una cosa lejana y debemos, gracias a las comunas, abrirnos paso hacia esta realización.»

Muchos responsables y cuadros querrán que sus comunas lleguen las primeras a la nueva sociedad.

XVIII. El «gran salto hacia adelante»

El «gran salto hacia adelante» es en el tiempo lo que las comunas populares rurales que proceden de él son en el espacio. La precipitación que le caracteriza es visible en todos los sectores: industria, agricultura, comercio y, por lo menos como consecuencia, en los de la ciencia, de la cultura y de la enseñanza que afectan también a la producción; en una palabra, en toda la vida nacional.

Esto que en primer lugar es espíritu, frenesí que se apodera de todo un pueblo, se manifiesta en sus prácticas y en su lenguaje. En las comunas populares tienen parte en el trabajo las banderas desplegadas y si se puede la música delante. Multicolores y amenizadas con divisas, son plantadas en los campos. Como las banderas y estandartes, banderines y enseñas de los campos de batalla de antaño, sirven de toque de llamada, elevan el ánimo y estos símbolos militares están exactamente apropiados a las circunstancias. Se trata, en efecto, de ganar las batallas de la producción. Se las sitúa en este o aquel frente con los «ejércitos de trabajo». Las máquinas y los útiles se convierten en armas, el productor obrero o campesino se convierte en soldado y como tal se le pide todas sus virtudes comunes: disciplina, abnegación, sacrificio y espíritu de equipo. «Una fábrica es un campo militar. Frente a las máquinas el obrero es tan disciplinado como el soldado», dirá la Resolución de Wuhan en diciembre de 1958. Así, las transformaciones de este período se sitúan en una especie de clima de guerra creado con exaltación y coacción a la vez y, si este clima se explica por el carácter totalitario y despiadado del régimen, se justifica también por las dramáticas condiciones en las que China se halla. El imperativo de su construcción económica toma todo el carácter de un imperativo de salvación nacional y, en diversos grados, todos son conscientes de esta realidad.

En la industria, que nos ocupará sobre todo en este capítulo, el «gran salto hacia adelante» se traducirá en: la definición de las prioridades, la designación de los nuevos objetivos cifrados, la rapidez de los ritmos de trabajo, la combinación de los métodos modernos y arcaicos, la casi ausencia de planificación, en una amplia descentralización de las empresas, en un intento de multiplicación de pequeñas empresas rudimentarias supuestas como poco costosas y en un aumento fenomenal de la mano de obra, pasando la cifra de los obreros y

empleados en un año (1957-1958) de los 24.506.000 a los 45.323.000 individuos[276].

El sentido general del «gran salto hacia adelante» así como sus prioridades van a encontrarse formuladas en el comunicado que siguió a la 6a. sesión del VIII Comité central realizado en Wuhan del 28 de noviembre al 10 de diciembre de 1958.

«El rápido desarrollo de nuestra economía nacional en 1958 muestra el carácter correcto de la política del Partido que, haciendo hincapié en el desarrollo de la industria pesada, quiere desarrollar simultáneamente la industria ligera, "hacer un gran salto hacia adelante" en todos los dominios y sobre todo en el de la producción del acero, desarrollar simultáneamente la industria nacional y la industria local, las grandes", las medianas y las pequeñas industrias, emplear a la vez los métodos locales y los métodos extranjeros, como es correcto igualmente el método que consiste en asociar la dirección centralizada de la producción industrial a los movimientos de masa, en una palabra, el método que consiste en caminar sobre los dos pies y no solamente sobre un solo pie o un pie y medio. Nuestro "gran salto hacia adelante" de 1958 en el dominio agrícola e industrial es una gran realización a través de la cual nos encontramos en una vía rápida para construir el socialismo según la fórmula: "abundancia, rapidez y economía" y sobre este regio camino hemos adquirido una considerable experiencia.»[277]

En suma, se trata de producirlo todo, en seguida y en todas las cantidades, concerniendo las únicas prioridades realmente afirmadas a la industria pesada y sobre todo al acero. Lo que la fórmula oficial traduciría por: más, mayor rapidez, mejor y más barato. Ambiciones que pronto aparecerían en los objetivos dados a la industria para 1959 sobre la base de unos resultados clasificados de «sin precedentes» conseguidos en 1958[278]. El siguiente cuadro los recoge y, anticipándose un poco a los acontecimientos, comprende igualmente las cifras revisadas después del pleno de Lushan en agosto de 1959.

---

[276] *Diez Grandes Años*, pág. 178.

[277] «Diario del Pueblo» del 17 de diciembre de 1958.

[278] Los resultados de 1958 y los objetivos de 1959 figuran en el comunicado de la 6a. sesión del VIII Congreso (10 de diciembre 1958), publicado por la agencia Hsinhua el 17 de diciembre de 1958.

Año 1958	Acero	Carbón	Energía	Abonos	Cereales	Algodón
Anunciado	11,08	270			375	3,31
Corregido	8				250	

Año 1959	Acero	Carbón	Energía	Abonos	Cereales	Algodón
Objetivos	18	380	40.000	1,3	525	5
Corregidos	12	335			275	2,3
Definitivo	13,3	347,8			270,05	2,41
Obj. 1960	18,4	425			297	2,6

En conjunto, el valor total de la producción agrícola e industrial ha aumentado en un 70 por ciento entre 1957 y 1958, es decir más que de 1952 a 1957 (68 por ciento). Este increíble crecimiento quedará corregido con la revisión de las estadísticas y no será más que del 31 por ciento (39,3 por ciento para la industria y 16,7 por ciento para la agricultura; valor total de la producción 2413 miles de millones de yuanes).[279]

Más tarde nos referiremos al valor de las estadísticas de los años 1958-1959 y sobre todo a los fracasos de la agricultura en relación con la industria[280]. Por el momento, lo que merece nuestra atención son el clima y las condiciones de la producción industrial. La ausencia de planificación o más exactamente la reducción de ésta a la definición de objetivos generales cifrados es su característica principal. Sería reconocida por Mao Tse-tung que se acusaría de ello en Lushan mientras achacaba la verdadera responsabilidad a la Comisión del Plan y a los ministerios y departamentos locales.

«La Comisión del Plan y los ministerios existen desde hace diez años. Súbitamente, en Peitaiho, ellos dejan de preocuparse [de la planificación]. Ésta era la directriz acerca de la planificación; consistía en no tenerla; lo que se llama ausencia de control de la planificación consiste en no preocuparse más que del equilibrio general; no se calculan las cantidades de carbón, de hierro y de medios de transporte que se necesitan, pero el carbón no se desplaza solo, necesita unos vagones. Esto yo no lo había previsto, ni yo, ni XX, ni el primer

[279] Informe de Li Fu-ch'un en la Asamblea Nacional (30 marzo 1960).
[280] Ver cap. XX.

ministro. Probablemente yo no sabía nada acerca de esto, no es que quiera disculparme, pero esto me disculpa de todas maneras dado que yo no estoy en la cabeza de la Comisión del Plan. Antes del mes de agosto del año pasado yo me consagré a la revolución. Sin conocer nada de la construcción no comprendo nada de planificación industrial.»[281]

Esta ausencia racional y detallada de planificación, agravada por la primacía del Partido y de la ideología, se combina con la aceleración de los ritmos de producción para hacer caer a la economía china en un caos que sin duda no quedará desenmarañado hasta la puesta en orden de 1960-1961. Los hombres no pueden nada contra los acontecimientos. Los cuadros técnicos, inhibidos por las primacías de las consignas políticas, quedan atrás, ejecutan y disimulan el temor de caer bajo la acusación de conservadurismo de derechas, de duda frente a las masas o, peor aún, de sabotaje[282]. Los consejeros soviéticos quedan paralizados y no intervienen eficazmente. La ausencia de tradición científica y tecnológica de los responsables y de la masa hacía el resto. Las máquinas quedan agotadas y caen al límite de deterioro, las materias primas y los productos acabados, fabricados sin referencia a su utilidad respectiva y a las capacidades de transporte reales, son despilfarrados en gran manera.

Por último, en este ambiente de desorden, una descentralización excesiva iba a añadir sus deplorables efectos a los precedentes. Era sin duda justificado el animar las iniciativas y las inversiones locales aflojando los controles a veces paralizantes del poder central. El primer plan quinquenal ya había revelado sus inconvenientes principalmente en el dominio variado de la industria ligera, de los bienes de consumo y se habían tomado unas medidas apropiadas desde 1956. En 1958 se iría mucho más lejos y un considerable número de empresas (un 80 por ciento, según ciertos expertos) serían transferidas a las provincias que las disgregarían a su vez, al menos parcialmente, en los hsien. Así los grandes sectores industriales escaparon a una eventual planificación nacional y vieron su suerte remitida con muy poco control a la dudosa competencia de los responsables locales.

---

[281] Ver Ting WANG, *Chung-kung wen-hua ta ke-ming tztt-liao hui-pien* (recopilación de documentos sobre la gran Revolución cultural de los comunistas chinos), vol. 3, pág. 24. Extractos de la declaración de Mao Tse-tung en Lus-han, 23 de julio 1959. El texto de esta declaración ha sido publicado en varias revistas chinas u occidentales.

[282] Ver particularmente «Bandera Roja», núm. 12 del 6 de nov. 1958: *Rechacemos a los que dudan de la línea de masas en el frente industrial.*

La campaña para la fabricación del acero por los «pequeños altos hornos» es sin duda la más sorprendente ilustración del absurdo del «gran salto hacia adelante». Ésta manifestará la ignorancia y el voluntarismo de los cuadros, la docilidad y la credulidad de la masa y la puerilidad de la teoría llamada «caminar sobre los dos pies». La iniciativa venía del mismo Mao Tse-tung, sin duda alentado por el futuro alcalde de Shanghai, K'o Ch'ing-shih, y fielmente seguido por el Departamento político[283].

«Es a K'o Ch'ing-shih o a mí a quien se debe la iniciativa de la gran campaña para la fundición del hierro y del acero. A mí. Yo hablé con K'o Ch'ing-shih diciendo que produciría 6 millones de toneladas. Más tarde yo lo dije a todos. (XXXX) pensaba que era posible. En junio hablé de 10.700.000 toneladas. Se cumplió y se colocó en el comunicado de Peitaiho... Esto creó un gran desorden cuando 90 millones de personas pasaron a la acción.»[284]

Durante la segunda mitad de 1958, en efecto, una amplia fracción de la población china (rurales y ciudadanos, intelectuales y manuales y a veces especialistas de la fundición y del refinado separados de sus tareas habituales) fue empleada para recoger y para fundir viejos metales y hasta humildes utensilios de cocina[285]. Tres millones de toneladas de acero de mala calidad que debieron sustraerse de las estadísticas y que casi no sirvieron para fabricar utensilios agrícolas individuales se produjeron de esta manera. De esta gigantesca aberración colectiva existen testimonios directos suficientes como para no insistir más en ello. En todo caso conviene retenerla como ejemplo de la omnipotencia de Mao Tse-tung y del atraso de una sociedad presta a aceptar sin discusión y sin murmuraciones las más extravagantes palabras de mando.

El balance de «la campaña de los pequeños altos hornos» no sería a pesar de todo totalmente negativa. Apartando a los campesinos de sus trabajos y representando un revés para la agricultura, aportaría —aunque fuese en un aspecto caricaturesco— algunos rudimentos de información técnica y lanzaría a las provincias, subprovincias y comunas a una especie de búsqueda del tesoro, a la exploración y el inventario de los recursos locales (principalmente del hierro y del carbón) que a veces se revelaron como utilizables. De este

[283] K'o Ch'ing-shih, primer secretario del Partido en Shanghai desde 1955, sólo será alcalde de esta ciudad a partir de noviembre de 1958.
[284] Discurso del 23 de julio de 1959 en el pleno de Lushan, citado supra.
[285] Ver acerca de este punto a Gilbert ÉTIENNE. *La vole chinoise*, págs, 220-224.

modo, cierto número de pequeñas explotaciones, más tarde retomadas y estandarizadas por los expertos, vinieron a añadirse a la producción de los grandes centros mineros o industriales y respondieron a algunas necesidades regionales. En cuanto a las necesidades nacionales, empezaron a estar mejor servidas por la entrada en operación de los grandes conjuntos siderúrgicos de Wuhan y de Paotow en 1959.

La campaña para la fabricación del acero no sería por otra parte la única. La producción de abonos por métodos empíricos sería también incitada en gran medida. Los diarios estarían llenos de consejos o de esquemas de pequeños talleres de producción de rendimiento a veces incierto o irrisorio. También serían lanzadas unas campañas mucho más serias para la mejora del utillaje agrícola, no sin un vocabulario pretencioso.

El «gran salto hacia adelante» en la educación y en la cultura

Las esperanzas que hicieron nacer el «gran salto hacia adelante» provocaron una inflación considerable de estudiantes y de técnicos que se encontraron sin futuro y desamparados al llegar los reajustes de los años 60. Su regreso a la tierra o su envío a las provincias exteriores (Sinkiang, Noroeste, Nordeste), únicas soluciones posibles, fueron entonces fuentes de decepciones o de descontentos.

La comparación de los años 1957 y 1958, particularmente en la enseñanza superior y en la enseñanza técnica, es reveladora del optimismo inicial de los dirigentes[286].

Años	Superior	Técnica, prof	Secundaria	Primaria
1957	441	778	6.281	64.279
1958	660	1.470	8.520	86.400

Un nuevo «salto hacia adelante» de la enseñanza superior y de las enseñanzas secundarias especializadas se debía producir en 1959-1960. Según Li

[286] *Diez Grandes Años*, pág. 189. Un artículo de «Peking Review» de 2 de diciembre de 1958 ofrece para 1958 unas cifras ligeramente superiores

Fu-ch'un, dirigiéndose a la segunda Asamblea Nacional, 280.000 nuevos estudiantes debían ser acogidos en la enseñanza superior[287]. No parecía que estas cifras pudiesen ser alcanzadas. Después de 1960, las estadísticas oficiales no se realizan más que acerca del número de los diplomados y las categorías de los diplomas, dominando los diplomas científicos y técnicos sobre todos los demás. Se contaría en 1961 con cerca de 160.000 diplomados de la universidad o de la enseñanza superior y 170.000 en 1962; un 60 por ciento de ellos son miembros del Partido Comunista o de la Liga de Juventudes Comunistas[288].

En el curso del «gran salto» de la enseñanza de 1958, los esfuerzos se apuntaron naturalmente hacia los dominios industriales y agrícolas, hacia la creación de escuelas e instituciones técnicas por y para las empresas industriales, hacia la multiplicación de las escuelas secundarias agrícolas y hacia la combinación del estudio propiamente dicho y del trabajo productivo. Sobre este punto las preocupaciones económicas coinciden con las ideologías. Lu Ting-yi consagraría a ello un importante documento:

«La Educación debe estar combinada con el trabajo productivo» (16 de agosto de 1958), resultado de una conferencia convocada por el Comité central en abril de 1958. En este texto se encuentran muchas ideas que reemprendería la Revolución cultural y, con ellas, el vocabulario que la hará familiar. La pedagogía no debería situarse por encima de la lucha de clases más bien debería contribuir a proseguirla y a elevar la producción. En cuanto a Chu En-lai, se manifestaría claramente, el 18 de abril de 1959, ante la Asamblea Nacional (primera sesión de la Segunda Asamblea), en unos términos que anuncian ya la Revolución cultural:

«Los hechos muestran que una combinación apropiada de la educación y del trabajo productivo puede contribuir a reforzar los vínculos entre la escuela y la sociedad, a unir la teoría con la práctica, a realizar gradualmente la fusión del trabajo intelectual con el trabajo manual, y permite transformar día a día nuestros establecimientos de enseñanza en un nuevo tipo de escuelas aptas para formar unos nuevos hombres poseedores del concepto comunista.»

---

[287] Frente a 152.000 en 1958-1959 y de 70.000 en el transcurso de los años precedentes. Este reclutamiento se realizaba por medio de un concurso de los candidatos autorizados a presentarse

[288] Se podrán consultar en francés las estadísticas y gráficas de L'Enseignement dans la République populaire de Chine», «Notes et Études Documentaires de la Documentation francaise», núm. 3.197 del 4 de junio 1965.

Y el primer ministro añade que la experiencia china de esta evolución radical de la educación es todavía preliminar e insuficiente.

Efectivamente el año 1960 estaría caracterizado por diversos proyectos de reestructuración de todo el sistema educativo reduciéndolo de 12 a 10 años, siguiendo diversas fórmulas, en curso de experiencia, las enseñanzas primarias y secundarias[289].

El fracaso del «gran salto hacia adelante» y pronto el «Movimiento de educación socialista» y la Revolución cultural introducirán en el problema unos elementos nuevos. Por otra parte el cierre de las universidades de 1966 a 1970 anularía el progreso obtenido en la formación de cuadros en el transcurso del «gran salto hacia adelante». Quizá se podría afirmar que es el exceso de cuadros técnicos erigidos apresuradamente con más o menos acierto durante esta época lo que permitiría responder bastante bien a las necesidades de una industria que por otra parte ya ha cesado de progresar. En los dos casos, «gran salto hacia adelante» y Revolución cultural, nos encontramos en presencia de una aplicación de los dos principios cardinales que no dejan de guiar la educación en la China comunista: subordinación total y estrecha a la política y a las necesidades del Estado con exclusión de las preferencias individuales.

[289] Informe de Lu Ting-yi ante la Asamblea Nacional (9 de abril de 1960).

XIX. Las comunas populares rurales de 1958. Las comunas urbanas

Por sus dimensiones, su organización y sus funciones, la comuna popular difiere profundamente de las cooperativas de las que ha salido.

Las estructuras

En la base se halla el equipo de producción (sheng-ch'an tui). Las más de las veces es la antigua cooperativa elemental o semisocialista. Sobre el terreno es la antigua aldea (chuang) o pueblo pequeño (ts'un), muy concentrados en las provincias del norte, región de trigo en donde el agua es muy escasa, parcelado además en grupos de algunas casas en las regiones arroceras de las provincias del Centro, del Oeste y del Sur. Por lo general comprende de 20 a 50 familias (de 100 a 250 personas) y dispone de 200 a 600 mu, o sea de 15 o 40 hectáreas .de tierra cultivable[290]. La realización de las tareas cotidianas está confiada a unos grupos variables en su composición y en sus dimensiones, pero cuyos elementos tienden a coincidir. Asimismo existen pequeños grupos (Iisiao tsu) constituidos con fines de educación y de discusión política.

Por encima del equipo, se halla el gran equipo de producción (sheng-ch'an ta-tui) a menudo llamado en Occidente «brigada de producción». Corresponde sensiblemente a la antigua cooperativa superior o socialista. Según las regiones y las condiciones locales, agrupa de 150 a 200 familias, o sea de 800 a 1.000 personas —generalmente una decena de equipos— y trabaja con un promedio de 2.000 mu (150 hectáreas).

Y finalmente, encontramos la comuna popular propiamente dicha (jenmin kung-she). En su primera versión, la de 1958, oscila alrededor de las 5.000 familias y de los 60.000 mu (4.500 ha) de tierra[291]. En la práctica varía bastante

[290] Se sabe que el mu o mou equivale a cerca de 1/15 de hectárea.

[291] Según *Diez Grandes Años* existen a finales de diciembre de 1958 un total de 26.578 comunas agrupando a 123.250.000 familias campesinas, en un promedio de 4.637 familias por comuna. En abril de I960, Tan Chen-lin, responsable de la Agricultura, hablará de 24.000 comunas trabajando unos 64.000 mou aproximadamente, o sea 4.226 hectáreas. Sin embargo, algunas comunas son bastante fuertes, tal es el caso de

en función de la densidad de población y de las facilidades de circulación, acercándose el número de las brigadas de los diez a los veinte. Territorialmente se intenta hacer corresponder la comuna y el pueblo administrativo (hsiang) por medio de la adecuación del uno o de la otra o de los dos a la vez[292]. En un principio, es el lisien (subprovincia) quien debe ser el estadio final de la evolución. Habría entonces casi 2.000 comunas populares en toda China. En realidad ciertas comunas de lisien fueron creadas en las subprovincias a la vez poco extensas y relativamente poco pobladas. También a veces numerosas comunas de hsiang se federaron en comunas asociadas (lien-she).

La articulación de los diversos elementos constitutivos de la comuna y particularmente el número de equipos por brigada y el número de brigadas por comuna irá evolucionando con el tiempo, con las regiones y con las situaciones y circunstancias locales. A partir del número de hogares campesinos[293], del número muy variable pero generalmente conocido de los hsiang y de las comunas, de la estabilidad del equipo de producción que el hábitat vincula al terreno, del número de hectáreas en cultivo[294] y del conocimiento concreto de algunos casos extraídos de la prensa o constatados en el mismo lugar, es generalmente posible seguir a grandes trazos las modificaciones de la organización comunal desde su comienzo, al menos en la China propiamente dicha. En efecto es difícil de tener en cuenta a las poblaciones minoritarias a causa de la gran desproporción que existe entre su número y los inmensos territorios que ocupan (un 6 por ciento de la población total china, y de un 50 a un 60 por ciento de la superficie del territorio nacional), y también a causa del carácter generalmente pastoral o semisedentario de su economía.

«Sputnik», la comuna modelo con sus 9.300 familias y sus 43.000 habitantes. Había absorbido 27 cooperativas superiores y contaba con 4 hsiang.

[292] Los traductores chinos utilizan generalmente en francés la palabra «cantón» para traducir el hsiang. Esta correspondencia es errónea desde el punto de vista de las dimensiones, recursos y por supuesto desde el punto de vista de sus funciones administrativas. En castellano, utilizan «comarca».

[293] 123.250.000 en diciembre de 1958, cifra que conviene aumentar aproximadamente en 2 millones por año.

[294] Las estadísticas varían un poco en este sentido. La cifra de 107 millones de hectáreas que manifiesta unas superficies reales y no tiene en cuenta 'as dobles o triples cosechas es la admitida corrientemente.

FUNCIÓN ECONÓMICA.

Al menos en teoría, la comuna popular es una organización polifuncional tipo con vertientes económica, administrativa, social, educativa y militar.

La función económica es evidentemente la más importante. En primer lugar debe permitir una movilización total de la mano de obra rural masculina y en gran medida también la femenina. No excediendo los trabajos agrícolas propiamente dichos casi de las 120 o 130 jornadas laborales, será teóricamente posible edificar unos «ejércitos del trabajo» que maniobrarán según las posibilidades, las necesidades y los planes de desarrollo de la comuna, mientras que la desaparición de las «parcelas» familiares obligaría a los campesinos a llevar íntegramente sus esfuerzos sobre las tierras colectivas. Éstas serán objeto de gigantescos trabajos efectuados totalmente con energía humana: construcción de miles de canales de irrigación y roturación de los terrenos en profundidad, por ejemplo, mientras que determinadas técnicas consideradas como más provechosas (plantación abundante, escardaduras minuciosas, esparcimiento del limo, etc.) serán más fácilmente impuestas. A veces ejecutadas o aplicadas sin preparación o sin discernimiento, estos trabajos y estas técnicas irán entonces contra su finalidad y destruirán los delicados y antiguos equilibrios.

La comuna ofrece igualmente, se cree, un cuadro geográfico bastante amplio a las actividades extraagrícolas y muy especialmente a la explotación y utilización de diversos recursos de su territorio: pequeñas minas, canteras y cursos de agua. Gracias al reagrupamiento y a la extensión del artesanado, debe permitir el desarrollo de una pequeña industria ligera de interés local (abonos, productos químicos, cemento, textiles, herramientas elementales, alfarería, etc.), cuya producción podrá ser comercializada en provecho de las comunas populares vecinas. A veces se podrán emprender actividades agrícolas secundarias (silvicultura, piscicultura, plantas medicinales). Así, las iniciativas y los capitales de la comuna remediaron la desaparición económicamente deplorable de la iniciativa y del capital privados. Se confía en que los ahorros campesinos, por débiles que fuesen, se invertirían más fácilmente en los proyectos locales que bajo forma de bonos del Estado.

Aun desde el punto de vista económico, la creación de los servicios comunales (comedores, talleres de costura, lavaderos y guarderías) permitiría por

una parte recuperar una importante mano de obra femenina y por otra el evitar el despilfarro y controlar mejor el consumo.

Por último, los promotores de la comuna pensaban que la nueva organización, alentando a los campesinos a dejar atrás sus actividades agrícolas, creando ciertos embriones de industria ligera, abriría las puertas de la técnica a las masas atrasadas, estimularía su capacidad creativa y de una manera general despertaría los campos a una nueva y moderna vida.

FUNCIÓN SOCIAL.

En el dominio social, la comuna popular debía ser la unidad de base de la sociedad socialista uniendo estrechamente obreros, campesinos, soldados y empleados, borrando poco a poco las diferencias existentes entre las categorías sociales, incluso profesionales, y las diferencias existentes en las mentalidades y en las costumbres entre los intelectuales y los manuales, entre ciudades y campos. Reduciendo además la importancia de la familia debía llevar la vida colectiva a un grado inaudito, ya se tratase de trabajo, alimentación, ocio y hábitat, hacer desaparecer para siempre el sentido de la propiedad (quedando pronto reducida a la ropa, al mobiliario y a ciertos objetos y algún dinero), el interés personal y las tendencias individualistas. Sirviendo de transición entre la propiedad de la cooperativa y la del pueblo entero, la comuna prepararía la sociedad futura en su forma final y sería, en términos de la resolución del 29 de agosto de 1958 (resolución de Peitaiho), un «atajo» hacia el comunismo.

En cuanto a la resolución del 10 de diciembre de 1958 (resolución de Wuhan), pese a ser menos radical que la precedente, manifiesta con mucha más fuerza el espíritu que tienen las comunas populares.

«El sistema de las comunas populares ha mostrado al pueblo de nuestro país el camino hacia la transición gradual de la propiedad del pueblo entero, en la agricultura, el camino hacia la transición gradual del principio socialista «a cada uno según su trabajo» al principio comunista «a cada uno según sus necesidades», el camino que tiende a la reducción gradual y a la eliminación final de las diferencias entre la ciudad y el campo, entre los obreros y campesinos, entre trabajadores intelectuales y trabajadores manuales y el camino que tiende hacia la reducción gradual y a la eliminación final de la función interna del Estado.»

FUNCIÓN EDUCATIVA.

Las comunas tienen también una función educativa. En efecto son responsables de la enseñanza primaria, en parte de la secundaria y de la instrucción de los adultos. Esta misión descarga al Estado de las preocupaciones de la escolarización y aligera sus finanzas, pero concuerda igualmente con una cierta tradición; desde siempre, numerosos pueblos y templos tuvieron sus propias escuelas y la centralización de la enseñanza en China sólo fue relativa y en todo caso reciente. En el espíritu de las comunas, la educación pretende también inscribirse en un gran movimiento para asociar íntimamente el trabajo manual y el estudio. Muchas exageraciones y engaños nacieron de esta pretensión que en realidad corresponde a unas prácticas difundidas en los campos chinos. La biografía de Mao Tse-tung nos ofrece un buen ejemplo de ello.

Finalmente no podemos olvidar que el problema de la educación en las comunas populares está en íntima relación con la necesidad de formar un personal de gestión calificado, a partir de un mundo rural ampliamente iletrado.

FUNCIÓN MILITAR.

La función militar de la comuna popular, importante en tiempo de paz, en tiempo de guerra puede llegar a ser muy considerable. En el primer caso, la comuna es un centro de preparación militar, un centro de instrucción y de movilización de las reservas y de sostén para las familias de los reclutas. Dispone de una milicia más o menos bien armada, compuesta por lo general de antiguos soldados y activistas de una lealtad a toda prueba. Las milicias escapan al control de la autoridad civil hasta el nivel del hsien incluido, más allá del cual tienen pocas ocasiones de emplearse. En períodos difíciles contribuyen al mantenimiento del orden, luchan contra el bandidaje, sirven de auxiliares a las tuerzas de seguridad pública y llegado el caso al mismo ejército. Los reglamentos de las comunas preveían prudentemente que el director de la comuna no podía ser al mismo tiempo el comandante de la milicia.

En tiempo de guerra, y particularmente en caso de guerra termonuclear la comuna popular aparecería por su carácter integrador como una verdadera unidad de supervivencia capaz de perdurar aún después de la destrucción de los grandes centros urbanos y de los niveles administrativos y militares superiores. Mejor aún, el conjunto de las comunas representa un tejido celular cuyas partes destruidas por la acción nuclear podrían reconstruirse poco a poco y remediar el caos social.

FUNCIÓN ADMINISTRATIVA.

Finalmente, la comuna popular es también la administración puesto que su dirección se confunde con el aparato del Estado. Comuna y hsiang administrativamente no son más que una sola unidad con los mismos responsables, desapareciendo la palabra hsiang pronto del uso oficial. Ésta es la mayor diferencia con las cooperativas que cristalizaban a pesar de todo y hasta cierto punto intereses materiales particulares y que constituían, al menos teóricamente, una colectividad económica autónoma frente al Estado. En un país provisto de instituciones democráticas reales, la comunalización se realizaría a favor de las masas y contra el poder. La descentralización, extendida del dominio económico a todos los demás, provocaría en la base unos medios de presión considerables sobre el gobierno. El caso de China es todo lo contrario: la confusión de las atribuciones del hsiang y de la comuna reforzaba aún, si era necesario, la autoridad del Partido Comunista, que tomaba en sus manos la gestión económica por medio de sus comités directivos, presentes en todas las instituciones administrativas. Falta añadir que, concentrando más aún los grupos humanos no sólo en su actividad productiva propiamente dicha, sino hasta en su hábitat, las comunas populares extendían además las facilidades de propaganda y de control político del Partido.

Ver esquema p.651., abajo.

Es quizás el presidente Liu Shao-ch'i quien mejor resume el sentido de las comunas populares de las que —el futuro nos lo demostraría —juzgaba prematura su puesta en acción:

«La comuna popular no es solamente una célula para la organización de la producción, sino para la organización de la vida del pueblo mismo.»[295]

[295] Liu Shao-ch'i defenderá en efecto a las comunas populares en El triunfo del marxismo-leninismo en China, pero se trata de un texto de circunstancia escrito para la «Nueva Revista Internacional», el 14 de septiembre de 1959, en ocasión del 10 aniversario de la República Popular China.

LA GESTIÓN.

El aparato de gestión comunal reproduce en cierta medida al del hsiang al que por otra parte sustituye.

En la cumbre se halla una asamblea de los representantes de la comuna elegida por dos años en conformidad con la Constitución de 1954 y con la ley electoral de 1953. Si su representatividad debe ser muy amplia, sus poderes son todavía tan teóricos como los de las asambleas del hsien y de la provincia.

La asamblea de los representantes elige un comité de gestión que es el ejecutivo de la comuna. Este comité, de 20 a 30 miembros, está presidido por un director (she chang) asistido por numerosos adjuntos y por un número variable de despachos especializados: administración, agricultura, ganadería, industria, finanzas, comercio, educación y diversos servicios (comedores, guarderías, asilos de ancianos, etc.).

A menudo se crean unos comités ad hoc para el estudio y la solución de problemas temporales o particulares.

Un comité de control, elegido por la asamblea de los representantes y procedente del comité de control del hsien del que depende la comuna, supervisa el conjunto de las actividades de ésta y, sin duda, también la actividad de los servicios, empresas u organismos del Estado, de la provincia o del hsien que se hallan instalados en su territorio.

Los organigramas de los que se dispone para cierto número de comunas muestran unas variaciones bastante sensibles según la situación, las dimensiones y las actividades propias de cada una de ellas. El organigrama que presentamos a continuación corresponde a un tipo medio derivado de muchos casos concretos y no tiene más que un valor indicativo.

Bajo estas apariencias democráticas es por supuesto el Partido, cuyos miembros ocupan en gran medida este aparato, quien en virtud de los artículos 59 y 60 de sus estatutos es el verdadero director de los destinos de la comuna. El secretario del comité de base del Partido (o del comité de célula), elegido por un año (véase el capítulo VI de los estatutos), es en realidad el más importante de la comuna.

Por debajo de la comuna, la brigada de producción nombra sus representantes para la asamblea de la comuna en asamblea local que elige, por un año en principio, un jefe de brigada y le provee de unos adjuntos y de un pequeño comité de gestión. Se nombra igualmente un pequeño comité de control. Por último, el equipo de producción elige él mismo un jefe de equipo que, reunido

con algunos adjuntos, forma un pequeño comité esencialmente encargado de organizar y de hacer ejecutar el trabajo del equipo.

En 1958, y si nos remitimos a los estatutos de la comuna «Sputnik» que debe inspirar a todas las demás, resulta que la gestión está más fuertemente centralizada en el nivel comunal[296]. Sería la comuna quien, sobre las bases de las directrices de los organismos de planificación del Estado, establecería su plan de producción Y de desarrollo económico sin preocuparse demasiado en consultar las brigadas de producción. Tras la aprobación del escalafón superior, el plan de la comuna queda detallado a nivel de las brigadas que a su vez lo detallan a nivel de los equipos[297]. Financiamiento, contabilidad y control financiero también parecían ampliamente centralizados en el nivel comunal. Por esto, la comuna es prácticamente propietaria de los medios más importantes de producción, así como es directamente propietaria de los recursos de su suelo salvo en los casos en los que éstos, muy abundantes o muy ricos, son directamente explotados por el Estado, las provincias o los hsien.

La cuestión del nivel de propiedad de los instrumentos de producción es naturalmente fundamental debido a sus efectos prácticos y a sus incidencias psicológicas. Posteriormente será objeto de muchos cambios, pero, en principio, es probable que siguiese en todas partes el artículo 4 de los estatutos de la comuna «Sputnik» según el cual, en el momento de su fusión, las cooperativas debían pasar la totalidad de sus medios de producción a la comuna, y el artículo 5 de los mismos estatutos, que también precisaba que tierras, casas, ganado y árboles de los miembros de las cooperativas o de las familias aisladas le serían igualmente transferidos.

Finalmente, el sistema de retribución del que depende en última instancia la satisfacción de los miembros de la comuna aparecía también definido en el

[296] Ver en este sentido el «Diario del Pueblo» del 4 de septiembre de 1957: Cómo administrar las Comunas a partir de ¡os Estatutos de la Comuna Sputnik, así como el proyecto de estos estatutos.

[297] En realidad, la producción agrícola será objeto de una doble planificación en cada nivel (provincias, lisien y comunas): objetivos en primer lugar previstos por el plan, máximos objetivos posibles y superioies a los precedentes convirtiéndose, una vez realizados, en objetivos oficiales. El sistema debía acarrear lo que el economista Li Choh-ming llama justamente «una aceleración automática de los objetivos de producción» («*a self acceleration of output targets*»), conduciendo hacia una especie de «gran salto de las estadísticas».

nivel de la comuna con todas las forzosas igualaciones que se pueden imaginar entre las brigadas, con todas las variantes posibles en la interpretación del espíritu comunal por los cuadros locales.

En 1958, es el sistema de retribución en la base el que parecía haber sido comprendido de la manera menos uniforme. Ciertas comunas irían muy lejos en la distribución sin control de los productos de producción. Por el contrario, otras practicaron un racionamiento riguroso. La mayoría de las veces adoptaron un sistema intermedio llamado «semiabastecimiento y semisalario». Li Hsien-nien, por aquel entonces ministro de Finanzas, indicaría que el abastecimiento en productos o en servicios se inspira en la fórmula «a cada uno según sus necesidades» y corresponde a un sistema de cinco, seis o siete garantías: alimentación, vestido, cuidados médicos, partos, instrucción, alojamiento, gastos de matrimonio y de defunción. El salario cuando está ajustado al trabajo personal varía de 4 a 15 yuanes (entre 100 y 400 pesetas) por mes, pagándose la mitad del salario en metálico, y la otra en productos[298]. No obstante, la comuna «Sputnik» parecía tener mucho más en cuenta la naturaleza y la cantidad de trabajo realizado por cada uno y dar un papel importante a las primas de rendimiento (como máximo 1/4 del total de los salarios), extraña contradicción que por un lado hacía desaparecer la propiedad de los bienes más humildes y por otra verter en metálico un salario a destajo[299].

La comuna de 1958 representa un nuevo salto en la vida colectiva. Sus dos extremas manifestaciones serán la desaparición de los alojamientos privados cuyos materiales, ladrillos, tejas y maderas, podrán ser ofrecidos a la comuna para la construcción de nuevas casas que alquilará para asegurarse los gastos de mantenimiento y de reparación[300], y la creación de comedores comunitarios a los que nunca se intentará imponer su utilización; de todas formas, en 1958 existirían 3.400.000 sólo en las regiones rurales. Al menos tanto como el sistema de retribución y la vida política impuestos, serán estas dos exigencias las que, a veces incluso antes de pasar a la práctica, van a condenar, en un primer momento, las comunas populares al fracaso; cuando casi todo el resto formaba ya parte del sistema de las cooperativas superiores.

---

[298] Ver «Diario del Pueblo» del 17 de octubre de 1958: *Lo que yo he visto en las comunas*.
[299] Artículo 14 de los estatutos. Es cieno que el artículo 15 prevé un sistema de víveres gratuitos proporcionados según necesidades.
[300] Artículo 20 de los estatutos citados.

En un principio pareció que la extraordinaria fórmula de las comunas populares rurales debería triunfar. Este optimismo se apoyaba en numerosas razones. La cosecha de 1958 debía ser por completo excepcional. Las estadísticas revisadas en 1959 la situaron en unos 250 millones de toneladas (185 millones en 1957). Electo del clima y también quizás en cierta medida progreso de las cooperativas que, tras 3 o 4 años de existencia, acababan su puesta a punto. De todas formas, este hecho debía calmar sensiblemente el descontento campesino.

La experiencia de las comunas está situada en la mística nacional del «gran salto hacia adelante» y está acompañada de firmes promesas de prosperidad. En consideración a sus esperanzas los campesinos debían aceptar más fácilmente el principio de una movilización total e intensa. Por lo demás, procurando atribuir la iniciativa a las comunas, el régimen había provocado un entusiasmo al que todos debían ceder, aun cuando no se dejasen engañar.

Las comunas urbanas

Paralelamente a las comunas populares rurales, las comunas urbanas serían lanzadas en el curso del verano de 1958 en Pekín y en un cierto número de ciudades. Pero este movimiento disminuiría considerablemente al año siguiente a causa de su falta de preparación y de su impopularidad. En efecto, no tenía como el movimiento de las comunas rurales el cómodo punto de partida de las cooperativas de producción, sino solamente el de los «pequeños grupos» de barrio (hsiao tsu). Además, creyendo que acarrearía, como lo había hecho en los campos, la desaparición de la propiedad privada y sobre todo de las viviendas, y temiendo los esfuerzos suplementarios que ello implicaba, la población le ofreció una acogida desfavorable.

Reemprendido con mucho más cuidado en la primavera de 1960, está entonces en estrecha relación con la producción industrial ligera y, según las cifras oficiales, afecta por una u otra razón a 52 millones de ciudadanos. Por aquel entonces existen 1.027 comunas urbanas que agrupaban a unos 60.000 talleres de producción, 180.000 comedores y 120.000 guarderías[301]. Estas cifras no deben engañarnos. La contribución de las comunas urbanas a la producción general es de valor muy débil (en 1959 sería de 2 mil millones de

[301] Ver Li Fu-ch'un en «Bandera Roja», núm. 16, del 16 de agosto de 1960.

yuanes sobre 102 mil millones), pero es útil en cuanto asegura la fabricación de muchos pequeños artículos de consumo corriente. Toma también la forma de servicios y los textos distinguen generalmente:

a) las comunas urbanas comunes que aseguran una pequeña producción por barrio;

b) las comunas urbanas creadas cerca de los grandes centros industriales;

c) las comunas urbanas que operan cerca de las administraciones y de las escuelas.

Estos dos últimos tipos juegan un papel auxiliar y liberan a la mano de obra y al personal regular de sus preocupaciones creando comedores, guarderías, lavaderos, talleres de costura y de reparaciones diversas.

Las comunas urbanas son también frecuentemente el soporte de actividades políticas o de educación postescolar y acostumbran a los habitantes de las ciudades como a los de los campos a la vida colectiva. A diferencia de las comunas rurales no ejercen verdaderas funciones administrativas. No parecen haber sido motivo de graves atentados contra la propiedad (sino contra la libertad personal), pero sus débiles salarios y las perturbaciones que acarrean a la vida familiar no facilitan en manera alguna su desarrollo. Poco a poco parecen perder su vitalidad y la prensa cesaría prácticamente de hablar de ellas.

XX. El reajuste de las comunas populares. El fracaso del «gran salto hacia adelante»

Las primeras inquietudes acerca del buen funcionamiento de las comunas populares aparecerían a la luz del día cuatro o cinco meses después de la resolución de Peitaiho. Reunido en Wuch'ang —una de las tres ciudades que constituyen la aglomeración de Wuhan— del 28 de noviembre al 10 de diciembre, en su 6a. sesión, el VIII Comité central examinaría los resultados del año 1958, fijaría los objetivos de los años 1959 en el dominio económico y colocaría de nuevo en la base el problema de las comunas populares. Sus deliberaciones serían objeto de dos documentos muy importantes: el «Comunicado de la 6a. sesión» y la «Resolución a propósito de ciertos problemas concernientes a las comunas populares»[302]. Aunque los conozcamos mal en detalle, es útil notar que la 6a. sesión había sido preparada por una reunión de trabajo realizada en Chengchow (Honan), del 2 al 10 de noviembre, bajo la presencia de Mao Tsetung y en la que habían participado ciertos miembros del Comité central, diversos secretarios de provincia y otros cuadros.

Tras la habitual introducción optimista, la resolución, con una extensión de veinte páginas, abordaba su parte crítica y constructiva sobre el tema general de la moderación y de la necesidad de reformas. Reconocía que a causa de su breve existencia, de la presión de los trabajos de los campos en el transcurso del otoño y de la campaña de la fabricación del acero (crítica oculta con respecto a los promotores), las comunas populares rurales no habían tenido tiempo «de reafirmar su organización, enmendar su sistema y resolver metódicamente sus problemas de producción, de distribución, de obras sociales y de administración».

Poniendo en pie igualmente la existencia de diferentes opiniones en cuanto a la solución de determinados problemas, la resolución indicaba que era urgente unificar los puntos de vista en el Partido y en la opinión pública y enderezar la organización y el funcionamiento de las comunas. A partir de allí redefiniría con mayor precisión y prudencia que la resolución de Peitaiho la

[302] Agencia Hsinhua del 17 de diciembre en lo que concierne al comunicado; prensa china del 19 de diciembre en lo que concierne a la resolución.

misión general de las comunas y plantearía cierto número de cuestiones específicas.

Se trataba de tener en cuenta los esfuerzos y los intereses de los individuos. En tiempo normal convenía respetar el sistema de las ocho horas de trabajo y de dos de estudio. En período de grandes trabajos era preciso prever por lo menos ocho horas para el descanso nocturno y cuatro para el reposo y las pausas. Las obras sociales deberían ser desarrolladas y mejoradas. Se afirmaba y se ampliaba el derecho de propiedad:

«Algunos se imaginan que el establecimiento de las comunas significa un nuevo reparto de los bienes de consumo de cada uno. Esto es un error. Debemos declarar a la masa que los bienes de cada miembro (comprendiendo casas, vestidos, muebles, así como los depósitos en bancos o en agencias de crédito) se mantienen y se mantendrán en la propiedad de cada uno después del establecimiento de las comunas».

Las actividades secundarias individuales estaban permitidas y las rentas anteriores al establecimiento de las comunas no habían sido olvidadas.

El sistema de retribución debía ser revisado, la parte del salario en metálico más importante que la parte en especies. La regla «a cada uno según sus capacidades», cuyo abandono «frenaría el impulso de los trabajadores», continuaba. Se recordaba que el sistema de distribución comunista «a cada uno según sus necesidades» no podía realizarse más que con la abundancia de bienes. Una amplia campaña de información a este respecto se debería realizar en la población «desde un punto de vista marxista-leninista». Es preciso entender que se trataba de corregir el efecto de la imprudente resolución de Peitaiho. En el mismo espíritu, las comunas eran estimuladas a desarrollar su producción comercializable así como sus intercambios entre ellas y con el Estado.

«Algunos —decía la resolución—, pensando avanzar "la edad comunista", quieren rechazar demasiado pronto la producción de las mercancías y su intercambio, negando el papel positivo de las mercancías, de los valores, de las monedas y de los precios.»

En fin, era seguramente el punto más importante y el que traducía mejor la idea de la rectificación necesaria, todos los comités del Partido a nivel de las provincias, regiones autónomas y municipios especiales, debían, de diciembre de 1956 a abril de 1959, emprender un trabajo de «puesta en orden» de las co-

munas tras el examen completo de la situación y la eliminación de los elementos dudosos o incompetentes. Se crearían unos grupos de inspección comprendiendo «algunos miles o decenas de miles de personas» por los secretarios del Partido mientras que se organizarían exposiciones, sesiones de crítica, reuniones e intercambios de experiencias a fin de elevar el nivel de todas las comunas populares chinas[303].

A pesar de los reajustes de la primavera, el año 1959 vería una considerable agravación de la situación general y, poco a poco y casi sin darse cuenta, hasta el año 1962, las comunas serían la sede de profundos cambios que les privarían de casi todo su sentido y descenderían del nivel real de colectivización al del equipo de producción.

En el mes de agosto de 1969 (2-16 de agosto), el VIII Comité central realiza su 8a. sesión en el célebre lugar de Lushan en Kiangsi. Siete u ocho años después, y por fragmentos, el mundo aprendería en qué manera y bajo qué propósitos se manifestó una oposición derechista de la que P'eng Teh-huai, ministro de Defensa Nacional, Chang Wen-t'ien, uno de los grandes responsables comunistas de primera hora y Chou Hsiao-chou eran los principales representantes[304].

En aquella época se publican nuevas estadísticas que corrigen las de 1958 y reducen los objetivos de 1959 lo que dejó estupefactos a los observadores interesados por las realidades chinas y a menudo dispuestos a dar a los esfuerzos del Partido votos de confianza y de simpatía[305]. La eliminación de los moderados cuyas críticas encuentran precisamente su demostración en el reajuste de los objetivos parece indicar que el régimen, reconocidos sus errores, estaba dispuesto a ir adelante, siendo el «gran salto hacia adelante» la consigna, y la comuna popular su mejor expresión.

El optimismo oficial se mantiene en el curso de la segunda sesión de la segunda Asamblea Nacional (30 de marzo al 10 de abril de 1960). En términos del informe de Li Fu-ch'un, presidente de la Comisión del plan (30 de marzo), la cosecha de cereales de 1960 debería ser un 10 por ciento mayor que la de

[303] Ver también «Bandera Roja», núm. 2, del 16 de enero de 1959: Movimiento de masa a gran escala para encauzar las comunas.
[304] Ver cap. XXI.
[305] Ver cuadro en cap. XVIII. Esta revisión de los objetivos se publicó el 26 de agosto de 1959. Parece haber sido propuesto por vez primera en la 7a. sesión del VIII Comité central realizado en Shanghai en marzo y abril de 1959.

1959 que oficialmente había sobrepasado los 270 millones de toneladas[306]. La industria pesada debería elevarse en un 32 por ciento en relación con el año precedente y la industria ligera un 24 por ciento. No obstante, es sobre la agricultura donde se puso el acento principal. Ella es la «base» de la economía, siendo la industria el «factor dominante». Es en la producción de granos y en la del acero donde se debe fundamentar la edificación socialista. Los mayores esfuerzos se realizarán para sostener a la agricultura. La ayuda financiera en las comunas populares rurales aumentó en un 50 por ciento. La necesidad de acelerar las transformaciones técnicas y la modernización de la agricultura, y sobre todo su mecanización, va a ser objeto de una intensa campaña apoyada sobre los 40 puntos del programa agrícola de doce años (1956-1967), revisado una vez más y presentado a la Asamblea Nacional por T'an Chen-lin, director del Departamento de Agricultura (6 de abril).

El «Diario del Pueblo» del 31 de marzo cita a Mao Tse-tung: «Con cereales y con acero todo es posible» y esta pequeña frase muestra a la vez el sentido de una evolución y la esperanza de no sacrificar la industria pesada al indispensable desarrollo de la agricultura.

Pasada la Asamblea Nacional, las inquietudes no tardarían en aparecer en la prensa, primero bajo forma alusiva o indirecta: importancia de las inclemencias, desequilibrio de desarrollo entre las ciudades y los campos, y nacimiento de un movimiento de masa para el mantenimiento de la agricultura por la industria y de los campos por las ciudades[307].

En el mes de agosto, un artículo bastante resonante de Li Fu-ch'un recuerda las pasadas luchas contra las desviaciones «derechistas», la manera en que el principio del «gran salto hacia adelante» y el sistema de las comunas populares, las más apropiadas para promover el desarrollo de la economía nacional, han sido salvaguardados. Pero añade que si conviene desarrollar a la vez la industria y la agricultura, es la agricultura la que debe ocupar el primer lugar y que la producción de granos tiene, en última instancia, prioridad sobre todas las demás[308]. El responsable del plan dará a la producción rural un papel primordial.

---

[306] En realidad, la producción de 1959 debió situarse aproximadamente en los 175 millones de toneladas.

[307] Ver particularmente el «Diario del Pueblo» del 17 de julio de 1960.

[308] «Bandera Roja» del 16 de agosto de 1960.

«La esencia de la línea general es la de movilizar bajo la dirección de la clase obrera todas las fuerzas disponibles y en primer lugar las de 500 millones de campesinos para provocar un salto ininterrumpido de la economía nacional adoptando unos métodos variados adaptados a las condiciones específicas chinas.»

El tema de la primacía de la agricultura está abundantemente repetido en la prensa y poco a poco se dibuja un vasto «frente agrícola». Los millones de trabajadores llegados de las ciudades, y de los que la industria aminorada no tiene necesidad, vienen a reafirmarla; veinte millones, diría el ministro de Agricultura Liao Lu-yen en 1961. Unos centenares' de millares de cuadros y de estudiantes asistirán a los aparatos de las comunas populares. No se trata del desarrollo simultáneo de la agricultura y de la industria, sino que lodos los sectores de la economía nacional se deben emplear en provecho de la primera[309]. Pronto, el lugar que ocupa la agricultura en la prensa de cada día bajo los títulos más expresivos es ciertamente increíble. Ciertas exhortaciones: recolección de bayas y de plantas salvajes y la forma de sacar partido de los suelos menos productivos son también inquietudes más que elocuentes. Nada asegura que el hambre no afecte a las numerosas regiones del interior[310]. En las ciudades el racionamiento se hace más estricto y desciende de las 40 o 60 a las 25 o 30 libras mensuales, escaseando las legumbres. Los paquetes de provisiones enviados por los chinos de ultramar se quintuplican. El gobierno chino empieza a importar granos desde Australia y desde el Canadá; 6 millones de toneladas por un valor de unos 350 millones de dólares americanos en 1961, o sea la tercera parte de las importaciones, aunque se trate de fuertes divisas. Más tarde, en el mes de mayo de 1962, varios miles de campesinos cantonales, debido a su subalimentación y a que los cuadros no consiguen retenerlos, llegan a Hong-Kong donde las autoridades inglesas no podrán acogerlos en su totalidad.

En primer lugar, sólo las inclemencias son las responsables de las dificultades. Más de 60 millones de hectáreas sobre sus 106 millones han quedado afectadas, de las cuales 26 millones lo estarán seriamente. Se ha admitido sin otras precisiones que los objetivos de la agricultura y los de la industria ligera

[309] Diario del Pueblo del 25 de agosto de 1960

[310] A pesar de las afirmaciones contrarias de ciertos visitantes extranjeros cuya experiencia (tan superficial) se limitaba forzosamente a algunas de las grandes ciudades.

de la que dependen por sus materias primas no podrán ser alcanzados[311]. No obstante, los últimos meses de 1960 comenzarán a ver aparecer unos artículos que afectarán directamente al funcionamiento de las comunas. Se consagran sobre todo a definir mejor las prerrogativas y las responsabilidades de los tres niveles: comuna, brigada de producción y equipo en beneficio de los niveles inferiores. Los problemas fundamentales (acumulación y distribución, modo de remuneración y participación de los cuadros en el trabajo físico) están evocados desde el punto de vista práctico e ideológico[312].

Será la 9a. sesión del Comité central, realizada en Pekín del 14 al 18 de enero de 1961, la que, con un lenguaje inteligible al menos familiarizado con el estilo marxista, dará a entender toda la gravedad de la situación:

«Teniendo en cuenta las serias calamidades naturales que han afectado a la producción agrícola durante dos años consecutivos, toda la nación debe, en 1961, concentrarse en el fortalecimiento del frente agrícola, aplicar a fondo la política que consiste en hacer de la agricultura la base de la economía nacional y hacer que el Partido y el pueblo desplieguen grandes esfuerzos para la agricultura y la producción de granos, reforzar el apoyo de los oficios y de las profesiones vinculados con la agricultura... En las zonas rurales, es preciso consolidar las comunas populares y la economía rural y adoptar unas medidas efectivas con vistas a ocuparse de la vida de los miembros de las comunas.»

Tras haber alentado el cultivo de los productos alimenticios secundarios, y después de haber deseado el desarrollo de los «mercados primarios rurales», el comunicado denunciaba en términos vigorosos la oposición de los «malos elementos» del gobierno y del Partido (10 por ciento), los sabotajes de los «residuos burgueses insuficientemente reformados», así como los errores de ciertos cuadros de nivel ideológico insuficiente.

«Interpretaron mal lo que el Partido ha declarado repetidas veces en lo que concierne a la distinción entre el socialismo y el comunismo, entre la propiedad colectiva socialista y la propiedad de todo el pueblo. Comprenden mal los

[311] Editoriales de los días 29 de diciembre de 1960 y 1 de enero de 1961 del «Diario del Pueblo», entre muchos otros artículos.

[312] Ver sobre todo «Diario del Pueblo» del 20 de noviembre de 1960. En julio de 1960 la Academia de las Ciencias había realizado en Tientsin un congreso reuniendo unos equipos de investigación acerca de las comunas populares. Los informes presentados indican que las directrices que apuntaban hacia la descentralización se remontaban a la primavera de 1959.

tres grados de propiedad que existen en las comunas con la brigada por base, los principios de idéntico valor en los intercambios y de la retribución según el trabajo de la sociedad socialista.»

Esta condena que siguió de cerca a un movimiento de rectificación y de depuración, así como unas instrucciones concernientes a los «sesenta puntos sobre el trabajo en el campo», parecía dirigirse sobre todo a los responsables que, por ilusiones, incapacidad o impotencia, dejaban ir sus comunas y se abstenían de reglamentar en ellas seriamente la producción y el consumo. Pero, en muchos otros casos, era, por el contrario, el excesivo y estrecho dirigismo de los cuadros lo que explicaba la escasez que el gobierno no conseguiría disimular. Por esta época, Mao Tse-tung diría a François Mitterrand que unas calamidades «ignoradas desde hacía un siglo» han afectado al país, y negará el hambre reconociendo la «penuria»[313]. Algunos meses después, hablando al mariscal Montgomery, precisará que la cosecha de cereales en 1960 había sido de 150 millones de toneladas[314].

Poco a poco la comuna popular, cuyo principio no sería jamás acusado —por el contrario, se diría que su existencia ha salvado al país de los mayores desastres—, tomaría un nuevo aspecto que será el que mantendrá hasta el presente a través de las vicisitudes del movimiento de educación socialista y de la Revolución cultural.

Las comunas reformadas

Si la comuna continúa siendo con el «gran salto hacia adelante» y la «línea general» una de las «tres banderas rojas» que deben guiar a las masas, está en la actualidad bajo el signo de la descentralización.

El nivel comunal no aparecía sólo como un nivel de mando todopoderoso sino, sobre todo, como un nivel de control, de coordinación y de reajuste. Si mantiene un nivel de propiedad, esta propiedad afecta casi exclusivamente a

[313] «L'Express» del 23 de enero de 1961.

[314] Times» (Magazine Selection) del 15 de octubre de 1961. Entre las numerosas estadísticas reconstruidas para el período 1958-1965 ver KANG CHAO, *Agricultural Production in Communist China, 1949-1965* (cap. X), 1970. El autor avanza, a partir de 1958 y hasta 1965 inclusive, las siguientes cifras en lo que concierne a los cereales (en millones de toneladas): 205, 170, 160, 170, 182, 195, 200.

las empresas que no tienen carácter agrícola (fábricas reducidas, talleres y minas) o en las que su destino interesa verdaderamente al conjunto de la comuna (abonos, maquinaria sencilla, servicios), o en los que el Estado toma parte.

En lo sucesivo, será la brigada de producción quien representará el nivel normal de propiedad (tierras, animales, herramientas) y de gestión. Regula la producción y es a ella a quien se aplica la fórmula «tres compromisos y una recompensa» (san pao i chiang), significando que la brigada debe producir las cantidades fijadas por el plan, con el coste previsto, en el tiempo previsto, correspondiéndole en totalidad el excedente de producción. La brigada se convierte en la verdadera unidad de contabilidad. La mayor parte de esta carga pasará al equipo de producción, manteniéndose de todas formas la responsabilidad financiera en la brigada[315].

Pero, en un último análisis, el verdadero nivel de producción, el que confronta al individuo con la realidad es el del equipo. Su rendimiento no debe estar comprometido por la arbitrariedad. La buena voluntad y el interés de los miembros deben ser en todo instante alentados. Dentro de este espíritu, el equipo de producción, es decir, el antiguo pueblo rural, a veces reagrupado, recibirá una especie de carta de sus derechos usuales: las cuatro cosas fijadas (Szu ku-ting). Este argot significa que se debe garantizar al equipo el empleo de cantidades determinadas: de mano de obra (al menos un 80 por ciento de la mano de obra total), de animales, de tierras y de útiles. (Así requerimientos repentinos e inoportunos venidos de la comuna, que sacan al campesino de sus actividades normales en beneficio de los trabajos colectivos diversos.) El desafortunado error de la campaña de los «pequeños altos hornos» no debería repetirse. Además, el equipo tiene el derecho de mínima propiedad sobre el utillaje normal que él puede procurarse y sobre sus productos secundarios.

Se reconoce otro derecho al equipo: el de participar en la elaboración de los planes de producción. De esta forma los campesinos podrán defenderse contra los excesos de celo y, gracias a su conocimiento de las condiciones locales, evitar ciertas equivocaciones, ya se trate de alternativas en los cultivos o de la puesta en práctica de técnicas-milagros.

---

[315] Ver «Bandera Roja», núm. 2, 1961: *Reforzar la organización de las brigadas de producción*. La decisión del 20 de mayo de 1963 (llamada «primeros diez artículos») subraya los efectos beneficiosos de esta medida tomada en 1961.

También se intenta ganar al individuo. Se le conceden un conjunto de «pequeñas libertades». Conciernen a la conservación de su vivienda particular, a la de su corral, el derecho de criar uno o dos cerdos y sobre todo el derecho de conservar una parcela de tierra (5 por ciento del suelo cultivable), cuyos productos puede vender en los mercados primarios rurales con unos precios controlados y a condición de que no se trate de cereales, ni de algodón, ni de aceite, productos en los que el Estado es habitual comprador. Esta producción privada de productos secundarios (legumbres, tocino, volátiles, etc.) corresponde desde ahora a una «necesidad objetiva» y «va en ayuda de la economía socialista»[316]. Igual que el individuo, las colectividades tienen el derecho de proceder a la venta de sus excedentes en el mercado libre.

De esta forma se elevará el interés individual. El campesino no será retribuido sobre la base de un salario más o menos fijo, sino según el sistema conocido y aprobado de los «puntos de trabajo» correspondientes al esfuerzo realizado y al tipo de trabajo efectuado. Una gran parte de los salarios (alrededor de un 70 por ciento) debe ser pagado en efectivo y no en productos. Estamos lejos de la comuna de 1958 que nutría a todo el mundo a discreción o por lo menos lo intentaba[317].

Un cambio capital afectará las dimensiones de las comunas que en promedio se van a triplicar pasando de 24.000 a 70.000 a principios de 1962. Así, en lugar de evolucionar hacia el marco del hsien y la cifra de 2.000 comunas, se apunta sobre todo en dirección a las antiguas cooperativas, 10 veces más pequeñas todavía que la comuna de 1962.

No obstante, y éste es un punto esencial, en ningún momento el Partido se atreve —a la manera de muchos países socialistas— a abandonar el principio de la colectivización en la agricultura. Ni tampoco se atreve a repartir las cuotas de producción por familia, lo que equivaldría a darle el disfrute si no la propiedad de las mismas tierras. Pero se verá que la cuestión está planteada en principio y —al menos en determinadas provincias— en la práctica y que se halla en gran medida en el origen de la Revolución cultural. No es menos cierto que, a partir de 1961, la colectivización agrícola, si es que existe, descendió al

[316] Ver el «Diario del Pueblo» del 22 de abril de 1961.

[317] Ver un buen ejemplo del sistema en «Shih-shih shou-ts'c» («Actualidad») núm. 6, del 21 de marzo de 1959; traducción inglesa en «Extracts of China Mainland Magazine», núm. 175, del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

nivel más bajo, al de los equipos de producción. En este momento la situación sería claramente expuesta por una revista popular china:

«En la fase actual —dice esta revista—, la superioridad de la economía agrícola colectiva debe sobre todo manifestarse a través de los equipos de producción situados bajo la dirección de las comunas y de los grandes equipos.»[318]

Las causas del fracaso de las comunas

El fracaso de las comunas de 1958 se explica en primer lugar por sus dimensiones demasiado grandes y por sus excesivas pretensiones de centralización. Extendida sobre casi unos 200 km2, muy mal servida en medios de transporte, dirigiendo cuarenta pueblos o más, teniendo autoridad sobre desde 20.000 a 40.000 personas de las que más de 10.000 trabajadores se tenían que distribuir cada día entre las actividades más variadas teniendo en cuenta las exigencias difícilmente previsibles del clima, la comuna precisaba un personal administrativo y técnico de calidad, polivalente, activo y a quien no obstaculizase las obligaciones o los tabús ideológicos. La insuficiencia de los cuadros se manifestó con mucha rapidez a pesar de la ayuda de los cuadros urbanos y de los del ejército.

Demasiado amplia para organizar y seguir de cerca las actividades agrícolas, particularmente en el caso de una agricultura dispersa, casi en un 100 por ciento tradicional, y casi totalmente desprovista de máquinas, la comuna era demasiado pequeña para la industria en la que, salvo excepción, faltaban materias primas así como cuadros técnicos y obreros profesionalmente formados.

La tutela de los cuadros parecía haber sido demasiado estrecha. Muchos entre ellos querían distinguirse poniendo en marcha proyectos colectivos que exigían una amplia movilización de los recursos y de la mano de obra en detrimento de la producción agrícola propiamente dicha. Además estaba reforzada por la fusión administrativa de la comuna y del hsiang y por la autoridad ideológica de los responsables comunales, miembros del Partido. Toda desobediencia, toda sugerencia de la base, corriendo el peligro de tomar un cariz de hostilidad hacia el régimen o de sabotaje y ser sancionada como tal,

[318] «Shih-shih shou-ts'e», núm. 7 del 6 de abril de 1962.

ningún contrapeso suficiente podía equilibrar su arbitrariedad y, a menudo también, su ignorancia de los problemas de la tierra.

Los reajustes de los años 1959 a 1961 demostraron además que el reparto de las atribuciones entre cada uno de los tres niveles de la comuna era deficiente. En las manos de las brigadas de producción, la distribución de las tareas no tenía suficientemente en cuenta las diferencias de situación entre los equipos de producción, «lo que debilitaría los entusiasmos», diría T'ao Chu, y el primer secretario de la región de Centro-Sur añadiría que el problema quedaría resuelto haciendo del equipo de producción la unidad presupuestaria de base[319]. Con palabras más claras, esta observación significa que, para que el trabajo se efectúe bajo la mirada de cada uno de sus miembros, sólo el equipo puede repartir los productos en función de los esfuerzos, es decir, practicar una participación material real.

Esta observación se une con la que se ha podido hacer a propósito de la falta de educación ideológica y política de los campesinos mal preparados para un igualitarismo integral y a los que la vida colectiva, impuesta hasta un cierto punto, se convertía en insoportable a razón de su profunda vinculación a una tradición familiar poderosa y próxima. Forzados desplazamientos de ciudades y reagrupaciones de aldeas, cuando se produjesen, no sólo se oponían a sus sentimientos sino que suscitaban temores supersticiosos, no pudiendo estos cambios ser gratos a los espíritus de los antepasados ni a los dioses de la tierra. No es preciso insistir sobre el abuso del esfuerzo campesino, contra el que ya se había erigido la resolución de Wuhan en diciembre de 1958.

El descontento campesino no se manifestaría con levantamientos masivos difícilmente concebibles en un país poderosamente enmarcado y sólidamente dominado, aunque no fuesen raros algunos desórdenes y asesinatos de pequeños responsables, sino por las conductas apáticas y falsas obediencias mucho más próximas que la violencia abierta al temperamento nacional.

Este estado del espíritu alcanzaría al ejército del que se sabe cómo era seleccionado en su reclutamiento y privilegiado en su trato. El origen y la solidaridad campesina de sus miembros acabaron por trascender a su disciplina

[319] Ver TAO CHU: *Las comunas populares siguen adelante*, «Bandera Roja» núm. 4, 1964. Una versión francesa fue publicada por las Ediciones en Lenguas Extranjeras.

y a su moral, como lo demuestran una serie de documentos llegados a Occidente por vía de los rebeldes tibetanos[320]. Un solo factor parecía haber contribuido a impedir que el descontento se convirtiese en irreparable: la conservación o la restitución de las «parcelas privadas» que, así como lo afirma el economista japonés Shigerú Ishikawa, tranquilizaba en algo al campesino y contribuía a su equilibrio psicológico en la medida en que él obtenía de un 20 a un 30 por ciento de su subsistencia[321].

El fracaso de las comunas populares rurales procede también de los errores de dirección concernientes al conjunto de los problemas económicos, errores nacidos de cierta ineptitud de los responsables del Partido y del Estado en el momento de juzgar las exigencias del desarrollo en su complejidad y de las características propias de la misma China. En la medida en que unos y otros se interesan en el conjunto de la economía, ya tendremos tiempo de referirnos a ellos más adelante. Nos contentaremos con demostrar aquí cómo un exceso de precipitación en su formación —la mayor parte del tiempo por simple fusión o reagrupación de cooperativas superiores— ha sido perjudicial para las comunas cuya diversidad de funciones y sobre todo el tamaño habrían justificado estudios preliminares y cuidadosas experimentaciones. Esta prisa, en desacuerdo con la prudencia manifestada hasta entonces por el Partido en materia de política agraria, es uno de los misterios de este período capital. Desde entonces no ha sido demasiado aclarado.

El fracaso de la industria

En un país en el que la agricultura ofrece la mitad de los recursos del Estado y supone las dos terceras partes del comercio exterior, no es de extrañar que la industria sufriese rápidamente el contragolpe de los fracasos de la producción agrícola.

---

[320] «K'ung-tso t'ung-hsün» («Boletín de Trabajo»), traducido al inglés por Cheng J. CHESTER, *The politics of the Chinese Army. A translation of the Bulletin of Activities of the People's Liberation Army*, Stanford University, California, 1966.

[321] Ver su artículo en «Far Eastern Economic Review» de Hong-Kong del 29 de septiembre de 1960.

Productos	1959	Objetivo	1962
Acero (mill. Ton.)	13.300	10,5 a	12
Carbón (mill. Ton.)	347.800	190 a	210
Electricidad (mill. Kwh)	41.500	40 a	43.000
Petróleo (mill. Ton.)	3.700	5 a	6
Cemento	12,230	12,5 a	14,5
Maderas (mill. m^3)	41,200		
Abono químico (mill. Ton.)	1,330	3 a	3,2
Hilado algodón (mill. balas)	8,250	1,5 a	1,6
Grano	270,00	250	---
Algodón	2,410	2,41	---
Azúcar	1,130		
Sal	11,04		

Las buenas cosechas del año 1958 y las primeras ilusiones del «gran salto hacia adelante» habían determinado en primer lugar una rápida elevación de la producción industrial; la prueba es que —según fuentes oficiales al menos— los objetivos esenciales del 2.° plan (1958-1962) habían sido alcanzados con dos o tres años de ventaja. El informe Li Fu-ch'un del 30 de marzo de 1961 a la Asamblea Nacional contenía las últimas cifras absolutas que serían publicadas después. El cuadro anterior que las indica completándolas con algunas cifras de la agencia Hsinhua (23 de enero de 1960) las compara con los objetivos previstos para el segundo plan para 1962.

El informe Li Fu-ch'un estima el valor de la producción industrial en 163.000 millones de yuanes (16,7 más que en 1958). El ingreso nacional se eleva un 21,6 por ciento en relación con 1958. El aumento de las inversiones en la construcción de base es de un 24,5 por ciento.

El presidente de la Comisión del plan indica en el mismo inForme los objetivos generales de 1960:

Acero	18.400
Petróleos	5.200
Carbón	425.000
Energía eléctrica	55.500

Por su lado Li Hsien-nien presenta el presupuesto del Estado para 1959 (ingresos 54.160 millones de yuanes, gastos 52.700) y el proyecto de presupuesto para 1960: 70.020 millones de yuanes de gastos[322].

Este optimismo, en el que los mismos responsables no podían creer, se derrumbará en el transcurso del año 1960. Los créditos previstos para la industria pesada van a pasar en una gran parte a la agricultura y a las industrias ligeras que trabajan para su provecho[323]. El comercio exterior, privado en gran parte de sus exportaciones agrícolas, reduce sus importaciones de bienes de equipo y de carburante. Las disponibilidades en divisas deben ser ampliamente consagradas a la compra de trigos australianos y canadienses. El yuan disminuye en un cuarto de su valor en el mercado libre de Hong-Kong[324].

Año	Exportaciones	Importaciones	Total
1960	2.075	1.391	4.006
1961	1.620	1.368	2.988
1962	1.597	1.082	2.679

* En millones de dólares USA. Fuente: DELEYNE, Jan: L'Économic Chinoisc, París, 1971, p. 184. Las cifras citadas por la «Far Eastern Economic Review», de Hong-Kong, o por Sydney Klein: Politics versus Economics, op. cit., p. 5, son dc la misma importancia.

El cuadro superior nos muestra el vertiginoso descenso del comercio exterior cuyas importaciones disminuyen en un 50 por ciento entre 1960 y 1962.

Las estadísticas rusas acusan unas cifras comparables: 3.606 millones de rublos (de los cuales 1.868 están destinados a exportaciones y 1.738 a importaciones) en 1960, 2.411 rublos (de las cuales 1.437 están destinados a las exportaciones y 974 a las importaciones) en 1962[325].

[322] De los cuales 42.910 están destinados a la construcción económica. 8.620 para los gastos de funcionamiento del Estado, 5.800 millones para la defensa nacional y 500 millones para la ayuda a los países extranjeros.

[323] Yuan-li Wu afirma que la caída de las inversiones industriales fue de un 67 por ciento en 1960-1961, *The Economy of Communist China, an Introduction*, Londres, 1965, pág. 103.

[324] Stuart KIRBY en «Current Scene», del 20 de julio de 1962, Hong-Kong.

[325] Revista «Kommunist». núm. 12 del mes de agosto de 1968

Los problemas industriales empeorarán por la retirada de los consejeros soviéticos en el mes de julio de 1960. El «Diario del Pueblo» del 4 de diciembre de 1963 dirá que la decisión tomada por Moscú acarreó la salida de 1.330 expertos, la anulación de 340 contratos concernientes al envío de expertos y el abandono de 257 proyectos de cooperación científica y técnica, sin hablar de la reducción de las entregas de bienes de equipo.

Con el fracaso de 1960 se acaban todas las referencias, excepto desde el punto de vista formal, al «gran salto hacia adelante». Éste se ha considerado realizado y, antes que publicar las cifras que no solamente hubiesen demostrado la quiebra de los proyectos de 1960, sino una regresión casi general en los resultados de 1959, es decir, en definitiva en el segundo plan, nos abstendremos de recurrir a las estadísticas.[326] Desde entonces el desarrollo de la economía china será un objeto de especulación y de controversia entre los poco expertos occidentales sinólogos y economistas a un tiempo. Con todo, la inmensa mayoría está de acuerdo en estimar que una lenta mejora empieza a vislumbrarse a partir de 1962. El racionamiento algo menos riguroso, la reanudación de ciertas industrias (abonos, petróleos, industrias ligeras) y el ascenso del comercio exterior parecen indicar que los «tres años negros» (1959-1961) se empiezan a alejar. También parece que las condiciones prácticas de la producción industrial habían sido mejoradas sensiblemente: vuelta a una coordinación razonable de sus diversos sectores, una mejor gestión para una mejor definición de las responsabilidades, una contabilidad más sana, acortamiento de los circuitos de distribución, lucha contra el despilfarro e incluso reconducción de las ventajas materiales concedidas a los jefes de empresas capitalistas.

El informe que Chu En-lai presentaría en la 3a. sesión de la Segunda Asamblea Nacional (27 de marzo-16 de abril de 1962) y de la que solamente sería publicado un análisis[327], confirmará con mucha prudencia y muchas omisiones una rectificación que no implica ningún cambio en las prioridades de las tareas económicas. Acento sobre la agricultura (y, sobre todo, cereales, algodón y oleaginosos), reducción de la población ciudadana, disminución del frente de la construcción, economía rigurosa, mejora de la planificación y

[326] Sobre la cuestión de las estadísticas en general ver Li CHOH-MING. *The Statistical System of Communist China*, University of California Press, 1962.
[327] Agencia Hsinhua del 16 de abril de 1962.

equilibración de los sectores de la producción, constituyen las principales recomendaciones de un programa de reajuste de diez puntos para el año 1962[328]. Sus resultados no serán conocidos oficialmente jamás. El cuadro que concluye este capítulo no hace más que agrupar unos promedios a partir de estimaciones más serias. Se podrá observar que sólo se trata de órdenes de tamaño y de «gamas» inverificables y que una cierta regresión ha podido afectar a determinados productos.

Productos	Unidades	Cantidades apreciadas
Energía eléctrica	Mill. Kwh	40 a 43.000
Carbón	Mill. ton.	270
Petróleo bruto	Íd.	De 5 a 6
Acero	Íd.	De 10 a 12
Cemento	Íd.	6
Abonos químicos	Íd.	2
Cereales	Íd.	De 182 a 185

[328] El editorial del «Diario del Pueblo» del 1 de enero de 1962, el comunicado de la 10a. sesión plenaria del VIII Comité central está escrito en el mismo tono; el segundo parece algo más confiado que el primero.

XXI. La evolución interna de 1958 a 1962

Los cinco años que separan el final del primer plan quinquenal en 1957 de la 10a. sesión plenaria del VIII Congreso central en septiembre de 1962, están naturalmente centrados sobre el inmenso esfuerzo del «gran salto hacia adelante» y sobre los avatares de las comunas populares, encontrándose en ambos casos la política y la ideología íntimamente asociadas a la economía, ya se trate de decisiones en la cumbre o de la vida cotidiana de las masas. A pesar de ello, no se pueden callar o dejar de poner en relieve algunos acontecimientos que afectan a la vida del Partido y del Estado o afectan a un dominio cultural que no tardaría en trastornarse a su vez.

El Partido. La crisis de Lushan

De 1958 a 1962, el Partido reuniría cinco veces su Comité central en sesión plenaria mientras que su VIII Congreso tendría una segunda sesión del 2 al 23 de mayo de 1958[329]. En esta época por lo menos, estas asambleas sólo nos informarán muy imperfectamente de sus debates y de las tensiones a que podían haber dado lugar. Solamente el pleno de Lushan constituirá una semiexcepción.

De manera general y en relación con el VIII Congreso, la dirección se mantiene estable y la composición de la base no se modifica sensiblemente. En la primavera de 1958, las depuraciones de la cumbre afectarán a algunos «derechistas», miembros suplentes del Comité central y a algunos altos cuadros de las provincias acusados de errores regionalistas o nacionalistas para las minorías. Casi sólo se trata de las secuelas del movimiento de rectificación consecutivo a las «Cien Flores». Los documentos de la 2a. sesión del VIII Congreso citan una docena de excluidos y critican a siete u ocho personajes entre los que se hallan Ku Ta-ts'un, un antiguo miembro del soviet del Río del este de Kwangtung, Feng Pai-chü, históricamente importante por su acción en Hainan antes de 1949, y P'an Fu-sheng, ex primer secretario del Partido en Honan;

[329] 5a. sesión el 25 de mayo de 1958 en Pekín, 6a. sesión del 28 de noviembre al 10 de diciembre de 1958 en Wuhan, 7a. sesión del 2 al 5 de abril de 1959 en Shanghai, 8a. sesión del 2 al 16 de 1959 en Lushan, y 9a. sesión del 14 al 18 de enero de 1961 en Pekín.

los tres serán, por otra parte, parcialmente recuperados algunos años más tarde.

Al apartar al mariscal P'eng Teh-huai, a Chang Wen-t'ien y a Chou Hsiao-chou en el pleno de Lushan, en el mes de agosto de 1959, el Partido conocería la más seria de sus crisis después del caso Kao Kang-Jao Shu-shih de 1954.

Los documentos más serios permiten hoy la reconstrucción de los hechos. Parece que el 14 de julio de 1959, el mariscal P'eng Teh-huai, ministro de la Defensa Nacional, antiguo segundo comandante del Ejército Rojo durante la segunda guerra civil y la guerra de resistencia contra el Japón, antiguo comandante de los «voluntarios» de Corea y miembro número 14 del Buró político, había dirigido una carta personal a Mao Tse-tung que, titulada «puntos de vista», manifestaba en términos oblicuos y matizados sus impresiones y sus inquietudes a propósito del «gran salto hacia adelante» y de las comunas populares. P'eng Teh-huai acababa de efectuar un viaje de información a Hunan, su provincia natal como también la de Mao Tse-tung, y hasta Shaoshan, la comarca natal de este último, así como en las regiones del centro y del noroeste. Había vuelto convencido de que el «gran salto hacia adelante» presentaba más inconvenientes que ventajas y provocaba sobre todo graves desequilibrios entre los diversos sectores de la producción. P'eng revelaba también el carácter incierto y a veces fraudulento de las estadísticas, el despilfarro resultante de los comedores en funcionamiento sin control y el carácter prematuro de las comunas. El hablar con rodeos no le impediría escribir: «Si los campesinos chinos no fuesen tan buenos como son, haría ya mucho tiempo que hubiésemos conocido un incidente húngaro.»

Mao Tse-tung debió reaccionar frente a esta carta con extrema irritación. El 23 de julio, probablemente ante el Buró político, trataría a P'eng Teh-huai de ambicioso, de «falso hombre superior» (wei chiin-tzu), evocando también con palabras agitadas un nuevo recurso a la guerrilla:

«Yo me pondré a la cabeza de los campesinos para derribar al gobierno. Si vuestro Ejército de Liberación no me sigue, levantaré un Ejército Rojo, pero creo que el Ejército de Liberación me seguirá.»[330]

[330] La carta de P'eng Teh-huai y las reacciones verbales de Mao Tse-tung han sido objeto de diversas publicaciones en chino y en inglés. Ver sobre todo la recopilación de documentos titulada: *The Case of P'eng Teh-huai*, 1959-1968, Union Research Institute, Hong-Kong, 1969.

Con términos a veces triviales, Mao Tse-tung rechazaba las críticas del ministro de Defensa Nacional sin negar con todo la existencia de descontentos pasajeros entre el campesinado o dificultades de racionamiento. Admitiría que un 30 por ciento de la población apoyaba al régimen activamente, otro 30 por ciento le era desfavorable y el 40 por ciento restante estaba a remolque de los primeros. Pocas declaraciones muestran tan bien los profundos sentimientos del jefe del Partido Comunista chino y sobre todo su fe en el voluntarismo, su relativa indiferencia para los problemas económicos respecto a las mutaciones sociales e ideológicas necesarias.

Ante este asunto, los miembros del Buró político se dividieron y Mao Tse-tung decidiría convocar para el 2 de agosto la 8a. sesión del Comité central.

Según la versión propagada en el curso de la Revolución cultural, la 8a. sesión habría visto afrontarse directamente las «dos líneas», la primera constituida por Mao Tse-tung y la mayoría del Comité y la segunda comprendía a P'eng Teh-huai y su jefe de Estado Mayor, Huang K'e-ch'eng, un hunanés compañero en un principio de Mao Tse-tung puesto que había participado en el levantamiento de la siega de otoño, Chang Wen-t'ien, antiguo secretario del Partido y uno de los «28 bolcheviques» de Pavel Mif, y Chou Hsiao-chou, también hunanés, primer secretario del Partido en Hunan y, se dice, antiguo secretario personal de Mao, apoyados por Liu Shao-ch'i, que acabaría por abandonarlos.

La resolución que pasaría el 16 de agosto de 1959 por el 8.° pleno se manifestará con gran severidad con respecto a P'eng Teh-huai y sus partidarios y manifestará al mismo tiempo la naturaleza y la extensión de las críticas dirigidas contra la política del momento:

«...Él [P'eng Teh-huai] niega en el fondo la victoria de la línea general, así como los éxitos del "gran salto hacia adelante", se opone al desarrollo acelerado de la economía nacional, al movimiento para un alto rendimiento en el frente agrícola, al movimiento de masa para la producción del acero y de la fundición, y al movimiento de las comunas populares.

»...Los innumerables hechos que se han puesto a la luz del día... prueban las actividades a las que se han entregado la camarilla antipartido teniendo a P'eng Teh-huai como jefe de filas en el transcurso de la reunión de Lushan y prueban que ellas habían sido preparadas, planificadas y organizadas.»

Los oponentes, calificados de «camarilla oportunista de derecha antipartido», eran también acusados de haber querido prolongar la conjuración Kao

Kang-Jao Shu-shih. Empujado por su ambición personal, P'eng Teh-huai había «atacado y calumniado con odio al camarada Mao Tse-tung», y a otros dirigentes, y había encontrado en el pleno de Lushan la ocasión de lanzar una ofensiva contra el Partido. El lugar de P'eng Teh-huai en la cumbre de la jerarquía militar, «así como la facultad de fingir sinceridad y simplicidad» (sic), proseguía la resolución, lo convertían en particularmente peligroso. Los errores de P'eng Teh-huai eran interpretados a partir de su origen «burgués» y se explicaban por su placer por el mando. Es finalmente su calidad de «representante de los intereses de la burguesía» frente a la dictadura del proletariado y de la revolución socialista lo que revelaba la verdadera naturaleza de sus ataques contra el Partido[331].

A pesar de todo, y sin duda porque gran número de miembros del Comité podían apreciar la exactitud de su informe y a razón también de su popularidad personal y de las altas funciones del mariscal P'eng Teh-huai, los oponentes de Lushan serán simplemente destituidos de sus lugares y conservarán teóricamente sus títulos como miembros titulares o suplentes del Buró político y del Comité central. En cuanto a la resolución del 8.° pleno que les concernía, no se haría pública más que ocho años más tarde, el día 16 de agosto de 1967, en plena Revolución cultural.

Pasada la crisis de Lushan, las tendencias poco favorables al «gran salto hacia adelante» y a las comunas populares subsistieron. De todas formas, serán discretas en su expresión. La eliminación del grupo de P'eng Teh-huai, la puesta en orden de las comunas y la detención del «gran salto hacia adelante» ayudarían desarmar a los críticos. Se reanimarían y reemprenderían con fuerza precisamente cuando fuese el momento clave de volver a la política radical de 1958[332].

---

[331] «Diario del Pueblo» del 16 de agosto de 1967. El proceso de los orígenes «burgueses» de P'eng Teh-huai está en contradicción con las tan difíciles condiciones de su infancia y su juventud. Numerosos episodios de su vida testifican sus méritos y su tenacidad. Pero es cierto que era coronel del ejército nacional cuando se inscribió en el movimiento comunista en 1928 a la edad de 26 años.

[332] El anciano economista Ma Yin-ch'u que, en 1958, manifestó con franqueza sus opiniones en materia económica, política y filosófica, será retirado de su puesto en la presidencia de la Universidad de Pekín el mes de mayo de 1960.

En el mes de enero de 1962, Liu Shao-ch'i, hasta entonces inclinado a los compromisos, atacaría claramente la política seguida, en ocasión de una sesión de trabajo del Comité central; juzgaría a las comunas populares como mal manejadas, procediendo un 30 por ciento de sus dificultades de las calamidades naturales y un 70 por ciento de los errores humanos. El «gran salto hacia adelante» le parecía haber omitido todo criterio de rentabilidad. Por último, intentaría rehabilitar a P'eng Teh-huai y a sus partidarios. En su réplica, Mao Tse-tung sería ampliamente apoyado por Lin Piao, para quien la dirección suprema de un jefe revolucionario era una forma delegada de la colegialidad. Dirá más tarde, el 1 de octubre de 1966:

«Todas nuestras realizaciones, todas nuestras victorias las debemos al pensamiento clarividente del presidente Mao.»

El episodio de enero se renovaría en Peitaiho en el mes de agosto siguiente. Las palabras que Mao Tse-tung sostendría entonces acerca de la persistencia de la lucha política e ideológica y acerca del renacimiento de la burguesía en el régimen socialista están de acuerdo con el clásico pensamiento maoísta y se repetirían en la 10a. sesión del VIII Comité central. En cuanto a las injurias dirigidas por Mao Tse-tung a Liu Shao-ch'i, se pueden admitir, gracias a otras precedentes, como verosímiles, admitiendo que podían haber sido agravadas por ajustar el tono y el vocabulario de los guardias rojos al antiguo presidente de la República lo mismo que a todos sus adversarios[333].

A pesar de estos desacuerdos internos, las modificaciones que afectaron al equipo dirigente —después de las que había ocasionado el pleno de Lushan— no son realmente significativas y no se interpretan mejor en la actualidad que entonces. Lin Piao se convertiría en 5.° vicepresidente del Partido, séptimo y último miembro del Grupo permanente del Departamento político en la 5a. sesión del Comité central (25 de mayo de 1958). Tratándose de una simple ampliación del grupo, realizada antes que el «gran salto hacia adelante» y de que las comunas populares recibiesen su consagración oficial, esta progresión no

[333] Sobre estos incidentes de enero y de agosto de 1962 ver el documento chino traducido al inglés bajo el título: *Outline of the struggle between the two lines from the eve of the founding of the People's Republic of China through the 11th Plenum of the 8th CCP Central Committee*, «Current Background», num. 884 del 16 de julio de 1969, Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

estuvo dirigida contra nadie. De todas maneras, puede explicarse por la desaparición de Ch'en Yün, número cinco del Buró políticó y ya en silencioso desacuerdo con la nueva línea preconizada por Li Fu-ch'un, otro de los economistas del mismo Buró en el que ocupaba el decimotercer lugar.

Hasta la Revolución cultural no se dirá nada contra Ch'en Yün, su semblanza continuará figurando con la de los otros miembros del grupo permanente en las construcciones públicas. Él había representado el espíritu del 1er. plan del que había sido el principal artífice. Su condena hubiese repercutido sobre una obra que había dado al régimen unos sólidos asientos económicos. Cesando Ch'en Yün probablemente en la participación de los trabajos del grupo permanente, la designación de Lin Piao restauraría el efectivo habitual del grupo. No es menos cierto que Lin Piao se encontrará mejor colocado en el camino que le conducirá al año siguiente a la sucesión de P'eng Teh-huai y más tarde al segundo puesto en el Partido.

El Buró político nacido en el VIII Congreso se encontrará algo ampliado con el nombramiento de K'o Ch'ing-shih, Li Ching-ch'üan y Tán Chen-lin, en la 5a. sesión del VIII Comité central; así comprendería 20 miembros y pronto 18 por la muerte de Lin Po-ch'ün (1960) y de Lo Jung-huan (1963); K'o Ch'ing-shih moriría en 1965.

El secretariado aumenta numéricamente y parece tomar cada vez más importancia bajo la dirección de Teng Hsiao-p'ing. Tomaría dos nuevos miembros, Li Fu-ch'un y Li Hsien-nien, a causa sin duda de sus responsabilidades económicas y financieras en la dirección del «gran salto hacia adelante».

En el momento de las mayores dificultades económicas y a fin de reforzar su dirección sobre los comités provinciales del Partido (y sobre todo sobre sus primeros secretarios), el Comité central —en su 9.° pleno (enero de 1961)— instalará en las seis grandes regiones de 1949 a 1954 unas delegaciones permanentes u oficinas. La prolongada ausencia de planificación y las considerables diferencias en la aplicación de la fórmula de las comunas populares necesitaban, en efecto, un realineamiento general. Pero, sin duda, se trataba sobre todo de combatir las tendencias regionalistas que esta situación y el espíritu de descentralización que presidía el «gran salto hacia adelante» habían desarrollado en gran medida. El «gran salto» reemplazado por la fórmula más suave de la «consolidación» no se encontraba en los hechos y apenas en el vocabulario; el Comité debía tender a reforzar su control en todos los ámbitos. Si lo juzgamos por las posiciones que tomaron en la crisis de 1966 y de los años

siguientes, se puede pensar que estas seis oficinas regionales fueron ocupadas por los poseedores de una línea moderada, mucho más cercana a Liu Shao-ch'i que a Mao Tse-tung.

Conversión de los restos de la burguesía

En el lanzamiento del movimiento de rectificación de 1957, se desarrollaron unas campañas para reconciliar con el socialismo a los medios hasta entonces reservados a este respecto: burguesía nacional e intelectuales. A principios de 1958, una de entre ellas, la «Campaña de la Ofrenda del corazón al Partido», presentará el extraño espectáculo de una cómica liturgia por sus banderas, sus corazones de cartón y sus cánticos-slogans.

Más tarde, a partir del verano de 1960, aparecieron unas «reuniones de Inmortales» (Shen-hsien hui), cuya tónica vendría dada por un discurso de Li Wei-han, responsable del «Frente Unido»[334]. Este sistema de autoeducación y de educación mutua reúne alrededor de una misma mesa los pequeños grupos de los antiguos burgueses de los «pequeños partidos» que, para unirse al socialismo, se entregaban a la discusión doctrinal y al comentario de los acontecimientos bajo la dirección de un calificado miembro del Partido Comunista. Este método, a la vez apremiante y persuasivo, no es extraño a la tradición y al espíritu chino. Si creemos a la prensa, dicho método afectaría a un millón de personas en el mes de mayo de 1961[335].

A finales de 1958, el Partido llamaría a sus filas a 317 personalidades burguesas pero de un alto valor intelectual: Kuo Mo-jo, Li Szu-kuang, geólogo de talla internacional, el físico nuclear Ch'ien Hsüeh-shen, la señora Li Teh-ch'uan (viuda del «mariscal cristiano» Feng Yú-hsiang), el gran actor Mei Lang-fang, etc. La entrada en el Partido se convierte así, por primera vez, en una distinción honorífica sancionando una promoción social. Hacia esta época igualmente, numerosas personalidades comunistas o no comunistas que habían sido castigadas en 1957 a consecuencia de las «Cien Flores» fueron

[334] Discurso del 14 de agosto de 1960. Li Wei-han indicará esencialmente que el socialismo y la eliminación de las clases no se podrían realizar sin que el hombre fuese ideológicamente transformado.
[335] «Diario del Pueblo» del 16 de mayo de 1961.

rehabilitadas. Éste es el caso de los antiguos ministros Chang Po-chün y Lo Lung-chi, de Ch'u An-p'ing, de Fei Hsiao-tung y del general Lung Yün.

Dentro del mismo Partido Comunista se desarrollan unas campañas de estudios individuales y colectivos justificadas por la juventud de la base. Sobre los 17 millones de los miembros, un 80 por ciento había entrado en el Partido después de 1949, un 70 por ciento después de 1953 y un 40 por ciento después del VIII Congreso de 1956, y muchos de los recién venidos aceptaban mal la crítica y la autocrítica o, al contrario, inscritos por obligación, mostraban mucha indiferencia o tolerancia. Aun entonces los métodos serán, en principio al menos, educativos y adaptados a los casos particulares según el slogan «una llave para cada cerradura»[336]. Fue quizás en vistas a esta reeducación como el texto de Liu Shao-ch'i Cómo ser un buen comunista, aparecido a partir de 1939, sería reeditado y publicado en la «Bandera Roja» del 1 de agosto de 1962. En efecto, había sido utilizado bastante en el movimiento de rectificación de 1942 (movimiento Cheng Feng). A partir de 1966, esta reimpresión será calificada como una tentativa para sustituir el pensamiento «revisionista» de Liu Shao-ch'i por el de Mao Tse-tung. Algún tiempo antes, con ocasión del décimo aniversario del régimen, Liu Shao-ch'i había publicado El triunfo del marxismo-leninismo en China, texto de circunstancias, escrito para los lectores extranjeros, pero en el que, a la vez que defendía y explicaba el «gran salto hacia adelante», se manifestaba ponderadamente y subrayaba el carácter objetivo e inviolable de las leyes económicas[337]. Sin embargo, fue también en el transcurso de este período (1960) cuando Mao Tse-tung haría aparecer el tomo IV de sus obras y este acontecimiento estaría acompañado por un movimiento para el estudio de su pensamiento. Los comentarios de la época subrayan el carácter «correcto», la habilidad táctica y el ágil realismo de su dirección mientras que el «estilo de trabajó de Yenan», adoptado para los períodos difíciles, conocía un nuevo período de favor.

En el nivel de las instituciones del Estado, el período de 1958 a 1962 no aportaría grandes cambios si exceptuamos la elección de Liu Shao-ch'i a la

[336] Entre otros artículos del «Diario del Pueblo», ver los de los días 12 de octubre de 1961 y 13 de enero de 1962.

[337] *Problemas de la paz y del Socialismo*, 14 septiembre de 1959.

presidencia de la República en la 1a. sesión de la Segunda Asamblea Nacional.[338] Al mismo tiempo, Tung Pi-Wu y la señora Sun Yat-sen serían elegidos vicepresidentes, mientras que el mariscal Chu Teh se convertiría en presidente del Comité Permanente de la Asamblea Nacional.

Algunos meses antes, en Wuhan, durante su 6a. sesión, el Comité central había aprobado la proposición hecha por Mao Tse-tung en persona para no renovar su candidatura.

«El Comité central estima que esta proposición tiene un carácter positivo puesto que, libre de sus funciones de jefe de Estado, el camarada Mao Tse-tung podrá, en calidad de presidente del Comité central, consagrarse más a los problemas concernientes a la orientación, la política y a la línea del Partido y del Estado y dispondrá de más tiempo para dedicarse al estudio de las teorías marxistas-leninistas a la vez que continuará jugando un papel de director en los asuntos del Estado... Si las circunstancias particulares lo exigen en el futuro, podrá volver a tomar sus funciones de jefe del Estado si tal fuese el consejo del pueblo y de la dirección del Partido.»

Sobrevenida después de los primeros reajustes de las comunas populares, esta noticia había suscitado unas interpretaciones muy diversas yendo desde la salida de Mao Tse-tung, considerado como el responsable de los primeros fracasos de estas comunas, hasta el deseo de hacer más fácil la toma de su sucesión, puesto que Liu Shao-ch'i sería a la vez jefe del Estado y primero de los cinco vicepresidentes del Partido. Hoy sabemos que, desde el mes de febrero de 1958, Mao Tse-tung, invocando simultáneamente razones de salud y necesidades de reflexión, había manifestado el deseo de ser relevado de la presidencia de la República[339]. De todas formas, el acontecimiento marca un giro muy importante en su vida intelectual. Se sobreentiende que la preocupación ideológica aventaja cada vez más al plano nacional. El viaje a Moscú de 1957,

[338] A título de información la Asamblea Nacional realizó en el transcurso del período 1958-1962 las siguientes sesiones: 1-11 febrero 1958 en la quinta sesión de la 1ª. Asamblea Nacional, 18-22 de abril de 1959 en la primera sesión de la 2a. Asamblea, 27 de marzo - 16 de abril de 1962 tercera sesión de la 2a. Asamblea. La 3a. Asamblea Nacional se reuniría por primera y única vez del 27 de diciembre de 1964 al 4 de enero de 1965.

[339] Ver *Sixty work methods* (draft), en la traducción inglesa de «Curren Background», núm. 892 del 21 de octubre de 1969, del Consulado General Americano de Hong-Kong. O en Jérome CH'EN, op. cit., pág. 75.

la dirección tomada por los dirigentes soviéticos así como el deseo de encontrar a través del «gran salto hacia adelante» y de las comunas populares unas nuevas vías hacia el desarrollo de China, conducen a Mao Tse-tung a construir y a definir su visión propia del marxismo-leninismo y a ampliarla a todo el movimiento revolucionario mundial.

El 17 de septiembre de 1959, Lin Piao se convertiría en ministro de Defensa Nacional y el general Lo Jui-ch'ing, hasta entonces jefe de la Seguridad Pública, sería nombrado jefe del Estado Mayor reemplazando al general Huang K'c-ch'eng. La Seguridad Pública pasaría a manos de Hsieh Fu-chih, un antiguo militante de las Chingkangshan, entonces primer secretario de la provincia de Yunnan y al que la Revolución cultural hará presidente del Comité revolucionario de Pekín antes de que muera en 1972.

El 1 de octubre de 1959, menos de dos semanas después de su nombramiento, Lin Piao publicará Adelante bajo la bandera roja de la línea general y del pensamiento militar de Mao Tse-tung y este texto importante reorientaría definitivamente al ejército hacia su tradición anterior a 1949 y también hacia el estudio del pensamiento de Mao Tse-tung en general, sin que la primacía del Partido sobre el ejército dejase de ser afirmada.

La evolución cultural[340]

Sea que la atención del Partido se centrase en el inmenso esfuerzo económico, sea que sus fracasos lo hubiesen conducido a aflojar un poco su influencia a cambio de una mejor voluntad por parte de todos, su política con respecto a los medios culturales se iría suavizando.

No obstante, los principios, que recordará Lu Ting-yi, continúan siendo los mismos:

«En nuestro trabajo literario y artístico, la tarea principal es la de servirse del arma de la literatura y del arte para elevar considerablemente la conciencia

[340] La evolución social de 1958 a 1962 será abordada en el capítulo XXVI con el lanzamiento del «Movimiento de educación socialista» que aquélla explica al menos parcialmente.

socialista y comunista del pueblo de todo el país y elevar el nivel de sus cualidades morales comunistas.»[341]

Los temas más frecuentes son los de la cultura proletaria en lucha contra las influencias «burguesas» que tienden a desarrollarse en los países socialistas bajo el color del humanismo. A este respecto, a la teoría «burguesa» de la naturaleza humana que los revisionistas acogen tan fácilmente (denuncia de la influencia de Lukács), se le debe oponer la solidaridad del proletariado y no la engañosa divisa: «Libertad, igualdad y fraternidad.»

La cultura debe ser decididamente antirrevisionista puesto que el revisionismo mina la voluntad revolucionaria de las masas, tiende a borrar la distinción entre las guerras justas y las injustas y crea así pesimismo y derrotismo.

El espíritu de las «Cien Flores» debe estar constantemente guiado por los seis criterios políticos definidos por el mismo Mao Tse-tung[342]. Si lo antiguo debe continuar existiendo, debe ser menos importante que lo nuevo; como dice el slogan: «El presente debe ser ancho, lo antiguo debe ser delgado» (hou chin pao ku).

De hecho, lo antiguo continúa a veces resurgiendo. En el mes de noviembre de 1962 tendrá lugar en Tsinan, la capital de la provincia natal de Confucio, una gran conferencia sobre el sabio chino. Participaron ciento cincuenta filólogos, sociólogos, historiadores y filósofos y produjeron un centenar de estudios.

Unos textos importantes servirán de referencia a la política cultural de esta época. El 3er. Congreso de literatos y artistas chinos, realizado en Pekín del 22 de julio al 13 de agosto de 1960, sería la ocasión de su difusión[343]. Uno a uno se manifestaron, entre otros personajes notables, los escritores Pa Chin y Mao Tun, los políticos Lu Ting-yi y Chou Yang y sus palabras aportaron a menudo una luz útil y hasta objetiva sobre la literatura china contemporánea en conjunto. Pero, como era previsible, fue Chou Yang quien una vez más debía fijar la línea del momento en su intervención: «La vía del arte y de la literatura socialistas en China».

---

[341] Declaración del 22 de julio de 1960 en el 3er. congreso de los Trabajadores del Arte y de la Literatura.

[342] Ver cap. XII.

[343] Los dos congresos precedentes se habían realizado por igual en Pekín, el primero en julio de 1949 y el segundo en septiembre de 1953.

Al lado de las afirmaciones esperadas sobre la finalidad de la literatura y de las artes, la importancia histórica de las charlas de Yenan y el sentido de las «Cien Flores», nos sorprende la insistencia dada sobre los aspectos nacionales de la cultura, ya se trate de estilo o de fondo, en el mismo nombre del servicio a las masas:

«Nuestra literatura y nuestras artes tienen una tradición que se remonta a muchos años. Han acumulado una rica experiencia en materia de creación y producido formas y estilos nacionales populares entre las generaciones. Si la literatura y el arte no poseen carácter nacional, si no pueden crear nuevas formas nacionales adaptadas a un nuevo contenido sobre la base de nuestras propias tradiciones nacionales, no enraizarán suficientemente como para florecer entre las masas populares. El carácter nacional y el carácter de masa del arte y de la literatura están indisolublemente ligados.»

Chou Yang afirmará también la alianza del realismo revolucionario y del romanticismo revolucionario hasta tal punto que el mismo Mao Tse-tung lo ha comprendido y practicado. La iniciativa subjetiva y la visión revolucionaria deben acompañar al realismo a fin de hacer del ideal de hoy la realidad de mañana. El romanticismo revolucionario debe conducir a las imágenes y a los personajes heroicos de los que todas las literaturas del mundo son ricas. Debe arrastrar a cada uno hacia un ideal, estando finalmente todos estos ideales individuales dominados por el ideal del comunismo, «alma de toda creación literaria y artística». Será con la evocación de algunos de los grandes escritores chinos de otros tiempos: Ch'ü Yüan, Szüma Ch'icn, Tu Fu, Kuan Han-ch'ing, Tsao Hsüeh-ch'in, de ayer como Lu Hsün, e inevitablemente de Mao Tse-tung, como Chou Yang concluirá exhortando a los escritores chinos a mostrarse dignos de la época en que viven.

El período 1958-1962, como el precedente, no engendraría grandes obras, pero, al lado de una abundante producción de circunstancias inspirada por el «gran salto hacia adelante», vería aparecer muchas novelas, películas, obras de teatro y crónicas que la Revolución cultural considerará como «hierbas venenosas» cuyo abrazo consumiría a Chou Yang y a sus afines[344]. Las reimpresiones de obras clásicas serán numerosas y a menudo cuidadas, ya se trate de las obras completas del poeta Tu Fu, del que se celebraría el 1.250 aniversario,

[344] Ver cap. XXVII.

o de la literatura fantástica, de la que Ho Ch'i-fang escribiría el prefacio a una colección: *No tener miedo de los fantasmas*.

El teatro y el cine se desarrollaron sin cesar. El primero cuenta con 3.515 compañías teatrales en 1959 contra un millar diez años antes, con 260.000 artistas profesionales de los cuales 180.000 son jóvenes formados en los 9 institutos superiores y las 70 escuelas existentes (8.000 alumnos). Las antiguas obras de teatro, recortadas y modernizadas, no han desaparecido del repertorio y se llevan el favor del público sobre las obras recientes. Las 400 variedades de ópera son enumeradas y estudiadas, y mantenidas las formas tradicionales. Fue el prodigioso artista Mei Lang-fang —murió desgraciadamente en 1961— el encargado de presidir la evolución del teatro. Los grandes dirigentes comunistas son los mejores conocedores y a menudo los mejores defensores del teatro clásico del que Teng Hsiao-p'ing diría en una ocurrencia de la que los guardias rojos se acordarían: «Quien no conoce el teatro de Szechwan ignora la civilización.»[345]

El cine sólo conocía, en 1959, 4.100.000 espectadores, pero para China este número indica un gran progreso. Los productores son invitados a ampliar sus temas a menudo restringidos a los problemas de la construcción del socialismo para tratar también de los temas de las luchas revolucionarias pasadas y adaptar para la pantalla determinadas obras clásicas y modernas. Así lo harían y no tardarían en arrepentirse. Más de 800 filmes fueron doblados entre 1949 y 1962 y entre ellos se encontraban los que Tolstoi, Dostoievski y Shakespeare habían inspirado en Occidente.

Mientras que se proseguía la restauración de los grandes conjuntos escultóricos cedidos por el budismo, los museos se enriquecen con los descubrimientos arqueológicos y el envío de obras de arte desde Taiwan a los Estados Unidos para una exposición provoca una indignada protesta por parte del gobierno de Pekín. La pintura tradicional se sigue honrando y con ella a los últimos grandes pintores. La antigua China continúa apareciendo hasta en las ediciones populares e incluso en los libros de texto.

[345] Sobre el teatro chino en vísperas de la Revolución cultural ver André TRAVERT, *The attitude of the Communist Party towards China's cultural legacy* en «Economic and Social Problems of the Far East», editado por E.F. Szczepanik, Hong-Kong University Press, 1961

Así, parece ser que el «gran salto hacia adelante» y las comunas populares hayan contribuido con su fracaso a aminorar la evolución cultural de la que se podía temer una tan rápida y radical evolución como la de la economía y como la de la sociedad.

Los problemas religiosos

Persiste cierta tolerancia religiosa al precio de una estrecha servidumbre política de todas las confesiones. El Islam, la menos perjudicada, conserva algunos contactos exteriores gracias a la Asociación Islámica de China siempre dirigida por Burhan. Los budistas realizan la tercera conferencia nacional de su asociación (13-27 de febrero de 1962) y puede proseguir sus investigaciones teológicas pero sus vínculos fuera de China continúan siendo muy limitados y controlados. Los católicos se reúnen también en una conferencia nacional el mes de enero de 1962. Desde 1957, sus arzobispos consagraron numerosos obispos sin la autorización de Roma. Este nuevo clero «patriota», del que monseñor Pi Shu-shih es el más notable representante, se levanta periódicamente contra el «imperialismo» de los Estados Unidos y contra su «instrumento», el Vaticano, ambos enemigos «mortales» de la nueva China. Los reyes de Francia y el emperador del Sacro Imperio que se creían los únicos dirigentes del reino temporal y de la jerarquía eclesiástica, mostraban a menudo menos respeto hacia la Santa Sede con la que, verdaderamente, compartían la fe. Con o sin ilusiones, Roma mostrará mucha prudencia y comprensión frente a una Iglesia que el régimen había al mismo tiempo suscitado y condenado.

Los protestantes tendrán ellos también su conferencia nacional que será colocada bajo la línea del antiimperialismo (enero de 1961). Las iglesias cristianas de China respiran todavía débilmente y parecen tener pocos años de vida.

Las minorías

LA REBELIÓN TIBETANA.

En el Tibet, la presencia china restablecida en 1910, después de un eclipse de más de un siglo, había desaparecido de nuevo en 1911 a la caída del Imperio. En 1950, los tibetanos habían intentado oponerse al avance de las fuerzas comunistas chinas en la región de Chamdo (Ch'angtu). Su irrisoria resistencia

había llegado a su fin con la firma, el 23 de mayo de 1951, de un acuerdo de «liberación pacífica» que preveía la autonomía regionalista, la libertad religiosa y la conservación de las rentas de la Iglesia lama. En contrapartida, el ejército tibetano sería reorganizado, los asuntos exteriores pasarían a manos del gobierno central y se crearía un «comité político y militar»[346]. Tras la entrada de las tropas chinas en Lhassa, Pekín intentaba servirse a la vez del Dalai Lama y del Pachem Lama reconciliados, con una preferencia por otra parte tradicional por el segundo. Se realizaría un esfuerzo para controlar mejor al Tibet y para integrarlo progresivamente a la vida nacional. Se construyó una importante red de carreteras militares: Sining-Lhassa, Jangting-Chamdo-Lhassa, Lhassa a Yatung junto a la frontera de Bután y de Sikhim, Lhassa-Gyangtse-Gartok[347]. El aislamiento del país en relación con la India, históricamente su salida natural, había quedado consumado con el acuerdo chino-indio del 29 de abril de 1954 acerca del comercio y de las comunicaciones, por el cual habían sido abolidas las últimas facilidades heredadas por los indios de los británicos.

Sin embargo, las libertades tibetanas desaparecían poco a poco. La expulsión de ciertos ministros del Dalai Lama, las reparticiones administrativas, la acción de propaganda intentando arrancar a los monasterios de sus bases populares y acabar con sus recursos, la implantación de colonos chinos en un país ya de por sí pobre a pesar de su débil población (1270.000 habitantes) y la formación de cuadros tibetanos comunistas en los Institutos de las Nacionalidades, crean tensiones y descontentos que desembocarán a partir de 1954, y sobre todo a partir de 1956, en revueltas locales. La más importante, la de los khampas del este del Tibet, se extendería hacia el sur, tomaría más ímpetu en 1959 y comprometería las comunicaciones chinas con Szechwan[348].

El 9 de marzo de 1955, el gobierno chino decidía establecer un comité preparatorio para la instauración de una «Región autónoma tibetana». Este comité seria inaugurado el 22 de abril de 1956 por el mariscal Ch'en Yi, llegado expresamente desde Pekín.

---

[346] Ver vol. I, cap. XXVII.

[347] Ver mapas en cap. XXII.

[348] El censo de 1953 registra 2.776.000 tibetanos de los cuales 1.500.000 se hallan fuera del Tibet propiamente dicho, principalmente en Szechwan y en Ch'inghai.

Presidido por el Dalai Lama, asistido por el Panchen Lama y sobre todo animado por los generales Chang Ching-wu y Chang Kuo-hua, verdaderos responsables de la región desde 1951, constaba de 55 miembros. Por lo tanto, en el mes de diciembre de 1958, los chinos, conscientes de las reticencias de los tibetanos, quizá sensibles a las gestiones del Pandit Nehru, deciden bruscamente aplazar unas «reformas democráticas» durante el período correspondiente al segundo plan quinquenal (1958-1962), sobreentendiéndose que se proseguiría la formación de nuevos cuadros, la educación patriótica y socialista y los esfuerzos de desarrollo. La injerencia de los chinos en la vida económica, social y cultural de una población que les era desde siglos hostil, las presiones de las que el Dalai Lama es objeto cada vez más por parte de sus compatriotas, van a llevar finalmente al gobierno local tibetano a la rebelión abierta. Tras oscuras peripecias denunciaba el acuerdo del 23 de mayo de 1951, y el 17 de marzo de 1959, como hiciera uno de sus predecesores en situación parecida en el año 1910, el Dalai Lama dejaba Lhassa para refugiarse en la India. La ciudad se sublevó dos días después, durante la noche.

Aplastada en algunos días, la insurrección decidió a los chinos disolver enseguida al gobierno tibetano, cuyas atribuciones quedaban confiadas a un «Comité preparatorio para la Región autónoma del Tibet». Instalado el 22 de abril, presidido provisionalmente por el Panchen Lama y dirigido por Ngapo Ngawang Jigme en calidad de vicepresidente y de secretario general, el comité se proponía llegar a la democratización y después a la socialización del Tibet con unas medidas graduales. Las primeras quedan resumidas en la fórmula de los «Tres Anti y las dos reducciones», siendo el objetivo de los «Tres Anti» la rebelión, la servidumbre y la prestación personal, y concerniendo las dos reducciones al arrendamiento y a las tasas de interés. Así se proseguiría el debilitamiento de los propietarios, clérigos o laicos, destinados a desaparecer pronto o tarde. Las creencias religiosas son teóricamente bien empleadas. Se preparan nuevos cuadros tibetanos, y se instaurarán nuevas administraciones en los 72 lisien del Tíbet[349]. Una reforma agraria, a menudo efectuada sobre la

[349] El Tibet cuenta con un municipio, siete regiones especiales y 72 distritos. El Partido formó, hasta principios de 1962, 6.000 cuadros (300 cuadros de hsien y de chuan), 1.000 tibetanos eran miembros del Partido y 2.000 de la Liga de las Juventudes Comunistas; artículo de Chang Ching-wu en el «Diario del Pueblo» del 25 de marzo de 1962.

base del rescate de tierras, se cumplió entre los sedentarios (870.000 contra 260.000 pastores), se multiplicaron las escuelas y los dispensarios y el Tibet empieza a salir de su feudalismo y de su teocracia secular para entrar en la edad moderna[350]. Pero esta imagen oficial no puede esconder las difíciles realidades. En el mes de abril de 1961 la marcha hacia el socialismo se detuvo por cinco años. Las transformaciones agrarias no sobrepasaron el estadio de los equipos de ayuda mutua y, antes de operarse los grandes trastornos políticos y sociales, los chinos parecen querer en primer lugar actuar como colonizadores benefactores elevando la producción agrícola y desarrollando su economía.

Esta línea moderada no tardaría en invertirse, en parte por el efecto de la deteriorización de las relaciones chino-indias, que conducirían en el otoño de 1962 a una efímera guerra pero desastrosa para la India. Entretanto, la rebelión del 19 de marzo de 1959 había colocado la cuestión del Tibet en un plano internacional. Las Naciones Unidas presentarían una confusa resolución invitando sin nombrarlos a China y a los chinos al respeto de los principios de la Carta y de la Declaración de los Derechos Humanos. La India, que se había abstenido de votar, recibiría pronto el justo precio de su renuncia.

EL DESARROLLO DE SINKIANG. LA HUIDA DE LOS KAZACOS.

La degradación de las relaciones chino-soviéticas, lo mismo que el «gran salto hacia adelante», va a incitar a los chinos a hacer un gran esfuerzo de colonización del Sinkiang. Las tendencias nacionalistas locales quedarían por ello notablemente aumentadas. Encontraron una buena base en el lugar tomado por los chinos en todos los sectores de responsabilidad y en la enseñanza, mientras que la política agraria de Pekín sería poco apreciada por las poblaciones musulmanas. En 1961, unos grupos rebeldes intentan crear una República del Turkestán del Este. En julio de 1962, una parte de las poblaciones de la región de Ining (Kuldja) y de Tach'cng, quizás amenazados de deportación en el interior, emigran en masa hacia el Kazakhstan soviético. Los

[350] Ver el informe del Panchen Lama en la 33 sesión del Comité permanente de la 2a. Asamblea Nacional (14 de diciembre de 1960) para una versión autorizada de la situación en el Tibet. Por su lado el Dalai Lama, refugiado en la India, dirá que 70.000 tibetanos han huido de su país mientras que 17.000 habían perecido de marzo de 1959 a septiembre de 1960.

chinos no dejaron de situar la responsabilidad del acontecimiento en manos de los rusos[351].

El movimiento de romanización de la lengua china justificaría la adopción, el 10 de febrero de 1960, de un alfabeto de 26 letras latinas y de 8 letras particulares para la escritura de las lenguas ouighura y cazaco. El árabe y el cirílico desaparecerían. Se afloja un nuevo vínculo con las poblaciones hermanas de la Asia soviética.

Sean cuales fueren las fricciones entre Han y minoritarios, los progresos económicos son rápidos. Los cuerpos de producción del ejército y los nuevos colonos prosiguen el desarrollo de la agricultura extensiva. Los pozos de petróleo de Karamai toman ya una gran importancia y producirán alrededor de tres millones de toneladas en 1970. Por el contrario, la coyuntura política y la falta de acero interrumpieron la construcción del último tramo de vía que debía poner en comunicación la red rusa (Turksib) con la red china. El tramo Urumtchi-frontera soviética quedó inacabado y lo está todavía.

LA MONGOLIA INTERIOR.

Como en el Sinkiang y por las mismas razones, un gran esfuerzo de colonización y de desarrollo se realizará en Mongolia Interior. Estaría facilitado por la aplastante superioridad numérica de los Han en relación con los mongoles de diversas «ligas». A las industrias ligeras nacidas de la ganadería (lanas, cueros, carnes) se añadiría con la construcción de las acerías de Paotow en 1959 un centro industrial moderno y ya fuertemente basado sobre un 17,3 por ciento de las reservas de hierro de China en general.

La ficción de la autonomía regional, la abnegación del mongol Ulanfu y un acercamiento diplomático entre Pekín y Ulan Bator, ayudaron por un tiempo todavía a contener las corrientes nacionalistas siempre subyacentes, como lo demuestran los levantamientos de principios de 1962, dirigidos contra el programa de sedentarización de las «banderas».

En otras regiones de minorías, los Han encontraron también ciertas resistencias vencidas por adelantado. Este es el caso de la zona huí de Ninghsia, establecida el 25 de octubre de 1958, y también en los chuang de Kwangsi.

En resumen, entre 1958 y 1962, el problema de las minorías evoluciona hacia una empresa más grande de la capital. La migración de muchos millones

[351] Ver cap. XXV.

de chinos de las provincias costeras hacia el noroeste y el noreste, los esfuerzos económicos, la extensión de las vías de comunicación, la adopción del alfabeto latino para las lenguas nacionales, la tensión política e ideológica con la Unión Soviética y el concurrente Estado multinacional explican esta tendencia que, ni el reajuste que siguió al «gran salto hacia adelante», ni una mayor tolerancia cultural consiguieron derribar. La enorme importancia económica de las regiones minoritarias, sus dimensiones geográficas y la situación de las más importantes en los confines chino-rusos, su débil población y su larga tradición colonial, explican la política autoritaria de Pekín. En ningún momento los comunistas chinos estarán dispuestos a aceptar a la manera de la Unión Soviética una fórmula federativa o a dejar crear unos partidos comunistas correspondientes en las diversas nacionalidades de la República Popular. El espíritu revolucionario del 10.° Pleno y la Revolución cultural no harán más que aumentar la dominación Han sobre las minorías y preparar mejor su completa chinización.

XXII. La política exterior china de 1958 a 1966 (l). Evolución general, subcontinente indio, África negra, mundo árabe y América Latina

Evolución general

El endurecimiento interior que caracteriza al período del «gran salto hacia adelante» se proyectaría rápidamente hacia el exterior.

A partir de 1958, la política exterior de China está caracterizada por una serie de tensiones y de crisis que la oponen a todas las grandes potencias, mientras que se esfuerza en explotar los cambios que acontecen en el Tercer Mundo y particularmente en el África descolonizada. Pero sucede que a esta dura línea, intransigente y dogmática, le sigue de golpe una línea flexible, comprensiva, pragmática, que tiene más en cuenta la estructura que los principios. A veces las dos líneas se unen a propósito de un mismo país (Cuba, Japón, Egipto), provocando la perplejidad de los observadores que se interrogan acerca de los móviles y de los objetivos de la diplomacia china. Estas variaciones, la degradación regular de las relaciones con la URSS, la reserva de su política en el subcontinente indio o en el Paquistán, la potencia de la OTASE, tomando por lo tanto el lugar de la India y la continuación de su intrusión en el Próximo Oriente no hicieron, sin embargo, salir a China de la prudencia, aconsejada, por una parte, por su debilidad militar, y por otra, por toda una red de pactos y de acuerdos de seguridad basados sobre la potencia americana.

Pero, mientras que en política interior el 10.° pleno de septiembre de 1962, que anunció el Movimiento de educación socialista y tras él la Revolución cultural, corresponde a un cambio de signo, esto no sucederá en la política exterior. Será preciso esperar todavía cuatro años para que los acontecimientos de dentro sobresalgan enteramente de la política exterior y justifiquen el sacrificio de posiciones diplomáticas e ideológicas importantes. Después de 1966, China estará muy ocupada consigo misma, muy ocupada en erigirse como modelo para ceder a los cálculos. Si hace esto es a largo plazo, ya que su triunfo está subordinado a los éxitos de la segunda revolución que está en camino de cumplir.

Los capítulos consagrados a la política exterior se detienen en 1966 y no en 1962, porque así lo requieren los límites asignados a esta tercera parte. En cuanto al año 1964, si se caracteriza por la entrada de China en el grupo de las potencias nucleares, no lo podemos considerar como crucial porque los incidentes de este espectacular acontecimiento son aún mínimos en el plano internacional. En fin, cierta ausencia de coherencia o de consecuencia lógica en los hechos nos permitirá abordar la política exterior china de este período, no cronológicamente, sino por regiones mundiales:

1. China, el subcontinente indio, el mundo árabe, África negra y América Latina.
2. China, Corea, Japón y el Sudeste Asiático.
3. China, Occidente y las Naciones Unidas.
4. China, la URSS y el campo socialista.

Serán escogidos como títulos de los capítulos en la medida en que cada área considerada reagrupa una serie de problemas distintos a los demás. Estos problemas, sus manifestaciones y sus resultados serán lo esencial de nuestros propósitos.

China y el subcontinente indio

CHINA Y LA INDIA

Con la evolución interior, la rebelión tibetana de 1959, la parte del Pandit Nehru y de su país en el neutralismo africano y asiático, en fin, el acercamiento de la India a la Unión Soviética y a los Estados Unidos, explican el comportamiento chino en el subcontinente indio.

Aunque unos pequeños incidentes fronterizos sobrevenidos en otoño de 1958 hubiesen revelado algunos fallos, será la rebelión tibetana la que marque el punto de partida de una verdadera deteriorización de las relaciones chino-indias. La instalación del Dalái Lama en Tezpur, territorio indio, reintegraba de alguna manera a la India dentro de los asuntos del Tibet, es decir, a los ojos de Pekín, en los asuntos interiores chinos y las sospechas chinas aumentaron cuando el Dalai Lama tuvo que recurrir a las Naciones Unidas. Mientras que la represión militar en el Tibet provocaba alguna emoción en la India a causa de los vínculos culturales e históricos existentes entre los dos países, mientras que la presencia china se hacía más sensible en las fronteras de la India y de los Estados himalayos, y la prensa de Pekín empezaba a atacar personalmente

a Nehru[352], una maniobra mal calculada de Delhi ofrecería a los chinos la ocasión de poner al día y de dramatizar un problema de fronteras ya evocado diversas veces entre el Pandit Nehru y Chu En-lai en sus conversaciones, pero cuya solución, por razones diferentes de una y otra parte, había sido tácitamente aplazada.

El 18 de diciembre de 1958, el Pandit Nehru, desde hacía tiempo alarmado por la publicación de mapas chinos cuyo trazado otorgaba a China en cada extremo de la frontera chino-india unas regiones que la India ocupaba o reivindicaba como heredera del dominio colonial británico, inquieto también por la existencia de una ruta estratégica china en Ladakh (región del Aksai Chin) en el sector occidental, abría oficialmente la cuestión. Chu En-lai respondería el 23 de enero de 1959 proponiendo la conservación del statu quo. El 22 de marzo, en plena crisis tibetana, el Pandit Nehru rechazaba categóricamente la proposición china y reclamaba aclaraciones.

La respuesta del primer ministro chino se haría esperar hasta el 8 de septiembre y quitaría a los indios toda ilusión acerca del desinterés de Pekín. Las pretensiones chinas conciernen en efecto a 90.000 km^2 de territorios situados al sur de la línea «Mac Mahon», aceptada por el gobierno tibetano pero no reconocida por el gobierno de Pekín de entonces, 2.000 km2 en el sector central de la frontera y 33.000 km^2 en la región inhabitada de Ladakh a propósito de la cual el tratado firmado en 1842 parecía muy impreciso[353].

Intercambios de correspondencia y puestas a punto se multiplican en el transcurso del otoño y del invierno, mientras que la cuestión continúa igual sobre el tapete[354]. El idilio chino-indio que proseguía desde 1951 se acababa sobre el Himalaya, dejando a los indios el sentimiento de haber sido burlados y explotados.

Del 19 al 25 de abril de 1960, Chu En-lai pasó una semana en Delhi por invitación de Nehru sin que el problema de las fronteras avance hacia su solución, dejando aparte la creación de comisiones de expertos. Los chinos achacan al «imperialismo» y a las «tuerzas reaccionarias indias» el fracaso de

[352] Ver particularmente editorial del «Diario del Pueblo», del 6 de mayo de 1959: La revolución del Tibet y la filosofía de Nehru.
[353] Ver los mapas de este capítulo.
[354] Sobre todo la carta del 28 de septiembre de Nehru a Chu En-lai y respuesta de éste el 6 de octubre y carta de Pekín del 26 de diciembre de 1959 (publicadas el 3 de enero de 1960)

las conversaciones y, siguiendo su táctica acostumbrada, se insinúan entre el pueblo indio y su gobierno: El deseo común de mil millones de individuos, es el título de un artículo en el «Diario del Pueblo» del 27 de abril.

El año 1961 y los principios de 1962 sólo están caracterizados por unos incidentes menores pero, el 13 de abril de 1962, el portavoz chino vuelve a abrir la cuestión, hace el balance de las negociaciones[355] y acusa a los indios de modificar unilateral y peligrosamente el statu quo militar sobre la frontera por medio de actividades de patrullas y de nuevas creaciones de puestos. Este acceso de humor parecía estar en relación con la visita del Dalai Lama a Delhi y con ciertas palabras sostenidas por el Pandit Nehru sobre la acción colonial china en el Tibet.

Las protestas chinas se multiplicaron en el mes de mayo. Habiendo rechazado la India una propuesta de renovación del acuerdo de comercio chino-indio del 28 de abril de 1954, llegado a su cancelación el 3 de junio de 1962, los chinos establecen un régimen aduanero en las fronteras del Tibet. Sobre todo, descargan un golpe inesperado y doloroso a los indios anunciándoles su intención de abrir unas negociaciones con Karachi a fin de delimitar la Frontera entre el Sinkiang (Turquestán chino) y la parte de Cachemira controlada por el Paquistán y reivindicada por la India con el resto de esta región. A principios de agosto, parece que se esté a punto de reemprender las conversaciones sobre la base de las relaciones de expertos[356]. Pero los incidentes vuelven a empezar en agosto y septiembre. Se dirige una violenta campaña contra la «duplicidad» de Nehru a quien se le da una seria advertencia el 21 de septiembre y se renueva el 14 de octubre: *Nehru, detén tu caballo al borde del abismo*[357]. China propone que las tropas de ambas partes se retiren a 20 km de la frontera. La India exige antes de entrar en negociaciones que China evacúe el territorio que ella ha ocupado y sólo pretende discutir sobre Ladakh. Los chinos revelan los propósitos belicosos de Nehru y más tarde se esforzarán en demostrar su premeditación y establecer sus intenciones agresivas.

[355] Se habían intercambiado veintidós notas. Fueron difundidas entre los miembros de la Asamblea Nacional china y con ellas los informes remitidos por los expertos indios y chinos en diciembre de 1960.
[356] Nota china del 4 de agosto aceptando las proposiciones indias.
[357] Editorial del «Diario del Pueblo» del 14 de octubre.

Por fin, el 20 de octubre, a las 4 de la madrugada, el encargado de asuntos indios en Pekín, P.K. Bannerjce, sería convocado por el ministro de Asuntos Exteriores. Con muy mala fe, los chinos acusaban a los indios de haber lanzado ataques de gran estilo contra las regiones orientales y occidentales de la frontera. En el extremo de la paciencia y con sus líneas de repliegue amenazadas, las tropas chinas se habían visto obligadas a defenderse; seguían la protesta diplomática y una requisitoria contra el Pandit Nehru culpable de haber rechazado las tres negociaciones ofrecidas.

Del 20 de octubre al 22 de noviembre, una potente ofensiva china dura, rápida y precisa se desarrolla en los dos sectores en litigio. Insuficientemente equipados, mal preparados para los combates de montaña, las unidades indias se baten poco, mal y son fácilmente manejadas por sus adversarios. En Ladakh los chinos extienden su ocupación en la región de Chusul, hasta cerca del lago de Spanggur, y se apoderan de algunos puestos (Demchok, Jara La). Pero es sobre todo al sur de la «línea Mac Mahon» en donde sus progresos serán más espectaculares e inquietantes. Cerca de la frontera oriental del Bután, toman Tawang y el paso de Se, avanzan hasta Bonfi La y alcanzan los puestos de Assam que parecen estar dispuestos a aislar y ocupar saltando al centro del valle del Brahmaputra. Cerca de la frontera birmana, alcanzan Walong sobre el río Luhit a unos cien kilómetros de Sadiya y unos pozos de petróleo de Digpoi, no lejos tampoco de las tribus nagas en periódica rebelión contra Delhi. La defensa india que ha perdido más de 3.000 hombres está desorganizada[358]. En todo el mundo el estupor es considerable. Lo será más aún el 22 de noviembre cuando las tropas chinas cesen el fuego en toda la longitud de su frente. La víspera, en efecto, el gobierno chino había anunciado que retiraría unilateralmente sus unidades, no sólo sobre la antigua frontera que poseían en la fecha del 7 de noviembre de 1959, sino a veinte km de ella por este lado, dejando solamente unos elementos de policía sobre la misma línea. El gobierno chino renovaba al mismo tiempo la llamada a la negociación como ya había hecho en el curso de las operaciones, el 24 de octubre, y posteriormente el 4 de noviembre, añadiendo a sus ofertas proposiciones precisas de repliegue.

[358] Los chinos dijeron que habían hecho prisioneros el 26 de diciembre, a 33 oficiales y 2.156 suboficiales y hombres de tropa y que pusieron en libertad a 609 heridos y enfermos.

Una doble maniobra política acompañaba la ofensiva militar china. Por una parte el gobierno indio se veía acusado desde hacía tiempo de haberse incorporado al «campo imperialista» como lo había demostrado la ayuda que habían aportado a los americanos al enviar, bajo la máscara de las Naciones Unidas, 6.000 hombres de infantería al Congo y patrocinado la Conferencia de los países no alineados en Belgrado, y como también lo demostraba el haber aceptado la ayuda militar americana. Por otra parte, repetidas veces, y sobre todo el 15 de noviembre, Pekín rogaba a los neutralistas afroasiáticos que le ayudasen en la búsqueda de la paz por la negociación como si se tratase de hacer volver al Pandit Nehru a la buena causa, olvidadizo del espíritu de Bandung y de los cinco principios de coexistencia pacífica, y extraviado por los «nacionalistas» y «capitalistas» indios contra la voluntad misma de su pueblo. Estas invitaciones no habían impedido a Pekín rechazar, el 2 de noviembre, una proposición de buenos oficios del coronel Nasser. El futuro debería mostrar que los chinos no querían satisfacerse más que con una negociación directa y que les dejase con las mejores cartas del juego; la prueba está sin duda en que a sus ojos, la cuestión sobrepasaba con mucho un simple litigio fronterizo.

La crisis chino-india de 1962, abordada por el lado chino, se acomoda en efecto a numerosas explicaciones convergentes.

Para Pekín, la comprensión de la que los indios habían dado muestra en los comienzos de la ocupación china en el Tibet había dado todos sus frutos. En 1951 y en 1954 el Pandit Nehru había desdeñado el servirse de las ventajas de que aún disponía. Reconociendo al Tibet como parte integrante de la República Popular China, se privaba por adelantado de toda base política y jurídica de negociación. En este punto los chinos se encontraban en una posición tanto más favorable cuanto que, si en un principio habían respetado una situación de hecho sobre la frontera (al menos en su parte oriental), se habían abstenido de darle una confirmación en el plano del derecho. La definitiva desaparición del gobierno tibetano en 1959, reintegrando el Tibet bajo la autoridad directa de Pekín a través de la ficción del Comité preparatorio para el establecimiento de la región autónoma, hacía superfluas todas las nuevas consideraciones de la India. Por el contrario, parecía que la presencia del Dalai Lama en este territorio, no lejos de la frontera del Tibet, y la persistente disidencia de los khampas y otros elementos tibetanos debieron, por razones de seguridad nacional, inclinar a Pekín hacia una política de intimidación con respecto a Nueva Delhi.

Tras unos diez años de statu quo los chinos debían, sin tardar demasiado, plantear el problema de la frontera a fin de impedir su trazado por el uso.

La cuestión de la frontera entre la India y China afectaba también al principio de la puesta en cuestión por China de los límites que los «Tratados desiguales» le habían impuesto. El legado de la Historia no podía ser aceptado más que bajo el beneficio del inventario. Fue pensando en unos reglamentos que el estado de las relaciones de fuerza y de las consideraciones políticas e ideológicas momentáneas excluían todavía, como los chinos hicieron su demostración india y se pusieron de acuerdo con Birmania desde 1960.

La evolución de la política india desde 1959 inquietaba igualmente a los chinos. El neutralismo indio, aunque los motivos fuesen en primer lugar económicos, suponía buenas relaciones con los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética y corría el peligro de arrastrar por el lado de una cooperación mucho más estrecha con estas grandes potencias a una parte del mundo afroasiático en detrimento de la influencia china. Para contrarrestar este neutralismo descarriado y concurrente con el que ella predicaba, sin practicarlo por otra parte, convenía que China disminuyese el prestigio personal del Pandit Nehru que se presentaría como un enemigo de clase, humillada la India y desacreditado el sistema político rival que ella representaba.

El interés llevado por los soviéticos a la India desde 1955, la importancia de su ayuda económica[359], su ayuda militar, su política de equidistancia entre Pekín y Delhi y la torpeza de Kruschev proponiendo que la India reemplazase a China en la Conferencia en la cumbre que había sugerido cuando la crisis libanesa de 1958, no podían dejar de provocar envidia, despecho e irritación por parte de los chinos. No sin razón ellos reprocharían a los soviéticos de estar desposeídos de todo criterio marxista-leninista en su análisis de la cuestión de las relaciones chino-indias y de haber abandonado totalmente al internacionalismo proletario[360]. Quizá por fin se pueda pensar que, provocando una crisis mayor, los chinos querían poner en un aprieto a la URSS haciéndola volver sobre la declaración del 9 de septiembre de 1959 de la agencia Tass, forzándola a entrar en su juego y, en cualquier caso, hacer cesar su ayuda militar a la India.

[359] Cinco mil millones de rupias de ayuda económica prometida o acordada de 1955 a abril de 1963, dirán los chinos. Ver *La verdad acerca de la alianza de la dirección del PCUS con la India, contra China*, «Diario del Pueblo» del 2 de abril de 1963.
[360] Ibíd.

Quizá, si es verdad lo que dicen, las primeras reacciones soviéticas les alentaron en sus ilusiones[361]. De todos modos el cálculo se revelaría como deficiente, estando inclinados los rusos a equilibrar la influencia americana en la India y entre los partidarios afro-asiáticos de ésta y, sobre todo, a conservar la dirección del campo socialista rechazando el dejarse intimidar por uno de sus miembros.

Finalmente, es preciso afirmar que un conflicto armado con la India, país que no cubría ningún acuerdo de seguridad, debía ser fácilmente controlable y permitiría una liberación nacionalista que compensaría la impotencia de los comunistas chinos frente a Taiwan u otras regiones del Asia Oriental.

El momento escogido, en las cercanías de un invierno que paraliza rápidamente las comunicaciones, muestra que los mismos chinos se habían impuesto los límites de su acción militar. Ir más allá habría deformado gravemente la imagen de China ante los «neutralistas», habría hecho sospechar un espíritu de conquista disimulado bajo un pretexto fronterizo y habría creado una situación internacional peligrosa y en todo caso altamente aprovechable para la influencia de las grandes potencias sobre el subcontinente indio.

La retirada de las fuerzas chinas fue a la vez un gesto de prudencia y un acceso de genio. China recobraba su máscara tranquilizadora de potencia generosa y pacífica, pero dispuesta a hacerse respetar. Las vías de una solución negociada podían abrirse de nuevo. En fin, la medida china contrastaba con el aventurismo del que los soviéticos daban muestra en Cuba en el mismo instante y los dirigentes chinos no serán los últimos en establecer el paralelismo entre los dos acontecimientos.

No obstante, la solución negociada no tendría lugar y aún es esperada en la actualidad. Seis naciones del plan de Colombo se reunieron del 10 al 12 de diciembre y presentaron un proyecto que, aparentemente aceptado por ambas partes, no se realizaría jamás[362]. El estancamiento y la tregua relativa a pesar de los pequeños incidentes de frontera y del internamiento de 2.300 súbditos

[361] Ver en *La Verdad acerca de la alianza*..., las declaraciones hechas el 13 y 14 de octubre de 1962 al embajador de China. Ver también sobre este punto «Pravda» del 19 de septiembre de 1963, el artículo *Grave núcleo de tensión en Asia*.

[362] La aceptación china acompañada de algunas reservas se produce el 19 de enero de 1963, la de la India el 25 de enero siguiente.

chinos en la India caracterizan un año 1963 todavía sobrecargado con la firma de un tratado chino-paquistaní a propósito de la frontera de Cachemira (3 de marzo). El año 1964 aportaría numerososo temas de acusaciones mutuas. La muerte del Pandit Nehru (27 de mayo) hará desplazar los ataques de los chinos sobre el presidente Shastri que seguiría la misma línea que su predecesor. Las denuncias de la miseria india, las protestas contra los arrestos de los comunistas indios prochinos y la controversia a propósito de los Estados himalayos (y sobre todo en el momento del asesinato del primer ministro de Bután Jigme Dorji), se sucedieron sin tregua.

Está reservado al año 1965 el ver renacer una crisis tanto militar como política gracias al conflicto armado que iba a desarrollarse en otoño entre la India y el Paquistán.

En efecto, el 16 de septiembre, diez días después del comienzo de las hostilidades indo-paquistaníes, el gobierno chino lanzaba un verdadero ultimátum al gobierno indio, dándole tres días para desmantelar cincuenta pequeñas fortificaciones construidas en la frontera del Sikkim; después, prolongaría pronto este plazo de tres días. El pretexto chino, la relativa proximidad del Sikkim y de la frontera del Paquistán Oriental pudieron hacer creer que sus tropas iban a reemprender, como en 1962, unas operaciones de envergadura y aislar a la India de Assam y Bután. Esto no sucedería y los chinos fingieron pronto haber obtenido satisfacción. Su intervención había obligado sin embargo al mando indio a tener en cuenta su amenaza y la posibilidad particularmente estudiada de su punto de aplicación eventual. No es preciso decir que sobre el frente del mismo conflicto indo-paquistaní Pekín tomaría ruidosamente partido por el Pakistán, condenaría repetidas veces «la criminal agresión india» y acogería sin placer el triunfo de la mediación soviética en Tachkent (4-10 de enero de 1966).

El acercamiento entre la India y la Unión Soviética, ya revelado por Pekín durante la visita del presidente Shastri a Moscú en mayo de 1965, contribuiría a envenenar todavía más las relaciones que se encontrarán en punto muerto cuando empiece la Revolución cultural.

PAKISTÁN

Las dificultades chino-indias no podían dejar de aproximar rápidamente al Pakistán y a China a pesar de las profundas diferencias de sus sistemas, de sus ideologías y de sus vinculaciones con el exterior.

República musulmana ante todo, próxima al Occidente por la etnia y por la cultura, dirigida desde el mes de octubre de 1958 por una personalidad militar, de aspecto y formación muy británica, el mariscal Ayub Khan, el Paquistán, en principio, había tenido muy poca afinidad con los regímenes comunistas. Sin embargo, limítrofe con China en más de 500 kms, en una importante región por sus pasos de Mintaka y de Gilgit, en crónicas dificultades con sus vecinos inmediatos, la India y Afghanistán, habían decidido reconocer a China desde el mes de enero de 1950, siguiendo en esto el ejemplo de Londres. Las relaciones no quedaron establecidas en realidad hasta el mes de mayo de 1951. Algunos acuerdos comerciales siguieron a lo anterior.

La Conferencia de Bandung no parece haber aproximado particularmente a los dos Estados, a causa quizá del papel desempeñado por el Pandit Nehru. La visita de la señora Sun Yat-sen y de Chu En-lai a Karachi en diciembre de 1956 parece haberse quedado en la pura cortesía.

El Pakistán se había adherido al Pacto de Manila (OTASE) desde su formación, el 8 de septiembre de 1954, viendo en primer lugar en esta alianza el medio de equiparse militarmente y, políticamente, de prevenirse indirectamente contra una agresión soviética o contra las presiones indias.

Esta preocupación se manifestó de nuevo con su adhesión al Pacto de Bagdad (CENTO), el 24 de febrero de 1955 junto a Irak, Irán, Turquía, Estados Unidos y el Reino Unido, y después por la firma con los Estados Unidos, en el mes de marzo de 1959, de un acuerdo militar permitiéndoles instalar en su territorio rampas de lanzamiento de misiles.

La evolución general de las relaciones indo-paquistaníes y chino-indias, conjugadas con el enfriamiento chino-soviético y con un mayor interés soviético por la India, van a conducir al Pakistán a operar un importante viraje. Parece ser que éste tomaría en 1961 la iniciativa de las discusiones que desembocarían el 2 de marzo en la solución del problema de la frontera Cachemira-Tíbet-Sinkiang y fue también a partir de la Asamblea General de 1961 cuando el Paquistán votaría a favor de la entrada de la China Popular en las Naciones Unidas. Esta nueva orientación política, aunque sus motivos responden a la coyuntura, conduce al Paquistán a reducir su participación militar en la OTASE y a alinearse en la actitud cada vez más tibia de Francia.

El tratado del 2 de marzo de 1963 es también el límite de una evolución de muchos años. Tiene pocas consecuencias territoriales, aunque el Pakistán renunciase a casi 30.000 km^2 ya bajo ocupación china, contra la devolución de

unos 2.000 km^2 aproximadamente, pero consagra un cambio internacional considerable. En lo sucesivo China se asienta en los asuntos de la península india, ha obtenido el apoyo del Pakistán, abandonando el de la India, sobre la que es capaz de ejercer determinadas presiones en provecho de su nuevo compañero, como se ha podido observar en el transcurso del conflicto indo-paquistaní del otoño de 1965. Por el contrario, y aunque el Paquistán pertenece al Islam, su apoyo no compensa sin duda el de la India con el Próximo Oriente y de manera general con el mundo neutral.

La amistad chino-paquistaní se traduciría por frecuentes visitas de Estado. La del mariscal Ayub Khan a Pekín del 2 al 9 de marzo de 1965 mostraría no obstante que el Paquistán no tenía intención de sobrepasar el marco del subcontinente indio en su colaboración[363]. En cuanto al viaje del presidente Liu Shao-ch'i a Karachi del 26 al 31 de marzo de 1966, tendría unas consecuencias interiores tan graves como inesperadas. Las relaciones económicas serán poco importantes, debido a circunstancias, a pesar de una ayuda china de 60 millones de dólares (febrero de 1965). El Paquistán sería también el primer país no comunista que establecería una línea aérea regular en China (29 de abril de 1966).

NEPAL

Las relaciones diplomáticas entre la China Popular y el Nepal establecidas el 1 de agosto de 1955, ampliadas en septiembre y octubre de 1956 por un acuerdo sobre la conservación de relaciones amistosas entre los dos países (20 de septiembre de 1956) y por la concesión de un préstamo de 60 millones de rupias por parte de China al Nepal (7 de octubre de 1956), no dejarían de desarrollarse.

En el mes de marzo de 1960 el primer ministro nepalés, B. P. Koirala, en visita a Pekín, firmó un acuerdo fronterizo y un acuerdo económico (21 de marzo). El primer ministro preveía un deslinde en la frontera acostumbrada de casi mil km y, una vez solucionada la cuestión del monte Everest, cuyas pendientes norte y sur serían divididas hasta la cumbre entre los dos países,

[363] El mariscal Ayub Khan manifestará bastante independencia a propósito de la cuestión vietnamita, intentando incluso un acercamiento de los puntos de vista chino y americano.

su realización no daría lugar a ninguna dificultad particular. El segundo concedía al Nepal un nuevo crédito de 100 millones de rupias por una duración de 3 años, añadiéndose a un saldo de 40 millones de rupias indias del crédito precedente. Un mes después, Chu En-lai y el mariscal Ch'en yi al regresar de Delhi se detienen a su vez en Katmandu en donde firman, el 28 de abril de 1960, un tratado de paz y de amistad. Desde entonces, y a pesar de ciertos incidentes fronterizos, estas relaciones económicas y culturales no dejan de aumentar, lo cual desagrada mucho a los indios.

En los meses de septiembre y octubre de 1961, la estancia en Pekín del rey del Nepal, Mahendra, que había tomado la totalidad de su poder el año precedente y cuyos sentimientos personales se alejan de la India, serviría de pretexto para brillantes manifestaciones y demostraría hasta qué punto el Nepal se ha orientado va desde la esfera de atracción de la India a la de China. El 5 de octubre de 1961 se firmaría un tratado de fronteras que reemplazaría al acuerdo del 21 de marzo de I960[364]. Al mismo tiempo los chinos se encargaron de la construcción de una carretera desde la frontera del Tibet a Katmandu. En septiembre de 1965, se decidiría prolongarla hasta Pokhara en el corazón del país. Nepal permanecía aún vinculado a la India por sus acuerdos de 1950, pero parecía estar en camino de convertirse en un protectorado chino.

CEILÁN.

Facilitadas por la orientación política del gobierno cingalés, tras la desaparición de sir John Kotelawala en 1956, las relaciones entre la China y Ceilán son excelentes. Chu En-lai y la señora Sun Yat-sen permanecen en Colombo del 26 al 29 de febrero de 1964 en visita oficial. Las relaciones comerciales, fundamentadas sobre las necesidades de China en caucho y las de Ceilán en arroz, muy activas hasta 1960, pero afectadas por el fracaso del «gran salto hacia adelante», empiezan a reemprenderse el año 1963 y con los acuerdos del 26 de febrero de 1964 que consagraron su importancia.

CHINA Y ÁFRICA

La descolonización en cadena que conocía África a partir de 1958 no podía dejar de llamar la inmediata atención de China y del Partido Comunista chino.

[364] Un protocolo se le añadirla el 23 de enero de 1963.

A las pretensiones ideológicas del segundo dispuesto a inspirar las revoluciones del Tercer Mundo se añadían los objetivos políticos de la primera: hacer fracasar en todos los frentes, donde fuese factible, el poderío americano, la expresión más alta y más temible del «imperialismo occidental», ganar el mayor número posible de votos en las Naciones Unidas a fin de tomar el lugar de Taipeh y desbaratar el «complot de las dos Chinas». Intercambios de cartas, discursos diplomáticos, mensajes, fuesen cuales fuesen los destinatarios y la ocasión, contendrán siempre estos dos temas centrales combinados con los desarrollos casi siempre forzosos acerca de la existencia de relaciones históricas antiguas y acerca de las similitudes frente al «imperialismo» y «colonialismo» considerados como factores de empobrecimiento y de retraso cultural y económico. Todos se concluyeron en la fórmula del pueblo chino «el aliado más fiel» regularmente opuesto, como en las sentencias paralelas chinas, a la del imperialismo americano «el más cruel enemigo de todos los pueblos del mundo».[365]

Si China y el Partido Comunista estaban faltos todavía de experiencia africana, habían aprendido a manejar el arma ideológica bastante más allá de sus fronteras. En Bandung, primera ocasión de contactos amplios con África, China intentaba erigirse como primera figura de las naciones subdesarrolladas antes que como Estado comunista y este último carácter también estaba compensado por su calidad de nación no blanca, que la sustraía a ciertas desconfianzas, susceptibilidades o reservas raciales.

A los ojos de los antiguos países coloniales, China aparecía como el mismo tipo de las naciones liberadas a la vez del dominio extranjero y de los cuadros tradicionales, liberadas del «imperialismo» y del «feudalismo», para emplear un vocabulario común a todos los revolucionarios nacionalistas o comunistas.

La experiencia china llamaba la atención también por su historia, por la personalidad de Mao Tse-tung, por su gran envergadura, por sus primeros triunfos, y por su búsqueda de atajos hacia el completo desarrollo económico y el progreso social.

El gobierno chino se dedicó a mantener esta imagen de sí mismo con la finalidad de contrarrestar sus hándicaps: alejamiento, capacidad limitada de ayuda y ausencia de fórum en las Naciones Unidas, a fin de ganar el corazón de los dirigentes políticos y de aproximarse a las masas.

[365] Ver acerca de este tema el «Bandera Roja» del 16 de marzo de I960.

Los visitantes africanos fueron objeto de inolvidables recepciones. Deslumbrantes, grandiosas y brillantes, movilizaban a veces 500.000 personas sobre interminables itinerarios y se acompañaban de rallyes monstruos, viajes circulares y fastuosos banquetes que sobrepasaban con mucho todo lo que pueden ofrecer en este género los occidentales y los soviéticos.

Esta política de acogida no se extenderá solamente a los jefes de Estado y a los ministros extranjeros, sino también a las personalidades culturales, a los representantes de los partidos, sindicatos y grupos de todo tipo, que por centenares visitaron Pekín y fueron ritualmente fotografiados al lado del presidente Mao Tse-tung.

El menor acontecimiento o incidente africano daría rápidamente lugar en Pekín y en toda China a manifestaciones de apoyo o de protesta, y a «semanas» generalmente organizadas por la Asociación de los pueblos de China y de África.

Se alentaría la llegada de estudiantes extranjeros a Pekín. Igual que a principios de siglo sus primogénitos iban a instruirse a Occidente, los estudiantes africanos se irán a instruir a la Universidad de Pekín que contaría con casi 200 de ellos. Pero éste sería el punto débil de la acción de propaganda china. Confrontados con la dureza y las insuficiencias del régimen y contrariados por ciertos comportamientos xenófobos, la mayoría de los estudiantes africanos regresaron antes del tiempo previsto y muchos prefirieron ser revolucionarios en París que en la capital china.

En fin, a pesar de su propia escasez de recursos, China haría en beneficio del África negra un importante esfuerzo financiero, próximo a los 300 millones de dólares americanos según los cálculos más aceptables[366].

Guinea, la primera rebelde de la Comunidad Francesa, de la que, digámoslo de paso, Pekín no cesaría de denunciar sus «siniestros propósitos» y su fragilidad, sería también la primera en establecer unas relaciones diplomáticas con Pekín, el 4 de octubre de 1959[367]. Sekou Touré sería el primer jefe de Estado que se dirigiría a Pekín, donde firmaría el primer tratado de amistad entre China y

[366] Alrededor de un tercio de la asistencia económica china, evaluada hasta 1965 en 850 millones de dólares americanos. Ver Marc MENGUY, *L'Économie de la Chine Populaire*, París, 1971.

[367] Pekín se había apresurado a reconocer a Guinea el 7 de octubre de 1958, el día después de su independencia.

una potencia africana (13 de septiembre de 1960). Un préstamo de 100 millones de rublos sin intereses y reembolsable en diez años vendrá a apuntalar la economía guineana que el «colonialismo francés quería sofocar» y abrir la puerta a los expertos de la asistencia técnica china.

El año 1960 se revelaría particularmente benéfico gracias a un florecimiento de nuevas independencias. Ghana en septiembre y Malí en octubre, establecieron relaciones diplomáticas con Pekín. China sería después reconocida por Dahomey, Níger y el Alto Volta, mientras que Madagascar no persistiría en sus primeros pasos.

La 2a. Conferencia de solidaridad afroasiática en Conakry (abril de 1960), la 2a. Conferencia de países africanos independientes (junio de 1960) y la Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores africanos (25 de agosto de 1960), ayudan a propagar las tesis chinas. Pero, la gran ocasión nacería con las dificultades del ex Congo belga, convertido en independiente el 30 de junio de 1960. Si el asesinato de Patrice Lumumba en febrero de 1961 y el establecimiento de un gobierno unificado en Leopoldville interrumpen las relaciones diplomáticas chino-congolesas, las violentas peripecias que siguieron van a permitir a los chinos atacar a la vez a los Estados Unidos y a sus «instrumentos», las Naciones Unidas, el antiguo y el nuevo «colonialismo» y su «rapacidad».[368]

El año 1961 verá el reconocimiento de Tanganika (8 de diciembre), cuyo presidente Julio Nyéréré no tardaría en dirigirse varias veces a China. Más tarde, Tanganika y Zanzíbar, convertidas en Tanzania, serán unas bases importantes para la penetración china hacia el centro de África. El 1 de julio les tocaría el turno a Ruanda y Burundi.

Somalia, frecuentada por los marinos chinos de los T'ang y de los Sung, que había reconocido a China el 15 de diciembre de 1960, establecerá con ella unas relaciones diplomáticas el 2 de julio de 1962, Uganda el 8 de octubre del mismo año. China y Ghana firman un tratado de amistad y de cooperación en una visita del presidente Nkrumah a Pekín (18 de agosto de 1961) [369], más tarde le tocaría el turno a Malí (3 de noviembre de 1964). La antorcha antiimperialista y anticolonialista ilumina toda África, titularía el «Diario del Pueblo» del 1 de

[368] Ver particularmente la declaración china del 14 de febrero de 1961.
[369] Le valdría a Ghana un préstamo de 7 millones de libras de Ghana.

diciembre de 1962, y, al mes siguiente, la prensa china puede saludar la primera llegada de un barco chino a la costa occidental del continente negro.

En la 3a. Conferencia de solidaridad de los pueblos afro-asiáticos en Moshi (Tanganika) del 4 al 10 de febrero de 1963, la delegación china, presidida como la precedente por Liu Ning-yi, se distingue presentando un programa de seis puntos completamente cargado de propaganda, pero sin contenido real, mientras que una recomendación apresuraría a la India y a China (en realidad, sobre todo, a esta última) a aceptar las propuestas de las potencias del grupo de Colombo.

A finales de 1963 Chu En-lai y Ch'en Yi, su ministro de Asuntos Exteriores, emprenderían en África negra y África mediterránea un periplo cuya resonancia sería enorme. Por supuesto se trata de manifestar, por medio de la visita a unas diez capitales, el lugar que China ha alcanzado en pocos años sobre el continente africano, pero también y quizá más aún ir en contra de la influencia de Moscú. Las relaciones chino-soviéticas no fueron jamás tan pésimas, como lo demuestra la polémica del verano y del otoño. Sobre dos puntos esenciales (la emancipación de los pueblos colonizados y la liberación política y económica total de los nuevos Estados), los chinos están, ideológicamente hablando, en una posición de fuerza que están dispuestos a explotar. Su oposición a los soviéticos se manifestó dos meses en un mordaz ataque «de los defensores del neocolonialismo» (22 de octubre de 1963). Abandonando la lucha en la «principal zona de las tempestades de la revolución mundial», los soviéticos creen que se trata en lo sucesivo de ayudar a la economía de los países rezagados, realizando con los Estados Unidos unos esfuerzos paralelos, incluso asociados. A propósito de África sus tesis y su política les han conducido en el asunto congolés a unos funestos errores, y les han llevado a colocarse del lado del «imperialismo francés» durante la guerra de Argelia.

«La actitud adoptada hacia este problema, el más agudo de la política mundial actual, constituye la línea divisoria esencial entre marxistas-leninistas y revisionistas modernos.»

El viaje de Chu En-lai se desarrollaría sobre un terreno político y revolucionario. El hábil primer ministro llegaría a conseguir un difícil equilibrio entre los gobiernos africanos fundamentalmente tradicionalistas o burgueses, y generalmente no alineados, y la idea revolucionaria. Es cierto que estaría ayudado por falaces identidades de vocabulario y en este sentido su célebre apóstrofe del discurso de Mogadiscio, «Las perspectivas revolucionarias son

excelentes en todo el continente africano», puede entenderse de muchas maneras. Este discurso lanzado como un reto en el momento de abandonar África (febrero de 1964), no deja de constituir un excelente resumen de las tesis y de las ambiciones chinas en esta región del mundo.

La hostilidad frente al «imperialismo», al «colonialismo» y al «neocolonialismo» «podridos en el interior», se manifiesta con un vigor que no queda atenuado con las imágenes sacadas de antiguos poemas chinos:

A lo largo de un navío naufragado pasan millares de velas;
más allá del árbol muerto se levanta un bosque
con todo el vigor de la primavera.

Y Chu En-lai comenta sin esfuerzo:

«Las filas de los pueblos revolucionarios del mundo son como un millar de velas flotando majestuosamente al viento del mar. La causa revolucionaria de los pueblos del mundo es como un bosque levantándose con el vigor de la primavera.»

Más próximo a las realidades inmediatas que estas visiones triunfalistas, la enumeración de los «ocho principios para la realización de una ayuda económica» bosquejan una estrategia china de penetración económica en África[370]. Todos, por oposición a los países más avanzados, se colocan en la línea de un total desinterés. Se dijo todo para que los países de África y de Asia —estos últimos representados por China— se sintiesen fraternalmente solidarios por la comunidad de sus problemas:

«En el presente la ayuda mutua y la cooperación económica entre nuestros países de África y de Asia son todavía modestas. No obstante, por el hecho de que pertenecemos a una misma experiencia y que nos encontramos en unas posiciones parecidas permitiéndonos comprender mejor nuestras necesidades recíprocas, nuestra ayuda mutua y nuestra cooperación económica están aseguradas, son adaptables a las necesidades reales, equitativas y recíprocamente ventajosas, útiles para el desarrollo independiente de los diversos países. Esta ayuda mutua y esta cooperación económica aumentarán continuamente en extensión y en cualidad a medida que se vaya desarrollando la edificación nacional en los países afroasiáticos.»

[370] Ver apartado «El Próximo Oriente y el África mediterránea» de este mismo capítulo

El itinerario del viaje de Chu En-lai resume a la vez los triunfos pasados y las esperanzas futuras: Egipto (14-20 de diciembre), Argelia (21-27 de diciembre), Marruecos (27-30 de diciembre), Túnez (9-10 de enero), Ghana (11-16 de enero), Malí (16-21 de enero), Guinea (21-26 de enero), Sudán (27-30 de enero), Etiopía (30 de encro-1 de febrero), Somalia (1-4 de febrero)[371].

A partir de Mogadiscio, Chu En-lai, renunciando a visitar Tan-ganika, Kenya y Uganda a causa de los disturbios que agitan a algunos de estos países, regresaría a China, de donde volvería a partir casi inmediatamente para otro circuito, asiático éste, parando muy poco tiempo en Pekín.

El «safari» de Chu En-lai, como se le llamaría[372], mantendrá en dirección a Pekín una corriente africana que sería muy numerosa en 1964 y en 1965: Masamba-Debat, presidente del Congo-Brazzaville (28 de septiembre al 3 de octubre de 1964), Modibo Keita, presidente del Malí (1-7 de noviembre de 1964), Nyéréré (18-23 de febrero de 1965), Osmán, presidente de la República de Somalia (21-28 de julio de 1965), para citar solamente a los principales visitantes. Por su lado el mariscal Ch'en Yi regresaría a Malí y a Guinea al mismo tiempo que a Argelia, en septiembre de 1965. Liao Ch'eng-chih representaría a China en la Conferencia de solidaridad de los pueblos de África y de Asia en VVinneba (Ghana) del 9 al 16 de mayo de 1965.

Estas visitas están acompañadas de tratados de amistad y acuerdos económicos y culturales muy parecidos[373]. La República Centroafricana, Mauritania (26 de julio de 1965), y Gambia reconocen a China.

Sin embargo, en 1965, parece que los chinos hayan hecho el total en sus amistades. Las inquietudes que su presencia, y a veces algunas de sus actividades, empiezan a suscitar aquí y allá, la seria concurrencia de los expertos procedentes de Formosa, un mejor conocimiento de las dificultades internas de Pekín, cuya ayuda parecía finalmente irrisoria en relación con la de la URSS y con la de Occidente, y por fin algunos golpes de Estado sobrevenidos en diversas capitales africanas van a detener la expansión china. Burundi, cuya

[371] Chu En-lai realizará un rápido viaje a Albania del 30 de diciembre al 9 de enero de 1964.

[372] Ver W.A.C. ADIE, *Chu En-lai on Safari*, «The China Quarterly», abril-junio de 1964, núm. 18.

[373] Sobre todo tratados de amistad con Malí (3 de noviembre de 1964) y Tanzania (20 de febrero de 1965). Se establecieron muchos programas de ayuda económica y determinaron un desarrollo por otra parte limitado de los intercambios comerciales.

reina Teresa Kanyongau había, con todo, ido a Pekín en marzo de 1963, expulsa a los diplomáticos chinos (enero de 1965). Dahomey y la República Centroafricana cancelan sus relaciones con China (3 y 6 de enero de 1966). Se da por fin la ruptura con la rica Ghana el mismo día en que Nkrumah llegaba a Pekín para su segunda visita (24 de febrero de 1966).

El año 1966 convertiría en un sueño las relaciones entre China y el África negra mientras que faltaba por ganar o reconquistar una decena de Estados.

El Próximo Oriente y el África mediterránea

La revolución irakí del 14 de julio de 1958 debía afectar a la política china en el Próximo Oriente como al sistema de las alianzas regionales. La base geográfica del Pacto de Bagdad se pulverizaba y los chinos ganaban nuevos aliados para la revolución. Al mutuo reconocimiento diplomático (16 de julio) le seguiría un tratado de comercio (3 de enero de 1959).

Sin embargo, la influencia tomada por los chinos sobre los radicales de Bagdad no tardaría en indisponer a Egipto, que, después de haber adherido a Siria bajo la sigla de la RAU, se vuelve hacia el Irak. La acogida reservada en Pekín al comunista sirio Khalid Bakdash, quien desde China atacaría públicamente al coronel Nasser, y la severidad de este último para con los comunistas egipcios, crearían entre Pekín y El Cairo un malestar que se prolongaría durante muchos años.

«Ciertas personalidades en el poder de la República Árabe Unida han desencadenado unos ataques contra la República del Irak, después contra la Unión Soviética, gran amiga de todos los pueblos árabes. Es evidente que estas artimañas no están dentro del interés de la causa de la independencia nacional árabe de forma que es imposible que los pueblos de los países árabes les otorguen sus simpatías.»

Estos sinceros reproches pertenecen a Chu En-lai hablando el 18 de abril de 1959 ante la Asamblea Nacional.

Esta situación sería mantenida por las iniciativas tomadas por Egipto referentes a la conferencia de los países no alineados, en Belgrado en 1961, por sus simpatías hacia la India durante la crisis chinoindia de octubre-noviembre de 1962 y por la aceptación de una ayuda americana y de una ayuda soviética importantes. La lozanía de las relaciones chino-egipcias no impediría la conclusión de diversos acuerdos económicos y culturales, ni aun las visitas de

misiones políticas y militares, entre ellas la de Alí Sabri en abril de 1963, pero el esfuerzo chino tendría tendencia a aproximarse hacia Maghreb y en primer lugar a Argelia, la mejor base de partida hacia el África negra.

Puesto que tomaba la vía china de una insurrección armada a partir de un «frente unido» y porque debía ser un elemento importante de su política árabe, China había apoyado ante todo moral y financieramente la rebelión argelina contra Francia. Los jefes más conocidos del FLN (Ferhat Abbas, Krim Belkacem, Youssef Ben Kedda, Ahmed Francis), de los sindicalistas y de los combatientes serían recibidos en Pekín en donde se realizarían unas «jornadas» y unas «semanas de Argelia» y en donde se instalará una representación del FLN, y después un gobierno provisional de la República Argelina (5 de octubre de 1960).

Esta posición en punta de lanza permitiría a los chinos atacar la reserva soviética y la «traición» del Partido Comunista francés acusado de seguir a la «burguesía monopolista francesa»[374].

Tras los acuerdos de Evian (18 de marzo de 1962), China ofrecería a Argelia «cubierta de heridas» una ayuda que tomaría la forma de donaciones y servicios directos muy propios para sorprender a las poblaciones: 9.000 toneladas de trigo, 3.000 toneladas de acero laminado, 21 toneladas de medicamentos, envío de algunos médicos que trabajan en los campos y, más tarde, entrega de un carguero de 13.000 toneladas y material militar para la milicia. Por estas módicas generosidades China pretendía borrar la obra francesa en Argelia. Luego, entre 1962 y 1966, realizarían una decena de acuerdos económicos, técnicos y culturales y uno de ellos (28 de octubre de 1963) comportaría un préstamo de 50 millones de dólares. Los intercambios de misiones se multiplicarán hasta el verano de 1965 y la proximidad de las dos Fiestas Nacionales (1 de octubre y 1 de noviembre) les daría aún más relieve.

Del 22 al 27 de febrero de 1965 Argel serviría de marco para un seminario económico afroasiático interesante por las intervenciones del delegado chino Nan Han-ch'en quien indicaría en él los trazos de la estrategia económica china del momento:

[374] Ver *De los defensores del neocolonialismo*, «Diario del Pueblo» del 22 de octubre de 1963.

«En consecuencia, nuestra experiencia capital y coronada de éxitos, nos dicta poner el acento sobre el desarrollo de la agricultura y de la industria ligera a fin de desarrollar progresivamente la industria pesada y acelerar el ritmo de la industrialización.»

Silenciando los sinsabores del período 1958-1962, Nan Han-ch'en ofrecería sin vergüenza la experiencia de su país como ejemplo: «En efecto, la experiencia china ha demostrado que en realidad es posible transformar una economía nacional atrasada en un plazo de tiempo relativamente corto a condición de que la orientación escogida sea correcta, que la política seguida sea justa y que el pueblo trabaje de firme.»

El seminario económico de Argel sería también la ocasión de recordar una vez más los «ocho principios chinos de ayuda económica» ya formulados el año anterior por Chu En-lai en su gira africana: igualdad y ventajas recíprocas, respeto a la soberanía de los Estados, préstamos sin interés o con débil interés, cuidado en ayudar al desarrollo de las economías independientes, inversiones con un mínimo gasto sobre los proyectos más rápidamente rentables, suministros de los mejores equipos chinos a precios mundiales, formación técnica del personal de los países beneficiarios, igualdad de trato material entre expertos chinos y expertos de los países interesados[375].

La intervención del delegado chino, al que los guardias rojos darían muerte o le empujarían hacia el suicidio un año más tarde, no podía estar exenta de una llamada a la lucha contra el «imperialismo» y el «colonialismo».

Argelia, en la que China ponía tantas esperanzas, le proporcionaría unos meses después un terrible desengaño. En efecto, era en Argel en donde, diez años después de Bandung, debía por fin reunirse la segunda Conferencia afroasiática; la fecha fijada era la del 29 de junio de 1965. China, la mayor potencia participante, sobre todo después de su demostración de la debilidad india, tomaría allí el primer papel. Los progresos de la emancipación africana, la guerra del Viet-Nam y el aislamiento de la URSS serían unos temas provechosos para su propaganda. Se sabe que la conferencia sería precedida en diez días por el golpe de Estado del coronel Bumedian y la eliminación de Ben Bella. A pesar de la insistencia china, la conferencia sería aplazada al 5 de noviembre. Mientras tanto, la situación internacional había cambiado un poco. La neutralización del presidente Sukarno en Indonesia tras el golpe de Estado

[375] Esta redacción es sólo un resumen del original.

procomunista fracasado del 30 de septiembre de 1965, cierto renuevo de la influencia soviética en Africa y Asia y las incidencias del conflicto militar entre la India y el Pakistán, harían abandonar este segundo proyecto, esta vez por el consejo de los chinos contra los argelinos. La «segunda Bandung» no se realizaría jamás.

Las relaciones chino-marroquíes, establecidas el 1 de noviembre de 1958, se mantuvieron correctas, pero sin demasiado calor, nutridas sobre todo con unos arreglos económicos mutuamente ventajosos, fosfatos marroquíes contra té chino que los expertos de Pekín intentaron implantar.

Tunicia, largo tiempo reticente, acabaría por reconocer a la China de Pekín a continuación de la visita casi imprevista de Chu En-lai a Túnez (9-10 de enero de 1964). Sería la ocasión de deplorar los vivos ataques contra Burguiba y su doctrina «nacida a partir de una lluvia de dólares».[376]

Yemen y otros países árabes

Desde el 12 de enero de 1958 el Yemen había firmado con China un tratado de amistad y acuerdos económicos, técnicos y culturales que preveían sobre todo la construcción de una carretera de 500 km entre Sanaa y Hodeidah, la creación de una fábrica textil en Sanaa y una ayuda financiera de 17 millones de dólares. Este acuerdo será reemplazado por el del 9 de junio de 1964, concluido en Pekín en el momento de la llegada del presidente de la República del Yemen, Abdulla Al Sallal. China después no dejaría de estar atenta a la evolución de la península arábiga y aportaría a los insurrectos del Dhofar una ayuda moral y material importante. Aparte de Irak, haría no obstante muy pocos progresos en el Golfo Pérsico y sus contactos con Kuwait (viaje de una misión de buena voluntad dirigida por Nan Han-ch'en el 10 de junio de 1965) no tendría unos resultados inmediatos.

Con Siria las relaciones políticas y económicas se afianzaron a partir de 1963 y estarán caracterizadas por numerosos intercambios de misiones[377]. Con el Líbano y demás Estados árabes fueron inexistentes o mediocres por lo menos hasta 1966.

---

[376] Ver «Diario del Pueblo» del 20 de noviembre de 1965: *¿A quién sirve Burguiba?*

[377] Un préstamo chino de 35 millones de francos suizos pasará a 70 millones por el acuerdo del 12 de febrero de 1963.

Afganistán

Las dificultades con la Unión Soviética y la querella con la India, haría volver con más intensidad la atención de China hacia Afganistán, sin comprometer con todo sus relaciones con el Pakistán. No parece que los chinos en ningún momento tomasen posición sobre las diferencias entre Kabul y Rawalpindi y sobre todo en el problema del Pushtunistán.

El tratado de amistad y de no agresión firmado en Kabul, el 26 de agosto de 1960, por el mariscal Ch'en Yi, será completado por un acuerdo para la delimitación de la frontera (22 de noviembre de 1963) y por un acuerdo de comercio. El acuerdo de la frontera era importante puesto que el pasillo afgán, de unos 80 km aproximadamente, estaba englobado en las regiones no delimitadas del Pamir. Éste es aún el caso para la frontera chino-rusa desde la frontera afgana hasta el paso de Kizil Jik Darman.

Los soberanos afghanos estuvieron en China del 30 de octubre al 13 de noviembre de 1964 y el presidente de la República Liu Shao-ch'i devolvería la visita del 4 al 8 de abril de 1966. Entre tanto, un protocolo fronterizo y un acuerdo de cooperación económica y técnica se habían concertado el 24 de marzo de 1965.

Las relaciones chino-afganas se mantuvieron en un plano estrictamente bilateral evitando toda referencia a las ideologías como a la URSS o a los Estados Unidos, limitándose a exaltar la solidaridad afro-asiática. La historia de Afganistán, su posición entre tantos y tan importantes vecinos, le imponían esta reserva de la que los chinos casi no intentaron hacerle salir.

América Latina

Aunque habían tenido lugar desde 1956 unos contactos entre el Partido Comunista chino y los diversos partidos comunistas sudamericanos, los chinos

no tomarían verdadero interés por América Latina hasta el año 1960[378]. De manera general se trataba de llevar hasta el mismo continente americano su hostilidad ideológica y política hacia los Estados Unidos, dar en lo posible nuevos campos de aplicación a las tesis y a los métodos revolucionarios chinos y, sobre todo, en el presente, atraer hacia sí los movimientos y los partidos comunistas o de inspiración comunista. A pesar del alejamiento, gracias a la analogía de determinados problemas sociales y a la presencia de importantes y antiguas colonias de trabajadores y de comerciantes, principalmente en Cuba, Perú y México, se encontraban, en este aspecto, en un mundo relativamente familiar[379].

Fue naturalmente el advenimiento de un régimen socialista declarado en Cuba lo que llamaría en primer lugar su atención y, ayudando los acontecimientos de 1962, les ofrecería la mejor ocasión para manifestarse. Es, también en Cuba, mucho más que en los pequeños partidos comunistas de América Latina, donde aparecería la rivalidad chino-soviética.

El 16 de mayo de 1960 se creaba en Pekín una asociación «China - América Latina» presidida por Ch'u T'u-nan. En el mes de septiembre, Fidel Castro transferiría de Taipeh a Pekín el reconocimiento diplomático de La Habana. Pronto los visitantes latinoamericanos, ya de por sí numerosos, se multiplicaron en la capital china. El más célebre entre ellos, «Che» Guevara, firmaría allí, además de un acuerdo para el intercambio de embajadores, arreglos económicos importantes. China prestaba a Cuba 240 millones de rublos por cinco años, sin interés, y formaría diversas categorías de técnicos cubanos. Algo antes, se había empeñado en comprar, durante cinco años sin interrupción, 500.000 toneladas de azúcar cubano y a entregar arroz, soja y carne de cerdo.

En septiembre de 1961, el presidente Dorticos efectuaba a Pekín una visita de Estado precedida o seguida de numerosas misiones. Unos nuevos acuerdos

---

[378] Sobre la situación revolucionaria en América Latina y sobre las relaciones entre Pekín y los partidos comunistas latinoamericanos ver Ernst HALPERIN, *Peking and the Latin American Communist*, «The China Quarterly» núm. 29, enero-marzo de 1967. Ver también Cecil JOHNSON, *Communist China and Latin America*, 1959-1967, Columbia University Press, 1970

[379] Alrededor de 31.000 chinos en Cuba, 30.000 en Perú, 6.700 en Brasil, 4.200 en Ecuador. Ver un cuadro completo en «The Geographical Review», Nueva York, enero 1968, reproducido por la «Documentation Française: Problèmes politiques et sociaux», núms. 79-80 del 2-9 julio 1971.

de comercio y de cooperación técnica y cultural iban a ser firmados. «Che» Guevara regresaba de nuevo a Pekín en febrero de 1965, algunos meses antes de su desaparición, atribuida por algunos a la influencia del modelo revolucionario chino.

La Habana será para los chinos una magnífica base de observación, de propaganda y de acción hacia el Caribe, América Central y América del Sur maltratadas por crisis: la República Dominicana (noviembre de 1961), Panamá (enero de 1964) y sobre todo la misma Cuba en octubre de 1962[380]. Las consecuencias de esta última serán considerables. Pareciendo justificar las acusaciones de aventurismo y de capitulacionismo llevadas por los chinos contra Kruschev, no dejaría de ilustrar la vulnerabilidad de Cuba y la total dependencia económica y militar de este país con relación a la Unión Soviética. En este sentido alejaría a La Habana de Pekín. Las visitas de Fidel Castro a Moscú en abril-mayo de 1963 y sobre todo en enero de 1964, la conferencia de los siete partidos prosoviéticos en La Habana en noviembre de 1964 y la participación de los cubanos en la conferencia «escisionista» de 1965[381] jalonan una evolución imprevista.

En la víspera y después de la «Conferencia Tricontinental» de La Habana (enero de 1966), un conflicto aparentemente comercial a propósito de la entrega de arroz chino, se ampliaría en una crisis política mayor. El «Diario del Pueblo» del 22 de febrero de 1966 acusaría al primer ministro cubano de haber «unido su voz al coro de los antichinos» y de haber calumniado a China en sus dos declaraciones de los días 2 y 6 de febrero que publicaría la prensa china. Las cosas estarían en este punto cuando empezase la Revolución cultural.

En el resto del continente latinoamericano, los chinos se limitaron por las circunstancias a llevar una acción de propaganda: invitaciones de diversas personalidades políticas, sindicales y culturales. Pero, en el momento en que la ruptura ideológica con los soviéticos se lo permitiría, es decir, después del verano de 1963, intentaron más abiertamente disgregar a los partidos comunistas de los diversos países alentando el nacimiento o el desarrollo de grupos

[380] El mismo Mao Tse-tung hará, el 12 de enero de 1964, una declaración a propósito de Panamá. A propósito de Cuba, los chinos sostuvieron por una declaración del 23 de octubre, la declaración Kruschev del 23 de octubre, pero su punto de vista real y sus críticas hacia el primer ministro soviético se desarrollarán sobre todo en el «Diario del Pueblo» del 15 de noviembre de 1962.

[381] Ver cap. XXV.

prochinos, principalmente en Brasil, Colombia y Perú. Entre los comunistas ortodoxos y los castristas con los que les oponen una sensible divergencia doctrinal, el número y la cantidad de estos grupos parecía débil todavía en 1966.[382] Por lo demás sus progresos, como los de todos los movimientos revolucionarios del continente, parecían estar comprometidos por el retraso de los campos, el escaso triunfo de las guerrillas y por la frecuencia de los golpes de Estado militares introduciendo en el poder unos elementos políticamente intolerantes.

[382] Ver un censo de partidos y movimientos prochinos en el mundo en las publicaciones de «Documentation Francaise: Problèmes politiques et sociaux», núm. 13 del 27 de marzo de 1970. En lo que concierne más particularmente a América Latina, ver el artículo de Ernst HALPERIN citado *supra*, así como Philippe RICHER, *La Chine el le Tiers Monde*, 1971, págs. 103 y ss.

XXIII. La política exterior china de 1958 a 1966 (II). Japón, Corea y Sudeste asiático

El Japón

Con el año 1958, las relaciones chino-japonesas, ya mediocres a causa de las relaciones privilegiadas entre Japón y los Estados Unidos, de la existencia de vínculos diplomáticos regulares y de intercambios comerciales elevados entre Tokio y Taipeh y de la persistencia jurídica del estado de guerra entre Pekín y Tokio, van a conocer una brutal y repentina tensión.

El 5 de marzo de 1958, un importante acuerdo comercial, firmado por un grupo japonés con carácter oficial, había previsto, al mismo tiempo que unos intercambios por un valor de 35 millones de libras, la instalación en cada país de misiones comerciales. Sus disposiciones daban a los representantes chinos, operando en país abierto y liberal, unas ventajas cuya reciprocidad era teórica para los representantes japoneses, colocados en una sociedad cerrada y totalitaria. El gobierno de Kishi lo había aceptado, cuando, el 2 de mayo, la bandera de China Popular era destrozada en la feria de Nagasaki. El incidente iba a conducir a un brusco endurecimiento por parte china y a servir de pretexto para la suspensión del acuerdo concertado el 5 de marzo.

Este comportamiento, que determinados indicios podían prever, corresponde al clima interno chino de la época, pero también queda explicado por el deseo de pesar sobre la vida política japonesa, ya se tratase de las próximas elecciones —con todo, el gobierno Kishi volvería a conseguir la mayoría—, de ganarse a una parte de los liberales-demócratas, de buscar el apoyo de una oposición socialista más poderosa que el desdeñable Partido Comunista japonés[383], o más simplemente aún, de alentar corrientes neutralistas de toda clase.

Pronto, tanto por interés nacional como para servir a una política de acercamiento hacia ella, China atacaría vivamente al tratado de seguridad que Tokio y Washington acababan de firmar, el 19 de enero de 1960, olvidando el

[383] Sólo habrá 3 asientos en la Dicta de 1960 (2,93 por ciento de los votos de los electores).

Tratado del 14 de febrero de 1950, que la une a la Unión Soviética, y está dirigido contra el Japón y sus aliados eventuales. La expansión económica, el renacimiento del militarismo japonés y el carácter «agresivo» del nuevo tratado que hace del Japón una «base nuclear» americana, serán los temas de estos ataques que Kuo Mo-jo, próximo al Japón por antiguos vínculos familiares, será el encargado de traducir en un mensaje dirigido al pueblo japonés por encima de su gobierno.

Esta campaña y la suspensión de las relaciones comerciales no impiden las visitas que se multiplican por una y otra parte, sobre todo después del advenimiento del gabinete Ikeda (19 de julio de 1960). Principalmente sirven para poner a las personalidades japonesas en contra de la política de su gobierno hacia Pekín y para mantener un diálogo que no se reemprendería seriamente hasta el otoño de 1962 para desembocar en el memorándum del 9 de noviembre. Éste prevé entre 1963 y 1967 intercambios por un valor de 36 millones de libras esterlinas (alrededor de 100 millones de dólares americanos) por año. Algo más tarde, el 27 de diciembre, se firmaría otro acuerdo comercial con un grupo japonés independiente. Las relaciones semioficiales y las privadas son, más allá de los convenios comerciales, ocasión de unas declaraciones políticas por parte de los visitantes japoneses. Los chinos no abrigaron muchas ilusiones sobre su sinceridad, pero sirvieron para su propaganda exterior y justifican a sus propios ojos un compromiso poco confesable con un país ex enemigo integrado en el sistema político, económico y militar americano en Asia.

Los acuerdos de 1962 y el encauzamiento económico consecuente del abandono del «gran salto hacia adelante», pondrían rápidamente a flote el comercio exterior chino-japonés como lo indican las siguientes cifras[384]:

	1962	1964	1965
Exportaciones Japón a China (mil. dólares)	62.417	157.739	245.036
Importaciones China a Japón (mil. dólares)	74.600	157.750	224.705
Total	137.017	315.489	469.741

[384] Sidney KLEIN, *A Survey of Sino-Japanese Trade, 1950-1966*, «The China Mainland Review», Hong-Kong, diciembre 1966, cuya fuente es el Servicio de Aduanas del Ministerio de Finanzas japonés.

Después de haber pasado en 1959 y en 1960 por el mínimo de 22,5 y 23,3 millones de dólares, los intercambios chino-japoneses de 1963 casi alcanzarían sus cifras de 1957 (141 millones de dólares)[385].

Igualmente, a partir de 1963, tienen lugar exposiciones industriales y comerciales importantes, tanto en uno como en otro país, en las que se instalan agentes comerciales y periodistas[386].

Los esfuerzos de la propaganda china también se mejorarían. Mao Tse-tung contribuiría a ello al continuar recibiendo delegaciones japonesas de todo tipo frente a las que a veces ofrecería unas palabras llenas de sentimiento. Así sucedería en la visita de una misión parlamentaría socialista en la que trataría de la presencia rusa en Siberia (10 de julio de 1964).

Esta mejora relativa en las relaciones chino-japonesas por la oblicua acción de los grupos privados se detendría en noviembre de 1964 con la subida al poder del gabinete Sato más orientado que el precedente hacia los Estados Unidos. La expansión japonesa en el Sureste asiático, el «Tratado de base» firmado entre el Japón y Corea del Sur (22 de junio de 1965) y el desarrollo de la guerra del Viet-Nam, favorable a la economía japonesa, también eran contrarias a todo acercamiento.

Los chinos se esforzaron en explotar las luchas sociales japonesas, la cuestión de la devolución de Okinawa al Japón, la entrada de submarinos nucleares americanos en aguas japonesas que provocaría una resonante declaración de Mao Tse-tung (27 de enero de 1964), el asunto de la «operación Tres Flechas»[387], las intenciones de ciertos medios japoneses acerca de Taiwan. La juventud japonesa estaría particularmente solicitada al restablecimiento de las comunicaciones marítimas y aéreas regulares exigido por otra parte sin resultados. Sin embargo, las relaciones comerciales, beneficiándose de las malas relaciones políticas chino-rusas, se mantuvieron en un nivel elevado.

---

[385] Cerca de la cifra de los intercambios entre Japón y Formosa: 153 millones de dólares en 1962.

[386] Exposición industrial japonesa de octubre de 1963 en Pekín y Shanghai. Exposición china de Tokio en abril de 1964.

[387] Esta operación hipotética correspondía a un estudio del Departamento de Defensa japonés en el caso de un conflicto que estallase en el Norte de Asia. Será puesta de manifiesto en la Dicta por un diputado japonés, el 10 de febrero de 1965.

El Partido Comunista chino tendría también la satisfacción de ver al Partido Comunista japonés inclinarse hacia él. La expulsión de dos miembros comunistas de la Dieta que habían votado por la firma del tratado de no proliferación de armas nucleares de Moscú por el Japón y la negativa por parte del Partido Comunista japonés para la aprobación de la convocatoria de una nueva conferencia de los partidos comunistas propuesta por Kruschev, manifiestan una cierta solidaridad que se mantendría hasta poco antes de la Revolución cultural[388].

En el mes de febrero de 1966, el secretario del Partido Comunista japonés, Kenji Miyamoto, se entrevistaría en Shanghai con una delegación china, de la que P'eng Chen era el principal responsable. Éste sería el último acto oficial del alcalde de Pekín, que caería en desgracia dos o tres meses después. También sería la última manifestación prochina del Partido Comunista japonés, que evolucionaría rápidamente hacia Moscú después de haber realizado en el mes de octubre siguiente su X Congreso.

Corea

Después del fracaso de la Conferencia de Ginebra acerca de Corea en 1954, nada serio se había realizado para salir del estancamiento diplomático e intentar reunir a las dos mitades del país. El 5 de febrero de 1958, Corea del Norte, apoyada por todo el campo socialista en el que se encontraba China (7 de febrero), toma una iniciativa en este sentido proponiendo la salida de todas las fuerzas extranjeras de Corea del Sur y de Corea del Norte. Chu En-lai se traslada a Pyongyang el 14, y el 19 un comunicado chino-coreano anuncia que todas las fuerzas chinas se retirarán por etapas del territorio norcoreano antes de fin de año. Esto se realizaría el 26 de octubre, pero tal gesto no ocasionaría ninguna contrapartida por el lado surcoreano ni americano. Los sobresaltos que un poco más tarde debían acompañar la caída de Syngman Rhee no traerían ningún incidente más sobre el problema de la reunificación. Ésta parecía más lejana que nunca con el tratado entre Japón y Corea del 22 de junio de 1965, contra el cual los chinos dirigen una vehemente protesta el 26 de junio. La importancia de Corea para la seguridad japonesa elimina toda posibilidad

[388] Y que confirman por otra parte las relaciones difíciles entre el PCUS y el PCJ a partir de 1961 y sobre todo de 1964.

a la península para encontrar su unidad, salvo el desmoronamiento del régimen surcoreano o la salida de los americanos del Japón.

Las relaciones económicas entre China y Corea del Norte, basadas sobre el tratado comercial del 27 de septiembre de 1958, concertado por cinco años y sobre los acuerdos fronterizos que conciernen sobre todo a las fuentes comunes de energía, parece que continúan siendo satisfactorias y localmente activas. Unos importantes créditos chinos las alentarían (420 millones de rublos en el mes de febrero de 1960).

Las relaciones políticas, fundamentadas sobre el tratado de amistad, de cooperación y de asistencia mutua del 11 de julio de 1961, verdadero tratado de alianza militar defensiva, lleno sin duda de cláusulas secretas y pendientes del tratado ruso-coreano firmado dos días antes en Moscú, parecen igualmente haber sido positivas hasta la visita en Pekín de Choi Yong Kun, vicepresidente del Partido del Trabajo de Corea (5-23 de junio de 1963). El comunicado común publicado en esta ocasión, poniéndose a cubierto detrás de las dos declaraciones de Moscú de 1957 y 1960, endosa cierto número de tesis chinas sobre el revisionismo moderno y sobre la coexistencia pacífica. Acerca de estos dos puntos, la existencia de dos Coreas, y la presencia americana en Corea del Sur acercan a Pyongyang y Pekín.

Los norcoreanos estarían, entre 1958 y 1960, tentados de seguir el ejemplo chino del «gran salto hacia adelante» (movimiento llamado del «Caballo volador») y repetidas veces parecerían sostener las opiniones de Pekín en el conflicto ideológico de los años 1960. Esta protección, por otra parte discreta, cesaría a partir de 1955. La preocupación por su seguridad y las exigencias de su desarrollo económico obligan a Corea del Norte a tratar con tino a sus dos grandes vecinos. Lo haría más sucesiva que simultáneamente según la coyuntura y según el equilibrio de las influencias en el seno de su dirección, por lo general más próxima a la Unión Soviética que a China, de cuya historia ha aprendido a temer por adelantado sus injerencias[389]. A pesar de algunos intercambios de visitantes de categoría, las relaciones serán mediocres en 1966 y empeorarían en el curso de la Revolución cultural china, cuyos excesos desaprueban los norcoreanos y cuyo contagio quizá temen. Será precisa la

[389] El espíritu de independencia de los coreanos queda a veces resumido en la fórmula juche que significa: contar consigo mismo y que Kim II Sung había creado antes, desde diciembre de 1955.

brusca subida de la política exterior japonesa, que se iniciaría en 1969-1970, para proyectar de nuevo a Pyongyang hacia Pekín.

Birmania

Para los chinos, Birmania, como también Camboya, debe constituir un brillante testimonio de buena armonía de China para con sus vecinos consagrados al neutralismo. Así, pues, pondrían cierta discreción en su apoyo a los comunistas birmanos —por lo menos a los de la «bandera blanca»— y por el contrario darían una considerable publicidad al gran acontecimiento del período: la firma, el 28 de enero de 1960, por el general Ne Win y Chu En-lai, de un tratado de no agresión y de un proyecto de acuerdo fronterizo. El tratado de no agresión comporta el compromiso tomado por cada uno de ambos países de no entrar en alianzas dirigidas contra el otro. Los birmanos se prohíben el adherirse a la OTASE en caso de presión china y limitan de alguna manera su soberanía nacional, siendo ilusoria la recíproca, teniendo en cuenta la desproporción de los dos países en cuestión. El acuerdo de frontera definitivo se firmaría el 1 de octubre de 1960. En sí es poco importante puesto que los chinos devolvieron alrededor de 200 km^2 y recibieron 300 aproximadamente, pero tomaría un valor ejemplar en el arsenal de la propaganda de Pekín —y sus buenos resultados, ilustrados por numerosas visitas de U Nu y del general Ne Win a Pekín, y de Liu Shao-ch'i, Chu En-lai y Ch'en Yi a Rangún y por algunos arreglos económicos, y sobre todo por la concesión de un crédito de 30 millones de libras esterlinas, reembolsable en 10 años a partir de 1971 (acuerdo del 9 de enero 1961), se prolongaron durante largo tiempo[390].

La eliminación definitiva de U Nu por el general Ne Win y el consejo revolucionario de tendencia socialista, el 2 de marzo de 1962, no modificaría las buenas disposiciones de Pekín a los ojos de Rangún. Los vínculos entre el Partido Comunista chino y los comunistas birmanos no fueron menos reales; se verá cuando el gobierno chino se vuelva contra el general Ne Win algunos años más tarde.

[390] Los chinos restituyeron una porción de territorio en el valle de Shwe-li en la región de Nam-Wan, y recibieron otros dos, el primero cerca de Hpimaw y el segundo en la región que ocupan las tribus pan hung y pang lao.

Indonesia

Las dificultades para la solución del problema de los residentes chinos de Indonesia no impedirían el acercamiento chino-indonesio. Éste es tan rápido que algunos ven ya bosquejarse un eje vertical Pyongyang, Pekín, Hanoi y Yakarta, alrededor del cual hasta imaginan que se podrían constituir unas Naciones Unidas asiáticas[391]. Estas últimas perspectivas que, a pesar de las palabras de Chu En-lai, los chinos no parecen haberlas tomado nunca en serio, se encontrarían, de un solo golpe, reducidas a nada a consecuencia del fracasado golpe de Estado del 30 de septiembre de 1965.

Hasta entonces, las relaciones entre los dos regímenes se habían apoyado en un mismo interés por la solidaridad afroasiática de la que Indonesia había sido la cuna, sobre unas situaciones paralelas a propósito del Irian Occidental y de Taiwan, sobre el mismo rechace de la «trampa colonialista» de la gran Malasia y, finalmente, sobre la evolución personal de Sukarno. Éste, desde 1960, sobre la base de Nasakom (combinación de las tendencias nacionalistas, musulmanas y comunistas), había acogido a ministros comunistas en su gobierno, mientras que su temperamento a la vez flexible y autoritario, le conducía hacia una «democracia dirigida», quizás inspirada en su primer viaje a China en 1956.[392]

El presidente y la señora Liu Shao-ch'i, el mariscal y la señora Ch'en Yi habían efectuado una visita a Indonesia durante el mes de abril de 1963, bajo el signo de las «nuevas fuerzas ascendentes» que se autodenominan violentamente antioccidentales, visita cuyo «fasto» les sería muy a menudo y muy injustamente reprochado.

Tras un enfriamiento pasajero, causado por el proyecto de una federación de Malasia, Filipinas, Indonesia (Mafilindo) en el curso del verano de 1964, se restablecerían las buenas relaciones.

El año 1965 verá a Subandrio, ministro de Asuntos Exteriores de Indonesia, en Pekín del 23 al 23 de enero, Chu En-lai y el mariscal Ch'en Yi en Yakarta del

[391] Indonesia, irritada por la actitud de las Naciones Unidas ante la cuestión del Irian, se había retirado, en efecto, de la organización el 7 de enero de 1965.

[392] El segundo tendría lugar en junio de 1961 y seguirá en algunas semanas al que el mariscal Ch'en Yi, ministro de los Asuntos Exteriores, había efectuado a Yakarta (28 de marzo - 2 de abril).

16 al 26 de abril para celebrar el décimo aniversario de Bandung y para poner a punto la «segunda Bandung», prevista en Argel en verano.

Sin que el gobierno de Sukarno pareciese quedar resentido, las relaciones entre el Partido Comunista indonesio (PKI) y el chino fueron muy íntimas. Unas importantes delegaciones del PKI se dirigen a China en 1963.[393] En el mes de mayo de 1965, P'eng Chen iría a representar a su Partido en el 42 aniversario del PKI y presentaría en esta ocasión una imagen que los chinos se placen en repetir:

«Como lo ha subrayado el camarada Aidit, Asia, África y América Latina son los campos del mundo tomado en conjunto. En Europa y América del Norte figuran las ciudades. Para que pueda triunfar la revolución mundial, el proletariado de todos los lugares debe dar una gran importancia a las revoluciones en Asia, África y América Latina, es decir, a las revoluciones en los campos del mundo, y no hay otro camino posible.»[394]

Para P'eng Chen, la contradicción entre «naciones oprimidas» e «imperialismo» es la contradicción del mundo moderno, y la actitud adoptada a este respecto es el primero de los criterios que distinguen a los marxistas-leninistas de los revisionistas. Sus palabras implicaron una despiadada denuncia de los revisionistas kruschevianos acusados de racismo, así como de disgregar los movimientos revolucionarios de «liberación nacional» y de perseguir una política de cooperación soviético-americana decidiendo la suerte del mundo.

Ningún documento antisoviético sobrepasaría en violencia e insultos al discurso del alcalde de Pekín. Éste caería un año más tarde bajo la acusación del mismo revisionismo que tanto había reprobado.

El repentino hundimiento de Sukarno y la destrucción del Partido Comunista indonesio tras el 30 de septiembre de 1965, descargaban un terrible golpe a la política china en Asia. La esperanza de rebasar la presencia americana en el Sureste asiático y de establecer un conjunto regional capaz de resistir la expansión económica japonesa, desaparecía en un instante y tan bruscamente que el acontecimiento cogía por sorpresa a muchas de las misiones indonesias (entre las que se hallaba una misión militar) en pleno viaje de

[393] Misión Sutardi e Imron y del mismo Aidit a su regreso de Moscú en agosto de 1963.
[394] Conferencia en la Academia indonesia de las ciencias sociales Aliarcham, el 25 de mayo de 1965

amistad a China. La prensa china se mostraría tan impresionada que tardaría tres semanas antes de darlo a conocer.

El profundo cambio de la situación interior en Indonesia reactivaba una chinofobia endémica y los incidentes se multiplicaban sin que Pekín pudiese reaccionar. El 3 de febrero de 1966, la embajada de China en Yakarta era incendiada y sus diplomáticos maltratados, como sucedería con la embajada de Gran Bretaña y sus diplomáticos, dieciocho meses después en Pekín. El PCI, aliado fiel del Partido Comunista chino, perdía a su dinámico secretario general y, tras haber contado con dos millones de miembros y haber reinado sobre el más potente de los sindicatos (SOBSÍ), volvería a sus peores días de 1948. A pesar de todo, si la ayuda económica china quedaba suspendida, las relaciones diplomáticas continuaban entre Pekín y Yakarta, aun después de que el embajador de Indonesia pasase a la disidencia. Aun entonces se afirmaba un realismo político del que sólo los extravíos de la Revolución cultural podrán hacer salir un momento a los dirigentes chinos.

El grupo Viet-Nam, Laos, Camboya

A pesar de la rigidez de su política exterior a partir de 1958, los chinos continuarían mostrándose poco dispuestos a modificar la situación creada por los acuerdos de Ginebra de 1954. Se abstendrían durante largo tiempo de iniciativas y hasta de gastos diplomáticos importantes y será a consecuencia de la acción de los norvietnamitas en el Viet-Nam del Sur por lo que se encontrarán cada vez más introducidos políticamente en la península de Indochina. Poco a poco también, los datos de su problema rebasarían el plano local. No solamente se trataría de preservar la influencia y los intereses chinos en Viet-Nam, sino también de oponerse a la extensión de la presencia americana en el continente asiático, complicar el acercamiento iniciado desde 1956 entre Moscú y Washington y justificar a los ojos del campo socialista y del Tercer Mundo las tesis chinas sobre la emancipación revolucionaria de los pueblos. Sin embargo, poco preocupados en introducirse o en dejarse arrastrar en una acción militar directa, los chinos llevarán su política con prudencia, bajo un camuflaje verbal particularmente agresivo.

VIET-NAM.

En Viet-Nam se planteaba en primer lugar el problema de la reunificación; los chinos no podían dejar de apoyar las propuestas que Pham Van Dong había dirigido a este respecto a Saigón el 7 de marzo de 1958. Esto es lo que hicieron con una declaración inapropiada que se refería a los acuerdos de Ginebra y denunciaba la ayuda militar americana en el Viet-Nam del Sur. Esta no tendría, naturalmente, trascendencia alguna.

Dos años después, el 14 de mayo de 1960, el paso de Chu En-lai por Hanoi a su vuelta de un viaje a Camboya es la ocasión de un comunicado chino-vietnamita menos inquietante para Viet-Nam que para Laos, en donde se reclama la vuelta de la Comisión internacional de control. De hecho, es la cuestión laosiana la que, de 1960 a la segunda conferencia de Ginebra (16 de mayo 1961-23 de julio de 1962), acapararía sobre todo la atención de Pekín. Con Viet-Nam, las relaciones principalmente serían de negociaciones económicas y comerciales. Tanto es así que los dos países firman el 31 de enero de 1961 un acuerdo que comprende un nuevo préstamo chino de 141.750.000 rublos, reembolsable en siete años. Este préstamo serviría de base para una asistencia técnica china aplicada en 28 proyectos industriales o de transporte. Prolongaría una ayuda financiera cuyo total se elevaba de 1954 a 1960 a un valor de 500 millones de dólares americanos[395].

El apoyo aportado por Washington al gobierno Ngo Dinh Diem en su lucha contra la subversión comunista y la tendencia de la OTASE a asociar a los observadores survietnamitas y a preparar unas eventuales acciones en Laos y en Viet-Nam, zonas cubiertas por el tratado, por lo menos hasta los 21 grados 30 centígrados de latitud norte, provocarían una protesta de Hanoi que Pekín sostendría en una declaración del 13 de abril de 1961.

El duelo de propaganda a que se entregan las capitales por encima de las cabezas de los delegados de las catorce potencias reunidas en Ginebra para neutralizar a Laos, muestra hacia qué situaciones sin salida se empieza a marchar. Para los americanos se trata de preservar la integridad y la independencia de Viet-Nam del Sur, atacado por Hanoi bajo la ficción de su instrumento, el Frente de Liberación Nacional, formado el mes de diciembre de 1960, y que

[395] ayuda soviética al Viet-Nam del Norte por el mismo período era de 125 millones de dólares americanos. Ver Kurt LONDON, *Unity and Contradiction*. pág. 239, Nueva York, 1962.

apoyan tropas regulares norvietnamitas llegadas a través de Laos. Para los chinos se trata mucho menos de sostener la lucha «patriótica» de los insurrectos survietnamitas que de oponerse a la transformación de Viet-Nam del Sur «en colonia y en base militar americana»[396]. La visita de la misión militar del mariscal Yeh Chien-ying a Hanoi, el mes de enero de 1962, parecía responder al viaje del general Maxvell Taylor, especialista de las «guerras limitadas», a Saigón el mes de octubre de 1961 y casi precedida por la creación en Saigón de un «Mando de la ayuda militar» que, como dirá el ministro de Asuntos Exteriores chino, el 24 de febrero, ya es un mando operacional que afecta a la seguridad de China y a la paz en Asia. Pero, todavía entonces, se trata sobre todo de apoyar una protesta norvietnamita, la del 18 de febrero.

Colmados por los asuntos laosianos, los años 1962 y 1963 no estarán caracterizados por ningún hecho importante. Intercambio de delegaciones, acuerdos económicos de detalle se suceden en el estilo habitual entre países socialistas. La desaparición del mismo Ngo Dinh Diem será saludada sin insistencia particular y sus sucesores —eventuales interlocutores— no serán molestados al menos inicialmente. Los chinos seguirán, sin embargo, con atención el desarrollo y las modalidades de la ayuda militar americana en Viet-Nam del Sur[397].

Por el contrario, el año 1964 será el comienzo de un nuevo capítulo que verá reanimar la política vietnamita de Pekín. La tendencia del presidente Johnson de internacionalizar la guerra de Viet-Nam y de interesar a las Naciones Unidas en los asuntos indochinos, provoca violentas reacciones de la prensa china[398]. El segundo aniversario de la primera conferencia de Ginebra es la ocasión de una advertencia del gobierno chino al americano, invitado una vez más a volver a los acuerdos de 1954.

En el mes de agosto, los incidentes navales del golfo de Tonkin y los primeros bombardeos de la aviación americana en Viet-Nam del Norte originan unas manifestaciones monstruo en toda China. En su declaración del 6 de agosto que acompaña una carta del mariscal Ch'en Yi, ministro de Asuntos Ex-

[396] Ver sobre este punto el editorial del 19 de octubre de 1961 del «Diario del Pueblo».
[397] Según Pekín la cifra de los consejeros americanos pasó de 200 en 1954 a 8.500 en mayo de 1962.
[398] Ver el editorial del «Diario del Pueblo» del 18 de mayo de 1964.

teriores, a su colega del Viet-Nam del Norte, Xuan Thuy, el gobierno chino rechaza formalmente toda intervención de las Naciones Unidas y reclama la convocatoria de la conferencia de Ginebra. Pero, una vez más, se trata ante todo de apoyar una declaración vietnamita, la del 9 de agosto, y no de una real iniciativa china.

La guerra golpea la puerta meridional de China y el problema de una eventual intervención china, en cuanto a su forma y límites no tardará en plantearse, provocando, sin duda alguna, unas serias divergencias internas en la medida que ella supone un reexamen de las relaciones chino-soviéticas.

Otro signo importante, pero difícil de interpretar de manera clara, es la instalación en Pekín de una delegación permanente del Frente de Liberación Nacional del Viet-Nam del Sur (18 de septiembre).

En la primavera de 1956 y mientras que se acentúa una cierta escalada militar por el aumento de los efectivos americanos en Viet-Nam del Sur y por la extensión de los bombardeos en Tonkin, China tomará por su cuenta los cuatro puntos que frente a la fórmula americana de «negociación sin condiciones previas» los vietnamitas del Norte acaban de definir, el 8 de abril, como condición para toda solución del problema vietnamita[399].

Es poco probable que estos cuatro puntos, a los que es preciso añadir los ya citados «cinco puntos» del 22 de marzo de 1965 por el FLN, hayan sido determinados sin consultas entre Hanoi y Pekín. La insistencia dada al retroceso de las fuerzas militares extranjeras hace pensar que la parte china debió ser grande en su determinación.

La intransigencia china, atrincherada detrás del respeto afirmado a la soberanía vietnamita, también era importante en el otoño de 1965 en la resonante conferencia de prensa del ministro de Asuntos Exteriores chino (29 septiembre), pero no fue tanto a propósito de Viet-Nam como a propósito de una eventual invasión de la misma China que el ardoroso mariscal, perdiendo

[399] Se las puede resumir así: 1. Reconocimiento de la independencia de la soberanía y de la integridad del Viet-Nam. 2. Respecto a las clausulas militares de los Acuerdos de Ginebra de 1954, desaparición de las bases militares extranjeras y retirada de las tropas extranjeras. 3. Libertad para la población sudvietnamita de decidir sus propios asuntos de acuerdo con el programa del FLN y sin intervención extranjera. 4. Reunificación pacífica sin intervención extranjera.

por un instante su sangre fría, lanzaría como desafío al mundo. Finalmente, se manifestaría sobre Viet-Nam con mucha más prudencia que audacia[400].

China demostrará su debilidad dejando pasar sin reaccionar graves incidentes aéreos o marítimos[401]. Se limitaría a sostener por una declaración del 3 de julio de 1966 la declaración norvietnamita cuando los bombardeos americanos alcanzaron las afueras de Hanoi. Sin embargo, compensaría su pasividad de hecho con una rigidez diplomática aún mayor, rechazando la eventualidad de una nueva conferencia de Ginebra en la que veía el inicio de una maniobra de los Estados Unidos, de la Unión Soviética y de la India, y afirmando que habiendo borrado con sus acciones aéreas la línea de demarcación entre los dos Viet-Nam, los americanos habían roto los acuerdos de Ginebra y los habían reducido «a cenizas con las llamas de su agresión»[402].

En el mismo momento en que el «Diario del Pueblo» escribía estas líneas, el jefe del estado mayor, Lo Jui-ch'ing, había desaparecido desde hacía siete meses de la vida pública. En primer lugar, unos rumores habían dado a entender que él había sido encargado de instalar en las provincias del suroeste un cuartel general destinado a preparar una intervención militar eventual en Viet-Nam. Numerosos indicios hacen pensar en efecto que el jefe del estado mayor y algunos de sus colaboradores[403] representaban una corriente revisionista en el marco de una acción común del campo socialista. Estas opiniones tenían pocas posibilidades de ser acogidas por Mao Tse-tung y Lin Piao que no podían unirse a esta vía sin renunciar al mismo tiempo a la independencia política e ideológica perseguidas y practicadas desde I960, sin interrumpir la Revolución cultural que acababa de comenzar y sin aumentar peligrosamente la oposición que precisamente se proponían abatir.

Por su lado, en el estado de sus relaciones de fuerza con los americanos, los soviéticos no podían correr el riesgo de una guerra general a propósito de una región de importancia secundaria desde el punto de vista nacional y en donde

---

[400] Ver cap. XXIV.

[401] El 12 de abril un bombardero americano A-38 extraviado encima del Kwangtung era abatido. El 12 de mayo eran 5 cazas americanos los que destruían un avión chino en Yunnan. Repetidas veces pequeños buques chinos fueron ametrallados en el golfo de Tonkin.

[402] «Diario del Pueblo» del 18 de julio de 1966.

[403] Entre los cuales está el general Hsiao Hsiang-jung, jefe de la Oficina de asuntos generales.

el resultado positivo sería en primer lugar provechoso para China. Lo Juich'ing, demasiado adicto a la visión internacional del comunismo y demasiado convencido de la solidaridad del campo socialista, expiaría duramente sus errores y sus ilusiones.

LAOS.

Tras la conferencia de Ginebra de 1954, los chinos estaban muy interesados en impedir que el vecino Laos, débil en todos los sentidos pero muy bien situado a lo largo del Mekong para servir de vía de penetración hacia el corazón del mundo indochino, cayera bajo la influencia americana por mediación de un gobierno hostil al comunismo y se pusiera, de derecho o de hecho, bajo la protección de la OTASE. Más bien que a un Laos mal preparado para los rigores totalitarios, es momentáneamente a un Laos neutro y amistoso al que dispensan sus preferencias, quedando claro que el Pathet Lao, sus territorios y su ejército sobrevivirían y continuarían siendo un instrumento de presión y de penetración indispensable. El príncipe Suvanna Fuma, popular, de fáciles relaciones, unido a Francia, cuya influencia lejana y discreta era finalmente preferible a todas las demás, será durante largo tiempo, bajo la autoridad nominal del rey, un jefe de gobierno según su sentir personal. Serían también hábiles para atraerle a Pekín en donde firmaría con Chu En-lai, el 25 de agosto de 1956, un comunicado con el que el neutralismo laosiano saldría reforzado sin contrapartida en el plano de la unidad nacional.

Sin embargo, la derecha laosiana iba a prevalecer dos años más tarde con la subida al poder del Fui Sananikone, el 18 de agosto de 1958. Esta reacción había sido provocada por las dificultades que encontraría la integración del Pathet Lao prevista por la Conferencia de Ginebra de 1954 y por la persistencia de las infiltraciones norvietnamitas en el noreste del país. Se explicaba también por la importancia de la ayuda financiera y militar americana indispensable a este Estado económicamente poco viable y que Francia no estaba en condiciones de sostener[404].

El 11 de febrero de 1959, el gobierno real laosiano, estimando haber satisfecho las disposiciones de los acuerdos militares de Ginebra, no se declaraba

[404] 190 millones de dólares entre el 1 de enero de 1955 y el 30 de junio de 1959, dirá el *Libro Blanco americano* sobre Laos (14 de noviembre de 1959).

más atado a ellos y pedía el llamamiento de la comisión internacional de control cuya obstrucción sistemática por parte del representante polaco reducía en efecto su utilidad. Esta decisión, apoyada por Washington, inmediatamente reactivaría la cuestión laosiana en Pekín y Hanoi.

El gobierno chino protestaba desde el 18 de febrero y apresuraba a los copresidentes de la Conferencia de Ginebra a que restableciesen rápidamente la situación. Protestará de nuevo el 18 de mayo cuando, a consecuencia de la deserción de dos batallones del Pathet Lao mal integrados en las tropas reales, el príncipe Sufannuvong, jefe del Pathet Lao, sería puesto bajo vigilancia en Vientian y amenazado de juicio; después, en el mes de septiembre, cuando el gobierno laosiano pida a las Naciones Unidas el envío de una comisión de investigación. Una proposición soviética con vistas a convocar una nueva conferencia de Ginebra no tendría consecuencias (14 de septiembre), mientras que en el mes de noviembre el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjoeld, visitaría Vientian con gran desagrado de Hanoi y Pekín.

La situación interior laosiana se complicaría en 1960. A un golpe de fuerza de una extrema derecha muy proamericana (general Fumi Nosawan y Tiao Somsanith) en enero, le responde el 9 de agosto el golpe de Estado neutralista del capitán Kong Le, que restablece el poder del príncipe Suvanna Fuma, al que se le opone en el sur de Laos el gobierno de Savannakhet (príncipe Bun Um y el general Fumi Nosawan) apoyado por Tailandia. El Departamento de Estado intenta recobrar al príncipe Suvanna Fuma, cuyo neutralismo parece inclinarse hacia el lado de Pekín a donde se propone dirigirse el 12 de diciembre. No obstante, la situación interior se agrava considerablemente. Laos parece ya abocado en la guerra civil y esta situación conduce a la Unión Soviética y al Viet-Nam del Norte, apoyados por China, a reclamar la convocatoria de la Conferencia de Ginebra y el regreso de la comisión internacional de control[405]. Esta sugerencia, tomada bajo otra forma por el príncipe Sihanuk, el 1 de enero de 1961, estaría seguida por la del príncipe Suvanna Fuma, que con el príncipe Sufannuvong, su semihermano, se dirige a Pekín del 22 al 25 de abril de 1961. Una delegación laosiana de menor importancia visita al mismo tiempo la provincia de Yunnan.

[405] Declaraciones chinas de los días 14 y 19 de diciembre de 1960 y después la declaración de Ch'en Yi del 22 de febrero de 1961.

La Conferencia de Ginebra acerca de Laos, precedida de un alto el fuego (3 de mayo), favorecida por una reunión de los tres príncipes (Suvanna Fuma, Sufannuvong, Bum Um) en Zurich, reuniría a 14 potencias del 16 de mayo de 1961 al 23 de julio de 1962. Larga y difícil, llevaría a hacer reconocer por las potencias la declaración de neutralidad del gobierno real de Laos del 9 de julio de 1962 y pondrá teóricamente a este país al abrigo de sus injerencias[406]. Además, y aunque un gobierno de unión nacional se constituyese el 23 de junio, no podría acompañarse con la formación de un régimen verdaderamente neutralista. Las tres facciones, izquierda (Sufannuvong y Fumi Vonhvichit), derecha (general Fumi Nosawan) y neutralista (Suvanna Fuma y Kong Le), subsistieron y continuaron apoyándose en unos elementos políticos y militares distintos. Éste era el efecto de la falta de cohesión tradicional de un país largo tiempo formado por la yuxtaposición de principados, pero también era el resultado de un tácito acuerdo de los dos «supergrandes», los Estados Unidos y la Unión Soviética, deseosos de conservar sobre el terreno, a través del clan Fumi Nosawan por un lado y el Pathet Lao por otro, un mínimo de garantías y, llegado el caso, tener un medio de actuar. Nadie se preocupaba de contar, como pedían los franceses, con un gobierno realmente neutralista, centralizado bajo la autoridad del príncipe Suvanna Fuma.

Los chinos, cuyo tono fue de principio a fin de la conferencia muy crítico frente a los Estados Unidos y sus aliados más cercanos (tailandeses y survietnamitas) pero que, en cada sesión, se incorporaban finalmente a las posiciones soviéticas e insistían sobre la necesidad de una solución pacífica y sobre la necesidad de un neutralismo no controlado por el exterior, tenían motivos de encontrarse satisfechos. Laos parecía por un tiempo al abrigo de una intervención americana directa o cubierta por la OTASE, y se sustraía a la influencia de los soviéticos que se había manifestado una vez, incluso en el plano militar, por un apoyo logístico importante. En fin, los norvietnamitas, debían poner también cierta discreción y medida en sus acciones militares en lo sucesivo limitadas a la cobertura de la parte laosiana de la pista Ho-Chi-Minh.

[406] Los documentos de la conferencia comprenden una declaración y un protocolo separado que trata principalmente de la retirada de las tropas extranjeras y del funcionamiento de la comisión internacional de control, estando ésta en efecto privada de toda independencia de acción y, por tanto, de toda verdadera eficacia.

Durante un año, pareció que la influencia china en Vientian iba a desarrollarse. Unas relaciones diplomáticas regulares se establecerían el 7 de septiembre de 1962. El general Fumi Nosawan en persona se trasladaría a Pekín el 2 de diciembre de 1962 en calidad de viceprimer ministro y ministro de Finanzas y, a la vez que exaltaba la amistad chino-laosiana, obtenía un préstamo a largo plazo así como el prolongamiento de la carretera Mengla-Phongsaly hasta Nam Tha, cerca de Ban Houei Sai[407].

El rey Savang Vathana realizó a su vez a Pekín, del 6 al 10 de marzo de 1963, una visita que confirmaba la evolución en curso. Hasta el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores de Vientian, Quinim Folsena, neutralista pero comprensivo para con los comunistas (1 de abril de 1963), no parecieron turbarse demasiado las relaciones chino-laosianas[408].

Pero, el 19 de abril de 1964, precisamente a la vuelta de una visita del príncipe Suvanna Fuma a Pekín (4-7 de abril), los elementos de la derecha laosiana (Kuo Prasith, Siho) se apoderan del poder en Vientian y fuerzan la modificación del gobierno. Éste es el principio de una nueva crisis que, podemos decir, se prolonga hasta 1974. Pronto el príncipe Suvanna Fuma, considerado como dominado por el «grupo de Savannaketh», dejaría de favorecer a Pekín que le atacaría repetidas veces. Los chinos intentaron hacer llamada una vez más a la autoridad de los copresidentes y reclamaron una nueva conferencia[409], y después acabaron por acomodarse a la situación que recordará en varios aspectos a la que prevalecía a principios de 1961. Por medio de un estado de equilibrio se prolongaría una neutralidad laosiana que, violada por la presencia de los vietnamitas del Norte a lo largo de la frontera oriental y por la acción de las tuerzas aéreas americanas con base en Tailandia, sólo existe de nombre. Los intentos de formación de un gobierno de coalición y de integración militar recuerdan los que el gobierno nacional de Nankín y el Partido Comunista intentaron periódicamente en el transcurso de la tercera guerra civil de 1945 a 1949. Tardaron diez años a realizarse.

---

[407] Ver comunicado común del 4 de diciembre de 1962.

[408] El incidente será sin embargo explotado bajo la forma de declaración gubernamental china (16 de abril de 1963).

[409] Declaración del 9 de junio de 1964, proposiciones del 26 de mayo de 1964 y declaración del 3 de julio de 1966 que no hacía ninguna mención al recurso de una nueva conferencia.

CAMBOYA.

Al lado de los altibajos de las relaciones chino-laosianas, las relaciones chino-camboyanas parecen emprendidas con una gran serenidad y, a pesar de la versatilidad del príncipe Sihanuk, caracterizadas por una evolución regular hacia China.

El año 1956 ya había presenciado el primer acercamiento. El príncipe se había dirigido por primera vez a Pekín donde había firmado el comunicado de costumbre en esta época a propósito de los «cinco principios de coexistencia» (18 de febrero) y había recibido una ayuda económica notable[410]. El establecimiento de relaciones diplomáticas formales, el 24 de julio de 1958, conduciría por segunda vez al príncipe Sihanuk hacia sus nuevos amigos (15 de agosto de 1958).

Unos vínculos políticos más estrechos aún se establecerían en 1960. Chu En-lai, que había hecho a Camboya una visita discreta en noviembre de 1965, se traslada allí, esta vez oficialmente, con el mariscal Ch'en Yi (del 5 al 9 de marzo). El comunicado común exaltaría la coexistencia pacífica, el neutralismo y la solidaridad afroasiática, sin ir mucho más allá de las generalidades habituales. Pero, en el mismo año, el tercer viaje del príncipe Sihanuk a Pekín (15-20 de diciembre) tendría mucha más importancia con la firma, el 19 de diciembre, de un «tratado de amistad y de no agresión» y la de diversos acuerdos económicos que abren un período de activa colaboración política, económica y técnica. La deteriorización de las relaciones entre Camboya y sus vecinos survietnamitas y tailandeses, las consideraciones con que los chinos rodearon al príncipe Sihanuk en la preparación de la segunda conferencia de Ginebra y durante ésta, irán aproximando cada vez más a Pekín y el jefe de Estado camboyano. A partir de 1963, el príncipe se dirigirá casi cada año a la capital china[411]. Por una parte buscará la obtención de la ayuda de China en vistas a una conferencia internacional que garantizaría sus fronteras y su neutralidad y, por otra parte, buscaría compensar la ayuda económica americana que acabaría por rechazar totalmente el 19 de noviembre de 1963. Acerca del

[410] Ver cap. XV.

[411] Del 8 al 28 de febrero, del 26 de septiembre al 7 de octubre, del 22 de septiembre al 4 de octubre de 1965.

primer punto fracasaría, por razones externas a las relaciones chino-camboyanas y a pesar del apoyo chino[412]. Acerca del segundo, se deberá contentar con un apoyo relativamente modesto prolongando la ayuda ya recibida para la puesta en marcha de su industria ligera[413]. Por el contrario, la misión militar del general Lon Nol (el futuro jefe del golpe de Estado de 1970), en el mes de marzo de 1963, y el quinto viaje del príncipe Sihanuk a Pekín en otoño de 1964, valdrían a los camboyanos un armamento ligero para el equipo de 22.000 hombres.

El príncipe Sihanuk pagará las liberalidades chinas y las promesas de apoyo en caso de complicaciones exteriores con unas palabras profundamente ultrajantes para con las Naciones Unidas, sus vecinos y para con los americanos «herederos únicos e indiscutibles del nazismo», olvidando la ayuda solicitada y recibida, y olvidando también sus propias condenas pasadas al comunismo y a la China Popular y dando finalmente el espectáculo de una inestabilidad política que el futuro no haría más que confirmar.

En cuanto a los mismos chinos, no dejaron de poner reserva a sus palabras a medida que la situación indochina aparecía como más peligrosa. Las inconsecuencias de la Revolución cultural, por otra parte, no tardarían en provocar una grave crisis en las relaciones chino-camboyanas que por un instante estarían al límite de la rotura[414].

[412] Ver para este punto la carta dirigida el 27 de agosto de 1962 por Chu En-lai al príncipe Sihanuk y la declaración chino-camboyana publicada el 5 de mayo de 1963 en ocasión de una visita del presidente Liu Shao-ch'i a Phnom-Penh.

[413] La reconstrucción de un aeropuerto quedará incluida allí. Un acuerdo aéreo para una línea Phnom-Penh - Cantón había sido firmado el 15 de noviembre de 1963.

[414] Las relaciones entre China Popular por una parte, Tailandia, Malasia, Singapur y Filipinas por otra son estudiadas en el capítulo XLIV.

XXIV. La política exterior china de 1958 a 1966 (III). Estados Unidos, Europa Occidental, Organizaciones Internacionales, desarme

Los Estados Unidos

El odio que anima al gobierno chino contra el de los Estados Unidos tiene pocos ejemplos en la historia contemporánea. El hacerlo compartir por todos los pueblos, el suscitarlo o nutrirlo en cada ocasión posible, y el aislar a los americanos y más precisamente a sus dirigentes, inspiraron toda la política china de 1958 a 1966. Se extendía contra América una especie de «frente unido» que se traduce en unas fórmulas injuriosas y brutales. La clásica división entre mundo Occidental, mundo Socialista y Tercer Mundo, se complicaría para estrechar mejor el círculo alrededor del adversario. A la zona intermediaria del Tercer Mundo se le añadiría una segunda constituida por los países capitalistas avanzados pero que tiranizan o explotan los americanos: Japón, Europa Occidental, Canadá. Al mismo tiempo, Pekín se esforzará en llevar la lucha sobre el continente latinoamericano y hasta el corazón de los Estados Unidos dando al problema negro una tal dimensión que Mao Tse-tung proferirá numerosas declaraciones apasionadas sobre el tema.

Sin embargo, a partir de 1963, una parte del odio chino, hasta entonces concentrado en los Estados Unidos, se trasladaría sobre los dirigentes soviéticos, culpables de aproximarse a aquéllos, sobre los intratables indios acerca de sus fronteras y sobre los japoneses, cuya expansión económica inquieta. Pronto se doblaría con un complejo de cerco que Ch'en Yi manifestaría soberbiamente en su conferencia del 29 de septiembre de 1965:

«Si los imperialistas americanos están decididos a desencadenar una guerra de agresión contra nosotros, que vengan y mejor lo antes posible. ¡Que vengan pues mañana! ¡Que los reaccionarios indios, los imperialistas británicos y los militares japoneses vengan con ellos! ¡Que los revisionistas modernos les secunden en el norte! ¡Nosotros acabaremos ganando!... Hace deiciséis años

que estamos esperando que los imperialistas americanos vengan aquí para atacarnos y ya tengo los cabellos blancos de tanto esperar.»[415]

Frente a estos ataques desenfrenados, los americanos emplearán la táctica más adecuada para irritar a los chinos, el silencio y la paciencia, aparentando ver en sus exageraciones el efecto de su inexperiencia en materia de relaciones internacionales, el incorregible reflejo de una ideología extrema y una necesidad de compensar su debilidad militar.

En realidad, profundamente sincero, el resentimiento chino procede a la vez de la ideología y de la política, suministrando la segunda a la primera sus justificaciones concretas. América, símbolo de los aborrecidos liberalismo y capitalismo, bloquea también con su presencia el regreso de Asia Oriental hacia la milenaria hegemonía china. Protege a lo que queda del gobierno nacional y priva a Pekín de este formidable instrumento de política y de propaganda como es el asiento permanente —incluido el derecho a veto— en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Además, cada día da prueba de la impotencia de una China reducida a sí misma.

Es dentro de este clima psicológico en donde se inscribe la historia de las relaciones chino-americanas de 1958 a 1966, pues en cierta manera estas relaciones existen ya sobre el plano diplomático, particularmente de las entrevistas de embajadores, ya sobre el plano menos discernible de los comportamientos tácitos.

La crisis del estrecho de Taiwan del verano de 1958 es, sin duda, una buena ilustración de los sutiles vínculos que existen entre estas dos categorías de relaciones, aun cuando dependa lo mismo de las relaciones chino-soviéticas.

Las conversaciones chino-americanas de Varsovia pasan, en abril de 1958, por una crisis, acusando cada parte a la otra de serles inútiles y afirmando al mismo tiempo el deseo de mantenerlas[416]. Si atañen a un contencioso limitado (repatriación de los chinos de los Estados Unidos y liberación de los americanos detenidos en China) o a unas propuestas prácticas (levantamiento del embargo, intercambio de periodistas), también afectan a la cuestión de Taiwan,

[415] Versión francesa de las Ediciones en Lenguas Extranjeras (1966, Pekín). El texto oficial de estas declaraciones será aún menos fuerte que las palabras originales.

[416] Ver sobre este punto las declaraciones chinas de los días 12 de abril y 30 de junio y la declaración americana del 14 de abril de 1958.

condición previa para todo reajuste. A las demandas de Washington de no intentar liberar Taiwan por las armas, los comunistas respondieron reclamando que los dos Estados se obliguen mutuamente a no solucionar sus diferencias por medio de la fuerza, hábil sugerencia desde el punto de vista de su propaganda, pero inaceptable para los americanos teniendo en cuenta unos acuerdos que les unen desde 1954 con el mariscal Chiang Kai-shek, así como su superioridad militar[417].

En el curso del mes de agosto de 1958, tras numerosas semanas de tensión caracterizadas por diversos incidentes militares y por una viva propaganda de Pekín en vistas a la reconquista de Taiwan, la artillería y la aviación comunistas iniciaron unos pesados bombardeos sobre las islas de Quemo (Kinmen) y Matsu que aseguran la protección estratégica del estrecho de Formosa. Este sondeo de las intenciones de Washington condujo a un despliegue aeronaval americano en la región y a una imprecisa declaración del presidente Eisenhower que quiere dejar a Pekín en la incertidumbre de sus intenciones en lo que concierne a la defensa de las islas. La tensión aumenta en los días siguientes y se puede pensar que todo conduciría a un conflicto local susceptible de transformarse en hostilidades generales.

Una declaración de Dulles, por aquel entonces secretario de Estado (4 de septiembre), levanta las últimas dudas concernientes a la resolución americana de proteger las islas amenazadas. La prudencia soviética vigila. Una dura carta de Kruschev al presidente Eisenhower (7 de septiembre) permitiría salvar las apariencias a los chinos, que desde el día 6, convencidos de su aislamiento, se baten en retirada. Chu En-lai reafirma solemnemente el derecho de China de proseguir su acción militar contra las islas pero está dispuesto, para salvar la paz, a reemprender las conversaciones de Varsovia a nivel de embajadores. La tormenta se alejaba. El 6 de octubre, el ministro de Defensa Nacional, el mariscal P'eng Teh-huai, decidía suspender durante seis días el bombardeo de las islas. Esta medida se prolongaría aún en dos semanas el 13 de octubre y pronto se llegaría a la misma situación que había precedido a la crisis. El 31 de octubre, Mao Tse-tung cubría su retirada haciendo publicar bajo forma de colección una decena de declaraciones que había hecho de 1940 a 1958: El camarada Mao Tse-tung sobre «El imperialismo y todos los reaccionarios son tigres de papel». Este título confiado y desdeñoso era bastante poco

[417] Ver cap. XV.

apropiado a las circunstancias y el mismo Mao Tse-tung parecía constatarlo en una de sus últimas frases: «El imperialismo está todavía vivo; allá donde se encuentra impone dominación sin freno en Asia, África y América Latina.»[418]

Dos años después del asunto del estrecho de Formosa, el tratado de seguridad firmado por el Japón y los Estados Unidos, el 19 de enero de 1960, sería la ocasión de una nueva y violenta campaña antiamericana. Los comentarios chinos se esforzaron en demostrar que, bajo excusa de mantener la paz y la seguridad en Asia, se preparaba un retorno al militarismo japonés, una nuclearización de las fuerzas armadas del Japón, una colusión militar entre el Japón, Corea del Sur y Taiwan y una colaboración entre la OTASE y una futura «Organización del Noreste Asiático».

La «heroica» lucha del pueblo japonés contra su propio rearme y las analogías de la política americana en Alemania Occidental y en el Japón no son olvidadas. No les sería difícil a los chinos encontrar en la prensa americana, incluso en el Senado americano, el pseudotestimonio del «belicismo» de los Estados Unidos y en la prensa europea las pruebas de una desunión creciente del campo occidental[419].

Los avances americanos para crear un clima más favorable entre los dos países serán constantemente denunciados como tantas obras destinadas a desorientar la opinión mundial. Así sucedería con la declaración Parsons, del 19 de febrero de 1960, en la cual el responsable americano de Asuntos del Extremo Oriente registraba el hecho chino constatando la ausencia de soluciones propias para restablecer la corriente entre ambos Estados. Los chinos respondieron a ella con un largo comentario del «Diario del Pueblo», «Parsons en el estancamiento» (4 de marzo), verdadero catálogo de sus quejas, documento desprovisto de contenido ideológico pero cargado de reacciones pasionales y muy importante a este respecto para evaluar bajo el ángulo psicológico el problema de las relaciones chino-americanas[420].

---

[418] Solamente hemos resumido aquí los aspectos propiamente chino-americanos de los acontecimientos del verano de 1958. La crisis del estrecho de Formosa es un momento importante de las relaciones chino-americanas y el rechazo de Kruschev a dejarse obligar moralmente contribuirá ampliamente a su deterioración.

[419] Ver también cap. XXIII.

[420] En mayo de 1960 las Ediciones en Lenguas Extranjeras publicaron una recopilación significativamente titulada: *Dos tácticas, una única finalidad* y subtitulada «Descubramos las supercherías sobre la paz del imperialismo americano».

La ratificación del tratado de seguridad americano-japonés, el asunto del U2 abatido en la Unión Soviética en el momento de la entrevista Eisenhower-Kruschev y de la reunión de los cuatro grandes en París en el mes de mayo de 1960 provocaría una nueva e inmensa ola de manifestaciones antiamericanas y de apoyo a la Unión Soviética. Los americanos serían acusados de haber querido conscientemente embarrancar la conferencia en la cumbre[421] y esta explicación, como la importancia dada a las manitestaciones, se proponen sobre todo el desalentar la política de contención seguida por Kruschev e influenciar la conferencia de los 80 partidos comunistas y obreros que se realizará en Moscú el otoño del mismo año.

Un viaje del presidente Eisenhower a Asia y sobre todo a Taiwan (20-27 de junio) no contribuiría al apaciguamiento. La prensa china desencadenará un continuo ataque contra el presidente de los Estados Unidos burlándose de la anulación de su visita al Japón. Una semana de propaganda antiamericana (mítines, desfiles, exposiciones) levantaría del 21 al 27 de junio a todas las grandes ciudades chinas.

Los años siguientes serán menos tensos. Las cuestiones evocadas sobre el plan bilateral (Taiwan, propuestas chinas de creación de una zona desnuclearizada en Asia y en el Pacífico e intercambios de periodistas) no progresaron. Una sugerencia muy indirecta del mariscal Ch'en en Yi en vistas a una conferencia a nivel de los ministros de Asuntos Exteriores no sería tenida en cuenta[422]. Por el contrario, en cada ocasión, ya se trate de acontecimientos interiores o exteriores a los Estados Unidos, la prensa china se entregaría a violentos y, a menudo, insultantes ataques. Desarme, pruebas nucleares, «complot de las dos Chinas», votos sobre la entrada de la China en la ONU, problema de Berlín, viajes del presidente o vicepresidente de los Estados Unidos, dificultades económicas, mensajes acerca del Estado de la Unión y elecciones, serán, además de la política americana en Asia y en el Tercer Mundo, el soporte de acusaciones sistemáticas. El colmo del absurdo se alcanzaría con una declaración del arzobispo cismático Ignacio Pi Shu-shih: «Kennedy, un

[421] Ver «Diario del Pueblo» del 20 de mayo de 1960.

[422] Entrevista concedida el 11 de octubre de 1961 a W. A. Cole, director de la agencia Reuter.

gran insulto a la fe católica.»[423] Más tarde, el asesinato del presidente sería saludado con unas caricaturas tan chocantes como crueles. Toda esta literatura busca sistemáticamente el dar a América dentro y fuera un aspecto repelente como el teatro chino lo hacía con los personajes maléficos. Además, el «villano americano», feroz y cobarde, a la vez, sería frecuentemente llevado a la escena, lo que no parece haber sucedido todavía con el caso de los soviéticos.

Por el contrario, los comportamientos continuaron siendo prudentes; es así cómo hasta las violaciones de la frontera marítima china, establecida a 12 millas, el 4 de septiembre de 1958, o los franqueamientos mucho más esporádicos del espacio aéreo, no desencadenaron más que «serias advertencias», fórmulas cuyo paternalismo y repetición podían inquietar si no se relacionasen con una evidente tradición imperial. Actualmente se aproximan a las 500. Por temor a las complicaciones y preocupados en no manifestar sus debilidades, la defensa china no reaccionará más que coaccionada y forzada[424].

El año 1963 vería a China explotar a fondo sus luchas raciales con respecto a los Estados Unidos. Mao Tse-tung en persona entraría en el juego dirigiendo al líder negro Robert William un mensaje público por el cual denunciaba «la perfidia de una doble táctica» de la administración Kennedy que reprime a los negros fingiendo que los protege. Desde allí el presidente del Partido Comunista chino ampliaría su audiencia a todo el mundo haciendo el llamamiento:

«A todos los obreros, campesinos, intelectuales revolucionarios, elementos burgueses iluminados y cualquier personalidad iluminada de todas las razas del mundo, blanca, negra, amarilla y cobriza, para que se unan con el fin de combatir la discriminación racial practicada por el imperialismo americano y sostener la lucha de los negros americanos contra la discriminación racial.» (8 de agosto.)

Las manifestaciones antiamericanas se reemprendieron en el momento de la visita de Robert William en persona a Pekín (octubre de 1963)[425].

---

[423] Agencia Hsinhua del 23 de enero de 1962.

[424] La Revolución cultural produciría a este respecto un interesante artículo que opone la prudencia de Lin Piao a una cierta aceptación del riesgo de Lo Jui-ch'ing.

[425] Por esta época, un texto fechado el 8 de marzo de 1963, y titulado *A propósito de la declaración del Partido Comunista de los Estados Unidos*, reúne un conjunto de ataques contra la política americana y merece cierta atención. Constituye además una violenta

En 1964, Mao Tse-tung intervendría de nuevo en ocasión de los incidentes en la zona del canal de Panamá (12 de enero) y aprovecharía para enumerar los crímenes del imperialismo americano, más que nunca «el peor enemigo de todos los pueblos del mundo».

En 1965, fue a propósito de la República Dominicana por lo que Mao Tse-tung llamaría por tercera vez a todos los países contra los Estados Unidos (12 de mayo) y, según una costumbre confirmada, se reemprendería en las campañas de prensa y en las manifestaciones en las calles, a menudo bajo una forma caricaturesca, el tema de la tiranía americana. La doctrina Johnson del neohitlerianismo se titula un editorial del «Diario del Pueblo» que la pone en comunicación con la línea de capitulación que al modo de Daladier y Chamberlain siguen los revisionistas modernos (14 de marzo).

En 1966, serán los incidentes aéreos de los días 12 de abril y 13 de mayo los que levantarían a los chinos: «Dar al enemigo el odio más profundo»[426] resume todo un clima que ningún gesto de apaciguamiento de Washington podría serenar[427].

Así se puede decir que las relaciones chino-americanas son, si esto es posible, peores aún en 1966 que a principios de 1958 y que nada, ni aun la evolución de las relaciones chino-soviéticas, parece poder cambiar. China se rodea a placer de adversarios potenciales, ella misma crea las condiciones de un cerco que necesita en el interior y que es su versión moderna del antiguo aislamiento.

La Europa Occidental

Frente al Occidente, principalmente Gran Bretaña, Francia y Alemania Occidental, los chinos van a orientar su actitud a partir de dos series de preocupaciones contrarias. Por una parte se trata de desacreditar política e ideológicamente a estos tres Estados atacando su sistema de gobierno, su afiliación a los Estados Unidos, el pasado colonialista y el presente neocolonialista de los dos primeros, el pasado hitleriano y el presente «revanchista» del

denuncia del carácter «revisionista» del Partido Comunista americano y de su tendencia a «adornar» el «imperialismo» y a sostener a los presidentes Eisenhower y Kennedy.

[426] «Diario del Pueblo» de 13 de mayo de 1966.

[427] Ver artículo de «Diario del Pueblo» de 29 de marzo: *Viejos aires, nuevas conspiraciones*.

tercero a fin de debilitar la Alianza Atlántica y la OTAN y facilitar al mismo tiempo la acción de los chinos en el Tercer Mundo.

Pero por otra parte se trata de aislar a los Estados Unidos, de desarrollar las contradicciones internas del mundo capitalista, de no contrariar demasiado a los jóvenes Estados que conservan con la antigua potencia tutora unos vínculos políticos, económicos, culturales y hasta sentimentales, y finalmente de aprovecharse de las ventajas políticas o económicas que pueden aportar con cada uno de ellos unas relaciones bilaterales.

Entre tales límites, la política china será necesariamente fluctuante y, en contraste con su dureza sistemática frente a los Estados Unidos, a menudo está teñida de un flexible realismo.

Gran Bretaña

Con Gran Bretaña, las relaciones diplomáticas fueron técnicamente incompletas pero suficientes, atravesadas por algunas tensiones reales o fingidas. Éste sería el caso en el mes de julio de 1958 en el momento de la ocupación de Jordania por las tropas británicas. Manifestaciones antibritánicas y antiamericanas a propósito de los desembarcos de elementos de la VI Flota en el Líbano conjugaron su amplitud. La transformación de Malasia y de Singapur en Malaya, supuestamente adherida a la OTASE y al mundo libre (13 de septiembre de 1963), la intervención inglesa en Kuwait, «provocación contra los pueblos árabes» (enero de 1961), el apoyo británico a la India, el voto de la resolución acerca del Tibet en las Naciones Unidas, los acontecimientos de Laos y numerosos acontecimientos internacionales y por supuesto diversos incidentes sobrevenidos en Hong-Kong dieron a los chinos numerosos pretextos de indignación[428]. Es cierto que los chinos atrajeron también a Pekín a personalidades inglesas útiles o amistosas (Malcom Mac Donald, el mariscal Montgomery) que doblaron a veces la acción diplomática habitual.

Esencialmente no cambiaría nada. El mercado de Hong-Kong continuará cumpliendo, en beneficio tanto de Pekín como de Londres, su función comercial y financiera esencial y continuaría siendo un trazo de unión indispensable y tranquilizador entre China y los capitales de los chinos de ultramar.

[428] Ver a modo de ejemplo el «Diario del Pueblo» de 12 de noviembre de 1962: *¡Mirad vuestro rostro en el espejo!*

Francia

La guerra de Indochina hasta 1954, la guerra de Argelia que pronto la sucedería, dando a Pekín la ocasión de reconocer a unos gobiernos rebeldes a la autoridad francesa, impedirían durante largo tiempo el establecimiento de relaciones diplomáticas franco-chinas. La solución de estos conflictos, los contactos tomados en Ginebra en 1954 y sobre todo en 1961-1962 y algunas visitas de personalidades francesas a Pekín debían preparar los caminos. La orientación dada al conjunto de la política extranjera francesa por el general De Gaulle a partir de 1962 y la evolución decisiva de las relaciones chino-soviéticas en 1963, iban lógicamente a desencadenar el retorno de la presencia francesa en Pekín. El 27 de enero de 1964 un comunicado conjunto publicado en París y en Pekín anunciaba que los gobiernos francés y chino habían decidido establecer relaciones diplomáticas. Una misión exploradora de Edgar Faure a Pekín y un viaje de cortesía del general Pechkoff, enviado personal del general De Gaulle, a Taipeh, habían precedido al comunicado[429].

Los chinos no podían dejar de acoger con extrema satisfacción la decisión de Pans. Contribuía a relevar su prestigio exterior ampliamente mermado por el «gran salto hacia adelante» y las comunas populares. Les aportaría en cierta medida la garantía de Francia frente a los jóvenes y numerosos Estados francófonos africanos. La cultura francesa contribuiría a la vez a la difusión de una ideología que había conseguido ser respetable y poco a poco a su propia eliminación.

En el campo atlántico, el reconocimiento francés, que no justificaba, como en el caso de Inglaterra, la vulnerabilidad de una colonia cercana, sería un elemento más de desacuerdo y los chinos insistieron en ello desde el primer día:

«No es preciso decir que el establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y Francia es un acontecimiento que disgusta mucho al imperialismo americano que intenta constantemente aislar a China, igual que a los que se han puesto a su remolque.»[430]

---

[429] La razones del reconocimiento de China Popular por parte de Francia, la exacta manera en la que se establecieron nuevas relaciones diplomáticas, la conducta de la política francesa en China desde 1964, salen naturalmente del margen de este volumen que enfoca los acontecimientos desde el punto de vista de la historia china.

[430] Editorial del 29 de enero de 1964 del «Diario del Pueblo» del que se citará todo el texto.

Este tema se repetiría con particular violencia y una rara falta de convenciones diplomáticas, el 14 de julio de 1964, en la misma embajada de Francia por el mariscal Ch'en Yi, ministro de Asuntos Exteriores.

En consecuencia, un cierto paralelismo en la situación de numerosos dominios caracterizaría a las relaciones franco-chinas. El general De Gaulle y Mao Tse-tung, últimos sobrevivientes de una época excepcional, no podían dejar de prestarse una mutua consideración de la que la corona depositada sobre la tumba del primero en nombre del segundo será el último pero sorprendente testimonio. Desde hacía tiempo, en efecto, el general De Gaulle había cesado de ser el «representante de la burguesía estrechamente asociada al gran capital» y ya no se hablaba de las «bayonetas de los amotinados fascistas» que lo habían conducido al poder.

Si la primera explosión atómica en el Sahara el 13 de febrero de 1960 era un «acto criminal» que había provocado la protesta de Pekín, las que sobrevendrían más tarde sobre el mismo lugar y sobre Oceanía serían respondidas con el silencio. El rechazo común a firmar el tratado de Moscú sobre la no proliferación de armas nucleares el 25 de julio de 1963 y el boicot por Francia de las conversaciones de Ginebra acerca de la limitación de los armamentos nucleares creaban entre París y Pekín una complicidad de hecho y los chinos se apresuraron a dar una amplia publicidad a la declaración hecha sobre este tema, el 30 de julio de 1963, por el general De Gaulle.

De forma parecida, tomando sus distancias frente a las Naciones Unidas o sugiriendo unas modificaciones de su Carta, Francia parecía justificar las críticas chinas con respecto a esta instancia internacional.

La hostilidad que los chinos no habían dejado de manifestar con respecto a la idea europea —próximos en esto a los soviéticos— encontraba cierto apoyo y argumentos en las reticencias francesas.

Pero fue sin duda en su común desconfianza hacia el dualismo ruso-americano rechazado en nombre de la independencia nacional en lo que China y Francia descubrieron los mayores puntos de convergencia.

A pesar de todo, en un último análisis, ninguna verdadera cooperación podía establecerse como algunos quizá soñaban. En las dos conferencias de Ginebra, el interés de Francia y el de la China, ambos deseosos de restablecer la paz en Indochina y descartar las intervenciones exteriores, concordaban y podían conducir a unas actitudes parecidas. En 1965, el endurecimiento chino a propósito de Viet-Nam convertiría en vanas todas las tentativas francesas

para entablar un serio diálogo. Asimismo la ausencia china en las Naciones Unidas hacía imposible toda cooperación a nivel de esta institución. En cuanto al desarme, aceptado en un principio bajo ciertas condiciones, por otra parte diferentes, y rechazado en realidad, no tenía ninguna posibilidad de ser el tema de un diálogo en tanto que ambos gobiernos no acabasen su programa de equipamiento nuclear.

Los años que siguieron al reconocimiento del 27 de enero de 1964 no aportaron en definitiva ningún privilegio a Francia ni a su representación diplomática en Pekín. Incluso sucedió que el «colonialismo» francés se encontró denunciado a propósito de Somalia o de las Antillas. Los intercambios culturales sirvieron en primer lugar a los chinos tanto a consecuencia de su atraso científico y técnico como por su negativa de recibir en condiciones convenientes a investigadores calificados. En cuanto a las ventajas comerciales, una ojeada a las estadísticas comparadas de Francia, de Alemania Federal y de Gran Bretaña son suficientes para demostrar que no varían con la proximidad en las relaciones diplomáticas.

Las tormentas de la Revolución cultural sacudieron duramente las ilusiones de la amistad franco-china y redujeron más todavía una cooperación ya de por sí mínima.

Alemania del Oeste

Durante los primeros años del régimen, el espectro de rearme alemán había servido frecuentemente a los chinos para evocar el del rearme japonés, ambos alentados por los Estados Unidos. Asimismo, el rápido levantamiento del poderío económico de Alemania del Oeste y el del poderío económico del Japón habían sido denunciados en sus consecuencias políticas, particularmente con respecto al Tercer Mundo. Más tarde, en nombre de la existencia de las «dos Alemanias», el factor alemán se convertirá en un elemento cada vez más importante en el juego de las relaciones entre China y el campo socialista. A la vez que se realizaba un acercamiento entre Bonn y Moscú a fin de aumentar las inquietudes de Pankow, China Popular trataría con miramiento a Alemania del Oeste, intentando alentarla en sus veleidades de independencia con respecto a Washington.

Como antes China nacionalista. China comunista vivirá en el respeto de la ciencia y de la técnica alemana y la ausencia de vínculos diplomáticos no impediría un rápido aumento de sus intercambios comerciales, que pronto sobrepasarían los del comercio franco-chino[431].

En cuanto al gobierno de Alemania Federal, siguiendo la tradición de sus predecesores, a los que el tratado de Versalles había privado de sus privilegios de extraterritorialidad y de sus concesiones, detenido también por la preocupación de no enfrentarse con el sentimiento de Washington, se abstendría de toda iniciativa política y se limitaría a intercambios de corresponsales de prensa.

Las Organizaciones Internacionales

Por efecto de la guerra de Corea y por la persistencia del gobierno nacional replegado en Taiwan, a pesar de algunos testimonios de moderación y a pesar del acento dado sobre los «Cinco principios de coexistencia pacífica», China Popular no había podido entrar en las Naciones Unidas entre 1949 y 1956. Tampoco lo conseguiría entre 1958 y 1966 con el apoyo de sus nuevos amigos africanos. Cierto es que tampoco pondría en ello toda su buena voluntad. Trasladando al plano exterior el espíritu del «gran salto hacia adelante» crearía nuevos temas de tensiones y multiplicaría las ocasiones de desafío.

En diciembre de 1961, la Asamblea General, reunida en su 16 sesión, descargaría un golpe mucho más grave a las esperanzas de Pekín decidiendo por primera vez que la cuestión de la representación china era una «cuestión importante» y por esto debía de resolverse por un voto de la mayoría de los 2/3 según el artículo 18 párrafo 2 de la Carta (15 de diciembre). Algunos días después (20 de diciembre), la Asamblea adoptaba una resolución sobre la cuestión del Tibet. Su moderación no quitaba en nada el hecho de que a los ojos de los chinos, las Naciones Unidas intervenían en los asuntos interiores chinos en violación de los estatutos.

[431] Respecto al año 1966, las exportaciones de Alemania del Oeste alcanzaron 129,4 millones de dólares americanos, las exportaciones francesas 92,2. Esta diferencia se acusaría mucho más en el transcurso de los años siguientes, siendo las exportaciones de Alemania Occidental dos o tres veces superiores a las francesas.

A la vez que protestaban con energía, los chinos no dejaron de culpar a la misma organización, «máquina para votar» en manos de los Estados Unidos. Más tarde, cuando Indonesia se retiró de las Naciones Unidas, el 7 de enero de 1965, Chu En-lai pronunciaría contra esta institución una terrible requisitoria y parecía dispuesto a proponerle una «organización de las Naciones Unidas revolucionarias», ordenadas alrededor del eje Pekín-Yakarta. Pocos observadores se dejaron engañar por esta comedia. Los chinos no podían ignorar cuántas jóvenes naciones de África y de Asia querían con sobrada razón conservar una tribuna que les permitía expresarse frente a todas las demás y participar realmente en la vida internacional. No podían dejar de ser sensibles a las considerables ventajas que les supondría, llegado el momento, un sitio permanente en el Consejo de Seguridad, comprendido el derecho de veto. El año anterior, su ministro de Asuntos Exteriores, el mariscal Ch'en Yi, había resumido sobriamente la posición china.

«Estamos convencidos que tarde o temprano las manipulaciones del imperialismo americano en la ONU acabarán y que la banda de Chiang Kai-shek será expulsada de esta organización. El legítimo asiento de la República Popular China en las Naciones Unidas será tarde o temprano restablecido. Esto naturalmente requiere tiempo. No nos apresuramos, podemos esperar. Jamás regatearemos sobre los principios de soberanía; toda tentativa para hacernos aceptar las "dos Chinas" con el cebo del restablecimiento del asiento de la China Popular en la ONU está destinada al fracaso.»[432]

Entrar en las Naciones Unidas, pero atrevidamente y con el propósito de convertirse en el portavoz de los países del Tercer Mundo arrancados de la doble influencia «imperialismo» y «neo-revisionismo» y del dualismo ruso-americano, tal era entonces la intención china. Todo lo demás no es más que máscara o táctica del momento. En 1966, los comunistas chinos están convencidos de que la cuestión de Taiwan es el único obstáculo a su entrada en las Naciones Unidas. Desde el momento en que Taiwan se vea desprovisto de su calidad de Estado chino y no sea reconocido por las Naciones Unidas el Estado taiwanés, la cuestión estaría prácticamente resuelta. Esta creencia anima a Pekín en su irónica y hostil intransigencia. El futuro les daría la razón cinco años más tarde.

[432] «Pékin Information» de 29 de junio de 1964: el ministro Ch'en Yi respondía a las preguntas de un periodista japonés.

Desarme

Durante mucho tiempo. China aportará su apoyo a las iniciativas y a las tesis soviéticas sobre el desarme, añadiendo a veces la sugerencia de una zona desnuclearizada en el Pacífico y así desbaratar a las bases americanas. Kuo Mo-jo se manifestará en este sentido desde abril de 1958 y Chu En-lai haría sobre este tema una resonante declaración en la embajada suiza, el 1 de agosto de I960[433]. La China Popular sostendrá la conferencia de Ginebra sobre el desarme (15 de marzo de 1960) sin intervenir y quedando claro que sólo su propia firma la podía comprometer. Por lo demás, en el mismo momento, muchos dirigentes procuraron manifestar de entrada su ausencia de ilusiones en tanto que durase el «imperialismo»[434]. Así la propaganda y la doctrina se encontraban conciliadas.

La firma del tratado de Moscú sobre la detención parcial de las pruebas nucleares (25 de julio) permitiría a los chinos manifestar su verdadero punto de vista. Lo harán con extrema brutalidad en las tres declaraciones de los días 31 de julio, 15 de agosto y 1 de septiembre. Echan la culpa al súbito cambio de opinión del gobierno soviético que, después de haber rechazado el proyecto de tratado presentado por los Estados Unidos y Gran Bretaña en Ginebra, el 27 de agosto de 1962, lo aceptan finalmente. Esta «traición» es al mismo tiempo una «superchería» que crea una «paz ficticia» y consagra un monopolio nuclear inaceptable. Es una prueba más de las intenciones de los líderes soviéticos de aliarse a los dirigentes americanos para imponer su ley a los pueblos del mundo.

A su condena, el gobierno chino añadía sus propias propuestas que constituyen hasta el momento la doctrina oficial en materia de desarme:

1. Proclamación en todos los países del mundo de la prohibición y de la destrucción de las armas nucleares.

2. Supresión de todas las bases militares en el extranjero.

3. Creación de zonas desnuclearizadas.

---

[433] Ver entrevista de Kuo Mo-jo en «Connaissance du Monde» (Shih ehieh chih shih) reproducida en el «Peking Review» de 15 de abril de 1958 y declaración Chu En-lai en «Peking Review» de 9 de agosto de 1960.

[434] Declaración Teng Hsiao-p'ing de 20 de mayo de I960, declaración Liu Chang-shcng en la Conferencia mundial de sindicatos, 8 de junio 1960.

4. Cese de todas las pruebas; supresión de los laboratorios.

5. Convocatoria de una conferencia de los jefes de gobierno y de todos los países del mundo para realizar las medidas antes citadas[435].

La sustancia de las propuestas chinas era reanudada el 16 de octubre de 1964 con el anuncio de la explosión de la primera bomba atómica china.

China recordaba que siempre había preconizado la prohibición completa y la destrucción total de las armas nucleares. La obstinación del imperialismo americano la había obligado a fabricarlas a su vez a fin de quebrantar el monopolio de Washington. Agregaba:

«El gobierno chino proclama solemnemente que cualquiera que sea el momento y cualquiera la circunstancia, China no será la primera en utilizar las armas nucleares.»

En fin, después de haber manifestado que el arma atómica china representaba a la vez un gran estímulo para todos los pueblos revolucionarios en lucha y una contribución considerable al mantenimiento de la paz mundial, el gobierno chino proponía de nuevo que una conferencia en la cumbre de todos los países del mundo fuese convocada para discutir sobre la prohibición y la destrucción de las armas nucleares. Esta vez también se trataba de desarmar las críticas de las naciones firmantes de Moscú y de todas a las que el poderío chino podía un día u otro inquietar.

Un comunicado más sobrio señalaría la explosión de la segunda bomba atómica china (14 de abril de 1965), cuyo éxito será atribuido a la línea general del Partido y al pensamiento de Mao Tse-tung. Después las pruebas chinas entraron en la rutina y dejaron de ser objeto de declaraciones de principio y de intenciones. A pesar de sus progresos y a pesar de precisas invitaciones, los chinos persistieron en no tomar parte en los amplios trabajos de la Conferencia de Ginebra sobre el desarme o a incorporarse a un «club nuclear» de los cinco. La necesidad de guardar su libertad de acción y más todavía la de parecer salvaguardar la de las pequeñas potencias no nucleares inspira una actitud que tiene pocas posibilidades de cambiar antes que China haya alcanzado, sino la paridad con las superpotencias, al menos la categoría que le permita responder a todo ataque con suficientes posibilidades de represalia.

---

[435] Lo que precede sólo es un resumen de las proposiciones chinas que figuran en la declaración del 31 de julio de 1963. Estas proposiciones fueron efectivamente dirigidas a todos los jefes de gobierno el 2 de agosto de 1963 bajo la firma de Chu En-lai.

XXV. La política exterior de 1958 a 1966 (IV). China y el campo socialista

«Toda el agua del Volga no podrá lavar la humillación que habéis ocasionado al Partido Comunista de la Unión Soviética y a la misma Unión Soviética.»
(Declaración china del 6 de septiembre de 1963.)

Evolución general

Los ocho años que siguen al último viaje de Mao Tse-tung a Moscú y a la adhesión de la China Popular al programa común de los doce partidos comunistas y obreros en el poder (noviembre de 1957), verán consumar de manera progresiva pero definitiva la ruptura ideológica chino-soviética mientras que se aflojaban al máximo los vínculos políticos, económicos y culturales entre los dos países. Numerosas veces se creyó que se iban a romper las relaciones diplomáticas. A veces, por el contrario, sobre todo después del congreso de los 81 partidos comunistas y obreros en octubre y noviembre de 1960 o cuando la salida de Kruschev en octubre de 1964, todo parecía ser aún reparable.

No sucedería nada de esto. La versión maoísta del marxismo-leninismo irá precisándose y afirmándose. Los conflictos de los intereses nacionales se acumularon hasta que la Revolución cultural, exacerbándolos, los conduciría a unos enfrentamientos militares localizados, pero que despertaron en los rusos los viejos temores olvidados y emanciparon políticamente a China del campo socialista.

El revisionismo yugoslavo

Es de una manera indirecta, por los rodeos de los asuntos yugoslavos, como se reabrirá el debate ideológico en la primavera y a principios del verano de 1958. Numerosos artículos muy violentos del «Diario del Pueblo» serían pronto seguidos por dos textos mayores debidos a dos de los más afectados teóricos del Partido, Ch'en Po-ta: «El revisionismo yugoslavo es el producto

de la política imperialista» (1 de junio) y K'ang Sheng: «El revisionismo responde exactamente a las necesidades del imperialismo de los Estados Unidos» (14 de junio). Estos ataques, aparentemente motivados por la tensión que acababa de renacer entre Moscú y Belgrado, toman bajo la pluma de los chinos el sentido de una advertencia a los dirigentes soviéticos[436].

La crisis del Próximo Oriente y la del estrecho de Taiwan

Algunas semanas más larde, Kruschev y Mao Tse-tung se encontrarán frente a frente a propósito de la crisis libanesa y jordana. El primero, que haría una visita inesperada a Pekín (31 de julio al 3 de agosto), desea que se solucione a nivel de las Naciones Unidas. Al no formar parte de ellas China, la India tomaría su lugar en el Consejo de Seguridad. La sugerencia es doblemente desagradable para los chinos que la rechazan brutalmente. Kruschev deberá hacer marcha atrás pero agravaría las cosas proponiendo la creación de un mando naval combinado en el Extremo Oriente, proposición que Mao Tse-tung considerará como una tentativa de control de las iniciativas chinas en esta región del mundo y como un atentado contra la soberanía china[437].

Quizás estimulados por ciertas palabras imprudentes de Kruschev y mucho más probablemente deseosos de manifestar a su vez su independencia de acción y de forzar a los soviéticos a adherirse a ellos, los chinos, ya se ha visto anteriormente, se lanzan solos a tantear las intenciones americanas haciendo como si quisiesen apoderarse de las islas costeras de Kinmen y Matsu que sirven de avanzadas a Taiwan. Las reacciones de Washington por una parte y las

[436] Ver editoriales de 5 de mayo contra Yugoslavia y de los días 4 y 25 de junio contra el revisionismo y el neutralismo.

[437] El «Diario del Pueblo» de 6 de septiembre de 1963 (Las Divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros, su origen y su evolución) dirá simplemente: «La demanda injustificable, formulada en 1958 por la dirección del PCUS, que tendía a colocar a China bajo su control militar, tropezó con la negativa legítima y decidida del gobierno chino.» Pero en el 10.° pleno (4 septiembre de 1962) Mao Tse-tung precisaría: «A partir de la segunda mitad de 1958, él (Kruschev J intentó bloquear las costas chinas, intentó lanzar contra China una flota combinada para dominar las costas chinas y bloqueamos. Ésta es la causa de que el problema se plantease en China.» Ver versión inglesa de Chinese Law and Government, «A journal of Translations», vol. 1, núm. 4. Kruschev, en sus Recuerdos, pág. 447, sólo habla de la construcción en territorio chino de una estación de radio para mantener contacto con la flota submarina soviética.

presiones de Moscú por otra hicieron renunciar a Pekín a su proyecto. Si la solidaridad ruso-china había sido ostensiblemente reafirmada por la carta dirigida el 7 de septiembre por Kruschev al presidente Eisenhower, no era menos cierto que el apoyo ruso le había faltado a una China que acababa de sufrir, golpe sobre golpe, afrentas y reveses diplomáticos. La concesión de una nueva ayuda soviética realizada sobre 47 nuevos «proyectos» (o sea 258 en total), la firma de numerosos acuerdos científicos, técnicos y comerciales no podían compensar las heridas secretas hechas al amor propio nacional[438].

Los chinos, el XXI Congreso de PCUS y el espíritu de «Camp David»

El año 1959 se abre sobre el XXI Congreso del PCUS, principalmente consagrado al plan septenal soviético. Chu En-lai dirige allí la delegación china. Se manifestará en un sentido de unidad a pesar, dirá, de los sabotajes de los imperialistas americanos y de los revisionistas yugoslavos y presentará una justificación moderada de las comunas populares (28 de enero). Un nuevo acuerdo de ayuda soviética, esta vez sobre 78 proyectos y surtido con un crédito de 500 millones de rublos (7 de febrero), vendría a reforzar una colaboración económica que las esperanzas puestas en el «gran salto hacia adelante» hacen aún más deseables por el lado chino.

Hasta la visita de Kruschev a los Estados Unidos (del 15 al 28 de septiembre) y su encuentro con el presidente Eisenhower en Camp David, las relaciones son exteriormente buenas. Sin embargo, se vislumbran unos temas de descontentos mutuos. Las palabras hostiles a las comunas populares manifestadas por Kruschev en Varsovia, la eliminación del mariscal P'eng Teh-huai que precisamente acababa de presidir de abril a junio de 1959 una misión militar en la URSS —la influencia de estos huéspedes aparecería uno o dos meses más tarde en Lushan— y la posición neutra tomada por la Unión Soviética en el problema de las fronteras chino-indias (declaración del 9 de septiembre de 1959 de la agencia Tass), debían preparar el terreno de un nuevo enfrentamiento.

[438] Principalmente acuerdo sobre las cuestiones tecnológicas (18 enero), acuerdo de cooperación científica y técnica (25 de abril), tratado de comercio y de navegación (23 de abril).

Tendrá lugar el 30 de septiembre y el 4 de octubre cuando Kruschev, apenas llegado de los Estados Unidos, hará su tercera visita a Pekín en ocasión del 10 aniversario del régimen. Todavía lleno del espíritu de Camp David, invitará a los chinos «a no intentar sondear por la fuerza la estabilidad del sistema capitalista»[439], intentará calmar su impaciencia a propósito de Taiwan recordándoles el precedente de la «República del Extremo Oriente» a finales de la Primera Guerra Mundial. Los chinos no se conformaron con sus palabras y diversas personalidades extranjeras serán testigos de la extrema frialdad que persistiría entre los dos hombres de Estado hasta la partida del primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética. Las apariencias serán no obstante mantenidas, y hasta el éxito de Kruschev en los Estados Unidos sería alabado como una importante contribución a la paz mundial, quedando claro que resultaba en primer lugar de la presión de las masas populares sobre los dirigentes americanos. Pero, algo más tarde, el 21 de diciembre, el «Diario del Pueblo» publicaba, con ocasión del 80 aniversario del nacimiento de Stalin, «enemigo implacable del imperialismo», y, a pesar de sus errores, «artesano de los grandes éxitos logrados por la Unión Soviética después de 42 años», un artículo irritante para los soviéticos que dejaban pasar este acontecimiento sin ruido.

Las escaramuzas de 1960. Retirada de los consejeros soviéticos

El año 1960 iba a aportar a los chinos grandes satisfacciones a propósito de las cuestiones gemelas de la guerra y de la distensión.

Ja K'ang Sheng, observador chino en la conferencia del comité consultivo político de los Estados firmantes del tratado de Varsovia, había atacado violentamente a los dirigentes de los Estados Unidos su simulado pacifismo, su sueño de una «evolución pacífica» de los países socialistas, y sus sabotajes a propósito del desarme. Ya numerosos textos combativos habían venido a reanimar la desconfianza hacia el «imperialismo», demostrar la necesidad de sostener las «guerras justas» y Lenin, del que era su 90 aniversario, había sido llamado en auxilio en un amplio e importante documento de la redacción de

[439] Ver *Las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros, su origen y su evolución*, «Diario del Pueblo» 6 septiembre de 1963.

«Bandera Roja»: *¡Viva el leninismo!*[440] Algunos días después el caso del U2 (1 de mayo) y el fracaso de la conferencia de París, que sería su consecuencia, vinieron muy oportunamente para justificar los consejos de prudencia y de recelo de los chinos. Teniendo la elegancia de sostener contra Eisenhower un Kruschev fortalecido por la experiencia, no dejaron pasar la ocasión de dar la lección: «Nosotros hemos sostenido siempre las conversaciones, pero jamás hemos mantenido la ilusión de que fuese posible realizar una paz duradera solamente con las negociaciones», dirá Teng Hsiao-p'ing. Pero, desde el mes de junio, la conferencia mundial de los sindicatos en Pekín (5-9 de junio) verá un velar las armas entre el delegado soviético y el delegado chino Liu Chang-shen que pondrá a sus auditores en guardia contra el error de pensar que la guerra podría ser eliminada mientras que subsistiese el imperialismo y para quien sólo el triunfo del socialismo en el mundo podía conducir a un desarme general y completo.

Mucho más grave será el choque en el III Congreso del Partido Obrero rumano en Bucarest del 24 al 26 de junio. Kruschev, resuelto a proseguir su política de coexistencia, desencadena allí un dossier de 80 páginas en su apoyo, un «ataque sorpresa» contra el Partido Comunista chino del que denuncia, en términos injuriosos, el «izquierdismo», el nacionalismo y la forma de actuar «a lo Trotsky» (sic) frente al PCUS.

P'eng Chen, el delegado chino, replicará protestando contra el abuso que el PCUS hacía de su crédito para imponer su voluntad en los otros partidos, manifestará su desacuerdo con ciertos puntos de vista de Kruschev (26 de junio) y firmará, no obstante, el comunicado del encuentro, «teniendo en cuenta la situación general».

Cuando la polémica parecía que se apaciguaba, los técnicos rusos empiezan a dejar el territorio chino en julio de 1960. El éxodo atañe a alrededor de 1.390 especialistas repartidos en 250 empresas. Un número casi equivalente de estudiantes y de cursillistas chinos en la URSS regresan igualmente a su país. Todos los acuerdos de cooperación científica y técnica (343 contratos y 257 proyectos) quedan suspendidos. Dos periódicos publicados uno en China por los rusos, y el otro en Rusia por los chinos y consagrados a la amistad chino-soviética son suprimidos. La querella ideológica, dirán los chinos, pasó al plano de las relaciones de Estado.

[440] «Bandera Roja», núm. 8 de 16 de abril de 1960.

El Congreso de los 81 partidos comunistas y obreros

El Congreso de los 81 partidos comunistas y obreros, reunido en Moscú del 11 al 25 de noviembre, servirá para un nuevo y fugitivo acercamiento. El PCUS admitirá que la coexistencia no debía excluir la acción revolucionaria armada y que las guerras de agresión continuaban siendo posibles mientras que continuara existiendo el imperialismo.

La delegación china, dirigida por Liu Shao-ch'i y Teng Hsiao-p'ing, reconocería que la guerra entre Estados no era una fatalidad y que ciertas formas de paso del capitalismo al socialismo podían ser pacíficas. Dogmatismo y revisionismo serían análogamente condenados, el segundo algo más que el primero[441]. Para el público, la amistad chino-soviética acababa de ser reconquistada. No se trataba más que de defender la paz mundial amenazada por las contradicciones y las dificultades de los imperialistas[442].

Los efectos apaciguadores del Congreso y los desastres que afectan duramente a las exportaciones chinas, es decir, el reembolso por compensación comercial de la ayuda soviética, van a incidir sobre el año 1961, lleno de arreglos prácticos y algo más vacío de controversias políticas e ideológicas. En abril los rusos aceptan diferir y repartir en cinco años los reembolsos de las sumas debidas por los chinos. Estos últimos que aún debían a los soviéticos 320 millones de dólares americanos y que gastan otros 340 en compra de granos al extranjero se encuentran, en efecto, en una difícil situación.

El XXII Congreso del PCUS

El XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, reunido en Moscú del 17 al 31 de octubre de 1961, dará lugar a unas iniciativas de carácter inesperado. El 17 de octubre, los delegados chinos: Chu En-lai, P'eng Chen, Tao Ch'u y K'ang Sheng, abandonan sus lugares para no estrechar más la mano de

[441] La lista de las tesis erróneas, descartadas del proyecto de declaración, es particularmente interesante para el estudio de la evolución del movimiento comunista revolucionario. Ver *Las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros, su origen y su evolución*.

[442] Ver particularmente los editoriales del «Diario del Pueblo» de los días 7 y 12 de diciembre de 1960.

Kruschev que acaba de criticar en el informe de actividades del Comité central a Stalin y de atacar a los albaneses[443]. Dos días más tarde, Chu En-lai echa la culpa a la manera con que el secretario del PCUS lleva sus relaciones con el Partido del Trabajo albanés. Reprocha a Kruschev el formular sus observaciones frente al Congreso de un único partido y no en la ocasión de un debate de todos los partidos hermanos. En fin, el 23 de octubre, después de haber depositado ostensiblemente la antevíspera una corona sobre la tumba de Stalin, Chu En-lai deja su delegación a los cuidados de P'eng Chen y regresa a Pekín. Se sabe que este gesto ocasionaría el traslado (ya planeado) del cuerpo de Stalin fuera del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. El asunto albanés daría a China un aliado en Occidente pero reactivaría la querella ideológica y política que en 1962 y 1963 alcanzará su punto culminante.

Graves incidentes de frontera, hasta entonces ignorados, caracterizan la primavera de 1962. Unas decenas de millares de kazacos de la región del Ili pasan la frontera del Kazakhstán vecino, según aseguraron los chinos, a instigación de los soviéticos, que rehusaron devolverlos[444]. Las persecuciones chinas con respecto a los nacionalistas locales y los efectos de un colectivismo peor soportado que en la misma China, explican estas migraciones que las condiciones geográficas hacían relativamente fáciles.

Un acuerdo comercial chino-soviético será firmado el 28 de agosto, pero concierne sobre todo a las cuentas en suspenso y China tendrá pronto el honor de pagar antes del vencimiento todas sus deudas a Rusia.

La crisis de Cuba

[443] La tensión que, efectivamente, se estaba manifestando entre Tirana y Moscú desde 1961 se agravó a partir del IV Congreso albanés en febrero. Como en el caso de la tensión Moscú-Pekín, a ella le siguió una suspensión total de la ayuda soviética que la ayuda china sustituiría mientras que los submarinos soviéticos abandonaban la base de Valona.

[444] Cerca de 60.000 personas entre abril y agosto de 1962 según el estudio de George MOSELEY, *A Sino-Soviet cultural Frontier, The Ili Kazakh autonomous chou*, «Harvard East Asian Monographs», Cambridge, Mass., 1966.

La crisis de Cuba, sobrevenida en otoño, será para los chinos una doble ganga. Les permitirá condenar una vez más al «imperialismo americano», su bloqueo, sus provocaciones armadas hacia la Cuba revolucionaria (declaración del 23 de octubre) y más tarde denunciar los errores, la pusilanimidad y finalmente el «capitulacionismo» de los «revisionistas», siendo Kruschev particularmente acusado de ligereza y aventurismo[445].

Las polémicas del invierno 1962-1963

Uno tras otro, el Congreso del Partido Comunista búlgaro (5-14 de noviembre), el del Partido Comunista y Obrero húngaro (20-24 de noviembre) y el del Partido Comunista checo (4-8 de diciembre) verán a los chinos defenderse vigorosamente contra las acusaciones de sectarismo y de nacionalismo y, sin renunciar a batirse contra el maniquí yugoslavo, acusar directamente a los soviéticos atacados tanto en su política como en su doctrina.

Pronto se sucedieron, del 15 de diciembre al 8 de marzo, en el «Diario del Pueblo» y en «Bandera Roja», una primera serie de seis artículos muy explícitos:

1. *Proletarios de todos los países unámonos contra el enemigo común* (15 de diciembre de 1962).

2. *Las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros* (31 de diciembre de 1962).

3. *Unámonos bajo la bandera de las declaraciones de Moscú* (27 de enero de 1963).

4. *De dónde proceden las divergencias: respuesta a Maurice Thorez* (27 de febrero de 1963).

5. *Más sobre las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros* (4 de marzo de 1963).

6. *Comentarios sobre la declaración del PC de los Estados Unidos* (8 de marzo de 1963).

Algo más tarde aparecieron dos textos interesantes más particularmente concernientes a la actitud del campo socialista sobre el problema indio:

1. *El espejo de los revisionistas* (9 de marzo de 1963).

[445] Para una visión doctrinal antirrevisionista, ver «Bandera Roja» de 16 de noviembre de 1962: *Defender la pureza del marxismo.*

2. *La verdad sobre la alianza de la dirección del PCUS con la India contra China* (2 de noviembre de 1963).

Todos estos comentarios definen las posiciones de principio de Pekín sobre numerosas cuestiones y aportan muchas revelaciones o confirmaciones sobre el estado real de las relaciones chino-soviéticas. En nombre de la unidad a preservar frente a los adversarios del comunismo, los chinos habían reprochado a los soviéticos del XXII Congreso el haber llevado a la luz del día su debate con los albaneses. A su vez, se eximían sin moderación. Su rencor y sus quejas sobrepasaban singularmente la ideología y sin duda estaban aumentadas por el escándalo que se había producido en el transcurso del VI Congreso del Partido Socialista Unificado de la Alemania del Este (15-21 de enero de 1963). Cuando denunciaba a los yugoslavos, el delegado chino, Wu Hsiu-ch'uan, había sido bruscamente interrumpido por un «estrépito de abucheos, silbidos y ruidos de pies»[446]. En el interior del campo socialista los chinos aparecían no solamente aislados, sino cada vez más impopulares.

La crisis del verano de 1963. La carta china en 25 puntos

Un nuevo esfuerzo de conciliación se intentaría con todo en el transcurso del verano de 1963. Mientras que los chinos prosiguen la publicación de los textos mencionados más arriba, publican también en abundancia las tesis y los ataques de sus adversarios y no se privan de insultar a Kruschev; Mao Tse-tung recibe, el 23 de febrero, al embajador soviético, Tchervonenko. Éste es portador de una carta del PCUS (carta del 21 de febrero) que propone una reunión de los representantes de ambos Partidos[447]. El Comité central chino responderá afirmativamente el 9 de marzo[448]. El 30 de marzo los soviéticos proponen que el encuentro tuviese lugar el 5 de julio en Moscú. Pekín da su acuerdo.

El 14 de junio, una iniciativa china cuidadosamente calculada para conducir ya sea a la capitulación de los soviéticos, ya sea a la ruptura ideológica abierta, toma la forma de una carta de 25 puntos considerada como respuesta

[446] Ver «Diario del Pueblo» de 27 de enero de 1963: *Unámonos sobre la base de las declaraciones de Moscú.*
[447] Publicada en «Diario del Pueblo» de 4 de abril.
[448] Agencia Hsinhua de 14 de marzo.

a las opiniones contenidas en la carta del 30 de marzo del PCUS. Titulada «Proposiciones concernientes a la línea general del movimiento comunista internacional», la carta de 25 puntos resume las tesis chinas sobre una serie de cuestiones fundamentales, se apoya frecuentemente sobre las declaraciones de 1957 y de 1960 y sobre todo ataca indirectamente las posiciones soviéticas sobre un gran número de puntos de doctrina (coexistencia pacífica, competencia pacífica) o cuestiones prácticas (asunto albanés, relaciones de igualdad y de reciprocidad entre «partidos hermanos»).

El rechazo de los soviéticos y de otros miembros del campo socialista en lo que refiere a permitir la difusión de la carta del 14 de junio, los incidentes a los que esta difusión, emprendida con todo en Moscú y en Berlín por los chinos, debían dar lugar, preparaban un mal clima para la conferencia[449].

Esta, sin embargo, empezaba en la fecha prevista. Teng Hsiao-ping, P'eng Chen, K'ang Sheng, Yang Shang-kun, Liu Ning-yi, Wu Hsiu-ch'uan y P'an Tzu-li constituyen la delegación china. El 14 de julio, los soviéticos respondían a su vez a la carta de junio con unos ataques «desenfrenados», dicen los chinos. El 20 de julio las conversaciones quedaban aplazadas. La delegación china regresaba casi inmediatamente a su país.

El fracaso de la conferencia tenía como razón básica la separación irreductible entre las posiciones de hecho de las dos partes que interpretaban de diferente manera unas formulaciones doctrinales comunes (las de las declaraciones de 1957 y de 1960) o parecidas. Pero la causa inmediata será la perspectiva de la próxima firma del tratado anglo-ruso-americano sobre la prohibición parcial de las experiencias nucleares (tratado del 25 de julio), al que Pekín intentaría vanamente oponerse.

Los chinos no podían sin una extrema humillación encontrarse en Moscú al mismo tiempo que los signatarios occidentales del tratado. Su resentimiento y sus puntos de vista se manifestaron claramente en la declaración del 31 de julio[450].

Tras el fracaso de la conferencia, la polémica proseguiría más moderada, pero muy vigorosa en la forma y en el fondo, reveladora también de los conflictos de Estado. Una primera declaración china (15 de agosto) se complacerá

[449] Tres miembros de la embajada de China en Moscú y dos estudiantes chinos en Rusia fueron expulsados por los soviéticos por haber participado en esta difusión.
[450] Ver cap. XXIV.

en colocar a los soviéticos en contradicción consigo mismos y denunciar su deseo de monopolizar las armas nucleares del campo socialista. Con este propósito revelará un secreto de talla; la negativa soviética a tener compromisos militares con China.

«Desde el 20 de junio de 1959, cuando no había aún el menor indicio de un tratado sobre la detención de las pruebas nucleares, el gobierno soviético rompió unilateralmente el acuerdo sobre las técnicas nuevas de defensa nacional, concertado el 15 de octubre de 1957 entre China y la Unión Soviética y rechazó suministrar a China un modelo de bomba atómica y los datos técnicos de su fabricación; esto constituía un regalo ofrecido por el dirigente soviético a los Estados Unidos cuando se trasladó allí en septiembre para entrevistarse con Eisenhower.»[451]

Los motivos de la prudencia soviética pueden ser numerosos: previsión de un futuro acuerdo contra la diseminación de armas nucleares, inquietudes causadas por la iniciativa china en el estrecho de Taiwan en 1958, convicción de que China derivaba hacia una hostilidad cada vez más marcada con respecto a la Unión Soviética. De todas formas los chinos podían tener el sentimiento de haber sido traicionados ya como aliados o como comunistas.

«En todo caso un hecho es innegable, el que los dirigentes soviéticos han traicionado al pueblo soviético, traicionado a los países del campo socialista y traicionado a los pueblos del mundo entero.»[452]

Sin embargo, la declaración del 15 de agosto sólo será un comienzo. Pronto le sucederán durante un año, siempre en respuesta a la carta soviética del 14 de julio de 1963, una serie de nueve documentos que dieron a luz, a veces muy crudamente, los principales puntos de la controversia.

1. *Las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros: su origen y evolución* (6 de septiembre de 1963).

2. *Acerca de la cuestión de Stalin* (13 de septiembre de 1963).

3. *¿Es Yugoslavia un país socialista?* (26 de septiembre de 1963).

4. *Los defensores del neocolonialismo* (22 de octubre de 1963).

5. *Dos líneas diferentes en la cuestión de la guerra y de la paz* (19 de noviembre de 1963).

[451] Texto francés en «Pékin Information» de 19 de agosto de 1963.
[452] Ibíd.

6. *Dos políticas de coexistencia pacífica diametralmente opuestas* (22 de diciembre de 1963).

7. *Los dirigentes del PCUS son los mayores escisionistas de nuestro tiempo* (4 de febrero de 1964).

8. *La revolución proletaria y el revisionismo de Kruschev* (31 de marzo de 1964).

9. *El pseudocomunismo de Kruschev y las lecciones históricas que da al mundo* (14 de julio de 1964).

El valor de estos materiales es naturalmente tan considerable para la historia del movimiento socialista como para la misma historia china.

En vano los soviéticos propondrán el 29 de noviembre de 1963 el fin de las polémicas, la solución de ciertas cuestiones fronterizas por vía de amistosas consultas y hasta el regreso de los especialistas a China. Los chinos rechazaron estas invitaciones con insolencia (carta del 23 de febrero de 1964), declinaron una nueva llamada en marzo y no vacilaron en reabrir el dosier de la querella publicando numerosos volúmenes de extractos de la prensa soviética hostiles a China y después, en mayo de 1964, el texto de las siete cartas intercambiadas con los soviéticos a partir de noviembre de 1963. Las cuatro cartas del Partido Comunista chino asombran particularmente por su estilo duro, irónico e injurioso.

Del otoño de 1963 al verano de 1964, las relaciones chino-soviéticas estarán dominadas por el problema de la convocatoria de una conferencia de los partidos comunistas y obreros, propuesta por Kruschev resuelto más que nunca a obtener la condena de las tesis y de los dirigentes chinos a fin de restablecer la obediencia y la unidad en el campo socialista. Este proyecto fracasaría a causa de las tendencias centrífugas de los italianos, a causa de la reserva de los rumanos y de la confusión de los partidos asiáticos (japonés y vietnamita). Después de numerosas maniobras dilatorias, los chinos rechazaron categóricamente el asociarse a toda conferencia general y hasta se abstuvieron de participar en una reunión de los delegados de los 26 partidos comunistas y obreros miembros del comité de redacción de la Conferencia de 1960. La Conferencia de los 26 se realizará finalmente del 1 al 15 de marzo de 1965 bajo el nombre de Conferencia Consultiva, estando representados 19 partidos, pero se disolverá sin fijar la fecha de la Conferencia General y sin haber producido ningún documento importante. El «Diario del Pueblo» la condenará por ilegal y cismática y anunciará su intención de continuar denunciando públicamente

y sin tregua el revisionismo moderno y sus agentes[453]. Entre tanto la perspectiva de nuevos enfrentamientos en el seno del movimiento comunista internacional había conducido a los soviéticos a lanzar contra los chinos una vigorosa contraofensiva ideológica y política resumida en el «Informe Suslov» del 14 de febrero de 1964[454]. Con el testamento de Palmiro Togliatti, publicado el 4 de septiembre de 1964, este informe constituye uno de los dos grandes textos del período en lo que concierne al movimiento comunista en general y a las relaciones chino-soviéticas en todos los dominios más en particular.

Un violento enfrentamiento chino-soviético en la conferencia de la solidaridad afroasiática de Argel (marzo de 1964), una disputa en cuanto a la participación o la no participación de los soviéticos en la segunda Bandung, prevista para el verano de 1956, las crueles burlas de Kruschev sobre la pobreza y las pretensiones chinas y numerosos artículos de «Pravda» continuarán enrareciendo la atmósfera[455]. Se entremezclaron querellas entre personas, entre ideologías y Estados. Mao Tse-tung, manifestándose privadamente, evocará, como se ha visto, los problemas de las fronteras siberianas frente a una delegación de parlamentarios japoneses (10 de julio). Todos los discursos proestalinianos, y después oportunistas, de Kruschev serán reimprimidos por los chinos en agosto de 1964, y en el mismo mes aparecerá el último panfleto contra él dentro de la serie mencionada más arriba: «*El pseudocomunismo de Kruschev y las lecciones históricas que da al mundo entero*.»

Los sucesores de Kruschev

Algunas semanas después, los chinos tendrán la inmensa alegría de ver caer a su constante adversario y, a los dos días, como un gigantesco castillo de fuegos artificiales, la primera explosión atómica china parecería celebrar su victoria. El cadáver político de Kruschev, «este conspirador empedernido que había usurpado la dirección del Partido y del Estado soviético», pronto será

[453] Comentario sobre la reunión de marzo en Moscú, «Diario del Pueblo» de 23 de marzo de 1965.
[454] El informe presentado al Comité central del PCUS no será publicado hasta el 3 de abril por la prensa soviética.
[455] Particularmente el discurso de Kruschev del 15 de abril de 1964 en ocasión de la visita de Gomulka a Moscú.

pisoteado y extraída la moraleja del acontecimiento al uso de sus sucesores. En el largo catálogo de reproches que constituye el panfleto «¿Por qué ha caído Kruschev?», «la hostilidad que había derramado hacia la China comunista», «su odio hacia el Partido Comunista y hacia el camarada Mao Tse-tung», ocuparían un preeminente lugar[456].

Tras una calma de algunos meses, sin duda destinada a aprobar la nueva dirección del PCUS, y después de un encuentro infructuoso entre Kossyguin y Mao Tse-tung (10 de febrero de 1965), los ataques chinos no tardarían en reanudarse de nuevo. Pero sobre el fondo de la disputa ya se ha dicho casi todo en 1963 y en 1964. Se limitará, pues, a desconsiderar a los sucesores de Kruschev, que hacen knischevismo sin él: El triunfo del leninismo (22 de abril de 1965), Luchemos hasta el final contra el revisionismo kruschevista (14 de junio), De la unidad de acción de la nueva dirección del PCUS (11 de noviembre de 1965), Los dirigentes del PCUS traidores a las dos declaraciones de Moscú (30 de diciembre de 1965).

El último gesto chino importante antes de la Revolución cultural será rechazar una invitación para asistir al XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, sirviéndose de esta ocasión para denunciar el complot tramado entre Washington y Moscú para dominar el mundo (marzo 1966).

La sustancia de las controversias

De 1958 a 1966, como en el período precedente, las posiciones y controversias ideológicas entre Moscú y Pekín encubren en primer lugar unas preocupaciones nacionales. Bajo la apariencia de las palabras, de un estilo neutro por el lado de los soviéticos y apasionado por el de los chinos —diferencia que explica la desigual madurez de ambos partidos, pero también el sentido efectista propio en los chinos—, se encuentran siempre los mismos problemas políticos. En primer lugar el de la distensión disfrazada bajo otros nombres: coexistencia, competencia pacífica, paso pacífico hacia el socialismo. Acto seguido el de la dirección del campo socialista, de la independencia y de la igualdad de los partidos. Por fin los que conciernen al Tercer Mundo. Tras ellos se perfilan y a veces aparecen crudamente otros problemas más específicos y más fáciles

[456] «Bandera Roja», núm. 21-22 de noviembre de 1964.

de nombrar: Taiwan, Japón, Sureste Asiático, Naciones Unidas, desarme, relaciones económicas y relaciones militares. Por encima de todos ellos, domina la personalidad temible, a la vez dócil e inflexible, de Mao Tse-tung, jefe del Estado, pero también ya paralela a la de Lenin, tanto por su contribución a la doctrina como por su influencia sobre el movimiento revolucionario internacional.

La presentación y el análisis de las divergencias se hallan considerablemente complicadas por la proyección de estos problemas concretos en el plano ideológico en donde reinan unas convenciones de lenguaje que el observador, a diferencia de sus actores, no tiene la obligación de seguir ciegamente; por esta razón se intentará en primer lugar traducir las tesis y las posiciones chinas en términos políticos, dejando en la sombra la antítesis soviética que en este momento no nos toca ni exponer ni comentar.

Considerando las cosas de una manera más general, se puede decir que la evolución progresiva de la Unión Soviética hacia la liquidación de la guerra fría, la distensión y la colaboración con el Occidente explica por sí sola la deteriorización de sus relaciones con China.

Combinada con el equilibrio del terror nuclear, la distensión conduce al mundo hacia un dualismo ruso-americano al que China, supergrande en términos de superficie, de población, de recursos, así como de historia, no se puede acomodar. Incluso si este dualismo temido es imaginario o lejano, la distensión debilita la posición de los chinos en el campo socialista y en el mundo. Sacrifica sus propios objetivos a los de los soviéticos. Reduce su papel de aliados, ya se trate de un eventual conflicto militar o de la expansión revolucionaria. Por el rodeo de la competencia económica contribuye a clasificar a las naciones según sus capacidades de producción, sus niveles de vida, incluso a aproximarlos a razón de sus necesidades de intercambio, en consideración también de tradiciones históricas, culturales y morales comunes a algunas de ellas. Significa que la «solidaridad proletaria», traducida en forma de ayuda financiera y de asistencia técnica, se ejercerá más difícilmente a favor de China.

Esencialmente, la distensión concierne a los Estados Unidos con los que los chinos están directamente enfrentados a propósito de Taiwan, del Sureste Asiático, del Japón y de las Naciones Unidas. Amenaza con «helar» para largo tiempo la mayor parte de estos problemas y a veces hacerlos evolucionar hacia unas situaciones irreversibles.

La distensión sólo puede reducir la acción política e ideológica de China a los países en vías de desarrollo, países a los que se ha dado la misión de inspirar según su propia experiencia codificada por Mao Tse-tung, pero en donde no puede pensar en concurrir económicamente con los grandes países industrializados.

En fin, se teme que, como lo espera Occidente, la distensión no conduzca poco a poco hacia una liberalización progresiva en el interior de todo el campo socialista, comenzando probablemente por los satélites europeos para acabar con la misma China. Ahora bien, ésta se halla inmersa en una fase dura, en una fase de gran tensión interior necesaria para la convergencia y para el control de los esfuerzos de construcción. No podría acómodarse a ningún relajamiento; el resonante fracaso de las «Cien Flores» se lo ha demostrado suficientemente.

El rechazo de la distensión se manifestará en el lado chino por cierto sentido dado a la coexistencia pacífica y al problema de la paz y de la guerra que es su otra faceta.

La coexistencia pacífica implica el reconocimiento de un hecho material: la existencia de otros Estados con los que la ausencia de guerra justifica el establecimiento de diversas relaciones, políticas, económicas, comerciales y hasta culturales. Pero, en ningún momento estas relaciones podrían oscurecer la ideología y los objetivos revolucionarios. Los compromisos necesarios tienen como única finalidad el favorecer la construcción del socialismo dentro y desenmascarar y aislar las fuerzas agresivas y belicistas del imperialismo fuera. Clarividente, la coexistencia pacífica debe ser intransigente, no sacrificar el interés de los pueblos en las relaciones entre los gobiernos y no frenar la lucha de clases en los países capitalistas. En fin, la coexistencia pacífica no debe ser entendida en las relaciones entre países oprimidos y países opresores.

A fin de favorecer la puesta en práctica de una teoría tan rígida, los chinos se autorizan a establecer toda serie de distinciones y de matices entre países socialistas y países capitalistas, países nacionalistas y países «imperialistas», y por fin, entre países «imperialistas» y países capitalistas en general, y también entre diversos tipos de países «imperialistas»[457].

[457] Ver particularmente «Dos políticas de coexistencia pacífica diametralmente opuestas» (12 de diciembre de 1965).

El problema de la paz y de la guerra se presenta de manera paralela. No buscar la guerra, pero no negar su posibilidad en tanto que el «imperialismo» dure y sobre todo no ceder al chantaje de la guerra que por el contrario es preciso combatir agrupando todas las fuerzas posibles en una misma acción: fuerzas socialistas, fuerzas democráticas y fuerzas de liberación, puesto que en definitiva frente a las masas del mundo entero, el «imperialismo» no es más que un «tigre de papel». Esta doctrina se opone totalmente a la cooperación de las dos grandes potencias nucleares, los Estados Unidos y la Unión Soviética, con objeto de solucionar los problemas mundiales e impedir la guerra.

De una eventual guerra nuclear los chinos tienen una concepción optimista opuesta a la visión pesimista de Togliatti, para quien la bomba atómica trasciende las ideologías. Creen que la «aparición de las armas nucleares no ha podido modificar los principios fundamentales del marxismo-leninismo a propósito de la guerra y de la paz»[458] y creen que una nueva guerra mundial verá inevitablemente el final del imperialismo y la victoria del socialismo.

Dentro de esta apreciación de la guerra, los chinos dan un lugar privilegiado a las «guerras justas», guerras de emancipación nacional y guerras civiles revolucionarias que refuerzan a las masas populares, al campo socialista y por las que se deben correr los mayores riesgos. En realidad, dicen, movilizar las masas contra el terror nuclear propagado por el «imperialismo americano» con fines de chantaje, oponerse a las guerras revolucionarias, sería oponerse a la misma revolución. Además la experiencia está aquí para probar que estas guerras no conducen a la guerra general.

En la realidad, no es sobre la doctrina sino sobre las relaciones de fuerza donde los chinos ajustaron su comportamiento, muy poco diferentes en esto a los demás Estados del mundo. Su audacia para con la India y su prudencia en cualquier otra parte son suficientes para atestiguarlo. Falta desear que siempre sea así[459].

---

[458] *Las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros*, «Diario del Pueblo» de 31 de diciembre de 1962.

[459] A las tesis chinas sobre las posibilidades de guerra nuclear, los soviéticos respondieron que si la naturaleza del imperialismo es como la de un tigre y no cambia, el elefante socialista, animal pacífico que no ataca a los demás animales, es tan fuerte que hasta el tigre respeta su fuerza.

Después del problema de la distensión, el de la dirección del campo socialista es el más importante y la crisis de 1963 probaría también que no se resolvió de una manera satisfactoria por la conferencia de los once partidos comunistas y obreros de 1957[460]. La declaración de 1960 se limitará a subrayar el carácter de vanguardia del Partido Comunista de la Unión Soviética pero, tanto el asunto albanés en el XII Congreso del PCUS como la carta de 25 puntos del 14 de junio de 1963, mostraron a los ojos de los chinos que este carácter no implicaba ninguna subordinación. El Partido Comunista chino precisará que un partido nacional no podía estar sujeto más que por las resoluciones que él hubiese suscrito a consecuencia de libres discusiones realizadas en ocasión de audiencias internacionales. Unas resoluciones concertadas por el congreso de tal o cual partido no podían comprometer a los demás partidos aunque éstos estuviesen representados allí por sus delegaciones.

Los chinos observaron que el reconocimiento de una mayoría y de una minoría desencadenaba la legalización de actividades fraccionarias que podían romper la unidad del movimiento comunista internacional tomado en conjunto y quebrantar al mismo tiempo la unidad de cada partido. Se opusieron también a que un congreso nacional fuese ocasión de ataques contra otro partido y a que las divergencias fuesen hechas públicas. Finalmente, pensando evidentemente en la retirada de los especialistas soviéticos de China, pidieron que las diferencias ideológicas no afectasen a las relaciones de Estado.

En total, la posición china parecía inspirada por un deseo de completa independencia, pero se explica también por la situación minoritaria del Partido Comunista chino en el seno del movimiento internacional. El Partido Comunista de la Unión Soviética, respetado por tradición, sólo se atribuye unas responsabilidades morales o materiales de solidaridad proletaria y ningún derecho. Es cierto que su poderío político, económico y militar le da un peso específico que podía prescindir de reconocimiento formal.

Quizá sea preciso decir de paso con qué prematuro optimismo los signatarios de la declaración de 1960 apreciaban las relaciones entre Estados socialistas:

«Uno de los mayores éxitos del sistema socialista mundial es el de haber confirmado en la práctica la tesis marxista-leninista según la cual, con el antagonismo de clase desaparecería el antagonismo de las naciones.»

[460] Cap. XVI.

Para los chinos la primera tarea y la más urgente con que se enfrentan los países en vías de desarrollo continúa siendo la lucha que conviene proseguir contra el «imperialismo», el «colonialismo» o el «neocolonialismo». Es más importante que el problema económico a pesar de la importancia de este último. El Partido Comunista chino acusará a su homólogo soviético de hacer pasar en primer lugar a la coexistencia pacífica y a la competición pacífica sustituyendo así a la lucha revolucionaria, de practicar una política de ayuda económica sospechosa y a menudo egoísta y chovinista, de cooperar con los americanos en la ayuda a los países atrasados y de contar con las Naciones Unidas para liquidar definitivamente a los regímenes de administración colonial.

La tesis oficial china es naturalmente una repercusión de la historia del movimiento comunista chino. A diferencia de la Revolución soviética, fenómeno esencialmente interno, la Revolución china, asociando nacionalistas y comunistas, se volvió en primer lugar contra la influencia extranjera y es en el curso de ocho años de lucha contra la invasión japonesa como el Partido Comunista chino, reducido a nada después de la Larga Marcha, reemprenderá su pleno desarrollo. Corresponde también a la doctrina que los chinos han establecido a partir de su propia experiencia, y que quisieran ver reconocida. El relajamiento de las luchas revolucionarias les priva igualmente de un argumento histórico, moral e ideológico de peso en su acción política. Por último, el bajo nivel de desarrollo económico de China no le permite insertarse con algunas posibilidades de éxito en las relaciones económicas —ayuda comprendida— de las grandes potencias y del Tercer Mundo. Los sentimientos de frustración de los chinos parecen ser tanto más considerables cuanto que la parte asiática de este Tercer Mundo afecta directamente a sus intereses y cuanto que los mismos soviéticos prestan tanta atención a esta parte como los Estados Unidos o las antiguas potencias colonialistas. La visita de Kruschev a la India y a Indonesia en febrero de 1960 y la importancia de la ayuda soviética a la India y hasta a Birmania, no pueden causar demasiada alegría en Pekín.

Finalmente, los antagonismos raciales que encajan en China y países también en vías de desarrollo (aunque los chinos estén inclinados en este punto a mantener unos complejos de superioridad procedentes de su historia) contribuyen a endurecer la rivalidad chino-soviética en el Tercer Mundo.

China también espera ser a la vez militarmente independiente y estar protegida por los acuerdos de seguridad con la URSS cuya protección nuclear le es

aún por cierto tiempo indispensable. Los chinos, ya lo hemos visto antes, rechazan su integración en el sistema de defensa soviético acusando a los rusos de haber quebrantado su promesa de contribuir en la creación de un arsenal atómico chino[461]. Si esta falta de lógica se excusa en Pekín por un interés nacional sagrado, no ocurre lo mismo en Moscú donde la solidaridad ideológica del campo socialista no tardaría en encontrar su expresión política en la teoría de la «soberanía limitada».

Es también en vistas de la total liberación de su política exterior como China combatirá el desarme tal como lo entienden los rusos y americanos y rechazará firmar el tratado de Moscú del 5 de agosto de 1963. Este objetivo estará naturalmente camuflado bajo la afirmación doctrinal del carácter inmutablemente «feroz» del imperialismo. Así, el desarrollo nuclear chino podrá ser presentado, no como una necesidad nacional, sino como un imperativo del movimiento revolucionario general y de la paz mundial.

La afirmación de la independencia de cada Estado en su modo de construcción del socialismo y la negación del principio de la «división internacional del trabajo» (que con todo no debería excluir la ayuda desinteresada dada en su espíritu de internacionalismo proletario), son también, por supuesto, la traducción ideológica de un interés chino. Esto se manifestará en la negativa de adherirse al Comecon, por la elección de la fórmula poco ortodoxa de las comunas populares y el slogan «contar con las propias fuerzas», por citar sólo algunos ejemplos.

También a partir de la personalidad de Mao Tse-tung se explica la oposición china a la destalinización, a la tendencia soviética de «oponer el jefe a las masas». La carta de 25 puntos (14 de junio de 1963) irá en esto muy lejos en la alusión:

«Lo que es más grave todavía, es que bajo el pretexto de esta "lucha contra el culto de la personalidad", algunos intervienen brutalmente en los asuntos internos de otros partidos y países hermanos y fuerzan a otros partidos hermanos a cambiar de dirigentes con la finalidad de imponer a estos partidos su línea errónea.»

¿Se puede pensar que los chinos pensasen solamente en Enver Hoxha?

[461] Ver apartado «La crisis del verano de 1963. La carta china en 25 puntos» del presente capítulo.

Hacia mediados del año 1966, las relaciones chino-soviéticas han cambiado profundamente.

Sin duda alguna, la alianza del 14 de febrero de 1950 que coloca a China bajo el protectorado militar de la URSS subsiste por las circunstancias pero, al filo de la controversia ideológica, sus límites se han convertido en más estrechos y mayor su precariedad.

Los chinos lo comprenden. Se abstienen de iniciativas arriesgadas, limitan generalmente su intervención exterior a unas promesas verbales cuya fuerza de estilo confunde. Al mismo tiempo prosiguen la orientación general de su defensa nacional, confiada a las masas populares y a los artesanos con una fuerza de disuasión moderna, hacia unos conceptos defensivos cada vez más caracterizados.

Esta moderación en el dominio político va a estar compensada por una acción ideológica antirrevisionista, es decir, antisoviética, llevada a todo el país y en todos los Partidos Comunistas del mundo.

Ya, aquí y allá, se crean unas fracciones disidentes calificadas de «marxistas-leninistas» para indicar de qué lado está la ortodoxia. Ya ciertos partidos asiáticos o europeos, sin participar forzosamente en las tesis chinas, son sensibles a las ideas de independencia y en todo caso repugnan prestarse a la quiebra del movimiento comunista internacional. Es el caso del Partido Obrero rumano, y de los Partidos Comunistas de Asia que, disponiendo según su situación geográfica y económica de un margen de maniobra más o menos grande, tergiversan y vacilan entre las dos corrientes. En Occidente, el Partido Comunista italiano de Togliatti y de sus sucesores se convierte en activo defensor del policentrismo y de la diversificación del movimiento comunista internacional a fin de preservar la unidad fundamental.

Pertenecería a los mismos chinos el arruinar estos primeros resultados atacando a su propio partido, dando una imagen a menudo incomprensible y siempre desconcertante de su situación y de sus fines. Una sola cosa parecerá cierta en el transcurso de los años turbulentos que se avecinan: una hostilidad mucho mayor que nunca de los dirigentes chinos con respecto a los responsables soviéticos y un odio ideológico que los enfrentamientos militares del Ussuri pronto transformaron en odio nacional.

Cuarta parte:

MOVIMIENTO DE EDUCACIÓN SOCIALISTA Y LA REVOLUCION CULTURAL (1962-1971)

«En el seno de nuestro Partido, la vida es la lucha y no la paz y los compromisos; ésta es una de sus mayores características. Nuestro Partido debe introducir la lucha en su seno a fin de llegar a ser un Partido firme y poderoso, progresista y lleno de vigor combativo.»

Lin Piao

«No es más fácil aceptar el pensamiento del presidente Mao. Muchos de los camaradas que han participado en la Larga Marcha no han podido llegar al final. Algunos quieren poner en peligro su cabeza y derramar su sangre por la revolución y sin embargo no han podido seguir el pensamiento del presidente Mao. Esto hace reflexionar.»

Ch'i Pen-yü, 12 de octubre 1966

«Una batata, aunque esté un poco podrida, es siempre una batata. Pero, si no nos ocupamos de ella inmediatamente, acabará por pudrirse completamente.»

(Los campesinos pobres de la brigada de Kiangshan en Chekiang)

XXVI. El décimo Pleno y la reaparición de la lucha de clases

Aparentemente, la 10a. sesión del VIII Comité central, que se realiza en Pekín del 24 al 27 de septiembre de 1962, no modifica en nada la política de reajuste seguida desde el 6.° pleno (Wu-han, diciembre de 1958) hasta el 9.° pleno (Pekín, enero de 1961). En el campo el espíritu colectivo se mantiene en el más bajo nivel, el de los equipos de producción y las «pequeñas libertades» persisten. La industria guarda la misma orientación prudente: la industria pesada reducida a lo indispensable, acento puesto sobre la industria ligera y sobre la ayuda al frente agrícola, esfuerzos para mejorar la calidad y aumentar la variedad de los productos. Teóricamente, la progresión de la reedificación industrial será del 15 por ciento de 1963 a 1964 y del 11 por ciento de 1964 a 1965. Pero, en la medida en que la producción de numerosas fábricas ha debido ser aminorada o detenida de 1959 a 1962, estas relaciones no tienen casi sentido. Y sin embargo, esta 10a. sesión marcará un extraordinario cambio en el espíritu y en el destino del régimen y se puede decir que de ella saldrán las convulsiones de la Revolución cultural.

Es en efecto el 10.° pleno el que volverá a dar vida al tema medio olvidado de la permanencia de la lucha de clases. Sobre este punto, la resolución adoptada por el Comité central es vigorosa y más orientada hacia el mismo Partido que hacia el conjunto de la sociedad[462].

«No debemos olvidar jamás que esta lucha de clases es complicada, tortuosa, que tiene altibajos y que en alguna ocasión es muy aguda. Esta lucha de clases encuentra inevitablemente su expresión en el seno del Partido. La presión procedente del imperialismo extranjero y la existencia de unas influencias burguesas en el interior del país constituyen la fuente social de las ideas revisionistas en el Partido. Al mismo tiempo que nosotros luchamos contra los

[462] Sin embargo, el 10.° pleno había sido precedido con un mes de diferencia por una reunión de trabajo del Comité central realizada en Peitaiho y en el curso de la cual se había admitido la necesidad de un «movimiento de educación socialista».

enemigos de clase interiores o exteriores, debemos estar al acecho y oponernos resueltamente, a su debido tiempo, a las diferentes tendencias ideológicas oportunistas que se manifiestan en el seno del Partido.»

Seguía una referencia al pleno de Lushan que había aplastado el oportunismo de derecha, «es decir, el revisionismo», y una llamada a la vigilancia contra dogmatismo y revisionismo.

En la imaginería de la propaganda popular, esta larga perorata se transformaría en un breve y severo apóstrofe de Mao Tse-tung a la nación: «Camaradas, no olvidemos la lucha de clases.»[463]

Después de la distensión relativa de los años precedentes, este cambio se explica sin duda por la voluntad de Mao Tse-tung siempre dispuesto a hacer seguir una ola revolucionaria a otra. El año 1962 se prestaba a ello en la medida en la que China empezaba a entrar en la convalecencia económica. Pero también era y no debemos dudarlo, una reacción de defensa contra tendencias cada vez más claras que efectivamente se manifestaban en la sociedad, en la administración y en el Partido: tendencia al relajamiento del espíritu revolucionario, tendencia a la irresponsabilidad y, sobre todo, tendencia a llevar muy lejos unos métodos de restablecimiento que acababan de dar prueba de sus actitudes.

En los grandes centros urbanos, un proletariado privilegiado se habituaba a sus ventajas materiales, a las primas de rendimiento, a la jornada de ocho horas. Los grandes momentos revolucionarios habían pasado y las actividades políticas se convertían a menudo en un simple rito que tomaba apoyo sobre los acontecimientos o temas designados por el Partido.

En los campos, la retirada de los años 1959-1962 había favorecido las inclinaciones innatas del campesino a la propiedad. El primer ministro Chu En-lai debía reconocer esta evolución y su carácter general en su informe de los días 21 y 22 de diciembre de 1964 en la 3a. Asamblea Nacional:

«En nuestra sociedad socialista —diría—, los propietarios de hacienda, la burguesía y demás clases explotadoras, aunque derribadas, se mantendrán fuertes y vigorosas durante un período relativamente largo. En ningún caso

[463] La persistencia de la lucha de clases en el régimen socialista será subrayada por Mao Tse-tung en su discurso del 24 de diciembre de 1962 en el 10.o pleno. Ver «Chinese Law and Government», vol. I, núm. 4, pág. 85. Ver también Lin PIAO, *Informe al IX "Congreso del PCC.*

debemos subestimarlas. Entre tanto, nuevos elementos burgueses, nuevos intelectuales burgueses y demás explotadores no cesarán de aparecer en la sociedad, en los organismos del Partido y del Estado, en las organizaciones económicas y en los sectores de la cultura y de la enseñanza. Estos nuevos elementos burgueses y demás explotadores están siempre a la búsqueda de protectores y de agentes en los organismos dirigentes de los niveles superiores. Los nuevos y los antiguos elementos burgueses y demás explotadores se alían invariablemente para combatir al socialismo.»[464]

Pasando del caso general al caso particular de los años 1959-1962, el primer ministro insistiría sobre la violencia de los ataques surgidos del interior con la intención de nuevas descolectivizaciones.

«En este tiempo, muchas personas se ponen a predicar acerca del plano interior de la extensión de las parcelas individuales, el ensanchamiento del mercado libre, la multiplicación de las pequeñas empresas disponiendo libremente de sus beneficios y soportando sus propias pérdidas, la determinación de una cuota de producción por hogar campesino, la "actividad individual" (regreso a la economía individual), la "liberalización", la "puesta en cuestión de conclusiones justas", así como el capitulacionismo en el dominio del frente unido y sobre el plano internacional, el final de la lucha contra el imperialismo, la reacción y el revisionismo moderno, al mismo tiempo que la reducción de la ayuda a la lucha revolucionaria de los pueblos. Estas personas opusieron sus conceptos burgueses o revisionistas a la línea general de nuestra construcción socialista y a la línea de nuestra política exterior.»

Conviene añadir que la lucha entre partidarios y oponentes de la «línea general» debía prolongarse mucho más allá del año 1962 y desarrollarse en los cuadros más elevados del Partido. Entre muchos otros, Ch'i Pen-yu, ardiente partidario y después notable víctima de la Revolución cultural, debía aportar el testimonio.

[464] Versión francesa de las Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.

«Cuando la fórmula san tzu i pao fue expuesta en 1962 y también durante el período de dificultades, la lucha fue muy violenta[465]. En esta época si nuestro gran timonel no hubiese agarrado firmemente el mando, nuestro país se encontraría en una situación precaria. En su época, los que reclamaban la determinación de cuotas sobre la base del hogar no eran los camaradas de los niveles inferiores o de los cuadros de la base. Esta línea fue avanzando constantemente de 1962 a 1966. Algunos de estos problemas tenían un carácter interno al Partido y no podían ser discutidos públicamente.»[466]

Numerosas indicaciones publicadas por la prensa controlada o por la de los guardias rojos bajo la forma de relatos, anécdotas o citaciones directas, debían testimoniar, en efecto, la fuerza de la corriente liberal en los campos. La determinación de la cuota de producción sobre la base de la familia a la que se confiaba la responsabilidad de una cierta extensión de tierra, parece por lo menos haber sido experimentada en numerosas regiones y sobre todo en el Anhwei y el Honan. En algunas subprovincias de esta última provincia, unas comunas habrían alquilado hasta un 20 por ciento de sus tierras a campesinos a los que se les había hecho decir: «La parcela es nuestro hijo, el campo alquilado es nuestro hijo adoptivo, el campo de la comuna un huérfano.» Se conocería más tarde que en una comuna del distrito de Lankao en el Honan, la tercera parte de las tierras de la comuna habían sido redivididas y redistribuidas a las familias en 1962[467]. La decisión del 20 de mayo de 1963 hablará ampliamente de sabotajes, homicidios, corrupción, usura, actividades especulativas, compraventa de tierras, retorno de la influencia de los ex propietarios de haciendas, aparición de organismos contrarrevolucionarios actuando a veces bajo la

[465] La fórmula abreviada san tzu i pao significa: extensión de las parcelas individuales, desarrollo de los mercados libres, multiplicación de las pequeñas empresas asegurando la responsabilidad de sus ganancias y de sus pérdidas, determinación de las cuotas de producción sobre la base de la familia (nota de la traducción china).

[466] Ch'i Pen-yü, declaración de 12 de octubre de 1966 ante los destacamentos de milicia del Instituto aeronáutico de Pekín y de los guardias rojos del colegio de Geología.

[467] Agencia Hsinhua de 9 de junio de 1968: Lankao es precisamente el hsien del «buen» secretario del Partido «Chiao Yu-lu». Se puede suponer que intentará precisamente luchar contra estas tendencias; ver el capítulo XXVII. Una exposición de Chiao Yu-lu tendrá lugar en Pekín el mes de julio de 1966.

máscara de sectas religiosas[468]. Según Liu Shao-ch'i, la proporción de las comunas populares que actúan conforme a las reglas establecidas y sanamente dirigidas no sobrepasaría el 15 por ciento del total. En la actualidad no hay ningún tipo de duda al afirmar que el presidente de la República, Teng Hsiao-p'ing, Chu Teh, Ho Lung, Teng Tzu-hui, Ch'en Yün y hasta el responsable de la agricultura T'an Chen-lin fueran los partidarios más destacados de una línea flexible, aunque disimulando a veces su oposición a la línea general bajo una adhesión afirmada a los reajustes o a veces bajo unos argumentos «ultraizquierdistas», y hasta incluso bajo unas teorías concernientes, a las relaciones entre el modo de cultivo y colectivización. Chu Teh será acusado directamente de haber apresurado al Partido a seguir las tendencias generales de los rurales hacia la explotación de la familia. El economista Ch'en Yün, yendo más lejos, habría declarado en 1962 que la repartición de las cuotas sobre la base de la familia no era más que una semimedida, «una simple capa de mercromina sobre una herida» y que era preciso redistribuir las tierras a cada uno[469]. A Teng Hsiao-p'ing se le hará decir que el buen gato no es el que es blanco o negro, sino aquel que atrapa los ratones. El 5 de diciembre de 1964, T'ao Chu dirigiría a Liu Shao-ch'i una «carta negra» que tendía a restaurar el capitalismo en las zonas rurales e introduciría en determinados hsien de Kwangtung un sistema de responsabilidad hecho a base de primas, de multas y préstamos de tierras. Gracias a la protección de Liu Shao-ch'i, Chang Wen-t'ien, uno de los grandes excluidos en Lushan, sería enviado en octubre de 1960 al Instituto de Estudios Económicos donde, colaborando con Sun Yeh-fang, su director, escribiría 14 notas o estudios y sostendría unas ideas capitalistas en numerosos documentos entre los cuales se hallan, *Impresiones sobre ciertas cuestiones concernientes al comercio urbano y a los mercados rurales y Notas personales sobre la economía socialista, ambos favorables al regreso de la explotación familiar*. A través de numerosas acusaciones similares, parecía que la cuestión campesina se planteaba hasta en las altas esferas, en términos de eficacia y rendimiento. Si la línea general en la agricultura no fue oficialmente modificada, por lo menos el debate bloquea un eventual retorno a las fórmulas extremas del verano de 1958 y hace temer que los pragmáticos no acabasen ganando.

[468] Ver cap. XXVII.

[469] «Bandera Roja de la Finanza y del Comercio», de 15 de febrero de 1967.

En literatura y en arte, si el viento no soplaba desde la derecha como en el momento de las «Cien Flores», la tolerancia que se había manifestado en la época del reajuste había valido a los autores revolucionarios, sin partido o miembros del Partido, el poder conservar ciertas posiciones personales[470]. Originarios de las ciudades y sobre todo de Shanghai, y nacidos en un medio acomodado, perpetuaban una literatura de calidad, de hecho en oposición con la literatura de masa preconizada en Yenan por Mao Tse-tung en 1942. Si no producían casi nada, sus obras pasadas revivían a veces en el teatro y sobre todo en la pantalla con el desarrollo industrial del film.

Primavera de febrero, copia de una novela de Jou Shih, trataba de las aflicciones melancólicas de un maestro de escuela más gobernado por sus sentimientos que por su celo revolucionario. *El abanico de flores de melocotonero*, sacada de una célebre ópera histórica que situaba su acción en la época de un cambio de dinastía, los Ch'ing sucediendo a los Ming, ponía en escena a los letrados rivales y planteaba, al menos indirectamente, la peligrosa cuestión de la fidelidad política. *La tienda de los Lin*, basada en una novela de Mao Tun, adaptada por Hsia Yen, *El canto de la juventud*, *La ciudad sin noche*, *El ejército bajo las murallas de la ciudad*, produjeron, como las novelas precedentes, unos filmes de gran valor artístico, conmovedores por su verdad y su poesía y en diversos aspectos dignos de nivel internacional pero, es preciso decirlo, con débil contenido revolucionario para una conciencia comunista.

En el teatro, la ópera tradicional conocía el mismo auge con el mismo repertorio de obras antiguas y los mismos personajes de la antigua sociedad. Es, finalmente, en este período de menor coacción cuando aparecen las obras cuya condena caracterizará el principio de la Revolución cultural, *Hai Jui destituido de su mandarinato*, así como estas mordaces sátiras como son *Charlas nocturnas de Yenshan* y *La aldea de tres familias*[471]. En suma, la vieja cultura persistía y en diciembre de 1963 Mao Tse-tung diría que este mundo de las Artes y de las Letras estaba todavía «gobernado por los muertos».

En la sociedad china, considerada en conjunto, aparecían unos signos menores pero reales de una cierta evolución. Las grandes campañas de masas habían casi desaparecido con el movimiento de rectificación que siguió a las «Cien Flores» y con el abandono del «gran salto hacia adelante». El cambio

[470] Ver en el capítulo XXI, los párrafos concernientes a la evolución cultural.
[471] Ver caps. XXVIII y XXIX.

de generaciones había conducido a una mayoría política de unos millones de jóvenes que «no habían conocido la amargura del pasado, sino solamente la dulzura del presente» y Mao Tse-tung se inquietaba abiertamente. Las falsas promesas del «gran salto hacia adelante» que se habían resumido en el slogan «tres años de trabajo, una eternidad de felicidad» debilitaron los entusiasmos. La tensión antaño considerable y permanente parecía menor, cierta disminución se manifestaba en el ardor del trabajo y hasta, a veces, en la disciplina cívica, aceptada con menos diligencia en materia de circulación o de higiene por ejemplo; las tendencias burócratas tan características de la antigua administración imperial china renacían aquí y allá.

El esfuerzo concedido a la industria ligera había aumentado la calidad y la variedad de los bienes de consumo. La población se atrevía a testimoniar cierto interés por los productos considerados como de gran lujo en este país tan pobre: estilográficas, relojes, bicicletas, tejidos de colores, juguetes. Algún refinamiento empezaba a aparecer en la presentación de mercancías a menudo copiadas de los modelos extranjeros. Los compradores se apretujaban en la sección de las novedades, tiendas de confecciones, peluquerías y fotógrafos, los bazares se hacían cada vez más numerosos.

La vida familiar era importante. Los niños eran mimados como antaño. Si las fiestas y las costumbres estaban borradas de las ciudades, persistían en los campos, comprendidos los ritos funerarios.

Es preciso, sin embargo, decir que estos ligeros cambios sólo eran perceptibles por la comparación con los años anteriores. No manifestaban ninguna degradación de la autoridad ni de sus costumbres, sino sobre todo el regreso a una vida un poco más humana.

El extranjero de los años 1962-1966, el turista, el huésped oficial, el diplomático, quedaba, por el contrario, sorprendido por los buenos modales de las ciudades cuya limpieza (asegurada colectivamente en calles y barrios) continuaba siendo sorprendente[472]. Los servicios públicos estaban correctamente atendidos. Las poblaciones urbanas, pobre y uniformemente vestidas, pero decentemente, no presentaban signos evidentes de subalimentación, ningún

[472] El autor de esta obra fue precisamente un testigo de esta época. De otoño de 1964 a otoño de 1966 recorrió casi todas las provincias de China, de Manchuria a Szechwan y de Shantung a Shensi. Sus viajes siguieron a numerosas estancias desde 1937.

indicio de mendicidad o de vagabundismo, inimaginables en una sociedad totalmente organizada. Los crímenes y los robos, de los que la prensa por otra parte no hablaba nunca, parecían raros y nulas las posibilidades de los culpables de escapar de la vigilancia «de las masas».

Los campos habían guardado un poco su fisonomía común en cuanto a la vivienda y al material de cultivo. Si los pequeños campos se habían reunido en grandes llanuras, más cruzadas de canales en las regiones de arroz, y si unos equipos de hombres y de mujeres ocupaban estas llanuras, sus miembros manejaban la azada individual y arrastraban el arado como la pareja campesino-campesina de otros tiempos. Por doquier se encontraban las mismas impresiones dominantes: nivel de vida muy bajo pero que aseguraba un mínimo correspondiente a las condiciones locales y en apariencia repartido equitativamente, docilidad, plasticidad hasta en una población cuyo encuadre era tan potente como discreto, estupefacción y curiosidad, a menudo simpatía, frente a lo extranjero que los oficiales o a veces los simples particulares se apresuraban a quitárselo de encima. Es preciso agregar unos reflejos o actitudes nacidos de un condicionamiento desarrollado cada día por los cuadros y conservado por el temor a pecar contra la ideología o por el temor de oponerse involuntariamente a la línea. El antiguo hábito de comportarse según las convenciones y los ritos impuestos desde fuera facilitaría mucho la adaptación de los chinos a estos ejercicios. No existía entusiasmo verdaderamente espontáneo y poco espíritu de iniciativa salvo entre los ambiciosos. Es bastante fácil imaginar cómo el manejo de esta sociedad todavía tan alejada del mundo moderno y cuidadosamente mantenida en la ignorancia puede ser pesado para los dirigentes precisamente preocupados en restaurarla y transformar su mentalidad.

El «Movimiento de educación socialista» formulado desde 1957 por Mao Tse-tung, pero que unas circunstancias ulteriores no habían permitido poner en práctica, se convertirá, después del 10.° pleno, en uno de los grandes agentes de esta transformación. Sobrepasando el carácter de una simple reacción de defensa nacida de la evolución interna y del contagio revisionista exterior, será dinámico y vuelto hacia el futuro. Revolucionar al hombre de manera irreversible y revolucionar al mismo tiempo la producción dentro de su organización, sus relaciones y sus técnicas acabará por ser la finalidad principal.

Además de su resolución, el 10.° pleno será la ocasión de un discurso de Mao Tse-tung interesante por el tono y por ciertas revelaciones de detalle (24

de septiembre), de un informe de Ch'en Po-ta sobre la situación agrícola, de un informe de Li Hsien-nien sobre el comercio y de un informe de Li Fu-ch'un sobre cuestiones industriales[473]. No estará caracterizado por ningún cambio de personal importante. No parece que P'eng Teh-huai y menos todavía Ch'en Yün hayan sido reemplazados en el Departamento político en donde ya no ocupaban probablemente su asiento. Por el contrario, Lu Ting-yi, K'ang Sheng y Lo Jui-ch'ing entran en el Secretariado y los aparatos de control del Partido quedan reforzados en todos los niveles, consecuencia prevista de la vigilancia reclamada por Mao Tse-tung. Por último, ninguna oposición bien afirmada parecía manifestarse entre los participantes: 83 miembros regulares sobre 97 y 87 suplentes sobre 94. El 10.° pleno será sin duda el último pleno de la concordia y la unidad.

[473] Solamente el discurso de Mao Tse-tung es conocido en la actualidad; ver «Chinese Law and Government», vol. I, núm. 4, para una versión inglesa. Es Ch'en Po-ta quien presentará el informe sobre la agricultura.

XXVII. El Movimiento de educación socialista

El «Movimiento de educación socialista» se presenta, por una parte, como una verdadera acción psicológica dirigida a la población en general y sobreponiéndose a una propaganda habitual ya muy intensa y, por otra parte, como una serie de medidas particulares concernientes a las categorías sociales más vulnerables: cuadros políticos, administrativos y técnicos, estudiantes —es decir, futuros cuadros— campesinos y por fin intelectuales, escritores y artistas.

Para el conjunto de la población china, como para cada categoría, será sobre la ideología y sobre la moral revolucionaria donde se realizará el esfuerzo principal. La ideología se refiere esencialmente, si es que no únicamente, a las obras de Mao Tse-tung y entre ellas a los escritos propios para dar a cada uno una base moral hecha de altruismo, de coraje, de perseverancia, de confianza frente a las dificultades y de espíritu de sacrificio hacia la comunidad y la construcción socialista.

Para la masa, las obras de Mao Tse-tung se limitan las más de las veces a tres documentos a los que pronto se designará bajo el nombre colectivo de «tres textos antiguos» o los «Tres textos más leídos»: A la memoria de Norman Béthume, Servir al pueblo, El viejo tonto que removió las montañas.

Los tres se remontan a los tiempos difíciles de Yenan y sus títulos son bastante explícitos[474]. Su contenido, algunos extractos sacados de pasajes menos difundidos, se convertirán en poco tiempo en la fuente de toda reflexión, la guía de toda acción. El «Pensamiento de Mao Tse-tung» invadirá la vida cotidiana totalmente. Será objeto de un verdadero culto, ritual y ceremonial inclusive, y tomará, ya se trate de prensa, radio, cine o reuniones políticas, un carácter obsesionante que resiste a toda descripción.

Con el estudio del pensamiento de Mao Tse-tung, la imitación del ejército del que el editorial del 1 de febrero de 1964 del «Diario del Pueblo», Todo el país debe aprender del Ejército Popular de Liberación, le dará sentido, será la base del movimiento de educación socialista tomado en su aspecto general.

[474] Ver Obras escogidas de Mao TSE-TUNG, respectivamente tomo 2, pág. 349 y tomo 3, págs. 177 y 281.

Habiendo vuelto desde 1959 a su tradición popular[475], habiendo puesto a punto sus propios procedimientos de adoctrinamiento, totalmente fiel a su jefe y creador, se convertirá para toda la nación en modelo de virtud cívica, de perfección moral y de rigor ideológico.

Del ejército es preciso imitar la fuerza de carácter y el optimisimo frente a las pruebas (la nación triunfará sobre las suyas como el ejército ha triunfado sobre sus adversarios), es preciso imitar el desinterés total (el soldado no tiene nada propio), la aceptación de la vida colectiva y el celo para propagar la ideologia.

A fin de dar una forma concreta a esta ejemplaridad, el ejército propondrá a las masas sus héroes individuales o colectivos. Los primeros: Lei Feng, Sun Lo-yi, Wang Chieh, son humildes soldados, los héroes de cada día. Su fin trágico es banal y sin gloria, como antaño el de Chang Szu-teh, el héroe de Servir al Pueblo, pero sus cuadernos de notas que dejan y que se publican en facsímiles testifican su total devoción al presidente Mao Tse-tung y a las masas. Su ideal se resume en una frase de los cuadernos de notas de Lei Feng:

«Ser un tornillo que no se enmohece. Un tornillo no llama la atención, pero una máquina sin tornillo no funciona.»

Los héroes colectivos se mantienen revolucionarios y puros en todas las circunstancias, como la «buena 8a. compañía de la carretera de Nankin» que resiste las tentaciones de la gran ciudad de Shanghai: *Centinelas en las luces de neón*, se titularía el film que le será consagrado.

Como en el momento de las comunas populares y del «gran salto hacia adelante», el vocabulario militar pasará abundantemente a la vida corriente. Se desarrolla una literatura popular militar cuyo tipo es la novela *Ouyang Hai*. Exposiciones, campañas y slogans exaltando la unión o el recíproco amor del pueblo y del ejército: «Sostener al ejército y amar al pueblo», «Unidos, el ejército y el pueblo avanzan». Los equipos de difusión del pensamiento de Mao Tse-tung compuestos por soldados se multiplican y magnifican el papel tutelar del ejército en relación con las masas.

El ejército será también copiado en su organización y en sus métodos. Siguiendo su ejemplo numerosos aparatos administrativos y sobre todo económicos formarán departamentos políticos encargados de avivar, coordinar y controlar no sólo sus propias actividades políticas, sino también gran parte de

[475] Ver caps. XIV y XLI.

sus actividades administrativas y técnicas. Para ayudarles, el ejército les enviará unos equipos encargados de introducir su espíritu, su experiencia y sus hábitos de trabajo.

En fin, más tarde, por una directriz del 7 de mayo de 1966, el ejército se apresurará a convertirse él mismo en una gran escuela de formación política y cultural así como militar e interesarse igualmente en la agricultura y en la producción en general[476].

Este conjunto de decisiones y de prácticas va considerablemente a facilitar, de hecho, la sustitución por los aparatos militares de los aparatos de Estado que fallaban en los momentos más graves de la Revolución cultural.

Los cuadros y el trabajo manual

Los cuadros son un primer tema de preocupación. Una vez más se trata de evitar que renazca en la nueva sociedad la separación secular entre el letrado-funcionario y el hombre común. La participación regular de todos los cuadros en el trabajo físico de la base obrera y campesina contribuirá a ello. Esta participación no era desconocida. Había sido puesta en vigor en ciertos momentos de la historia del Partido y sobre todo durante el período de la guerra antijaponesa. En su tiempo, revestía un carácter a la vez simbólico y de propaganda a favor de la producción. Se trataba de acercar los dirigentes a las masas para el cumplimiento de humildes e idénticos trabajos. Pero también se trataba, en una coyuntura económica difícil, de significar que cada uno debía asegurar el total o parte de su subsistencia. Muchas imágenes de este tiempo nos muestran a Mao Tse-tung y a los mandos del Partido cultivando sus legumbres cerca de las grutas de Yenan que les servían de abrigo y de vivienda.

Luego, la práctica del trabajo físico de los cuadros proseguirá de manera más episódica. La directriz del Comité central del 27 de abril de 1957 consagrará un amplio párrafo a la cuestión que instrucciones particulares (10 y 13 de mayo de 1957 y 25 de septiembre de 1958) reemprenderán en detalle. La

[476] Esta directriz inspirará las escuelas de los cuadros, llamadas precisamente «escuelas del 7 de mayo», creadas en el transcurso de la Revolución cultural, (ver cap. XL). Un texto chino de la directriz del 7 de mayo publicado por la revista «Ming-pao» de Hong-Kong (núm. 46), es particularmente revelador de la tendencia de Mao Tse-tung en lo que respecta a la vuelta del espíritu de Yenan.

prensa de la época publicará varias fotografías de Mao Tse-tung, de Chu En-lai y otros dignatarios manejando carretillas o acarreando cestos de tierra al borde de un mayal para contribuir a la construcción de la presa del lago artificial de las Tumbas de los Ming. La reacción antiderechista posterior a las «Cien Flores» representará también el envío de numerosos cuadros o intelectuales al campo. Este movimiento, confundiéndose en parte con el descenso de los cuadros a escalones subordinados, se llama «movimiento lisia fang». Tras el 10.° pleno del VIII Comité central (septiembre de 1962) el trabajo manual de los cuadros se inspira en razones mucho más complicadas[477]. La escasez de los años precedentes había naturalmente vuelto la atención más hacia los problemas de la tierra y hacia las reacciones de la sociedad rural y había reducido las necesidades en cuadros administrativos o técnicos en las fábricas. Una burocracia excesiva recargaba al Partido y a los órganos del poder mientras que el abastecimiento urbano era difícil. Dirigir a los funcionarios hacia los campos aligeraba a las ciudades pareciendo testimoniar la solicitud de los dirigentes por la agricultura. Sin embargo, tanto en la lectura de la prensa como en el curso de las conversaciones privadas, son las preocupaciones ideológicas y morales las que aparecían en el primer plano. Altos responsables, ministros y viceministros desaparecían por varios meses. El mismo presidente de la República encontrará en T'ao Yuan, un pueblo de la subprovincia de Founing de Hopei, su «terreno de experiencia». Descubrirá también, parece ser, unos temas de reflexión que determinaron quizá su actitud frente al movimiento de educación socialista en los campos.

El trabajo físico de los cuadros se efectúa según las reglas que excluyen toda fantasía y que resume el slogan llamado de los «Tres fijos y un sustituto» (san ting i ting). La noción de firmeza se aplica con respecto al tiempo y a la tarea. Debe hacer al cuadro capaz de sustituir, llegado el caso, a un trabajador común. La expresión tun t'ien (colocarse en un punto determinado) que tiene lugar en esta época, indica también el carácter preciso del esfuerzo. A veces, personajes importantes deben efectuar las tareas de servicio más ingratas y esta humildad se considera que los eleva por encima de lo común. En cuanto

[477] Ver «Bandera Roja», núms. 13-14 de julio de 1963, para una justificación de la participación de los cuadros en el trabajo productivo.

a los cuadros administrativos o técnicos de las empresas de producción, actúan generalmente en sus propias fábricas hombro a hombro con sus trabajadores.

No se hará pública ninguna cifra global de las jornadas de trabajo manual. Además, la verdad de las prácticas desafía a las estadísticas. Parece que, en teoría al menos, los cuadros de las empresas pasaban dos jornadas por semana en los talleres. En el campo, las estancias duraban a menudo varios meses.

Dos categorías de cuadros parecen haber sido particularmente invitados a participar en el trabajo manual: los responsables administrativos de las provincias, subprovincias y comunas populares y los oficiales superiores del ejército. Los primeros, periódicamente exhortados a aparecer en la primera fila de los campesinos, sobre todo en el momento en que los trabajos de los campos eran intensos e importantes para la economía nacional (semillas, recolecciones) y en caso de calamidad pública, debían encontrar su héroe ejemplar en Chiao Yü-lu, el «buen secretario del Partido» de la subprovincia de Lankao en Honan, muerto trabajando. Los segundos se veían obligados, fuese cual fuese su grado, a descender un mes cada año en el nivel de las compañías en calidad de simples soldados. Esta práctica instaurada desde principios de 1958 será naturalmente intensificada[478]. La supresión de los grados a partir del 1 de junio de 1965 la reforzaría todavía. Se verá también al ejército enviar frecuentemente equipos a los pueblos, pero será menos un verdadero trabajo físico que un encuadramiento político o administrativo y de propagación del pensamiento maoísta.

Profesores y estudiantes en el campo

El envío de profesores y estudiantes al campo procedía del mismo estado del espíritu que la participación de los cuadros en el trabajo manual. Se justificaba a los ojos de los comunistas tanto más cuando una gran proporción por no decir la mayoría de los alumnos de la enseñanza superior eran todavía de origen burgués. Ninguna regla determinada a nivel nacional permite recomponer unas estadísticas incluso aproximadas, pero las estadísticas parciales son significativas. En otoño de 1964, son 270.000 estudiantes y alumnos de

[478] Ver sobre este punto John GITTINGS, *The Role of the Chinese Army*, Londres 1967, págs. 193 y 194.

escuelas medias de Pekín y de Shanghai los que participaron en la recolección. Por la misma época, la Academia de las Ciencias que sabemos reúne a unos 20.000 investigadores, envía mil por una duración de dos o tres meses a las regiones rurales.

Como para los cuadros, las condiciones de existencia son objeto de precisas consignas que manifestan unos slogans asequibles a todos. Es preciso, dice uno de ellos, practicar los «tres con» (san t'ung), es decir: alimentarse, habitar y trabajar con los campesinos.

En realidad, los estudiantes serán a menudo utilizados en funciones administrativas y contables, hasta incluso culturales puesto que se encargarán, por ejemplo, de escribir para los Campesinos la historia del pueblo o de la comuna[479].

El sistema «semitrabajo, semiestudio»

Bajo otro nombre, «educación combinada con el trabajo productivo», el sistema «semitrabajo, semiestudio» (pati-kung pan-hsiieh) se remontaba a 1958. Este mismo año, en febrero, Mao Tse-tung se manifestaba sobre el tema y, algo más tarde, Lu Ting-yi había resumido en un documento oficial las conclusiones de una conferencia realizada en el mes de junio acerca del trabajo educativo[480]. Recordaba los antecedentes de la cuestión, evocaba sus dificultades de aplicación, las controversias a las que había dado lugar, empleaba ya la palabra «Revolución cultural», echaba la culpa ya a las «autoridades» y a los expertos y recordaba que todas las ciencias sociales —comprendiendo la pedagogía— debían seguir el paso de la política. Nada en este texto riguroso podía hacer prever que el portavoz del gobierno y del Partido sería una de las primeras y más ilustres víctimas de las transformaciones que él exigía con sus deseos.

La desorganización que había seguido al fracaso del «gran salto hacia adelante» debía oponerse a los proyectos formulados en 1958. Éstos reaparecían

[479] En esta época se desarrolla, en efecto, un movimiento para escribir las «cuatro historias», la de la familia, la de la aldea, la de la comuna y la de la fábrica. Ver a modo de ejemplo el «Diario del Pueblo» de 28 de diciembre de 1964.

[480] «La educación debe combinarse con el trabajo productivo» (Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1958).

a partir de 1964 y sobre todo en 1965 en el marco del Movimiento de educación socialista. El primer ministro Chu En-lai, que los atribuye a Liu Shao-ch'i, habla de ellos en términos prudentes señalando su carácter experimental en una organización a largo plazo de la enseñanza socialista y comunista[481].

El sistema «semitrabajo, semiestudio» se inspira en unas consideraciones ideológicas bien conocidas desde la creación de las comunas populares: borrar gradualmente las diferencias entre trabajo físico y trabajo intelectual, dar a los jóvenes una formación completa que hará de ellos unos «hombres nuevos». Sin embargo, también se justifica por unas preocupaciones mucho más prácticas: poner a cargo de las colectividades locales y sobre todo de las empresas industriales y de las comunas populares, una parte de la educación primaria, secundaria y profesional, escolarizar más a los jóvenes campesinos sin romper sus vínculos con la tierra, reemprender y desarrollar la noción y el gusto de los técnicos y del esfuerzo físico en el medio universitario o escolar aún ampliamente impregnado de tradición literaria y poco inclinado a deshacerse.

Puestas en práctica de manera apresurada, sin medios suficientes, las escuelas semitrabajo, semiestudio serán causa de graves perturbaciones en el sistema de educación normal y su repercusión hubiese afectado tarde o temprano al nivel de la universidad y de las grandes escuelas técnicas si la Revolución cultural no hubiese desorganizado y no hubiese planteado de nuevo la enseñanza.

Ninguna cifra global nos informa sobre el grado de aplicación de una medida por aquel entonces en sus comienzos y dejada en gran parte a la iniciativa local que cubría sus gastos. En cuanto a las fórmulas empleadas, parecen haber sido muy variadas. Tan pronto unos alumnos se verán temporalmente destinados a un establecimiento industrial vecino en el que constituirán unos talleres distintos, como serán instalados en la misma escuela unos talleres elementales[482]. En los burgos rurales, numerosos establecimientos de la secundaria se verán simplemente transformados en colegios agrícolas.

[481] Ver informe en la segunda sesión de la III Asamblea Nacional (diciembre de 1964).
[482] Estas diversas soluciones han sido constatadas por el autor en Szech-wan, Shantung y Kiangsi.

El cierre de los establecimientos de enseñanza del verano de 1966 hasta el invierno de 1967, y hasta más tarde, interrumpirá una experiencia que parece hoy dejada atrás por la orientación del sistema de educación[483].

El Movimiento de educación socialista en los campos

Es naturalmente en los campos donde el fracaso del «gran salto hacia adelante» había afectado más la moral y el espíritu revolucionario de las poblaciones. Graves descontentos y sin duda desórdenes importantes habían sido evitados al precio de las reorganizaciones y de los reajustes que ya conocemos. Se trataba ahora de detener la corriente de colectivización, restaurar la confianza en el Partido, depurar pero también dar de nuevo su plena autoridad a los cuadros de base. En el curso de los años «negros» en efecto, muchos de éstos se habían encontrado cogidos entre las demandas o la inercia de las masas y las exigencias de la jerarquía. En general, una situación de equilibrio había acabado por establecerse, determinando por consecuencia cierto inmovilismo de las estructuras y de los métodos, debilitando el dinamismo revolucionario y favoreciendo por el contrario las tendencias burocráticas del Partido, aparatos de gestión y de control; la gestión había reemplazado a la revolución.

En el espíritu del 10.° pleno y en el marco general del «Movimiento de educación socialista» se intentará reactivar el movimiento revolucionario en su base a fin de dar un nuevo impulso a la producción y, llegado el momento, un nuevo punto de partida para la colectivización. Se apuntará así a dirigirse a los antiguos campesinos pobres y «semiinferiores» de la reforma agraria de 1950 y a darles un papel revolucionario que, a decir verdad, desde su integración en las cooperativas entre 1954 y 1956 en las mismas condiciones que los campesinos ricos o «semisuperiores», o simplemente «medios», no estaba justificado social y económicamente hablando.

Reagrupados en asociaciones y considerados como unidos por antiguos resentimientos, estos campesinos pobres y «semiinferiores» debieron convertirse en activistas, ayudando y ampliando la acción del Partido y de la administración. Apoyaron y, llegado el caso, estimularon y controlaron los

[483] Ver cap. XL.

cuadros, se opusieron a las tendencias individualistas o favorables a la explotación familiar, a veces tomaron la iniciativa de trabajos de utilidad pública efectuados por la población movilizada, en fin, velaron para que se honraran los compromisos tomados con el Partido.

La acción de las asociaciones de campesinos pobres y semiinferiores estará fuertemente sostenida por la propaganda que exaltará su abnegación hacia el Partido y su desinterés a partir de numerosos casos ejemplares: comunas que entregaban una cuota superior a lo previsto, campesinos renunciando voluntariamente a su parcela, contabilidad menos personal de los puntos de trabajo que se querrá ver reemplazada por un salario mensual correspondiente a un trabajador estándar. En este orden de ideas la brigada de Tachai en Shansi Noreste se convertirá en modelo de todas las demás. Sin la ayuda del Estado —es éste un punto sin embargo dudoso y siempre subrayado— sus miembros sacaron partido de tierras mediocres y mal situadas gracias a gigantescos trabajos de excavación y no se dejaron desalentar por ningún contratiempo. Tachai será objeto de una exposición nacional que se realizará en Pekín, un gran movimiento «Imitar a Tachai» será lanzado y le siguieron unas cien comunas de diversas provincias.

Los cuadros rurales serán objeto, más que en el pasado, tanto de estímulos como de sanciones del Partido. Alabanzas a nivel de toda China para los mejores, a veces transformados en héroes de películas, pero también invitación permanente a no «mirar las flores desde lo alto de su caballo», a mantenerse en los lugares de trabajo, compartir la labor de los campesinos a la vez que asegurar sus tareas comunes. Las depuraciones se repetían cada año y algunos se quejarían: «En primavera nos ocupamos de nuestro trabajo, en verano se nos envía a los campos, en invierno ya no servimos para nada», dirán algunos de ellos.

El Movimiento de educación socialista en los campos será objeto de textos importantes y durante largo tiempo ignorados, en los que se mezclan ideología, política, economía y medidas prácticas. Aunque conocemos mal los efectos, su atenta lectura ayuda considerablemente a comprender la situación real de los pueblos, la naturaleza y la complejidad de los problemas que plantea una sociedad rural todavía ampliamente llena de conservadurismo y de individualismo campesino a pesar de diez años de transformaciones.

El 20 de mayo de 1963, el Comité central pone en circulación una instrucción de diez artículos: «Decisión del Comité central del Partido Comunista

chino sobre algunas cuestiones concernientes al trabajo actual en el campo» (proyecto). Veinte informes particulares emanando de comités de provincia y de subprovincia lo acompañan y le sirven de justificación. Se trata, en el espíritu del Movimiento de educación socialista, de reanimar a las masas rurales movilizadas alrededor de las asociaciones de campesinos pobres y semiinferiores, de proceder al mismo tiempo a las encuestas y a las reordenaciones necesarias. En este aspecto, el artículo 8 insiste particularmente sobre el saneamiento del sistema de contabilidad y del sistema de los puntos de trabajo que interesan más especialmente a los campesinos y que un número elevado de comunas, brigadas y equipos no han realizado nunca correctamente desde la colectivización. Un inventario exacto de las reservas, de los controles llevados sobre la gestión de los fondos públicos se debieron realizar con la ayuda de las masas movilizadas. En cuanto a los responsables locales, deben participar con conciencia en los trabajos manuales, y unirse a las masas. Algo más de un 95 por ciento de entre ellos están considerados por adelantado como «buenos» o recuperables después de la confesión de sus errores o de sus faltas. Los movimientos de saneamiento deben convertirse en un fenómeno permanente, pero dos o tres años permitieron volver a tomar en la mano la situación de los campos, sin perturbar la producción e impidiendo una degeneración revisionista que podía conducir finalmente a una restauración contrarrevolucionaria.

Esta primera instrucción se reanudaría en septiembre de 1963 con una nueva instrucción de diez puntos calificada también de proyecto. Debida supuestamente a un alto responsable del Partido, «actuando siempre en connivencia con Liu Shao-ch'i», tiende a reemplazar la depuración y movilización rurales bajo una dirección más estrecha del Partido, cuyas organizaciones de base deben ser reanimadas, y a reducir la lucha de clases. Además da a los estímulos materiales toda su importancia. Un año después, en septiembre de 1964, estos «segundos diez artículos» eran a su vez revisados bajo la inspiración de Liu Shao-ch'i y también, dicen sus adversarios, de su mujer (Wang Kuang-mei) a la luz de la experiencia «nauseabunda» recogida por éste en T'ao-yuan[484].

[484] Ver para este tema *La lucha entre las dos vías en los campos chinos*, «Pékin Information», núm. 49 de 4 de diciembre de 1967 (traducción de un artículo de «Bandera Roja», núm. 16). No se hacía mención de los dos documentos inspirados por Liu Shao-

Luego, el presidente de la República será acusado de haber intentado oscurecer el problema del saneamiento y de las depuraciones sosteniendo la teoría del «cruce de las contradicciones en el seno del Partido y fuera del Partido», adoptando una línea «en apariencia izquierdista pero de derecha en la realidad», propia a inquietar a todos los cuadros y a borrar así las diferencias entre los cuadros verdaderamente revolucionarios y fieles al pensamiento de Mao Tse-tung y los cuadros «comprometidos en la vía capitalista»[485].

El 14 de enero de 1965, una reunión nacional de trabajo, convocada por el Departamento político del Partido, pondrá en circulación un cuarto documento, esta vez de 23 puntos, titulado «Ciertos problemas actuales planteados en el Movimiento de educación socialista en el campo». Este documento reemprende y prolonga la primera decisión de diez artículos, revelando notablemente la gravedad y agudeza de la lucha de clases que se desarrolla en el campo, así como en el interior del Partido. Ataca vivamente a las «autoridades» que dentro del Partido «siguen el camino capitalista», estas «autoridades» a veces se encuentran «en las altas esferas» y están ya sea «delante de la escena o detrás de ella». La necesidad de proseguir más que nunca el movimiento de los «cuatro saneamientos» (Szu ch'ing) y el Movimiento de educación socialista con la ayuda del 95 por ciento de los cuadros y de las masas es vigorosamente reafirmada.

«En nuestras ciudades y en los campos —declara el documento de 23 artículos— existe una lucha de clases a la vez grave y aguda. Tras la transformación socialista de base de la propiedad, unos enemigos de clase hostiles al socialismo quieren servirse de la "evolución pacífica" para establecer el capitalismo. Esta lucha de clases está necesariamente reflejada en el Partido. La dirección de cierto número de comunas, equipos y unidades, está corrompida o ha sido infiltrada, nuestro trabajo se encuentra con muchos problemas en su camino.

»La realidad demuestra que es suficiente que el Partido continúe aplicando más a fondo y más estrictamente todas las decisiones del Comité central con

---

ch'i en el comunicado de la 11a. sesión del Comité central (1-12 de agosto de 1966), que por el contrario aprobará el documento del 20 de mayo de 1963 y el del 14 de enero de 1965 (ver supra) precisando que estos habían sido establecidos «bajo la dirección del camarada Mao Tse-tung en persona».

[485] Ver entre otros textos «Bandera Roja» núm. 4 de febrero de 1967: *Defended los grandes resultados del movimiento de los cuatro saneamientos.*

respecto al Movimiento de educación socialista, manteniendo firmemente el principio de la lucha de clases, que se apoye sobre la clase obrera, los campesinos pobres y semiinferiores, los cuadros revolucionarios, que reúna más de un 95 por ciento de las masas y de los cuadros para que los numerosos problemas que subsisten todavía en las ciudades y en los campos sean fáciles de descubrir y de solucionar. Es preciso proseguir resueltamente el Movimiento de educación socialista que dura desde hace dos años, llevarlo hasta el extremo y sin descanso.»

Los 23 artículos rebautizaban al Movimiento de educación socialista en «movimiento de los cuatro saneamientos» (político, económico, organizativo e ideológico), invitaban a la creación de una triple alianza: cuadros, masas, grupos de trabajo, conduciendo prácticamente a la creación de «núcleos dirigentes» (art. 5) y a veces a unas «tomas de poder» (arts. 9 y 10), término que la Revolución cultural pondrá a la luz del día. El «movimiento de los cuatro saneamientos» debía ser llevado a cabo en seis meses para un equipo de producción, en un año o más para una subprovincia, en tres años para la tercera parte de China y en seis o siete años para el total del territorio.

Es en definitiva a una verdadera reactivación en los campos, es decir, un 80 por ciento de la población, a lo que debía conducir la resolución de 23 artículos. A través de su vocabulario convenido, su prudencia de lenguaje, es fácil comprender con qué obstáculos iban a tropezar los partidarios de una reanudación de la lucha de clases, teniendo en cuenta la situación real del campesinado después del fracaso del «gran salto hacia adelante» y de las comunas populares modelo de 1958. Hoy se puede pensar que son precisamente estas resistencias las que conducirán a Mao Tse-tung a hacer pasar el conflicto a un plano político más general y a abordarlo por el rodeo más cómodo de la cultura. La Revolución cultural nacerá de esta doble alternativa.

El Movimiento de educación socialista en los medios culturales

La reanudación del control de los intelectuales, la transformación de la cultura en su contenido y en su expresión —atendiendo a que cambia de representantes— van a manifestarse desde 1963 y se extenderán rápidamente a todos los dominios del arte, de la literatura y de las ciencias del hombre.

EL TEATRO.

Desde el punto de vista de la tradición y desde el punto de vista social, el sector cultural más importante era el del teatro clásico cuya popularidad persistía a pesar de algunas correcciones y puestas al día inspiradas por la nueva ideología[486].

Todo cambiará a partir de 1963 y sobre todo a partir del verano de 1964 cuando se realizará el Festival de la Ópera de Pekín sobre temas contemporáneos y cuando Chiang Ch'ing (la señora de Mao Tse-tung) haya empezado a hacer sentir su influencia hasta entonces poco sospechada contra la de Chou Yang, de Li Mo-han, del gran actor Chou Hsin-fang y de actores menos notables, procurando revisar ella misma obras antiguas y nuevas.

En lo sucesivo, el teatro no se propondrá regocijar a espectadores versados, antiguos burgueses o personas del pueblo, sino propagar la ideología, «servir al obrero, al campesino y al soldado».

Los grandes temas extraídos de la historia, de la novela, de la leyenda, van a desaparecer y con ellos, emperadores, generales y ministros serán reemplazados por campesinos, obreros, soldados y también por guerrilleros chinos, vietnamitas, africanos y latinoamericanos. El decorado abandona cada vez más su simbolismo desnudo para convertirse en más concreto y accesible. Las nuevas obras no hacen más que transportar a la escena acontecimientos sacados de la vida cotidiana más banal sazonada con política y moral revolucionaria. Las menos mediocres, como La linterna roja, evocan episodios de la resistencia antijaponesa o, como en Incursión sobre el regimiento del tigre blanco, un episodio de la guerra de Corea. Sin embargo, la forma no cambia: alternancia de diálogos y de cantos en falsete con lo cual los espectadores no pueden seguir a menudo las palabras insípidas e ingenuas más que con la proyección de los ideogramas a un lado de la escena. Cada provincia conserva por otra parte sus particularidades de expresión; las óperas del Hunan, del Chekiang, del Kiangsu y del Szechwan son tenidas en tanta estima como las de Pekín.

Las academias teatrales, y sobre todo las de Changchun, de Tientsin y Shanghai, enseñan y propagan esta nueva ópera rápidamente llamada «drama socialista». Las obras clásicas sólo son representadas en las grandes

[486] Ver cap. XXI.

fiestas y pronto desaparecerán completamente[487]. El público se retrae algo ante la nueva ópera, después, por conformismo y por el gusto innato del chino hacia el espectáculo —bastante barato por otra parte—, se dispone a aceptarla.

El teatro moderno hablado, que casi no se remonta a principios de siglo, conocerá asimismo una evolución radical. La lucha de clases, la lucha por la producción, las contradicciones entre la antigua sociedad y la nueva, la desavenencia política en la familia y la educación revolucionaria de las generaciones jóvenes son, como en el caso de la ópera, las principales fuentes de inspiración. Los temas y el estilo aparecen con tal simpleza que a pesar de la buena voluntad ninguno de los actores dramáticos de la antigua escuela y hasta el mismo Ts'ao Yü, podrán realmente adaptarse: *Lei Feng, Li Shuang-shuang*, *Después de la cosecha, No olvidéis nunca, Rojo para cada generación, Cólera en los Andes* son las más representativas de estas nuevas obras. A veces persiste alguna poesía en el título: *La nieve recibe a la primavera, El campo se cubre de flores*, como para compensar por adelantado el aburrimiento y el carácter gris de los temas. Una violenta campaña crítica se lanzará en febrero y en marzo de 1965 contra la obra *Li Huei-mang*, sacada de un cuento de la dinastía Ming. Debida al viejo autor comunista Meng Ch'ao, prefigurará el asunto Wu Han que abre la Revolución cultural.

El folklore teatral de las minorías nacionalistas desgraciadamente no será tratado con más indulgencia. Un festival, realizado en Pekín el 27 de septiembre de 1964, permitirá medir la extensión de los desperfectos causados a las culturas cuya frescura y originalidad habían sido hasta entonces respetadas.

EL CINE.

Todo lo dicho para el teatro también se puede aplicar al cine. Numerosas obras del nuevo teatro hablado serán por otra parte llevadas a la pantalla, de donde desaparecen los filmes notables citados en el capítulo precedente. Muchos entre ellos serán, sin embargo, momentáneamente proyectados a fin de que se pueda ejercer una crítica en su contra y, en efecto, se desarrollarán fal-

[487] Se representarían todavía en la fiesta nacional de 1964: *La Reconciliación del condestable y del canciller, La Serpiente blanca. El Bosque de los jabalíes. Tercer encuentro, La diosa de las aguas enamorada de un joven letrado, La amazona Yang Pai-feng*, etc.

sas controversias en la prensa alrededor de las obras teatrales o cinematográficas pronto cailficadas de «hierbas empozoñadas». Humanismo, pesimismo, pacifismo, idealización del adversario exterior o del enemigo de clase serán los reproches más frecuentes dirigidos a los autores miembros o no miembros del Partido. La mayoría serán duramente castigados algo más tarde, cuando la Revolución cultural llegue a la calle; algunos de los más notables autores se suicidarán.

La crítica no perdonará tampoco a las producciones extranjeras y en especial los filmes del soviético Grigori Tchokhrai (*El 41, La balada del soldado, El cielo puro*). A partir de 1964, no aparecerá en las pantallas chinas ninguna obra procedente del exterior[488].

LA LITERATURA.

Como el teatro y el cine, la literatura sufrirá los efectos del Movimiento de educación socialista. Sus orientaciones serán de nuevo debatidas a propósito de diversas obras antiguas y modernas y, una vez más, se llevarán a cabo fuertes ataques en nombre del radicalismo revolucionario. Uno de los ataques principales alcanzará a Shao Ch'üan-lin, vicepresidente de la Sociedad de Escritores de China y defensor de la teoría llamada de los «personajes intermedios», personas comunes, personas de cada día a veces complicadas o indecisas por oposición a los «personajes heroicos». La crítica establecerá que a los ojos del Partido, solamente los héroes «de faz roja», los «huesos duros», salidos de los obreros, los campesinos y los soldados, tenían un valor educativo para las masas[489].

Un buen número de otros autores serán denunciados por la prensa: Hao Jan por *Un gran sol en el cielo*, Han Shui por *Adelante con valentía*, Ou-yang Shan por Áspe*ra lucha, La calle de las tres familias, Una generación distinguida*, trilogía que sigue de cerca la historia del movimiento revolucionario desde 1919, Lo Pin-chi por *Antes del matrimonio*, son los autores más significativos al respecto. A Jou Shih, el autor de Febrero que había sido adaptada para la pantalla del

[488] Sobre la crítica cinematográfica en general, ver «Kuang-ming jih-pao» de los días 9 y 10 de marzo de 1965.

[489] Yao Wen-yuan, que conocería una rápida ascensión política en el curso de la Revolución cultural, escribirá precisamente un artículo contra los «personajes intermedios» en el «Diario del Pueblo» del 20 de diciembre 1964.

modo que ya sabemos, no se le trató con más miramientos, aunque fue fusilado por el Kuomintang en 1931. Dos o tres de sus novelas entre las cuales están La muerte de los tiempos antiguos y Las tres hermanas, recibieron su parte en las críticas[490].

LAS CIENCIAS SOCIALES.

Esta nueva ola no podía pasar por alto a las ciencias sociales y sobre todo a la filosofía y a la historia. Paradójicamente es Chou Yang la primera gran víctima de la Revolución cultural, el que la instaurará en su discurso del 26 de octubre de 1963 en la Academia de las Ciencias de China. Rechazar al revisionismo moderno, reestudiar y propagar el marxismo-leninismo le parecía la primera tarea de los trabajadores de la filosofía y de las ciencias sociales. El humanismo, resultado del desconocimiento de la teoría de las contradicciones, era en este aspecto condenable. El carácter científico del socialismo debía ser mantenido y fundamentarse sobre el estudio del patrimonio histórico desde el punto de vista de la ideología proletaria. Así los trabajadores de la filosofía y de las ciencias sociales estaban invitados a pasar de manera gradual y consciente al marxismo.

Pronto la crítica oficial atacó a los grandes historiadores de origen burgués cuya evolución histórica era juzgada como insuficiente. Si Chien Po-ts'an y Hou Wai-lu son provisionalmente tratados con mucha consideración, esto no sucede en el caso de Chou Ku-ch'eng. Apreciado autor de una Historia General del Mundo, será atacado por sus opiniones acerca del desarrollo de la economía China contemporánea y por su concepción general del movimiento de la historia. Así recibirá la justa retribución de sus propios ataques contra el gran Hu Shih.

La Historia de la Filosofía de Feng Yu-Ian será objeto de una violenta crítica a propósito de la importancia que otorga a los «conocimientos» en detrimento de las necesidades del proletariado[491]. Algunos filósofos políticos serán tratados aún con más dureza. Feng Ting, autor de *Verdad trivial, La Concepción*

[490] Ver en el «Diario del Pueblo» del 8 de noviembre de 1964 el articulo de Ho Ch'i-fang.

[491] La *Historia de la Filosofía* de FENO YU-LAN, ha sido traducida al francés (Editions Payot).

comunista de la vida y *Las responsabilidades históricas del proletariado*, será culpado de desnaturalizar el materialismo histórico y propagar en realidad la ideología de la burguesía.

Yang Hsien-chen, uno de los grandes teóricos del Partido, abogado más o menos declarado de la teoría revisionista «el dos se combina con el uno», y acusado de unir el materialismo dialéctico con el idealismo subjetivo, será sometido a unas repetidas denuncias que se prolongarán incluso después de la Revolución cultural.

La misma corriente definida como proletaria empezará a manifestarse en los dominios de las artes, de la música, de la danza, en detrimento de las influencias tradicionales u occidentales. Se presentarán nuevas obras musicales en Shanghai en el transcurso de un importante festival (12 de mayo de 1965), La oda a la bandera roja de Wu Chi-ming que se llevaría el premio. Los bailes de inspiración militar se multiplicaron. Su modelo, después perfeccionado, es el Destacamento femenino rojo, que se presenta sin descanso, hasta en la actualidad para los huéspedes de categoría.

La escultura china, muy mediocre después de los Han y de los T'ang, si se exceptúa la estatuaria budista, desciende a un nivel más bajo con los grupos alegóricos apenas dignos de los museos de cera. El tribunal de los arriendos, conjunto esculpido en Szechwan, es su prototipo. En cuanto a la pintura, había desaparecido con los grandes pintores de la generación precedente, Hsü Pei-hung (Ju Peon) y pronto Fu Pao-shih[492], y descendía por debajo del más mediocre realismo socialista para tratar, con una ejecución pretendida como tradicional, los temas más vulgares y a veces más viles.

Significativos cambios en las personas acompaña esta orientación cultural. Mao Tun, poderosa personalidad del relato y de la novela, antiguo revolucionario, pero ante todo hombre de letras, es eliminado del Ministerio de la Cultura y reemplazado en este cargo por Lu Ting-yi, ministro de Propaganda y portavoz oficial del Partido (diciembre de 1964). En cuanto al gran autor dramático Hsia Yen, sólo durará algunos meses como viceministro de Cultura.

Este dejar de lado a los escritores comunistas de los años «treinta» en beneficio de los responsables políticos, que por otra parte no tardarán en ser eliminados a su vez con Lu Ting-yi, con la casi totalidad de sus subordinados y

[492] Fu Pao-shih moriría poco antes del principio de la Revolución cultural, que enseguida cerraría el musco de Hsü Pei-hung.

con casi todos los antiguos escritores comunistas, es significativo. Aparecía claramente como el preludio de los finales de la política del «frente unido» llevada desde 1942 en el dominio cultural. El Partido debía rechazar a los intelectuales incapaces de amoldarse e integrarse totalmente al nuevo espíritu. Inútiles, embarazosos y peligrosos hasta por su supervivencia, se oponen por su sola presencia a la evolución estrictamente «proletaria» de la cultura. El relativo liberalismo de las «Cien Flores» que toleraba con bastante generosidad la herencia nacional y ciertas influencias extranjeras y que, por una sorprendente paradoja, el mismo Lu Ting-yi, inspirado por Mao Tse-tung, había defendido en su resonante discurso del 26 de mayo de 1956,[493] estaba a punto de morir.

[493] «Que florezcan Cien Flores, que rivalicen Cien Escuelas» (ver cap. XII).

XXVIII. «El toque de alarma de la Revolución cultural»

«...Cuando el camarada Yao Wen-yuan publicó un artículo titulado: *A propósito de la nueva obra histórica: La destitución de Hai Jui*, el toque de alarma de la gran Revolución cultural empezó a sonar y se inició el combate de las masas en réplica a los ataques de la burguesía.» (*Viva la gran Revolución cultural proletaria*, «Bandera Roja», núm. 8, 1966.)

El caso Wu Han

El comienzo de la Revolución Cultural, en el sentido que debía tomar seis meses más tarde, pasó desapercibido por todos los observadores extranjeros, por la población china y hasta por sus futuros actores. El caso Wu Han, considerado en la actualidad como su punto de partida, sólo reveló progresivamente su verdadera naturaleza y todo su alcance en tanto que parecía pertenecer al movimiento de reacción contra las tendencias liberales de los medios intelectuales. En cuanto a las tensiones políticas correspondientes en el interior del Partido, aunque fueron bastante sospechosas, se mantuvieron en el estadio de los rumores y de las especulaciones. La importante reunión de trabajo realizada por el Comité central en septiembre-octubre de 1965 fue secreta durante bastante tiempo, como lo fueron también las «tesis de febrero» de P'en Chen y la «Circular del 16 de mayo» de Mao Tse-tung, que las condenaba.

En realidad se estaban representando los dramas. Uno sobre la escena aparecía como una controversia que recordaba a otras muchas discusiones parecidas (la primera se remontaba al caso de la «vida de Wu Hsün» en 1951), y la otra, entre bastidores, acusaba toda la orientación general de la política interior y exterior china. Ambas serán abordadas por separado, no solo por el deseo de claridad, sino para mantenerse en la óptica de los testigos del momento.

El 10 de noviembre de 1965, Yao Wen-yuan, el redactor jefe de un periódico de Shanghai, el «Wen hui pao», firmaba en persona un ataque muy violento

contra un profesor e historiador conocido y apreciado, dramaturgo de ocasión, miembro de la Liga Democrática y después de 1949 —el punto es importante— uno de los alcaldes adjuntos de Pekín, Wu Han.

Especialista en la historia de la dinastía Ming y biógrafo de su primer emperador, Wu Han escribe para la escena, en 1961, un drama titulado *Hai Jui destituido de su mandarinato*.

En 1569, bajo el reinado del emperador Chia Ching, de los Ming, Hai Jui, de cincuenta y cuatro años de edad, letrado funcionario originario de Hainan, reputado por su integridad y por su deseo de aligerar las miserias del pueblo, es inspector de muchas prefecturas del Kiangnan, que casi corresponde a la región actual de Nankín-Shanghai-Soochow. En esta calidad, es inducido a condenar por el asesinato de un campesino y por el rapto de su hija, al hijo de un letrado perteneciente a una poderosa familia local. Sabiéndose desaprobado por la Corte y a punto de ser relevado de sus funciones, Hai Jui, sin embargo, hace ejecutar al culpable y a sus cómplices, y después de haber transmitido su sello oficial y su mandato a su sucesor se retira dignamente sus tierras.

Wu Han tuvo la precaución de señalar en el prefacio de su obra, que Hai Jui ponía en primer término sus grandes cualidades humanas al servicio de su clase, que luchaba contra el exceso de los mandarines para perpetuar más firmemente el sistema feudal y que guardaba todo el respeto por el emperador que estuvo a punto de hacerlo ejecutar y cuya muerte más tarde llorará.

Esta prudencia no podía prevenir las críticas. Hai Jui en efecto probaba con su conducta que habían existido buenos mandarines, probos y compasivos con el pueblo. Hecho más condenable todavía, el Hai Jui de la obra, como el Hai Jui de la historia, intentaba dar a los campesinos las tierras acaparadas por los ricos propietarios con el apoyo de los letrados-funcionarios y aligerar las deudas de los arrendatarios.

En fin, su firmeza frente a la autoridad imperial era aprobada y propuesta como ejemplo:

«Hai Jui pierde su mandarinato, pero no se inclina ni se esconde. Como actuaba bien, el pueblo de esta época le apoyaba, le alababa. Se debe fijar un lugar en la Historia para Hai Jui y sus virtudes merecen ser imitadas en la actualidad.»[494]

[494] Wu HAN (prefacio de *Hai Jui*).

Publicada por primera vez en enero de 1961 en «Artes y Literatura de Pekín» y después en volumen, la obra de Wu Han no había provocado ninguna reacción, pero llegado el momento, sus adversarios intentarían presentarla como un ataque enmascarado contra la «línea general» y contra Mao Tse-tung. En efecto, había sido escrita algo más de un año después de la 8a. sesión del VIII Comité central reunido en Lushan. Ahora bien, como se ha visto, en Lushan se habían opuesto los partidarios de la conservación del sistema comunal en su integridad y los de una política agraria más liberal, orientada en cierto grado hacia el retorno de la propiedad privada. En Lushan igualmente, el intransigente mariscal P'eng Teh-huai, jefe de fila de los «derechistas», había perdido su mandarinato. En ambos casos, la conducta y la personalidad de Hai Jui podían justificar ciertas comparaciones.

En realidad, el personaje de Hai Jui había comenzado a reaparecer bajo diversas formas en la primavera de 1959, es decir antes del pleno de Lushan. El célebre actor Chu Hsin-fang había representado en Shanghai por iniciativa de Chu Yang, según dirán ciertos periódicos de guardias rojos, una obra consagrada a Hai Jui, Hai Jui se dirige al emperador. Algo después, en el mes de junio, Wu Han había publicado un relato, Hai Jui condena al emperador, y por esta misma razón, si se creen las palabras atribuidas a Hu Ch'iao-mu, el autor de Treinta años de la historia del Partido Comunista Chino, el nombre de Hai Jui habría sido evocado en Lushan. Es, agregaron algunos, a instigación del mismo Hu Ch'iao-mu como Wu Han habría publicado en el «Diario del Pueblo» del 21 de septiembre de 1959 un artículo sobre Hai Jui. En fin, en diciembre del mismo año, había aparecido una colección de cuatro textos bajo el nombre del primero de ellos. Historia de Hai Jui. Estos diversos escritos no habían promovido más polémicas que la publicación de Hai Jui destituido de su mandarinato, pero se puede admitir que ya entonces los temas y las fechas podían autorizar ciertas sospechas.

Se pensó durante tiempo que los ataques contra Wu Han eran debidos a la iniciativa de Yao Wen-yuan y después, según suposiciones oficiales, a la de Mao Tse-tung dispuesto a dirigir él mismo la acción contra los partidarios de P'eng Teh-huai. «La palabra detestable de este texto es destituido», diría, dando a entender con ello las segundas intenciones de Wu Han. Contra esta interpretación, Chiang Ch'ing (mujer de Mao Tse-tung) revelaría en una reunión de los guardias rojos del 21 de abril de 1967, los verdaderos orígenes

del caso Wu Han[495]. Un día de 1965, parece ser, Chiang Ch'ing formularía ante el presidente algunas reservas sobre el sentido de Hai Jui destituido de su mandarinato y propondría presentarlas por escrito. Durante siete u ocho meses, Chiang Ch'ing, ayudada por Yao Wen-yuan y por Chang Ch'un-chiao, un comisario político de la región militar de Nankin, responsable de la propaganda en el Comité del Partido de Shanghai, reemprendería muchas redacciones de un artículo que se mantuvo secreto hasta el día en que apareció en el «Wen-hui pao» con la firma de Yao Wen-yuan.

Igualmente según Chiang Ch'ing, Mao Tse-tung, influenciado entonces por P'eng Chen, se mostraría inicialmente indulgente con Wu Han y con los historiadores en general. Si nada de esta indulgencia traspasaría a los textos oficiales, no es del todo imposible que Mao Tse-tung hubiese sido inducido progresivamente por las opiniones de su mujer, hostil a Wu Han desde 1962. Esta conversión en todo caso se conseguía en septiembre de 1965, como lo demuestran la Circular del 16 de mayo[496]. La Revolución cultural debe seguramente mucho a Chiang Ch'ing, al menos en lo que concierne a sus causas inmediatas y a las condiciones de su empeño.

El artículo de Yao Wen-yuan, apoyado en sólidas referencias históricas, acusará a Wu Han de disfrazar y exagerar las cualidades del personaje de Hai Jui, cuyos verdaderos móviles eran los de perpetuar la opresión del mandarinato, y mostrar unos campesinos resignados y desprovistos de todo tipo de conciencia de clase.

Por último Yao Wen-yuan, colocando sobre el tapete el problema de la devolución de la tierra a los campesinos en la actualidad, no vacilará en ver en Wu Han un detractor de las comunas populares, un aliado de los explotadores de la antigua sociedad y de los «derechistas» del Partido.

El artículo de Yao Wen-yuan se reproduciría el 29 de noviembre en el «Diario del Ejército» y, después, al día siguiente en el «Diario del Pueblo».

El 30 de diciembre, Wu Han intentó hacer su autocrítica en el «Diario del Pueblo», pero ésta desencadenó una nueva campaña alimentada a la vez por

[495] «Hung-se wen-i» («Artes y Literatura Rojas») del 20 de mayo de 1967.

[496] La circular dice en efecto que Mao Tse-tung había «dado unas instrucciones» relativas a la crítica de Wu Han en una reunión del grupo permanente del Departamento político en el momento de la conferencia de trabajo del Comité central de septiembre-octubre de 1965.

sus insuficientes explicaciones y por las observaciones moderadas y torpes de algunos de sus amigos y entre ellas la de los historiadores Chu Ku-ch'eng, Chu Mao-t'ung, Yang K'uan y Liu Ta-chieh. Una segunda autocrítica (12 de enero de 1966) le aisló rápidamente y pronto Wu Han tuvo contra sí a casi toda la prensa, hasta el periódico «Claridad» («Kuang-ming jih-pao»), antiguo órgano de la Liga Democrática. Se recuerda la influencia que Hu Shih, el mayor y más constante adversario del movimiento comunista en el dominio de la cultura, había ejercido sobre su formación. Se investiga también sobre su actitud cuando el asesinato del poeta Wen I-to en Kunming en 1946 y su coraje físico y moral fue puesto en duda[497]. Más tarde la crítica de Wu Han reapareció periódicamente en la prensa y sobre todo el mes de abril siguiendo cuando Teng T'o y otros miembros de la «banda negra», de los que formaba parte Wu Han, fueron acusados a su vez[498].

Ningún personaje importante del Partido se levantó para condenar o defender a Wu Han. Partidarios o futuras víctimas de la Revolución cultural se quedaron quietos. El silencio de los responsables del Ministerio de Cultura, con todo directamente interesados, asombró. El del alcalde de Pekín, P'eng Chen, de quien Wu Han era uno de sus adjuntos, no sorprendió menos. Se explica mucho mejor después de saber qué parte había tomado Mao Tse-tung y Chian Ch'ing en la desgracia del autor de Hai Jui. A fin de cuentas, la «Circular del 16 de mayo»[499] muestra que éste fue igualmente defendido por algunos de sus amigos de la acusación de haber querido mantener a los excluidos de Lushan. En efecto, es probable que P'eng Chen intentase despolitizar unas críticas que le atañían indirectamente y trasladar la controversia sobre un plano puramente académico y cultural.

Críticas de intelectuales destacados

Durante enero y febrero de 1966, los editoriales y artículos de la prensa que ponen especial acento sobre la primacía de la política y sobre el papel de las masas en el dominio cultural son más numerosos y más violentos de tono. El 16 de enero, el «Diario del Pueblo» invita a «los trabajadores de la filosofía» a

[497] «Diario del Pueblo» de 3 de junio de 1966.
[498] Ver cap. XXIX.
[499] Íd.

que se coloquen entre los obreros, campesinos y soldados. El 20, el mismo diario titula un artículo *La clase obrera puede mantener la ciencia y la cultura*. El 24, otro titulado *Dar la primacía a la política para alcanzar las cumbres de la ciencia*. Hoy se puede pensar que se trataba de preparar mejor a las masas en el papel activo que pronto se le iba a confiar en la Revolución cultural proletaria. Pero en aquel tiempo, estos textos aparecían en la línea recta del Movimiento de educación socialista y esto era suficiente para darle un sentido.

A principios del año 1966, Wu Han no es el único criticado; tres poderosas personalidades del mundo intelectual, el historiador Ch'ien Pot-san, y los autores Hsia Yen y T'ien Han, próximos al Partido, fueron sometidos a duros ataques en espera de ser completamente rechazados por la Revolución cultural.

Desde 1952, Ch'ien Pot-san, responsable del departamento de historia de la Universidad de Pekín, había publicado numerosos artículos concernientes a investigación histórica y a la enseñanza de la historia. Casi todos le serán reprochados; la revista doctrinal del Partido, «Bandera Roja», y el periódico «Claridad» se mostraron como los más perseverantes en sus denuncias.

Ch'ien Pot-san será presentado como un «burgués» opuesto a la lucha de clases, ignorando en todo caso el papel de ésta en sus interpretaciones históricas, como un defensor del «historicismo». En diversos aspectos, y sobre todo a propósito del papel de los personajes importantes y de los campesinos, su caso se aproximaba al de Wu Han. El Partido debía desenmascarar este falso marxismo y luchar contra sus «teorías empozoñadas»[500]. Estos ataques prosiguieron a lo largo de la Revolución cultural.

A través de Ch'ien Pot-san, era toda una concepción de la Historia lo que se acusaba, la concepción tradicional, que ignoraba el punto de vista de clase y de los movimientos de masas para atribuir un gran valor a los personajes y a los hechos accidentales y por esto extremadamente opuestos a la concepción marxista-leninista, supuestamente científica.

Hsia Yen, Shen Tuan-hsien es su verdadero nombre, autor revolucionario desde el primer momento, periodista, ensayista, novelista, dramaturgo y traductor, estaba desde hacía cuarenta años vinculado a la vida política y literaria china. Había participado en la Expedición del Norte en 1927, describió la vida difícil de los medios intelectuales de Shanghai en Recuerdo de la ciudad de la

[500] Cf. «Claridad» de 23 de abril de 1966: *Fracaso del historiador burgués*.

pena y en su obra Sai Chin hua, La malva, inspirada de un episodio de los boxers y poniendo en escena al general alemán Waldersse y una cantante adicta a su país, era popular en toda China. Su pasado, su calidad de antiguo viceministro de Cultura (octubre de 1964 a abril de 1965), su carrera de embajador de las Letras, su colaboración y su amistad con Kuo Mo-jo, no le ayudaban en su acusación de propagar una ideología burguesa, individualista y humanitaria[501]. Sobre todo Sai Chin-hua será objeto de un ataque en regla por su falta de espíritu de clase, su falso patriotismo y sobre todo quizá por haber dado a los boxers una imagen desfavorable[502].

T'ien Shou Ch'ang, que respondía al sobrenombre de T'ien Han, presidente de la Unión de Autores Dramáticos, cineasta, autor de teatro, traductor, profesor y libretista del himno nacional, sólo será atacado por una de sus obras, Hsieh Yao-huan, episodio de una revuelta campesina bajo el reinado de la emperatriz Wu Tse-t'ien en el siglo VII de nuestra era[503]. Como en el caso de Wu Han, las críticas se cebaron sobre una representación demasiado halagüeña de los soberanos incapaces por esencia de servir a los intereses del pueblo y sobre los pasajes juzgados como hostiles por alusión al Partido y al socialismo. Por otra parte serán ligeras comparadas a las que se realizarían a finales de año: colisión con el Kuomintang, rebelión contra el Partido, etc. Las peores injurias («camaleón», «padre de los monstruos del teatro») figuraron entonces a su cargo en la prensa oficial así como en la de los guardias rojos[504].

El 14 de abril de 1966, Kuo Mo-jo, presidente de la Academia de Ciencias, brillante personalidad intelectual, literato y arqueólogo de renombre, pero cantor del presente régimen incorporado desde hacía poco al comunismo, efectúa su autocrítica en ocasión de una reunión del Comité permanente de la Asamblea Nacional:

«Soy —declaró— un hombre de cultura y muchos me llaman escritor, poeta e historiador. Durante muchos años he manejado la pluma, escrito y traducido algunas obras. Sin duda he escrito millones de palabras. Sin embargo,

[501] Cf. Sobre todo «Diario del Pueblo» del 1 de abril de 1966: La ideología en las obras de Hsia Yen (Ho Ch'i-fang).
[502] Cf. «Caridad» del 12 de marzo de 1966, el mismo tema sería todavía tratado en «Claridad» del 29 de julio de 1971.
[503] Ver «Diario del Pueblo» de los días 1 y 24 de febrero y del 8 de marzo de 1966.
[504] Ver ante todo los grandes diarios del 6 de diciembre de 1966.

desde el punto de vista actual y en términos estrictos, todo lo que he escrito debería ser quemado.»[505]

Kuo Mo-jo, colocando en efecto el pensamiento de Mao Tse-tung por encima de todo, se acusaba de no haberlo profundizado suficientemente y tomaba su parte de responsabilidad en los errores cometidos en el dominio de la literatura y de las artes. Por este gesto de asombrosa prudencia se separaba ostensiblemente de las personalidades acusadas, sus amigos y colaboradores de otros tiempos, sacrificando definitivamente al pensamiento de Mao Tse-tung una reputación de rectitud y de carácter, a decir verdad hacía tiempo quebrantada.

[505] Ver «Diario del Pueblo» del 5 de mayo de 1966.

XXIX. «¡Fuego sobre la línea negra!». De Wu Han a Teng T'o. Caída de P'eng Chen

De Wu Han a Teng T'o

El 8 de mayo de 1966 se iniciaba para el gran público el caso Teng T'o cuyo sentido político aparecía en seguida mucho más claramente que en el caso Wu Han que éste iba a despertar.

Aquel día, el «Diario del Ejército» publicaba bajo un título sorprendente, *¡Fuego sobre la Línea Negra antipartido y antisocialista!*, un editorial firmado por Kao Chü. El mismo día «Claridad» hacía aparecer un artículo parecido bajo la firma de Ho Ming: *Aumentar nuestra vigilancia y distinguir la verdad del error*. En ambos figuraba un amplio texto explicativo: *Las charlas nocturnas de Yenshan por Teng T'o, pérfidas alusiones antipartido y antisocialistas*.

Por su lado, «Bandera Roja» (núm. 7) culpaba a la pluma de Ch'i Pen-Yü, nombre que pronto será bien conocido, por la posición «burguesa» del «Diario de Pekín» y de la revista «El Frente». En Shanghai, es Yao Wen-yuan el primer crítico de Wu Han, quien, el 10 de mayo, denuncia en el «Wen Hui-pao» y en el periódico «Liberación» a *El pueblo de las tres familias*, una serie de crónicas ya antiguas debidas a tres autores, Teng T'o, Wu Han y Liao Ho-sha, firmando colectivamente como Wu Nan-hsing[506]. Todos los diarios del día siguiente reprodujeron su artículo. Una docena de ataques similares seguirían en el «Diario del Pueblo» del mes de mayo y en toda la prensa.

Para los iniciados, el caso Teng T'o había comenzado a decir verdad algo antes, el 16 de abril, cuando la publicación por parte del «Diario de Pekín» y de la revista «El Frente» de una crítica amplia de forma y débil de fondo sobre El pueblo de las tres familias y las Charlas nocturnas en Yenshan. Se acompañaba por una autocrítica de la redacción que se acusaba de haber fallado en la vigilancia y cedido a las influencias burguesas en lugar de inspirar el espíritu proletario. La sinceridad de esta autocrítica sería acusada en la mayor parte de los artículos que acabamos de citar.

[506] Wu para Wu Han, Nan para Ma Nan-tun, pseudónimo de Teng To, Using para Fang Hsing, pseudónimo de Liao Mo-sha.

Teng T'o

Originario del Shantung, de cincuenta años de edad, Teng T'o era una personalidad importante del mundo de la prensa. Colaborador en el «Siglo Nuevo» y en numerosas revistas de Shanghai antes de 1937, había formado parte, en el transcurso de la guerra chino-japonesa, del equipo del diario comunista «Nueva China», publicado en Chungking con la autorización del gobierno nacional. Más tarde había tomado a su cargo el periódico de las zonas «liberadas» de la China del Norte («Chin-cha-chi Jih-pao»), antes de convertirse en redactor jefe del «Diario del Pueblo» de 1945 a 1960. Aunque su crédito haya ido disminuyendo desde esta época, todavía era, desde 1959, miembro del Secretariado del Partido para el municipio especial de Pekín y redactor jefe de la revista trimestral «El Frente», órgano de prensa de este comité. Ensayista, un poco historiador, de una cultura clásica profunda y por otra parte miembro de la Academia de Ciencias (filosofía y ciencias sociales), era indiscutiblemente un polemista de gran talento.

A partir del mes de marzo de 1961, Teng T'o había empezado a publicar en el «Diario de la Noche de Pekín», que entonces él controlaba, las Charlas nocturnas en Yenshan, y en la revista «El Frente», El pueblo de las tres familias, en el que habían colaborado Wu Han y Liao Mo-sha.

Liao Mo-sha

Liao Mo-sha, periodista como Teng T'o, había formado parte en Shanghai, antes de la guerra chino-japonesa, de la Liga de escritores de izquierda, atacado a Lu Hsün ironizando su «literatura de encajes» y publicado más tarde algunas novelas que pasaron desapercibidas: *Paseo en Hsienyang, Dejando la corte de Yin*.

En 1961, bajo el nombre de Fan Hsing y a propósito de la obra de Meng Ch'ao, Li Hui-niang, había fomentado la literatura fantástica y revelado su carácter inofensivo en algunos escritores: *Los fantasmas no hacen daño*, *Bromas refinadas a propósito de los fantasmas*, apoyándose en la literatura clásica. Sin embargo, tras haber colaborado en *El pueblo de las tres familias* había enmudecido, salvo para retractar su teoría acerca de los fantasmas (marzo 1965). Desde 1961, Liao Mo-sha era el responsable del comité del «frente unido» del

municipio de Pekín y presidía además diversos comités locales (educación, lucha contra el analfabetismo).

Para sus críticos, y sobre todo para Yao Wen-yuan, Teng T'o, bajo la excusa de sacar de los antiguos autores lecciones nuevas, atacaba en realidad a la dirección y a ciertos cuadros del Partido. Sin nombrarlo, «mostrando la morera pero insultando a la acacia» y con un lenguaje salpicado de segundas intenciones y de apólogos, en nombre de la medida y del buen sentido, denunciaba su tiranía, su jactancia, sus fanfarronadas, su fanatismo, su falta de sentido de la realidad, su palabrería y sus tópicos. De manera alusiva y típicamente china, ironizaba sobre el «gran salto hacia adelante», sobre las «comunas populares», sobre el pensamiento de Mao Tse-tung, y sus críticas, por esta razón, se unían a la de los revisionistas soviéticos.

Por el contrario, Teng T'o y sus amigos alababan ciertas virtudes de la antigua educación tradicional, el dominio de sí, la negación a humillarse, la dignidad de abrir su propio camino. Saludaban a los «personajes de gran cultura». Evocaban con simpatía a los mandarines probos y amigos del pueblo como Li San-tsai o a los miembros de la facción de Tung Li, repitiendo así el error de Wu Han y los de otros historiadores considerados marxistas.

Teng T'o, sobre todo por su estilo preciso, incisivo y variado, por la riqueza y la poesía de sus imágenes, a propósito de sus citas, recordaba a Lu Hsün impedido como él de manifestarse libremente. A veces, gracias al recuerdo de un antiguo verso, hacía levantar toda la calma melancólica del pasado.

> El sonido del viento, el sonido de la lluvia, el sonido de los libros colmarían mi oído,
>
> Las cosas de la familia, las del país, las del mundo, colmarían mi corazón.
>
> A veces también por el folklore y los cuentos (El huevo, El amnésico), se apegaba a la tradición popular más accesible y a veces más cruda.

Es difícil decir en qué medida los lectores de Teng T'o, Wu Han y Liao Mosha vinculaban sus relatos y sus fábulas a la actualidad. El «Diario de Pekín» y más todavía su edición de la noche eran extremadamente populares en un país en donde la prensa, dedicada a la exhortación política, es profundamente gris y aburrida. Por otra parte conviene señalar que los chinos de 1961-1962 —las crónicas aparecieron hasta el otoño de 1962— no habían perdido aún la

posibilidad de leer los cuentos y relatos de otros tiempos. Hasta mediados de 1966, se los podrá encontrar bajo las formas más variadas, desde las antiguas ediciones ilustradas hasta pequeños libros de imágenes que recuerdan a nuestras tiras dibujadas. Las grandes novelas populares (*Al borde del agua, la Novela de los tres reinos* y muchas otras) eran asequibles así como los clásicos que habían sido objeto de numerosas reimpresiones de calidad[507]. Así, aunque no atacase la doctrina ni al Partido, Teng T'o era intolerable en la medida en que la elección de sus temas y la forma de su talento contribuían a mantener el recuerdo y el gusto por el pasado.

Con una total falta de ocurrencia y de sentido del humor, los críticos atacaron en las *Charlas nocturnas en Yenshan* y en *El pueblo de las tres familias*, los pasajes mejores por su ironía y por la precisión de sus observaciones. Se esforzaron, con gran cantidad de citas y fechas, en demostrar la existencia de un complot deliberado, cuidadosamente organizado desde 1961 y cada vez más desarrollado en favor de las dificultades económicas. Con Hai Jui, Wu Han había sido la vanguardia de la tropa; Liao Mo-sha había seguido con sus artículos sobre los fantasmas; Teng T'o, con las Charlas nocturnas en Yenshan, quedaba como comandante en jefe que trataba de salvarse bajo el precio del sacrificio de los otros dos. Abandonando a veces estas imágenes guerreras, los críticos representaron al grupo de El pueblo de las tres familias como los hacendados de un «albergue siniestro» en el que se elaboraba una línea antipartido, antisocialista y derechista. Sólo el regreso de la consigna de la lucha de clases en la 10a. sesión del VIII Comité central, había inducido a los conjurados a callarse y dispersarse, cubriendo la retirada con falsas críticas mutuas. «De las treinta y seis estratagemas, la mejor es la de tomar la huida», decía la última crónica de las Charlas nocturnas en Yenshan, el 2 de septiembre de 1962.

Llegadas desde todos los medios, las críticas contra Teng T'o, Liao Mo-sha y Wu Han se repitieron mucho, duraron largos meses, reaparecieron a lo largo de la Revolución cultural y se convirtieron, como era de esperar, cada vez en más injuriosas.

A través de Teng T'o y de sus amigos, era naturalmente a la prensa y a ciertos medios culturales de la capital a quien se quería alcanzar y, aún más allá, al alcalde de Pekín, primer secretario del Partido por el municipio, número cinco del Buró político, P'eng Chen.

[507] Ver cap. XXI.

Los periódicos y revistas, «El Diario de Pekín», «El Diario de la tarde de Pekín», las revistas «El Frente» y «Artes y Literatura de Pekín», sobrevivieron aún algunas semanas después de haber visto su dirección modificada y después de haber presentado su autocrítica. Finalmente fueron suprimidos unos tras otros en el curso de los meses de julio y agosto.

Entre tanto, los acontecimientos propiamente políticos iban acelerándose y sobre todo a finales del mes de mayo en que se iba a ver la silenciosa desposesión de P'eng Chen y de Lu Ting-yi, la desgracia declarada de Chou Yang, la subida de Lin Piao a escuchar desde la Universidad de Pekín el «primer cañonazo» de la Revolución cultural. Estos diversos hechos, entonces ignorados o poco comprendidos, iban a acompañarse de una serie de editoriales o de artículos destinados a orientar la Revolución cultural y a dar a sus partidarios un notable apoyo psicológico y político.

La caída de P'eng Chen

P'eng Chen, originario de Shansi donde había nacido hacia finales de siglo[508], pertenecía a la primera generación del comunismo chino. Como Liu Shao-ch'i, fue en la acción obrera en China del Norte donde se formó hasta vísperas de la guerra chino-japonesa. Arrestado muchas veces, encarcelado durante seis años, no parece haber aparecido en Kiangsi ni haber tomado parte en la Larga Marcha. Llegada la guerra, se unirá en primer lugar a las operaciones de los guerrilleros detrás de las defensas japonesas en los confines del Hopei, Shansi y Chahar, después se convertirá en director adjunto de la Escuela del Partido en Yenan, miembro del Comité central en el VIII Congreso (1954) y, de 1945 a 1946, secretario del Partido por Manchuria.

En 1966, P'eng Chen es miembro del Buró político (núm. 10), segundo secretario del Comité central y, sobre todo, secretario del Comité del Partido del municipio especial de Pekín.

Dentro del aparato del Estado, P'eng Chen es vicepresidente y secretario del Comité permanente de la Asamblea Nacional y alcalde de Pekín desde 1951. Numerosas veces miembro o jefe de delegaciones en el extranjero y sobre todo en el Congreso del Partido rumano en Bucarest en junio de 1960 y en el XXII

[508] En 1899 o en 1902, según sus biógrafos.

Congreso del Partido del PCUS en octubre de 1961, es un dirigente de talla internacional que parece más particularmente encargado de las relaciones con los Partidos Comunistas japonés e indonesio.

Alto, sólido, abierto, siempre de buen humor, evoca un poco por su robustez y su calvicie a un Mao Tse-tung más joven. En conjunto da una impresión de soltura y benevolencia que desmienten tanto su papel durante los procesos colectivos de Pekín en 1951 como la conocida dureza de sus posiciones ideológicas.

P'eng Chen pasa por ambicioso y cuenta entre los tres o cuatro posibles sucesores de Mao Tse-tung. Sin embargo, su poder, aunque considerable, se limita a la capital mientras que entre sus rivales eventuales, Chu En-lai controla la administración, Liu Shao-ch'i y Teng Hsiao-p'ing el aparato del Partido y Lin Piao el ejército.

En el curso del invierno 1965-1966, los rumores de una rivalidad entre P'eng Chen y T'ao Chu corren un momento por Pekín, la rápida pero efímera ascensión de este último, coincidiendo con la caída del primero, parecen justificarlos después.

Hasta los primeros meses de 1966, P'eng Chen parecía conservar su crédito y su proximidad con Mao Tse-tung. Será él, parece ser, quien será encargado o se encargará de redactar la carta de la futura Revolución cultural, bien en la reunión de trabajo del Comité central de septiembre-octubre de 1965, o antes si es cierto que un «Comité de los Cinco» establecido para este efecto existía en julio de 1965.

Según diversos relatos detallados debidos a los guardias rojos[509], P'eng Chen reuniría el 3 de febrero de 1966 este «Comité de los Cinco ampliado», comité de redacción o grupos de estudio, que parece dividirse en dos tendencias rivales. Por un lado, P'eng Chen, Lu Ting-yi ministro de la Propaganda y de Cultura, Hsü Li-chün, y Yao Ch'in, director adjunto de la propaganda en el Comité central; por el otro K'ang Sheng, antiguo responsable del Partido y miembro de reserva del Buró político, y Kuan Feng, personaje de segunda fila.

En el curso de esta asamblea, P'eng Chen sostendría una declaración de Hsü Li-chün, defendería «siete documentos negros» que no son demasiado

[509] Especialmente «Tung-fang ch'an-pao», («El Combatiente de Oriente»), del 25 de mayo de 1967

precisos y rechazaría las críticas que asociaban a Hai Jui destituido de su mandarincito con la reunión del Comité central de Lushan en agosto de 1959.

Por su lado, K'ang Sheng denunciaría los errores de P'eng Chen, criticaría a Wu Han y defendería a Kuan Feng y a los «grupos de izquierda» que él habría organizado para criticar ciertas tendencias incorrectas.

A la salida de esta reunión, Hsü y Yao redactarían un informe para el Comité central. Este documento, aprobado desde el 2 de febrero por Liu Shao ch'i, modificado y vuelto a tomar bajo una forma más general, se presentaría el 8 a Mao Tse-tung que se encontraba entonces en Wuch'ang. Habiendo éste formulado a su vez algunas observaciones, los autores del informe lo corregirían antes de someterlo una vez más a Liu Shao-ch'i y a Teng Hsiao-p'ing. Gracias a una maniobra de estos últimos, el texto final, considerado como aprobado por Mao Tse-tung, es difundido en el Partido, bajo el timbre del Comité central, el 12 de febrero. Hsü Li-chün los presentará el 18 de febrero a los responsables de la prensa y a los dirigentes de las artes y de las letras; unos y otros formarán cuatro comisiones para debatirlo[510].

Así difundidas en el Partido, las «tesis de febrero», si se cree a los guardias rojos, provocaron diversas reacciones y fueron al punto atacadas por los partidarios de K'ang Sheng y de Ch'en Po-ta.

En una época que en la actualidad no es posible precisar pero que parece situarse antes del 30 de marzo, Mao Tse-tung, al principio, indeciso o quizás enfermo se inclina repentinamente hacia la tendencia de la izquierda. Sucesivamente, el secretariado del Comité central (9-12 de abril), la comisión permanente del Buró político (16 de abril) y el mismo Buró político (4 de mayo), se reunirían. P'eng Chen, Lu Ting-yi y Yang Shang-k'un serán atacados y aislados. La «Circular del 16 de mayo», dirigida a los niveles superiores del Partido, provincias y distritos y regimientos del Ejército, es el resultado de estas reuniones. Corresponde a una vigorosa y repentina ofensiva contra P'eng Chen y sus partidarios. La Revolución cultural acaba de pasar indiscutiblemente al plano político.

[510] Texto chino e inglés en el CCP Docu*ment of the great Proletarian Cultural Revolution (1966-1967)* de la Union Research Institute, Hong-Kong, 1968. Este texto inglés es el de «Survey of China Mainland Press», núm. 3.952 del 5 de junio de 1967, del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

«La Circular del 16 de mayo de 1966», hecha pública más tarde, anulaba las «tesis de febrero», disolvía al «Grupo de los cinco» y decidía formar un nuevo grupo encargado de la Revolución cultural, relevando directamente al grupo permanente del Buró político. Atacó severamente a P'eng Chen que había «forjado» las tesis de febrero «según sus propias ideas» y usurpado de manera arbitraria el nombre del Comité central y «sin la aprobación del camarada Mao Tse-tung».

Después, una refutación doctrinal en diez puntos manifestaba los principales errores de las «tesis de febrero»:

1. Esfuerzos para hacer desviar la gran Revolución cultural proletaria hacia la derecha y hacia el academicismo.
2. Negación a criticar a Wu Han y a los oportunistas de derecha de 1959.
3. Fomento de la libertad de expresión, tomándola en el sentido de una liberalización burguesa y no en el sentido manifestado por Mao Tse-tung en marzo de 1957 en ocasión de la Conferencia nacional del Partido acerca del trabajo de propaganda.
4. Negativa a reconocer el «carácter de clase de la verdad» y la dictadura del proletariado sobre la burguesía.
5. Glorificación indirecta de las «eminencias académicas» de la burguesía.
6. Rechazo de la fórmula de Mao Tse-tung «no construcción sin destrucción».
7. Misma actitud frente a los «sabios-déspotas» de la burguesía y de los hipotéticos «sabios-déspotas» del proletariado.
8. Protección de un «movimiento para la rectificación de la izquierda».
9. Consejos de «prudencia» y de «circunspección» en la dirección de la Revolución cultural, cuando, en su inmensa mayoría, los Comités de Partido están todavía lejos de comprender y lejos de representar con conciencia y competencia su papel dirigente.
10. Resistencia al verdadero pensamiento de Mao Tse-tung desde hace tiempo definido y deformación de este pensamiento en un sentido revisionista.

En suma, resumían los redactores, estas tesis se oponen a que la Revolución cultural socialista llegue hasta el fin, se oponen a la línea definida para la Revolución cultural por el Comité central del Partido teniendo a la cabeza al

camarada Mao Tse-tung, atacan a la izquierda proletaria, cubren a la derecha burguesa y preparan a la opinión pública para la restauración de esta última.

Más sorprendente que estas forzadas refutaciones doctrinales era la conclusión de la «Circular del 16 de mayo». Verdadero grito de alarma, verdadera llamada a la depuración, era aún más inquietante por el anonimato con que recubría aun a las futuras víctimas de la Revolución cultural.

«Los representantes burgueses que se han deslizado dentro del Partido, el gobierno, el ejército y todos los sectores del dominio cultural, constituyen una banda de revisionistas contrarrevolucionarios. A la primera ocasión tomarán el poder y sustituirán la dictadura del proletariado por la dictadura burguesa. Algunos ya han sido desenmascarados por nosotros, otros todavía no, y los hay que todavía gozan de nuestra confianza y están en camino de formarse para tomar nuestro relevo. Sobre todo hay individuos del tipo de Kruschev que duermen a nuestro lado; los comités del Partido en todos los niveles deben prestarles una gran atención.»

Este estilo y estas imágenes que daban a las «tesis de febrero» las apariencias de un vasto complot, debieron conmover profundamente al aparato del Partido. Sin embargo, nada transpirará fuera de él. Los acontecimientos que no pudieron dejar de producirse en el seno de las instituciones supremas en el curso de los tres meses que separan la difusión de las «tesis de febrero» de su condena se mantuvieron igualmente ignorados. En cuanto a la eliminación de P'eng Chen al que el derecho de sus propios servicios parece haberle sido rechazado, en la actualidad aún no se podría decir con certeza cómo y cuándo tuvo lugar.

Sobre el primer punto se puede observar que el período coincide con un eclipse de Mao Tse-tung prácticamente ausente de la vida pública hasta el 10 de mayo y, según rumores persistentes, inmovilizado por una grave intervención quirúrgica.

A propósito del segundo, diversos indicios conducen a pensar que la expulsión de P'eng Chen y Liu Jen, primer y segundo secretario del Partido por el municipio de Pekín, anunciada el 3 de junio, coincidió casi con la difusión de la «Circular del 16 de mayo». Presentada como «una gran victoria del pensamiento de Mao Tse-tung» y acompañada de ardientes manifestaciones, fue, según algunos, apoyada por unas medidas militares de precaución en la región de Pekín. Nada se percibió al principio y es probable que la permanente

presencia de numerosas unidades alrededor de la capital hacía inútil la llamada de nuevas tropas[511].

El nombramiento de Li Hsüeh-feng para el puesto de P'eng Chen se interpreta más bien como una solución de compromiso.

Li Hsüch-feng era, en efecto, desde 1963, primer secretario del Partido por la China del Norte y por esta razón Pekín estaba geográficamente al menos en su zona de responsabilidad. Su ascensión parecía deberse en gran parte a la vez a Teng Hsiao-p'ing y a Lin Piao y la sucesión de los acontecimientos debía mostrar sus reservas frente a determinadas nuevas tendencias[512]. En cuanto a Liu Jen, será reemplazado por Wu Teh, primer secretario de la provincia de Kirin, cuyos orígenes y experiencia calificaban particularmente para un traspaso a Pekín[513].

P'eng Chen y Liu Jen, eliminados sin que sus nombres fuesen previamente pronunciados, reaparecerán en público, pancarta en cuello y notablemente humillados, poco después de su arresto por los guardias rojos en diciembre de 1966. En esta época la Revolución cultural estará desde hace tiempo comprometida en un encadenamiento de violencias que aún se prolongaría durante varios años.

Conquista del Ministerio de Cultura y de Información

Con P'eng Chen y al mismo tiempo que él van a desaparecer los principales responsables del ministerio de Propaganda y de Cultura; en primer lugar el ministro, Lu Ting-yi, y el más importante de los viceministros, Chu Vang.

---

[511] Un dramático relato del acontecimiento ha sido aportado por el corresponsal de la agencia yugoslava Tanjung, que lo había obtenido de confidentes chinos.

[512] Li Hsüch-feng era como Peng Chen originario de Shansi. Durante la guerra chino-japonesa había sido el colaborador inmediato de Teng Hsiao-p'ing y más tarde lo sería de Lin Piao en la región Centro-Sur (1949-1954). Li había sido nombrado miembro regular del Comité central en el VIII Congreso, después 5.° secretario de dicho comité. Desde 1954 era dentro del aparato del Comité central el responsable del Departamento de Industria.

[513] Wu Teh, nacido en Hopei, había sido allí comisario político de la Columna de Lü Cheng-ts'ao durante la guerra chino-japonesa. Posteriormente se había distinguido en diversos puestos en relación con la economía y las finanzas.

Un silencio total se haría alrededor de Lu Ting-yi cuya calidad de portavoz del Partido y del gobierno desde 1949 le habían puesto muy a menudo en primer plano. Nacido en Wuhsi de Kiangsi en 1904, miembro del Partido desde 1925, antiguo estudiante de la Universidad de las Comunicaciones en Shanghai y de la Universidad Sun Yat-sen en Moscú, tenía detrás suyo una larga carrera de animador de la Liga de las Juventudes Comunistas, y propagandista en Kiangsi y en Yenan. En 1960, había acompañado a Liu Shao-ch'i y a T'eng Hsiao-p'ing a la Unión Soviética cuando se trataba de aproximar los puntos de vista ideológicos entre Moscú y Pekín.

Fue Lu Ting-yi quien había abierto la campaña de las «Cien Flores» con el célebre discurso del 26 de mayo de 1956 «Que florezcan Cien Flores, que rivalicen Cien Escuelas», sin olvidar que reflejando la política del momento, se había alzado contra el sectarismo en los dominios de la ciencia, del arte y de la literatura, y que había recordado el valor de la herencia nacional extendida de una manera particular y repetido la utilidad de estudiar las culturas extranjeras[514]. Intérprete de Mao Tse-tung y del Comité central, se guardarán de acusarlo enseguida. Simplemente será olvidado. No se le señalará oficialmente ningún sucesor antes del mes de agosto cuando T'ao Chu por otra parte le reemplace por un breve período[515].

Toda la atención y la indignación de la prensa se van a concentrar contra Chu Yang, cuya historia y lugar dentro del mundo de la cultura le hacía a decir verdad más importante que su ministro.

Hunanés como Mao Tse-tung pero quince años más joven que él, Chu Yang (Chu Ch'i-ying), antiguo estudiante en el Japón, había sido el personaje central del movimiento literario comunista o precomunista desde la creación de la Liga de Escritores de izquierda en 1930.

Primeramente colaborador de P'eng Chen en la China del Norte después del comienzo de la guerra chino-japonesa, en 1939 se convierte en director de la Academia Lu Hsün en Yenan donde edita una revista, «El Frente Literario y Artístico».

[514] Ver cap. XII.

[515] Por el contrario, Lu Ting-yi aparecería al lado de P'eng Chen, de Lo Jui-ch'ing y de algunos altos responsables del régimen en el momento de unos mítines de acusación de diciembre de 1966.

Viceministro de Cultura, director adjunto de Propaganda, vicepresidente de la Federación de las Artes y Letras y redactor jefe de su revista («Wen I pao»), miembro suplente del Comité central, era por sus funciones, su experiencia y su crédito, el verdadero dirigente de los medios literarios en el más amplio sentido de la palabra. Sus escritos le habían convertido en el principal exégeta del pensamiento maoísta en el dominio cultural y fue en esta calidad como había dirigido el combate contra todos los «desviacionistas» que habían caracterizado desde hacía cuarenta años la historia del Partido y del régimen[516].

Chu Yang será atacado abiertamente sin descanso y sin piedad. Se insistirá en su pasado de militante intelectual de la anteguerra. Se le reprochará el haber opuesto el slogan de una «literatura de defensa nacional», con todo aprobado por el Partido y la Komintern, al de una «literatura de masa para la guerra revolucionaria nacional» por aquel entonces sostenido por el gran Lu Hsün y, se dice hoy, por Mao Tse-tung. Se le acusará también de haber seguido los errores de Wang Ming en el curso del conflicto chino-japonés.

Para el período posterior a 1949, se reprochará a Chu Yang el haber dejado publicar gran número de obras condenables, haber interpretado demasiado generosamente la política de las «Cien Flores» considerando que «todo lo que no era perjudicial era útil» y alentando la variedad de temas y de una forma general, sosteniendo desde 1959 el concepto de «una literatura para todo el pueblo».

Chu Yang, dirán sus críticos, no ha dejado de dar muestras de hipocresía «vendiendo la mercancía negra con envolturas de color», burlándose de Mao Tse-tung a propósito de las «Cien Flores» (que una sola flor florezca, que una

[516] Sobre todo: Un gran debate sobre el frente literario (16 septiembre de 1957), La vía del arte y de la literatura socialista en China (22 de julio de I960), Las tareas de combate de los trabajadores de la filosofía y de las ciencias sociales (22 de octubre de 1963). Estos diferentes textos han sido evocados en los capítulos precedentes. Sin embargo, en 1963, en el momento de realizar una conferencia en Dairen sobre el tema del nuevo campesinado, Chu Yang atacaría la política del «gran salto hacia adelante» y de las comunas populares y prepararía el camino a su desgracia («Diario del Pueblo» del 27 de octubre de 1966).

única escuela rivalice) y oponiéndose secretamente a la reforma de la ópera de Pekín[517].

A pesar de todo, ninguno de los grandes textos debidos a Chu Yang será acusado. Además se habrían encontrado, con las referencias de costumbre a Mao Tse-tung, unas ideas y expresiones que la Revolución cultural no podría condenar. Inquebrantablemente adicto a la concepción proletaria de la literatura, interesado en «servir a las necesidades y a los intereses de las masas», no dejó de condenar la literatura burguesa y la revisionista, su «individualismo», su «humanismo» y su «pacifismo». Quería también «arrancar de raíz las plantas empozoñadas» para hacer de ellas abonos. Si se encuentran en él diversas referencias a la tradición, esto debe ser considerado desde un ángulo ideológico enteramente nuevo y si piensa que la cultura y el arte burgueses pueden subsistir durante cierto tiempo, es porque cree que la clase obrera es bastante fuerte como para ganar «en el curso de libres disputas y discusiones»[518].

Es finalmente, es preciso decirlo, en el deseo de Ch'en Po-ta y de K'ang Sheng de apoderarse de la doble palanca de la propaganda y de la cultura y también, sin duda, en el ánimo envidioso de Chiang Ch'ing, donde es preciso buscar las causas principales de la violenta campaña desencadenada contra Chu Yang del que de todas formas será posible pensar que estaba más cerca de las «tesis de febrero» que del radicalismo de los partidarios de la Revolución cultural.

[517] Ver entre los muy numerosos artículos de la prensa oficial y de la prensa de los guardias rojos, el del «Diario del Pueblo» del 30 de agosto de 1966 y el de «Claridad» («Kuang-ming jih-pao») del 23 de noviembre de 1966

[518] Cj. Un gran debate sobre el frente literario (1957). Sin embargo, en un escrito anterior, Chu Yang pensaba que era conveniente utilizar aún unas formas populares tradicionales (canción, ópera, cuentos) a las que las masas estaban aún vinculadas (La nueva literatura y el nuevo arte popular, 1954).

XXX. «¡Barrer a todos los monstruos!»

Reunidos, los cinco artículos que publica el «Diario del Pueblo» en la primera semana de junio, cada uno de los cuales se propone un tema bien determinado, aparecen como el primer cuerpo de doctrina de la Revolución cultural. Wu Leng-hsi, redactor jefe de este periódico y director de la agencia Nueva China, acababa de ser eliminado con P'eng Chen y con los responsables del Ministerio de Cultura. Ch'en Po-ta lo había reemplazado, llamando a un equipo del «Diario del Ejército». Pekín y no Shanghai se convertiría en lo sucesivo en el centro de la propaganda.

El artículo del 1 de junio Barrer a todos los monstruos anuncia que una inmensa ola revolucionaria, cultural y proletaria, se está levantando en la China socialista «que compone una cuarta parte de la población mundial».

«En algunos meses, millones y millones de obreros, campesinos y soldados así como la gran masa de los cuadros y de los intelectuales revolucionarios, respondiendo a la llamada al combate, lanzada por el Comité central del Partido y por el presidente Mao Tse-tung y armados con el pensamiento de éste, han barrido gran número de genios maléficos que se habían instalado en las posiciones ideológicas y culturales. Con la rapidez y la potencia del huracán y de la tempestad, han quebrantado las cadenas impuestas durante tantos años a su pensamiento por las clases explotadoras y han derrotado y rechazado completamente la arrogancia de los "especialistas", "sabios", "autoridades y maestros del pensamicto" burgueses.»

El estilo y las imágenes recuerdan de manera sorprendente el «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan» a principios de 1927, cuando Mao Tse-tung anunciaba el desencadenamiento de una inmensa ola revolucionaria campesina. Se trata, dice el editorial, de destruir de arriba a abajo el pensamiento, la cultura, los hábitos y las costumbres antiguas y crear unas nuevas. El pensamiento de Mao Tse-tung, verdadera «bomba atómica espiritual», será el agente de esta transformación «sin precedentes en la historia de la humanidad».

Sin embargo, el editorialista se abstiene de minimizar las dificultades futuras. A largo plazo, dice proféticamente, se trata en efecto de una verdadera lucha por el poder, lucha que necesitará la plena movilización de las masas,

conocerá vicisitudes y requerirá bastante tiempo. Así se puede presentir que la cuestión sobrepasa ya muy notablemente el plano doctrinal y que unas personalidades temibles —«los Kruschev que duermen a nuestro lado» de la Circular del 16 de mayo— son implícitamente acusadas.

Al día siguiente, 2 de junio, un editorial del «Diario del Pueblo», se titula Una gran revolución que afecta al corazón del hombre.

A medida que se hacían más profundos la revolución socialista y el Movimiento de educación socialista, se plantea inevitablemente el problema de la Revolución cultural proletaria. Este problema afecta no solamente a la sociedad, sino al hombre al que se trata de cambiar la concepción misma del mundo. No es posible ningún compromiso entre la concepción burguesa y la concepción proletaria que existen en cada individuo «como dos ejércitos que se hacen frente en la batalla» y de los que uno debe perecer.

Este interesante artículo señalaba también, citando a Mao Tse-tung, que si lo material determina lo espiritual, lo espiritual reaccionaría contra lo material y la superestructura (ideológica) contra la base económica. Reafirmaba el carácter eterno de la lucha, resultado de la eternidad de las contradicciones:

«Contradicciones habrá siempre, dentro de mil años, dentro de diez mil, incluso dentro de cien millones de años. La tierra será destruida y el sol apagado y aún existirán en el universo.»

Y el texto evocaba esta bella imagen, «de Han Yü», a menudo citada por Mao Tse-tung:

«El árbol desea la calma, pero el viento no amaina.»

El 4 de junio, el «Diario del Pueblo» atacaba la divisa «Libertad, Igualdad y Fraternidad»[519]. Progresista en la época de la Revolución Francesa, esta divisa no era más que burguesa y reaccionaria. La Revolución cultural debía condenarla puesto que algunos habían «izado la bandera negra» para transformar las luchas de clases en simples discusiones académicas y, de todos modos, no hacían más que debilitar la combatividad de la izquierda proletaria. En fin, una vez más, el editorial manifestaba que era tan imposible confiscar la ideología como los bienes de los «reaccionarios» y reconocía que esta ideología afectaba a elementos del Estado y del Partido; el peligro de una restauración capitalista era real.

[519] *¡Arranquemos el púdico velo de la burguesía: Libertad, Igualdad y Fraternidad!*

El artículo del 7 de junio del «Diario del Pueblo» (*El pensamiento de Mao Tse-tung, catalejo y microscopio de nuestra causa revolucionaria*) parecía el más interesante de todos. Si recordaba sin demasiada originalidad que el arma ideológica más potente contra los «monstruos» era el pensamiento de Mao Tse-tung «cumbre del marxismo-leninismo de nuestra época», ya se precisaban algunos rasgos de estos monstruos. «Leales en apariencia y traidores en secreto», «tigres sonrientes», «demonios de aspecto humano», blandían la bandera roja para combatir la bandera roja, el pensamiento de Mao Tse-tung para combatir el pensamiento de Mao Tse-tung. Ésta era «una nueva característica de la lucha de clases en las condiciones de dictadura proletaria». Para descubrir a estos enemigos de dentro, un solo criterio: el pensamiento de Mao Tse-tung «que permite distinguir las cosas más ínfimas y, a través de ellas, comprender las grandes cosas» como el sol de Chantecler hacía las grandes líneas y los pequeños detalles.

Parece ser que, a través de la ideología, ya se planteaba la cuestión de la lealtad hacia Mao Tse-tung:

«La actitud adoptada frente al pensamiento de Mao Tse-tung, aceptación o resistencia, apoyo u oposición, afecto u odio, ésta es la línea divisoria, la piedra de toque entre la auténtica revolución y la pseudorrevolución, entre la revolución y la contrarrevolución, entre el marxismo-leninismo y el revisionismo.»

El 8 de junio, el último editorial importante de la serie *Nosotros somos los críticos del viejo mundo*, exhorta a los 700 millones de chinos a destruir el mundo antiguo a fin de poder construir uno nuevo. Esta incitación a la crítica iba a convertirse pronto en una incitación a la revuelta. El origen de los guardias rojos, de los rebeldes revolucionarios y de sus excesos de todo tipo, la inmensa extensión que van a tomar los periódicos murales se debe buscar en la sustancia de este artículo.

No es necesario decir que muchos otros textos de combate aparecieron durante lo que quedaba del mes de junio. Algunos estuvieron consagrados a problemas particulares[520], otros sólo parafrasearán a los que les preceden o

[520] Es el caso del editorial del «Diario del Pueblo» del 3 de junio: *Desgarremos las posiciones de las que la burguesía se ha apoderado en la investigación histórica*.

repetirán las tesis de la prensa del ejército[521]. Un editorial de «Bandera Roja» merece de todas formas un lugar particular a causa de su tirada internacional[522]. Titulado *Viva la Gran Revolución Cultural Proletaria*, asegura que la Revolución cultural es el único y verdadero medio de eliminar completamente las fuentes ideológicas del revisionismo. La Unión Soviética, donde no se había realizado ninguna revolución cultural seria, es el mejor ejemplo de esto. Frente a ella, y a pesar de las dificultades suscitadas por los representantes de la burguesía «infiltrados dentro del Partido» a lo largo de su historia, China prosigue su marcha triunfal bajo las dos banderas rojas del «pensamiento de Mao Tse-tung» y de la «Gran Revolución Cultural Proletaria».

El primer cañonazo de la Revolución cultural

Desde los primeros días de mayo una confusa agitación se prolongaba en la Universidad de Pekín (en abreviatura, Peita) a propósito de la Revolución cultural y del caso Teng T'o. El 25 de mayo, un profesor, la señora Nieh Yuan-tze, y seis miembros del departamento de filosofía colgaban un periódico mural que atacaba con extrema violencia al rector Lu P'ing, igualmente secretario del Partido en la universidad.

Lu P'ing Sung Yen, jefe adjunto del departamento de la Enseñanza Superior en el Comité del Partido de la ciudad y la señora P'eng P'ei-yün, secretaria adjunta del Partido en la universidad, eran acusados de reprimir el desarrollo de la Revolución cultural en Peita por medio de toda clase de maniobras y de artificios (negativa a que se colgasen grandes periódicos murales, negativa a permitir reuniones generales, etc.). El documento terminaba con una dramática llamada a las armas:

«Intelectuales revolucionarios, ¡ha llegado la hora del combate! ¡Unámonos! Levantemos en lo alto la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-tung, ¡unámonos alrededor del Comité central y del presidente Mao! ¡Destrocemos todos los controles y todos los maléficos complots de los revisionistas,

[521] Cf., sobre todo los editoriales del 18 de abril: *Levantemos en alto la gran bandera roja del Pensamiento de Mao Tse-tung* y del 4 de mayo: *No olvidemos jamás la lucha de clases*, del «Diario del Ejército».
[522] «Bandera Roja», núm. 8, 1966.

decididamente, radicalmente, totalmente, completamente, destruyamos a todos los monstruos, a todos los elementos revisionistas del tipo de Kruschev! ¡Llevemos hasta el final la Revolución socialista!

»¡Proteged al Comité central! ¡Proteged el pensamiento de Mao Tse-tung! ¡Proteged la dictadura del proletariado!»

Lu P'ing, cuadro político a toda prueba, durante largo tiempo activo en los sindicatos y en las organizaciones de juventud y antiguo ministro adjunto de los ferrocarriles, diputado de Pekín en la Asamblea Nacional, reaccionó vivamente en nombre de la disciplina de la universidad y de la disciplina del Partido.

Una efervescencia cercana a la anarquía se empezó a desarrollar, se produjeron choques entre los estudiantes; el efecto fue por doquier considerable.

Fundada desde 1898, la Universidad de Pekín había sido siempre un lugar importante para todas las revoluciones chinas. El «Movimiento del 4 de mayo de 1919» había partido de allí; Ch'en Tu-hsiu y Li Ta-chao, fundadores del Partido Comunista chino, habían enseñado en sus aulas, cada gran acontecimiento nacional había tenido allí su eco y numerosos estudiantes de «Peita» se habían incorporado a las «bases comunistas» en el momento de la guerra chino-japonesa. Esta importante posición donde las corrientes liberales eran muy profundas —hasta tal punto que Mao Tse-tung estaba personalmente inquietado— debía ser conquistado por la Revolución cultural.

El 3 de junio, Wu Teh, nuevo secretario adjunto del Partido por el municipio de Pekín[523], se desplazaba a Peita. Allí anunciaba el relevo de Lu P'ing y de P'eng P'ei-yün de sus puestos en la universidad y en el comité del Partido de ésta e instalaba un «grupo de trabajo» dirigido por un alto cuadro, Chang Ch'eng-hsien que no tardará en ser criticado a su vez.

La operación estaba apoyada por un resonante editorial del «Diario del Pueblo»: ¿Sois unos revolucionarios proletarios o unos burgueses realistas? Verdadera requisitoria contra Lu P'ing, acusado de haber sido el instrumento del antiguo comité de Pekín dirigido por P'eng Chen.

La tarde del 1 de junio, Mao Tse-tung, al tener noticia del periódico mural de la señora Nieh, lo aprobaba, recomendaba su difusión y declaraba que «acaba de oírse el primer cañonazo de la Revolución cultural».

[523] Ver cap.XXIX.

La creación de «grupos de trabajo» no solamente en la Universidad de Pekín, sino en todos los institutos y en todas las escuelas secundarias de la capital y a veces de la provincia, no restablecería la calma.

Estos grupos, mandados por el Departamento político (en teoría por el Comité central) a principios de junio y compuestos por miembros responsables del Partido, intentaron calmar la agitación y frenar el desarrollo del nuevo espíritu revolucionario. Se les acusará más tarde de haber sufrido la influencia directa de Liu Shao-ch'i y, en su primera autocrítica, éste reconocerá en efecto su acción moderadora vertiendo la responsabilidad sobre el conjunto del Comité central.

Durante unos cincuenta días la vida política china pareció concentrarse en las escuelas de la capital. Los estudiantes cayeron pronto en una extrema demagogia revolucionaria y profesores y alumnos sospechosos de tibieza o señalados por su origen social sufrieron ultrajes y malos tratos. Definidas según diversos criterios, se crearon algunas categorías (unas objeto de exaltación, otras de crítica): «Cinco especies rojas», «Siete especies negras». A algunas «especies» (lei) clasificadas como burguesas se les prohibieron los cantos de alabanza a Mao Tse-tung: siendo considerados como los más sagrados «El Oriente Rojo» y «En el mar confiarse al timonel». A veces algunos estudiantes no tuvieron tampoco el derecho de leer, incluso tocar, los libros de las obras del presidente. Es a partir de estas distinciones como van a aparecer los primeros guardias rojos cuyo nombre evocaba un momento ya antiguo de la historia del Partido.

La situación se iba a esclarecer durante la segunda quincena de julio. Los grupos de trabajo iban a ser combatidos por los principales representantes de la tendencia radical de la Revolución cultural. Chiang Ch'ing, Ch'i Pen-yü, K'ang Sheng y Kuan Feng se desplazaron a su vez a las universidades y las escuelas de la capital para destruir la obra de apaciguamiento iniciada y para llevar al más alto punto el celo revolucionario de los estudiantes, halagándoles, diciéndose «sus alumnos» y, a veces, intimidándoles[524].

El 24 de julio, serán por fin retirados los grupos de trabajo. En su lugar, Ch'en Po-ta, probablemente inspirado por un discurso de Mao Tse-tung del

[524] Ver sobre todo el discurso que Chiang Ch'ing pronunciarla el 24 de julio en la escuela de radiodifusión.

22 de julio, sugerirá crear unas organizaciones de la Revolución cultural[525], y esta práctica se incrementará y oficializará por el Comité central en su resolución del 8 de agosto.

La desaparición de los «grupos de trabajo» en los establecimientos de enseñanza consagra un primer triunfo de la tendencia severa de la Revolución cultural. Emanados del nuevo Comité del Partido del municipio de Pekín y aprobados por el Comité central animado por Liu Shao-ch'i en ausencia de Mao Tse-tung, habían sido terminantemente condenados por éste, como K'ang Sheng lo confirmará el 22 de julio[526].

Finalmente, bajo pretexto de darse el tiempo preciso para reformar los sistemas y los programas de enseñanza, en realidad para extender más allá de las escuelas el fermento de la Revolución cultural, el Partido decidirá, el 26 de julio, cerrar las universidades y escuelas secundarias por seis meses; así se mantuvieron muchos años. El 26 de julio marcaba también, como se verá, el anuncio del regreso de Mao Tse-tung a Pekín y desde entonces la convocatoria de la 11 sesión plenaria del Comité central va a dar a la Revolución cultural una carta y unas estructuras propias.

Entretanto, con la Universidad de Pekín, se había conquistado una fortaleza importante. Pronto los primeros guardias rojos y los «rebeldes revolucionarios» extendieron su acción mucho más allá de la capital y sumergieron a las grandes ciudades chinas dentro de una primera ola de desórdenes.

---

[525] Asamblea, comité, grupos; cf., el discurso del 26 de julio.

[526] «El presidente Mao no os ha enviado jamás ningún grupo de trabajo; éste os ha sido enviado por el nuevo Comité de Pekín» (Declaración del 22 de julio en la Universidad de Pekín). En cuanto a Chiang Ch'ing, su visita del 22 de julio a la Universidad de Pekín está caracterizada por una violenta crítica del papel del grupo de trabajo de Chang Chen-hsien, «que nada ha hecho para alumbraros ni para movilizaros». La hostilidad de Mao Tse-tung hacia los grupos de trabajo queda de manifiesto en las declaraciones de los días 21 y 22 de julio de 1966 realizadas ante los altos responsables del Partido. Se puede encontrar una versión inglesa en Jérome CH'EN. op. cit., págs. 24-34. así como en la serie de «Current Background» (núm. 892 del 21 de octubre de 1969) del Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong.

XXXI. El regreso del gran timonel y el onceavo Pleno del VIII Comité central

Mientras que estos grandes acontecimientos sacudían al Partido y al mundo cultural, su primera causa continuaba en el misterio.

Al menos oficialmente, el Comité central del Partido no se había reunido desde su décima sesión en septiembre de 1962. «Tesis de febrero» y «Circular del 16 de mayo» eran ignoradas por el público. Si en lo sucesivo fue evidente que se enfrentaban potentes grupos, nada permitía poderlos definir. En fin, el papel de Mao Tse-tung, que, desde el mes de noviembre de 1965, había dejado de aparecer en público, de recibir a los huéspedes extranjeros y de manifestarse acerca de la situación del momento y hasta cuya residencia se ignoraba, se mantenía en el mayor incógnito.

A principios del mes de mayo, múltiples rumores recorrieron la capital y los medios extranjeros. El presidente del Comité central había sufrido una congestión cerebral, eminentes especialistas occidentales (un checo y otro italiano, se dice) habían llegado para tratarlo u operarlo. Podía tratarse del progreso de una enfermedad de Parkinson que algunos le atribuían desde hacía años. El rumor de su muerte corrió por un momento[527].

Sin embargo, el 10 de mayo, la prensa había publicado su fotografía en compañía de una misión albanesa presidida por Mehemct Shehu. Era suficiente para disipar los rumores de su muerte o de su total incapacidad física, pero no para demostrar que continuaba dirigiendo el Partido y, a través de éste, el Estado. Dos nuevas apariciones fotográficas, con ocasión de la visita del príncipe heredero del Nepal y de la inauguración de la Conferencia de los escritores afroasiáticos, parecieron, mejor que la primera, confirmar un estado de salud satisfactorio.

Finalmente, el 26 de julio, toda la prensa anunciaba bajo enormes títulos acompañados de grandes fotografías que el 16 de julio Mao Tse-tung había nadado durante una hora y cinco minutos quince kilómetros en el Yang-Tsé en

[527] En la actualidad parece cierta la posibilidad de que Mao Tse-tung había dejado Pekín para trasladarse a Hangchow tras la difícil reunión de trabajo del Comité central de septiembre-octubre de 1965 y que no regresaría antes del verano de 1966.

Wuhan; un sorprendente récord aun teniendo en cuenta la rapidez de la corriente y las precedentes marcas del interesado.

Cinco mil personas, entre las cuales estaba Wang Jen-chung, el secretario del Partido por Hupeh, habían nadado al mismo tiempo que colocaban unas balsas llevando su imagen o cubiertas de slogans y de banderolas multicolores. Otras doscientas mil habían asistido a esta proeza, que el resto del país, las representaciones diplomáticas y la prensa extranjera no conocerían hasta los diez días, perfecta ilustración del hermetismo y de la discreción de la sociedad china[528].

El episodio de Wuhan, la puesta en escena que lo acompañaba, los ditirambos de los periódicos, debían probar con grandes alardes a la población china la integridad física e intelectual de su glorioso dirigente que volvía de alguna manera a ponerse a su cabeza y a ponerse a la cabeza de la Revolución cultural.

Avanzamos entre la violenta tormenta siguiendo al presidente Mao, titulará el «Diario del Pueblo», que reimprimirá en esta ocasión, con su traducción a chino vulgar, un poema escrito por Mao Tse-tung en 1965, en parecidas aunque menos dramáticas circunstancias:

He aquí que he bebido el agua de Changsha,
He comido de nuevo el pescado de Wuch'ang,
He franqueado un río de diez mil li
Mientras que mis ojos reposaban en el cielo de Ch'u.
¡Qué importa que sople el viento, que golpeen las olas!
Esto es mejor que vagar por mi patio.
Y hoy estoy satisfecho.
Cerca del río el maestro ha dicho:
«Lo que acontece es como esta agua».
Los mástiles se agitan con el viento,
Los peñascos de la Tortuga y de la Serpiente están inmóviles,
Se levantan grandes designios.
Un puente une el Norte con el Sur,
La eterna barrera se ha convertido en camino.

[528] La 11 competición de la travesía del Yangtsé se desarrollaba en el mismo momento y no se sabría decir si Mao Tse-tung creó la ocasión de su reaparición o se limitó a utilizar este acontecimiento deportivo.

Al Oeste se construyen unas murallas de piedra.
Detienen a las nubes y la lluvia de los montes Wu.
La alta garganta se convierte en liso lago,
La diosa inmutable se asombra de este extraño mundo

La onceava sesión del VIII Comité central

La 11a. sesión del VIII Comité central que debía realizarse del 1 al 12 de agosto de 1966 no fue anunciada. Sospechada después de la publicación de la decisión del 8 de agosto acerca de la Revolución cultural, sólo fue realmente conocida el 12 de agosto, cuando se difundió su comunicado final.

Según informaciones ulteriores, se puede pensar que el Comité central debía reunirse en Pekín en la segunda quincena de julio (probablemente el 21 de julio) sin que Mao Tse-tung estuviese presente, al menos en las primeras sesiones. Parece que el secretario general del Comité central, Tens Hsiao-p'ing, al principio presionado para no cambiar nada de este proyecto, se dejó intimidar por unas órdenes terminantes procedentes del mismo Mao Tse-tung. La eliminación de P'eng Chen algunas semanas antes, el paso del Comité del Partido por la ciudad de Pekín a manos de un grupo menos favorable a la tendencia Liu Shao-ch'i, y hasta quizá la misma presión del ejército, no le permitían apenas maniobrar sin peligro.

Un misterio parecido existe a propósito del número de los participantes: miembros regulares, miembros suplentes, asistentes procedentes de diversos organismos del Partido y desprovistos del derecho a voto, pero no sin influencias sobre los miembros regulares. Contrariamente a los precedentes, el comunicado final silenciará este punto y será mudo también acerca de los cambios en el interior del Departamento político y del Secretariado.

Dos documentos serán publicados por el Comité central: la «Decisión del Comité central del Partido Comunista chino acerca de la Gran Revolución Cultural proletaria» llamada «Decisión en dieciséis artículos» y el comunicado final llamado «Comunicado de la 11 sesión plenaria del Comité central salido del VIII Congreso del Partido Comunista chino», más revelador de las tensiones que debieron manifestarse en el transcurso de las sesiones.

Los dieciséis puntos de la decisión del 8 de agosto reflejan una situación y expresan la intención correspondiente.

Ciertos elementos «que se han comprometido en la vía capitalista» se han infiltrado en el Partido en donde algunos detentan puestos de dirección. Se apoyan sobre todo en unas estructuras culturales que no corresponden todavía a la base económica socialista. Estos elementos deben, pues, ser combatidos y aplastados, mientras que las superestructuras deben ser transformadas y cambiados los viejos hábitos heredados de la antigua sociedad.

La eliminación de los elementos indeseables va a depender ante todo de la capacidad del Partido para movilizar a las masas y de la actitud de las masas de «liberarse» por sí mismas por medio de la acción.

Dentro del Partido, conviene «descubrir y reforzar la izquierda, ganar el centro y aislar a la derecha» a fin de captar un 95 por ciento de los cuadros y de los militantes. Los que son «buenos» o «relativamente buenos» constituyen la gran mayoría, los que se engañan de buena fe o son ineficaces y rutinarios, pero que están dispuestos a corregirse, se hallarán más tarde dentro del campo de la «Revolución cultural proletaria», los otros, los «derechistas antipartido y antisocialistas» serán «siempre denunciados, abatidos, imposibilitados de seguir perjudicando, desacreditados y sus influencias liquidadas» (art. 8).

En cuanto a las masas, conviene que se eduquen por sí mismas «revolucionándose». Es preciso respetar su espíritu de iniciativa, su espíritu crítico y no temer sus desórdenes. La multiplicación de los periódicos murales, los grandes debates de opinión y las denuncias serán los principales procedimientos utilizados (art. 4).

Orgánicamente, unos grupos o comités de la Revolución cultural serán instalados para guiar a ésta de acuerdo con el Partido. Serán sus órganos de poder. Tendrán un carácter permanente. Sus miembros serán elegidos por todos y en todo momento serán revocables (art. 9).

En la actualidad se puede pensar que la creación de grupos y de comités de la Revolución cultural, ya se tratase de un expediente para intimidar a la oposición o una transferencia deliberada de la soberanía del Partido a las masas, fue un gran error. Estableciendo una jerarquía paralela y rival, alejaría de la Revolución cultural a la gran mayoría de los cuadros. Dividiendo la autoridad, creará una situación cada vez más anárquica.

No obstante, ojeando los textos detenidamente, prudencia e invitación al compromiso aparecían tanto como los estímulos a la audacia y al desorden.

No está permitido usar la coacción física para someter a la minoría que conviene proteger y convencer por medio del razonamiento. Únicamente los contrarrevolucionarios activos y culpables de asesinatos, sabotajes y de robar secretos de Estado serán objeto de medidas de fuerza y serán tratados según la ley (art. 6).

Las masas no pueden ser levantadas contra las masas. La producción no quedará perturbada (art. 14). Los hombres de ciencia, el personal científico y técnico de calidad no serán molestados con tal que no se opongan ni al Partido ni al socialismo (art. 12).

Por último, las dimensiones de la Revolución cultural están limitadas y claramente definidas. Es sobre las instituciones culturales y educativas, sobre los organismos dirigentes del Partido en las ciudades importantes y medianas donde será preciso realizar el esfuerzo principal (art. 13). Los campos, las empresas urbanas proseguirán en principio el Movimiento de educación socialista. El ejército realizará él mismo su propia Revolución cultural bajo la dirección del Comité militar del Partido y de su Departamento político (art. 15).

La invocación al pensamiento de Mao Tse-tung y la exhortación a su estudio que servían de conclusión a la decisión del 8 de agosto (art. 16) ponían toda la autoridad del líder al servicio de la Revolución cultural y servían para paralizar a los adversarios de ésta. Así se verá a todos los acusados y hasta a los más importantes invocar por sí mismos el nombre prestigioso y apelar al nuevo movimiento. Desde entonces, la confusión llegará a ser completa.

El comunicado final de la 11a. sesión, publicado el 12 de agosto, parecía mucho menos preciso y bastante más violento que la decisión del 8 de agosto de la que repetía algunos temas. Para el pasado, aprobaba una serie de documentos puestos en aplicación desde el 10.° pleno y mantenidos en secreto, pero cuyos títulos revelan todo el interés[529]. Para el futuro insistía de manera desmedida sobre la infalibilidad del pensamiento maoísta definitivamente asimilado al marxismo-leninismo de nuestra época y convertido para el Partido y

[529] Algunos de ellos serán conocidos más tarde y, sobre todo, los «proyectos» del 20 de mayo de 1963 sobre el trabajo actual en el campo y del 14 de enero sobre algunos problemas del Movimiento de educación socialista en el campo (documentos en seis, veinte y tres puntos). Ver cap. XXVII.

para el país en su totalidad «en el principio director a observar en todo trabajo». Ya este pensamiento conjugado con la «línea de masa» parecía restringir considerablemente el papel del Partido:

«...El movimiento de masas en el que la masa de los obreros, de los campesinos y de los soldados, los intelectuales revolucionarios y la masa de los cuadros estudian y aplican de manera viva las obras del camarada Mao Tse-tung ha inaugurado un nueva era en la que el pueblo trabajador asimila y aplica directamente el marxismo-leninismo.»

Por contraste, el revisionismo de los dirigentes soviéticos era brutalmente atacado y éstos eran acusados a la vez de traicionar a:

«...El marxismo-leninismo, el gran Lenin, la vía de la Gran Revolución de Octubre, el internacionalismo proletario, la causa revolucionaria del proletariado internacional y de los pueblos oprimidos así como los intereses del gran pueblo soviético y de los pueblos de los países socialistas.»

En su furor, los dirigentes chinos no titubeaban en denunciar la formación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos una «nueva Santa Alianza anticomunista, antipopular, contrarrevolucionaria y antichina».

«Debemos —concluía el comunicado— estar animados con una gran y sublime determinación proletaria, tener el coraje de comprometernos en una vía que no ha sido jamás explorada y lanzarnos al asalto de las cimas que no han sido jamás alcanzadas.»

El final de la 11a. sesión estaría caracterizado por unas escenas de exaltación mística inauditas alrededor de la misma persona de Mao Tse-tung. Las manos que habían estrechado a las suyas se convirtieron en consagradas y estrecharon a otras santificadas a su vez. Las imágenes de Mao Tse-tung repetidas en millones de ejemplares, unas veces llevadas en procesión por las calles, otras expuestas rodeadas de flores a la manera del Santo Sacramento, se convirtieron en objeto de un verdadero culto.

Estas increíbles manifestaciones continuaron a lo largo de la Revolución cultural y a veces tomaron carácter de verdaderas histerias colectivas político-religiosas trayendo consigo muertos y heridos[530].

[530] Es así como la noche del 1 de octubre de 1966, mientras que Mao Tse-tung avanzaba hacia la multitud, protegido por varias filas de soldados, se podían ver a cada instante cómo se trasladaba a los puestos de socorro a guardias rojos sin conocimiento y en-

Sin embargo, los dioses antiguos y los gobernantes según Saint-Just se expresaban con laconismo. Mostrándose al pueblo, el 12 de agosto, Mao Tse-tung solamente declaró: «Preocuparos por los asuntos del Estado, llevad hasta el final a la Revolución cultural proletaria.» Esta simple y breve frase, propagada en toda China, parecía dar a la nueva generación un mensaje sagrado.

La jornada del 18 de agosto

Si la Revolución cultural procedía del pueblo y no de sus dirigentes, se podría afirmar que el 18 de agosto fue la primera gran jornada revolucionaria. La dirección del Partido se presentó dentro de un orden nuevo. En homenaje al ejército, todos los grandes responsables se vistieron con el uniforme, aparecieron los guardias rojos y Mao Tse-tung aceptando llevar su brazalete oficializó su existencia y consagró su papel.

En la puerta de la Paz Celeste, se manifestaba el verdadero compromiso de la onceava sesión. A la antigua jerarquía del Departamento político y de su grupo permanente le sustituía una nueva. Lin Piao marchando cerca de Mao Tse-tung estaba seguido por Chu En-lai, T'ao Chu, Ch'en Po-ta, Teng Hsiao-p'ing y K'ang Sheng. Por fin, descendido del segundo al décimo rango, venía Liu Shao-ch'i, el presidente de la República, después el ilustre mariscal Chu Teh, pasado del cuarto puesto al noveno[531].

El detenido examen de las diferentes notas de prensa que se sucedieron mostraba que modificando su Buró político, el Comité central —ya sea a causa de las tensiones internas, ya sea para conservar su prestigio exterior— había rechazado eliminar totalmente a una de las tendencias del Partido. Así es como los economistas Ch'en Yün y Po I-po, el mariscal Ho Lung y T'an Chen-lin, responsable de la agricultura, continuaron formando parte del Buró político en el cual ingresaron por vez primera algunos personajes que pronto se

sangrentados. A la luz, este espectáculo de masas humanas frenéticas e involuntariamente asesinas, evocaba mucho más los delirios de la Edad Media que no una demostración ordenada de un movimiento de inspiración materialista.

[531] A título de información, la jerarquía del Departamento político antes de la onceava sesión era la siguiente: Mao Tse-tung, Liu Shao-ch'i, Chu En-lai, Chu Teh, Ch'en Yun, Teng Hsiao-p'ing, Lin Piao, Tung Pi-wu, P'eng Chen, Ch'en Yi, Li Fuch'un, Peng Teh-huai. Liu Po-ch'cng, Ho Lung, Li Hsicn-nien, Li Ching-ch'üan, T'an Chen-lin, más seis suplentes.

verían clasificados dentro de la oposición. Tal era el caso de T'ao Chu y de Wang Jen-chung. T'ao Chu se encontraba también en el cuarto lugar[532].

Estaba claro que Lin Piao, el ministro de Defensa Nacional, en lo sucesivo designado bajo el nombre de «el más cercano camarada de combate de Mao Tse-tung», y los teóricos Ch'en Po-ta y Teng Hsiao-p'ing eran los grandes favorecidos de la onceava sesión. Con todo —es indispensable manifestar— Liu Shao-ch'i, K'ang Sheng y sus simpatizantes mantenían una parte de su influencia. Su presencia, frente a los guardias rojos, atestiguaba la realidad del compromiso, de un compromiso que pronto se trataría de repetir en los niveles superiores del aparato del Partido, regiones y provincias, a la espera de alcanzar el nivel de los distritos y de los comités primarios.

El color deliberadamente militar de la manifestación del 18 de agosto se explicaba fácilmente. Se trataba en primer lugar de acentuar el carácter marcial de la Revolución cultural colocándola de nuevo dentro del ambiente de las luchas pasadas. Se volvía a la época heroica y difícil durante la cual el ejército había asegurado a través de pruebas indiscutibles la victoria de Mao Tse-tung y del movimiento comunista. Su evocación debía dar a las masas el coraje y la confianza necesarios para el triunfo de esta segunda revolución. En adelante el ejército puro y fiel a Mao Tse-tung parecía pasar delante del Partido habitado por «monstruos» y «genios maléficos».

También se trataba de ganar completamente la jerarquía militar y al mismo tiempo intimidar a los eventuales oponentes, y ya, algunos días antes, el 1 de agosto, al ejército se le habían confiado tareas políticas y económicas importantes.

Por último, se quería probablemente realzar el prestigio de Lin Piao añadiéndole a su prestigio de hombre, el de antiguo comandante del IV Ejército de campaña y el de ministro de Defensa Nacional. Esto no estaba de sobra. Su mediocre robustez física, su aspecto enfermizo e indeciso, su voz monótona tropezando a lo largo de un discurso descifrado por malos ojos y pronunciado

[532] Parece que el Departamento político, cuya composición no se daría a conocer jamás oficialmente, era entonces la siguiente (miembros regulares y suplentes): Mao Tse-tung, Lin Piao, T'ao Chu, Li Fu-ch'un, Chen Yün, Tung Pi-wu, Ch'en Yi, Ho Lung, Li Hsicn-nien, T'an Chen-lin, Nieh Jung-chen, Ych Chien-ying, Ulanfu, Po I-po, Li Hsüeh-feng, Hsich Fu-chih.

con un notable acento de su provincia, no le favorecían en semejantes circunstancias.

A decir verdad, dentro de este grupo envejecido, sólo Chu En-lai y T'ao Chu afirmaban verdaderas personalidades, seguras de sí mismas.

En cuanto a Mao Tse-tung, rígido, de cuerpo y rostro anchos, lento, inexpresivo, convertido casi en estatua, dominaba el acontecimiento con una soberanía y silencio majestuosos.

«Como un millón de girasoles...»

Los manifestantes del 18 de agosto se habían puesto en marcha desde la aurora y toda la ciudad retumbaba con el canto de «El Oriente Rojo», verdadero himno a la gloria de su ídolo:

El Oriente es rojo
Se levanta el sol
Aparece en China Mao Tse-tung
El presidente Mao Ama al pueblo
Él es nuestro guía

En total, un millón de manifestantes desfilaban como lo deberían hacer aún siete veces más, con el pequeño libro rojo en la mano, frente a la alta puerta encarnada y frente a los puentes de mármol de la Ciudad Prohibida, en gran tumulto se detenían para gritar sus vivas a Mao Tse-tung. Entre ellos un grupo de estudiantes de la Universidad de Tsinghua, invitada a unirse con los dirigentes en la terraza de la Puerta de la Paz Celestial, ató un brazalete con los caracteres «Guardia Rojo» (Hung wei-ping) al brazo del «gran timonel», que se convierte en el primer guardia rojo de su imperio.

El nacimiento de los guardias rojos, cuyo nombre prevalecerá al de muchas organizaciones similares, parecía haber sido espontáneo y discutido al menos inicialmente su carácter revolucionario[533]. Los primeros aparecieron, parece ser, en la escuela media dependiendo de la Universidad de Tsinghua pero se

[533] En una alocución del 2 de agosto, Kuan Feng, entonces uno de los miembros importantes del Grupo de la Revolución cultural, afirmarla contra algunos críticos el carácter revolucionario, comunista y legal de los guardias rojos.

extendieron con bastante rapidez a otras escuelas y a numerosas universidades. La denominación evocaba la historia del Partido en lo que tenía de más heroico: Comuna de Cantón, bases de China Central, y debía facilitar el paso de todos los grupos que lo adoptaban sobre un tipo paramilitar. A partir de los últimos días del mes de agosto se van a crear unos «mandos» al mismo tiempo que un «Departamento general de enlace».

En un principio, por lo menos, los guardias rojos proceden de universidades y escuelas. Sin embargo deben responder a un origen social preciso: ser hijo o hija de cuadro revolucionario, o de «mártir» de la revolución, o de campesino pobre o semiinferior o, en último término, de obrero.

Luego, la noción se haría más amplia, los guardias rojos englobaron a numerosos empleados de la administración y de las empresas comerciales o de producción, y después acabaron por confundirse en la inmensa masa «de los rebeldes revolucionarios».

Dos días después de la gran manifestación del 18 de agosto, el sábado día 20, comienza en Pekín una impresionante semana de violencias, asesinatos y destrucciones cuyos responsables son los guardias rojos, a quienes ha sido entregada la calle —«no se deben temer los desórdenes»— y cuyas víctimas son a la vez los restos de la burguesía de ayer, aún numerosa en la vieja capital, cuadros a menudo muy altos del Partido y de la administración, un gran número de profesores y, de manera más general, intelectuales. Al mismo tiempo, estos pseudorrevolucionarios atacaron numerosos vestigios del folklore y la cultura.

Unos equipos volantes circulan a pie o en bicicleta, con el acompañamiento de tambores o de gongs, atacando a los transeúntes menos uniformemente vestidos, calzados o cubiertos que la masa; los persiguen, los maltratan, los arrestan mientras que la policía se mantiene ostensiblemente apartada. Unos grupos de jóvenes, a menudo niños, armados con el retrato de Mao Tse-tung, realizan por su cuenta unas visitas domiciliarias, sorprenden y a menudo destruyen todo lo que evoca el pasado «feudal» o la influencia colonialista: libros, discos, objetos de arte, fotografías y papeles de la familia, «documentos negros»[534]. Unas personas, en su mayoría ancianas, son golpeadas durante horas

[534] Entre las destrucciones realizadas por los guardias rojos y las que los poseedores de libros anteriores a 1949 se apresuraron a hacer por prudencia, miles de obras, archivos familiares y documentos de valor desaparecieron seguramente.

a puñetazos, patadas, latigazos por unos adolescentes, las muchachas son rapadas, y se mata a los animales favoritos.

En numerosos casos, individuos y familias son enviados, pancarta al cuello y atillo a la espalda, a sus pueblos natales. Se las ve en la carretera, se las encuentra en las estaciones, perseguidas por las calles.

Los guardias rojos invaden los almacenes, obligan a los gerentes a cambiar el nombre tradicional por las apelaciones «revolucionarias». Los restaurantes, las peluquerías, las sastrerías, los fotógrafos, las librerías de ocasión, algunas tiendas de antigüedades que subsisten todavía son particularmente buscadas y cubiertas de anuncios en forma de ultimátum. A menudo las fachadas decoradas o esculpidas y las estatuas son mutiladas con martillos, los tejados pintados arrancados, los leones y los dragones de piedra que guardan las viejas puertas son atados y arrastrados como unos cautivos hacia su destrucción.

Las tres últimas iglesias de Pekín quedan cerradas al culto, despojadas de sus ornamentos y de su mobiliario, los templos budistas y taoístas de los alrededores de la capital sufrieron graves desperfectos, animales y personajes de piedra son decapitados, y se rompieron las estelas. En algunos lugares y sobre todo frente a la Escuela del Sagrado Corazón, en donde viven todavía algunas religiosas extranjeras, que serán públicamente humilladas y apaleadas, las demostraciones toman un aspecto xenófobo muy marcado. Las tumbas del cementerio occidental son deterioradas y privadas de sus símbolos religiosos, y destruidas las tumbas de los soldados extranjeros.

En los barrios antiguos, los nombres de las calles y callejones tan evocadores del pasado y cuyo origen recordaba casi siempre alguna vieja costumbre o algún acontecimiento muy antiguo reciben otros en el vocabulario de los nuevos tiempos. Los mismos automóviles ven sus marcas curiosamente cambiadas en «antiimperialismo» o «antirrevisionismo», según su procedencia.

Desde la caída de la noche, unos grupos de mujeres ancianas y niños, armados con palos, se concentran frente a sus domicilios o patrullan en los hutung[535]. Se protegen contra los «malvados elementos» que nadie puede definir claramente. En el marco no cambiado de la antigua ciudad, el extraño y sombrío espectáculo de estas ancianas y de estos niños todavía vestidos a la manera tradicional recuerda a la Edad Media y sus grandes terrores.

[535] Nombre dado a las callejuelas típicas de Pekín.

Violencias, puerilidades, asesinatos y destrucciones llegarán a su fin oficialmente una semana más tarde pero en realidad se prolongarán todavía algunos días. En la madrugada del 28 de agosto, en efecto, grupos de estudiantes empiezan a predicar moderación desde las tribunas, al pie de la majestuosa Puerta de Delante (Ch'ien men). Un editorial del «Diario del Pueblo» invita a la calma y pide a los guardias rojos que tomen ejemplo del ejército, que se muestren disciplinados, que respeten los Dieciséis Artículos, que persuadan (wen t'ou) y no golpeen (ivti t'ou), tanto si trataba de unos ajustes de cuentas con las «autoridades que siguen la vía capitalista» como de divergencias «internas».

Durante los días siguientes, los desórdenes se hicieron menos aparentes. Sin embargo, los individuos sospechosos de tibieza hacia la Revolución cultural, los antiguos burgueses y hasta ciertos responsables del Partido son todavía perseguidos.

Pronto, los muros de la ciudad se cubren de anuncios grandes y pequeños. Relatan los incidentes que se multiplican en la provincia entre los guardias rojos y los partidarios de las organizaciones del Partido. En efecto los primeros acaban de lanzarse contra los segundos. De lo que se trata, en términos de la decisión del 8 de agosto, es de eliminar a los adversarios de la Revolución cultural.

XXXII. Los guardias rojos contra el aparato superior del Partido (agosto-septiembre de 1966)

Desde los últimos días de agosto hasta finales de noviembre de 1966, la ciudad vivirá desde cerca el compromiso de la onceava sesión del Comité central. Si el grupo de la Revolución cultural presidido por Ch'en Po-ta parece cada vez más activo, sus adversarios, Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing y Po I-po, para citar sólo a los principales, sólo serán acusados pocas veces y casi siempre de forma muy alusiva. Los nombres aborrecidos de P'eng Chen y de Lo Jui-ch'ing sólo serán citados accidentalmente. Todo se desarrolla como si aún se persiguiese la conversión y la adhesión de estos primeros y en realidad parece que la importante reunión de trabajo realizada en el mes de octubre por el Comité central, bajo la presidencia de Mao Tse-tung, es la ocasión de una primera autocrítica, bastante moderada, del presidente de la República (23 de octubre). La campaña de los guardias rojos contra éste —designado bajo el pseudónimo del Kruschev chino— no comenzará realmente hasta el 23 de noviembre, bajo la forma habitual de los periódicos murales[536].

Por el contrario, los promotores de la Revolución cultural se esforzaron, como lo requería la decisión del 8 de agosto, en extenderla por todas las grandes ciudades de la provincia y en «tomar en ellas el poder» en las organizaciones del Partido. Los guardias rojos serán los instrumentos de esta propagación y de esta toma del poder.

Para desarrollar y mantener el movimiento de los guardias rojos en la provincia se creará entre la capital y el interior, y en ambas direcciones, un perpetuo intercambio de entusiasmos y según la fórmula en boga «de experiencias»; estos intercambios se extienden también lateralmente de una ciudad a otra. El mecanismo puesto en acción es una variante de los mecanismos utilizados bastante más discretamente en el curso de las «grandes campañas» de los primeros años del régimen.

En primer lugar, los guardias rojos procedentes de los ambientes universitarios de Pekín, apoyados por elementos suministrados por el grupo de la Revolución cultural y por el Departamento político del ejército, se dirigen a las

[536] Ver cap. XXXIII.

grandes ciudades. Allí suscitan la formación de guardias rojos locales que, a ejemplo de lo sucedido en Pekín a partir del 20 de agosto, provocan desórdenes en el interior de las escuelas, de las administraciones y hasta en la calle, detienen o maltratan a los antiguos burgueses, «autoridades», cuadros e individuos sospechosos de tibieza hacia la Revolución cultural. Así se desarrolla un clima revolucionario y se multiplican las organizaciones revolucionarias a las que pronto se intenta volver contra los comités del Partido. Éstos se sienten directamente amenazados y resisten en nombre del mantenimiento del orden y de la paz pública. Se producen violentos choques. Escuelas, administraciones y empresas se dividen entre múltiples tendencias parecidas, rivales u opuestas y la confusión pronto es extrema; ya lo veremos más adelante.

En comparación con los efectivos de los estudiantes, el movimiento de la capital hacia las ciudades parece bastante importante y sobrepasa los varios millares de individuos[537].

Por su lado, a fin de recibir directamente el mensaje de Mao Tse-tung y de aparecer así como los auténticos depositarios y ejecutores de su pensamieto, los guardias rojos provinciales se dirigen, en primer lugar espontáneamente, y después de manera mucho más regular, a Pekín. Este viaje a la maravillosa capital, a muchas leguas del país natal, es a la vez que un peregrinaje cuyo gran instante es el desfile frente al «Gran Timonel» que los contempla desde lo alto de las puertas imperiales, el inolvidable precio de futuros sacrificios y sobre todo la puesta en servicio de fraternales equipos de acogida.

Trece millones de jóvenes: todos los estudiantes de las universidades y de los institutos superiores, al menos un alumno sobre diez de los colegios secundarios o técnicos y delegados de miles de unidades administrativas y de producción pasaron así por Pekín; se prepararon, hasta el 25 de noviembre, nueve grandes manifestaciones de masas y numerosos mítines, frecuentemente en el estadio circular del Club Obrero. A veces, estos desplazamientos tomaron la forma de «Largas Marchas» de varios centenares de kilómetros a través de los campos de la China del Norte cubiertos ya por el frío.

[537] Hablando en el Instituto de Lenguas Extranjeras, Ch'en Yi dirá que unos millares de guardias rojos serán todavía enviados a las provincias a partir del cuartel general de la capital para «luchar, aprender, propagar» y precisa que 1.200 de los que le escuchan se trasladarán en cuatro grupos a las numerosas ciudades que él enumera.

Alojados someramente en las escuelas, jardines públicos, construcciones inacabadas, a veces acampando al aire libre, organizados militarmente, marchando al paso, leyendo en coro el «pequeño libro rojo» de las citas de Mao Tse-tung, visitando los grandes parajes turísticos, haciéndose fotografiar frente a la Ciudad Prohibida o frente a los leones de bronce del Palacio de Verano súbitamente rehabilitados, cubriendo los muros con sus periódicos murales portadores de nuevas de su provincia natal, más curiosos que hostiles con respecto a los extranjeros que la mayoría veían por vez primera, los guardias rojos aparecían finalmente como una tropa ingenua y dócil, totalmente sumisa a la más extrema ideología, fácilmente teatral, incluso histérica en los momentos por ellos decididos. La población de Pekín reaccionó rápidamente frente a esta enorme sobrecarga humana, que perturbaba su abastecimiento y sus transportes. Los guardias rojos respondieron a sus críticas en los periódicos murales, protestando de su frugalidad y sin dejar de decir que, en su calidad de capital, Pekín les pertenecía como a toda China.

A los observadores extranjeros, la presencia de los guardias rojos provinciales en Pekín abría un país durante mucho tiempo herméticamente cerrado. Cada grupo, con el propósito de informar a los demás y con ellos a la opinión nacional, colgaba sus anuncios en diversos barrios. Bajo la rúbrica «Nuevas de tal provincia», el lector chino o interesado encontraba el relato indignado y florido de los choques y de los incidentes sangrientos que habían caracterizado a la Revolución cultural, la denuncia de los responsables locales, y el estado o el funcionamiento de ciertas instituciones. Si estas breves y a veces imprudentes lecturas no podían informar acerca de la situación en los campos y de los sentimientos profundos de los cuadros y de la población, por lo menos permitían registrar los comportamientos de las categorías acusadas y clasificar a los altos responsables entre diversas tendencias. Al lado de la prensa oficial que era cuidadosamente controlada, una prensa semiindependiente aparecía por primera vez y, si no estaba permitido ir a las provincias, las provincias venían a la capital[538].

[538] Repetidas veces, los responsables pidieron a los guardias rojos que no diesen ciertas precisiones geográficas, económicas o militares. Así hicieron cesar rápidamente toda publicación de palabras atribuidas a Mao Tse-tung fuera de los textos de referencia. El pensamiento de Mao Tse-tung pertenece a todo el mundo, dirá Chu En-lai, su adulteración puede tener graves consecuencias para el movimiento revolucionario internacional (10 de septiembre de 1966).

Sin embargo, las provincias se intercambiaban visitas entre ellas. Las uniones horizontales entre grandes ciudades, entre universidades parientes o rivales completaban las uniones verticales entre la capital y las provincias. Más tarde, se ayudarán mutuamente por medio de «comandos» de propaganda; el particularismo local reaccionará más vivamente.

«Bombardear a los estados mayores»

Los discursos de Lin Piao y de Chu En-lai durante las grandes jornadas de la Puerta de la Paz Celeste, las arengas de otros responsables y los editoriales de los grandes periódicos tradujeron el deseo de mantener a la Revolución cultural entre dos límites.

En lo alto, se trata de preservar la autoridad moral de Mao Tse-tung, de Lin Piao y del Comité en tanto que cuerpo constituido. T'ao Chu dirá que todas las demás personalidades —comprendido él— pueden ser censuradas. Así la crítica de la calle ayudará a vencer la oposición obstinada y silenciosa que persiste en la cumbre de la jerarquía.

En las capas inferiores se trata de hacer caer las resistencias dentro de las seis delegaciones regionales del Comité central, depurar y reorganizar a los comités del Partido dentro de las veintiuna provincias, las cinco regiones autónomas y los dos municipios especiales[539]. El nivel de las dos mil ciento diecisiete subprovincias no debe ser alcanzado. Los efectos prácticos deben pues limitarse al aparato superior del Partido, con exclusión «Je la base (comités primarios) y de los niveles medios (comités de los distritos). Éste es el sentido de la imaginativa fórmula «bombardear a los estados mayores», utilizado por Mao Tse-tung en su periódico mural del 5 de agosto de 1966.

En esta orientación general dos grandes tendencias aparecen rápidamente. Una tendencia prudente y moderada representada por Chu En-lai, Ch'en Yi y Li Hsien-nien y una tendencia radical deseosa de apresurar al máximo la extensión y el ritmo de la revolución. Ésta es la del grupo de la Revolución cultural que preside Ch'en Po-ta. No es preciso decir que unos matices a veces importantes persisten en cada uno de los dos grupos.

[539] La 22a. provincia está constituida por Taiwan. La ciudad de Tientsin pronto se convertirá en un tercer municipio especializado.

Primer ministro y por este título directa y efectivamente responsable de todos los sectores de la vida nacional, bastante más práctico del poder que doctrinario, pero bastante realista para resistir de frente a las nuevas corrientes, Chu En-lai actuará hábilmente apoyándose en la ocasión sobre la autoridad de Mao Tse-tung y sobre los «Dieciséis Artículos».

Es él quien dirá claramente a Tien An Men el 17 de septiembre que no se critique más que a los comités superiores a nivel del distrito. Algunos días antes, el 10 de septiembre, acuciaba a los guardias rojos a no creer que la fórmula de Mao Tse-tung «bombardear a los estados mayores» era una invitación a criticar sistemáticamente a todos los organismos del Partido imaginando que todos eran malvados. Si lo «bombardeáis» todo —comenzaba—, la dirección de Mao Tse-tung caerá en el vacío. No se trata más que de bombardear algunas unidades, algunos dirigentes que, en el momento dado, han cometido errores de dirección y que no pueden ser asimilados por los malvados elementos de «línea negra». Manifestará que el caso de Pekín, en donde se castigó severamente a P'eng Chen y a su comité municipal, no se debía repetir forzosamente en el resto del territorio chino.

Repetidas veces, se expresará en términos muy vivos, apoyándose en ejemplos, contra los excesos de los guardias rojos, contra su sectarismo simplista; intentará mantener su disciplina calificándolos de «reserva del ejército», cuyas virtudes ensalzará.

La preocupación por cuidar de la producción aparecerá muchas veces y muy pronto en las tomas de posición y quizás este es el origen de ciertos editoriales significativos del «Diario del Pueblo» sobre este tema[540]. El 30 de noviembre, cuando numerosas empresas industriales están alcanzadas por los desórdenes, él y Ch'en Yi hicieron vivos reproches a un grupo de delegados obreros no invitados a Pekín. El primero indicará que el Comité central está estudiando solamente en qué condiciones las fábricas y las minas deberán «hacer la revolución y participar en la producción»; el documento resultante deberá todavía ser discutido por las grandes y medianas empresas:

«Yo no puedo pues ir muy lejos, me excuso, lo hemos dicho todo en los Dieciséis Artículos; en cuanto a los problemas concretos, lo estamos examinando en este momento. ¿De qué podríamos discutir?»

En cuanto al segundo, declaró en el mismo mitin:

[540] Ver sobre todo el del 10 de noviembre de 1966.

«Hay trescientos mil obreros que son la fuente de la vida de la economía y quinientos millones de campesinos; si todo el mundo viene [a Pekín], ¿qué sucederá? Los estudiantes no están al cargo de la nación, ellos pueden tomarse unas vacaciones para hacer la revolución, vosotros no lo podéis hacer.»

La moderación, a veces agresiva, de Ch'en Yi aparecerá a lo largo de los acontecimientos. Las personas hostiles a la Revolución cultural (antiguos propietarios y campesinos ricos, contrarrevolucionarios, malos elementos y derechistas) suman probablemente 20 millones de personas, dirá un día. Se les podría destruir pero esto no está conforme con el pensamiento de Mao Tse-tung, esto provocaría reacciones que no nos interesan. En otra circunstancia agregaría (14 de septiembre) que si es necesaria la lucha armada frente a los enemigos de fuera, la lucha por la persuasión es la que se aplica a los enemigos de dentro. Repetirá después de Chu En-lai que no convenía destruir las jerarquías sin «las cuales las masas no podrían ser puestas en movimiento» y que antes de criticar a los dirigentes, era preciso investigar y analizar sus faltas, si es que las había. Con Ch'ü Ch'iu-pai, Wang Ming y Li Li-san el Comité había cometido numerosos errores sin que se le pudiese acusar de ser «contrarrevolucionario».

Li Fu-ch'un, Liu Ning-i, Li Hsien-nien, T'ao Chu, T'an Chen-lin, Yeh Chieng-ying y Hsieh Fu-chih parecen haber apoyado a Chu En-lai durante esta época y al menos se les encuentra a su alrededor en el curso de las reuniones organizadas para recibir a los guardias rojos de la provincia.

El grupo de la Revolución cultural que, con algunos matices internos, representa la corriente radical, existe orgánicamente. Tomará cada vez más influencia y vencerá temporalmente en el curso del invierno. De quince a veinte personas lo constituyen en primer lugar: Ch'en Po-ta es su presidente, Chiang Ch'ing (la señora de Mao Tse-tung) su vicepresidente, después están Wang Jen-chung, Liu Chih-chien, Chang Ch'un-ch'iao adjuntos de los precedentes, y finalmente Wang Li, Kuan Feng, Yao Wen-yuan, Mu Hsin, Ch'i Pen-yü, Cheng Chi-chiao y algunos miembros menos conocidos. K'ang Sheng tiene el título de consejero del grupo[541].

[541] Wang Jen-chung, antiguo combatiente de Kiangsi, había tomado parte en la «Larga Marcha» y era 2.° secretario de la región Centro-Sur y 1er. secretario de la provincia de Hupeh. Liu Chih-chicn, de origen sindicalista, había tenido el rango de teniente general y había sido director adjunto del Departamento político del ejército.

Más tarde, disensiones o cambios de situación eliminarán a muchos de estos miembros, moderados como Wang Jen-chung y Liu Chih-chien a principios de 1967, radicales como Kuan Feng, Mu Hsin y Ch'i Pen-yü en el transcurso del otoño del mismo año. Los radicales Ch'en Po-ta, K'ang Sheng y quizás en menor grado Chiang Ch'ing se esforzaron en dar a la Revolución cultural un cambio dramático, incluso anárquico. Repetidas veces, Ch'en Po-ta denunciará —alusión a Chu En-lai— a los que quieren oponer Revolución cultural y producción, «a los que creen que las masas levantadas están faltas de razón». «Los que tienen miedo de las masas tienen miedo de la Revolución», dirá el 24 de octubre, y se ofrece a sí mismo como ejemplo alentando las críticas a este respecto con un estilo a decir verdad muy confuciano. «Si tengo razón, las críticas no tienen importancia, y si voy desencaminado, lo lamentable es no ser criticado.»

El 29 de octubre, Ch'en Po-ta y Wang Li respondiendo a las preguntas de ciertos estudiantes del Fukien invitan a estos a descender el nivel de los «intercambios de experiencias» por debajo de las subprovincias, excluyendo solamente a las comunas populares atareadas en los trabajos de recolección. El 11 de noviembre, será Chang Ch'un-ch'iao quien declare a los estudiantes que existen unos planes para llevar la Revolución cultural a las fábricas en el momento oportuno, y que, mientras tanto, les incumbe prepararse tomando contacto con los obreros después de las horas de trabajo. Algo después (17 de diciembre), Ch'en Po-ta exigirá la lucha en términos violentos. «Estamos dispuestos a sacrificarnos, muchos de nuestros camaradas han sido ya sacrificados, pero nosotros continuaremos adelante con nuestra marcha.» El celo de Ch'en Po-ta se detiene a pesar de todo en el recinto sagrado del Ministerio de Defensa Nacional: «Si hay algunas razones que apuntan a que se penetre allí, otras mucho más importantes apuntan a abstenerse de ello.»

La posición personal de Lin Piao, que hasta el verano de 1971 será la de gran beneficiario de la Revolución cultural, aparecía inicialmente a medio camino de las dos tendencias precedentes, alejado de un vocabulario demasiado apasionado, pero favorable a la puesta en acción de las masas y, parece ser, en un principio bastante poco preocupado por los efectos de los desórdenes sobre la producción.

Algunas de sus palabras tienen el valor de exegesis del pensamiento maoísta en sus elementos más originales. Comentando la «línea de masas» observará por ejemplo que dejar a las masas instruirse por sí solas y liberarse

también por sí mismas, atreverse a ponerlas en movimiento, correspondía al papel y al nuevo desarrollo de la teoría de la línea de las masas unida al pensamiento de Mao Tse-tung. Esta línea se traducirá por la práctica de una «gran democracia» cuyos medios de expresión son además de los gritos y slogans, los periódicos murales, la dialéctica, el examen y la crítica de los organismos dirigentes y de los dirigentes del Partido y del gobierno a fin de llegar algún día a un régimen de democracia popular al modo de la Comuna de París. Así la gran Revolución cultural se llevará a cabo, una vez extirpadas las raíces del revisionismo y cumplida la gran revolución de las almas[542].

La evolución en Pekín

En Pekín, donde la presencia de Mao Tse-tung y la eliminación del grupo P'eng Chen del municipio le asegura un triunfo inicial fácil, la Revolución cultural tomará unas formas más comprensibles que en otros lugares; intensificación de inauditos ejercicios de devoción hacia el jefe y su pensamiento, crítica a la vez ingenua y quisquillosa, injusta y malintencionada de muchos altos responsables.

Sobre el primer punto la prensa occidental de la época lo ha dicho todo. La venerada imagen de Mao Tse-tung se encontrará por doquier y hasta en las habitaciones de los hoteles reservados a extranjeros. Las «citas» honraron los parabrisas de los automóviles, los manillares o guardabarros de las bicicletas y de los triciclos de los repartidores. Cintas de todos los colores cubrieron las paredes, las puertas de madera y las vitrinas de los almacenes. En todo momento unos cortejos dispuestos detrás de «Su» fotografía se mostraron en las avenidas. El augusto nombre se repetirá mil y diez mil veces cada día por radio precedido de calificativos cada vez más resonantes: «¡Nuestro gran maestro, nuestro gran jefe, el gran timonel que amamos, que amamos infinitamente!»

La prensa no imprimirá sus palabras o sus citas más que en caracteres gruesos o de color rojo —el encarnado era antaño reservado a los decretos imperiales— y periódicamente se cubrirá con sus fotografías toda una página o media página. En cuanto a las librerías, sólo contendrían «Sus» obras alucinantemente repetidas de sección en sección. Sin duda, a fin de no debilitar en

[542] Cf. «Bandera Roja» núm. 15. Se trata de la alocución pronunciada por Lin Piao en la sexta demostración de los guardias rojos el 3 de noviembre de 1966.

nada la atención que se le debe, los otros dirigentes, quizás a excepción de Lin Piao y de Chu En-lai, serán tratados con gran discreción; el mismo Lin Piao no recibirá más que raras veces su título de vicepresidente del Partido, concediéndole por lo general el término preferido de «el más cercano compañero de combate de Mao Tse-tung».

Los guardias rojos no hicieron esta reserva con los demás dirigentes. Acomodado origen social, palabras imprudentes o interpretadas con mala fe, dudoso entusiasmo, chismes y calumnias, todo será bueno para estas tropas de jóvenes inconscientes, completamente inexpertos, seguros de llevar consigo, según la promesa de Mao Tse-tung, el futuro de su país. Ninguna referencia a los servicios ofrecidos a la revolución por sus antepasados, ningún respeto a los heroísmos pasados. Los responsables políticos y militares más gloriosos no escaparon de sus denuncias más viles y vehementes. No será solo la desacralización calculada de los antiguos jefes, sino la ley de la especie en marcha que pisoteará sin distinción a viejos, débiles e inútiles en su avalancha.

Siguiendo un procedimiento que ilustraría toda la Revolución cultural, las críticas y los ataques son graduales, es decir, se van elevando cada vez más y pasan del anonimato al pseudónimo injurioso y después a la designación por el nombre. En primer lugar se pronuncian en hojas y octavillas de los guardias rojos para repetirse varios meses después en la prensa normal siendo oficialmente ratificadas por la misma.

Si Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing, T'ao Chu y los mariscales Chu Teh y Ho Lung no son directamente atacados antes del 23 de noviembre, no sucede lo mismo con los numerosos ministros restantes y miembros del Comité central. En esta larga lista se destacan ya algunos grandes nombres, Liu Lan-t'ao primer secretario del Partido para las provincias del Noroeste, Li Pao-hua primer secretario del Anhwei e hijo del gran Li Ta-ch'ao uno de los dos fundadores del Partido, Wang Feng primer secretario de Kansu, An Tze-wen responsable del departamento de la organización del Partido, T'an Chen-lin ministro de Agricultura, Po I-po ex ministro de Finanzas y Ho Chang-kung un antiguo compañero hunanés de Mao Tse-tung, antiguo estudiante obrero en Francia, viceministro de Geología. Entre ellos hay centenares de altos funcionarios, universitarios y personalidades del mundo cultural bastante sospechosas desde la caída de Chu Yang y de Lu Ting-yi, miembros de las Juventudes Co-

munistas, comprendido su jefe Hu Yao-pang, de los sindicalistas, todos procedentes de los tiempos heroicos, todos totalmente adictos a su causa y habiéndolo demostrado bajo persecuciones y amenazas.

Los autores de estos ataques eran aparentemente guardias rojos salidos de los mismos departamentos que ellos y es frente a las sedes de estos departamentos y también frente a la del Comité local del Partido, frente al antiguo Peking Club en el antiguo barrio diplomático, donde habían primeramente fijado anuncios denunciadores, pronto repetidos a lo largo de las calles y avenidas. Sin embargo, sucedía que los anuncios prematuros o demasiado audaces eran arrancados antes de colocarse. Así se manifestaba la acción de elementos anónimos y vigilantes que inspiraban y controlaban a la vez el movimiento de la Revolución cultural.

A veces, las personalidades acusadas se veían obligadas a explicarse en el transcurso de unos mítines de acusación que podían concluir con la muerte del interesado, por asesinato o suicidio. Así perecieron el ministro de las explotaciones hulleras Chang Lin-chih, el gran escritor humorista Lao She, que se ahogó en un estanque, y Nan Han-chen, conocido especialista del comercio exterior chino y antiguo colaborador del «mariscal cristiano» Feng Yü-hsiang[543].

La multiplicación de los guardias rojos de todos los orígenes, el excesivo celo de sus propagandistas acabaron por provocar algunos incidentes en Pekín y en la región. Parecen haber tenido lugar choques nocturnos frente a la Puerta de la Paz Celestial; otros, confirmados por periódicos murales, opusieron irnos grupos de obreros de varias fábricas de los alrededores. En cuanto al conjunto de la población pekinesa, acabó hastiándose, sólo se interesaba por los anuncios recientes sin parecer aportar una particular pasión a la lectura y reservando su entusiasmo para las manifestaciones impuestas.

En verdad, más que en Pekín, era en las ciudades provinciales donde estaba refugiado el interés de este período. ¿Conseguirían los guardias rojos «apoderarse del poder», es decir de los Comités del Partido y provocar su depuración? Ésta era la pregunta. El tono y las reservas de la prensa oficial, los relatos de

[543] Yang Hsiu-feng, antiguo ministro de Enseñanza Superior, habría sobrevivido a una tentativa de suicidio. Pero Li Ta, uno de los doce participantes en el I Congreso del Partido en 1921 y cuya muerte fue admitida por Mao Tse-tung, habría sido víctima también de los guardias rojos.

las octavillas y de los periódicos de los guardias rojos sobre todo, mostraban con bastante claridad las dificultades de la empresa. En Tiensin resistían los sindicatos y el secretario del de tiradores de cochecillos murió de las heridas. En Sian, unos sangrientos choques oponían a los estudiantes del Instituto de Comunicaciones con los del Instituto de Industria calificados de «monárquicos». En Szechwan, unos incidentes que comienzan el 28 de agosto duran todavía los días. 5 y 6 de septiembre. Afectan sobre todo a la Universidad de Chunking, a la Escuela de Lenguas Extranjeras, al Instituto de Agronomía del Suroeste y algunos otros. En China Central, disturbios en Nankin, donde 1300 profesores y estudiantes serán sometidos por las autoridades locales, en Pengpu dentro de Anhwei, en Nanch'ang de Kiangsi, en Hunan, en Urumchi de Sinkiang, en Lanchow de Kansu, en Kweilin de Kwangsi, en el Nordeste en Shenyang, donde 24 guardias rojos fueron asesinados el 25 de octubre.

Entre los centenares de relatos de guardias rojos, los dos siguientes, observados por el propio autor en los muros de Pekín, parecen representar un tipo clásico.

El primero, que tiene lugar en Laiwu de Shantung, el 26 de agosto, está explicado en siete páginas impresas con gran lujo de detalles. Unos estudiantes, de regreso de Pekín, empiezan a agitar a la población de la ciudad. El Comité local del Partido interviene para calmarlos. Negativa de los estudiantes que apelan a Mao Tse-tung. «No hay más que un solo Mao Tse-tung —dice el Comité—; traedlo aquí si podéis.» El 26, el Comité moviliza a las masas y como resultado hay un violento choque. Sobre 396 estudiantes, 253 fueron heridos de los cuales 18 en la cabeza y dos en el vientre. La escuela tiene un 84 por ciento de heridos, calculan los estudiantes con orgullo. Sin embargo, ya sea porque las heridas fuesen ligeras, ya sea por la voluntad de los partidarios, el hospital local se desinteresa de las víctimas.

En Kweiyang, cinco guardias rojos se presentan el 5 de septiembre en la escuela media número 7. Interrogan a los alumnos sobre el estudio de las obras de Mao Tse-tung, el rechazo de las «cuatro antiguas», la adopción de las «cuatro nuevas». Mientras que son conducidos al hotel, jóvenes obreros y campesinos declaran que es preciso «destruir el estado mayor» (el Comité municipal y el Comité provincial del Partido). Al punto, unos individuos claman que ellos están dispuestos a morir para proteger estos comités que son «los representantes del pensamiento de Mao Tse-tung». Dos mil individuos se baten frente a la sede de estos comités que deben estar muy divididos o bien

deben ser poco valientes pues, dicen los anuncios, «no ven nada, no entienden nada, ni dicen nada».

No obstante, al grito de «¡Proteged al Comité del Partido!» se organizará la resistencia a los guardias rojos.

Tanto como se pueda imaginar a través de la suma de las informaciones conocidas actualmente, la primera quincena de septiembre fue, en la provincia, un período particularmente animado. Corresponde en efecto a la primera ola de entusiasmo de los guardias rojos cuya acción iba a ser pronto calmada tanto por sus propias torpezas como por ciertos avisos procedentes de lo alto. Así es como Chu En-lai respondía severamente a unos estudiantes que se quejaban a él de la hostil acogida de los obreros, atacándoles a ellos mismos. Cuando uno se coloca cerca de los obreros es para instruirse y no para dar lecciones, decía en general, y hasta agregaba que los obreros teman bastante experiencia como para dirigir su revolución sin el recurso de los estudiantes.

No parecía que la Revolución cultural hubiese afectado a la vida de los campos salvo quizás en la inmediata proximidad a las grandes ciudades. El Partido —grupo Ch'en Po-ta inclusive— dio por el contrario prueba de una gran prudencia, renovando la orden anual de detener toda lucha política y sobre todo el «movimiento de las cuatro depuraciones» en las siembras de primavera o en las cosechas de otoño.

Así, dos o tres meses después de la «Decisión del 8 de agosto», la Revolución cultural no ha conseguido alcanzar el primero y más importante de sus objetivos, la «toma de poder» en los «estados mayores». En todos los sitios, o en casi todos, éstos continúan en su lugar defendidos por sus mandos, ayudados por los particularismos locales, y finalmente alentados por la persistencia de un estado de cosas que mantenía dentro del grupo de los dirigentes —aunque en posición disminuida— a Liu Shao-ch'i, a Teng Hsiao-p'ing y a sus partidarios.

Otro hecho importante se impone con evidencia. A pesar de las primeras intenciones de sus iniciadores, la Revolución cultural ha comenzado a extenderse de una manera mecánica a los obreros y empleados de las ciudades llamados a defender a los comités regionales, provinciales y municipales y a oponerse así al nuevo movimiento. No es para extrañarse el constatar que a finales de 1966, se señalan dos nuevas direcciones: maniobra de intimidación contra Liu Shao-ch'i y los partidarios de la línea moderada, y participación de

los obreros a los que se intenta ganar o ganar de nuevo sin comprometer para nada la producción económica.

XXXIII. El «Giro Oscuro» de la Revolución cultural[544]. Del deslizamiento hacia la anarquía a la «Triple Unión» y al nacimiento de los comités revolucionarios (noviembre 1966 - febrero 1967)

En el curso de los tres meses de invierno 1966-1967, la Revolución estará a punto de sumergir a China en la anarquía y quizás amenazará por un momento, no solamente al régimen, sino a la misma unidad nacional.

En el Partido. Liu Shao-ch'i, a quien la prensa oficial designa todavía con una larga perífrasis («El alto responsable que a pesar de pertenecer al Partido sigue la vía capitalista»), será violentamente atacado por las publicaciones y anuncios de los guardias rojos, amenazado si no maltratado frente a su residencia del Chung-nan-hai (del mar Central y Meridional), mientras que su primera autocrítica será publicada por los guardias rojos.

Los grandes oponentes P'eng Chen, Lo Jui-ch'ing, Lu Ting-yi serán por fin nombrados, llevados ante los mítines de acusación y tratados con brutalidad. Partidarios adictos a la Revolución cultural (T'ao Chu, Ho Lung y T'an Chen-lin) serán repentinamente clasificados entre sus adversarios. Los mismos Chu En-lai, Ch'en Yi y Li Hsien-nien no escaparon de los ataques procedentes de la extrema izquierda o de los «derechistas» camuflados, o hasta de los críticos puros que se metieron en el juego convenido de la libre expresión de las contradicciones.

En el conjunto del territorio, la Revolución cultural va a ser oficialmente extendida a los obreros mientras que ciertos medios rurales quedarán igualmente afectados.

Las tendencias al «economismo», a la «ultrademocracia» y a la anarquía se fortalecen y son objeto de vigorosas refutaciones ideológicas.

---

[544] Las incertidumbres del período nos han hecho adoptar para este período el título del libro de Víctor SERGE, *Le Tourntant Obscur* (El Giro Oscuro), París, 1951, que se refiere a los años 1923-1927 de la Revolución soviética.

Para frenar este proceso que conduce a la descomposición de la autoridad y de los vínculos administrativos, para salvar a la Revolución cultural, el ejército, actuando por órdenes de Mao Tse-tung, intervendrá en algunas grandes ciudades donde la situación es particularmente crítica y en donde está dispuesto a hacerlo. Los responsables se ponen a la búsqueda de nuevas fórmulas. Las de la «gran alianza» y de la «triple unión» condujeron a la formación de «comités revolucionarios» que tienden a sustituir a la vez a los comités del Partido y a los de la Revolución cultural.

De esta forma será restaurado un poco de orden en distintos grados según las provincias. La tensión y los problemas no desaparecieron por ello, y la primavera se abrirá bajo el signo de una situación más calmada, pero con todo fundamentalmente grave.

Los ataques contra Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing y sus partidarios

El 23 de noviembre, unos anuncios de veinte páginas dirigidos contra Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing, Po I-po y Wang Kuang-mei (la señora Liu Shao-ch'i) aparecen en las calles de Pekín. La primera autocrítica, ya antigua, de Liu Shao-ch'i (23 de octubre), se hará por un instante pública el 26 de diciembre. A lo largo de los siguientes meses, los ataques contra el presidente de la República y el secretario del Comité central van a multiplicarse y a tomar muchas más formas: octavillas, colecciones, caricaturas injuriosas[545]. Afirman que Liu Shao-ch'i, devorado por la ambición, se cree el Carlos Marx de China, que está animado por un profundo odio hacia Mao Tse-tung al que intenta oponer sus propias obras reimprimidas en un intento de envidiosa competencia. Al modo de Kruschev actuando contra Stalin, ha recogido materiales contra Mao (caso llamado del Pabellón de Belvédére) y desde 1958 intenta apartarlo del poder.

La ideología de Liu Shao-ch'i, tal y como aparecía en sus escritos, es incorrecta. El presidente de la República predica la teoría de la «sumisión servil» que, exigiendo una obediencia y una disciplina ciegas, mata al espíritu crítico

[545] Los documentos consagrados a Liu Shao-ch'i son tan numerosos que desafían a las referencias y obligan a resumir considerablemente su contenido. Los más curiosos están constituidos por unas series de diapositivas comentadas, destinadas a ser proyectadas públicamente.

y al espíritu revolucionario. Fomenta el interés personal, recomienda «pequeños sacrificios» con vistas a «grandes provechos».

En política, Liu ha cometido un gran número de faltas accidentales o intencionadas, de derecha o de izquierda, como «aparentemente de izquierda y en realidad de derecha». Es así como él se opone más o menos directamente a la colectivización que deseaba subordinar a la mecanización, como no ha creído en la «línea general», en las comunas populares y en el «gran salto hacia adelante». Sus errores se han puesto de manifiesto abiertamente en la agricultura, pero también ha habido algunos en otros sectores: industria, información, defensa nacional.

Posteriormente, verdaderas acusaciones de capitulacionismo, felonía y de traición prolongaron estas críticas que casi sólo se fundamentan sobre unas citas truncadas. Tomaron el aspecto de verdaderas campañas de odio emparejadas con unos temas ideológicos precisos reunidos bajo el nombre de las «seis teorías negras»[546].

Si los excesos, las injurias, las puerilidades de la prensa de los guardias rojos no merecen casi que se las tenga en cuenta, las críticas de fondo y las anécdotas que pretenden ilustrarlas muestran a Liu Shao-ch'i bajo una luz bastante favorable: mesurado y realista frente a las iniciativas bruscas e irracionales de Mao Tse-tung, marxista-leninista clásico en materia ideológica —a pesar de un antisovietismo de circunstancia— y todas las cosas que su carrera revolucionaria de sindicalista obrero dejaban fácilmente imaginar.

En cuanto al hombre, discreto, incluso apagado, quizás en otros tiempos escogido por este recogimiento y esta discreción para tomar en el Partido el segundo puesto después de Mao Tse-tung a quien esta persona sin brillantez no podía ensombrecer, nada podía convencer acerca de su ambición. Por el contrario, Liu no debió admitir sin problemas de conciencia el culto al pensamiento de Mao Tse-tung llevado a un extremo que sobrepasaba las necesidades nacionales y rechazaba cualquier otro esfuerzo de conocimiento doctrinal. Sin duda, hubiese podido tomar por su cuenta las palabras de Teng Hsiao-p'ing respondiendo a los estudiantes: «Vosotros decís que el presidente ha desarrollado el marxismo-leninismo, pero ¿cómo lo sabéis puesto que no leéis otra cosa que sus obras?»

[546] Ver caps. XXXIV y XXXVIII.

El secretario general del Comité central, casi un enano de cuello corto, pero con una mirada osada y con una inteligencia pronta, un szechwanés antiguo estudiante en Francia y en Rusia, durante largo tiempo colaborador de su compatriota el mariscal Liu Po-ch'eng, será también atacado violentamente como Liu Shao-ch'i. Se le reprochará en el plano personal su gusto por la buena comida, su pasión por el bridge y por el teatro, su tendencia a la comodidad. En el plano político será presentado como un detractor sutil de Mao Tse-tung, siempre dispuesto a poner al marxismo-leninismo y al Partido por encima de todo. En fin, se intentará probar que despreciaba los principios en nombre de un realismo particularmente establecido en materia de política agrícola.

El economista Ch'en Yün, a decir verdad desde hacía mucho tiempo en desgracia, será también acusado de revisionismo contrarrevolucionario, de complot contra Mao Tse-tung, de derrotismo económico. La prensa de los guardias rojos, que lo llamará Mikoyan chino, le atribuirá unos juicios extremadamente pesimistas sobre la situación financiera y sobre el estado de los campos[547].

El glorioso mariscal Ho Lung, uno de los jefes del levantamiento militar de Nanch'ang el 1 de agosto de 1927, responsable de la zona Shansi-Suiyan durante la guerra contra el Japón, será tratado de «bandolero» y de «señor de la guerra», lo que había sido en efecto. Se revelarán o inventarán ciertos episodios de su vida prerrevolucionaria y algunas de sus desviaciones «izquierdistas». Su hostilidad hacia Mao Tse-tung, su amistad con P'eng Chen y Teng Hsiao-p'ing, su apoyo a Wu Han y sus recomendaciones en materia de política le serán vivamente reprochadas[548].

Siguiendo los anuncios de los guardias rojos, el 4 de diciembre por la mañana, P'eng Chen y otras personalidades importantes fueron detenidos a instigación de la señora de Mao Tse-tung. Todos ellos serán pronto arrastrados al estrado de los obreros donde sufrirán durante seis horas críticas e insultos. Las fotografías de la época nos muestran a P'eng Chen, Lu Ting-yi, a Yang Sheng-k'un y otros «revisionistas» con los brazos atados en la espalda, la cabeza inclinada y en las posturas más humillantes que los chinos siempre han gustado infligir a los prisioneros.

---

[547] Ver sobre todo el diario «El Oriente Rojo» («Tung feng hung») del 27 de enero de 1967 en cuanto al tema de las dificultades económicas de 1962,

[548] Ver también «El Oriente Rojo» del 27 de enero de 1967.

Lo Jui-ch'ing, antiguo jefe del estado mayor general, que había desaparecido de la vida política desde hacía un año, es detenido el 20 de diciembre por «elementos de 27 unidades» pertenecientes a institutos o escuelas militares. También será mostrado a las masas, pero insistirá en su oposición y desafiará a Lin Piao a quien invitará a abandonar sus funciones[549] Algunos meses antes había intentado suicidarse saltando por una ventana; fotografías y caricaturas lo presentaron con una pierna escayolada. A todas estas «victorias» de la Revolución cultural, la prensa de los guardias rojos consagrará números enteros.

En Szechwan, los guardias rojos detienen a P'eng Teh-huai, el antiguo ministro de Defensa Nacional, el gran vencido del pleno de Lushan en el mes de agosto de 1959. Se le reprochará su hostilidad al pensamiento maoísta, su oposición a las «tres banderas rojas» (línea general, comunas populares, «gran salto hacia adelante»), sus contactos con los dirigentes soviéticos. Pero será solamente el 16 de agosto de 1967 cuando será publicado en la prensa oficial, a ocho años de distancia, el pasaje de la resolución de Lushan que le condena[550].

Ataques verbales o escritos y malos tratos se extendieron a gran número de cuadros elevados del Partido y de la administración. Yang Sheng-k'un, jefe del Departamento de asuntos generales del Comité central, será acusado de informar a los soviéticos sobre el trabajo del Comité[551]. A veces se acusará a los hijos de personalidades «revisionistas», aunque sean miembros organizados de los guardias rojos. Tal fue el caso del hijo de Liu Shao-ch'i, la hija y el yerno de Chou Yang, la hija de Lo Jui-ch'ing, y la de Ho Lung, y el hijo de Wang Ping-nan, uno de los viceministros de Asuntos Exteriores. Por el contrario, el hijo y la hija de T'ao Chu serán persuadidos de criticar a su padre; más tarde los hijos de Liu Shao-ch'i también se verían obligados a ello.

[549] Ver el diario «Hsin Peita» del 20 de enero de 1967.

[550] Lo Jui-ch'ing había sido detenido por vez primera en Hangchow en marzo de 1966 por orden de Lin Piao.

[551] Yang Sheng-k'un, un szechwanés también, había estudiado en la Universidad Sun Yat-sen en Moscú y había formado parte del grupo llamado de los «28 bolcheviques de Pavel Mif y de Wang Ming». Ver nuestra Historia del Partido comunista chino (1921-1949).

Desórdenes en provincias

En provincias los desórdenes y la confusión van en aumento. La misma Chiang Ch'ing acabará por poner alerta a los partidarios de la Revolución cultural contra el anarquismo y la ultrademocracia y tratará con dureza a jóvenes elementos irresponsables: «¡Vosotros os convertiréis en los pequeños imitamonos del proletariado!» (17 de diciembre). Esto no le impide redoblar sus ataques contra Liu Shao-ch'i y Wang Kuang-mei sobre todo. Su envidia hacia la mujer del presidente de la República toma unas formas elementales que ilustran el «caso del collar» llevado por la señora Liu Shao-ch'i en el curso de una visita oficial a Indonesia.

Sin embargo, son sobre todo los efectos de la situación política sobre la producción lo que inquieta a ciertos dirigentes y la cuestión afecta a la participación de los obreros en la Revolución cultural. Imponerla acarrearía divisiones y desórdenes en las empresas, rechazarla ampliaría la fosa que se estaba interponiendo entre los guardias rojos y el proletariado. Se ha visto que el 30 de diciembre todavía Chu En-lai intentaba limitarla anunciando que el Comité central estudiaba ciertas directrices a este respecto.

Estas directrices van a ser conocidas el 26 de diciembre gracias a un editorial del «Diario del Pueblo». Del análisis de este importante documento se desprenden algunos puntos esenciales.

1. A pesar de los resultados obtenidos por la clase obrera en 17 años, muchas empresas han sufrido influencias capitalistas, revisionistas y hasta feudales en materia de ideología, de dirección de la producción.

2. «Malos elementos» infiltrados en el Partido resisten obstinadamente a la línea correcta de Mao Tse-tung, avivan el «revisionismo» y con ello el capitalismo. Para preservar al sistema socialista no se puede evitar el llevar la revolución dentro de las fábricas.

3. El método de Mao Tse-tung consiste en poner la política en primer plano. La producción no se apoya, pues, sobre los estímulos materiales. Además, cuando el aspecto político de China haya cambiado, las fuerzas espirituales se habrán convertido en grandes fuerzas materiales.

4. Los obreros se entristecen de ver que la Revolución cultural no ha empezado todavía en las fábricas. En adelante, conforme a las órdenes de Mao Tse-tung y del Comité central, podrán a la vez y «victoriosamente» participar en la Revolución cultural y continuar en su puesto de producción.

5. Sin embargo, unas minorías invocan las tareas de la producción contra la Revolución. Unas «autoridades» se presentan como encarnaciones del Partido, resisten, amenazan, tientan a la gente con ventajas prácticas, hasta llegan a estimular la lucha armada. Así el Comité central decide que, durante la Revolución cultural, ningún dirigente de empresa criticado podrá vengarse, reducir los salarios, despedir a los obreros ni revisar empleos ni contratos de trabajo.

6. Los obreros están autorizados a crear sus comités o grupos de la Revolución cultural, están invitados a no aminorar la producción, a no disputar entre ellos, a no destruir nada, a acoger bien a los estudiantes, a fin de seguir el pensamiento de Mao Tse-tung e ir hasta el final del movimiento[552].

La decisión de llevar en lo sucesivo la Revolución cultural dentro de las empresas, y hasta en las zonas rurales, se encontrará confirmada por el editorial del «Diario del Pueblo» del 1 de enero de 1967. Es la primera gran tarea del año que comienza; llevada dentro del marco de la «Decisión en dieciséis artículos», debe concluir el «movimiento de los cuatro saneamientos».

El editorial se levanta vivamente contra los que oponen «revolución» y «producción»: «Si la gran Revolución cultural proletaria se desarrolla únicamente en los despachos, escuelas y medios culturales, se detendrá a medio camino.» Bajo pretexto de seguir los precedentes históricos y sobre todo el del 4 de mayo de 1919, los intelectuales, estudiantes y enseñantes, están invitados a dirigirse de manera organizada y planificada a las fábricas y al campo para integrarse a las amplias masas obreras y campesinas. Éste es el punto más interesante del editorial que, dicho sea de paso, recuerda también los orígenes históricos de la Revolución cultural que no vacila en calificar de «gran acontecimiento de los sesenta años que van de siglo», «afectando el destino de los Estados y el movimiento revolucionario internacional)».

Sin embargo, la experiencia iba pronto a demostrar la poca diligencia de los obreros a unirse y apoyar una Revolución cultural de la que ellos no eran ni los iniciadores ni los beneficiarios.

Conscientes de ser la verdadera justificación del Partido a falta de constituir su base principal, disponiendo de sus organizaciones propias, células y

[552] Muy debilitados por el descrédito de sus dirigentes, los sindicatos (dieciséis millones de miembros) desaparecían de hecho. Su diario, el «Kung-jen jih-pao» («El Diario de los Obreros»), interrumpirá su publicación de enero a marzo de 1967.

sindicatos, mayores que los estudiantes cuyos grupos de propaganda pretendían instruirles como en los tiempos de su ignorancia de la acción revolucionaria, los obreros no podían, envidia aparte, acoger a sus camaradas intelectuales con demasiada preferencia.

Eran por lo general hostiles a las intervenciones procedentes del exterior, ya se tratase de otras regiones o de otros organismos. Presentían que la Revolución cultural les supondría renovados esfuerzos y austeridad y no ignoraban que se reprochaba a sus adversarios una política de interés y de estímulos materiales que no podían, más o menos secretamente, dejar de aprobar. Salarios cuyo abanico iba de los 40 a los 150 yuanes por mes y primas de rendimiento muy sustanciales peligraban encontrarse disminuidas o suprimidas sin reales contrapartidas.

Éste era un obstáculo tan grande para la propagación de la Revolución cultural en el mundo industrial que, el 11 de enero de 1967, el Comité central dirigirá a todos los niveles del Partido una circular denunciando el «economismo».

En su deseo de sabotear la Revolución cultural, decía este documento, sus adversarios se esfuerzan en destruir la economía colectiva del Estado y del pueblo en provecho provisional de algunos pocos. Incitaban a las masas a reclamar aumentos de salarios y estimulaban a los campesinos para pedir bienes propios. Obreros y campesinos estaban, pues, acuciados a elevar su vigilancia y defender la producción colectiva. Los responsables de las agencias de la Banca Central, las empresas del Estado y de todas las colectividades debían negarse a pagar los gastos que no estuviesen conformes con los reglamentos administrativos normales. No obstante, a fin de no oponerse demasiado directamente a las reivindicaciones obreras y campesinas, el Comité central indicaba que algunas situaciones poco razonables del pasado podrían ser enmendadas después de una encuesta entre las masas. Otras medidas de detalle intentaban limitar las fricciones entre campesinos e intelectuales actuando en los campos. Estos últimos debían sobre todo participar efectiva y sosegadamente en la producción, las diferencias eventuales debían solucionarse a nivel de las instituciones locales del Partido. La circular del Comité central que concluía con los slogans apropiados, «¡Abajo la línea burguesa, abajo el economismo!», recibiría una gran difusión.

Primera intervención del ejército

A pesar de los esfuerzos, la Revolución cultural no llegará a imponerse con la sola actuación de los guardias rojos y de los «elementos de izquierda»: cuadros, empleados y obreros. En muchas de las grandes ciudades donde pierde pie será preciso apelar al ejército. Éste será el caso de Shanghai y de Tsingtao, y después de las capitales provinciales del Shansi, del Kweichow, del Heilungkiang y del Shantung, en espera de que el método se extienda poco a poco por todo el territorio.

La orden de intervención del ejército en la Revolución cultural está contenida en las instrucciones de los días 23 y 28 de enero de 1967 emanadas del Comité militar del Partido[553]. Estará precedido, el 11 de enero, por una reorganización del grupo de la Revolución cultural dentro del ejército. Hsü Hsiangchien lo preside, la señora de Mao Tse-tung se convierte en consejero, con gran disgusto por parte de Chu Teh. Entre los dieciséis miembros restantes, Hsiao Hua, Yang Ch'eng-wu, Hsu Li-ch'ing, Kuan Feng y Wang Hsin-ting son los más importantes.

Habiendo alcanzado la Revolución cultural —decía el preámbulo de la instrucción del 28 de enero— una nueva etapa en la lucha de clases, el ejército debe cesar su actitud de no injerencia. Seguían ocho puntos de los cuales el primero es el más importante:

«El ejército debe apoyar a los verdaderos revolucionarios proletarios, apoderarse de la mayoría, unirse a ella, oponerse a los derechistas, tomar una actitud dictatorial frente a las organizaciones y a los elementos revolucionarios.»

En realidad, si esta instrucción de carácter general es del 28 de enero, la orden de intervención en Shanghai le es indiscutiblemente anterior. Desde hacía muchos meses la situación de la inmensa ciudad no había dejado de degradarse. En otoño de 1966 los «rebeldes revolucionarios» habían realizado algún

[553] Textos chino e inglés de las instrucciones del 23 y 28 de enero de 1967 en *CCP Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution*, op. tit. La orden de intervención, dada por Mao Tse-tung a Lin Piao, es del 23 de enero. El texto inglés de las instrucciones es el siguiente: «It is necessary to give resolute support to the true proletarian revolutionaires, win over and rally the great majority, resolutely oppose the Rightists, and take resolute mesures of dictatorship against conclusively proved counter-revolutionary organizations and counter-rcvolutionary elements».

progreso, algunos miles de rebeldes sobre millones de obreros, dirá Chang Ch'un-chiao a propósito del mes de octubre[554]. Después, en noviembre y diciembre, las facciones se habían multiplicado. Desórdenes y huelgas habían acarreado una parálisis cada vez mayor de los ferrocarriles, del puerto, de los grandes servicios públicos y de la economía en general. Este estado de cosas se había convertido aún en más intolerable por la perspectiva de una victoria de elementos reticentes a la Revolución cultural, y favorables al primer secretario local del Partido Ch'en P'ei-hsien y al alcalde de Shanghai Ts'ao Ti-ch'iu. El 4 de enero, quizás a consecuencia de una decisión de Yao Wen-yuan y de Chang Ch'un-chiao, once organizaciones revolucionarias de masa de Shanghai, seguidas el 11 de enero por otras 32, intentan «tomar el poder» y conservarlo. Serán felicitadas por un mensaje de Mao Tse-tung del 9 de enero y por un mensaje del Comité central del 11. La lectura del primero da la impresión que la iniciativa de la «toma del poder» ha emanado del interior de dos grandes diarios del Comité local del Partido, «Wen-hui pao» (4 de enero) y «Chieh-fang jih-pao» (6 de enero), apoyados desde el principio por la guarnición local. Mao Tse-tung habría ratificado la acción del ejército en Shanghai en una instrucción particular del 21 de enero y, de hecho, desde el 25 de enero, el tema de la intervención militar es recogido por el «Diario del Pueblo».

El golpe debió alcanzar a los altos responsables locales, pues el mensaje del 9 de enero intenta minimizar la inquietud que podía causar su salida. «No será por haberse muerto Chang el carnicero por lo que se coma tocino mal depilado», dice empleando un lenguaje popular.

En Shansi, un mando local de la rebelión formado durante la noche del 12 de enero se apodera de los organismos locales del Partido y de la administración provincial, destruye o dispersa a los elementos adversos. Después, se apresura a invitar a los obreros, campesinos y cuadros a «hacer la revolución y estimular la producción» y ordenar que sean reemprendidos los procedimientos administrativos y financieros regulares. Los términos de esta proclamación no dejan dudas sobre la existencia de choques físicos y desórdenes que han precedido y quizá seguido a la «toma del poder». Los paros de trabajo y el cerco y ataque de los «rebeldes revolucionarios» por unos diez mil obreros han sido sin duda, más que las divergencias políticas propiamente dichas, el

[554] Ver declaración de Chan Ch'un-ch'iao. aportada por unos diarios de los guardias rojos en «Survey of China Mainland Press», núm. 4.145 del 25 de marzo de 1968.

origen de la intervención del Ejército que representa en lo sucesivo a la autoridad.

En Kweichow, una de las más pobres provincias de China donde, según sus adversarios, los «revisionistas» que controlaban al Partido desde el mes de enero de 1966 intentaban restaurar la economía individual, estimulando el «economismo» y haciendo reinar el «terror blanco», un «Mando General de la Revuelta Proletaria» se hacía con el poder, el 25 de enero, en todos los organismos locales. Como en Shansi, como en Shanghai, las tareas productivas se colocaban en lo sucesivo al mismo plano que las tareas revolucionarias pero, más que en las otras dos regiones, la mano dura del ejército aparecía en el rigor de las amenazas; todos los oponentes serían rápidamente detenidos y castigados como contrarrevolucionarios activos.

En Heilungkiang, el ejército intervendría en Harbine, hacia el 23 de enero de 1967. Parece ser que en otoño de 1966 los disturbios entre varias facciones se habían extendido pronto dentro de esta provincia en donde se señalaban unas distribuciones de reservas de productos, y distribuciones de tierra, a decir verdad, abundantes en una región de colonización; espontáneamente serían creadas unas milicias campesinas.

Sung Jen-ch'iung, miembro del Comité central, comisario político del ejército en Shenyang, diputado de Liaoning en la Asamblea nacional, enviado sobre el terreno algunos días antes no parece haber podido remediar la situación. A finales de enero ésta era otra vez favorable a los partidarios de la Revolución cultural apoyados por el ejército y dirigidos por P'an Fu-sheng, primer secretario del Partido.

En Shantung fue en primer lugar en el puerto de Tsingtao donde los «rebeldes» tomaron el poder (22 de enero), Tsinan seguirá su ejemplo casi inmediatamente.

Si la prensa oficial valora ampliamente los resultados obtenidos por la Revolución cultural en algunas provincias, se muestra mucho más discreta sobre la situación del resto del territorio. Sobre este tema son los diarios y los anuncios de los guardias rojos los que nos informan. Aunque sus informaciones sean huidizas y fragmentarias, son suficientes para demostrar la gravedad y el número de los desórdenes. Éstos se producen en casi todos los grandes centros y sobrepasan en amplitud y violencia a los disturbios causados por los primeros guardias rojos el otoño precedente. Esta vez interesan muy ampliamente a los obreros y empleados de las ciudades, así como a los campesinos de los

campos suburbanos y crean un peligro de parálisis, de anarquía y de guerra civil que los dirigentes de la Revolución cultural no dejan de percibir si se valora el número y el tono de sus actitudes de puesta en guardia.

En el transcurso de enero y febrero, la intervención del ejército se ha convertido en práctico corriente y legal. Se dispone a este respecto de numerosos relatos muy detallados, sobre todo en lo que concierne a Sinkiang (caso de Shihhotze y de Ining), Mongolia Interior (Huhehot), Honan (Chengchow), Hunan (Ch'-angsha), Shantung (Hut'ou), Hopei (Fangshan y Paoting), Fukien, etcétera.

Las situaciones difieren por otra parte considerablemente de una ciudad a otra. El ejército apoya a veces a los «rebeldes», pero otras veces actúa contra ellos, voluntariamente, por ignorancia o simplemente en nombre del mantenimiento del orden. Le es a menudo difícil distinguir a los «rebeldes» auténticos de sus adversarios que apelan con tanta insistencia a Mao Tse-tung y a la Revolución cultural y todo lleva a creer que, aparte de sus preferencias personales, los responsables militares locales se encontraron a menudo en medio de una gran perplejidad.

Asimismo, si ciertas intervenciones fueron hábiles, otras parecen haber sido demasiado brutales. Decenas de muertos, quinientos desaparecidos el 26 de enero en Shihhotze donde un regimiento independiente de artillería se sirvió de armas pesadas y de granadas. Las «tomas de poder» estaban también acompañadas por las comedias habituales: Liu Tze-hou, primer secretario del Partido por la provincia del Hopei, será paseado por las calles cubierto con un sombrero de pluma de faisán y con un vestido de ropa roja bordada con dragones (símbolo imperial).

Estos incidentes se multiplicarán y agravarán la primavera siguiente.

Los primeros comités revolucionarios

En el curso de los primeros meses de la Revolución cultural, sus animadores sueñan sobre todo con apoderarse del aparato del Partido destituyendo a sus adversarios de los puestos de responsabilidad u obteniendo su adhesión. Los grupos y comités de la Revolución cultural creados en cada nivel debían contribuir a mantener el impulso revolucionario y servir de organismos de control y de depuración. Por ellos, las masas podrían actuar sobre el Partido

que representaba menos de un 3 por ciento de la población y velar por su perpetua renovación. Luego, una especie de democracia directa podría ser establecida; la Comuna de París les servía de referencia y hasta de modelo.

Es probable que en espera de esta época lejana, se propusiese confirmar la «toma del poder» en el conjunto de los Comités del Partido y por la convocatoria de un nuevo Congreso, el IX, que sería totalmente adicto a la nueva revolución cultural[555].

La rápida degradación de la situación interior obligará a los responsables de la Revolución cultural a renunciar a estos proyectos y a intentar a la vez remediar la anarquía y tomar el poder por otros medios. Puesto que el «bombardeo de los estados mayores» por los guardias rojos no ha podido conducir a su depuración, puesto que el reinado de las masas actuando soberanamente por intermediación de «comunas» al modo de la Comuna de París, que por otra parte se intentaría crear en Shanghai (5 de febrero) y en Pekín (31 de enero), es evidentemente prematuro, se adoptará otra fórmula a la vez más realista y más flexible, la de los «comités revolucionarios».

Los «comités revolucionarios» participan de cierto realismo en la medida en que se fundamentan sobre el principio de una «triple unión» de los cuadros «que continúan siendo buenos» (quede claro que es la mayoría), de los representantes del ejército y de los representantes de las masas que en efecto encarnan a una parte del poder efectivo ya organizado y semiorganizado. Presentan también un carácter bastante flexible en la medida en que son la soldadura entre el antiguo orden y el orden nuevo y permiten cierta «dosificación» teniendo en cuenta las situaciones tan variables de una región a otra.

En la práctica, la creación de los comités revolucionarios tropezará sin embargo con dificultades grandes y diversas, ya se trate del Partido, del ejército o de las mismas masas.

Por diversas razones, la mayoría de los aparatos del Partido es desfavorable a la Revolución cultural. Esta constituye en efecto una inesperada evolución y también precipitada del esquema de organización marxista-leninista en la que los antiguos cuadros y sobre todo los que han operado en los medios obreros de las «zonas blancas» continúan fieles. También debe desembocar a un debilitamiento del papel del Partido en el seno de las masas al mismo tiempo que a una desaparición personal de los responsables en el seno de los nuevos

[555] En otoño de 1966, Mao Tse-tung hablará de reunir el IX Congreso a un año vista.

organismos. Llegada después de las deplorables experiencias de las «Cien Flores», de las «comunas populares» y del «gran salto hacia adelante», que como se sabe se deben a la iniciativa y a la instancia de Mao Tse-tung, la Revolución cultural debió suscitar algunas reservas. Son tanto más serias cuanto que gran número de cuadros deben su elevación y su crédito a la tendencia Liu Shao-ch'i que desde hace diez años está en posesión de los puestos de dirección más importantes.

En fin, es preciso decir que diecisiete años después de su advenimiento, el Partido no podía pedir a sus cuadros superiores que habían conseguido el punto más alto de su carrera y de sus méritos, convertidos en circunspectos por la edad y las contrariedades de los «años negros», que mantuviesen el entusiasmo de los tiempos heroicos. Es significativo observar que las exhortaciones al estudio y la autocrítica en el curso de los años 1965, 1966 se dirigen principalmente a los cuadros elevados y al ejército, a los niveles superiores, a los mandos del régimen.

Acomodados según las regiones y el momento en unas situaciones muy distintas, los cuadros, tanto los del Partido como los del Estado, reaccionarán rara vez con conjunción y franqueza. Los unos se adhirieron por la fuerza de la situación, pero lealmente, a la Revolución cultural, otros se opusieron francamente a las tentativas locales de «toma del poder» y lo consiguieron durante tiempo. La mayoría querrá conservar sus funciones incorporándose al movimiento de cuya dirección intentan tomar de manos de los guardias rojos y otros «rebeldes revolucionarios» inexperimentados y divididos entre sí mismos.

En la primavera de 1967, lo consiguieron ampliamente y su acción favoreciendo la aparición de la «contracorriente de "febrero» detendrá la expansión de los comités revolucionarios, se añadirá a la confusión general y pondrá en un aprieto considerable a Pekín. Luego, T'an Chen-lin será acusado de haber sido el origen de esta contracorriente de febrero que un exceso de anarquía podía en efecto justificar a los ojos de ciertos dirigentes[556].

Para el ejército, cuyas reacciones y comportamiento tomaron cada vez mayor importancia a medida que se iba ampliando su misión, estaba demasiado

[556] Como T'ao Chu, Li Ching-ch'üan y Wang Jen-chung, para citar sólo algunas de las víctimas de la Revolución cultural.

cerca de la vida interna del Partido para escapar por completo de sus inquietudes: esta observación se aplica sobre todo a su Departamento político cuyo personal superior formaba a menudo parte de las jerarquías civiles locales. Era casi un requisito indispensable que el comisario político de una región o de un distrito militar fuese al mismo tiempo uno de los secretarios del Partido para la provincia.

Esta particularidad, la preocupación por mantener íntegra su unidad, explican que el ejército fuese dejado inicialmente al margen de la Revolución cultural a la que acompañaba sosteniéndola sin confundirse en ella[557].

La orden del 28 de enero obligando a intervenir para «sostener a los elementos de izquierda», fue comprendida y aplicada de formas diversas. En un primer tiempo, los responsables militares locales (Regiones militares y distritos) parecen haber tenido el deseo de limitar los desórdenes en el grado previsto por la «Decisión en dieciséis artículos» del 8 de agosto de 1966 e impedir el atropello y la desaparición de los partidarios activos de la Revolución cultural. En un segundo momento, se encargaron de preparar la creación de los comités revolucionarios. Es entonces cuando poco a poco fueron tomando la figura de árbitro entre las múltiples tendencias y facciones locales y empezaron también a desarrollar el papel de intermediarios entre las provincias y la capital. A veces, situados frente al desfallecimiento de las administraciones civiles y la neutralización mutua de los grupos revolucionarios, debieron pura y simplemente asegurar todos los poderes bajo cubierta de comisiones de control. Este paso de la autoridad a sus manos fue particularmente rápido y evidente en las regiones fronterizas pobladas por minorías (Sinkiang, Tibet, Mongolia Interior) en donde intervenían unos imperativos de soberanía nacional y de seguridad exterior.

Pero será sobre todo de las masas de donde procederán las dificultades en la creación de los comités revolucionarios. Grupos de todas clases toman el nombre y la cobertura de los guardias rojos y de los «rebeldes revolucionarios» completados con nombres particulares, redundantes o pintorescos: «Regimiento rojo del nuevo ejército» (Heilunkiang), «Asociación de antiguos camaradas para el intercambio de experiencias» (Kiangsu), «Ejército indus-

[557] Sin embargo los alumnos de algunas escuelas o institutos que dependían del ejército tomaron parte ampliamente en las acciones de los guardias rojos.

trial» (Szechwan), «Gloriosos veteranos» (Heilungkiang), «Caballeros de hierro» (Honan), «Atar al dragón gris», «Fuego de los fantasmas negros» (Hunan) e innumerables «Bandera Roja». Se multiplican en efecto en todas las empresas, en todos los establecimientos administrativos o educativos, en todos los barrios de las ciudades. Definir las tendencias reales y la importancia de cada una de ellas, descartar las que animan los falsos revolucionarios, los extremistas, los anarquistas, acompañar a las otras a que se unan y se mezclen entre ellas, proclamar unos responsables comunes, todo ello presenta unos problemas casi insuperables. Todavía es preciso que una vez solucionados a nivel local, la provincia y eventualmente la región militar, la capital, den su acuerdo a las soluciones adoptadas y aprueben las elecciones de personas.

Algunas de estas dificultades están ilustradas por el caso de una fábrica textil de Kweiyang cuyo buen sentido pondrá la prensa oficial como ejemplo[558].

Dentro de esta fábrica coexistían una docena de unidades diferentes totalizando más de mil rebeldes revolucionarios. Éstos rechazaron durante tiempo integrarse en una sola organización, pretendiendo cada unidad, por diferentes títulos: autoridad, número, celo particular, ejercer la dirección del conjunto. Finalmente se propondrá que cada rebelde transfiera su juramento de fidelidad anterior a una nueva organización creada sobre la base del taller de trabajo. Así, por taller y progresivamente, fueron surgiendo en la empresa unos representantes de masas, pero podemos imaginarnos los problemas personales, las dificultades de toda clase y los arbitrajes necesarios para un progreso extendido al conjunto de las administraciones y empresas del territorio.

De esta forma, hasta allí donde los partidarios de la Revolución cultural se encontraban en mayoría, los comités revolucionarios sólo se podían organizar lentamente. A modo de los que habían tenido lugar cuando la creación de las administraciones autónomas de las minorías, se formaron en primer lugar unos «comités preparatorios» que ofrecían la ventaja de demostrar la lealtad de los individuos y la estabilidad de los arreglos y daban el tiempo necesario para realizar los tratos con la capital.

Éstos no fueron siempre fáciles. A las cuestiones personales se añadieron a menudo preocupaciones de interés económico local, oposiciones de carácter

[558] Ver «Diario del Pueblo» del 1 y 8 de marzo de 1968. El método de Kweiyang será de nuevo evocado en el curso del otoño del mismo año.

provincial que recordaban en ciertos aspectos la situación que prevalecía en vísperas de la guerra chino-japonesa.

Un año después de la «Decisión en dieciséis artículos» sólo existían aún cuatro comités revolucionarios provinciales a los que es preciso añadir los de los dos municipios especiales de Pekín y de Shanghai. El comité revolucionario del Heilungkiang había sido formado el 10 de febrero, el de Kweichow el 13, el de Shantung el 1 de marzo, el de Shansi el 18 de marzo. Los comités de Shanghai y de Pekín eran formados respectivamente el 24 de febrero y el 20 de abril. Todos contaban en su dirección con una fuerte proporción de oficiales y de comisarios políticos del ejército.

La situación en los campos

Bastante bien conocida en las grandes ciudades gracias a la prensa de los guardias rojos, la situación en los campos lo es mucho menos. Por desconfianza, ignorancia, interés en no comprometerse y también por haber sido mantenidas aparte desde la decisión del 8 de agosto de 1966, los campesinos reaccionaron poco y tardíamente a la Revolución cultural[559].

Su mentalidad, todavía típicamente «feudal», dirían los comunistas, se refleja bastante bien en una respuesta dada por un viejo campesino a Ch'en Po-ta que le pedía que se pronunciase sobre un punto de política: «Vosotros los cuadros, vosotros sois el padre y la madre del pueblo, ¡cómo podemos atrevernos a dar una opinión!»

Es solamente después de la recolección de otoño y sobre todo a partir de diciembre cuando los desórdenes alcanzan algunos campos. Parecen estar favorecidos por una directriz del 15 de diciembre de 1966 del Comité central que sin embargo está destinada a ser discutida y experimentada antes de su aplicación general y toma gran cuidado de no referirse a los «Dieciséis Artículos», a los primeros «Diez Artículos», a los «Veintitrés artículos»[560]. La participación que reclama debe tener lugar sobre el terreno. Es un crimen, dirá más

[559] Para una visión de conjunto de la situación de los campos y de la producción agrícola en el transcurso de la Revolución cultural y después de ella, ver cap. XXXIX.

[560] Ver texto chino y traducción inglesa de la directriz del 15 de diciembre de 1966 en: *CCP Documents...,* op. cit.

adelante Ch'en Po-ta, movilizar a los campesinos para hacerlos entrar en las ciudades[561].

De forma general, parece que los campesinos se habían a menudo aprovechado del debilitamiento de la autoridad central y del desconcierto de los cuadros locales para aligerar sus obligaciones colectivas, regresar en realidad a la explotación familiar con uso y hasta propiedad de los instrumentos y del ganado.

La prensa oficial evoca frecuentemente estos desórdenes sin demasiadas precisiones geográficas y recuerda sus advertencias[562].

El 20 de febrero de 1967, el Comité central dirige a los campesinos pobres y «semiinferiores» así como a los cuadros de las comunas populares rurales, una circular muy reveladora de las dificultades del momento. Verdadera llamada a su total cooperación, cuenta con ellos para apoyar la Revolución cultural, pero más todavía para sostener la producción. Estos campesinos —que sólo constituyen, no obstante, una parte de la población rural— representan a las masas. Unidos a los cuadros «cuya abrumadora mayoría es buena o relativamente buena», unidos a las unidades locales del ejército (y en realidad a la milicia), deben desbaratar los sabotajes y unirse sin sectarismo a todas las fuerzas de producción. En su preocupación por las medidas concretas, el Comité central prescribe reuniones de cuadros y sobre todo reuniones plenarias del equipo de producción en vistas a preparar las labores de primavera[563]. Por último, bajo el mismo pretexto, el «Diario del Pueblo» invitará a las comunas populares a interrumpir las «tomas de poder».

A finales del mes de febrero, dejándonos llevar por las apariencias, parece que la Revolución cultural estuviese a punto, si no de ahogarse, al menos de observar una pausa de cierta duración. Los métodos conciliadores adoptados para crear de nuevo una amalgama de nuevas jerarquías, las medidas tomadas para preservar y hasta desarrollar la producción, las consideraciones de que son objeto los grandes oponentes después de los tratos ignominiosos de diciembre y de enero, la invitación de tratar correctamente a los cuadros[564] y

[561] 11 de julio de 1967; ver «Survey of China Mainland Press», núm. 4.023 del 19 de septiembre de 1967.
[562] Ver sobre todo «Diario del Pueblo» de los días 23 y 27 de enero de 1967.
[563] Ver texto francés en «Pékin Information», núm. 9, 17 febrero de 1967.
[564] Ver «Bandera Roja», núm. 4, 1967.

hasta un cierto apaciguamiento en la polémica con Moscú, son unos tantos indicios de ello. No habrá nada de esto y los desórdenes seguirán in crescendo hasta mediados del verano cuando el país entero parecerá estar cerca de bascular hacia la guerra civil.

XXXIV. La Revolución cultural en el callejón sin salida (febrero-junio de 1967)

El optimismo que había podido provocar la fórmula de la «triple unión» y la de los «comités revolucionarios», que eran su aplicación práctica, no debía durar demasiado.

La creación de los comités revolucionarios provinciales se verificará tan lentamente que ninguno verá la luz del día entre el 18 de marzo y el 12 de agosto; incluso se tratará en esta fecha del de Tsinghai, provincia excéntrica y sobre todo poblada de minorías. Sólo la capital creará el suyo el 20 de abril.

Las tendencias hacia el anarquismo se acusan a partir de mayo, como testimonia el recrudecimiento de los artículos que condenan esta doctrina. En el curso de mayo igualmente, choques particularmente sangrientos se producen en Szechwan. Cuando llegue el verano, insurrecciones militares amenazan gravemente la unidad nacional. El caso del arresto de Hsieh Fu-chih y de Wang Li en Wuhan (20 de julio) será un episodio característico de dicho verano. La aparición de una verdadera guerra civil local en Cantón será sin duda alguna el origen de una política mucho menos radical y de un nuevo esfuerzo hacia la restauración de las jerarquías.

En la cumbre Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing, T'ao Chu y muchos otros dirigentes serán objeto de nuevos y crueles ataques que a veces iluminan toda la historia del Partido y del régimen.

El comité revolucionario de Pekín

Según palabras pronunciadas por Ch'en Po-ta, el 24 de enero, tres meses constituían el plazo normal para la «toma del poder» cuando los rebeldes revolucionarios practicaban correctamente la «gran unión». Ch'en Po-ta observaba también que las cosas iban sin dificultades allá donde los obreros habían sido convenientemente asociados a los acontecimientos. Tal había sido el caso de Shanghai, antigua metrópoli industrial. En Pekín, donde el proletariado no se apoyaba sobre unas tradiciones tan antiguas, los procesos se desarrollaban más lentamente, más metódicamente también, y sin duda a este respecto es preciso atribuirle el valor de ejemplo.

Elementos mal identificados intentaron crear una «Comuna popular de Pekín» que los guardias rojos de los institutos y de las escuelas preferirían ignorar (31 de enero). Después, bajo pretexto de que los adversarios de la Revolución cultural se organizaban y practicaban una «pequeña unión», las modalidades de una «gran unión» quedaron mejor definidas. Fue creada una «oficina preparatoria» para la formación de una «oficina de enlace». Rápidamente más de mil unidades del municipio se inscribieron en ella. A partir de allí, fueron necesarios dos meses de negociaciones entrecortados por numerosos incidentes antes de la «toma del poder» y del establecimiento, el 20 de abril, de un comité revolucionario presidido por Hsien Fu-Chih, uno de los numerosos viceprimeros ministros y ministro de Seguridad Pública. Entretanto, tanto para mantener el orden como para apresurar la evolución de las cosas, el municipio de Pekín había sido colocado el 11 de febrero bajo el control del ejército, y establecido un organismo particular, presidido por el mismo Hsieh Fu-chih.

Desde entonces se precipitaron las medidas para volver si orden y la preparación de nuevas instituciones. El 22 de febrero, los representantes de organizaciones de guardias rojos se reunieron con los del ejército y con los de los cuadros. El 3 de marzo, la mayor parte de los cuadros suspendidos o neutralizados reemprenden sus funciones. Igualmente, el 3 de marzo, los guardias rojos pertenecientes a los establecimientos de educación se reúnen en congreso. El 19 de marzo se realiza el congreso de los campesinos pobres y semiinferiores de la zona rural de Pekín (2.500 delegados), el 22 es el de las organizaciones de los «obreros rebeldes revolucionarios», el 26 el de las escuelas secundarias.

Por fin, el 20 de abril, tiene lugar la proclamación solemne del nuevo comité revolucionario de Pekín. Presidido por Hsieli Fu-chih, comprende cuatro vicepresidentes entre los cuales se hallan Ch'i Pen-yü y Wu Teh, al que se creía arrastrado a la semidesgracia de Li Hsüeh-feng y 97 miembros, de los que 24 son obreros, 13 campesinos, 17 militares, 13 cuadros de milicias y 6 universitarios. Chu En-lai, Ch'en Po-ta, K'ang Sheng, Li Fu-ch'un, Chiang Ch'ing, Hsiao Hua y Yang Ch'eng-Wu asisten a las ceremonias. Los discursos de Hsieh Fu-chih. Chu En-lai y Chiang Ch'ing, el mensaje dirigido por el nuevo comité revolucionario a Mao Tse-tung asombraba por el encarnizamiento que ponen en atacar a Liu Shao-ch'i (siempre sin nombrarlo) y como era de esperar, a P'eng Chen y al antiguo Comité del Partido de Pekín.

El mes de abril está en efecto caracterizado por una violenta reanudación de la campaña de hostilidad contra el presidente de la República, conjugada con una operación de seducción de los cuadros reticentes.

Según una información incierta, un «Comité para el derrocamiento del grupo Liu Shao-ch'i», debido a la iniciativa de diversas organizaciones de guardias rojos, habría sido creado en Pekín de resonantes artículos y principalmente con el de Ch'i Pen-yü a propósito de *La historia secreta de la corte de los Ch'ing*[565].

Otros artículos pronto harán eco al de Ch'i Pen-yü. Contendrán nuevos y despiadados análisis de las obras de Liu Shao-ch'i y principalmente de *Cómo ser un buen comunista*, que propaga la teoría del «instrumento dócil», da a las nociones de obediencia y de organización prioridad sobre la política y borra las de dictadura del proletariado, centralismo democrático y lucha de clases[566].

A fin de incorporar a los cuadros a la Revolución cultural, se intentará también demostrar que Liu Shao-ch'i había sido su constante adversario, sobre todo en el curso del Movimiento de educación socialista. Tal es el sentido de los dos grandes artículos de «Bandera Roja»: Es preciso criticar a fondo la línea reaccionaria burguesa sobre la cuestión de los cuadros, y castigar a gran número y proteger un pequeño puñado forma parte de la línea reaccionaria burguesa.

El «Kruschev chino», este será ya su sobrenombre, se presentará como la encarnación del capitalismo y de la reacción y las críticas trascendieron a su persona:

«Debemos, a través de la crítica de este responsable número uno que en el seno del Partido está vinculado a la vía capitalista, responder en primer lugar a todos los desafíos lanzados por la burguesía en el dominio de la ideología.»

Finalmente, a pesar de que el descrédito se debió reflejar sobre la Nación y sobre el mismo Partido[567], se intentará deshonrar al presidente de la Repú-

[565] Ver cap. V.

[566] Ver «Diario del Pueblo» de los días 7, 8 y 10 de abril de 1967.

[567] El mismo Mao Tse-tung se mostraba desfavorable al modelo de la Comuna de París que, aplicado en toda China, no podía permitir el nombrar por elección unos cuadros políticos y administrativos competentes, se corría el peligro de conducir a una anarquía generalizada y hubiese sido juzgado de prematuro por todos los Estados del campo socialista.

blica. Se informará que con su autorización algunos miembros del Partido, prisioneros del Kuomintang en la China del Norte, habían repudiado el comunismo y traicionado a sus camaradas. En estos «renegados», Liu Shao-ch'i encontraría más tarde unos fieles apoyos[568].

También se intentará ridiculizarlo. Los caricaturistas serán movilizados para representar al primer personaje del Estado bajo mil formas injuriosas, siendo la más frecuente la de un miserable insecto aplastado por las obras de Mao Tse-tung o la de un alumno de Kruschev saboreando con su maestro el líquido chorreante de un pescado podrido, símbolo del capitalismo.

Demostraciones escritas o verbales, manifestaciones de masas hostiles se extienden en provincias, cada categoría profesional convierte a Liu Shao-ch'i en responsable de las desviaciones, errores o fracasos sobrevenidos en su dominio propio y vinculando directamente sus críticas a las necesidades del momento.

«Condenar a la personalidad número uno, que, aunque del Partido, sigue la vía capitalista, debe ser un estímulo y una ayuda para los cuadros que han cometido errores, les permitirá incorporarse a la línea revolucionaria del presidente Mao y exaltar la "gran alianza" y la "triple unión" revolucionarias», dirá por ejemplo la radio de Shanghai, el 17 de abril.

Hacia finales de abril, los ataques de la prensa oficial contra Liu Shao-ch'i van espaciándose para reavivarse en el mes de julio con motivo de la segunda autocrítica del jefe del Estado (9 de julio). «Golpead al perro incluso si ha caído al agua», escribirán ciertos periódicos representando un texto de Lu Hsün. En cuanto a los ataques de los «rebeldes revolucionarios», éstos no cesarán y designarán explícitamente su objeto, lo que también harían en sus arengas los más altos responsables del movimiento.

Teng Hsiao-p'ing, T'ao Chu, Po I-po y An Tzu-wen serán igualmente acusados de comparsas y con unas formas más moderadas a fin de no debilitar demasiado las críticas llevadas contra su jefe de filas. La rápida elevación y la caída repentina de T'ao Chu, sobrevenida el 10 de enero de 1967, tomará el sentido de una dramática lección destinada a los «contrarrevolucionarios de dos caras».

[568] Ver traducción de un artículo del Diario «Ch'un Leí» del 13 de abril de 1967, el «Survey of China Mainland Press», núm. 3.951, del 2 de junio 1967.

Repetidas veces, los aniversarios serán pretextos para revelar documentos importantes para la historia y la vida del Partido.

El 16 de mayo de 1967 sería también publicada la circular dirigida por el Comité central para condenar las «tesis de febrero» de P'eng Chen[569].

El 25 aniversario de las Intervenciones sobre Arte y Literatura pronunciadas en Yenan en 1942 será conmemorado dentro de la óptica de la lucha entre dos concepciones opuestas, la de Mao Tse-tung, preocupado por servir al proletariado, los campesinos y los soldados y por inspirarse en ellos, y la de sus adversarios que, fundándose en una supuesta desaparición de la lucha de clases, pretenden que el Arte y la Literatura pertenezcan ya al pueblo en general. En cuanto a T'an Chen-lin, se le supondrá el haber inspirado la «contracorriente de febrero», orientada hacia la «revisión de los veredictos», es decir hacia la protección y la reposición de los dirigentes descalificados y hacia el retorno a una línea política moderada y su nombre, será, durante algunos años, execrado entre los partidarios de la Revolución cultural. Ch'en Po-ta constatará el 23 de mayo que numerosos comunistas que se han adherido al Partido en el plano de la organización y en el de la ideología continúan sin embargo adhiriéndose al Arte y a la Literatura burgueses. «La base de la economía de la sociedad ha cambiado —dirá—, pero el Arte, en tanto que parte de la superestructura al servicio de esta base, es aún actualmente un serio problema.»[570]

Ch'i Pen-yü evocará por su lado la reciente lucha en el frente de la Literatura y de las Artes, asimilando las nociones de «Ejército popular» y de «Ejército cultural», asegurando tanto la una como la otra la defensa de la dictadura del proletariado y del socialismo[571].

En Shanghai, Yao Wen-yuan aportará algunas precisiones históricas sobre el papel personal de Mao Tse-tung en los debates literarios[572]. De una manera general, toda la prensa del mes de mayo está repleta de artículos muy interesantes para la historia literaria china contemporánea. Es también por esta época cuando se realizará un festival de ocho obras modelo, recientes o anti-

[569] Ver cap. XXIX.
[570] «Diario del Pueblo» del 23 de mayo.
[571] «Diario del Pueblo» del 23 de mayo.
[572] «Diario del Pueblo» del 25 de mayo.

guas, mientras que ocho filmes, calificados como «grandes plantas empozoñadas», serán vivamente criticados; de esta forma se evitarán todos los errores de apreciación a los espectadores[573].

Sin embargo, no era hora de regocijos artísticos y pasado el aniversario de las «Intervenciones sobre la Literatura y el Arte», reaparecieron los grandes temas políticos y las preocupaciones del momento: detener los desórdenes, luchar contra la indiferencia, unir a los «rebeldes» con vistas a la toma del poder, y cuidar la producción.

Si no es posible seguir a cada instante la evolución de la situación y la confusión del inmenso cuerpo chino, se pueden por lo menos poner de manifiesto las enfermedades que continúan agitándolo: anarquismo, particularismo y economismo, entre las más aparentes.

El anarquismo inquieta cada vez más a los dirigentes por su efecto paralizador sobre la economía y la política. Se condena en el plano doctrinal como un individualismo burgués que coloca la liberación del individuo por encima de la liberación de la humanidad, más aun, es un obstáculo para la Revolución cultural. «El anarquismo —dice el "Diario del Pueblo" del 26 de abril— surge, disuelve los objetivos de nuestra lucha y trastoca su orientación general.»[574] Pronto la prensa repetiría este tema.

El anarquismo es en primer lugar el resultado de la impotencia de los «rebeldes revolucionarios» para imponerse en todos los lugares y a todos los niveles. En diversos grados, está temperado por las características propias de una sociedad antigua habituada a arreglárselas sin autoridad en los períodos difíciles y a fundamentar su orden interno sobre la moral y la costumbre, temperado también por la falta de inclinación por parte de los chinos hacia las soluciones extremas. Allí donde cualquier otro país estaría ineludiblemente

---

[573] *El asalto a la montaña del tigre, El puerto, El farol rojo, Sha Chia pang. Incursión en el regimiento del tigre blanco. El destacamento femenino rojo, La chica de cabellos blancos, La sinfonía de Sha Chia pang, son las ocho obras modelo. Ciudad sin noche. La tienda de los Lin, Mil li con viento contrario, Las dos familias. La vida de Wu Hsün, La llanura en fuego, Al norte del país y al sur del río, Primavera de febrero*, constituyen las ocho «grandes plantas venenosas».

[574] *Abajo el anarquismo*, editorial del «Diario del Pueblo» del 26 de abril. Ver igualmente «Diario del Pueblo» del 11 de mayo: *El anarquismo es el castigo de los desviacionistas oportunistas*.

deslizándose hacia la guerra civil más general y más inexpiable, China recobraba unos reflejos tradicionales de prudente sensatez.

Sin embargo, en el curso de los meses, la situación iría degradándose peligrosamente.

En los principios de la Revolución cultural, los cuadros del Partido, los de las administraciones y de las empresas continuaban en su lugar y dentro de lo posible en sus funciones bajo las críticas de una minoría de «rebeldes revolucionarios». Es sólo cuando estos últimos pretendían, a golpe de altavoces, ejercer su celo misionero en el interior de las unidades cuando se producirían unos choques sangrientos.

Poco a poco las cosas se habían agravado. Los «rebeldes» encontraban ahora aliados en el seno de cada aparato que se encontrase dividido contra sí mismo y ampliamente paralizado. La extensión oficial de la Revolución cultural a las fábricas, el mes de diciembre de 1966, había puesto en juego unos efectivos más y más considerables. Pero al mismo tiempo, allá donde se desarrollaba o triunfaba, veía multiplicar, diversificar, fraccionar sus organizaciones y hasta sus progresos le impedían tomar el poder. La prensa oficial no deja de denunciar el «particularismo», el «espíritu montañés»[575], el egoísmo local; las ambiciones de las pequeñas unidades y de sus animadores. Ch'en Po-ta dirá justamente que la mentalidad «grupo pequeño» se ha convertido en un problema nacional[576]. Pero, al mismo tiempo, el Comité central tomará la precaución de disolver todas las organizaciones formadas al nivel del país en general durante la Revolución cultural (12 de febrero).

Con el anarquismo y el particularismo, el economismo ya atacado en el curso del invierno, condenado en la circular del 11 de enero[577], reaparecía con más fuerza que nunca. Arma temible en las manos de los enemigos de la Revolución cultural, sus fechorías son cada día denunciadas por la prensa y la radio locales. En Heilungkiang, a pesar de todo dotado de un comité revolucionario provincial, la oposición ha conseguido «engañar» a los obreros que han violado la disciplina del trabajo, dejado sus talleres y han participado en

[575] Este término procede del tiempo de la guerra chino-japonesa. Unos grupos de resistentes aislados en sus montañas tenían tendencia a considerar solamente su punto de vista particular.
[576] Declaración del 24 de enero en la Universidad de Pekín.
[577] Ver cap. XXXIII.

luchas armadas, mientras que los nuevos responsables intentaban impedir el paro de las fábricas y luchaban para mantener la jornada de ocho horas[578]. En Kwang-tung malos elementos saboteaban la producción. En Kweichow, donde los antiguos dirigentes habían apoyado el laisser-faire, comprometido la economía colectiva y dirigido la economía urbana hacia un estilo capitalista, proseguía la lucha[579]. En Chekiang, los campesinos de ciertos distritos se trasladan a las ciudades «para tomar parte en las luchas violentas». Los adversarios de la Revolución cultural incitan a los campesinos a ignorar el sistema de trabajo por puntos y a los obreros a pedir unas bonificaciones suplementarias[580].

En Shanghai serán disueltas unas asociaciones profesionales casi después de haber sido creadas, yendo su interés al encuentro de los intereses generales y favoreciendo una mentalidad corporativista[581]. En Honan, numerosos mítines se realizan en el hsien de Wuchih donde los partidarios de Liu Shao-ch'i aumentan la superficie de las parcelas individuales, desarrollan los mercados libres, aumentan el número de las pequeñas empresas con responsabilidad individual y fijan las normas de producción por hogar[582].

En Heilungkiang, en Kweichow, en Tsingtao y en Shantung, el anarquismo parece triunfar sobre las demás tendencias. Los anarquistas son acusados de atacar a todos sin hacer distinciones, de poner obstáculos a la autoridad de los revolucionarios y finalmente de inspirarse en Liu Shao-ch'i, «cuyo individualismo degenerado llega hasta el anarquismo reaccionario»[583].

La extrema confusión de la situación aparece en cada caso particular. En Kweiyang, la fábrica de tractores Hung Hsii está alternativamente controlada por la línea «reaccionaria» y por la línea «revolucionaria», ambas denunciándose con los mismos términos (18 de abril). En Hunan, en la provincia de Kirin, la reacción toma también un aspecto «izquierdista». En Honan, la lucha de

[578] Radio Harbine, 9 y 10 de mayo de 1967.
[579] Declaración de Huang Yu-jung, director adjunto del Departamento político de la Industria y de las Comunicaciones, mayo de 1967.
[580] Radio Hangchow del 12 de junio.
[581] «Diario del Pueblo» del 15 de marzo: *Desacreditemos el corporatixismo*. Reproducción de un artículo del «Wen-hui pao» de Shanghai.
[582] Radio Chengchow, el 19 de mayo.
[583] «Diario del Pueblo» del 11 de mayo.

clase no ha podido ser convenientemente desarrollada en las numerosas fábricas y minas y unos incidentes violentos tendrán lugar en Chengchow y en K'aifeng el mes de mayo, y en Loyang el mes de junio. Provocaron muertos y heridos hasta en las filas del ejército y quedan caracterizados por rasgos de extrema crueldad (ojos arrancados, miembros quebrados, etc.). En Mongolia Interior, Ulanfú y sus partidarios llevarían a cabo una intervención militar.

Pero es en Szechwan donde la situación es mucho más dramática.

Desde los últimos meses de 1966 se van multiplicando pequeños incidentes en diversos puntos de la provincia (Chengtu, Ipin, Wanpin) entre partidarios y adversarios de Li Ching-ch'üan, miembro del Comité central y secretario del Partido para la región del Suroeste. Li está apoyado por las fuerzas armadas de la región de Chengtu (comandante Huang Hsing-t'ing, segundo comisario político Kuo Lin-hsiang) y sobre todo por el 54 Ejército.

El 4 de mayo, un primer choque opone a los «rebeldes revolucionarios» con los obreros de la fábrica textil del Szechwan (fábrica núm. 1). El resultado fueron más de mil muertos y heridos. El 6, un nuevo enfrentamiento con los obreros de la fábrica textil núm. 132 es más sangriento todavía. El «ejército industrial», favorable a Li, abre el combate y gana el campo después de haberse apoderado de 400 fusiles y armas automáticas. De allí acosa a los «defensores de Chengtu». El 19 de mayo, hace prisioneros a 1.800 guardias rojos, de los que 34 serán muertos y decapitados.

Li Ching-ch'üan será revocado por una orden del Comité central. Chang Kuo-hua, el comandante de las fuerzas chinas en el Tibet, se convertirá en primer comisario político de la región militar de Chengtu de la que Liang Hsing-chu toma el mando[584]. Li Ching-ch'üan, habiendo perdido el apoyo del ejército, deberá ponerse en fuga y su arresto será anunciado algunos meses después. Sin embargo, graves disturbios se producen aún en Chung-king, los días 5 y 7 de junio, causando 170 muertos en la «columna del 31 de agosto».

Verdaderos combates tienen igualmente lugar en Kunming (Yunnan) a finales de mayo y a principios de junio, en Ch'angsha (Hunan), donde se señalan varias decenas de muertos el 8 de junio, en las provincias del Nordeste y particularmente en Ch'ang-ch'un y Chiamussu.

[584] Ver la «Decisión del Comité central en la cuestión de Szechwan» en *CCP Documents*, págs. 434-438.

Alarmado por estos acontecimientos, el Comité central, el Consejo de Estado, el Comité militar del Partido y el grupo de la Revolución cultural difundieron rápidamente, el 6 de junio, una «circular en siete puntos» extremadamente enérgica. Solamente los organismos del Estado tendrían en lo sucesivo poder para efectuar los arrestos y proceder a las pesquisas y a los juicios, la propiedad socialista debía ser protegida en todos los lugares por las masas, se prohibían las violencias físicas. En fin, las fuerzas armadas eran consideradas como responsables de la aplicación de estas medidas. No se trataba de «apoyar a la izquierda» o a ninguna facción, sino principalmente y ante todo tenía la misión de preservar al país de la desintegración[585].

[585] Ver igualmente editorial del 22 de mayo de «Diario del Pueblo»: *Reprimir inmediatamente la lucha por la fuerza.*

XXXV. La crisis del verano de 1967

A pesar de su carácter acuciante, a pesar de las nuevas responsabilidades confiadas al ejército, la circular del 6 de junio no conseguirá restablecer el orden y la calma. Por el contrario, la actitud de ciertos jefes militares originará incidentes excepcionalmente graves en la medida en que van tomando la forma de una semirrebelión con respecto a Pekín. Wuhan y Cantón serán los puntos de más movimiento en este verano de 1967.

Sin embargo, pasadas estas crisis locales, y sin duda alguna a causa de ellas, la Revolución cultural dará un giro a la vez firme y más moderado y, a partir de la fiesta nacional del 1 de octubre, celebrada bajo el signo de la unión de las masas revolucionarias, se introducirá, bajo la agrandada personalidad de Chu En-lai, en una vía media que intentará, con dificultades, mantener en el curso de los años siguientes.

Los acontecimientos de Wuhan

La región Centro-Sur había sido durante largo tiempo dirigida por T'ao Chu, secretario de la oficina regional del Comité central, gran figura y después víctima de los primeros meses de la Revolución cultural. En la primavera de 1967, T'ao Chu queda desposeído de su influencia. Sin embargo, su colaborador, Wang Jen-chung, primer secretario de Hupeh, permanece en su puesto a pesar de los ataques de los elementos más radicales de los guardias rojos. Veterano de la Larga Marcha, miembro suplente del Comité central, Wang Jen-chung es gobernador adjunto de Hupeh desde 1949, alcalde adjunto de Wuhan y comisario político de la región militar de Wuhan, es decir que su implantación local es antigua y sólida. Sin embargo, ausente de Wuhan, y ya de por sí en dificultad, no parece haber tomado parte directa en los acontecimientos cuyo verdadero responsable será el comandante de la región militar Ch'en Tsai-tao. Éste es también un antiguo militante, originario de Mach'eng en el noroeste de Hupeh. Es en la región fronteriza Hupeh-Honan-Anhwei (O-Yü-Wan) donde comenzó a combatir treinta años antes bajo la dirección de Chang Kuo-t'ao, el tránsfuga de 1938, y de Hsü Hsiang-ch'ien, el antiguo ministro de Defensa Nacional que la Revolución cultural favoreció.

Así nos encontramos en Wuhan en presencia de un poderoso grupo local, profundamente enraizado en las masas y en el que poder civil y militar están íntimamente ligados. El grupo parecía disponer de numerosas organizaciones populares importantes de las cuales la llamada «El Ejército de un millón de valientes» está, dicen sus adversarios, apoyada por el ejército.

En cuanto a las organizaciones de «rebeldes revolucionarios», tienen como en otras partes nombres muy diversos: «Obreros de la nueva China», «Campesinos de la nueva China», «Destacamento 913», «Ejército del 4 de febrero», «Cuartel general del acero», etc., que bien poco nos dicen acerca de su tendencia y de su importancia.

Algunos desórdenes serios ya han tenido lugar en marzo. Renacieron en junio y tomaron en la segunda quincena de este mes un carácter particularmente sangriento; más de 200 muertos, según ciertas fuentes.

Si la gravedad de la crisis de julio queda establecida por los irrecusables textos oficiales y sobre todo por la «Carta de las autoridades centrales a las masas revolucionarias y a los mandos militares de Wuhan» (27 de junio), sus profundos orígenes nos son mal conocidos. Quizá sea preciso solamente pensar que el Hupeh y probablemente toda la región militar de Wuhan se había convertido en ciudadela de la resistencia a la Revolución cultural en el amplio sentido de la palabra, ignorando las directrices de Pekín y sobre todo las concernientes al establecimiento de comités revolucionarios. Quizá los acontecimientos del Szechwan tuvieron repercusiones en el Hupeh y colocaron a sus responsables en una línea de intransigencia.

Sin duda, después de una breve visita de Chu En-lai (14 de julio), Pekín envía a Wuhan tres personajes de importancia para allanar las dificultades (16 de julio). Se trata nada menos que de Hsieh Fu-chih, ministro de Seguridad Pública y presidente del Comité revolucionario de Pekín, de Wang Li, miembro del grupo de la Revolución cultural del Comité central, y por fin de Yü Li-chin, comisario político de la aviación del ejército popular y miembro del grupo de la Revolución cultural de éste[586].

Los tres delegados fracasan completamente en su misión de negociadores. Son detenidos la noche del 19 al 20 de julio por el «Ejército de un millón de valientes», apoyado por elementos de una división independiente. El primero

[586] Los datos de los viajes a Wuhan de estos diversos personajes varían un poco según las fuentes.

será relativamente respetado, pero los otros dos serán arrestados y maltratados por la muchedumbre, paseados por las calles después de haber sido cubiertos con un gorro infamante. La «Carta a las autoridades de la región central» dirá de forma muy suave:

«Unos individuos responsables del distrito militar de Wuhan, resistiendo abiertamente a la línea proletaria de Mao Tse-tung y a las directrices correctas del Comité militar, han empujado a las masas ignorantes a oponerse al Comité central y al Comité de la Revolución cultural. Al realizar esto, no han tenido miedo de adoptar procedimientos fascistas y bárbaros, ataques, secuestros y brutalidades contra los representantes del Comité central.»[587] No obstante, en Pekín, una gran manifestación de masa contra Liu Shao-ch'i y contra Ch'en Tsai-tao había tenido lugar el 21 de julio. Una segunda manifestación, aún más importante, más propiamente dirigida contra las autoridades militares de Wuhan, tendría lugar el 25 de julio. Estará presidida por Lin Piao y numerosos elementos del ejército tomaron parte en ella.

Tres días antes, el 22 de julio, Hsieh Fu-chih y sus dos acompañantes habían sido puestos en libertad, quizá bajo la amenaza de una acción naval y aerotransportada. Llegaron a Pekín, donde fueron triunfalmente recibidos el 24. Parece que el general Ch'en Tsai-tao había sido personalmente persuadido a ir a la capital y que estas liberaciones y este viaje fueron el resultado de esos misteriosos compromisos que la historia de China nos ofrece a manos llenas, como el que siguió al incidente de Sian, en el cual el mismo Chu En-lai fue precisamente el negociador en el mes de diciembre de 1936.[588]

El feliz final del caso de Wuhan coincidiendo casi con la fiesta del ejército (1 de agosto) será la ocasión de numerosos artículos precisando las relaciones Partido-ejército y el papel del ejército en el pueblo. El editorial de «Bandera Roja» del 31 de julio se titulará a propósito El proletariado debe tener firmemente el fusil en la mano y recordará el nefasto papel de P'eng Teh-huai y de

[587] Se poseen numerosos relatos bastante detallados de los contratiempos sobrevenidos a los enviados de Pekín. Uno de los más dramáticos, debido a un diario de los guardias rojos de Wuhan, figura en versión inglesa en el «Survey of China Mainland Press», núm. 4.048 del 26 de octubre de 1967. Ver asimismo en la misma colección el número 4.095 del 9 de enero de 1968.

[588] Ch'en Tsai-tao y Niu Hai-lung, comandante de una división independiente y algunos de sus subordinados serán llamados a explicarse delante del Comité central el 26 de julio.

Lo Jui-ch'ing, ambos «arribistas» y «antipartido», partidario el primero de la primacía de la máquina sobre el hombre. El «Diario del Pueblo» y el jefe del Estado Mayor, general Yang Ch'eng-wu, tocaron los mismos temas. Se les añadirá en el momento del aniversario del 11.° pleno, el 12 de agosto, el de la fidelidad a Mao Tse-tung. Pronto será lanzada una nueva campaña «apoyar al ejército, amar al pueblo» (Yung chiin, Ai min), «slogan estratégico para seguir adelante con la Revolución cultural», dirá el «Diario del Pueblo» del 28 de agosto, mientras que será repudiada la «línea militar burguesa», apoyada por Liu Shao-ch'i y por Lo Jui-ch'ing, agente del primero dentro del ejército[589]. Chu Teh, y con él Liu Po-ch'ing, durante mucho tiempo ausentes de la vida pública, reaparecieron en las fiestas del 1 de agosto.

Los responsables políticos de la región Centro-Sur, T'ao Chu y Wang Jen-chung, fueron inicialmente respetados, sin duda a causa de su desaprobación de los incidentes de julio. Pero pronto se iniciaría una viva campaña contra ellos. Wang Jen-chung será principalmente acusado de haber confundido revolución de la educación con revolución cultural (14 de septiembre) y de haberse opuesto a las acciones de los «rebeldes revolucionarios».

T'ao Chu, tratado como «déspota del Sur», «enemigo del socialismo», «hombre deshonesto» y «arribista pretencioso», será menos respetado. Yao Wen-yuan, temido critico desde el caso Hai Jui destituido de su mandarinato, miembro cada vez más influyente del grupo de la Revolución cultural, atacará duramente dos de sus libros, el primero Ideal, sentimientos y vida espiritual, publicado en 1962, el segundo Pensamiento, sentimientos, estilo, publicado en 1964.[590] T'ao Chu es acusado de criticar a Mao Tse-tung de manera alusiva y por medio de imágenes (el sol tiene defectos, sus rayos pueden quemar), propagar la línea literaria revisionista de Chu Yang, de ser un pragmático despreciable, un «anarquista ultraizquierda», un idealista asqueroso y un renegado cuya verdadera naturaleza se pone de manifiesto desde que se refleja «en el espejo mágico del pensamiento de Mao Tse-tung».

Sin embargo, en septiembre, cuando se ejercen estas críticas, la Revolución cultural ha dado un giro muy importante. Los tres graves acontecimientos que

[589] Ver sobre todo editoriales del «Diario del Pueblo» de los días 4, 8, 11 y 28 de agosto. «Bandera Roja» del 20 de agosto: *El gran Ejército Popular de Liberación es el pilar seguro de la dictadura del proletariado y de la Revolución cultural.*

[590] Ver «Diario del Pueblo» del 8 de septiembre.

se han producido en Cantón en el mes de agosto han contribuido ampliamente a ello.

Los desórdenes de Cantón

Los acontecimientos de Cantón están en relación más o menos directa con los de Wuhan. Las dos ciudades forman parte de la misma zona Centro-Sur y por esto responden también de T'ao Chu y de Wang Jen-chung. La prensa de los guardias rojos de Cantón denunciará luego los contactos tomados por las autoridades de Cantón con las de Wuhan alrededor del 21 de julio. Pero, desde el invierno precedente, la situación local ya era muy tirante, los «revolucionarios» atacarán duramente a los responsables que están, como en Wuhan, desde hace mucho tiempo implantados en el país.

Chao Tzu-yang, primer secretario del Kwangtung, comisario político de la región militar y secretario del secretariado de la oficina Centro-Sur, ejerce desde 1950 unas funciones locales importantes.

Tseng Sheng, un cantonés, alumno en Australia y Hong-Kong, activo dentro de los movimientos sindicalistas y sobre todo organizador y comandante de guerrillas del río del Este (columna de los dos Kwang), antiguo alcalde de Cantón, es un personaje considerado y muy popular, cuyo prestigio le valió ser frecuentemente utilizado en calidad de jefe de delegación en el extranjero. Es secretario del Comité central de la ciudad de Cantón.

Li Kuang-hsiang, menos conocido, es sin embargo el jefe de la oficina de Seguridad Pública.

En fin, la región militar de Cantón se encuentra desde 1955 en manos de Huang Yung-sheng, un kiangsinés, antiguo combatiente en 1927, que, colocado gracias a la Revolución cultural en una coyuntura muy difícil, había mostrado ya excepcionales cualidades de agilidad y firmeza. Sin embargo, Huang se encontraba en Pekín en el momento de los acontecimientos y se desconoce la parte que tomó en ellos[591].

En Cantón, como en las demás grandes ciudades, los guardias rojos se entregarán desde el mes de agosto de 1966 a numerosas destrucciones con las

[591] Observemos que la región militar de Cantón sólo comprende las tres provincias de Kwangtung, Kwangsi, Hunan y no coincide con la Región Centro-Sur.

que los edificios de estilo tradicional y entre ellos los templos sufrirán considerablemente[592]. El vandalismo y las crueles puerilidades de jóvenes que creen así «destruir lo viejo y establecer lo nuevo» llegan a Hong-Kong por medio de abundantes testimonios que contribuyeron más aun al desafecto de los chinos de ultramar hacia el régimen.

Es, parece ser, a principios de 1967 cuando comenzará a plantearse de manera concreta la cuestión de los comités revolucionarios y cuando la autoridad del mando militar regional se verá por un instante amenazada y aparecieron los primeros enfrentamientos de importancia. Los elementos de izquierda acusan al ejército y sobre todo a la Seguridad Pública de hacer reinar el «terror blanco» sobre los revolucionarios. En algunos días, 700 de éstos han sido denunciados, 220 obligados a «llevar un sombrero», y algunos han cesado en sus empleos bajo diversos pretextos. Chao Tzu-yang, al que Li Kuang-hsiang sirve de portavoz, es sospechoso de querer detener la Revolución cultural por medio de «directrices negras», temiendo que los desórdenes paralicen la vida de la ciudad[593].

La prensa está, dicen los «rebeldes revolucionarios», siempre en manos del «poder burgués» después de un año de Revolución cultural. Pero, igualmente desde su principio, los guardias rojos y «rebeldes revolucionarios» están divididos en múltiples facciones con inciertas tendencias y con nombres a menudo cambiantes. Para citar sólo algunas: «Trabajadores de la Bandera Roja», «Cuerpo del 1 de octubre» y «CG de los guardias rojos», representan unas corrientes favorables a la Revolución cultural y al grupo de Pekín; «Soldados de la Doctrina», «Campesinos pobres de los suburbios», «CG rojo», más tarde organizados en «Cuartel General local de los guardias rojos» (por abreviación Ti-Tsung), parecen más hostiles a ella y buscan el apoyo del ejército y del Partido.

En vano Chu En-lai, que permanecerá en Cantón del 14 al 18 de abril, se dedicará a reconciliar a estos diversos elementos apoyando personalmente al comandante de la región militar. En el mes de junio, se supone que éste ha

[592] El célebre monumento de la Colina de las flores amarillas (Huang Hua Kang) dedicado a los 72 mártires revolucionarios de la insurrección de 1911 será estropeado.
[593] Ver entre otros documentos el núm. 10 del diario «Combate del 25 de enero», publicado en Cantón el 9 de junio de 1967 (traducido en el «Joint Publication Research Service», en adelante «JPRS», núm. 423, del 12 de septiembre de 1967).

apoyado a T'ao Chu y a Chao Tzu-yang. Los incidentes se multiplican. Por último, el 21 de julio, el punto fuerte de la crisis de Wuhan, comienza una verdadera lucha armada que causará 400 muertos o heridos en las filas de los revolucionarios» de la «Bandera Roja» que atacan al «Ti-tsung». El comité de control militar es acusado de no preocuparse de ello y se reprocha a algunos de sus miembros el servirse de la política de apoyo a la izquierda para asegurar sus propios propósitos.

Complicada por interferencias exteriores y entre otras por la rivalidad personal de Chiang Ch'ing y Lin Piao, la situación se degrada rápidamente, se convierte en movediza y anárquica y está caracterizada por los triunfos alternados de las diversas tendencias que sostienen unos elementos de los ejércitos locales o procedentes de la provincia vecina del Hunan (41, 43 y 47 ejércitos).

Los choques son muy numerosos y más sangrientos, y son frecuentes los empleos de armas de guerra. La batalla del 12 de agosto producirá, según las estimaciones normales, 500 muertos o heridos, una emboscada el 20 de agosto en Hsinshih, 150 muertos. Los combates, suspendidos por un momento, se reanudan barrio a barrio el 27 de agosto. Los servicios públicos no funcionan, los transportes quedan paralizados y se abren las prisiones. Como en Wuhan un mes antes, se enciende un grave foco de guerra civil. Sin embargo, sin ser todavía normal, la situación se detendrá un poco con el envío a Pekín de una misión de 15 personas. Radio Cantón anuncia el 31 de agosto la inminencia de un reagrupamiento con vistas a la formación de un comité revolucionario. Este optimismo era ampliamente prematuro. Nuevos y graves choques se produjeron en Cantón y en la región en los meses de septiembre y octubre a pesar de la orden dada a todas las facciones de abandonar las armas (5 de septiembre).

Finalmente, el 12 de noviembre, Pekín aprobaba la formación, bajo la dirección de Huang Yung-sheng, de un grupo preparatorio para la constitución de un comité revolucionario provincial. El comité no sería creado hasta el día 12 de febrero de 1968. El 22 de marzo siguiente, Huang Yung-sheng será nombrado jefe del estado mayor general del Ejército Popular de Liberación, sucediendo a Yang Ch'eng-wu, caído en desgracia[594].

[594] Sobre el papel de Huang Yuang-shcng en Cantón y en la región militar de Cantón, ver el estudio ricamente documentado del Jurgen Dosn-s, Generals and Red Guards, en «Asia Quarterly», 1971, (núms. 1 y 2), Bruselas.

La situación continuó aún durante mucho tiempo, siendo fluida en Cantón y en las provincias del Kwangtung y del Kiangsi, donde una nueva llamarada de violencia se produciría (sobre todo en Liuchow y Wuchow) a principios del verano de 1968[595].

Radicalismo y xenofobia

La crisis del verano de 1967 coincide con una serie de manifestaciones de radicalismo en el interior y en el exterior. Su número y su diversidad testimonian la renovación de la influencia de los extremistas de la Revolución cultural para cuya eliminación sólo faltan algunos meses. Los meses de junio y julio se desarrolla una tercera campaña contra Liu Shao-ch'i. Otros «crímenes» acaban de añadirse confusamente a los antiguos: derrotismo verificado en 1946, influencia de Bujarin en su ideología, admiración por la pintura china tradicional, respeto para con Confucio, al que se calificaba de «sabio y gran hombre». En cuanto a la señora Liu Shao-ch'i, deberá autocriticarse otra vez más (28 de junio). T'ao Chu, Hsia Yen y Lu Ting-yi, «este payaso de la Historia», no serán mejor tratados.

Pero las críticas de los «rebeldes revolucionarios» no se limitan a los supuestos revisionistas, sino que se extienden audazmente a los que rodean al primer ministro (Li Hsien-nien y Li Fu-ch'un) y hasta directamente a Chu En-lai; en fin, con demasiada imprudencia, se llegan a extender a ciertas personalidades del ejército. Más tarde se verán las consecuencias.

Los ultraizquierdistas encontraron un campo de acción imprevisto en el Ministerio de Asuntos Exteriores del que tomarán el control durante más de una semana a partir del 3 de agosto[596]. El ministro, mariscal Ch'en Yi, acusado de hacer una diplomacia «revisionista», de mostrarse demasiado amigable con la «camarilla dirigente francesa», deberá hacer su autocrítica una vez más el 7 de agosto y repetirla los días 10 y 11 de agosto frente a 15.000 personas.

[595] Entre los trabajos más interesantes sobre la situación en Cantón ver en la revista «Primavera y Otoño» de Hong-Kong, núms. 269 y 270, el artículo de Liao Fang-yu.
[596] Esta «toma del poder» será efectuada por el «Cuerpo del 16 de junio» de la Escuela de Lenguas Extranjeras inspirada o dirigida por Yao Teng-shan, antiguo encargado de los asuntos de Indonesia, expulsado de Yakarta tras los incidentes de abril de 1967.

En el exterior y en el interior, el mes de agosto coincide con una llamarada de xenofobia que irresistiblemente recuerda los episodios más dramáticos de una historia casi olvidada. El caso del carguero soviético «Svinsk», retenido durante más de una semana en Dairen, sólo llegará a su fin con un telegrama conminatorio de Kossyguin. Por el contrario, los navíos chinos que entraban en los puertos de Génova y Venecia, cascos y mástiles cubiertos de citas e imágenes de Mao Tse-tung, ofrecieron a las autoridades italianas una comedia provocadora a base de puerilidad y de fanatismo fingido. Esta comedia se prolongará en Pekín, donde el delegado comercial italiano será objeto de un proceso público.

A pesar de su gran deuda de hospitalidad hacia los suizos, los chinos protestaron con respecto a Berna que había aceptado recibir a los jóvenes refugiados tibetanos en territorio de la Confederación.

Graves incidentes acusando a los residentes chinos y unas misiones diplomáticas chinas se produjeron en Birmania, Camboya e Indonesia.

Es, sin embargo, el incendio de la embajada británica de Pekín, el 22 de agosto, y los malos tratos ejercidos contra la misión inglesa lo que provocó la alteración de las relaciones internacionales. El propósito de la presente obra no permite extenderse demasiado en este tema. De todas formas, se debe observar que la crisis pasará sin que los chinos discutan la presencia inglesa en Hong-Kong, una presencia que llegó a ser militar y jurídicamente tan indefendible como la de los portugueses en Macao; el realismo comercial chino prevalecerá contra todos los excesos de la palabra.

XXXVI. Hacia el apaciguamiento

Un otoño más tranquilo sucederá a las turbulencias del verano. Mientras que la «Directriz del 13 de septiembre», publicada conjuntamente por los más altos cuadros del Estado, del ejército y del Partido, invita a las masas rurales a consagrarse con prioridad a las cosechas, la prensa multiplica sus exhortaciones para la continuación de la «gran alianza» y denuncia el «ultraizquierdismo», el ejército recibe una misión más amplia, Mao Tse-tung, en vísperas de la Fiesta Nacional, efectúa a provincias un viaje rápido y limitado pero espectacular que da su sanción a la nueva evolución. Por un instante se puede creer que la Revolución cultural ha acabado y que el Partido recobrará pronto su fisonomía y su papel tradicional. Esta ilusión se prolongará hasta finales de año.

Los temas de la prensa y de la radio revelan claramente las dificultades del momento y dan una idea de las medidas tomadas para remediarlas. La primera es, sin duda, la ruptura de la unidad del proletariado, estando esta ruptura a menudo efectuada en beneficio de los «revisionistas», impidiendo así la «toma del poder» de las facciones profundamente hostiles a la Revolución cultural.

«Bandera Roja», la revista doctrinal del Partido, no vacilará en escribir, con enormes caracteres, en la primera página de su número 14:

«En el interior de la clase obrera, no hay conflicto fundamental. Una clase obrera, situada bajo la dirección del proletariado, tiene todavía menos razones para dividirse en dos grandes organizaciones hostiles.»

La segunda dificultad —a menudo consecuencia de la primera— concierne a la realización de «grandes alianzas», condición indispensable para la «triple unión» y para la formación de comités revolucionarios. El tema inspirará una floración de artículos muy reveladores de la situación real en las provincias[597]. Algunos de ellos recordaron de nuevo cómo conseguir estas alianzas sobre la base de las unidades de trabajo y de producción.

[597] Ver, sobre todo, «Diario del Pueblo» del 18 de septiembre y el «Wen-hui pao» de Shanghai del 20 de septiembre. Ver también «Diario del Pueblo» del 19 de octubre de 1967 acerca de la realización de la gran alianza por profesiones y unidades.

Se orientará más también hacia la recuperación de los cuadros ya respetados por la circular del 12 de febrero de 1967 que invitaba a las masas a que sancionasen ellas mismas los cuadros y los miembros del Partido. Los textos en este sentido se multiplican, se creen más imperativos y se apoyan más sobre el pensamiento de Mao Tse-tung. Una vez más los cuadros son declarados como «buenos» o «relativamente buenos» en la proporción desde hace tiempo clásica de un 95 por ciento. En definitiva, queda subrayada la necesidad de establecer buenas relaciones entre los cuadros antiguos y los nuevos, estos últimos salidos de la Revolución cultural, así como entre los cuadros y las masas[598].

Finalmente, la tercera dificultad proviene de la intransigencia de los «ultraizquierdistas» que se oponen a la vez al restablecimiento del orden y a la acción del ejército del que reclaman incluso la depuración fundándose en la rebelión de Wuhan. Sin duda por esta última razón muchas personalidades de tal tendencia van a ser destituidas del grupo de la Revolución cultural entre el verano y el otoño. Sobre todo se trata de Kuan Feng, de Mu Hsi, de Wang Li y un año después de Ch'i Pen-yü. Estos «facciosos de dos caras» serían encarcelados y con ellos Liu Chieh, uno de los jefes del «Destacamento 516» que reagrupaba a los extremistas más virulentos. Todos serán clasificados como «falsos partidarios de la izquierda»[599].

La lucha contra la «derecha» no aminoraba, sin embargo. Se trata de evitar, en efecto, una reacción termidoriana que comprometía un equilibrio que Chu En-lai intenta preservar. El editorial del 1 de octubre del «Diario del Pueblo», escrita en ocasión de la Fiesta Nacional, manifiesta con firmeza y precisión esta línea media.

Numerosas medidas prácticas tienden a restablecer un clima menos turbulento. Las autoridades se esfuerzan en hacer deponer las armas de las cuales diversas facciones se han apoderado. Son dados a conocer procesos y ejecuciones. La represión contra la criminalidad y el mercado negro se hace más severa. Se abren de nuevo los establecimientos de enseñanza superior,

[598] Ver «Diario del Pueblo» del 21 de octubre de 1967 así como las directivas de Mao Tse-tung tras su viaje por China del Este y China Central: *CCP Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution (1966-67)*, Union Research Institute, Hong-Kong.
[599] Destacamento 516, es decir del 16 de mayo (16 día del 5.° mes).

secundaria y primaria[600]. Una vez más la propaganda oficial toma de nuevo las consignas: «Combatir el egoísmo y criticar el revisionismo» (t'ou-sse pt-hsiu). Se trata a la vez de unir a los revolucionarios contra Liu Shao-ch'i y contra sus partidarios y de hacer desaparecer los egoísmos individuales o de clan, es decir, levantar los dos grandes obstáculos que impiden a la Revolución cultural organizarse y desarrollarse sistemáticamente.

Mientras tanto, el ejército recibe a nivel nacional una doble misión, una misión de tutela en lo que concierne a las jerarquías administrativas y económicas cuyo funcionamiento se trata de asegurar, y una misión más política en lo que se refiere al espíritu de la Revolución cultural a cuyos representantes se trata de ayudar.

Una nueva misión del ejército queda resumida en la fórmula llamada «los tres apoyos y las dos tareas militares» (san-chih liang-chün) que figura en la circular del 17 de octubre de 1967 del comité militar del Comité central[601].

Los tres apoyos conciernen a la izquierda, a la industria a la agricultura y los textos sobreentienden que en los tres casos se trata de un apoyo activo pudiendo conducir a un control más o menos directo. Apoyar a la izquierda pronto significará enérgicos estímulos a la «gran alianza» y nuevos esfuerzos en la propagación del pensamiento de Mao Tse-tung en todos los medios. En cuanto a las dos tareas militares, se remiten a las responsabilidades del ejército en materia de seguridad del territorio nacional y en materia de instrucción militar, siendo ésta dispensada en todos los sectores importantes y sobre todo en las escuelas.

Los «tres apoyos y las dos tareas militares» legitimaban una situación de hecho y, en algunos dominios, de derecho. Es así como la directriz de Mao Tse-tung del 7 de marzo de 1967 (revelada el 7 de marzo de 1968) había confiado al ejército la formación política y militar de los estudiantes y de los alumnos de

[600] Decisión del Comité central del 14 de octubre comentado por un editorial del «Diario del Pueblo» del 25 de octubre (texto de la decisión en C*CP Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution (1966-67)*, Union Research Institute, Hong-Kong). En realidad sólo se dará en las universidades una enseñanza limitada y de valor experimental. La decisión del 14 de octubre no tendrá mayor efecto que la directriz del 7 de marzo precedente que ella misma recuerda.

[601] Texto chino y traducción inglesa en *CCP Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution (1966-67)*, Union Research Institute, Hong-Kong. Por otra parte la fórmula es anterior a la circular.

la enseñanza superior, de la secundaria y del segundo ciclo de primaria. Ostensiblemente se trataba de preparar a los herederos para la revolución «a fin de que el Partido y el Estado no cambiasen de color»[602].

Si aún se está mal informado del grado de militarización de los aparatos civiles, el lugar del ejército queda atestiguado por las atenciones que el presidente Mao Tse-tung ofrece a sus miembros. El 26 de septiembre recibirá a varios miles de éstos y esta práctica, que tomará cierta periodicidad, estará rodeada de una publicidad cada vez más considerable. El papel político del ejército, el mayor obstáculo que se oponía a la continuación de la revolución va a suscitar, como se ha dicho, reacciones hostiles por parte de la extrema izquierda cuyo «destacamento 516» será denunciado por Chu En-lai el 17 de diciembre. El primer ministro condenará el slogan «Arrancar del ejército a un pequeño puñado», que por naturaleza inquietaba a toda la jerarquía militar y precipitaba al país hacia una anarquía sin recursos, privándole de sus últimos medios de acción. Chu En-lai acusará también al «destacamento 516» de querer separarlo del Comité central y del grupo de la Revolución cultural[603]. Los casos de Wuhan y de Cantón habían cambiado profundamente la situación y las perspectivas de la Revolución cultural y la misma Chiang Ch'ing deberá repudiar a los más comprometedores de sus amigos. El grupo de la Revolución cultural, poderoso en la prensa, en la cultura y en los medios estudiantiles, pero sin gran influencia en el ejército, el mundo obrero y en el campesinado, irá desde entonces en declive.

El viaje relámpago que Mao Tse-tung efectúa a algunas de las grandes ciudades del Norte, del Este y del Centro-Sur (entre las que se hallan Shanghai, Nanch'ang y Wuhan) en la última semana de septiembre, servirá de justificación para las consignas y las directrices propagadas en ocasión de la Fiesta Nacional del 1 de octubre. Algunos días después, en Wuhan, donde se ha trasladado en compañía de una misión albanesa, Chu En-lai se hacía eco de las tendencias moderadas sin disimular demasiado la gravedad de los problemas futuros, ya se trate de revolución o de producción.

El mes de octubre, Hsieh Fu-chih, personaje autorizado donde los haya, diserta favorablemente sobre el futuro papel del Partido. El 7 de diciembre, el

[602] Ver texto de la directriz del 7 de marzo en la obra de la nota anterior.
[603] Texto inglés en «Survey of China Mainland Press», núm. 4.066 del 24 de noviembre de 1967.

«Wen hui-pao» observa que los guardias rojos deberían ayudar al reclutamiento de nuevos miembros. El 28 de diciembre, el mismo periódico pregunta: «¿Qué tipo de Partido será reconstruido?» Para su redactor el fortalecimiento del Partido es una tarea de actualidad. Se trata de preparar la entrada en sus filas de elementos escogidos entre los «rebeldes revolucionarios» y de expulsar a los miembros caducos e inactivos.

Tres días después, en su editorial de año nuevo, el «Diario del Pueblo» definía las principales tareas de 1968:

a) reforzar la estructura y la calidad del Partido,

b) reforzar la unidad entre el ejército y el pueblo,

c) reforzar el estudio de las obras de Mao Tse-tung.

En realidad, sabemos en la actualidad que, desde el 27 de noviembre, bajo excusa de consultar a las masas, el Comité central del Partido y el grupo de la Revolución cultural habían iniciado lo que deberían ser los trazos generales y la misión del IX Congreso, cuya convocatoria algunos veían en la primera mitad de 1968[604].

Así, el año 1967 se acaba en un programa moderado que algunos acusan muy apresuradamente. La Revolución cultural se desvía frente a las dificultades que supone su marcha. Ha puesto, en el curso del verano, a su país muy cerca de la guerra civil, gravemente afectada la producción, así como lo demuestra la caída de las exportaciones. Salvaguardando las apariencias, ya es tiempo de detenerse al borde del abismo. El Partido, se piensa, será depurado, rejuvenecido, se convertirá en el núcleo de la revolución y su IX Congreso pronto podrá consagrar su renacimiento.

Los primeros meses de 1968, forzando de manera artificial la multiplicación de los comités revolucionarios, parecen en principio confirmar estas previsiones. Pero, con ello, no se toman en cuenta las oposiciones que se van a manifestar en la base tanto o más que en la cumbre. En la primavera de 1968 la situación vuelve a ser de una complejidad extrema, la inestabilidad caracteriza a las nuevas estructuras y, sin ser abolidas por completo, las esperanzas de un apaciguamiento definitivo se alejan un poco más en el tiempo.

[604] Ver texto chino y traducción inglesa en *CCP Documents...*, op. cit.

XXXVII. La multiplicación de los comités revolucionarios y el doceavo pleno del VIII Comité central (enero-noviembre 1968)

La rápida multiplicación de los comités revolucionarios es sin duda el rasgo característico de los primeros meses del año 1968. En gran medida es obra del ejército cuya función política y educativa se desarrolla muy ampliamente aún, mientras que se intenta sin grandes éxitos asociar a ella a los obreros.

No obstante, los comités parecían desde hacía tiempo estar afectados por una inestabilidad que explican por una parte la persistencia de las rivalidades en el grupo dirigente de Pekín y, por otra, la misma filosofía de una Revolución cultural fundamentada sobre el principio de una contestación permanente en todos los niveles.

A principios y a lo largo del verano, las denuncias del policentrismo, de la tendencia a la creación de «reinos independientes» se hacen más numerosas y más autorizadas. Si la Revolución cultural progresa, no es suficientemente fuerte como para detenerse o interrumpirse. La victoria, escribirá el «Diario del Pueblo» del 31 de julio, sólo se ganará cuando los comités revolucionarios existan por doquier, en todos los niveles, pero sobre todo cuando estén consolidados y experimentados.

«China se vuelve roja totalmente»

El 1 de enero de 1968 sólo existían seis comités revolucionarios provinciales sobre los veintinueve previstos. Los del Tsin-ghai y de Mongolia Interior se han venido a sumar a los de Shansi, Kweichow, Heilungkiang, Shantung, Shanghai y Pekín creados la primavera precedente; todavía todos ellos son heterogéneos y frágiles y generalmente no se reflejan en los escalones subordinados. Tres comités importantes van a ser creados en enero, los de Kiangsi (5 de enero), Kansu (24 de enero), Honan (27 de enero); otros tres lo serán el mes siguiente, los de Hopei (3 de febrero), Hupeh (5 de febrero), Kwangtung (21 de febrero); tres más en marzo, los de Kirin (6 de marzo), Kiangsu (23 de marzo), Cnekiang (24 de marzo). El comité revolucionario de Hunan y el de la región

autónoma musulmana de Ninghsia serán formados el 10 de abril. El 18 de abril le toca el turno a Anhwei, el 1 de mayo al de Shensi, el 10 de mayo al de Liaoning y el 31 de mayo al de Szechwan. Prácticamente, toda China está dotada de comités revolucionarios provinciales, sólo tres regiones autónomas, Tibet, Sinkiang y Chuang de Kwangsi, el Yunnan, ampliamente poblado de alógenos, y el Fukien, que, frente a Formosa, soporta un despliegue militar importante, son la excepción.

No obstante, estos comités que acaban de propagarse en orden, requieren como los precedentes muchas reservas en lo que concierne a su representatividad, su autoridad y su eficacia real.

En un número considerable de casos se constata que sus presidentes o vicepresidentes son los responsables militares locales (regiones o distritos militares). Parece que en todos los lugares el ejército ha impuesto prácticamente su formación.

Compuesto por varias decenas de individuos (el de Honan comprende 155 miembros), representan numerosas tendencias y reagrupan a unos elementos muy dispares: antiguos cuadros, nuevos activistas, delegados de masas (obreros, empleados, campesinos pobres y semiinferiores) y cuadros del ejército. El Partido, que sólo existe en parte, no los dirige como lo hacía en otros tiempos con las asambleas o comités similares de niveles correspondientes.

En el transcurso de este proceso acelerado la «gran alianza» no ha tenido tiempo para solidificarse. La prensa no cesa de denunciar el «espíritu de fraccionamiento de origen burgués» de diversos grupos que quieren triunfar sobre los demás fundándose sobre sus «tres pretensiones»: número, orden de aparición y título y funciones de sus representantes[605]. El estudio y la viva aplicación de las obras de Mao Tse-tung están naturalmente en la primera fila de sus deberes. Por lo demás se trata sobre todo de recomendaciones dirigidas a sus miembros: dirigirse lo más a menudo posible a las masas y participar en sus trabajos, comportarse como verdaderos «rebeldes revolucionarios».

A partir de abril, las fuentes oficiales tienen en cuenta las nuevas directrices de Mao Tse-tung. Ordenan simplificar y unificar la composición y la acción de los comités, suprimir las administraciones paralelas, reducir el personal según la fórmula conocida «pocos soldados, pero de calidad», formar unos equipos

[605] Ver «Diario de Chekiang» del 16 de enero de 1968, y el «Diario de Honan» del 8 de enero, a modo de ejemplos.

de responsables de espíritu revolucionario y vinculados a las masas. Como el mismo «Cuartel General proletario» (se trata del de Mao Tse-tung y de Lin Piao), los comités revolucionarios deben estar pronta y totalmente obedecidos en la medida en la que representan a un poder «unificado»[606].

Sin embargo, parecía que la reconstrucción del Partido programada a finales del año precedente no se ha perdido de vista, como lo indica el lugar que se quiere volver a dar al proletariado del que es su vanguardia: propagación del pensamiento de Mao Tse-tung en las escuelas por los equipos obreros, reafirmación por parte del mismo Mao Tse-tung de la necesaria dirección del proletariado. Periódicos de provincia se preocupan por otra parte del problema mientras que en Wuhan un mitin de los obreros de Hanyang se propone establecer cursillos sobre la «rectificación» del Partido[607].

Con todo, tanto en Pekín como en las provincias, la situación continúa siendo muy confusa. En la capital el mes de marzo va a estar caracterizado por la eliminación simultánea del jefe del estado mayor general Yang Ch'eng-wu, del mando de la guarnición de Pekín, Fu Ch'ung-pi y de Yü Li-chin, comisario político del Ejército del Aire, uno de los supervivientes de Wuhan. La salida de Yang Ch'eng-wu, que será reemplazado por Huang Yung-sheng, el hombre fuerte de Cantón, se debe sin duda a la animosidad de Chiang Ch'ing a cuyos partidarios Yang quiso torpemente hacer detener, pero quizá también a su colusión con los extremistas de izquierda apartados del grupo de la Revolución cultural algunos meses antes y sobre todo a su ambición personal[608].

En la base, el crédito de Liu Shao-ch'i y de Teng Hsiao-p'ing parece persistir entre los numerosos cuadros, que no dicen nada. Los ataques se repiten contra

[606] La obediencia al «Cuartel general proletario» será en julio objeto de tres nuevas instrucciones; ver «Diario del Pueblo» del 5 de agosto.

[607] La prensa de los días 15 y 16 de agosto publicará extractos de directrices recientes de Mao Tse-tung a este respecto. Ver también el artículo de Yao Wen-yuan citado más arriba.

[608] Yang Ch'eng-wu será vivamente criticado por Chu En-lai, K'ang Shang y Ch'en Po-ta que lo llamaría «Pequeño payaso haciendo cabriolas en una barra». Todos le conectaron con los extremistas de izquierda (grupo Wang Li, Kuan Feng y Ch'i Pen-yü). Lin Piao denunciará sus intrigas y sus ambiciones personales, Chiang Ch'ing su acción contra el grupo de la Revolución cultural, estos detalles no excluyen explicaciones más complicadas.

el antiguo presidente de la República, contra las influencias burguesas asimiladas a la influencia del Kuomintang, contra un cierto sindicalismo «del bienestar y de la producción» propio para confundir a todas las clases. Denuncian también con más vigor que nunca el policentrismo, la indiferencia de las masas que creen peligroso el participar en la vida política, el economismo. Incidentes sangrientos estallan en abril en numerosas provincias (Shensi, Liaoning, Szechwan, Che-kiang, Kwangtung y sobre todo en Kwangsi) y las ejecuciones de los contrarrevolucionarios se hacen más frecuentes. El editorial del «Diario del Pueblo» del 1 de mayo es vago, poco optimista y habla de estar alerta para hacer frente a los últimos sobresaltos. Una radio provincial rechazará la teoría según la cual «la situación está dentro de la más completa oscuridad» y esta única frase da mucho que pensar.

Por otra parte es, según parece, el oportunismo de derecha más que el extremismo de la izquierda lo que entonces se combate.

Se pondrá de manifiesto a principio de año y en el transcurso de la primavera por una especie de giro de la contracorriente de lebrero de 1967 y se propondrá «revisar los veredictos» castigando a las víctimas de la Revolución cultural, dislocar los comités revolucionarios y, según testimonio de Chu En-lai, causará disturbios en el mismo Pekín[609].

Una vez más la inmensa imagen de Mao Tse-tung será presentada como símbolo de unión. La campaña de las «tres lealtades» (a su persona, a su pensamiento y a su línea) es su expresión. Es recordada la necesidad de obedecer al «Cuartel General proletaria del presidente Mao y del vicepresidente Lin Piao». Más que nunca, se cuenta sobre todo con el ejército para apoyar a los comités revolucionarios y el orden público y alcanzar la victoria total. El fusil mandado por el pensamiento de Mao Tse-tung, clave de bóveda de la dictadura del proletariado, título audazmente imaginado de un periódico del ejército (31 de julio), resume la situación. El paso de muchos miles de guardias rojos al ejército tendrá el doble efecto de reforzar al primero y contribuir al restablecimiento de la calma en las ciudades. Los demás son invitados a integrarse en el proletariado y el campesinado, no pudiendo, a pesar de su papel

[609] Ver declaración del 21 de marzo de 1968 de Chu En-lai, relatada en «Survey of China Mainland Press», núm. 4.166, del 28 de abril de 1968, y por «JPRS», núm. 54.823, del 1 de julio de 1968.

inicial, pretender llevar la Revolución a su término[610]. Algunos días después (25 de agosto), un resonante artículo de Yao Wen-yuan en «Bandera Roja» (La clase obrera debe ejercer su dirección en todo) definió las preocupaciones y el programa del momento. Se puede recordar una nueva condena del policentrismo y de los «reinos independientes», una reafirmación del papel dirigente de la clase obrera, la enseñanza a los obreros en las ciudades, a los campesinos en los campos, un ataque contra la «palabrería» de los intelectuales «que los obreros y los soldados harán acabar rápidamente». Por último, Yao Wen-yuan anunciará las fases que debe seguir la Revolución cultural: establecer los comités revolucionarios, criticar y sanear, consolidar los organismos del Partido, simplificar tas estructuras administrativas, reformar los reglamentos y enviar personal sedentario a las unidades de base.

De esta forma se acababa de dar un giro. Los guardias rojos, cuyos errores serán una vez más reconocidos por Mao Tse-tung que les haría un dramático reproche y por Chiang Ch'ing[611], se eclipsan, las organizaciones de masas quedan disueltas para no incomodar más a los comités revolucionarios, los obreros recobran una primacía por otra parte teórica y el ejército les apoya. Un discurso de Chu En-lai (7 de septiembre) hacía el balance provisional de la Revolución cultural a propósito de la creación de los últimos comités revolucionarios e insiste sobre la necesidad «de unificar nuestro saber, nuestros pasos y nuestros actos»[612].

Paralelamente, se empieza a redefinir la organización y las nuevas tareas de la enseñanza[613]. Es todavía un paso más hacia el regreso si no a las antiguas instituciones, por lo menos a un clima más apaciguado y a unas formas políticas y administrativas más regulares. El Partido no tardará en ir recuperando poco a poco su sitio en la vida nacional.

[610] Ver diarios del 18 de agosto.
[611] «Diario del Pueblo» del 10 de septiembre.
[612] El comité revolucionario de Yunnan se formará el 13 de agosto, el de Fukien el 19 de agosto, el de Kwangsi el 26 de agosto, los de Sinkiang y Tíbet el 5 de septiembre.
[613] Ver cap. XL.

El doceavo pleno

El 11 de octubre se abría en Pekín la 12a. sesión del VIII Comité central, ampliado por la presencia del grupo de la Revolución cultural y de los representantes de comités revolucionarios provinciales. Duraría hasta el 31 de octubre.

El Partido «grande, glorioso y justo» salía victorioso de la lucha a la que las dos líneas se habían entregado por el poder. La movilización de millones de revolucionarios había permitido eliminar el Cuartel General «burgués» de Liu Shao-ch'i. Éste se veía expulsado para siempre del Partido y de todos sus puestos en el Estado.

La «contracorriente de febrero de 1967» y el «viento siniestro» de la primavera de 1968 habían sido vencidas. Las condiciones generales requeridas para la convocatoria de un IX Congreso estaban ahora aseguradas. Un Partido regenerado «por el flujo de nueva sangre proletaria» iba a ser el resultado.

Entretanto, en toda China, la campaña contra Liu Shao-ch'i y sus partidarios en las provincias se reanudaba una vez más con una violencia inigualable sirviendo de justificación para la lucha de clases que debían continuar sin cesar, dirá «Bandera Roja» (núm. 5) citando a Lin Piao:

«En el seno de nuestro Partido, la vida es la lucha y no la paz ni los compromisos; ésta es su mayor característica. Nuestro Partido debe en su seno entablar la lucha a fin de convertirse en un partido firme y poderoso, progresista y lleno de vigor combativo.»

Es preciso, dirá también el editorial del 24 de noviembre del «Diario del Pueblo», estudiar concienzudamente la historia de la lucha entre las dos líneas y llevarla al conocimiento de las grandes masas revolucionarias, y añadirá:

«Se puede afirmar que en el curso del desarrollo de la revolución china, una aguda lucha invariablemente ha enfrentado, en cada momento crucial y sobre cada problema importante, a la línea revolucionaria proletaria representada por el presidente Mao y a la línea reaccionaria burguesa representada por Liu Shao-ch'i.»

Los comunistas chinos nos han habituado demasiado al menosprecio de la verdad para que no nos reservemos nuestro juicio acerca de este punto capital de su historia.

XXXVIII. El IX Congreso (1-24 abril 1969) y la reestructuración del Partido y del Estado (1969-1971)

Las promesas del doceavo pleno no tardarán en ser obligadas. Con ocho años de retraso, el IX Congreso se va a reunir en Pekín del 1 al 24 de abril de 1969. Pero será un Partido Comunista chino profundamente transformado el que saldrá de él.

El IX Congreso cuenta con 1512 representantes que no son elegidos por los miembros del Partido, sino escogidos por vía de «consultas democráticas»; «la fe ciega en las elecciones es una idea conservadora»[614]. Los delegados son designados por medio de intercambios de impresiones entre los comités revolucionarios y las masas, lo que significa que las masas aprueban a los candidatos de los comités. Los antiguos comités del Partido, salvo los del ejército, parecen tener un papel secundario en estas designaciones. Un procedimiento excepcional previsto por los estatutos de 1956 permite inscribir directamente en el Partido, sin cursillo preliminar, a los individuos especialmente merecedores de ello. Parece que haya sido ampliamente aplicado.

Informe político de Lin Piao (1 de abril), comunicado final (24 de abril), nuevos estatutos del Partido, composición del Comité central y del Departamento político, éstos son los principales documentos de los que se dispone actualmente para apreciar a la vez la importancia de los cambios y la situación del momento[615].

El nuevo Partido

Por el lado del Partido y de las instituciones, el primero queda de alguna manera definitivamente rehabilitado ya que se reafirma su carácter de «núcleo dirigente del pueblo chino». No obstante, se ordena en lo sucesivo alrededor del pensamiento y de la voluntad de un único hombre y de su facción.

[614] «Bandera Roja», núm. 4: La absorción de una afluencia de sangre nueva proletaria.
[615] Las dos intervenciones de Mao Tse-tung (1 y 14 de abril) fueron publicadas por la revista china de Hong-Kong «Ch'un Chiu». Pero estos textos, sea cual sea su interés y verosimilitud, no pueden ser calificados como oficiales.

En otro tiempo los cuadros más altos del Partido y sobre todo el Comité central agrupaba a todos los que se habían señalado ilustremente desde el período del Kiangsu y de la Larga Marcha. Diversas tendencias se encontraban representadas. Los antiguos adversarios personales de Mao Tse-tung como Wang Ming, Li Li-san e incluso desde 1959 Chang Wen-t'ien y P'eng Teh-huai —que a decir verdad habían dejado de ser peligrosos y servían hasta de ejemplos negativos— no quedaban excluidos. Unas corrientes matizadas de oposición que, a veces, parcialmente al menos, eran tenidas en cuenta, aunque fuesen abierta o secretamente condenadas como «izquierdistas» o «derechistas», habitaban en él.

El IX Congreso marca el fin de esta diversidad relativa de los organismos superiores, el final de un Comité central, en lo sucesivo poblado de desconocidos y de recién llegados. No es preciso decir que el Departamento político y su grupo permanente revelan cómo el criterio de la lealtad hacia Mao Tse-tung y secundariamente hacia Lin Piao, respectivamente presidente y vicepresidente sucesor designado, tiene en adelante prelación sobre los demás.

El grupo permanente se ha reducido a cinco miembros en lugar de siete. Todos, Mao Tse-tung, Lin Piao, Chu En-lai, Ch'en Po-ta y K'ang Sheng, son a la vez los teóricos y los grandes actores de la Revolución cultural, excepción hecha de Chu En-lai desde hace tiempo maestro en el arte de acomodar hábilmente la doctrina a las circunstancias. Pero enmarcado por las poderosas personalidades del presidente y el vicepresidente del Partido y por dos dogmáticos irreductibles, privado de algunos de sus colaboradores rechazados hasta del Departamento político, deberá maniobrar con bastante prudencia.

El grupo permanente dispone en el nuevo Partido de poderes considerables ya que con palabras del artículo 9 de sus estatutos, es bajo su dirección como serán establecidos:

«...los organismos indispensables, simples pero eficaces que pautarán de manera centralizada los asuntos corrientes del Partido, del gobierno y del ejército.»

Así, las relaciones del Estado con el Partido y el ejército dependerán de este directorio de hombres diferentes pero igualmente decididos.

Los otros dieciséis miembros regulares del Buró político, sus cuatro suplentes, colocados en la lista en cada categoría no por el orden de presencia, sino según el número de rasgos de su nombre de familia, lo que les confunde

en una misma igualdad, no parecen dispuestos a turbar a los «cinco». En verdad son aliados de Mao Tse-tung y de Lin Piao, sus esposas y el yerno o sobrino del primero, ilustres comparsas a menudo de bastante edad como Chu Teh y Tung Pi-wu, el vicepresidente de la República, individuos en los que la Revolución cultural ha demostrado su apego a Mao Tse-tung y a Lin Piao sobre todo a nivel de las provincias. En vano se buscaron las fuertes personalidades de otros tiempos: Ch'en Yün, Li Fu-ch'un, Ch'en Yi, Hsü Hsiang-chien, sin hablar de las grandes víctimas de los últimos acontecimientos: Liu Shao- ch'i, Teng Hsiao-p'ing, P'eng Chen, P'eng Teh-huai, Ho Lung, Li Ching-ch'üan y T'an Chen-lin, cada uno de cuyos nombres evocaba un pasado de lucha y a veces de gloria[616].

Ordenado alrededor del pensamiento y de la persona de Mao Tse-tung, despejado de oponentes diversos por los orígenes y los móviles y sobre todo de Liu Shao-ch'i y de sus partidarios, el nuevo Partido parecía coherente y hasta homogéneo, pues en efecto, teóricos como Ch'en Po-ta y K'ang Sheng, prácticos como Chu En-lai y militares como Lin Piao y Huang Yung-sheng que se reúnen en su fidelidad a Mao Tse-tung y su adhesión desde el primer momento a la Revolución cultural que por otra parte algunos de ellos han preparado, difieren notablemente por el temperamento, la experiencia y las tendencias. Como si estas diferencias pudiesen ser fuente de peligros, el IX Congreso se esforzó en apelar oficialmente a Lin Piao a la sucesión de Mao Tse-tung, prudente pero desmesurada precaución que consagraba para el futuro como para el presente la primacía del jefe sobre la de una dirección colegial y que reúne en un mismo hombre Partido, ejército y monopolio de la interpretación de Mao Tse-tung convertido en el «marxista-leninista de nuestra época»[617].

---

[616] Los miembros del Buró político son según el orden de presentación: Mao Tse-tung, Lin Piao, Chu En-lai, Ch'en Po-ta, K'ang Sheng y después según el orden del número de rasgos de su nombre de familia: Yeh Ch'fln (señora Lin Piao). Yeh Chien-ying, Liu Po-ch'eng, Chiang Ch'ing (señora Mao Tse-tung), Chu Teh, Hsü Shih-yu, Ch'en Hsi-lien, Li Hsien-nien, Li Tso-p'eng, Wu Fa-hsien, Chang Ch'un-ch'iao, Ch'iu Hsui-tso, Yao Wen-yuan, Huang Yung-sheng, Tung Pi-wu, Hsieh Fu-chih. Suplentes: Chi Teng Kuei, Li Hsüeh-feng, Li Tch-sheng, Wag Tung-hsing.

[617] El artículo 1 de los estatutos del PCC dirá: «El pensamiento de Mao Tse-tung es el marxismo-leninismo de la época en la que el imperialismo se dirige hacia su hundimiento total y en la que el socialismo marcha hacia la victoria en todo el mundo.»

El Comité central pasa a 170 miembros regulares y 109 suplentes. Más de un 60 por ciento de los miembros del antiguo comité no se encuentran en el nuevo, a pesar de ser dos veces más numeroso. Sobre 279 miembros (regulares y suplentes) solamente 53 han pertenecido al antiguo comité[618].

Unos cuarenta militares son miembros regulares (casi una cuarta parte del comité). El ejército está menos representado entre los suplentes donde parece que se ha preferido hacer entrar bastantes jóvenes activistas, obreros y personalidades científicas como Ch'en Hsüeh-shen, el especialista en cohetes.

El secretario del Comité central no es mencionado. No se da ninguna precisión acerca de los departamentos del Comité y sobre sus titulares.

Renovado en sus estratos superiores, el Partido no es ni siquiera reorganizado en sus estratos medios e inferiores. Se limita a escoger delegados para el Congreso, procurando luego reconstruir el conjunto de la jerarquía: pero ya está claro que la sustitución de la selección por la elección favorece a los jóvenes activistas en detrimento de los antiguos militantes. El procedimiento permite también acentuarse sobre el origen de clase y prepara la proletarización de un Partido durante demasiado tiempo dirigido solamente por intelectuales. Asegura por fin sin demasiado esfuerzo a la mayoría de la tendencia en el poder.

El espíritu del Partido no ha cambiado menos que su composición. El apoyar y el reforzar el impulso revolucionario es en adelante su primera misión. No se trata de «desarrollar la economía nacional de manera planificada», menos aún de «satisfacer en gran medida las necesidades materiales y culturales del pueblo», como lo querían los estatutos de 1956, sino «eliminar completamente a la burguesía», «conducir al proletariado y a las masas revolucionarias contra los enemigos de clase» y «practicar una revolución permanente»[619].

En definitiva, no es superfluo pensar hasta qué punto el estudio del «pensamiento de Mao Tse-tung» sustituye a todas las demás obligaciones ideológicas y hasta a la noción de «práctica de la revolución china» que figura en los estatutos de 1956. Más allá de las solas pretensiones doctrinales del mismo

[618] Quedaban 169 miembros regulares y suplentes del VIII Comité central en la víspera del IX Congreso; 116 serán expulsados del IX.

[619] Algunas disposiciones de los estatutos de 1969 y sobre todo la que permite a un miembro recurrir hasta el Comité central tienden precisamente por naturaleza a mantener el espíritu revolucionario por oposición al «burocratismo».

Mao Tse-tung, es preciso ver en esta insistencia la voluntad de unir al pueblo chino detrás de una versión nacional del marxismo-leninismo y por supuesto la preocupación por apoyar mejor la propagación del mensaje revolucionario maoísta en el mundo entero.

Sobre un punto capital, el del lugar y el papel en el Estado, el Partido Comunista de 1969 difiere profundamente del Partido de 1956.

En el conjunto del territorio, son en efecto los comités revolucionarios, al menos por un tiempo, los organismos de «dirección unificada»; así lo confirma Lin Piao en la tercera parte de su informe del 1 de abril. Los artículos 59 y 60 que creaban unos grupos directores del Partido en todos los organismos de una administración o de una asociación popular de más de tres miembros han desaparecido. El aparato del Partido se encuentra por este hecho «desenganchado» de los aparatos de gestión en los diversos niveles y sin autoridad sobre ellos. Así el papel de dirección del Partido sólo se ejerce en la cumbre. En todos los escalones medios o inferiores la influencia del Partido no se puede hacer notar mediante las personas y tampoco mediante los sistemas.

Esta situación durará largos meses durante los cuales se intentará depurar, renovar al Partido en todas sus capas como acaba de hacerse a nivel del Comité central. Luego se verá por qué esta obra apenas ha concluido en la actualidad.

El informe Lin Piao

El informe político de Lin Piao es, con la nueva constitución del Partido, el otro texto importante del IX Congreso. Apoyándose constantemente sobre el pensamiento de Mao Tse-tung y magnificando la lucha entre las dos líneas, intenta hacer la génesis de la Revolución cultural y justificarla, repone el documento fundamental De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo sobre la curva histórica de la lucha contra el revisionismo que no deja de renacer y ataca a Liu Shao-ch'i y casi a él solo, con palabras de una violencia sin parangón posible:

«Escondiendo su pasado político de contrarrevolucionario, Liu Shao-ch'i y las personas de su camarilla se cubrieron mutuamente para dirigir en común su sucia empresa; se apoderaron de los puestos importantes en el Partido y en el Estado, y se aseguraron la dirección de numerosos organismos y unidades a nivel central, así como en los escalones locales; de esta manera, constituyeron

un cuartel general burgués clandestino, opuesto al cuartel general del proletariado que tiene al presidente Mao como comandante en jefe.»

Lin Piao presentará también la táctica escogida por Mao Tse-tung: ataque a la cultura y a las opiniones contrarrevolucionarias, seguida de una movilización del pueblo en general, finalmente lanzado a una gran revolución política. Los episodios más importantes de la Revolución cultural, sus vaivenes, las demostraciones de fuerza entre las dos líneas, las luchas en el interior del movimiento revolucionario en el curso del verano de 1967 y de la primavera de 1968 (corrientes de derecha y de extrema izquierda) serán rápidamente evocados. Finalmente, fijará las tareas generales y los principios políticos que deben inspirarlos. Estas tareas, que se sitúan en el marco general de la «lucha-crítica-reforma», son todavía considerables.

«Por consiguiente, hablar a la ligera de victoria final de nuestra revolución es erróneo, antileninista; además, esto no corresponde a la realidad.»

Los pasajes que conciernen a la consolidación y a la edificación del Partido son sin duda los que aportan los elementos más nuevos. En definitiva hacen aparecer la Revolución cultural como un gran movimiento de depuración y como una tentativa suprema para asegurar definitivamente su carácter «proletario» frente al peligro de un aburguesamiento revisionista. Lin Piao citará a Mao Tse-tung con este propósito;

«El hombre tiene arterias y venas que, por medio del corazón, permiten la circulación de la sangre, y respira por los pulmones, expirando el gas carbónico y aspirando el oxígeno fresco. ¡Rechazar lo que está alterado y absorber lo nuevo! Igualmente, un partido proletario debe rechazar lo que está alterado y absorber lo nuevo para estar lleno de dinamismo. Sin rechazar los desperdicios y absorber sangre nueva, el Partido no podrá ser dinámico.»

Las relaciones exteriores son tratadas según los tópicos habituales. No obstante, si el imperialismo americano es inevitablemente atacado y si los movimientos que cada vez comprenden mejor que «el poder está después del fusil» son exaltados, lo que sobre todo será atacado va a ser el socialimperialismo de los dirigentes soviéticos.

«Estamos firmemente persuadidos de que el proletariado y las masas populares soviéticas, ricas de gloriosa tradición revolucionaria, se levantarán para derribar a este puñado de renegados.»

No es preciso decir que el problema de las «provocaciones» armadas soviéticas en las fronteras chinas, la colusión ruso-americana para «aislar a

China y decidir la suerte del mundo», el peligro de una guerra de agresión de gran envergadura, convencional o nuclear, son insistentemente denunciadas.

Es sobre el problema de la unidad triunfante con lo que termina el informe de Lin Piao del que se puede afirmar finalmente que no aporta ninguna revelación importante y cubre las realidades del velo purpúreo de una ideología renovada por el pensamiento de Mao Tse-tung.

A pesar de que el IX Congreso había sido un «congreso de la unidad, un congreso de la victoria», concluyó, la Revolución cultural proletaria no deberá detenerse. La consigna del comunicado final es la de proseguir de diversas maneras:

a) desarrollando a escala nacional un gran movimiento de masa para estudiar y aplicar de manera viva el pensamiento de Mao Tse-tung y liquidar definitivamente la influencia de la línea revisionista y contrarrevolucionaria de Liu Shao-ch'i a fin de unificar los puntos de vista, las medidas políticas, los planes, el mando y las acciones;

b) continuando apoyándose sobre las masas practicando la «lucha-crítica-transformación»;

c) reeducando a los intelectuales enviados con los campesinos pobres y medios;

d) luchando contra las tendencias erróneas de izquierda o de derecha.

Esto es, en efecto, lo que se producirá.

La evolución interna del IX al X Congreso

Del IX al X Congreso (agosto 1973), la vida nacional china presenta cuatro grandes tendencias:

a) esfuerzos para normalizar la vida política en lo sucesivo centrada alrededor de la reconstrucción del Partido, sin abandonar los principios, incluso ciertos comportamientos de la Revolución cultural;

b) tentativas para restablecer el orden y reactivar la economía sin que la política le ceda el paso;

c) intentos para dar de nuevo vida a la educación y a la cultura, entendidas en un nuevo sentido «proletario» por oposición a la concepción de los «intelectuales burgueses»;

d) afirmación progresiva de una nueva política exterior fundamentada sobre una independencia cada vez mayor frente al conjunto del campo socialista

y sobre la afirmación de la dirección ideológica china en los movimientos revolucionarios mundiales «traicionados» por los dirigentes soviéticos.

En este capítulo sólo se considerará la primera de estas tendencias[620].

La reconstrucción del Partido, en presencia de las masas, será lenta y laboriosa a pesar de la publicación de importantes artículos de doctrina. Si la puesta en pie de sus diversos elementos es relativamente fácil, el problema es el de saber quién los dirigirá, qué influencias van a aparecer en las nuevas estructuras.

Los meses de mayo y junio, los izquierdistas que «están por encima de las masas», son considerados como más peligrosos que los derechistas «que no tienen necesidad de las masas». Las llamadas en favor de la unidad, de la reconciliación, de la consolidación y de la disciplina revolucionaria se hacen más insistentes. Se apresura la reintegración de los intelectuales y de los cuadros.

En el curso del verano, y de nuevo a principios de 1970, son los anarquistas «quienes lo ponen todo en duda y lo rechazan todo», quienes inquietan y de los que es preciso ocuparse por la fuerza o la persuasión.

En todo momento se culpa también a los indiferentes, a los que abandonan el combate, a los que piensan que ya se ha dicho todo y que no hay ya nada más que criticar, a los que rechazan la utilidad del Partido, a los que no se atreven a obedecer por temor de que su disciplina pase por reaccionaria.

Los cuadros están dispuestos a vincularse más a las masas, a tomar la dirección, a ayudarles a manifestarse, a participar por relevos en los trabajos manuales:

«Lo mismo que una espada se enmohece si no está afilada, el agua estancada se corrompe, los cuadros una vez despegados del trabajo manual se inclinan hacia el revisionismo.»[621]

Los métodos de trabajo deben ser revisados y serán objeto de un documento muy importante[622]. Las hidras familiares de la burocracia, del subjetivismo y del formalismo serán combatidas. En noviembre de 1969, una

[620] Remitirse para las otras tres tendencias a los capítulos XXXIX, XL, XLII y al XLVI.
[621] Ver «Diario del Pueblo» del 20 de noviembre.
[622] Editorial del «Diario del Pueblo» del 5 de noviembre de 1969: Atención a los métodos de trabajo.

«campaña de las cuatro perfecciones», llevada a la manera del ejército, invitará a sobresalir a cada uno en la vida política e ideológica, en el estilo de trabajo, en la instrucción militar y en la organización de la vida cotidiana.

La lucha contra la persistente influencia de Liu Shao-ch'i no cesará. Sin embargo, tomará un cariz más doctrinal y se atacará a sus «seis teorías negras»: «extinción de la lucha de clases», «instrumento dócil», «masas retrógradas», «adhesión al Partido para asegurar unas funciones dirigentes», «paz en el seno del Partido» y «fusión del interés general y del interés privado». La supuesta veneración de Liu Shao-ch'i hacia Confucio y Mencio será invocada de nuevo para probar su deseo de regreso al «orden de otros tiempos»[623].

En ciertos momentos, y sobre todo en julio de 1969, rumores de desórdenes recorrieron las provincias del oeste y especialmente de Taiyuan, la capital del Shansi, y las renovadas llamadas a la unidad parecerán confirmar la gravedad[624].

No es hasta casi la primavera de 1970 cuando el tono pasa a ser un poco más optimista y comienzan a aparecer aquí y allá unos signos de reconstrucción del Partido a partir de la base. De algunos comités revolucionarios han salido «elementos avanzados» a los que aún no se osa llamar comités del Partido. No obstante, poco a poco, estos comités se muestran a su vez a un nivel, en general, muy bajo. Algunos comités de subprovincia (lisien) son creados a principios del verano de 1970. Su papel ya no es el de una simple vanguardia ideológica, pero no parece ser todavía el de dirigir a las administraciones como lo quería el «Diario del Pueblo» del 6 de enero de 1970. En el mes de julio, es todavía la unidad, la recuperación de un 95 por ciento de los cuadros y la detención de las críticas hacia los que han reconocido sus errores lo que proclaman las instrucciones de Mao Tse-tung[625].

La primacía del Partido se afirma hasta en las justificaciones de la Revolución cultural que es, en efecto:

«...un gran movimiento de consolidación del Partido a puerta abierta, de una envergadura sin precedentes.»[626]

---

[623] Ver *El espectro de Confucio y la lucha de clases*, texto francés en «Pékin Information», núm. 50 del 10 de diciembre de 1969.

[624] Ver texto inglés en «The China Quarterly» núm. 40 octubre-diciembre de 1969, págs. 172-173.

[625] Ver prensa del 4 de julio.

[626] «Bandera Roja» núm. 7.

Paralelamente al Partido, empieza a reconstituirse lentamente la Liga de las Juventudes Comunistas. Se da así un último golpe a los guardias rojos que no serán más que muy de vez en cuando citados.

Se empieza a hablar de la convocatoria de una nueva Asamblea Nacional, y la segunda sesión plenaria del IX Comité central realizada en Lushan del 23 de agosto al 6 de septiembre de 1970 la anunciaría sin fijar, sin embargo, ninguna fecha precisa. Esta sesión reafirma las mismas consignas que el IX Congreso y se coloca como aquél bajo la línea de la necesaria unión «para obtener unas victorias aun mayores»[627]. Pone también en estudio un proyecto de constitución pronto revelado por Taiwan. Refleja —y no nos debe extrañar— el mismo espíritu que el del Partido, coloca a Mao Tse-tung por encima de todo, pero trata con algo más de prudencia el problema de las relaciones de producción en los campos[628]. Más tarde se verá que el segundo pleno será la ocasión de tensiones internas cuya gravedad y cuyos efectos aparecerían algunos meses después.

La necesidad de apremiar la reconstrucción del Partido y de acabarla antes de la convocación de una 4a. Asamblea Nacional, encargada de adoptar una nueva constitución o de modificar la antigua, hará nacer los primeros comités provinciales del Partido a finales de 1970. El comité de Hunan, provincia natal de Mao Tse-tung, será el primero en despuntar el 4 de diciembre. Otros seguirán en una cadencia acelerada: Kiangsi, Kwangtung y Kiang-su (los tres el 26 de diciembre), Shanghai (10 de enero de 1971), Liaoning (13 de enero), Anwhei (21 de enero), Chekiang (28 de enero), Kwangsi (16 de febrero), Kansu (17 de febrero), Shensi (5 de marzo), Honan (8 de marzo), Tsinghai (11 de marzo), Pekín (15 de marzo), Kirin (24 marzo), Hupeh (28 de marzo), Fukien (3 de abril), Shantung (5 de abril), Shansi (11 de abril), Sinkiang (11 de mayo), Kweichow (14 de marzo), Mongolia Interior (18 de mayo), Hopei (20 de mayo), Tientsin (26 de mayo), Yunnan (3 de junio), Tibet (12 de agosto), Szechwan (16 de agosto) y la Región HUÍ del Nighsia (18 de agosto). Todas las provincias tendrán su comité con el de Heilungkiang el 19 de agosto.

En todos los casos, el proceso de formación es el mismo: «consultas democráticas» para la elección de 800 a 1.000 delegados en el Congreso provincial,

[627] Texto del comunicado en los periódicos chinos del 10 de septiembre de 1970.

[628] No siendo adoptado este proyecto formalmente y en peligro de ser ya abandonado, ya profundamente transformado, no se analiza aquí para evitar confusiones.

designación de un comité de 50 a 100 miembros y de un comité permanente de 10 a 30 miembros, de un primer secretario y de 2, 3 o 4 secretarios y secretarios adjuntos. Las mismas alocuciones son pronunciadas sobre los mismos temas: movimiento de masas para el estudio del pensamiento de Mao Tse-tung, estudio de la historia de la «lucha entre las dos líneas», estudio de los últimos textos de doctrina, criterio para la elección de los cuadros, unión de las «tres generaciones» y progreso de la producción[629].

Casi siempre, los nuevos primeros secretarios de las provincias son ya los «jefes de los grupos dirigentes» del Partido y los responsables principales (presidente o vicepresidente) de los comités revolucionarios. Por último, el lugar del ejército continúa siendo considerable, sobre todo en los primeros comités; representa sensiblemente los dos tercios de los primeros secretarios y un 60 por ciento del conjunto de los secretarios, repartiéndose el resto entre los antiguos cuadros (más de un 30 por ciento) y los elementos nuevos salidos de la Revolución cultural (menos de un 10 por ciento).

Por debajo del nivel provincial, la reconstrucción del Partido sobre la base de sus nuevos estatutos parece proseguirse con lentitud. En el mes de febrero de 1971, si se cree a Taiwan, 149 «distritos» sobre más de 2.000 estaban dotados de un comité de Partido[630]. En cuanto a los comités primarios, parecen muy lentos para desprenderse. Si en efecto es relativamente fácil imponer unos comités de provincias y de distritos, estando las «consultas democráticas» finalmente reducidas a algunos representantes de diversas categorías, no sucede lo mismo cuando las «masas» son el motivo de discusión en el marco profesional o territorial. Cada uno conocía a los demás, no se han olvidado las tensiones y los choques de la Revolución cultural y la coexistencia entre tendencias extremas es a menudo tan forzada e inestable como durante la «gran alianza» o la «triple unión».

Todavía en la actualidad nos faltan numerosos elementos para poder presentar una imagen precisa y segura de la fisonomía del Partido en los escalones inferiores.

Precisamente, mientras que proseguía esta laboriosa reconstrucción de los aparatos provinciales y locales, los eclipses sucesivos de eminentes dirigentes

[629] Ver a este propósito el editorial del 30 de enero de 1971 en el «Diario del Pueblo»: *Victoria de la línea del presidente Mao Tse-tung en materia de construcción del Partido*.
[630] En la actualidad habría más de mil.

acababan de demostrar que en la cumbre persistían unas graves divergencias de opiniones y rivalidades de personas.

La primera desaparición fue la de Ch'en Po-ta, cuyo grupo de la Revolución cultural había dejado de existir, mientras que sus últimos miembros Chiang Ch'ing y K'ang Sheng se hacían más discretos. Luego, los documentos oficiales harían remontar sus primeras dificultades al IX Congreso para el que él había preparado un informe político que el Comité central le había rechazado y reemplazado por el que Lin Piao había presentado finalmente. En el mes de agosto de 1970, durante el 2.° pleno, Ch'en Po-ta, apoyado por Lin Piao, parece convertirse en el abogado de una línea radical que Mao Tse-tung y Chu En-lai habían combatido. Atacado de nuevo en diciembre de 1970 (Conferencia de China del Norte) y sobre todo en abril de 1971, Ch'en Po-ta será definitivamente eliminado a la espera de que el X Congreso le convierta en un «anticomunista del Kuomingtang, trotskista, renegado, agente secreto y revisionista».

El 2.° pleno debía igualmente abrir o agravar entre Mao Tse-tung y Chu En-lai por una parte y Lin Piao y los jefes militares del Departamento político por otra, una crisis aun mayor que sin decirlo afectaba a la sucesión de Mao Tse-tung y a la naturaleza del régimen.

Sobre el primer punto, sin tocar para nada la posibilidad de su heredero, Mao Tse-tung rechazaba el prever en el proyecto de nueva constitución un puesto de presidente de la República que recaería antes o después de él en Lin Piao. Al mismo tiempo rechazaba, por parecidas razones, la lisonjera «teoría del genio» manifestada, con segundas intenciones, por el vicepresidente del Partido. Así permitía a Chu En-lai que ganase parte del terreno perdido en el IX Congreso y orientaba al Partido y al Estado hacia una dirección menos autocrítica y más colegial. A la vez sancionaba la adopción de una línea política moderada representada por el primer ministro.

Sobre el segundo punto, se trataba de volver a poner progresivamente al ejército bajo la exacta autoridad de un Partido que había momentáneamente reemplazado y después ayudado a renacer no sin ahogarle largamente, sobre todo en los escalones provinciales. El declive de Lin Piao, que numerosos responsables militares regionales, en desconfianza con el radicalismo que él representaba o simplemente invariablemente fíeles a Mao Tse-tung, veían con placer, podía facilitar esta delicada operación.

En el 2.° pleno, Lin Piao y sus partidarios parecen haber renunciado rápidamente a mantener con firmeza sus posiciones y Mao Tse-tung se vio obligado, por su parte, a conservar las apariencias. La sesión concluirá pues con un golpe nulo pero, bajo una ficticia tregua, proseguirá la pesada lucha que ignorada durante largo tiempo desde fuera, se desatará brutalmente en los últimos días del verano de 1971.

El 13 de septiembre de 1971, hacia las dos de la madrugada, un avión chino (Trident 256) era abatido en Undur Khan en la República Popular de Mongolia, a quinientos o seiscientos kilómetros al interior de las fronteras de este Estado. Lin Piao, su esposa Yeh Ch'ün y su hijo Lin Li-kuo (comandante adjunto de la aviación militar china), en total nueve personas, encontraban la muerte en su huida hacia la Unión Soviética. El mismo día, el jefe del estado mayor del ejército, el general Huang Yung-sheng, el comandante de aviación Wu Fa-hsien, el del servicio de logística, Ch'iu Hui-tso, y el comisario político de la marina, Li Tso-p'eng, eran detenidos para no reaparecer jamás.

Estos acontecimientos, en parte conocidos, en parte supuestos, poco a poco semideclarados por algunos responsables, no serán oficialmente admitidos hasta el mes de agosto de 1973 en el momento del X Congreso. Chu En-lai dirá:

«Pero, durante y después del IX Congreso, prescindiendo de los esfuerzos desplegados por el presidente Mao y el Comité central del Partido para educarlo, contrarrestarlo y recuperarlo, Lin Piao continuó preparando complots y dirigiendo actividades de zapa, y hasta llegó a desencadenar, en agosto de 1970, en la 2a. sesión plenaria del Comité central del IX Congreso, un golpe de Estado contrarrevolucionario, que fracasó, elaboró en marzo de 1971 el plan del golpe de Estado armado contrarrevolucionario "Proyecto de los trabajos 571" y desencadenó el 8 de septiembre este golpe de Estado armado contrarrevolucionario, con el siniestro deseo de atentar contra la vida del presidente Mao, nuestro gran dirigente, y constituyó otro comité central. Habiendo fracasado el complot, Lin Piao se embarcó furtivamente el 13 de septiembre de 1971, a bordo de un avión, para reunirse con los revisionistas soviéticos, traicionando así al Partido y a la patria, y fracasó sobre territorio de Undur Khan, en la República Popular de Mongolia.»

El análisis de los documentos de los que se dispone en la actualidad y que proceden del continente, vía Taiwan, crean ciertas dudas sobre la seriedad de un complot directamente organizado o hasta incluso simplemente inspirado

por Lin Piao y dirigido contra la vida de Mao Tse-tung.»[631] Por el contrario, no se podría excluir que su hijo y algunos oficiales hubiesen formulado con palabras ligeramente pueriles, unas intenciones que no tendrían ni el tiempo ni el coraje para poner en práctica. En realidad, desde el 2.° pleno, el problema se planteaba para Lin Piao y para Chu En-lai en palabras de lucha por el poder, orientaciones políticas y elección de hombres representando sólo los principales aspectos. Profundamente vinculado con su sucesor designado, Mao Tse-tung parece haber deseado durante largo tiempo y después buscado el mantener un imposible equilibrio antes de inclinarse definitivamente hacia Chu En-lai. Lin Piao, no pudiendo contar con el grupo Chang Ch'un-ch'iao, Yao Wen-yuan y Chiang Ch'ing tan directamente vinculado con Mao que se había abstenido de apoyar a Ch'en Po-ta, su antiguo jefe, instruido por la caída de éste, durante tanto tiempo colaborador privilegiado del presidente Mao y por el precedente de Liu Shao-ch'i, se vio aislado y obligado a desaparecer poco a poco a la espera de una evicción definitiva. La reunión de trabajo realizada por el Comité central en abril de 1971 le privará probablemente del apoyo afectivo de los altos responsables militares obligados a autocriticarse a causa del apoyo que habían aportado a Ch'en Po-ta como la reorganización del mando militar en China del Norte había, sin duda alguna, debilitado su posición en la capital.

Tras el 1 de agosto de 1971 (Fiesta del Ejército), Lin Piao se abstendrá de manifestarse, su nombre desaparecerá de la vida oficial y se colocará en la imposibilidad de triunfar en lo que el «Proyecto 571» llama ya «un golpe de Estado gradual y pacífico». Por último, del 15 de agosto al 8 de septiembre, Mao Tse-tung efectuará una larga gira por provincias para desacreditar a su ministro de Defensa Nacional entre los responsables provinciales, como se ha visto, en su mayoría militares[632]. Éste fue, parece ser, el golpe supremo. Algunos días

[631] Se trata principalmente de los documentos llamados «Chung Fa» núms. 4 y 12, de los que se encontrará una versión inglesa en la revista de Taiwan «Issues and Studies», números de mayo y de septiembre de 1972. Estos documentos habían sido difundidos por el Partido hasta en los escalones de las provincias y de las regiones militares para servir en los campos de lucha «contra los timadores del género Liu Shao-ch'i» interesante ejemplo de la manera en la que los responsables hacen filtrar lentamente la información para ahorrar su amor propio y evitar los traumatismos ideológicos y políticos.

[632] Las palabras pronunciadas por Mao Tse-tung en el curso de este viaje son objeto del documento «Chung Fa» núm. 12 mencionado más arriba.

después, quizá tras un último y dramático enfrentamiento en el Comité central o en el Buró político, Lin Piao intentaba escapar del ignominioso destino que tenía prometido.

En el transcurso de los dos años que van a seguir, Chu En-lai se esforzará con prudencia y paciencia en consolidar su victoria. En la cumbre reconstituirá, simplificándolo, el aparato del Estado. En los estadios medios, se eliminará a algunos responsables sospechosos de simpatía hacia Lin Piao. Unos diez comités provinciales del Partido se encontraron afectados en diversos grados y lo que concierne al puesto y la influencia de los militares quedaron sensiblemente disminuidos. Mientras que una amplia campaña de «crítica del revisionismo y de rectificación del estilo de trabajo» apuntando hacia Lin Piao a través de Liu Shaoch'i se prolonga, los cuadros importantes violentamente atacados durante la Revolución cultural reemprenden parte de sus responsabilidades. Éste es el caso de Teng Hsiao-p'ing que se vuelve a convertir en viceprimer ministro, y de T'an Chen-lin, ambos desde hacía tiempo asociados a Liu Shao-ch'i por los guardias rojos y los rebeldes revolucionarios. Estos retornos son una esperanza y casi una promesa condicional para numerosos cuadros caídos y aseguran a Chu En-lai la cooperación y el apoyo de numerosos elementos aún influyentes y experimentados del antiguo Partido.

El radicalismo de la Revolución cultural parecía apaciguarse y esta evolución afecta también a la imagen de Mao Tse-tung mismo. Mientras que el personaje se levanta más por encima del curso ordinario de las cosas, su culto se hace menos obsesionante y menos fervoroso. Su pensamiento, durante demasiado tiempo reducido a los «tres textos más leídos», más morales que políticos, era objeto de una campaña de estudio en sus expresiones filosóficas[633]. Se reimprimen también en gran número los clásicos del marxismo-leninismo como para establecer y legitimar mejor, en China y en el extranjero, la continuidad histórica entre el marxismo, el leninismo y el pensamiento de Mao Tse-tung, algo perdido de vista en el transcurso del Movimiento de educación socialista y de la Revolución cultural. Pero, quizá se trata también de atenuar

[633] «De la práctica», «De la contradicción», «De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo», «Intervención en la Conferencia Nacional del PCC sobre el trabajo de propaganda», «¿De dónde proceden las ideas justas?». Ver sobre todo con respecto a este tema «Bandera Roja», núm. 6, julio 1972.

por adelantado los efectos psicológicos, ideológicos y quizá políticos que desencadenaría la muerte del gigante que inspira y dirige desde hace más de cuarenta años la Revolución china. «¿Si el Taishan se derrumba, hacia quién dirigiré yo los ojos?», preguntaba ya a Confucio, próximo a morir, su discípulo Tze Kung.

XXXIX. El X Congreso y la situación política hasta el 31 de diciembre de 1973

El X Congreso, esperado durante largo tiempo, se reunirá finalmente en Pekín del 24 al 28 de agosto de 1973 y normalizará, desde el punto de vista institucional por lo menos, la situación de hecho creada por la eliminación de Ch'en Po-ta y sobre todo de Lin Piao y de los jefes de estado mayor. En este sentido, aparecía como un triunfo personal de Chu En-lai y de su política y también quizá como un compromiso virtual sobre la sucesión de Mao Tse-tung.

El Partido

El X Congreso reúne a 1.249 delegados, escogidos más que elegidos, que designaron un Comité central bastante poco diferente del anterior. Esta institución pasa de 170 a 195 miembros regulares y de 109 a 124 miembros suplentes. Unos treinta miembros de cada categoría del antiguo comité no figuran en el nuevo, que por el contrario recupera ilustres víctimas de la Revolución cultural: Teng Hsiao-p'ing, T'an Chen-lin, Wang Chia-hsiang, Li Ching-ch'üan, Li Pao-hua, Ulanfú, para citar sólo a los más notables.

En la cumbre, Mao Tse-tung conserva por supuesto la presidencia del Comité central y del Buró político, aunque, esta vez, su sucesor no queda designado. En lugar de un único vicepresidente, habrá cinco; en orden de aparición: Chu En-lai, Wang Hung-wen, K'ang Sheng, Yeh Chien-ying y Li Teh-sheng.

El grupo permanente, reducido a tres (Mao Tse-tung, Chu En-lai y K'ang Sheng) tras la evicción de Lin Piao y de Ch'en Po-ta, se remonta a nueve personas: el presidente, los cinco vicepresidentes y Chu Teh, Chang Ch'un-ch'iao y Tung Pi-wu[634].

El nuevo Buró político está integrado, como el antiguo, por 21 miembros regulares y 4 suplentes y se encuentra ampliamente renovado (8 nuevos

[634] Estas tres últimas en un orden que corresponde a nuestro orden alfabético.

miembros, de los cuales tres son antiguos suplentes y 4 nuevos suplentes)[635]. Pero, éstos no son más que militares que reemplazan a los que habían desaparecido. Chu En-lai y sus colaboradores inmediatos (Li Hsien-nien y Yeh Chien-ying), el grupo llamado «de Shanghai» (Chang Ch'un-ch'iao, Yao Wen-yuan X veteranos (Chu Teh y Tung Pi-wu), primeros secretarios de algunas provincias (militares como Ch'en Hsi-lien y Hsü Shih-yu o civiles como Hua Kuo-feng y Chi Teng-k'uei), representan unas tendencias distintas cuyas relaciones mal conocidas parecían complejas y fluidas.

Ningún desconocido en este nuevo equipo salvo Wang Hung-wen, exactamente miembro del Comité central en 1969 y convertido en un abrir y cerrar de ojos en segundo vicepresidente legítimo después de Chu En-lai. Considerado como de origen proletario, activista de la Revolución cultural en el mundo obrero de Shanghai, bastante joven (menos de cuarenta años), algunos descubren en él el arquetipo de la segunda generación fabricada y dirigida para el poder, heredero virtual de Chu En-lai y algún día de Mao Tse-tung. Una ascensión así provoca forzosamente unas hipótesis. Una de ellas ve en Wang Hung-wen un personaje adicto a Chiang Ch'ing y fundamentalmente hostil a Chu En-lai. Otra, por el contrario, ve en él un cuadro elegido por el primer ministro con vistas al futuro nacional. En fin, se puede decir que la elección de Wang Hung-wen no representa más que un compromiso temporal y frágil destinado a eliminar a Chang Ch'un-ch'iao y a Yao Wen-yuan de las vicepresidencias del Partido. Estas distintas opiniones se apoyan en informaciones bastante inciertas o en unos razonamientos demasiado teóricos como para autorizar un juicio categórico.

i¿l X Congreso revisará sensiblemente los estatutos del Partido y, esto se debe hacer notar, Wang Hung-wen será quien los presente insistiendo sobre la prosecución de los ciclos revolucionarios, la permanencia de la «lucha entre las dos líneas», pero al mismo tiempo sobre el fortalecimiento de la dirección única del Partido y de sus comités, sobre la formación de «continuadores» de

[635] El Buró político surgido del X Congreso tiene la siguiente composición: Mao Tse-tung, Chu En-lai, NVang Hung-wen, K'ang Sheng, Yeh Chien-ying, Li Teh-sheng luego de Chu Teh, Chang Ch'un-ch'iao y Tung Pi-wu; por último, en un orden que no refleja las precedencias: Wci Kuo-ch'ing, Liu Po-chcng, Chiang Ch'ing, Hsü Shih-yu, Hua Kuo-feng, Chi Tcng-k'uci, Wu Teh, Wang Tung-hsing, Ch'en Yung-kuei, Chen Hsi-lien, Li Hsien-nien, Yao Wen-yuan. Suplentes: Wu Kuei-hsien(l), Su Ch'en-hua, Ni Chih-fu, Saifudin.

la Revolución y sobre la necesidad de «la unidad y de la rectitud» con exclusión de «complots e intrigas». En cuanto a los artículos mismos de los estatutos, si por una parte quieren reflejar el mismo dinamismo revolucionario que los de 1969, se abstienen de presentar el pensamiento de Mao Tse-tung en los términos extremos empleados por los estatutos precedentes[636]. Éste no se sitúa ni por encima ni más allá del marxismo ni del leninismo, pero sí en su prolongamiento y no pretende ser su última y exclusiva representación[637].

Como Lin Piao lo había hecho en el IX Congreso a propósito de Liu Shao-ch'i, Chu En-lai explicará las razones y las circunstancias de la caída de Lin Piao y Ch'en Po-ta[638]. Después, de manera un poco desconcertante, mezclará a lo largo de su discurso los temas de la unidad, de la vigilancia y de las luchas pasadas y futuras. Se felicitará por la solidez de un partido de 28 millones de miembros, de un partido «que no está dividido», «que no ha sido abatido», que ha ganado en fuerza y ha visto desarrollar «la línea marxista-leninista del presidente Mao». Pero a la vez que afirmaba estas aseveraciones, insistía como Wang Hung-wen, sobre la prosecución de una «lucha entre dos líneas» de medio siglo de antigüedad e invitaba a los revolucionarios a ir, llegado el caso, «contra corriente», a que no temiesen el encontrarse aislados frente a unas tendencias desviacionistas más difíciles de descubrir cuanto más se esconden[639].

Sorprendentes palabras para el instigador de una línea efectivamente moderada que para colmo acusa las tendencias más indiscutiblemente «izquierdistas» (las de Lin Piao y de Ch'en Po-ta) de haber pretendido instaurar «una dictadura fascista, feudal y compradora»[640]. Hipocresía política indispensable

---

[636] Ver nota 4 del capítulo XXXVIII.

[637] Mao Tse-tung había tomado la palabra en el IX Congreso y no parece haberla tomado en el X; si se verifica este hecho, es significativo de una cierta confusión ideológica y política.

[638] Ver *supra*.

[639] El Partido se esforzará en efecto en demostrar que las tendencias de Lin Piao y de Ch'en Po-ta eran, como ayer la de Liu Shao-ch'i, «aparentemente de izquierda, en realidad de derecha»

[640] En la antigua China, agente nativo empleado por un establecimiento extranjero (casas comerciales, consulados, etc.), que tenía bajo su cargo a los empleados chinos. (N. del T.)

para obtener el aval de Mao Tse-tung y del Comité central en su texto, convenciones y artificios de lenguaje en donde se encuentra la marca de la antigua China y la de los regímenes totalitarios, extremo realismo del que Chu En-lai ha dado ya tantos ejemplos en todas las épocas sin excluir la de la Revolución cultural, por encima de toda la infinita flexibilidad de un personaje siempre dispuesto a la ilusión de las palabras para no conservar más que el peso de las cosas.

Totalmente centradas en la política interior y, más tarde se verá, sobre las relaciones chino-soviéticas, las palabras de Chu En-lai apenas rozaron la economía nacional, objeto de las antiguas consignas: «tomar a la agricultura como base y a la industria como factor dominante», «caminar sobre las dos piernas», «contar con sus propias fuerzas y trabajar duro», «imitar a Taching en la industria y a Tachai en la agricultura», todas ellas consignas de hace más de diez años.

El primer ministro concluiría su informe insistiendo una vez más sobre «el fortalecimiento de la única dirección del Partido y de sus comités», «sobre la formación de millones de continuadores de la causa revolucionaria del proletariado para la unión de las tres generaciones»[641]. Por último, apelaba a la unidad y a los sacrificios con el fin de acceder, incluso «por caminos tortuosos», a «un porvenir radiante».

Los últimos meses de 1973 parecían, en efecto, confirmar esa tortuosidad de los caminos de la revolución. Contrariamente a lo esperado, la Asamblea Popular Nacional no había sido convocada y, al mismo tiempo, parecía abandonado el proyecto de Constitución de 1970. Los más altos cargos dentro del aparato militar seguían sin titulares, mientras que una serie de cambios en el mando de las doce regiones militares tenía por finalidad dividir las jerarquías a nivel provincial y reducir así el papel del ejército. En el interior del propio Partido, Teng Hsiao-p'ing parecía haber accedido al Departamento político, donde su personalidad y experiencia como antiguo secretario general reafirmaba la posición de Chu En-lai.

Muy lejos de provocar una cierta pacificación ideológica en relación con la moderación y el pragmatismo seguidos en el plano económico, el X Congreso

[641] La unión de las tres generaciones es una creación de la Revolución cultural. Hasta ese momento el Partido había concentrado sus esfuerzos de persuasión ideológica sobre elementos menores de cincuenta años.

volvía a colocar sobre el tapete las tendencias «izquierdistas» que se hacían sentir particularmente en las «superestructuras», especialmente en la enseñanza y la cultura en general.

El espíritu de la Revolución cultural debía mantenerse en las universidades, cuyo acceso quedaría subordinado a una experiencia de dos años de trabajo productivo y cuyos exámenes de ingreso estarían más polarizados en el espíritu revolucionario e ideológico que en el saber. Las letras, la literatura, la música, debían mantenerse al abrigo de influencias occidentales[642].

En el mes de agosto se desencadenó una campaña de crítica al pensamiento de Confucio por iniciativa directa de Mao Tse-tung. Artificial pero directamente unida con la crítica de Lin Piao, iba a desarrollarse entre los cuadros antes de convertirse en una auténtica campaña de masas, en una verdadera «guerra popular» llevada hasta los niveles obreros y campesinos. Al mismo tiempo, y por oposición a Confucio, defensor de una sociedad esclavista que se resistía a los cambios naturales de la Historia, se rehabilitaba al emperador Ts'in Shih Huang-ti, fundador del imperio unitario, protector de los «legistas» y, a través de ellos, de una sociedad de propietarios territoriales más avanzada que la precedente, promotor de una nueva cultura práctica opuesta a la cultura literaria y aristocrática de los Jou[643]. La puesta en entredicho del hombre más grande de toda la historia china tenía que dejar asombrados a los observadores y suscitar múltiples interpretaciones a partir de una gran abundancia de textos de inspiración oficial[644]. Muchos debían ver aquí una operación política en contra de Chu En-lai y de los elementos reservados en cuanto a la Revolución cultural. A lo largo de toda la puesta en cuestión, la forma en que había sido lanzada la campaña, la naturaleza de un hombre que tocaba el problema fundamental de la sociedad china pasada, presente y futura, el desafío que había supuesto Lin Piao a Mao Tse-tung, asimilado éste

[642] La música clásica occidental (especialmente la sonata 17 de Beethoven) será objeto de duros ataques, debidos posiblemente a una Chiang Ch'ing deseosa de conservar el monopolio de sus óperas revolucionarias.

[643] Discípulos de Confucio cultos en letras.

[644] Entre estos numerosos textos puede recordarse el que sirvió de punto de partida: Confucio, ideólogo y encarnizado defensor del sistema esclavista, por el profesor Yang Jung-kuo, «Pékin Information» del 22 de octubre de 1973, así como la autocrítica del famoso historiador Feng Yu-lan en el «Kuang-tning jih-pao» del 3 de diciembre del mismo año.

desfavorablemente con la figura de Ts'in Shih Huang-ti, a quien se le creía desprovisto de virtudes confucianas (documento 571), no podían resolver todas las dudas referentes al origen de este extraño movimiento. Puede considerarse que nos encontramos, sin duda, ante una expresión característica de la voluntad de Mao Tse-tung, siempre preocupado por cambiar radical y definitivamente la sociedad china. Desde este punto de vista se impone la analogía histórica con Ts'in Shih Huang-ti en la medida en que este emperador realizó en su tiempo una profunda revolución política y cultural, justificada por el pensamiento estrecho, la obstinación e incluso la insubordinación de los Jou. El movimiento anticonfuciano corresponde también, en la actualidad, al objetivo de mantener las conquistas ideológicas de la Revolución cultural, de compensar por un nuevo esfuerzo de educación socialista consideraciones cuya finalidad es la base, de alimentar la «crítica a Lin Piao y la rectificación de la forma de trabajo». En el momento en que escribimos no podríamos ir más allá de estas anotaciones; lo único que diríamos es que la campaña anticonfuciana, si continúa ensanchándose y popularizándose, no nos lleva en último extremo al terreno político de la lucha por el poder. La edad de Mao Tse-tung y Chu En-lai, lo oscuro de la situación en las tres principales estructuras (Partido, aparato del Estado, ejército) desafía, hoy por hoy, todo pronóstico razonable.

Balance de la Revolución cultural

El intento de realizar un balance limitado y provisional de la Revolución cultural en relación con sus objetivos más que con sus efectos generales sobre la totalidad de China, impone necesariamente un retorno a sus causas.

Ocho años dedicados a la recogida de numeroso material, desde 1966, confirman que la causa principal, si no única, de la revolución se encuentra en la voluntad de Mao Tse-tung, deseoso de dar un nuevo empuje a la revolución china, de prestarle una intensidad extrema, de extenderla sin fisuras a todos los dominios de la vida nacional, de hacerla posible total e irreversiblemente tanto en los individuos como en el conjunto de la sociedad.

La voluntad de Mao se basa, en principio, en su oposición a las tendencias políticas y económicas clasificadas de ideológicamente peligrosas, y por tanto condenables, aunque sirviesen eficazmente a la producción. En este sentido,

la Revolución cultural se inscribe en un conflicto que está en la línea de la defensa y el desarrollo de la revolución china y, generalizando aún más, de la propia China. Estas tendencias nefastas, colocadas en el haber de Liu Shao-ch'i («el Kruschev chino»), presentan una línea general que será calificada de «neorrevisionista» y de la que se suponía acabaría conduciendo más o menos rápidamente al capitalismo.

En realidad, dentro de los límites del marxismo-leninismo clásico, la «línea Liu Shao-ch'i» concedía primacía al desarrollo económico sobre la ideología pura. Por ello, tenía necesidad de organización, de orden, de disciplina, de una fuerte dirección del Partido. En nombre de la convergencia de esfuerzos, no tenía otra opción que reservar un lugar a intelectuales y técnicos de los que necesitaba urgentemente, y debía sustituir la noción de «todo el pueblo» por la de «lucha de clases».

Fue todo consecuencia de esta oposición fundamental. El mismo Mao Tse-tung lo dirá ya desde enero de 1962 y, posteriormente, en agosto del mismo año en el marco de dos reuniones de trabajo del Comité central preparatorias al 10.º pleno:

«Desde este momento (si nos olvidamos de la existencia de clases, de la lucha de clases), pasará poco tiempo, quizás algunos años, una decena, como mucho algunas decenas, antes de que una restauración contrarrevolucionaria haya tenido lugar, inevitablemente, a escala nacional, antes de que el partido marxista-leninista se haya convertido en un partido revisionista, en un partido fascista, de que toda China cambie de color y de que los camaradas vean reflejados con claridad todos los cambios que comporta una situación así.»

Conflicto de líneas a seguir, sí; pero la Revolución cultural se presentaba también como una lucha por el poder en la medida en que Mao Tse-tung deseaba volver a tomar la dirección completa del Partido y del país, dirección que, sin escapársele positivamente, sin serle tan siquiera abiertamente discutida, chocaba con un aparato central y local que había dejado de responder con la misma condescendencia y docilidad de siempre. Posiblemente deba añadirse que la lucha oponía menos a hombres que a principios: el de una dirección autocrática apoyada en las masas y el de una dirección colegial apoyada en un partido.

Se ha visto ya cómo, desde 1949, Mao Tse-tung no había dejado de forzar el ritmo de las transformaciones sociales y económicas, creando debido a ello las condiciones para una creciente oposición dentro y fuera del Partido, pero,

cada vez, su prestigiosa y dominadora personalidad había conseguido a la larga su objetivo. Sin aceptar por completo el conocido estribillo de que «toda la vida del Partido ha sido un conflicto entre dos líneas», conocemos actitudes en la oposición que nos llevan desde el familiar nombre de Kao Kang al de Liu Shao-ch'i pasando por P'eng Teh-huai y algunos otros. La excesiva rapidez en la etapa hacia las cooperativas, las «Cien Flores», las comunas populares, el «gran salto hacia adelante», fueron combatidos sin esperanza ni éxito por altas personalidades y grupos importantes. Después del 10.° pleno, la situación no era, de hecho, la misma. La reanudación de la lucha de clases, las depuraciones, la perspectiva de nuevos «saltos hacia adelante» inquietaron a los moderados, a quienes el fracaso de «los tres años negros» y la marcha consiguiente hacia reajustes y hacia la concesión de «pequeñas libertades» venían a dar la razón. En su mayoría, en todos los aparatos centrales, regionales y locales del Partido respondieron a los impulsos cada vez con menor intensidad o los ignoraron a pesar de los signos externos de obediencia: «sumisos durante el día y rebeldes por la noche», según la expresión china.

El apoyo de los altos responsables se volvió más fuerte. Si creemos a Lin Piao, fue en 1964 cuando Liu Shao-ch'i:

«...apareció en escena para someter a las masas por la represión y para tomar bajo su protección' a los responsables implicados en seguir una vía capitalista.»[645]

Finalmente, en otoño de 1965, ante un conflicto ineludible, Mao Tse-tung se comprometería con el pretexto del caso Wu Han y lo resolvería desesperadamente por el recurso de la llamada a las masas.

«En el pasado —dirá Lin Piao— hemos llevado la lucha en los campos, las fábricas y los medios culturales, emprendiendo el Movimiento de educación socialista sin llegar a resolver el problema porque no habíamos encontrado una forma, un método que nos permitiese movilizar abiertamente a las masas en todos los dominios a partir de la base para que sacasen a la luz nuestro lado en sombras.»

Y añadirá poco después:

«Hoy hemos encontrado esta forma: es la Gran Revolución Cultural Proletaria.»[646]

---

[645] Lin PIAO, «Informe al IX Congreso del PCC».
[646] Ibíd.

De esta manera, la imposibilidad de arrastrar a la mayoría del Partido y a sus ramificaciones instituidas (Liga de la Juventud Comunista, sindicatos), la mayoría del aparato del Estado conducirá a Mao Tse-tung a hacerla sobrepasar por las masas y a llevar a cabo un auténtico golpe de Estado contra la legalidad socialista con el fin de franquear la barrera.

Impuesta por la coyuntura, la Revolución cultural debe también mucho a la particular visión ideológica de Mao Tse-tung. La teoría de las contradicciones, la revolución permanente, la línea de masas han encontrado allí un campo de aplicación ideal. Al mismo tiempo, ciertos rasgos de la personalidad, del temperamento y de la propia historia de Mao Tse-tung se han revelado en ella con evidencia. Pero, por encima de todo, responde en este dominio al deseo de Mao Tsetung de dar a la revolución china un carácter localmente irreversible y mundialmente ejemplar. Pues, si se destruye a las antiguas clases dirigentes, su influencia permanecerá. Tomando la metáfora de Lenin, la vieja sociedad ha dejado su putrefacto cadáver en medio de la nueva, las tendencias «burguesas», «pequeño burguesas», es decir, feudales, viven o renacen. Este fenómeno es particularmente serio en China debido al arraigado materialismo de la raza, a la fuerza del «egoísmo familiar» y a la influencia de una cultura original y continua varias veces milenaria. El problema de los «sucesores» inquieta a Mao Tse-tung que lo evoca frecuentemente.

Los peligros que corre la revolución china quedan ilustrados por el caso de la Unión Soviética a partir del XX Congreso del PCUS. Lenin supo conducir al proletariado a la conquista del poder pero no consiguió hacer esta conquista definitiva. Mao Tse-tung completará en este punto su obra, conseguirá extender el marxismo y le hará acceder «a una nueva etapa superior». Realizando esto, Pekín aprovechará la desventaja de Moscú en tanto que adelantado de los movimientos revolucionarios modernos y reforzará considerablemente sus posiciones ideológicas y sus medios de acción en política exterior. Por ello, Mao Tse-tung es fiel a la vocación de ejemplaridad de China a través de los siglos. El mensaje revolucionario tomará el relevo del mensaje cultural de otro tiempo y marcará profundamente a la nueva humanidad.

A partir de los objetivos considerados más arriba, el resultado más positivo de la Revolución cultural es el haber detenido, sin duda decisivamente, las tendencias que conducían por caminos indirectos a la descolectivización de las tierras y a la explotación agrícola familiar. Se comprende fácilmente que esta

evolución que afectaba al 80 por ciento de la población china hubiese destruido el auténtico espíritu revolucionario de los individuos y de la propia sociedad, hubiese puesto muy difícil una colectivización posterior a partir de una agricultura mecanizada y quizás, a la larga, como temía Mao Tse-tung, puesto en peligro la propia naturaleza del régimen. Aunque la situación de la agricultura quede malparada, el tiempo ganado va a permitir, siguiendo una política de grandes mejoras técnicas, intentar alcanzar finalmente los rendimientos previstos por el plan de doce años sin que las estructuras económicas y su funcionamiento hayan sido esencialmente modificados.

La lucha por el poder finalizó con la victoria de Mao Tse-tung, es decir, con la eliminación de Liu Shao-ch'i y, posteriormente, en condiciones más oscuras, con la de Lin Piao. Pero, si Mao «ha vuelto a ocupar el primer lugar», si se ha convertido en el árbitro supremo, ha hecho nacer —como se verá al final del volumen— una situación institucional anormal, ha roto los mitos que consiguen dar unidad a los pueblos y de esta manera ha provocado una seria inestabilidad política de la que, después de ocho años, China no ha salido todavía.

Muy lejos de adquirir un carácter ejemplar e irreversible, el modelo chino ha sufrido por los acontecimientos y sus consecuencias. «El hombre nuevo» no ha aparecido, la imagen de Mao no posee más que un débil valor de referencia mundial y se ha reducido a los límites nacionales. Por último, la intención afirmada de dar al fenómeno «revolución cultural» un carácter cíclico en un momento en que el desarrollo de los Estados exige pacificación, orden, planificación, permite dudar cada vez más de la seriedad de la visión maoísta, visión de un antiguo dirigente desfasado que ha sobrevivido demasiado tiempo a su época para comprender la nueva, y para quien el porvenir se confunde de hecho con el pasado.

XL. La economía de 1962 a 1973

Poniendo en práctica la fórmula: «La política impone a la economía y la revolución predomina sobre la producción», la Revolución cultural no sólo interrumpe la recuperación que se había manifestado a partir de 1962, sino que hasta a veces paraliza momentáneamente algunos sectores industriales. El III Plan quinquenal que debía, parece ser, corresponder a un crecimiento anual del orden de un 11 por ciento de la producción industrial y de un 4 por ciento de la producción agrícola, será iniciado sin resonancia el 1 de junio de 1966; no se hablará de él antes del anuncio también discreto de su final.

La desorganización consecutiva al «gran salto hacia adelante» procedía ante todo de la ausencia casi total de planificación y de ritmos de trabajo que no teman para nada en cuenta el desgaste de los hombres y del material y desembocaban en una producción a la vez anárquica y alocada. La desorganización nacida de la Revolución cultural resultará más bien de una astenia de los ministerios técnicos y de las direcciones de empresas, atacadas por los guardias rojos y por los «rebeldes revolucionarios» que las acusaban de frenar a las masas, de imponer su autoridad científica o técnica adoptada del extranjero. Cuando pase a las fábricas, la Revolución cultural dispersará a los obreros en grupos opuestos o concurrentes, acrecentará el tiempo dedicado a la política en detrimento de las horas de trabajo productivo, a veces provocará choques perjudiciales para el material, como sucedió en las refinerías de petróleo de Lanchow, desarrollará el absentismo. Huelgas y reivindicaciones de salarios inspiradas por las tendencias «economistas» aparecerán aquí y allá, sobre todo en el curso del difícil año de 1967. El desorden de los transportes ferroviarios será profundo en ciertas épocas y sobre todo en otoño de 1966 cuando 13 millones de guardias rojos provinciales convergieron hacia Pekín.

Los efectos de esta situación aparecieron ampliamente a través de la prensa de los grupos de «rebeldes revolucionarios». Serán semievocados por Chu En-lai y por los editoriales del «Diario del Pueblo» incitando en términos angustiosos a la recuperación de la producción[647].

[647] Declaraciones de Chu En-lai de los días 9 de octubre de 1967, 2 de febrero y 7 de abril de 1968, y editorial del «Diario del Pueblo» del 21 de febrero de 1969, por ejemplo.

La acción personal de Chu En-lai, la conservación en sus puestos de los financieros y de los economistas calificados (Li Hsien-nien, Li Fu-ch'un) la intervención del ejército, consiguieron salvaguardar lo esencial de la economía y ante todo en los sectores clave: acererías, petróleos, carbones y transportes. El llamamiento a las responsabilidades de la clase obrera, una mayor participación de ésta en la gestión de las empresas, los choques de la primavera de 1969 en la frontera chino-soviética, contribuyeron igualmente a facilitar la reordenación de la economía y particularmente de las industrias que atañían a la Defensa Nacional. Sin embargo no podemos abstenernos de observar que Lin Piao deja pasar el tema de la economía en silencio en el IX Congreso. Será preciso esperar al otoño de 1969 para que se vislumbren las líneas de una política económica que aún continuará siendo bastante tímida a pesar del anuncio del lanzamiento de un cuarto plan comenzado el 1 de enero de 1971. Algunas estadísticas se publicarían en 1972 y en 1973 pero, en el X Congreso, Chu En-lai no será más locuaz que Lin Piao en el IX[648].

La agricultura

Si ninguno de los grandes sectores de la economía nacional se mostraba con la claridad suficiente, el de la agricultura parece el menos afectado por los acontecimientos y el más susceptible de progreso.

Los buenos efectos del reajuste de 1959-1961 han continuado haciéndose sentir en el transcurso de los años siguientes. En lo que tenían de excesivo, el Movimiento de educación socialista, y los «cuatro saneamientos» (Szu ch'ing) tropiezan con la larga inercia de los cuadros y de la base que después de diez años de colectivización no podían encontrar demasiado sentido en la lucha de clase, mientras que el relajamiento de los controles y las iniciativas locales parecen por el contrario —ya se ha visto antes— haber desencadenado ciertas prácticas liberales (alquiler de tierras, cuotas establecidas sobre la base de las familias).

Dentro de lo posible, y salvo en la vecindad de las grandes ciudades, el campesinado se había mantenido inicialmente fuera de la Revolución cultural. La continuación del Movimiento de educación socialista en el campo, prevista por los Dieciséis artículos del 8 de agosto de 1969, había servido para apartar

[648] Ver cap. precedente.

a los guardias rojos de los campesinos. Por lo demás, poco numerosos, los guardias rojos no podían realizar una acción extensa y pro tunda sobre un campesinado inmenso y disperso cuya primera preocupación era la de producir por sí mismo. Mientras que el estudiante, el obrero, el mismo cuadro podían dejar sus puestos de trabajo para «rebelarse» o «intercambiar experiencias», el hombre del campo se mantiene más que nunca vinculado al suelo que asegura su supervivencia.

La directriz del 4 de diciembre de 1967, a un año de distancia de la directriz del 15 de diciembre de 1966,[649] no ofrecía ninguna innovación acerca de esto y, prohibiendo las «tomas de poder» a nivel de los equipos de producción, los conflictos en el seno de la masa y tomando en consideración a los cuadros, manifestaba un prudente aumento.

En definitiva, en los pueblos, la Revolución cultural se propondrá ante todo frenar por adelantado los movimientos espontáneos de descolectivización que sin embargo se producían, eliminar a algunos individuos demasiado adheridos a la vía capitalista y servir de apoyo a la lucha ideológica y política dirigida contra Liu Shao-ch'i y su línea «revisionista» en la agricultura[650].

A partir de I960, las técnicas agrícolas se habían comenzado a beneficiar de la nueva orientación de la industria: abonos químicos e insecticidas eran ya más abundantes, las semillas no habían dejado de mejorar y el utillaje elemental se había multiplicado y perfeccionado. Desarrollándose más racionalmente, la hidráulica comenzaba a neutralizar parcialmente los efectos particularmente amplios, brutales e imprevisibles del clima monzónico. De éste dependían aun en lo esencial las buenas y malas cosechas y afecta a las estadísticas con un gran coeficiente de imprecisión. Los especialistas están en esto bastante divididos. Es así como en lo que concierne a los cereales, cuatro de entre ellos indican para 1969 las cifras de 175, 190, 190, 200, 201 millones de toneladas[651].

Según las fuentes más prudentes, la producción de 1967 y de 1968 era del orden de los 190 millones de toneladas para el primer año y de 180 millones de

[649] Ver cap. XXXIII.

[650] Ver entre otros documentos importantes, «Diario del Pueblo» del 23 de noviembre de 1967: *La lucha entre las dos vías en los campos chinas*.

[651] Robert Michael FIELD, *How much grains does Communist China Produce?*, «The China Quarterly», núm. 33, enero-marzo de 1968

toneladas para el segundo, sensiblemente superior en los 200 millones de toneladas para algunos otros.

El año 1969 inspiraba las siguientes cifras:

Expertos soviéticos y americanos	190 mill. ton.
Expertos americanos	210 mill. ton.
Expertos más favorables a los chinos	230 mill. ton.

A partir de 1970 reaparecen algunas cifras procedentes de fuentes oficiales. La cosecha de 1970 se elevaría a 240 millones de toneladas, la de 1971 a 250 millones, la de 1972 volvería a caer a 240 millones[652]. Las de 1973 y de 1974 se aproximarían nuevamente a los 250 millones de toneladas. Repetidas veces los chinos afirmaban la validez de los objetivos del plan de doce años (1956-1967) que en la actualidad se presenta con cinco años de retraso y más de 100 millones de toneladas de déficit en relación con sus previsiones. El plan de doce años basado en el aumento de los rendimientos dividía en efecto a China en tres distintas zonas: China del Norte (al norte de la línea del río Amarillo y de los montes Ch'ing-Ling en Shensi), 3 toneladas por hectárea, China central y oriental (entre el río Azul y el río Huai) 3,75 toneladas por hectárea, China del Sur y del Oeste (sur del Huai y de los montes Ch'ing Ling) 6 toneladas por hectárea. Estos rendimientos medios no se alcanzan actualmente más que en tres provincias: Chekiang, Kwangtung y en los territorios de los tres municipios especiales: Pekín, Tientsin y Shanghai. Por otra parte estos rendimientos sólo han sido alcanzados en los distritos más favorecidos. No se poseen cifras absolutas en lo concerniente a la producción algodonera que parece tener cierta dificultades[653].

El mantenimiento de un notable volumen de importación de trigos canadienses, australianos y actualmente americanos, el llamamiento a la constitución de reservas a nivel familiar y colectivo son significativos de una situación extensa, de desequilibrios persistentes entre las provincias y de un grave empobrecimiento de los graneros del Estado. Muchos trabajos nos demuestran

[652] La cifra de 1970 fue indicada a Edgar Snow por Chu En-lai.

[653] El plan de Doce Años fijaba 600 kg por hectárea para China del Norte y 750 para China del Sur, de rendimiento de algodón. Recientemente China ha procedido a comprar algodón a los Estados Unidos.

que China no ha dejado de importar cada año de 4 a 5 millones de toneladas de trigo o de harina de trigo desde 1961 y el fracaso el «gran salto hacia adelante»[654]. Estas importaciones de trigo que sólo compensan parcialmente algunas exportaciones de arroz representan una carga considerable en divisas para un país en vías de desarrollo, deseoso de equiparse en medios de producción, alrededor de 400 millones de dólares, o sea de un 20 a un 30 por ciento de las importaciones según los años.

En 1973 se importaron cerca de 7,5 millones de toneladas de trigo y en 1974 de 9 a 10 millones de toneladas de trigo y de maíz.

Año	Cantidades (miles de toneladas)
1961	4.040
1962	4.049
1963	5.224
1964	5.665
1965	5.188
1966	(5.000) (cifra aproximativa)
1967	(4.000) (cifra aproximativa)

* Fuente: FENG-HWA MAH: *Why China Imports Wheat?* «The China Quarterly», núm. 45, enero-marzo 1971.

De la importancia de las reservas alimenticias no se sabe nada con precisión. Teniendo en cuenta las tendencias deseentralizadoras de la Revolución cultural, se puede suponer que el problema está más que nunca en la responsabilidad de las provincias. Parecía preocupar considerablemente a los dirigentes cuyas llamadas para unas más abundantes entregas de cereales llegan a veces al alegato y se fundan en la doble necesidad de «prepararse en previsión de una guerra y de hacer frente a las calamidades naturales». Todo nos conduce a pensar que las reservas del Estado se han agotado en el curso de los

[654] Ver sobre todo Mah FENG-HUA, *Why China Imports wheat?* en «The China Quarterly» núm. 45 enero-marzo 1971 y Andrey DONNITIIORNE: *China's grain: output, procurement, transfers and trade*. The Chinese university of Hong-Kong, Economic Research Center, 1970.

desórdenes de la Revolución cultural[655]. Nuestra ignorancia concierne igualmente a la parte media de cada consumidor dado que la cifra y las características de la población china desde el censo de 1953 son desconocidas[656].

A partir del IX Congreso se dibuja una política agrícola más precisa y pragmática. Cuenta a la vez con los estimulantes materiales en la medida en que no pretende cambiar las estructuras socio-económicas rurales y las relaciones de producción —el proyecto de Constitución de 1971 daba en su artículo 7 ciertas aseveraciones a este respecto— y los estimulantes ideológicos. Sobre este último punto se continúa dando una gran importancia a la «historia de las dos líneas» en el campo[657]. Las intenciones «criminales» de Liu Shao-ch'i están aquí infaliblemente opuestas al entusiasmo, al desinterés y a las iniciativas creadoras de los campesinos. El espíritu de Tachai aparece de nuevo y con él la tendencia a retribuir el trabajo sobre una base de destajo mensual. Sin embargo, en conjunto, el momento es de prudencia y de modestia, las referencias a un nuevo «gran salto hacia adelante» de la agricultura han desaparecido prácticamente y la contabilidad se mantiene en el más bajo nivel, en el de los equipos de producción. Los responsables parecen haber comprendido que la salvación de la agricultura china y de China está dentro de la elevación de los rendimientos gracias al reemplazamiento progresivo de los medios y procedimientos antiguos por los medios y técnicas modernos, gracias a la introducción de las variedades de arroz y de trigo difundidos en otras regiones de Asia salvadas ya por la «revolución verde».

---

[655] Chu En-lai indicó a Edgar Snow en 1970 (ver nota 5 de este capítulo) que las reservas de granos se situaban alrededor de los 40 millones de toneladas, pero esta cifra parecía corresponder a las cantidades que el Estado chino se atribuye cada año para el juego de los costes y de las compras sobre cuota para redistribuirlos o revenderlos enseguida; no se puede pues propiamente hablar de «reservas».

[656] Ver para este último punto a Robert Michael FIELD, *A Note on the Population of Comunist China*, en «The China Quarterly», núm. 38, abril-junio de 1969. Field, basándose en los trabajos de John S. Aird, acepta una cifra comprendida entre 754 y 793 millones de habitantes en 1968, estando el crecimiento anual actual entre los 13 y los 17 millones de individuos. En 1973 Chu En-lai y diversos oficiales chinos han hecho mención de un índice de crecimiento de un 2 por ciento aproximadamente por año.

[657] Ver *La vía del desarrollo para la agricultura socialista en China*, texto francés en «Pékin Information» del 16 de febrero de 1970.

La industria

Para los expertos soviéticos y japoneses, seguidos en esto por numerosos expertos occidentales, la producción de 1967, lejos de elevarse anualmente en un 11 por ciento como parecía preverlo el tercer plan, ha disminuido de un 15 a un 20 por ciento en relación con 1966, es decir, en realidad en relación con 1962. Una nueva caída de un 10 por ciento sobrevendría en 1968. El ascenso se perfilará, muy ligeramente por otra parte, en 1969, quizá desde finales de 1968, afectando sobre todo a los sectores de punta, más ordenados y mejor controlados. Este hueco de la producción industrial había sido acusado por Chu En-lai, reconociendo el 2 de febrero de 1968 que todos los objetivos del plan de 1967 no habían sido alcanzados y poco después haciendo la misma observación a propósito del primer trimestre de 1968.[658] Por su lado, Lin Piao admitía un retroceso que creía ampliamente compensado por las ventajas políticas nacidas de la Revolución cultural.

A partir de 1969 los llamamientos a la producción se hacen más apremiantes, hasta angustiosos si se juzga por el tono del editorial del «Diario del Pueblo» del 21 de febrero de 1969: «Hacer la revolución y estimular la producción para obtener nuevas victorias en el frente de la industria.»

Pronto será anunciado un plan unificado nacional para 1969, los temas económicos tomarán gran importancia en 1970, y 1971 marcará, como se ha visto, el punto de partida del IV Plan.

No existe ninguna estadística precisa para los malos años 1967-1968 en el dominio industrial, la baja de la producción parecía clara para las acerías (apreciaciones medias en 10 millones de toneladas) y el carbón (apreciaciones medias inferiores a los 200 millones de toneladas), ninguna para los abonos químicos (de 7 a 8 millones de toneladas) y los petróleos (alrededor de 12 millones de toneladas).

Con el año 1970 reaparecían algunas estadísticas oficiales debidas una vez más a Chu En-lai[659].

[658] Ver primer párrafo de este capítulo. Chu En-lai volvería sobre el mismo tema y con el mismo sentido en el curso de su conversación con Edgar Snow.
[659] Entrevista con Edgar Snow, diciembre 1970.

Aceros: 10 a 18 millones de toneladas (producción media de los cinco últimos años).

Petróleos: 20 millones de toneladas.

Carbón: 300 millones de toneladas (en 1970).

Abonos: 14 millones de toneladas (objetivo de 1975 de 30 a 35 millones de toneladas).

Tejidos de algodón: 8,5 mil millones de metros.

El año 1971 confirmó el encauzamiento y los progresos de la industria china, con un aumento del 18 por ciento sobre 1970, pero sólo se citó una cifra absoluta, la del acero (21 millones de toneladas), por el «Diario del Pueblo» del 31 de diciembre de 1971. En 1972 se dieron a conocer oficialmente las cifras de 23 millones de toneladas para el acero, 26 millones para el petróleo y 17 millones para los abonos. En 1973 la producción de acero pasó a 25 millones de toneladas, la de petróleo bruto a 50 millones de toneladas, la de abonos químicos a cerca de 30 millones. Hay que destacar la extrema importancia que revisten en las actuales circunstancias los rápidos progresos de la producción petrolífera china: gracias a ella, China podrá equilibrar su balanza comercial, aumentar sus importaciones de bienes de equipo, estrechar sus vínculos económicos con el Japón y desarrollar su influencia político-económica en Asia oriental.

Los transportes

En conjunto y teniendo en cuenta las dimensiones del país, los transportes son insuficientes. Con la falta de acero y créditos los ferrocarriles se desarrollan poco. La longitud de las líneas es del orden de los 40.000 kms. Los progresos económicos son lentos y los rendimientos comerciales todavía mediocres[660].

Los transportes por carretera continúan con sus desventajas por su precio de coste elevado, la industria automovilística aún en pañales (un parque de

[660] Sin embargo la importación de materiales de tracción franceses y alemanes ha permitido mejorar el tráfico de ciertas líneas de montaña.

alrededor de unos 400.000 a 500.000 camiones) aunque las fuentes de carburante se mejoran. La longitud de las carreteras transitables es de 670.000 kms según las fuentes oficiales.

La ilota mercante apreciada en 1968 en unas 755.547 toneladas (239 navíos) va progresando, los astilleros navales comienzan a construir algunos buques de 15 a 20.000 toneladas que están penosamente lejos de sus vecinos japoneses hasta incluso de sus vecinos de Formosa. La navegación interior dispone de 147.000 kms de vías fluviales.

Por último, los transportes aéreos siguen siendo mediocres en el interior y poco desarrollados con el exterior. Probablemente es el ensanchamiento de su política exterior lo que incitará a los chinos a desarrollar sus líneas internacionales y a renovar un material ya anticuado[661].

El comercio exterior

La caída del comercio exterior después de 1966 aparecía en todas las estadísticas o apreciaciones. Por lo general, está evaluada en un 10 o un 12 por ciento en 1967 y en 1968, manifestándose una ligera subida en 1969. Se puede afirmar que los años de la Revolución cultural corresponden sensiblemente a los que preceden a la considerable baja del período 1961-1964.

Año	Exportaciones	Importaciones	Total (mill. dólares)
1960	2.075	1.931	4.006
1965	2.187	1.813	4.000
1966	2.452	1.939	4.391
1967	1.887	1.920	3.807
1968	1.858	1.762	3.620
1969	1.980	1.893	(3.873)

* Fuente: JAN DELEINE: *L'economic chinoise*, París, 1971, pp. 154 y 184.

[661] La red internacional china se limita todavía a vuelos con Irkustsk, Ulan Bator, Pyongyang, Rangún, Hanoi, Alma Ata a partir de Pekín o de las provincias fronterizas. La aviación civil china está equipada con material ruso (Tupolev 104, Iliuchin 18), inglés (Viscount, Trident) y 10 Boeing americanos, y acaba de comprar cinco Iliuchin 62. Actualmente se intenta establecer una línea que la una con Rumanía vía Irán y Turquía. Se ha establecido asimismo una línea Pekín-Teherán-París (1974).

En 1970 el comercio exterior chino (4.246 millones de dólares de los cuales 2.063 pertenecen a las exportaciones y 2.183 a las importaciones) reencuentra casi su nivel de 1959. Sus progresos se confirman en 1971 (4.611 millones de dólares, exportaciones 2.364 millones e importaciones 2.247 millones) y en 1972 alcanza los 5.716 millones (exportaciones 2.948 millones e importaciones 2.768 millones)[662].

El Japón y Europa Occidental continúan siendo los principales asociados de China desde la deterioración de las relaciones políticas con la URSS y el conjunto del campo socialista[663]. Acero, bienes de equipo y trigo son los principales elementos de este comercio en las importaciones. Productos y subproductos de agricultura, textiles y minerales constituyen lo esencial de las exportaciones.

En conjunto, el comercio exterior chino es débil y no parece estar llamado a un desarrollo demasiado rápido. Sin embargo, sus importaciones están orientadas más que nunca hacia productos de equipos industriales y de medios de transporte[664].

Hacia una nueva política económica

Si los temas económicos toman más importancia en la segunda mitad de 1969, sobre todo en 1970 será cuando se dibujará verdaderamente una política económica en parte nueva. A pesar del anuncio del IV Plan quinquenal (1971-1975), esta política no ha sido aún objeto de un documento de conjunto, pero sus principales rasgos pueden vislumbrarse a partir de numerosos textos y ejemplos sacados de la prensa.

---

[662] Gilbert ÉTIENNE, *La Voie Chinoise (1949-1974)*. Étienne estima que en 1973 los intercambios ascendieron a un total de 7.000 a 7.500 millones de dólares.

[663] Cerca de un 75 por ciento durante el período del primer plan de cinco años; la parte del bloque europeo socialista disminuyó en un 15 por ciento aproximadamente durante la Revolución cultural. Sin embargo tiene tendencia a aumentar desde 1970; ver nota 12 de cap. XLVI.

[664] Sobre el conjunto de las relaciones económicas exteriores las obras más conocidas en lengua francesa las de Marc MENGUY, *L'Économie de la Chine Populaire*, PUF, 2a. edición refundida 1971 y de Jan DELEYNE, *L'Économie Chinoise*, París 1971, ambas citadas ya.

1. En comparación con el período de reajuste de 1961 las prioridades no han cambiado. El acento continúa sobre la agricultura y sobre los sectores de la industria ligera que trabajan para ella. Con todo, la industria pesada no será sacrificada y, si ella no toma la prioridad que le aseguraban el primero y el segundo planes, la fórmula de 1961-1966 «Tomar a la agricultura como base y a la industria como factor dominante» conserva toda su fuerza.

2. Las grandes empresas de la industria pesada y las industrias que manifiestan unas tecnologías más avanzadas, constituyendo el esqueleto de todo desarrollo futuro, serán objeto de una planificación y por lo general continuarán en manos del Estado. Pero gran número de pequeñas y medianas empresas (carbón, hierro y acero, cementos, industrias mecánicas y centrales eléctricas) deberán establecerse a iniciativa de las colectividades locales tanto como del Estado. Constituirán igualmente núcleos de futuras grandes empresas[665].

3. La tendencia a la descentralización financiera y administrativa y a la dispersión geográfica es muy fuerte. Concierne más particularmente a la industria ligera, más fácil de crear y más rentable, pero el desarrollo de unidades locales de industria pesada es examinado y debe conducir a la formación de pequeños sistemas industriales locales autónomos. Antes que estimular, como en 1958, a las comunas populares a que ofrecieran una actividad industrial importante, actualmente se pretende situar a las industrias en el nivel de la provincia y del hsien, conservando sólo en la comuna, salvo excepción, pequeños talleres para satisfacer algunas de sus necesidades directas. La reducción de las superficies y de las atribuciones económicas de las comunas desde los reajustes de 1959-1961 justifican esta política que sin embargo es de difícil aplicación en un país pobre y técnicamente atrasado.

4. La tendencia se dirige también a hacer economías y a la austeridad. China, debiendo contar más que nunca «con sus propias fuerzas» debe hacer todo lo posible con sus medios, sacar partido de todos sus recursos y «trabajar duro», sin temer ni «a las adversidades ni a la muerte». No obstante, a fin de

[665] La vía de la industrialización socialista en China, «Bandera Roja», núm. 10, 1969, versión francesa en «Pékin Information», núm. 34 del 27 de octubre de 1969 y Es preciso desarrollar simultáneamente las grandes, las medianas y las pequeñas empresas, en «Pékin Information», núm. 50, del 14 de diciembre de 1970.

compensar ciertos excesos de la propaganda acusando a Liu Shao-ch'i de poner demasiada atención hacia los métodos extranjeros, éstos son considerados como aceptables con tal de que estén estrechamente asociados a los elementos chinos: «Lo extranjero debe servir a lo nacional.»

5. La recuperación y rehabilitación de los cuadros en general debe necesariamente afectar más que a los demás a los cuadros administrativos y técnicos de la economía. Como consecuencia los métodos de gestión se hacen más pragmáticos. Si la Carta de Anshan y sus cinco principios (primacía de lo político, dirección del Partido, movimiento de masas, participación de los cuadros en el trabajo productivo y participación de los obreros en la gestión y revolución técnica), expuesta por Mao Tse-tung desde el 22 de marzo de 1960 y sistemáticamente opuesta a la Carta de Magnitogorsk, continúa dentro de los textos doctrinales, parece que se tendía de hecho a realizar prácticas bastante cercanas a las antiguas, con los mismos hombres supuestamente reeducados por los campesinos pobres y semiinferiores y por los campesinos. No obstante (no es cuestión de ir más allá), como testimonio tenemos la reanudación de los ataques contra las teorías de Sun Yeh-fang, cuya noción de ganancia y la importancia otorgada a la ley del valor en la planificación son periódicamente condenadas bajo diversos disfraces y, de una manera más general, contra las tendencias persistentes del «economismo». A menudo es reafirmada la obligación de proseguir la lucha de clases en el dominio económico y el desinterés es la virtud principal de los tiempos modernos. La clase obrera debe efectuar una «apertura ideológica» al mismo tiempo que una «apertura técnica».

XLI. La educación y la cultura. La prensa y la información de 1962 a 1973

La educación

De 1962 hasta la detención de los cursos en las universidades y en las instituciones de enseñanza superior, el 26 de julio de 1966, el sistema de educación y su espíritu cambiaron poco a pesar del Movimiento de educación socialista. Éste y la disminución de la producción industrial van a traer consigo un número importante de estudiantes hacia los campos y sin duda van a crear cierto malestar todavía más sensible a nivel del fin de la enseñanza secundaria. Por el contrario, el modo de reclutamiento de los estudiantes (severo examen de entrada en la universidad) y los programas continuaron siendo los mismos e intacta la autoridad de los maestros. La distinción entre escuelas de dedicación exclusiva y escuelas que combinan estudios con el trabajo productivo, que más tarde sería reprochada a Liu Shao-ch'i, se mantiene intacta[666].

No obstante, desde 1960, las estadísticas oficiales cesaron de informarnos acerca del número de estudiantes y de alumnos, sobre la importancia respectiva de las disciplinas impuestas y sobre la realidad práctica del sistema «semitrabajo, semiestudio»[667].

Es —ya lo hemos visto antes— en la Universidad de Pekín donde resonará el 25 de mayo de 1966 «el primer cañonazo de la Revolución cultural». Esta fórmula, que debía inspirar a Mao Tse-tung la aparición del periódico mural de Níeh Yuan-tze, es falsa si se aplica a la Revolución cultural considerada en conjunto y llena de sentido en el caso de la educación y de la formación intelectual. Por la brecha así creada se precipitarán unas oleadas que sumergirán en un instante el antiguo edificio académico. La construcción del nuevo requerirá unos años. En la actualidad aún está lejos de ser acabado.

Desde el 13 de junio, el Comité central y el Consejo de Asuntos de Estado, con la excusa de responder a las demandas de ciertos estudiantes, anunciaron

[666] Ver informe de Chu En-lai en la tercera asamblea popular nacional, 21 y 22 de diciembre de 1964.
[667] Ver cap. XXVII.

su intención de abolir el sistema de exámenes de entrada a la universidad reputado como «feudal» y «burgués». El reclutamiento de las universidades sería pronto interrumpido por seis meses a fin de que los estudiantes del superior y del segundo ciclo del secundario pudiesen consagrarse a la Revolución cultural y a fin de que hubiese tiempo de poner a punto nuevos tipos de enseñanza y de exámenes (programas, materiales y métodos). Luego, esta medida será aún prolongada por seis meses y en realidad hasta el otoño de 1970 al menos en lo concerniente a la enseñanza superior.

Entretanto, la decisión del 8 de agosto de 1966 acababa, en el décimo de sus dieciséis artículos, de precisar las finalidades y el espíritu de las futuras reformas. La educación debería servir al proletariado y estar combinada con el trabajo productivo. La duración de los estudios quedaría reducida. Los cursos debían ser mejorados y simplificados, y redefinidas las materias de enseñanza. En definitiva, los estudiantes se debían preparar para trabajar en la agricultura y en la industria y para «abordar las cuestiones militares».

Estas perspectivas no impedirían que las universidades y las escuelas cayeran en el curso de los meses siguientes en una confusión mayor que la que prevalecía desde el mes de junio. Tras las degradantes humillaciones impuestas a sus maestros, tras las violencias realizadas en la calle, los guardias rojos y «rebeldes revolucionarios» estudiantes se habían dividido en facciones rivales que libraban en el interior de sus establecimientos o de establecimiento en establecimiento frecuentes y arduos enfrentamientos; no era de extrañar que hubiera muertos y heridos. Las manifestaciones y desfiles ante Mao Tsetung en la capital y los «intercambios de experiencias» entre las provincias iban disminuyendo con la llegada del invierno y habiendo alcanzado los estudiantes el límite de su utilidad política, los dirigentes se van a preocupar de tomar otra vez las cosas en sus manos. Estudiantes y escolares van a ser invitados a volver a sus establecimientos «para estudiar y hacer la revolución», preparar la reforma del sistema de educación y, por fin, para recibir una formación militar. Estas disposiciones serán apoyadas por el ejército con gran acompañamiento de justificaciones históricas y con excusa de formar reservas[668]. Los textos, y particularmente la directriz del 7 de marzo de 1967 que

[668] Circular del 31 de diciembre de 1966 del Comité central y del Consejo de asuntos del Estado; ver *CCP Documents..., op. cit.*, pág. 150.

será puesta de manifiesto un año más tarde, no dejan casi motivo de duda sobre que la instrucción general había sido ampliamente sacrificada a la formación ideológica, es decir, al estudio del «pensamiento de Mao Tse-tung»[669]. Con todo se intentará volver a unas condiciones más normales: formación de comités de la Revolución cultural que deberán organizar la vida y el control de cada institución, recuperación de la mayoría de los cuadros y de los maestros después cíe la eliminación de algunos, prohibición de las violencias, salvaguardia de los bienes del Estado y hasta incluso reembolso de los daños causados. Parece que estas diversas medidas han sido inoperantes y que muchos estudiantes han puesto poca diligencia en volver a sus universidades. Esta situación y la tendencia general a volver al orden que se manifiesta tras la crisis de la primavera y del verano, conducirán a los dirigentes a hacer un nuevo y serio esfuerzo para restablecer a enseñantes y alumnos a su vocación y de un solo golpe hacer avanzar la revolución y la educación. Una circular de carácter marcadamente imperativo será difundida el 14 de octubre bajo el timbre común del Comité central, del Consejo de Asuntos de Estado, del Comité Militar y del grupo de la Revolución cultural. Será en cierto modo completada por una circular del 7 de diciembre de 1967.[670]

Por lo tanto, cada vez es más evidente que, igual que las masas, las universidades no consiguen organizarse tanto sobre el plano político (formación de comités revolucionarios) como sobre el de la enseñanza propiamente dicha. Es, pues, al ejército a quien corresponderá, en este dominio como en los demás, el cuidado de reactivar el sistema. Más allá de sus tareas comunes de difusión del pensamiento de Mao Tse-tung, y de la formación militar, deberá ayudar a las reorganizaciones y transformaciones necesarias y sin duda a la puesta en pie y a la buena realización de los programas escolares por otra parte limitados a la revisión de materias esenciales. Esto es lo que ya se ha hecho con 834 escuelas primarias y 385 escuelas secundarias de Pekín, dirá la agencia Hsinhua. Efectivamente, el movimiento de reanudación de los cursos parecía anunciarse más seriamente en diversas provincias.

[669] Circular del 19 de febrero de 1967 y directriz del 7 de marzo de 1967 en la obra citada en la nota anterior, págs. 321 y 343. Texto francés de la directriz del 77 de marzo en el «Bulletin quotidien de l'agence Hsinhua».

[670] Ver *CCP Documents...*, *op. cit.*, págs. 556 y 637, así como el «Diario del Pueblo», del 25 de diciembre de 1967.

El 21 de julio de 1968, Mao Tse-tung, entrando personalmente en el juego, resumía en una instrucción fundamental las reglas que debían servir para la reconstrucción de la educación:

«Los establecimientos de enseñanza superior son necesarios, por éstos entiendo principalmente las escuelas científicas y técnicas. No obstante, es preciso reducir la escolaridad, llevar la revolución dentro de la enseñanza, colocar la política proletaria en el puesto de mando y adoptar la vía seguida por la fábrica de maquinaria de Shanghai que forma a su personal técnico a partir de la categoría de sus obreros. Los estudiantes deben ser escogidos entre los campesinos y obreros que tengan experiencia práctica; tras algunos años de estudio volverán a la práctica de la producción.»[671]

Algunos días después, la mañana del 27 de julio, preludiando en cierto modo un gran artículo que Yao Wen-yuan debía publicar el 25 de agosto: La clase obrera debe ejercer su dirección en todo, un equipo de trabajadores y de combatientes del ejército hacía una «grandiosa» entrada en la Universidad de Tsinhgua para acabar con el «imperio soberano de los intelectuales». Es este equipo que, en signo de aprobación y de estímulo, recibirá algunos días más tarde de Mao Tse-tung el «precioso» regalo de una cesta de mangos, gesto que tomará un lugar importante en el folklore y la simbología de la Revolución cultural. En cuanto a Yao Wen-yuan, afirmaba que la revolución de la educación debía ser conducida por el proletariado en las escuelas de las ciudades y por los campesinos pobres y semiinferiores en los campos.

Asociados a los equipos de propaganda del ejército, los equipos de propaganda de los obreros asegurarían los cambios necesarios, velarían para que la enseñanza no caiga bajo el dominio de los «intelectuales burgueses» y crearían un sistema de educación proletaria asociando la teoría con la práctica.

En lo inmediato se trataba también de imponer a los estudiantes las «grandes alianzas» necesarias para la formación de comités revolucionarios. Los equipos obreros, a menudo poco solícitos en esta tarea, parecen haber sido acogidos sin placer por los estudiantes; tal fue el caso en Shensi y en Tsinghai.

Es igualmente a mediados de 1968 cuando comienzan a multiplicarse las escuelas de cuadros del 7 de mayo, así llamadas dado que ellas se sitúan en el espíritu de la directriz dirigida por Mao Tse-tung el 7 de mayo a propósito del

[671] Esta declaración no será publicada hasta unos años después en el «Diario del Pueblo» del 22 de julio de 1969. Versión francesa de la agencia Hsinhua.

ejército que debe convertirse en una gran escuela revolucionaria y servir en este sentido como modelo para todas las administraciones, escuelas y empresas.

«El Ejército Popular de Liberación —escribía Mao Tse-tung— debe ser una gran escuela, una gran escuela donde se forme sobre los planos político, militar y cultural y que, al mismo tiempo, pueda emprender la producción agrícola y subsidiaria, administrar las fábricas medias o pequeñas, producir no solamente artículos de los que es consumidor, sino otros que pueda intercambiar con el Estado por un valor equivalente.»[672]

El desarrollo de las escuelas de cuadros del 7 de mayo desencadena el envío al campo de miles de cuadros que los campesinos pobres o semiinferiores son encargados de reeducar ideológicamente.

El año 1969, bastante pobre en grandes acontecimientos universitarios, verá aparecer aquí y allá los rasgos aún indecisos de algunas escuelas llamadas a servir de modelo[673]. Dentro del conjunto la desorganización continúa siendo profunda y la integración de los estudiantes entre los obreros, campesinos y soldados encuentra muchas dificultades prácticas y psicológicas. Muchos millones de jóvenes intelectuales diplomados de la enseñanza secundaria y superior serán enviados de las ciudades hacia los campos, diez veces más que en los diez años precedentes, dirá la prensa el 6 de mayo de 1969.

La necesidad de renovar un personal estudiante que envejece y profesionalmente sacrificado en el curso de tres años de agitación política, el deseo de hacer entrar a los obreros y campesinos en las universidades, a la vez como instructores y como alumnos, darán al año 1970 una particular importancia. Todo un número de «Bandera Roja» (núm. 8 del 21 de julio de 1970) será consagrado a la enseñanza y parecen reemprenderse bastante ampliamente, a título experimental, los cursos en la mayor parte de las universidades.

Si todavía es imposible presentar un cuadro de conjunto del nuevo sistema de educación del que se puede prever —los principios continúan intangibles— un cierto regreso a las prácticas antiguas, es bastante fácil deducir unas tendencias generales apoyándose sobre algunos ejemplos citados por la prensa.

---

[672] «Pékin Information» del 19 de mayo de 1969.

[673] Escuelas de las fundiciones de acero de Penhsi (Liaoning), de Lishu (Kirin), escuela de cuadros de Liuho (Heilungkiang).

La primacía de lo político debe traducirse por un reclutamiento en la secundaria y estudios superiores reservado a los jóvenes «de buen origen social» presentados o aprobados por los representantes de las masas, por la desaparición al menos parcial de la responsabilidad directora en beneficio de grupos salidos de las colectividades, por un amplio espacio dado en los programas al «pensamiento de Mao Tse-tung» y a la crítica considerada como una forma permanente de la lucha de clases, por la práctica del trabajo manual y, finalmente, por la presencia constante de equipos obreros en el aparato académico cuya dirección ideológica aseguran. Todo debe hacerse de modo que el proletariado y los campesinos pobres conserven siempre el control de la instrucción pública.

Los establecimientos de enseñanza deberán estar, en todos los niveles, vinculados a la producción y a la realidad social, tener a su cuidado un elemento de producción (granja o taller). En muchos casos son las empresas las que confían a las escuelas la formación general y profesional de su personal, a menos que no dirijan ellas mismas las escuelas de su vecindad.

En lo posible, la enseñanza primaria y secundaria será descentralizada. Administración, financiamiento, reclutamiento y exámenes responderán a las colectividades que las administran a «puerta abierta». En el campo es la brigada de producción quien, bajo el control de la comuna, se encargará de las escuelas primarias[674].

Esta disposición, financieramente ventajosa para el Estado, responde a la preocupación de mantener entre campesinos pobres y semiinferiores por una parte, maestros y alumnos por otra, frecuentes contactos que asegurarán en todos los aspectos la subordinación de los segundos a los primeros. También debe permitir dar a las brigadas y a las comunas buenos cuadros reteniendo los elementos de calidad hasta entonces dirigidos hacia la secundaria y la superior, e impedir a los niños escolarizados el separarse moralmente de sus mayores iletrados o poco instruidos.

Las escuelas secundarias serán en principio de la incumbencia administrativa y pedagógica de la comuna, estando adaptados los programas a las necesidades de ésta. La división de las atribuciones de la comuna y del Estado parecía aún poco clara.

---

[674] Ver «Diario del Pueblo» del 14 de noviembre de 1968 y del 12 de mayo; esta última información se refiere al distrito de Lishu en la provincia de Kirin.

La enseñanza superior continúa imprecisa en sus contornos y la práctica parece variar considerablemente de un establecimiento a otro. Los cursos de matemáticas, ciencias, tecnología y la enseñanza de lenguas extranjeras constituyen, con la política e instrucción militar, los elementos esenciales de los programas. Las ciencias sociales están íntimamente mezcladas o vinculadas a la crítica política: historia de la lucha entre las dos líneas, ataques contra las «autoridades», tales como Chou Yang, T'ien Han, Hsia Yen y Yang Hansheng[675].

Ningún estudiante en principio puede acceder a la universidad o a las escuelas superiores sin que haya participado, una vez salido de la secundaria, durante dos años en la producción o sin que haya servido el mismo tiempo en el ejército[676].

En las tres enseñanzas la duración parecía haber sido sensiblemente acortada, pero esta cuestión, como la de la edad escolar, parecía estrechamente vinculada a la de la entrada de los adultos en las escuelas y universidades y continúa, probablemente, como la de los programas, métodos y elección de obras y manuales de base, en fase experimental. Actualmente sería de 5, 4 y 3 años para cada uno de los tres niveles: primario, secundario y superior frente a los 6 años para cada uno de ellos que tenían antes[677].

La prensa oficial indicó que muchos estudiantes, de los cuales 3.000 eran de la Universidad de Pekín, habían sido reclutados entre los obreros, campesinos y soldados en el curso del segundo semestre de 1970. Así, dicen los comentaristas, se encuentra reforzada y garantizada la gran victoria del pensamiento de Mao Tse-tung en el dominio de la educación[678]. De esta manera se formará una generación de nuevos intelectuales «proletarios» en su origen e ideología.

Por el momento numerosos problemas continúan sin resolverse, el de la dirección y el lugar del Partido y la Liga de las Juventudes Comunistas en la

[675] Ver «Kuang-ming jih-pao» («Claridad») del 15 de enero de 1970 y «Bandera Roja», núm. 1, de 1970.

[676] Así, según la prensa, de 1970 a 1972 un total de 200.000 estudiantes han sido admitidos en la enseñanza superior después de haber sido campesinos, obreros o soldados; 153.000 estudiantes han sido admitidos en las mismas condiciones en 1973. «Pékin Information» del 8 de octubre de 1973.

[677] Sin embargo lo normal en muchos casos también parece ser 5,5 y 3.

[678] Ver «Bandera Roja», núm. 3, 1971.

enseñanza, por ejemplo. El sistema, «semitrabajo-semiestudio», desconsiderado, puesto que creaba dos categorías de enseñantes a la manera de los países capitalistas y por haber sido Liu Shao-ch'i su iniciador, parecía tener aún sus partidarios. Por último, la definición de los programas y de su duración, la elección de libros de texto y las reglas de organización y de administración no sabrían librarse de una cierta armonización a nivel nacional. Requerirá sin duda varios años y seguirá inevitablemente las preocupaciones económicas.

No obstante, está permitido subrayar que en el pensamiento de Mao Tse-tung el problema de la educación es el mayor problema de la sociedad china. La transformación radical e irreversible de ésta exige que el imperativo político continúe ganando por la mano a todos los demás. Sólo su realización puede a largo plazo abolir las clases y la lucha de clases, hacer inútiles los envíos periódicos y masivos de gente de las ciudades hacia los campos, fundir en un solo espíritu y en una única mentalidad cuadros y trabajadores prácticamente intercambiables fuera de una especialidad que sólo será una parte modesta de su actividad.

Así la tiranía de la producción sobre el productor será evitada, así el hombre tomará su lugar en un mundo hecho para él y no para sus máquinas. El drama es que esta doctrina, que una edad postindustrial puede concebir y cuyo ensayo puede intentar hacer, se presenta en un mundo preindustrial cuya creciente demografía impide más que a ningún otro el apartarse de las realidades económicas.

La cultura

Los años 1962-1971 corresponden a una revisión progresiva, pero pronto total de la política cultural hasta entonces seguida por el Partido, al rechazo definitivo de las culturas tradicional, occidental y socialista de inspiración soviética, y a una extensión y un endurecimiento considerables de la línea definida por Mao Tse-tung en Yenan, el mes de mayo de 1942, en sus dos intervenciones en las conversaciones sobre la literatura y el arte. Corresponden también al repudio y a la desaparición de la cultura de transición que, del Movimiento del 4 de mayo de 1919 al Movimiento de educación socialista pasando por la Liga de los Escritores de Izquierda y los autores de los años

«treinta», permitía esperar el acontecimiento de una nueva generación de intelectuales salidos del régimen[679].

Una cultura «proletaria» está destinada a reemplazar a la cultura del «pueblo en general». El pensamiento de Mao Tse-tung y el estudio de las ciencias y de las técnicas serán sus dos polos. La actitud de Mao Tse-tung nos recuerda a la de uno de los primeros reformistas neoconfucianos, el gran virrey Chang Chih-tung: «El saber chino por base, el saber occidental en la práctica»[680] y quizás estas dos proposiciones se manifestaron tan irreconciliables a finales de este siglo como a finales del precedente.

Repetidas veces y bajo diversos pretextos —aniversarios (sobre todo el de las conversaciones de Yenan), evocación de problemas históricos (oposición de los slogans «literatura de defensa nacional» y «literatura de las masas al servicio de la guerra revolucionaria nacional»), lucha entre las dos líneas, críticas de autores y de obras—, se confirmará la doctrina. Ésta condena diversos conceptos o teorías de las que en realidad los intelectuales del Partido no han podido desprenderse: «individualismo», «comunidad de la naturaleza humana», carácter superfluo de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado y que conducen en línea recta al capitalismo.

Mientras que el Movimiento de educación socialista había inhibido a los medios de las letras, de las artes y de las ciencias sociales, la Revolución cultural los eliminará profesionalmente y a veces tísicamente.

Novelistas, autores dramáticos y poetas serán los primeros en ser castigados. A Wu Han, Teng T'o y Liao Mo-sha les sucedieron Lao She, Tsao Yü, Sha Ting, Ou-yang Shan. Lo Kuang-pin, coautor de Peñón Rojo, será asesinado por los «rebeldes revolucionarios». Pero son Chu Yang, T'ien Hán y Hsia Yen quienes alimentaron la crítica la mayoría de las veces.

En cuanto a los historiadores, Ch'icn Po-tsan, ya acusado en 1966 por Ch'i Pen-yü y algunos otros (y por Mao Tse-tung mismo), será atacado sin descanso por sus interpretaciones del movimiento de la Historia[681].

---

[679] Para el tema de los primeros efectos del Movimiento de educación socialista sobre los medios culturales, ver cap. XXVIII.

[680] Chang Chih-t'ung, *Exhortación al Estudio*.

[681] Ver para las dos finalidades de esta campaña el «Bandera Roja», núm. 4, 1966 y el diario «Claridad» del 15 de enero de 1971.

Hu Wai-lu, intelectual revolucionario desde el primer momento, antiguo estudiante en Francia, que había ofrecido innumerables servicios al Partido, será denunciado como «un viejo anti-comunista», «adulador de Chiang Kai-shek», «adorador de América», «que desfilaba desde hacía tiempo bajo la máscara de una personalidad de la historia del marxismo»[682]. Li Shu, director de la revista «Estudios Históricos», será acusado de rechazar el punto de vista de clases en la historia y eliminado[683]. Sólo Fan Wen-lan, muerto en 1969, y Kuo Mo-jo, este último más arqueólogo que historiador consiguieron atravesar estos aventurados tiempos.

Los medios científicos y técnicos están por razones evidentes menos sujetos a las coacciones políticas o en todo caso son más fácilmente recuperables, pero su aislamiento no les permite ver el punto preciso de su situación personal y de sus condiciones de trabajo[684]. Sobre esta página en blanco, o más precisamente «blanqueada», la Revolución cultural no escribirá nada, al menos en el dominio de la literatura y de las artes. Algunos dramas socialistas, óperas o ballets ya producidos antes de 1966 serán revisados, y se escribirán algunas nuevas páginas musicales; Chiang Ch'ing descubrirá inesperadas relaciones entre el piano y la revolución.

El mismo genio popular inscrito por adelantado dentro de los estrechos límites del pensamiento de Mao Tse-tung se callaba. La Revolución cultural no ha llevado hasta ahora más que a una gigantesca desculturización y a una absoluta improductividad.

Quizá no esté fuera de sitio observar que en numerosos dominios, el de las artes, el del teatro sobre todo, la vieja cultura elitista servía infinitamente mejor a las masas proponiéndoles unos modelos de una rara calidad que artesanos y artistas extendían sin esfuerzo a todo el pueblo.

La prensa y la edición

A partir del verano de 1966, la Revolución cultural ha afectado a la prensa y a la edición con la esterilidad si se exceptúan las publicaciones abundantes

[682] «Diario del Pueblo» del 22 de noviembre de 1966.
[683] Ver «Diario del Pueblo» del 23 de octubre de 1966.
[684] Se leerá con pesar la declaración del gran geólogo Li Szu-kuang, muerto recientemente, sobre la impotencia del pensamiento científico sin la ayuda de Mao Tse-tung.

pero efímeras de los guardias rojos, el «Diario del Pueblo» y sus variedades de provincia, el diario «Claridad», el «Bandera Roja» un momento interrumpido e irregular y sobre todo a excepción de la reimpresión masiva de las obras de Mao Tse-tung. Éstas han constituido durante muchos años los únicos artículos de librería y se puede afirmar que el siglo xx ha ofrecido pocos ejemplos de un espectáculo tan extraño, ni siquiera en la Unión Soviética. Actualmente empiezan a reaparecer lentamente revistas y obras técnicas, traducciones de Marx, Engels y Lenin y aparecen aquí y allá algunas novelas edificantes atribuidas a la creatividad espontánea de obreros y campesinos. No se trata ya del período anterior a 1962 ni al Movimiento de educación socialista, y el emperador Ts'in Shih Huang-ti que «hizo quemar los libros y enterrar a los letrados» es oficialmente considerado como más «progresista que Confucio»[685]. Pero, por ciertos indicios, se puede pensar que aún prosigue un debate secreto en el frente cultural y que la ruptura con el pasado todavía no es irreversible.

Religión

China continúa sin dioses chinos ni extranjeros desde las desacralizaciones y confiscaciones de la última semana de agosto de 1966. La mezquita de Pekín sólo es entreabierta en 1971 para una breve ceremonia destinada a los diplomáticos musulmanes. Los templos budistas y las iglesias cristianas continúan cerrados. Un solo indicio favorable: la liberación de monseñor Walsh, obispo americano de Shanghai, que conviene relacionar con el silencio observado en Pekín cuando el paso de Pablo VI por Hong-Kong el mes de noviembre de 1970.[686]

Es quizá posible esperar que la reactivación de su política exterior conduzca a China a revaluar la importancia del factor religioso y sobre todo del Islam y del Budismo en los países de Asia y África y, por consecuencia, entre algunas de sus minorías.

[685] Ver sobre todo «Diario del Pueblo» de 28 de septiembre 1973 y «Bandera Roja» núms. 10 y 11 de 1973.

[686] Una iglesia de Pekín se abriría para un culto limitado a finales de 1971.

XLII. La política militar de 1962 a 1973 [687]

Si las instituciones militares propiamente dichas han cambiado poco entre 1962 y 1973, su espíritu ha evolucionado profundamente, en primer lugar bajo la influencia de Lin Piao, deseoso de eliminar definitivamente las corrientes «profesionales», estimuladas o toleradas por su predecesor P'eng Teh-huai, y después a causa de las circunstancias y pronto por la necesidad. El Movimiento de educación socialista había dado, en efecto, al ejército un papel ejemplar que no tardará en convertirse en tutelar a partir de su intervención directa en la tormenta de la Revolución cultural el mes de enero de 1967. De allí se establecerá entre el ejército y el resto de la nación una asociación moral extremadamente estrecha, mientras que una verdadera simbiosis se producirá entre las jerarquías políticas, administrativas y económicas por una parte y la jerarquía militar por otra.

Esta evolución interna está en plena armonía con la que ha seguido la política de Defensa Nacional desde que China, utilizando pretextos ideológicos, toma de nuevo su independencia política y militar con respecto a la Unión Soviética.

El punto de partida de esta doble evolución es un texto de Lin Piao ya citado: Adelante bajo la bandera roja de la línea general del Partido y de la teoría militar de Mao Tse-tung. Se encuentran ya todas las ideas que los años siguientes pondrán a la luz del día: estrechas relaciones entre la línea general y la línea militar, permanencia de la lucha de clases y carácter vital de esta lucha en el seno del ejército, intensa participación del ejército en las actividades de masas y en la producción económica, empleo de métodos «democráticos», comprendiendo grandes debates y periódicos murales de grandes caracteres (ta-tzu-pao) y orientación defensiva de la estrategia combinando grandes unidades del ejército que operan a partir de bases modernas y milicias innumerables actuando en superficie. El Ejército Popular de Liberación es, dirá Lin Piao siguiendo a Mao Tse-tung, «un ejército de tipo nuevo».

[687] Ver cap. XIV Las nuevas instituciones militares, y cap. XXI, en lo que concierne al reemplazamiento de P'eng Teh-huai por Lin Piao.

Los rasgos de este nuevo ejército van a precisarse cada vez más y sobre todo después del 10.° pleno de septiembre de 1962, Las «cuatro primacías», hombre, trabajo político, trabajo ideológico e ideas vivas, dominan todas las actividades del ejército.

En cualquier circunstancia las obras de Mao Tse-tung deben servir como instrucciones supremas. Los cuadros deben ir a la base a fin de crear unas «compañías con los cuatro méritos». Los mejores jefes y soldados deben acceder a las responsabilidades. La instrucción militar llevada a cabo enérgicamente debe dejar lugar a la técnica, al combate cuerpo a cuerpo, al combate nocturno.

Será emprendido y proseguido un esfuerzo considerable para asegurar la dirección del Partido sobre el ejército. La estructura del Departamento político del ejército no solamente será reforzada sino que las relaciones entre este departamento y los comités locales del Partido se estrecharán[688]. Las cuatro conferencias que se realizarán de octubre de 1961 a enero de 1966 sobre el trabajo político en el ejército no dejarán de insistir acerca de la sumisión absoluta del mando en todos los niveles a las directrices políticas. La última de estas conferencias, la que presidirá Hsiao Hua, sucesor del mariscal Lo Jung-huan, muerto en 1963, lo hará con tanto vigor que los observadores extranjeros comprendieron que un poderoso grupo de oposición —el de Lo Jui-ch'ing— era así combatido y condenado.

Mientras que el ejército empieza a salir de su marco profesional para propagar el pensamiento de Mao Tse-tung y dar a conocer su organización y sus métodos, se «democratiza» en su interior. Los grados militares, los uniformes de gala y hasta el emblema, que recordaba la fecha de su fundación, son abolidos el 1 de junio de 1965. Estrella roja en la gorra y presillas rojas en el cuello son las insignias de todos. El 1 de agosto de 1965, el ex mariscal Ho Lung titulará un gran artículo de doctrina La tradición democrática en el Ejército Popular de Liberación y exaltará en él a las «tres democracias» del ejército: política, económica y militar.

A partir de 1965, y quizá porque la escalada militar se precipitaba hacia Viet-Nam, los conceptos estratégicos defensivos son definidos con mayor claridad. Encontrarán su plena definición en un artículo resonante que Lin Piao

[688] En marzo de 1963 se aplicará un reglamento relativo al trabajo político en el ejército.

publicará el 3 de septiembre de 1965: Viva la victoriosa guerra del pueblo. La teoría de la guerra popular formulada por Mao Tse-tung a partir de análisis científicos, verificados por la experiencia de la guerra antijaponesa, continúa siendo totalmente válida en la actualidad. Lin Piao toma lo principal de ella y en primer lugar la primacía de lo político:

«La política debe estar en el puesto de mando, ella es el alma de todo. El trabajo político es la misma vida de nuestro ejército.»

Después, recuerda que Mao Tse-tung ha llevado la guerra de guerrillas al nivel de la alta estrategia, dándole prioridad sin rechazar la guerra de extensos movimientos cuando las circunstancias lo permiten. Lin Piao suscribe la doctrina y la precisa a su vez:

«Para aniquilar al adversario es necesario hacerle penetrar profundamente en nuestro territorio, es decir abandonar, por nuestra voluntad y según un plan bien establecido, cierto número de ciudades y de regiones y atraer al adversario para atacarlo. Solamente así es como el pueblo puede participar de maneras diferentes en las operaciones y hacer jugar al máximo la potencia de la guerra popular.»

El repliegue es por lo tanto una necesidad subordinada a las necesidades del ataque:

«Todos nuestros principios estratégicos y tácticos reposan sobre este punto fundamental: atacar.»

La misma estrategia puede transportarse a escala mundial en lo que concierne al movimiento revolucionario en general:

«Si se toma al mundo en conjunto, América del Norte y Europa Occidental pueden considerarse como sus "ciudades" y Asia, África y América Latina serían el "campo"... Y en un sentido la revolución mundial conoce en la actualidad una situación que ve a las ciudades cercadas por los campos.»

Así, la teoría de Mao Tse-tung sobre la guerra del pueblo lleva la «marca de la época», es «un tesoro común a todos los pueblos revolucionarios».

Como Mao Tse-tung, Lin Piao hacía poco caso del arma nuclear a la que el «imperialismo» americano no podrá recurrir sin verse «sumergido en el aislamiento más completo» y agrega, sin insistir, que «otros» poseen también armas nucleares.

Preparación para la guerra popular y preparación para la guerra nuclear son en efecto las dos elecciones del régimen. A escala de un ejército igual al de

los Estados Unidos y de la URSS, las armas convencionales modernas son costosas y su producción a partir de una economía industrial todavía débil y en aumento considerable por los fracasos del «gran salto hacia adelante», muy lenta.

No obstante, la guerra popular y la disuasión nuclear se explican principalmente por la degradación cada vez más rápida de las relaciones chino-soviéticas desde 1965. La liberación de la política exterior china que es su consecuencia obligará a Pekín a revisar totalmente una política militar que no siempre puede contar con el apoyo logístico y con la protección nuclear rusa. Pobremente equipado cualitativa y cuantitativamente en artillería, carros blindados, cuerpos de ingenieros y aviación, apenas introducido en la producción de las armas atómicas, el recurso a un concepto general apoyado sobre unas fuerzas populares que cubren el territorio y capaz de «ahogar» a un invasor en un «océano de guerrillas» es la única estrategia posible para China. Traduce mucho menos una doctrina militar salida de la experiencia anterior a 1949 y a menudo invocada, que no manifiesta un aislamiento político exigido ni una insuficiencia económica patente.

A partir de 1965, los despliegues de la guerra del Viet-Nam parecieron confirmar la precisión de la orientación tomada. En caso de guerra, China se convertiría en nuevo Viet-Nam. La prensa, la radio y el cine no dejaron de difundir esta imagen entre la población y en el exterior. Pero, por una aparente paradoja, cuanto más aumentan los peligros alrededor de Viet-Nam, más preservan los chinos su independencia en relación con el campo socialista. Rehusaron todo alineamiento o medidas comunes susceptibles de conducir a una intervención cuyos gastos pagarían ellos, «santuarizándose» mutuamente la Unión Soviética y los Estados Unidos. A partir de 1969, los combates de Ussuri obligaron a los chinos a prestar más atención a las armas convencionales pesadas (artillería y carros blindados) propios para hacer frente a unos conflictos localizados y casi puntuales, pero su política militar general no será modificada. Será reafirmada en ocasión del 44 aniversario de la fundación del ejército, celebrado el 1 de agosto de 1971.

«Nuestros preparativos en previsión de una guerra son enteramente defensivos. Si nadie nos ataca, nosotros tampoco atacaremos, pero si se nos

ataca, contraatacaremos. He aquí nuestra posición consecuente, justa y solemne.»[689]

En definitiva, la política militar china de hoy concuerda prudentemente con todas las realidades, las de una economía atrasada y las de un medio ambiente temible al menos potencialmente. En este sentido, a pesar de las actitudes y de las exageraciones de lenguaje, los chinos no han fallado en su pragmatismo secular.

En conjunto, el Ejército Popular de Liberación aceptará la evolución impuesta por Mao Tse-tung y Lin Piao a partir del otoño de 1959 y, salvo en el caso de Lo Jui-ch'ing, sus disidencias, por otra parte breves, se inspirarán en las circunstancias políticas y no en una larga línea diferente a la oficial.

Sin duda alguna, el excesivo papel otorgado a la educación ideológica o a la producción con relación a la instrucción, la casi sustitución de la autogestión voluntaria por los medios materiales, la baja de créditos y de autoridad de la jerarquía de mando con relación a la de los instructores y comisarios políticos acarrearon descontentos y a veces reacciones muy explicables. Unos y otros no parecen en ningún momento haber desembocado en un verdadero «profesionalismo».

Un «profesionalismo» auténtico análogo al que empezó a desarrollarse en 1954 habría supuesto, en efecto, la adhesión a una doctrina fundamentada sobre el empleo de unidades modernas comparables por su composición, su potencia de tiro y por su movilidad a las unidades occidentales y soviéticas correspondientes y dejando a los guerrilleros sólo un papel secundario en la guerra, y concediendo naturalmente al arma nuclear su prioridad.

En el caso de China, hubiese exigido un apoyo logístico ruso considerable en volumen y elevado en calidad e inevitablemente hubiese conducido a un reajuste de las relaciones chino-soviéticas en todos los planos. Así los «profesionalistas» no dejarían de ser al mismo tiempo unos «revisionistas» convencidos o en potencia. Tal había sido el caso de P'eng Teh-huai y tal será también el de Lo Jui-ch'ing.

Las responsabilidades de éste, jefe del estado mayor general en el momento en que los americanos elevaban hasta el medio millón de hombres sus efectivos en el Viet-Nam, debían incitarle a tomar claramente posición. Hombre de carácter, hombre tan obstinado como P'eng Teh-huai, ante todo fiel al

[689] «Bandera Roja», núm. 9, 1971 y prensa del 1 de agosto de 1971.

Partido, se iniciará su desacuerdo con Mao Tse-tung y seguirá a la difícil reunión de trabajo del Comité central de septiembre-octubre de 1965.[690]

La expulsión de Lo Jui-ch'ing, como la de P'eng Teh-huai cinco o seis años antes, no parece haber provocado profundos malestares en el ejército y éste parecía haber aceptado sin crisis interior la línea militar sostenida por Lin Piao. El concepto de guerra popular le era familiar desde sus orígenes. «Organización armada encargada de ejecutar las tarcas políticas de la revolución», su misión había sido la de levantar, movilizar, adoctrinar y encuadrar a la población tanto como combatir. Tras un intermedio de inspiración soviética, volvía a su verdadera tradición. De nuevo el ejército y el pueblo no eran más que uno solo.

La preparación para la guerra popular, redefinida por Lin Piao, suponía, desde el tiempo de paz, y dejando aparte el Movimiento de educación socialista y la Revolución cultural, una cierta injerencia del ejército y de sus cuadros en los aparatos civiles. Esta injerencia fortalecía inmensamente su prestigio y su influencia en el conjunto de la nación cuyo patriotismo tenía que levantar sin acarrear excesivas tensiones con las jerarquías civiles, a la que bastantes altos responsables debían su primera formación, y cuyos cuadros estaban habituados a cooperar con él en los períodos difíciles.

En fin, a los cuadros elevados del ejército que pertenecían aún a la primera generación del Ejército Rojo, la guerra popular les aparecía como un elemento fundamental de la teoría militar pasada y presente de Mao Tse-tung. Ahora bien, si Mao Tse-tung había vencido por el ejército, éste se lo debía todo. Lo había sacado de la nada, le había dado los basamentos políticos y morales, su doctrina. Le había curado de sus enfermedades y finalmente lo había aumentado en centenares y millones de hombres y lo había conducido a la victoria de 1949. Su infalibilidad es un dogma al que el ejército se conformará. Por lo que se conoce en la actualidad, la desaparición de Lin Piao, de su jefe de Estado Mayor, Huang Yung-sheng, y otros jefes militares, en el transcurso del verano

[690] Las tendencias de Lo Jui-ch'ing aparecían ya, aunque muy discretamente en un artículo titulado: *¡Por el aniversario de la victoria sobre el fascismo alemán! ¡Por la lucha hasta el final contra el imperialismo americano!*, publicado en «Bandera Roja», núm. 5, del 5 de mayo de 1966. El jefe del estado mayor general chino insiste allí más sobre el papel del ejército soviético que sobre el de los partisanos y acentúa mucho menos la importancia de la guerra popular que el artículo de Lin Piao someramente analizado.

de 1971, no parece haber afectado irremediablemente a la lealtad fundamental del ejército hacia su creador.

La evolución interna de las fuerzas armadas

Si la Revolución cultural nos ha informado ampliamente acerca de las intervenciones del ejército en los dominios de la política, de la economía y de la cultura, se muestra mucho más discreta en cuanto a sus transformaciones internas[691].

En conjunto, los cambios parecen haber afectado más al mando y a los efectivos que a las estructuras generales, número y composición de las grandes unidades o el material. El desarrollo del arsenal nuclear ha alcanzado un nivel cualitativo y cuantitativo importante.

La ley del 30 de julio de 1955 sobre el servicio militar obligatorio no parecía haber sido cuestionada en su principio sino en su aplicación en los momentos de tensión interior o exterior. Los efectivos serían aumentados de 500 a 800.000 hombres, lo que explica la multiplicación de las tareas extramilitares del ejército, el fortalecimiento de las fronteras chino-soviéticas y la integración de los guardias rojos, de los que muchos serán incorporados en las formaciones militares. La cifra total y quizá temporal de 3.500.000 hombres no parecía inaceptable pero corresponde probablemente más al total de las unidades susceptibles de movilización en guerra que a un aumento del número de armas y divisiones.

El organigrama general parecía el mismo. El comité militar del Partido continúa bajo la dirección de su presidente Mao Tse-tung, autoridad suprema, pero, después de la eliminación de Lin Piao, su composición exacta y su papel real no son conocidos[692].

[691] Ver cap. XIV, en lo relativo a la organización militar en general y a los diversos capítulos que tratan de la Revolución cultural por su participación casi permanente en ella.

[692] Los mariscales Yeh Chien-ying, Hsü Hsiang-ch'ien y Nich Jung-chen son los tres, en orden de aparición, vicepresidentes del Comité militar del Partido.

La misma observación es válida para el Ministerio de Defensa Nacional y para el estado mayor general, de los que no se sabe aún en qué grado han sido modificados en organización y personal[693].

El Departamento político, sin titular tras la eliminación de Hsiao Hua a principios de 1968, se ha visto atribuido a Li Teh-sheng, un anciano de la Larga Marcha, comandante del distrito militar de Anhwei y presidente del comité revolucionario de esta provincia.

Importantes cambios de responsables no han dejado de producirse en el nivel de los mandos de armas o servicios, de los mandos de las regiones y de los distritos militares, de los mandos de grandes unidades, a lo largo de toda la Revolución cultural. Si unas consideraciones políticas han afectado ampliamente las elecciones, éstas han sido inspiradas a la vez por la preocupación de consolidar ciertas influencias personales (la de Lin Piao sobre todo) y por la obligación de tener en cuenta las situaciones locales a menudo delicadas. En este sentido, no se podría perder de vista la elevada proporción de militares (mandos o comisarios políticos) en los comités revolucionarios o en el Partido en vistas a la reconstrucción. Sería vano pretender hacer un balance preciso de estos cambios que la eliminación de Lin Piao inevitablemente ha incrementado y precipitado y que continúan en el momento de escribir esto. A principios de 1974, el Ejército Popular de Liberación aparecía todavía como un cuerpo sin rostro. Esta situación prolonga cierto equilibrio favorable a Chu En-lai que puede contar con el firme apoyo de Yeh Chien-ying y de numerosos responsables militares regionales. Con todo, esta situación es peligrosa en la medida que, en caso de crisis interna, el ejército no podría intervenir con la misma resolución y unanimidad que mostró en 1967 en el momento más difícil de la Revolución cultural.

El número, la composición y el armamento de las grandes unidades (ejércitos y divisiones) parecen poco modificados[694]. Poco cambiada también su doctrina de uso, a pesar de la preferencia por la «guerra popular». En caso de

[693] Hsiao Ching-Kuang, Hsü Shih-yu, Su Yü, Wang Shu-sheng son viceministros de Defensa Nacional. P'eng Shao-hui, Wang Hsi-ting, Chang Ti'ai-ch'ien y Li Ta son jefes de estado mayor generales adjuntos.

[694] Unos cuarenta ejércitos agrupando alrededor de 120 divisiones de infantería (unos 12.000 hombres por división) y otras veinte Grandes Unidades especializadas: blindadas, artillería, tropas aerotransportadas, etc.

conflicto, lejos de diluirse en las masas, estas unidades estarían comprometidas en la defensa estática o móvil de los puntos sensibles y de los grandes ejes del territorio, estando la guerra de guerrillas confiada a la milicia de las ciudades y de las comunas.

Aviación y marina no parecen haber progresado demasiado. Una y otra viven aún en lo esencial gracias al material adquirido en la Unión Soviética, a menudo de difícil mantenimiento a causa de la falta de recambios. La primera de estas armas ha puesto a punto un caza moderno, el F-9, más temible que los Mig 19 y Mig 21, siempre en servicio; ha producido bombarderos TU 16 y conserva todavía muchos centenares de II 28. La cifra de las apreciaciones medias es de 3.500 aparatos de combate. La segunda ha podido construir algunos submarinos suplementarios (unos cuarenta submarinos, de los cuales uno o dos pueden ser equipados para el lanzamiento de misiles; un submarino a propulsión nuclear en estudio) y mejorar la potencia de tiro por misiles de sus pequeñas unidades de superficie. El costo de los materiales, el atraso técnico y tecnológico chino y sobre todo el hecho de que aviación y marina estarían pronto dominadas por un adversario ruso o americano, finalmente una estrategia de defensa en profundidad apoyada en las masas, contribuyen a hacerlas pasar a segundo plano en relación con las armas no convencionales y hasta en relación con el ejército de tierra.

Las fuerzas que dependen del Ministerio de la Seguridad Pública, de las que durante mucho tiempo se desconfió, quizá por el crédito de su antiguo jefe, el mariscal Lo Jui-ch'ing, han sido ampliamente modificadas. En cuanto a la milicia, parece volverse a vestir de gala después de un largo eclipse debido a los acontecimientos políticos y quizá también a los excesos de sus responsables locales. Sería ilusorio atribuirle una cifra a sus efectivos que, teóricamente inagotables, dependen de las posibilidades de armamento y encuadramiento. Si se admite de todas formas que existe por lo menos una compañía de 150 hombres en cada una de las 70.000 comunas populares, se obtiene un aceptable total de más de 10 millones de milicianos y probablemente 12 millones si le añadimos la milicia de las ciudades y de las fábricas con una milicia cada una de ellas. Reservas del ejército, elementos de seguridad en caso de disturbios internos, núcleos de movilización moral y patriótica, las milicias son todo esto. Pero es evidentemente su papel en una estrategia de defensa en superficie y su papel de preservación del tejido social en caso de acciones nucleares

adversas por lo que merecerían ser evaluadas. Ningún documento de importancia nos permite hacer en la actualidad algún tipo de precisión.

Las armas no convencionales

El hecho militar mayor del periodo 1962-1971 es naturalmente la aparición de las armas nucleares y termonucleares chinas, la de los vectores de alcance medio y, en definitiva, el lanzamiento de los dos satélites terrestres.

El calendario de los ensayos chinos: quince explosiones atómicas o termonucleares el 27 de junio de 1973, traduce la rapidez de los progresos realizados. La primera explosión atómica se producirá el 16 de octubre de 1964 y será seguida por ocho más (en total nueve bombas atómicas o «estimuladas»). La primera bomba termonuclear será experimentada el 17 de junio de 1967 y se efectuarán cuatro ensayos, uno de los cuales el 14 de octubre de 1970 con una bomba de hidrógeno de tres megatones. Los dos satélites terrestres serán puestos en órbita el 25 de abril de 1970 (173 kg.) y el 3 de marzo de 1971 (221 kg.). En seis años, los chinos han pasado así del ingenio atómico de 13 kilotoneladas a la bomba de hidrógeno de tres megatones y también parecen haber puesto a punto armas nucleares tácticas.

Muchos expertos han intentado cifrar las posibilidades chinas actuales y prever el ritmo de los progresos futuros. En este intento, americanos y rusos se sirven de las observaciones de sus satélites, por los análisis de la lluvia radioactiva y por la medida de las ondas. Si los segundos se mantienen en la discreción, los primeros estiman que los chinos tienen ya una veintena de misiles de alcance medio (1.100 a 2.800 km) y probablemente tendrán en 1973 un misil intercontinental operacional que alcanzará las veinte unidades en 1975.[695] Así, China dispondrá de una fuerza de ataque cuyo valor frente a las «superpotencias» será relativo en tanto que su territorio no sea convertido en un «santuario» por la posesión de una fuerza nuclear con capacidad de represalia

[695] Declaración hecha por el Pentágono el 5 de agosto de 1971. Las declaraciones hechas a principios de 1971 por el presidente Nixon y por el secretario de Defensa, Laird, en febrero de 1972, reflejan ya, con menos precisión, las mismas perspectivas. Para un aspecto reciente de la cuestión ver Geller HARRY, *Nuclear Weapons and Chinese Policy*, «Adelphi Papers» (núm. 99), publicado por el International Institute for Strategic Studies de Londres en el transcurso del verano de 1973 así como *The Military Balance 1973-1974* igualmente en el ISS de Londres (1973).

suficiente. Este objetivo tiene posibilidades de ser alcanzado en 1980. Algunos analistas piensan que, hasta entonces, China continuará siendo tanto más vulnerable cuanto sus progresos más la expongan a una acción preventiva de los americanos o de los rusos, sobre todo si continúa rechazando el participar en las negociaciones presentes y futuras sobre el desarme.

Sin considerar estas perspectivas y sin esperar al próximo decenio, no se puede dejar de observar cómo la adquisición por parte de China de una capacidad nuclear disuasiva intercontinental y la de una capacidad nuclear de alcance medio más importante que la precedente tiende por naturaleza a trastocar profunda y rápidamente los datos de la política extranjera en Asia Oriental.

Afectando a la seguridad de todos los Estados de Asia, pueden conducir bien a la búsqueda de arreglos colectivos generadores de un nuevo equilibrio, o bien, por el contrario, a «liberar» la política de grandes países científica y financieramente capaces de equiparse de armas nucleares y termonucleares (Japón e India), y provocar al mismo tiempo una alineación de las naciones de segunda y tercera categoría que rozan el Pacífico y el Océano Índico. Así, la evolución general de la política militar china, los progresos de sus modernos medios y su actitud frente a los problemas del desarme son las cuestiones más importantes que este país puede plantear.

XLIII. La política exterior de 1966 a 1973 (I). Evolución general

Desde el verano de 1966 hasta la víspera del IX Congreso el mes de abril de 1969, la política exterior china quedará ampliamente paralizada por la Revolución cultural. El carácter inesperado y desconcertante de ésta y sus excesos empañaron en el exterior una imagen que ya ensombrecían la desmedida y el fracaso del «gran salto hacia adelante». Los intereses chinos salieron perjudicados y el desperfecto sufrido hubiese sido irreparable en ciertos Estados vecinos (Camboya, Birmania, Japón y Nepal) si la habilidad y el realismo de Chu En-lai no hubiesen encauzado las cosas en el último instante.

A finales de 1968, y sobre todo en el transcurso de los años 1969 y 1970, la vuelta a cierto orden interior, importantes cambios sobrevenidos en el contexto asiático y mundial, despertarán y en gran medida reorientarán una política exterior cuyo contorno van a precisar algunas declaraciones o tomas de posición. Corresponde —aunque los responsables lo nieguen— a la de una futura «superpotencia», dirigida contra el temible dualismo ruso-americano, y dispuesta a movilizar contra él a todas las naciones del mundo: países neutrales, países aliados por tratado con los Estados Unidos y países del campo socialista.

El año 1971 verá unos acontecimientos de mayor importancia. Casi ininterrumpidamente, el anuncio de una visita del presidente Nixon a Pekín antes del mes de mayo de 1972 y el acceso de China a las Naciones Unidas (25 de octubre de 1971) harán entrar a este gran país en el juego mundial de más altos vuelos. Las esperanzas de obtener su participación en la construcción de la paz mundial y el temor a que este prestigio nuevo la dirija por el contrario a una mayor intransigencia revolucionaria, se dividen la opinión internacional. Unos misteriosos acontecimientos internos sobrevenidos en el curso de los mismos meses, se añaden aún a las incertidumbres capitales. Finalmente, la eliminación de Lin Piao, ya reconocida, viene a confirmar y garantizar una nueva orientación, generalmente atribuida a su rival Chu En-lai, quien aplica «la línea del presidente Mao Tse-tung en materia de política exterior».

El momentáneo eclipse de la política exterior china de 1966 a 1969 se explica en primer lugar por la urgencia y la preeminencia de los problemas de

orden interno. Recuperar el poder y reconstruir el modelo revolucionario chino, absorben a los protagonistas de la Revolución cultural. Por otra parte, éstos parecen haber profesado unas opiniones diferentes en materia de relaciones con el extranjero (Estado o partidos comunistas extranjeros), mientras que, mezclándose los guardias rojos o «rebeldes revolucionarios», el control del Ministerio de Asuntos Exteriores escapará momentáneamente a su ministro (agosto 1967). Las autocríticas, por lo demás muy reticentes, del mariscal Ch'en Yi y el saqueo de la embajada de Gran Bretaña en Pekín, sólo son episodios de una larga lucha entre tendencias radicales y tendencias más realistas[696]. Parece que las primeras habían reaparecido muchas veces, hasta el ocaso del grupo de la Revolución cultural.

Como era de pensar, la Revolución cultural aportará en materia de política exterior un lote de críticas contra Liu Shao-ch'i y sus partidarios. El antiguo presidente de la República se verá acusado, de manera general, de haber pretendido practicar una política de apaciguamiento respecto a los revisionistas, imperialistas y reaccionarios y de haber querido reducir el apoyo de China a los movimientos revolucionarios del mundo entero. Un slogan apropiado, «Paz con los imperialistas, reaccionarios y revisionistas; menor ayuda a los movimientos revolucionarios de todos los países» (san ho i shao), los resumirá.

La primera declaración importante en política exterior será la que formulará Chu En-lai en la embajada de Albania, el 29 de noviembre de 1968. La principal preocupación y la línea fundamental de los dirigentes chinos se encontrarán manifestadas con claridad y concisión:

«Debemos unirnos con todos los pueblos oprimidos por el imperialismo americano, el revisionismo soviético y sus lacayos y formar un gran frente

[696] Ver cap. XXXV. El mariscal Ch'en Yi, que morirla el 6 de enero de 1972, será coaccionado a una autocrítica particularmente severa, el 6 de marzo de 1968. En cuanto a Chu En-lai, dirá el 2 de septiembre de 1967 que el poder había sido tomado en agosto al Ministerio de los Asuntos Exteriores por unos «rebeldes revolucionarios» del Instituto de Lenguas extranjeras. Ver igualmente en el informe político de Chu En-lai en el X Congreso el interesante pasaje que distingue la «colusión» y el compromiso entre el revisionismo soviético y el imperialismo americano y «los compromisos necesarios que los países revolucionarios contraen con los países imperialistas» y la cita correspondiente de Lenin.

unido para desbaratar el complot criminal del imperialismo americano y del revisionismo soviético que tienden a repartirse el mundo.»

China no dejará de levantarse contra esa doble hegemonía, contra la colusión ruso-americana de la que se inquieta en realidad a partir del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Demasiado débil militar y económicamente como para calificarse de «supergrande» y por otra parte sin poder llamar la atención así sin despertar las mismas desconfianzas e inquietudes de aquellas potencias cuya ambición condena, intenta extender en el dominio de las relaciones entre Estados su doctrina de apoyo a los movimientos revolucionarios y a los movimientos de emancipación nacional. El llamamiento del primer ministro chino se dirige a todos los pueblos, es decir a todos los países sin distinción de régimen. No se trata solamente, como decía en 1963 Chu En-lai en una declaración similar, de pronunciarse a favor de la igualdad de las naciones, o de distinguir unas «zonas intermedias» distintas, sino de procurar a que los menos potentes se unan entre ellos, mostrándoles China el camino de esta unión.

En esta actitud defensiva pero recelosa, China no puede dejar de servirse de todos los medios de acción exterior posibles. La intransigencia doctrinal es más que nunca una necesidad imperativa. Manejada convenientemente, el arma ideológica, arma de largo alcance, debe llegar a todas las regiones del planeta y compensar por la violencia de sus fórmulas las insuficiencias de la acción material (ayuda económica, financiera y militar).

Cuando pueda hacerlo sin excesivos compromisos, China deberá hacer su entrada en la ONU, donde su influencia se ejercerá más útilmente sobre los países del Tercer Mundo, cuya representación y papel pronto se encargará de aumentar al mismo tiempo que su calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad garantizará su participación directa en el tratamiento de todas las grandes cuestiones internacionales. Este objetivo sería alcanzado antes de lo que esperaba.

En fin, no es necesario decir que los chinos deberán también entregarse —y en todo lo posible— al máximo de medios militares en términos modernos, es decir nucleares o termonucleares, sin los cuales no hay política exterior en el sentido total de la palabra.

Esta reactivación de la política exterior china a partir de finales de 1968 encuentra también su explicación en numerosos datos nuevos o renovados.

La Revolución cultural ha exaltado hasta el grado supremo las pretensiones ideológicas de Mao Tse-tung convertido en el «Lenin de nuestra época». La transposición política de este fenómeno debe operarse sin tardar a escala mundial. Ha cortado los últimos lazos entre la Unión Soviética y China cuyos regímenes evolucionan de forma diferente no sólo en cuanto a ideología sino también en cuanto a instituciones y espíritu. Esta ruptura pronto brutalmente demostrada por los graves incidentes de fronteras de Ussuri, incita a China a conducirse como una gran potencia totalmente libre en sus alternativas y sus métodos y a otorgarse una audiencia mundial conforme a sus intereses. El giro dado por las relaciones chino-americanas en 1971 procede de esta «emancipación» de la política exterior china. Quizás a medida que vaya tomando parte en el juego internacional, China debe en lo sucesivo reequilibrar sus relaciones diplomáticas, mantenerse, en principio, a igual distancia de Moscú que de Washington y, disponiendo de un mayor margen de maniobra, mostrar más flexibilidad e iniciativa en sus relaciones exteriores. Explotará a fondo las contradicciones internacionales a fin de aislar al enemigo principal del momento[697].

En definitiva, China no puede dejar de ver que, desde hace varios años, una política en el sentido más general del término está creándose o renaciendo en Asia Oriental. Allí donde las potencias persiguen cada una su propio interés o, como mucho, se imponen actitudes paralelas, unas combinaciones precisas están formándose. La «Cuestión de Extremo Oriente» dejaba lugar progresivamente a un «equilibrio asiático» que nos recuerda al antiguo «equilibrio europeo» anterior a 1939. Los Estados Unidos, la URSS, el Japón, India y China son las piezas principales de la futura ensambladura.

De esta evolución, a la que volveremos en los cuatro capítulos siguientes, los años 1969-1973 multiplicarán las pruebas:

1. Doctrina Nixon enunciada en Guam el 26 de julio de 1969 y caracterizada por el principio del retroceso progresivo de las fuerzas americanas del Sureste Asiático, un apoyo logístico y llegado el caso intervenciones aeronavales, ejerciéndose en beneficio de los aliados de los Estados Unidos.

[697] Sobre este punto ver artículo de «Bandera Roja» núm. 9 de 1971: *Una poderosa arma para unir al pueblo y vencer al enemigo,* que desarrolla las justificaciones ideológicas e históricas de esta política.

2. Renacimiento político y hasta militar del Japón, consecuencia de su poderosa expansión económica.

3. Persistencia del interés soviético en Asia del Sur y del Sureste (India, Indonesia). Veleidades de organización por parte de los soviéticos de un sistema de seguridad colectiva asiática vuelta contra China[698].

4. Inicio de una colaboración económica y técnica ruso-japonesa en Siberia; esbozo de contactos militares.

El informe de Lin Piao en el IX Congreso del Partido Comunista chino (1 de abril de 1969) confirmará la declaración Chu En-lai del 29 de noviembre de 1968.[699] Se llegan a denunciar las vanas tentativas del «imperialismo americano» y del «socialimperialismo» que «colaboran disputándose», cuyas artimañas «antichinas, anticomunistas y antipopulares» son resaltadas. Cuando lo requieran las circunstancias —los incidentes de Ussuri datan del mes precedente y la invasión de Checoslovaquia de hace algo menos de un año—, será la camarilla de los renegados revisionistas soviéticos calificados a su turno como «tigres de papel» los que van a sufrir los peores exhabruptos del ministro de Defensa Nacional chino. Las disposiciones pacíficas de los dirigentes chinos están opuestas —ejemplos en apoyo a la teoría de la «soberanía limitada» que el «socialfascismo» quiere imponer a las naciones de la comunidad socialista. En unos términos aun más precisos y más acuciantes que los de Chu En-lai, Lin Piao hará un llamamiento a las naciones del mundo:

«¡Que todos los países, víctimas de la agresión, del control, de la intervención y de las vejaciones ejercidas por el imperialismo americano y el revisionismo soviético se unan y formen el frente unido más amplio para abatir a nuestros enemigos comunes!»

Y será sobre una cita hechizadora de Mao Tse-tung como concluirá:

«Los pueblos del mundo se levantan. Un nuevo período histórico ha comenzado ya ahora, el de la lucha contra el imperialismo americano y contra el revisionismo soviético.»

---

[698] Sistema de seguridad denunciado por Chu En-lai el 14 de 1969 y el 30 de julio de 1969: Al diablo la seguridad colectiva de los nuevos zares. Los chinos acusaron igualmente los proyectos de arreglos ruso-americanos concernientes a la creación de una red antimisiles frente a China.

[699] Para el tema del informe Lin Piao en su conjunto, ver cap. XXXVIII.

Un año después, el 28 de mayo de 1970, el golpe de Estado del 18 de marzo en Camboya y el apoyo militar aportado por los americanos al general Lon Nol conducirán a Mao Tse-tung a sobrepasar los problemas indochinos y hasta chino-soviéticos para juzgar la situación mundial:

«El peligro de una nueva guerra mundial continúa y los pueblos del mismo deben estar preparados. Pero actualmente la tendencia principal en el mundo es la de la revolución.»[700]

Este mensaje de estímulo a la intransigencia revolucionaria más extrema era propio para confirmar a Pekín en el papel disputado en el Kremlin. Bajo la violencia de los términos no se podía sin embargo enmascarar una preocupación de prudencia abundantemente justificada por la vulnerabilidad y la debilidad militar de China. Suscitaba en el mundo vivas alarmas que los signos de un acercamiento chino-americano iban pronto a hacer olvidar.

La declaración Nixon del 26 de julio de 1969, verdadera revisión desgarradora de la política americana en el mundo, pero sobre todo en Asia, y la del 3 de noviembre del mismo año sobre el tema del Viet-Nam, no podían dejar de ser cuidadosamente analizadas en Pekín.

A la larga, equivalían a volver a situar al Viet-Nam en la rituación que se había encontrado durante diez años, de 1954 a 1964. Se alejaba el peligro de una forzosa intervención china. La ayuda militar soviética a Hanoi sería menos necesaria y disminuía la influencia política de Moscú. China podría por sí misma dominar el problema indochino y pesar de manera decisiva sobre su solución.

La nueva política Nixon podía permitir la activación de una serie de cuestiones dejadas en punto muerto desde la guerra de Corea y la declaración Truman del 27 de junio de 1950. Permitía por lo menos abordar la discusión de lo contencioso chino-americano en Asia. Los chinos, que a menudo la habían reclamado, no tenían nada que perder si no todo lo contrario, ya se tratase de Taiwan, de Corea, del Japón y de su admisión en la ONU.

Por último, a escala mundial se ofrecía una gran ocasión para entrar en el juego de los «supergrandes», sacar unas ventajas precisas y eventualmente enturbiado mucho más de lo que había sido posible a propósito de Viet-Nam.

---

[700] Estas dos frases serán objeto de un largo comentario en ocasión del 1 de enero de 1971 («Diario del Pueblo» y «Bandera Roja»).

Cuando haya pasado la última crisis, la de una intervención militar sudvietnamita en el sur de Laos, eventualmente prolongada hacia Viet-Nam del Norte (febrero-marzo 1971), las cosas recobraron su cauce natural.

El repentino desplazamiento de Kissinger, consejero del presidente Nixon, a Pekín (9-11 de julio de 1971), el anuncio de la visita en la capital china, antes del mes de mayo de 1972, del mismo presidente, abrían oficialmente una nueva era de la política mundial en lo sucesivo ordenada alrededor de tres polos principales: Washington, Moscú y Pekín. A pesar de su debilidad económica, y a pesar de sus grandes hándicaps internos, gracias a sus dimensiones, a sus progresos nucleares y, en definitiva gracias a su independencia ideológica, China se había convertido en un «supergrande». Su entrada en las Naciones Unidas tres meses después será el efecto natural de esta elevación que involuntariamente o a propósito los americanos acababan de precipitar.

La visita del presidente Nixon a Pekín (21 al 28 de febrero de 1972) iba a abrir la vía a una activa política exterior china, cuyo primer testimonio será el retorno de la paz al Viet-Nam. La del primer ministro japonés, Tanaka (25-30 de septiembre de 1972), levantaría el obstáculo creado por cerca de un siglo de tensiones, de invasiones y de guerra, multiplicaría los intercambios económicos a la espera de los ajustes políticos indispensables para la búsqueda de un nuevo equilibrio de los cuatro (Estados Unidos, URSS, China, Japón) en Asia Oriental.

Mejorándose todo en ciertos puntos secundarios, las relaciones chino-soviéticas continuarán siendo la mayor preocupación de los chinos que subordinarán a ello el conjunto de su política exterior. Así se explica una política vietnamita que permite a los americanos volver mejor sus ojos hacia las zonas sensibles, como son el Próximo Oriente y Europa. Es así como debe comprenderse una política china favorable a la construcción política y militar de Europa «llave de la rivalidad estratégica de los Estados Unidos y la Unión Soviética», como dirá Chu En-lai en el X Congreso, y en la práctica abiertamente favorable a una Europa atlántica. En el curso del año 1974, China popular marcha con celeridad hacia su destino mundial.

XLIV. La política exterior china de 1966 a 1973 (II). Subcontinente indio, mundo árabe, África negra y América Latina.

China y el subcontinente indio

INDIA.

Sin llegar hasta los mayores enfrentamientos militares como en 1962 o a las amenazas de intervención directa como en 1965, las relaciones chino-indias continuaron siendo malas y caracterizadas por diversos incidentes como el del segundo secretario de la embajada de la India en Pekín, K. Raghunat, acusado de espionaje por haber tenido conocimiento de los anuncios de los guardias rojos (13 de junio), o el del ataque de la embajada de China en Nueva Delhi (16 de junio de 1967). Más tarde, se produjeron algunas escaramuzas o ataques de artillería en el paso de Nathu cerca de la frontera del Sikkim (11 de septiembre de 1967). La breve guerra indo-pakistaní de diciembre de 1971 a propósito de Bangla-Desh debía provocar una tensión que sin embargo no llegaría hasta el conflicto armado.

Con hosquedad, ironía y minuciosidad, los chinos sacaron de la prensa india, muy abierta y liberal, todos los elementos necesarios para nutrir una crítica permanente del gobierno indio, del Partido del Congreso y del Partido Comunista prosoviético. Dificultades de abastecimiento, disturbios sociales, revueltas de las tribus de Assam (mizos, nagas y kukis), lucha de los «intocables» y hasta la vida privada de la señora Indira Gandhi, fueron objeto de artículos y editoriales, a veces hasta el límite del insulto. Pero naturalmente es a propósito de la política exterior india y a propósito de las insurrecciones «naxalitas» sobre lo que los chinos se manifestaron con mayor hostilidad.

El gobierno indio será claramente acusado de convertirse en contra de China en el instrumento de la agresión ruso-americana. Por el lado de sus relaciones con Moscú, se manifestará la importancia de la visita de Kossyguin a Nueva Delhi en enero de 1968, la del ministro de Defensa Nacional indio a Moscú, las concesiones de material militar soviético (fábricas para fabricación de Mig 21, cazabombarderos supersónicos), la concesión de facilidades de

atraque de la flota rusa en el océano Índico. Por el lado de sus relaciones con los Estados Unidos, la utilización de las bases indias de Andamán y Nicobar por la VII Flota, la instalación de un instituto de sismología en Cachemira (para seguir las experiencias nucleares chinas, dirá Pekín). El gobierno será acusado confusamente de socavar la lucha de los países árabes contra Israel, de sostener «sucias transacciones» sobre la cuestión del Próximo Oriente en las Naciones Unidas (Conferencia de Delhi 11-14 noviembre de 1967), de ofrecer una ayuda en piezas de recambio a la aviación israelita y de favorecer el complot de las dos «chinas».

En fin, no es preciso decir que la influencia de la India sobre su protectorado del Sikkim, reforzado después de los incidentes de abril de 1973, el apoyo moral aportado por su gobierno a los refugiados tibetanos y hasta la comisión de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, serán denunciadas en cada ocasión.

Pero, es a propósito de los asuntos interiores indios en lo que los chinos se mostraron más ásperos. Denunciando las «brutalidades» gubernamentales «favorecidas» por la «dimisión» de la camarilla de los «renegados» de Dange y de Namboodiripad en Kerala, en Bengala y otros lugares, invitaron al pueblo indio a rechazar la acción parlamentaria, a adherirse a la vía de los levantamientos armados abierta por Mao Tse-tung. Las revueltas campesinas de Naxalbari y de muchos pueblos del distrito de Darjeeling serán saludados con entusiasmo: Un trueno primaveral en India, se titulará un editorial del «Diario del Pueblo» del 5 de junio de 1967. Algo después (26 de julio), el mismo periódico invitará al pueblo indio a seguir el ejemplo de los naxalitas, a tomar las armas contra la explotación «de las ratas indias, de los lobos americanos y de los zorros soviéticos». La formación del tercer partido comunista indio, el Partido Comunista indio (marxista-leninista), de Kanu Sanyal (22 de abril de 1969), encontrará por fin su apoyo desde un principio. Sin embargo la debilidad de este nuevo Partido en relación con los dos restantes, Partido Comunista indio y Partido Comunista indio (marxista), ala izquierda del primero, y más aún en relación con el conjunto de los partidos indios y la nueva orientación de la política exterior china, parecen haber obligado a Pekín a mostrar más circunspección en el conjunto del continente por cuanto el asunto de Bangla-Desh le obligaba a afirmar con estrépito su apoyo al Pakistán[701]. La firma, el 9

[701] Ver apartados «Pakistán» y «Nepal» de este capítulo.

de agosto de 1971, en Nueva Delhi, del tratado de paz, de amistad y de cooperación entre la India y la Unión Soviética será una consecuencia directa de las posiciones tomadas por los chinos.

Indiscutible éxito de la política soviética en Asia, el tratado, que Chu En-lai considerará como una réplica al proyecto de visita de Nixon a Pekín, no tardaría en demostrar su eficacia paralizando por adelantado las reacciones militares de los chinos en el momento de la invasión de Bangla-Desh. En cuanto a sus reacciones diplomáticas en el nuevo marco de las Naciones Unidas, iban, como la de los americanos, a ser anuladas por una sucesión de veto soviético. Después, los chinos han puesto a su vez el veto a la entrada de Bangla-Desh en las Naciones Unidas. Sus relaciones con la India continúan en punto muerto. El temor de ver ceder a este país a las solicitudes soviéticas en vistas a un pacto de seguridad colectiva en Asia o aceptar una ayuda militar rusa aun más importante parecen explicar su relativa moderación. La última visita de Breznev a Nueva Delhi (26 de noviembre de 1973) prácticamente ha pasado en silencio para la prensa de Pekín.

PAKISTÁN.

La Revolución cultural no interrumpirá la amistad chino-pakistaní mantenida por medio de frecuentes intercambios de delegaciones políticas, económicas y sobre todo militares. El ministro de Asuntos Exteriores Pakistanís estará en Pekín en agosto de 1968; en noviembre le tocará el turno al comandante en jefe de las fuerzas terrestres, el general Mohamed Yahya Khan que sucederá al presidente Ayud Khan en abril de 1969.

En julio de 1969, una misión gubernamental, que dirige el lugarteniente general del aire Nur Khan, visita China. Será seguido en junio de 1970 por el comandante de las fuerzas aéreas (mariscal del aire Abou Rahim) y después en septiembre por el comandante en jefe de marina. En fin, el 10 de noviembre de 1970, el general Yahya Khan vuelve a Pekín, esta vez en calidad de jefe de Estado. El comunicado común publicado en esta ocasión insistirá sobre el desarrollo «en profundidad» de la amistad chino-pakistaní[702].

[702] Ali Bhutto, ministro de Asuntos Exteriores presidirá una importante misión en Pekín del 6 al 8 de noviembre de 1971, pero este imprevisto viaje está vinculado con la

Las delegaciones chinas serán menos numerosas y menos engalanadas. Las principales fueron dirigidas por Kuo Mo-jo en el Pakistán Oriental (11 de marzo de 1970) y por Fang Yi, el viceministro de Comercio. Los chinos aportan a los pakistaníes, además de una notable ayuda militar, una ayuda económica mesurada pero útil tratándose de un país endeudado por las cargas militares fruto de su enemistad con la India[703]. Por último, las relaciones fronterizas se encontraron favorecidas por la apertura de una carretera Sinkiang-Pakistán a través de Karakorum (marzo de 1971).

La realidad de la solidaridad entre China y el Pakistán aparecerá con estrépito cuando el Pakistán Oriental intente secesionarse erigiéndose como Bangla-Desh. En ningún instante los chinos tomaron en consideración sus propios principios sobre el apoyo a las luchas de emancipación de los pueblos o la existencia de elementos revolucionarios bengalíes orientados hacia Pekín (Partido Nacional Awami). El conflicto será considerado como una tentativa de ruptura de la unidad nacional del Pakistán y como una grave injerencia en sus asuntos interiores, y los indios fueron acusados de alentar a los insurgentes y amenazados de intervención en las fronteras. Ansiosa de mantener con respecto a la India un contrapeso suficiente, China no se comportará como metrópoli revolucionaria, sino como gran Estado, salvaguardando su interés esencial, el mantenimiento de un continente indio dividido. El paso de Bangla-Desh a una independencia primero de hecho y después de derecho hará embarrancar esta política. Por el contrario, introducirá en el subcontinente indio un elemento de complicación, que a largo plazo puede ser favorable a la acción revolucionaria de inspiración china.

NEPAL.

El 1 de julio de 1967, Nepal sufrirá algunas consecuencias de la Revolución cultural. Violencias antichinas se produjeron en efecto en Khatmandú, pero las buenas relaciones se restablecieron casi en seguida. Los nepalíes no cesa-

crisis del Bangla-Desh y sus resultados demostraron una vez más que, bajo una ampulosidad verbal característica, la política exterior china continuaba fiel a su realismo tradicional.

[703] Hasta aquí, efectivamente 50 millones de dólares otorgados en 1965, pero se abrió un crédito de 200 millones por parte de China en noviembre de 197U.

ron de proclamar su política de no alineamiento y de neutralismo y su «ausencia de fe en los bloques y pactos militares»[704]. Algunas misiones fueron enviadas a Pekín y entre ellas una delegación del Panchayat[705].

En comparación, los chinos se mostraron menos reservados. Aplaudieron ruidosamente todos los acontecimientos propios para desatar al Nepal de la India (retirada del personal de los puestos de control militar indios sobre la frontera del norte). Condenaron el «chantaje» de la India en el momento de las negociaciones para la renovación del tratado de comercio y de tránsito chino-indio de 1960, expirado en octubre de 1970 y, finalmente, reemplazado por el del 13 de agosto de 1971. Sus manifestaciones de cortesía serán numerosas, ya se trate del cincuenta aniversario del rey de Nepal o del matrimonio del príncipe heredero en el que Kuo Mo-jo representará al gobierno. En definitiva, la ayuda china proseguirá (central hidroeléctrica de Sunkosi, carretera de Pokhara que debía concluirse en 1972), y nuevos acuerdos comerciales se firmarán en 1968 y 1971. Hasta la presencia de comunistas nepaleses en Pekín no contribuirá a ensombrecer unas relaciones basadas en la paciencia por el lado de los chinos y de equilibrio calculado entre la India, la URSS, los Estados Unidos y China por el lado de Nepal. La muerte del rey Mahendra (31 de enero 1972) no modificó la situación y el nuevo soberano, el rey Birendra, efectuará una importante visita de Estado a China el mes de diciembre de 1973.

CEILAN (REPÚBLICA DE SRI LANKA).

Tras cierta tensión, en el mes de agosto de 1967, cuando las tripulaciones chinas se entregaron como en otros lugares a unas demostraciones de propaganda en el puerto de Colombo (agosto de 1967), las relaciones chino-cingalesas volvieron a serenarse y a desarrollarse en el plano económico y comercial[706].

[704] Declaración del ministro de Asuntos Exteriores el 11 de marzo de 1970.

[705] Parlamento en donde por otra parte no existe ningún partido, procediendo toda la autoridad del soberano.

[706] Acuerdo del 9 de febrero de 1970 para la construcción de fábricas de hilados, concesión de créditos en septiembre de 1970. Un nuevo préstamo de 150 millones de rupias (alrededor de 25 millones de dólares americanos) fue concedido por los chinos a finales del mes de abril de 1971, es decir, después del levantamiento del Frente de Liberación cingalés.

La orientación del Partido Comunista de Ceilán hacia Pekín (secretario N. Sanmugathasan) y la revuelta del Frente de Liberación Popular cingalés, en marzo de 1971, tienden sin embargo por naturaleza a crear desconfianza y malestar en las relaciones entre Pekín y Colombo aunque, por diversas razones, se intente en la actualidad prevenirlas en las dos capitales[707]. En 1972 y en 1973 se han intercambiado visitas de Estado y ha sido reafirmada por una y otra parte la necesidad de mantener a las grandes potencias apartadas del océano Índico que se debe convertir en una «zona de paz».

El Próximo Oriente y el África mediterránea

A partir de la «guerra de los Seis Días», el mes de junio de 1967, toda la política china en el Próximo Oriente estará centrada en el conflicto árabe-israelí. Los chinos tomaron en seguida parte con los árabes y sobre todo con los palestinos contra los israelíes «apoyados por el imperialismo americano y británico», pero, rápidamente, desviaron sus golpes contra los soviéticos acusados de haber «traicionado ignominiosamente» la causa árabe, de urdir con los Estados Unidos «el siniestro complot de una solución política fraudulenta» y de preparar con ellos un «Munich del Próximo Oriente».

Eliminar la influencia soviética será y continuará siendo el primer objetivo de la política china en esta región ultrasensible del mundo. Pekín no cesará de alentar los diversos movimientos palestinos, y sobre todo los más extremistas, para que prosigan una lucha encarnizada y sin compromisos, a la vez «patriótica» y «revolucionaria» y a poner en primera fila sus actos de resistencia y de sabotaje. Sus misiones serán oficialmente recibidas en Pekín en donde se organizarán unas «semanas de Palestina»[708]. Se aportará un apoyo en armas a los mandos de Al Fatah. Cuando su aplastamiento por el ejército jordano, el gobierno chino levantará una resonante protesta (21 de septiembre de 1970).

[707] Los chinos condenarían a los «guevaristas de Ceilán» en una carta que no parece haber sido hecha pública. La importancia de las compras de caucho de Ceilán por China es un elemento importante de las relaciones entre los dos Estados.

[708] Yasser Arafat se trasladó allí en marzo de 1970, Huni Yunes en agosto. La Organización para la Liberación de Palestina tendrá por otra parte una representación permanente en Pekín.

Por el contrario, los esfuerzos de paz de las Naciones Unidas serán combatidos a veces en términos de una extraña grosería: «Última marranada soviético-americana», dirá la versión francesa de la agencia Hsinhua hablando de la resolución de noviembre de 1967. Plan soviético en cinco puntos, misión Jarring y misión Rogers serán objeto de comentarios injuriosos y serán denunciados como engaños. Los comportamientos de los Estados árabes moderados serán tratados con reserva, incluso con sospecha. Será Kuo Mo-jo, personaje de segunda línea políticamente hablando, quien representará a China en los funerales del coronel Nasser.

«Esperamos —dirán los chinos en esta ocasión— que el pueblo de la RAU transformará su aflicción en fuerza y llevará hasta el fin la lucha contra la agresión americano-israelí.»

Ninguna otra parte era mejor que el Próximo Oriente para encontrar un terreno tan favorable a su propaganda. Allí se podía encontrar todo y todo concordaba: aplicación de la teoría china de las guerras justas, fácil denuncia de la «pusilanimidad» soviética, demostración de la hostilidad americana contra los árabes, demostración de una colusión ruso-americana que la prudencia hacía inevitable, todo sin peligro o complicaciones para una China lejana y pretendidamente desinteresada. Sin embargo, los resultados de sus esfuerzos serán de orden negativo; la ley coránica opuesta al marxismo-leninismo es un obstáculo casi insuperable. En fin, comparada con la ayuda económica y militar soviética, la ayuda china será largo tiempo irrisoria, continuando en este sentido, al ser el Asia Oriental la tierra elegida de Pekín. La reanudación de las hostilidades entre Israel, Siria y Egipto en otoño de 1973 ha dado a Pekín una nueva ocasión para manifestar su apoyo a las naciones árabes y sobre todo a las organizaciones palestinas, pero también ha sido ocasión para dejar aparecer su impotencia. Ningún veto chino en el Consejo de Seguridad ha venido a bloquear la acción de las Naciones Unidas y el libre juego de los dos supergrandes en esta región tan sensible del mundo.

China continuará aportando su ayuda al Yemen (República árabe del Yemen) y pronto a la República democrática popular del Yemen del Sur tras el nacimiento de ésta el 30 de noviembre de 1967. La visita a Pekín del ministro de Asuntos Exteriores (17 de septiembre de 1968) y, posteriormente, del presidente del Consejo (1-13 de abril de 1970) será la ocasión de acuerdos económicos y técnicos. Se pondrá en práctica una ayuda médica china y se construirá una importante red de carreteras.

Los insurrectos del Dhofar, levantados desde el verano de 1965 y organizados en Frente Popular para la Liberación de Omán y del golfo Arábigo en septiembre de 1968, continuaron apoyados material y moralmente.

Con Kuwait serán establecidas por fin relaciones diplomáticas el 29 de marzo de 1971.

Las diferencias entre los países árabes productores de petróleo y sus compradores serán seguidas desde cerca y presentadas bajo luces de propaganda tanto mayor cuanto el débil consumo de China le asegura casi su independencia[709].

Las relaciones de China con los demás países islámicos del Próximo y del Medio Oriente no tienen relieve alguno. Turquía el 5 de agosto, Irán el 16 de agosto de 1971, y el Líbano el 10 de noviembre de 1971 establecerán con China relaciones diplomáticas ya difíciles de diferir. Se concertará un arreglo económico de poco alcance con Siria. Con el Afghanistán, sospechoso de querer atentar contra la unidad del aliado paquistaní ya afectado por la pérdida de Bangla-Desh (problemas del Pushtunistán y del Balushistán) y sospechoso de simpatías soviéticas, las relaciones disminuirán en calidad. El Irán (visita de la emperatriz y del primer ministro a Pekín en septiembre de 1972 y de Chi P'eng-fei a Teherán en 1973) tiende a convertirse en el compañero privilegiado en esta parte de Asia.

Sobre el continente africano las relaciones chino-tunecinas atravesaron por una grave crisis a finales de septiembre de 1967 y los chinos retiraron su personal diplomático. Sin historia con los demás países del Magreb[710], se estrecharon sus relaciones con Mauritania, cuyo presidente Moktar Oul Dah Dah visitará China (20-24 de octubre de 1967), mientras que numerosas misiones se intercambiarán seguidamente[711].

---

[709] Sobre los 2.130 millones de toneladas de la producción mundial de 1969 China no ha producido ni ha consumido mis que unos 20 millones. A propósito de la «sucia guerra de los petróleos en la que participa el socialimperialismo», ver el «Diario del Pueblo» de 15 de marzo de 1970.

[710] Hay que destacar de todas formas la presencia de una delegación militar china en Argel en 1969 y la visita del ministro de Asuntos Exteriores argelino, Buteflika, a Pekín (julio 1971).

[711] Los chinos otorgaron a Mauritania un préstamo a largo plazo de 112 millones de francos el mes d mayo de 1971.

El jefe del Estado del Sudán, el general Mohamed Numeiry, también había sido recibido en Pekín el 6 de agosto de 1970. Cuando llegue el golpe de Estado procomunista de Kartum al año siguiente (19 de julio de 1971), los chinos sacrificarán una vez más la ideología al interés político y más precisamente a su acción antisoviética en el Tercer Mundo apoyando al gobierno del Sudán y condenando la «camarilla del golpe de Estado». Una misión sudanesa dirigida por el ministro de Defensa Nacional se trasladará a Pekín el mes de agosto y un protocolo de cooperación económica y técnica comportando un préstamo de 35 millones de dólares será firmado el 24 de agosto de 1971.[712]

África

A través de diversas organizaciones o conferencias africanas o afroasiáticas los chinos continuaron siguiendo de cerca la evolución del continente negro. Todos los movimientos rebeldes, en cuanto a la descolonización, con tendencia revolucionaria fueron aprobados y a veces ayudados tanto los territorios portugueses y del África del Sur hasta los de Eritrea, del Zaire (ex Congo-Kinshasa), y del Camerún. Al mismo tiempo, como en el Próximo Oriente, combatirán por todos los medios la influencia soviética. «La ayuda soviética a los países de África es un cero a la izquierda», dirá la agencia Hsinhua el 4 de julio de 1967 resumiendo sus críticas.

Poco afortunados en la organización de solidaridad de los pueblos afroasiáticos más influenciada por la URSS, y sin participar en las conferencias de los países no alineados, los chinos se sirvieron activamente de la Asociación de periodistas afro-asiáticos cuyo secretariado, dirigido por Djawoto, residía en Pekín.

Sin embargo, y sobre todo con el fin de su Revolución cultural y con su entrada en las Naciones Unidas, China acordará más y más importancia a las relaciones de Estado, establecerá unos vínculos diplomáticos con los regímenes más alejados de su ideología y, por consiguiente, reducirá o abandonará su ayuda a ciertos movimientos disidentes.

[712] Otra delegación sudanesa presidida por el vicepresidente de la República (Khalid Hassan Abbas) acaba de trasladarse a China (diciembre de 1971) y obtendría un préstamo por un valor de 183 millones de francos franceses.

Tanzania y Guinea aparecen en la actualidad como los puntos de apoyo africanos más sólidos de la diplomacia china.

La firma, el 5 de septiembre de 1967, de un acuerdo con Tanzania y Zambia para la construcción de un costoso ferrocarril de 1.600 km que una Dar-es-Salam y Lusaka (obra inaugurada el 26 de octubre de 1970 y con la terminación prevista en 1976) afectará a la opinión internacional ya alertada por la existencia de otros acuerdos (Cía. de Navegación chino-tanzaniana, instalación de fábricas de maquinaria agrícola y textil, asistencia médica) y dispuesta a sospechar la existencia de acuerdos militares secretos[713]. De nuevo en su visita a Pekín en junio de 1968, el presidente de Tanzania Julio Nyéréré intentará guardar políticamente sus distancias manifestando con prudente humor que la amistad entre ambos países es una «amistad entre iguales muy desiguales» sin convertir a su país en un satélite de China.

Guinea, la expresión del anticolonialismo más impetuosa, será apoyada en todas las tomas de posición de su presidente y particularmente en noviembre de 1970 cuando el asunto de los mercenarios portugueses[714]. China y Guinea intercambiaron misiones militares y comerciales. Los técnicos chinos iniciaron un estudio de una red de ferrocarriles entre Guinea y Malí; el palacio de la Independencia construido por China será inaugurado en Conakry en 1967.

Congo (Brazzaville) continuará recibiendo una ayuda técnica china limitada[715].

Etiopía reconocerá a China el 1 de diciembre de 1970 y el emperador Haile Selassie será recibido con todo tipo de consideraciones en Pekín (6-10 de octubre de 1971). En esta ocasión se le concedería un préstamo de 440 millones de francos.

El presidente de Zaire, el general Mobutu, se dirigirá a Pekín en enero de 1971. Allí será apoyado en su nacionalismo, «África con los grandes pueblos africanos», dirá Chu En-lai, y será aprobado en su «neutralismo positivo». Su régimen, que Mao Tse-tung, según su propia declaración, había querido abatir costosamente, recibía por el contrario un préstamo de 100 millones de dólares

[713] Entrega de aviones chinos, instalación de bases de observación de misiles.

[714] Ver la declaración del 25 de noviembre de 1970 del gobierno de la República Popular de China.

[715] Visitas del primer ministro congolés (el comandante Raul) a Pekín en octubre de 1969 (firma de un nuevo acuerdo de cooperación económica y técnica) y en julio de 1970. Visita del presidente N'guabi en julio de 1973.

y una ayuda técnica agrícola importante. Una nueva visita tuvo lugar en diciembre de 1974.

A finales del año 1973 todos los Estados de África, salvo Gabón, Costa de Marfil y la República Centroafricana habrán establecido o restablecido relaciones diplomáticas con Pekín beneficiándose algunos de ellos de créditos financieros importantes[716].

América Latina

Ningún acontecimiento realmente importante caracterizará las relaciones entre China y América Latina durante los tres o cuatro años de la Revolución cultural. La tensión con Cuba, un momento reavivada a finales de 1966 irá apaciguándose a pesar de la evolución más marcada de los cubanos hacia la Unión Soviética.

En enero de 1971 China y el Chile del presidente Allende establecieron relaciones diplomáticas regulares y los chinos se encontraron en lo sucesivo oficialmente presentes en el continente de América del Sur. Uno a uno, Perú (2 de noviembre de 1971), México (14 de febrero de 1972), Argentina (19 de febrero de 1972) siguieron el ejemplo de Chile. El trágico fin del presidente Allende, aunque deplorado por Pekín, no desencadenaría la ruptura con Santiago con gran escándalo por parte de los simpatizantes del maoísmo.

La visita a Pekín del presidente de México, Luis Echevarría, condujo a los chinos a firmar los artículos del tratado de Tlatelolco que prohibía la presencia de armas nucleares en América Latina, importante derogación a su posición en el desarme en general.

Como es de suponer, los chinos continúan explotando las diferencias que oponen a Washington y a las capitales sudamericanas. Así es como la cuestión

[716] Guinea Ecuatorial (ex española), 20 de octubre de 1970), Nigeria (10 de febrero de 1971), Camerún (26 de marzo de 1971), Sierra Leona (29 de julio de 1971), Togo (11 de septiembre de 1971), Senegal (6 de octubre de 1971), Dahomey (diciembre de 1972), Madagascar (noviembre de 1972), lila Mauricio (abril de 1972), Tchad (30 de noviembre de 1972), Ghana (marzo de 1972). La ayuda económica y financiera interesará particularmente a Dahomey (220 millones de francos), Togo (230 millones de francos) y Madagascar (40 millones de francos). El número y la frecuencia de las visitas oficiales chino-africanas nos ha hecho renunciar a su recuento.

de la extensión del límite de las aguas territoriales de pesca a 200 millas marinas, promovida por los Estados costeros del Pacífico Sur, ha acaparado su atención y ha obtenido todo su apoyo.

La propaganda de Pekín acerca de los movimientos revolucionarios de América Latina es moderada en sus resultados. Si ya existen algunos grupos prochinos en cada país, son numéricamente débiles y están caracterizados por la inestabilidad que todavía acusan las costumbres políticas locales[717].

[717] Para el tema del inventario de estos grupos atenerse a la nota 27 del cap. XXII.

XLV. La política exterior china de 1966 a 1973 (III). Japón, Corea y Sudeste asiático

Japón

El mantenimiento en el poder del gobierno Sato, victorioso en las elecciones del 27 de diciembre de 1970, las perspectivas de una retirada parcial americana en beneficio de los japoneses en el Pacífico Occidental, el ritmo de expansión de la economía japonesa y sus efectos exteriores agravarán todavía más el clima político entre Tokio y Pekín. A partir de 1967, los chinos multiplicaron sus denuncias, a veces muy brutales, contra un militarismo japonés que se creía renacer y dispuesto a servir de apoyo a una estrategia de cerco de su país. Intentaron responder por adelantado a esto acercándose a Corea del Norte, acentuando, según cada caso y cada momento, sus tentativas de presiones y de seducciones comerciales, haciendo todo lo posible para ganarse ciertos medios políticos japoneses desfavorables a la existencia de unos vínculos demasiado estrechos entre su país y los Estados Unidos.

Con el Partido Comunista de Kenji Miyamoto la ruptura será total, y la formación de un partido disidente prochino, el 30 de noviembre de 1969, la hace sin duda alguna definitiva.

La sustitución de Sato por Kakuei Tanaka, quien, algunos meses después que el presidente Nixon, se dirigió a China (septiembre de 1972), debía hacer evolucionar rápida y radicalmente la situación. No tardaron en establecerse relaciones diplomáticas normales entre ambos Estados, cuyos intercambios económicos se incrementarían.

Será contra la política personal de Eisaku Sato, de su ministro de Asuntos Exteriores Kiichi Aichi y de su ministro de Defensa Nacional Yashuhiro Nakasone —estos dos últimos en funciones hasta las modificaciones del verano de 1971— contra quienes los chinos pronunciaron los más rudos ataques. Todos ellos serán acusados de alimentar para el Japón los objetivos políticos más elevados, de hacerse cómplices de los americanos dispuestos a servirse de los asiáticos para combatir a los asiáticos, incluso de los soviéticos preocupados para completar el cerco de China con la excusa de organizar la seguridad colectiva en Asia.

De una manera más precisa, los chinos reprocharon al gobierno Sato el favorecer la prolongación ilimitada de una presencia militar americana en el Japón en el marco de un tratado de seguridad americano-japonés de 1960, expirado el 22 de junio de 1970, pero automáticamente renovado. La retirada de las fuerzas americanas de Okinawa prevista por el acuerdo del 17 de junio de 1971, se presentará como una falsa retirada, y Chu En-lai acusará a Sato de querer «okinawizar» el Japón. No sin razón, los chinos Sospecharon que los japoneses querían prolongar el statu quo político y militar en Corea del Sur, en Taiwan, en el estrecho de Malaca y en el conjunto del Sureste asiático en nombre de su seguridad, de estar dispuestos a tomar, al menos parcialmente, el relevo de los Estados Unidos en esta región del mundo. Ya, dirán, por medio del Consejo para Asia y el Pacífico que reúne todos los años a los ministros de los Asuntos Exteriores de muchos países del Asia Oriental, se esboza una futura alianza militar «contrarrevolucionaria» sostenida por Washington. En cuanto a la idea de seguridad colectiva, «siniestra pacotilla empaquetada dentro de la cooperación económica regional», era objeto de intercambios de opiniones entre japoneses y soviéticos o por lo menos de explicaciones por el lado soviético desde abril de 1969.

La expansión militar japonesa será condenada en numerosos artículos y comentarios llenos de precisiones cifradas sacadas de los planes o de las declaraciones de Nakasone. El aumento del presupuesto y de los efectivos de las fuerzas armadas del Japón, la probable superioridad cualitativa de la aviación japonesa, la de los laboratorios militares japoneses y la posibilidad de Japón de procurarse en caso necesario un armamento nuclear en un tiempo récord, inquietan a los chinos. No se satisfacen por el carácter defensivo del rearme nipón o con la firma por Tokio del tratado sobre la prohibición parcial de las experiencias nucleares, sino que revelaron las menores manifestaciones del «renacimiento» militar japonés. Es así cómo el suicidio del escritor Mishíma, según el rito tradicional del seppuku (noviembre de 1970), será ampliamente explotado.

Las inquietudes chinas a propósito de la expansión japonesa se manifestaron frecuentemente y parecen, al menos por el momento, más justificadas que las precedentes. Las diferencias entre los potenciales económicos y los índices de crecimiento de los dos países son en efecto sorprendentes. Los chinos subrayaron que la potencia industrial japonesa es en la actualidad ocho veces mayor que la que había antes de la Segunda Guerra Mundial. Notaron que las

inversiones japonesas en el Sureste Asiático que se habían elevado a 300 millones de dólares entre 1945 y 1963 era de 2.200 millones de dólares entre 1963 y 1967 y se habían multiplicado hasta en América Latina donde habían alcanzado los 513 millones de dólares a finales de 1969 contra 121 millones en 1965.[718] Japón había llegado a controlar el comercio exterior de ciertos países de Asia, sobre todo Corea del Sur e Indonesia en donde su participación había pasado de un 21 por ciento en 1960 a un 40 por ciento en 1966 para la primera y de un 17 a un 30 por ciento para la segunda entre las mismas fechas. En fin, evaluaron con realismo las enormes necesidades japonesas en materias primas en el curso de los próximos años. Sus inquietudes con respecto a una colaboración soviético-japonesa ya realizada de hecho serán aumentadas y su amargura será tanto mayor cuando esta colaboración se ejerza en las regiones cedidas por ellos a la Rusia de la época de los «tratados desiguales»[719].

Dentro del mismo orden de ideas el descubrimiento de reservas petrolíferas en el subsuelo marino del arco insular: Japón-Riu-Kiu-Taiwan provocará vivas prevenciones en Pekín con respecto a los japoneses, los americanos, los coreanos del sur y con los chinos de Taiwan[720]. La inclusión de las islas de Tiaiaoyütai en el territorio de Okinawa restituido al Japón suscitará también reacciones anti japonesas y antiamericanas en Pelan igual que en Taipeh.

El atractivo del mercado japonés y sobre todo de sus perspectivas será el arma principal de los dirigentes chinos. Denunciando al gobierno Sato y su política expansionista de regreso a una nueva «esfera de coprosperidad en Asia», se abrieron más ampliamente a un comercio japonés que por otra parte les era indispensable. Coyuntura económica nacida del relajamiento de sus vínculos con el campo socialista, cálculos realistas acompañados de pueriles

[718] Según los chinos las exportaciones de capitales japoneses alcanzarían los 1.260 millones de dólares en el año 1969; ver «Diario del Pueblo» del 3 de septiembre de 1970 *Abajo el militarismo japonés resucitado.*

[719] La participación japonesa en el desarrollo de Siberia se traduce en la construcción de puertos, centrales eléctricas, la explotación de diversas minas y la de los recursos forestales. El comercio soviético-japonés se elevó en 1969 a 700 millones de dólares aproximadamente, es decir, al nivel del comercio chino-japonés del mismo año.

[720] Un comité de enlace para las investigaciones petrolíferas en la región, se creó en Seúl el 12 de noviembre de 1970.

exigencias de vocabulario, hicieron pasar a los intercambios de 1970 calculados en 822.700.000 dólares, o sea, un 32 por ciento más que en 1969.[721] Casi una cuarta parte del comercio chino se realizaba ahora con el Japón; aún falta observar la relativa debilidad de esta cifra sensiblemente igual a la del comercio nipo-taiwanés.

Con el apaciguamiento que seguirá a la Revolución cultural, numerosas personalidades políticas japonesas (Partido Liberal Demócrata y partidos de oposición) hicieron viaje a Pekín mientras que se creará en la Dieta una asociación para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas chino-japonesas (9 de diciembre de 1970).[722]

La evolución de la política americana, atestiguada por el viaje sorpresa de Kissinger a Pekín causará un apuro momentáneo en el gobierno Sato que se alineará en las posiciones de Washington, pero verá sus aperturas muy mal acogidas por Chu En-lai (noviembre de 1971).

Con el viaje a Pekín del nuevo primer ministro japonés, Tanaka (25-30 de septiembre de 1972), se abre un capítulo fundamental de la historia del Japón y de Asia Oriental[723]. Se puede pensar que los chinos, llegado el momento, tratarán de obtener la cooperación del Japón a su propio desarrollo, previniéndose totalmente contra un rearme nuclear de este país y, a ser posible, sustrayéndolo a las influencias americanas y, más aún, a las influencias soviéticas.

La mediocridad de las relaciones entre el Partido Comunista japonés y el Partido Comunista chino hacía juego con la mediocridad de las relaciones políticas entre Pekín y Tokio. A partir del verano de 1966, el segundo no dejará de

[721] comunicado común firmado el 1 de marzo de 1971 entre los representantes de las oficinas comerciales China-Japón y Japón-China es digno de ser meditado en la medida en la que demuestra la persistencia de actitudes heredadas de la antigua corte imperial. Pero también se puede ver en él signo de infantilismo en términos de diplomacia moderna.

[722] Las difíciles relaciones entre el Partido Comunista chino y el japonés entre 1966 y 1968 han sido objeto de numerosos estudios de Sheldon W. SIMON como: *Maoism and Inter-Party Relations; Peking Alienation of the Japan Communist Party*, en «The China Quarterly», num. 35, julio-septiembre de 1968.

[723] Ver a este respecto el importante comunicado común del 26 de septiembre de 1972.

denunciar el «revisionismo» del primero, expulsando hasta sus dos representantes en Pekín (18 de julio de 1967).[724] El acercamiento del Partido Comunista japonés y el Partido Comunista soviético en 1971, la fundación de un Partido Comunista japonés (izquierda) proclamado en enero de 1970, a partir de ciertos corpúsculos izquierdistas reunidos en congreso del 2 al 30 de noviembre de 1969, consagran una ruptura que existía en realidad desde hacía cinco años y cuyas razones deben buscarse en la extrema intransigencia doctrinal y política del Partido Comunista chino y en el deseo de independencia de un Partido Comunista japonés cuyos problemas se sitúan en el contexto de una sociedad altamente industrializada e intelectualizada.

Corea

Las inquietudes comunes a propósito del renacimiento del poderío japonés y de sus consecuencias posibles sobre Taiwan y Corea del Sur van a determinar un acercamiento chino-coreano después de muchos años de mutua frialdad. Esta evolución, perceptible desde 1969, encontrará su primera gran manifestación en la visita que Chu En-lai hará a Pyongyang del 5 al 7 de abril de 1970, en vísperas de la prolongación del tratado de seguridad americano-japonés. Transcurrirá bajo el signo de la condena del militarismo japonés y de sus peligros. Tras una larga diatriba contra su resurrección, el comunicado del 7 de abril concluirá:

«Las dos partes estiman que, ahora, los reaccionarios americanos y japoneses intensifican cada vez más su agresión y las nuevas provocaciones de guerra y que, frente a esta situación, es imperativo para los pueblos chino y coreano el unirse contra el enemigo común...»

Chinos y coreanos tuvieron así en cuenta sus preocupaciones por la seguridad de los tres países indochinos, por su interés para el desarrollo de las luchas revolucionarias en todos los países del mundo. No aparecería ninguna mención a la URSS ni al campo socialista en los discursos que se pronunciaron del 5 al 7 de abril y los coreanos apenas hicieron referencia a la Revolución cultural. Relaciones de partidos y relaciones ideológicas no cambiaron, pero las relaciones entre gobiernos (comprendiendo las relaciones militares) fueron

[724] El manifiesto del nuevo Partido Comunista japonés (izquierda) está analizado en «Pekín Information» del 5 de enero de 1970.

indiscutiblemente mejoradas y una especie de frente del Asia Oriental contra los Estados Unidos y el Japón quedó al menos bosquejado.

Las manifestaciones de amistad y de cooperación irán, por otra parte, multiplicándose. El 20 aniversario de la guerra de Corea será celebrado fastuosamente en Pekín a donde se trasladará Pak Sung Chul, vicepresidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores. El tema de la solidaridad de los pueblos asiáticos será desarrollado una vez más. Tres meses después será conmemorado el 20 aniversario de la entrada de los «voluntarios» chinos en Corea del Norte y, en esta ocasión, el jefe del estado mayor general chino Huang Yung-sheng pronunciará un ardiente discurso.

La mejora de las relaciones Pekín-Pyongyang proseguirá en el transcurso de los meses siguientes; apoyo chino a cada pequeño incidente entre las dos Coreas, diversos arreglos económicos, frecuentes intercambios de misiones y una presencia china más activa en los encuentros periódicos de Panmunjom. Cuando la «doctrina Nixon», después del viaje del presidente de los Estados Unidos a Pekín pareciendo modificar la situación en el Nordeste de Asia, incitará a Corea del Norte y Corea del Sur a entablar un diálogo prudente y limitado con miras a preparar la unidad de la península (comunicado del 4 de julio de 1972), los chinos se mostrarán favorables. Se referirán a la campaña contra Seúl y sostendrán la intransigencia de Pyongyang cuando las negociaciones parezcan atascarse[725]. Esta flexibilidad se explica naturalmente por su deseo de hacer contrapeso a la influencia soviética en Corea del Norte, ya se trate de interés de Estado o de ideología. Es tanto más fácil de practicar cuanto que las perspectivas reales de reunificación son escasas.

Birmania

La Revolución cultural afectará duramente el carácter ejemplar de las relaciones chino-birmanas. Los días 26 y 27 de junio de 1967, unos incidentes, nacidos del celo excesivo de ciertos profesores chinos, provocaron sangrientas reacciones. Según opinión de los chinos más de 50 de sus compatriotas son asesinados en Rangún. De golpe, los expertos chinos son retirados, el general Ne Win se convertirá en un «reaccionario fascista», un «nuevo Chiang Kai-

[725] Los chinos sostendrán igualmente la proposición norcoreana de que entre en las Naciones Unidas una sola Corea Confederada, mejor que dos Coreas separadas.

shek» y algunos dirigentes del Partido Comunista birmano (Bandera Blanca), entre los que se halla Ba Thein Tin, primer vicepresidente del Comité central, reaparecieron en Pekín. Los chinos dieron gran publicidad y grandes estímulos al Partido Comunista birmano que ideológicamente se alinearía con ellos. El asesinato de su presidente Thakin Than Tun (24 de septiembre de 1968), atribuido a Ne Win y a los «revisionistas», será deplorado y explotado (20 de marzo). El treinta aniversario se celebrará con ostentación, y los éxitos de los guerrilleros birmanos serán subrayados por la prensa. No obstante, los chinos serán demasiado sagaces como para empujar sin consideraciones al gobierno de Ne Win hacia el Occidente o la URSS al modo de la India.

En el curso del verano de 1971 (6-12 de agosto), el general Ne Win será invitado a realizar una visita a China «amistosa y oficiosa» y será recibido por el presidente Mao Tse-tung. Con todo no se publicará ningún comunicado final y Chu En-lai se limitará a observar con cierta tibieza la mejora de las relaciones chino-birmanas:

«Hemos constatado con placer que, estos dos últimos años, las relaciones entre nuestros dos países han vuelto a ser normales, que nuestros dos gobiernos han intercambiado embajadores, y que el comercio entre ambos países se ha desarrollado.»

Con un optimismo moderado apuntará hacia el porvenir. Se puede pensar que, fiel a la línea de todos los gobiernos birmanos, el general Ne Win no ha querido abandonar su celoso neutralismo.

Indonesia

Las relaciones chino-birmanas, suspendidas tras los incidentes de la primavera de 1966 y los del otoño de 1967 en Yakarta, continúan en punto muerto.

Los chinos no cesaron de acusar al gobierno Suharto, culpable de «vender» a su país al imperialismo americano: acogida de capitales, exportación de materias estratégicas (petróleos, cobre, níquel, bauxita) e instalación de bases aéreas.

La penetración soviética en Indonesia será denunciada bajo el mismo título y más violentamente todavía que la penetración americana: aplazamiento de

créditos, ayuda militar propia para sostener la lucha contra los revolucionarios[726].

Pekín pronto multiplicará las incitaciones a la revuelta amparando la resurrección del Partido Comunista indonesio (PKI) que, a partir de 1967 y después de haber hecho su autocrítica y condenado el oportunismo de Aidit, su antiguo secretario general (17 de agosto de 1966), tomará la vía de la revolución china y emprenderá una serie de pequeñas operaciones de guerrillas. El PKI, o al menos su facción prochina, instala también en Pekín una delegación permanente, dirigida por Jusuf Adjitorop. En abril de 1969, los indonesios denunciaron el tratado de nacionalidad de 1955. Los chinos casi no podrán reaccionar a causa del número y de la situación ya delicada de sus súbditos en el archipiélago y deberán conservar en sus tejemanejes un carácter más verbal que real[727]. La apertura china hacia el mundo exterior no se ha manifestado todavía en Yakarta. El carácter violentamente anticomunista del gobierno indonesio, como el deseo de Pekín de oponer su apoyo a las luchas revolucionarias contra la «traición» de los revisionistas soviéticos, no son como para facilitarla; no es menos previsible que únicamente debido a las relaciones chino-americanas, el conjunto de Asia del Sureste comience a evolucionar hacia el neutralismo[728].

Malasia

«Instrumento neocolonialista», sostenido por las tropas del Reino Unido, atacado desde dentro por el Partido Comunista malayo, poco numeroso pero combativo y totalmente enfeudado en Pekín, a veces víctima de los tumultos raciales cuyos gastos cubren las comunidades chinas, juzgado como a merced de la codicia soviética desde el establecimiento de relaciones diplomáticas con Moscú en noviembre de 1967 y la misión comercial Patolichev en febrero-marzo de 1968, la Malasia de Tunku Abdul Rhaman continuaba siendo uno de los blancos preferidos de la propaganda china. Las perspectivas de una neu-

[726] En abril de 1967 el total de los préstamos soviéticos a Indonesia se elevaría, según los chinos, a 1.200 millones de dólares.

[727] Actualmente 1,2 millones de chinos tendrán nacionalidad indonesia, 1,1 millón serán apátridas y 250.000 tendrán ciudadanía china

[728] Es preciso notar que China ha sostenido a Indonesia y Malasia en su acción contra el carácter internacional del estrecho de Malaca.

tralización del Sureste Asiático, pero más probablemente el deseo de no abandonar a las influencias rusas ni japonesas una región extremadamente próspera, poblada con un 40 por ciento de chinos, una coyuntura local favorable y, por último, la llegada al poder de Abdul Razak en septiembre de 1970, prepararán un acercamiento económico. El mes de mayo de 1971 una delegación comercial malaya se traslada a Pekín y, el mes de agosto, por primera vez, una misión de China Popular llegaba a Kuala Lumpur. Estos viajes parecían preparar por una y otra parte una evolución política que sería importante por sus repercusiones en el resto de la península indochina.

Tailandia

La naturaleza del gobierno tailandés, su intervención limitada pero directa en las guerras de Laos, Camboya y Viet-Nam, la presencia en su territorio de seis o siete bases aéreas o aeronavales que utilizan los americanos que las han construido, ponen en el acercamiento entre Pekín y Bangkok unas dificultades insuperables. Los chinos no llevaron con acierto sus estímulos al Frente Patriota Tailandés formado el 1 de enero de 1965 y en el que un Partido Comunista tailandés, antiguo pero poco consistente, tomará a principios de 1968 un papel preponderante. En diciembre de 1968, este Partido publicará un programa con diez puntos que lo alineará estrictamente con el Partido Comunista chino y, por la misma época, aparecerá un «Mando supremo del Ejército de Liberación Popular tailandés». Éste se atribuirá algunas actividades de sabotaje y de guerrilla de amplitud y eficacia moderadas. La marcha de la guerra de Indochina, la tendencia americana al desbloqueo y el apoyo oficial de Pekín a los revolucionarios de Tailandia, se combinan para hacer nacer algunas inquietudes en el seno de un país durante largo tiempo protegido por la resistencia de sus vecinos. El gobierno del general Thanom intentaba asegurar su propio fortalecimiento regresando a una dictadura militar por otra parte relativamente flexible. Su caída en octubre de 1973 parece que debe facilitar un acercamiento entre Bangkok y Pekín.

Filipinas

Muy cercanas políticamente de Tailandia por su alineamiento internacional, por su participación en las operaciones del Viet-Nam, todo separa a Filipinas de China. También, Pekín adoptará la misma actitud con respecto a Manila que con Bangkok. Tendrá tendencia a exagerar la importancia de un débil Partido Comunista filipino reconstruido en diciembre de 1968 y de un nuevo ejército popular reactivado en el curso del verano de 1969 después de un largo eclipse. La posición geográfica de Filipinas y su estrecha asociación económica y militar con los Estados Unidos dan pocas oportunidades a China Popular de influir directamente en sus destinos. Sin embargo, en 1973 se establecieron relaciones de hecho, a raíz de la visita de la señora Marcos, esposa del presidente de Filipinas, a Pekín.

Los tres Estados de Indochina

Desde la primera Conferencia de Ginebra —en 1945— los chinos habían procurado siempre distinguir el caso del Viet-Nam de los de Laos y Camboya. La «neutralización» de Laos realizada durante la segunda Conferencia de Ginebra (1961-1962) había venido a subrayar esta distinción, aunque la existencia de la «pista Ho Chi Minh» en la parte oriental de este país y el mantenimiento de una zona «Pathet Lao» le haya quitado en realidad gran parte de su sentido. En cuanto a Camboya, bajo la dirección del príncipe Sihanuk, un neutralismo altamente proclamado no le impedía el servir de santuario al Frente Nacional de Liberación del Viet-Nam del Sur y a las unidades regulares procedentes del Viet-Nam del Norte.

El golpe de Estado camboyano del 18 de marzo de 1970 romperá estas apariencias; la expresión de «guerra de Indochina», olvidada desde hacía quince años, volverá a tomar sentido y en lo sucesivo Pekín querrá vincular dentro del mismo combate a los tres «pueblos indochinos» procurando apartar a Laos y a Camboya una asistencia militar bastante poderosa para trastornar la situación y provocar una réplica americana aún más fuerte. Estos nuevos acontecimientos incitaron a los chinos a extender, en detrimento de los soviéticos, su influencia en esta región del mundo, esperando que las relaciones entre el Viet-Nam del Norte y los movimientos revolucionarios de Laos y Camboya se armonicen y no conduzcan a la exclusiva dominación del primero sobre los

segundos. La evolución de su política exterior a partir de 1969 les conducirá poco a poco a prepararse para un retorno a la paz e incluso a cooperar en ello al menos indirectamente. China firmará los acuerdos de París sobre el Viet-Nam (27 de enero de 1973) y aprobará los arreglos que han de hacerse un poco más tarde entre las diversas facciones laosianas. Sólo Camboya, donde se continuará sosteniendo firmemente al príncipe Sihanuk, escapará a este movimiento general.

El Viet-Nam

Desde finales de 1966 hasta la muerte del presidente Ho Chi Minh, el 3 de septiembre de 1969, nada importante afectará a la política china en el Viet-Nam. Los chinos reconocerán por supuesto el gobierno revolucionario provisional de la República del Viet-Nam del Sur, creada el 10 de junio de 1969 y continuaron sosteniendo el esfuerzo económico y militar de los norvietnamitas a quienes alentaron a la más estricta intransigencia. Denunciaron sin descanso las «supercherías» de las propuestas de paz americanas, rechazaron por adelantado toda intervención de las Naciones Unidas, se mostraron hostiles a la convocatoria de una nueva Conferencia de Ginebra e ignoraron las negociaciones a cuatro, abiertas en París el 13 de mayo de 1968. Criticaron también, hasta en los mensajes oficiales dirigidos a Hanoi, una «colusión» ruso-americana que, preparada para favorecer la transferencia de medios militares americanos de Europa al Viet-Nam, excluía a la URSS del «frente antiimperialista». A veces la tensión chino-soviética y las turbulencias de la Revolución cultural se combinaron para retardar el tránsito de material militar ruso hacia Tonkin, incluso las mismas entregas chinas[729].

Los intercambios de visitas en la cumbre parecían menos frecuentes. Los chinos no piensan dejarse arrastrar hacia el Viet-Nam en una acción común del campo socialista, acción a decir verdad poco probable pero que, además de sus peligros, les subordinaría totalmente a los soviéticos. Por su lado, durante largo tiempo turbados por la naturaleza, la amplitud y por los resultados de la Revolución cultural y ante todo preocupados en conservar un indispensable

[729] Sobre todo en marzo de 1967 y mayo de 1968.

apoyo material soviético, los norvietnamitas parecen haber tratado a Pekín con tanta reserva como contemplaciones[730].

La desaparición de Ho Chi Minh, cuya personalidad había permitido a los norvietnamitas colocarse a igual distancia de las dos metrópolis socialistas, señalaría un primer cambio. El 4 de septiembre de 1969, a partir del día siguiente a su muerte, Chu En-lai llegaría a Hanoi a donde se trasladaría el 10 una importante delegación conducida por Li Hsien-nien. A favor de la llegada de Kossyguin a Tonkin y para responder al último deseo del presidente norvietnamita difunto, chinos y rusos iban a prestarse a una nueva tentativa de acercamiento y a intentar, en Pekín, unas conversaciones bilaterales[731].

La situación creada en el Partido Laodong donde las tendencias prosoviéticas y prochinas iban a manifestarse más libremente, la amplitud aún desigual del esfuerzo militar americano y el regreso de China a una política exterior activa, iban a dar al Viet-Nam toda su importancia.

En el mes de octubre, Pham Van Dong, primer ministro del Viet-Nam del Norte, y Nguyen Huu To, presidente del Presidium del Comité central del Frente Nacional de Liberación del Viet-Nam del Sur, llegaron a Pekín donde se había concertado un acuerdo de ayuda económica y militar china el mes precedente. El comunicado Chu En-lai - Pham Van Dong firmado en esta ocasión (25 de octubre) condenará la «vietnamización» de la guerra, afirmará que la retirada incondicional de las tropas americanas y la solución del problema del Viet-Nam por los mismos vietnamitas señalan la única «vía justa» hacia el fin de las hostilidades. Una vez más citará la fórmula de Mao Tse-tung:

«Los 700 millones de chinos son el poderoso apoyo del pueblo vietnamita y las vastas extensiones del territorio chino su retaguardia segura.»

La inmutabilidad de la posición china se afirmaba en este llamamiento.

El golpe de Estado del general Lon Nol en Camboya, el 18 de marzo de 1970, y la destrucción de las bases de abastecimiento de los insurrectos survietnamitas en territorio camboyano iban a modificar la situación política y militar en el conjunto de la península y llevaría a Pekín a tomar parte más directa en los acontecimientos. Los chinos se apresuraron a acoger al príncipe Sihanuk,

[730] Le Than Nghi, viceprimer ministro del Viet-Nam del Norte, se trasladará a Pekín en julio de 1968 y en agosto de 1969. Ninguna personalidad china se trasladará a Hanoi antes de la desaparición de Ho Chi Minh en septiembre de 1969.

[731] Ver mapa en cap. XLVI.

incitarlo a formar un «gobierno de unión nacional», el 5 de mayo, y a sostener su causa ante los demás Estados y particularmente ante Corea del Norte.

Algunos días antes, del 24 al 25 de abril de 1970, se había realizado «en una localidad de la región fronteriza Laos-Viet-Nam-China», en realidad cerca de Cantón, «por iniciativa» del príncipe Sihanuk, una «conferencia en la cumbre de los Pueblos Indochinos» en la que cuatro delegaciones pretendían representar a los «pueblos» de Camboya, Laos y los dos Viet-Nam. El comunicado común de la conferencia se limitará a desarrollar los temas esperados de solidaridad y de apoyo recíprocos «según el deseo de la parte interesada» y sobre la base del mutuo respeto y a reconocer la validez de los Acuerdos de Ginebra de 1954 y de 1962. Pero, desde el 28 de abril, el gobierno chino unirá este comunicado a una declaración que repetía lo esencial de aquél, añadiéndole la habitual referencia al «poderoso apoyo» y «a la amistad militante» de 700 millones de chinos.

El 20 de mayo, es el mismo Mao Tse-tung quien en una solemne declaración sostendrá «calurosamente» el comunicado común; después extenderá este apoyo a todos los pueblos del mundo, incluidas América del Norte, Europa y Oceanía. Una frase dará a sus palabras su verdadero sentido:

«El peligro de una nueva guerra mundial continúa existiendo y los pueblos del mundo deben estar preparados. Pero hoy, en el mundo, la tendencia principal es la que apunta a la revolución.»[732]

La Unión Soviética no será nombrada en ninguno de estos diversos textos, como para dar a conocer su exclusión definitiva de la península. Por consideración a los intereses del Viet-Nam del Norte y por consideración también hacia el testamento político del presidente Ho Chi Minh, casi no era posible denunciarla abiertamente.

La declaración del pasado 20 de mayo, estando de vuelta las tropas americanas y sudvietnamitas de Camboya, iniciada la puesta en práctica de la política Nixon de retirada progresiva de los efectivos militares americanos del Viet-Nam y aminoradas o adormecidas las operaciones, los chinos tendrán menos ocasiones para pronunciarse ruidosamente acerca de los asuntos viet-

[732] «¡Pueblos del mundo, uníos para abatir a los agresores americanos y a sus lacayos!»

namitas. Ayuda económica, intercambios de misiones y diversas conmemoraciones, mantuvieron un clima de amistad que aumentaría la influencia en Hanoi de los chinos sin hacerla realmente preponderante[733].

De nuevo, a finales del año 1970, los temores de la reanudación de los bombardeos americanos sobre Viet-Nam del Norte llevaron a los chinos a renovar su apoyo de principio a Hanoi y a recordar su adhesión en los diez puntos principales y en los ocho puntos complementarios del Frente Nacional de Liberación del Viet-Nam del Sur.

La última crisis sobrevendría cuando la penetración del ejército sudvietnamita en Laos a lo largo de la ruta N 9 (región de Tchepone) el mes de febrero de 1971. Se trataba en primer lugar de destruir momentáneamente o definitivamente la pista Ho Chi Minh, pero la ambición de algunas declaraciones americanas y sudvietnamitas llevarían consigo un precipitado viaje de Chu En-lai y del mariscal Yeh Chien-ying a Hanoi (5 al 8 de marzo de 1971). Demostración de solidaridad bastante gratuita frente a una escalada poco probable. No obstante, y más de lo que lo había hecho anteriormente, China manifestaba temores por su propia seguridad:

«La extensión por los Estados Unidos de la guerra de agresión en Laos y Camboya ha transformado Indochina en un campo de batalla de un solo territorio», decía el comunicado común, que agregaba con mayor firmeza que precisión:

«Si el imperialismo americano prosigue su vía en la extensión de la guerra de agresión en Indochina, el pueblo chino está dispuesto a tomar todas las medidas necesarias e incluso no vacilará en consentir los mayores sacrificios nacionales para apoyar y ayudar con todas sus fuerzas al pueblo vietnamita y demás pueblos indochinos para llevar su combate hacia la victoria total sobre sus agresores americanos.»

Cuatro meses después, la visita relámpago y secreta de Kissinger, el consejero del presidente Nixon, a Pekín, colocaría de nuevo al problema indochino en un contexto político mucho más amplio y en un clima psicológico muy diferente. El desbloqueo de las relaciones chino-americanas permitiría vislumbrar con mucho optimismo su futura solución. Por el contrario, no sería más que uno de los elementos de su partida diplomática la que los chinos iban a

[733] Acuerdos de ayuda económica y militar del 25 de mayo de 1970 y 15 de febrero de 1971.

empeñar para establecer su influencia en Asia Oriental a la espera de sustituir la de los Estados Unidos. Pekín debería servir a su propio interés procurando no caer a su vez bajo las acusaciones que había prodigado ampliamente a los soviéticos, sin mancillar su propia imagen a los ojos de los revolucionarios del mundo entero.

Servidos por el aburrimiento de los dos campos, por la prioridad dada por los rusos a sus relaciones con los americanos, los chinos tendrán un éxito pleno en esta delicada maniobra. Los acuerdos de París del 27 de enero de 1973 serán saludados por Chi P'eng-fei, ministro de Asuntos Exteriores chino, como «la promesa de un descanso en Indochina y en todo el Extremo Oriente». Parecía haberse vuelto al «espíritu de Ginebra» de 1954.

Laos

Hasta la extensión del conflicto indochino a Camboya, la situación laosiana variaría poco y los chinos se limitaron a reclamar que cesasen las intervenciones aéreas americanas en Laos y que fuesen retiradas las unidades militares tailandesas establecidas en la orilla izquierda del Mekong[734].

A partir del mes de marzo de 1970, el apoyo chino al Pathet Lao se hará más intenso en la medida en la que éste vinculará más aun su acción a la del Viet-Nam del Norte y buscará la reapertura de las negociaciones con Vientian ejerciendo al mismo tiempo una fuerte presión militar en la llanura de Jarres y hacia la mitad del Mekong. Sin embargo, el año 1970 pasará sin profundos cambios en la situación política y estratégica. Laos continuará siendo la encrucijada de mutuas prudencias. Será preciso que sobrevenga en febrero de 1971 la ofensiva sudvietnamita contra Tchepone para que los chinos salgan de su reserva y reaccionen —como se ha visto más arriba— con el envío de Chu En-lai a Hanoi. Entretanto, habían denunciado, por una declaración del 12 de febrero de 1971 que se reflejaría más específicamente a Laos, la amenaza que constituía para China la invasión de este país.

Si la acción china ante el Pathet Lao se mantiene discreta, tanto porque éste está más directamente en manos de los norvietnamitas como a causa de la neutralidad laosiana oficialmente reconocida en Ginebra el 23 de julio por

[734] Para el gobierno laosiano sólo existen en Laos unos instructores tailandeses y ninguna unidad operacional.

China como por otras potencias participantes, se puede pensar que los acontecimientos de 1970 y de 1971 han aumentado la influencia de Pekín sobre sus dirigentes[735]. El interés chino es indiscutiblemente el de jugar la no intervención abierta y el de preservar, todo lo que sea posible, la existencia de un Laos amigable y capaz de resistir a la doble presión de sus vecinos tailandeses y vietnamitas. En este sentido, la política china de mañana podría ofrecer algunos puntos comunes con la política francesa de ayer. Esperando, Pekín apoya oficialmente el acuerdo concluido el 14 de septiembre de 1973, entre el gobierno real de Vientian y el Pathet Lao, primer paso hacia una unidad nacional que, en el contexto internacional que acaba de establecerse, le parecía posible en lo sucesivo y deseable.

Camboya

Es en el mes de septiembre de 1967 cuando sobrevendría la primera y mayor tensión entre China y Camboya. Ya indispuesta por un nuevo brote de agitación de los comunistas khmers, el príncipe Sihanuk lo estará más aun cuando la propaganda china —la de la Revolución cultural— adopte el canal de la asociación de amistad chino-camboyana y la de ciertos periódicos locales. Su petulancia pronto le hará recurrir a medidas extremas dentro y fuera. Los diplomáticos camboyanos en Pekín serán retirados sin que las relaciones entre los dos Estados sean todavía rotas. Después, sobre la intervención personal de Chu En-lai, el príncipe volvería sobre su decisión, pero por un momento se encontrará orientado hacia los Estados Unidos, sobre todo cuando éstos se apresuren a reconocer las fronteras reivindicadas por el Estado camboyano. Las relaciones diplomáticas entre Phom Penh y Washington, inexistentes desde mayo de 1965, serán restablecidas el 11 de junio de 1969.

El golpe de Estado del 18 de marzo de 1970 pondrá fin en solo algunos instantes a una experiencia neutralista, con todo, cuidadosamente mantenida por los chinos —exceptuados los incidentes nacidos de la Revolución cultural— y forzará a Pekín a reedificar rápidamente su política. Ésta se fundamentará sobre la recuperación inmediata del príncipe Sihanuk, llegado a la capital

[735] Sin embargo los laosianos, como los camboyanos y los vietnamitas, enviaron una delegación al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética el mes de marzo de 1971.

china el 19 de marzo. Es allí donde se formará un gobierno khmer en el exilio y un «Frente unido nacional del Kamputchea» (FUNK) y, desde entonces, los chinos no cesarán de sacar ventajas de ello para promover un frente de los pueblos indochinos cuyas bases serán construidas en las conferencias de los días 24 y 25 de abril en Cantón. Una breve pero poderosa intervención militar americano-sudvietnamita, desencadenada el 30 de abril en la parte oriental de Camboya para destruir los santuarios norvietnamitas y salvar a Phom Penh, acababa de fundir las tres guerras en una sola[736].

Si los partidarios del príncipe Sihanuk —a excepción de sus aliados provisionales khmers rojos— aparecieron poco en las zonas de guerra de Camboya, el príncipe camboyano ha sido en cada instante apoyado por los dirigentes chinos no solamente a propósito de su política indochina, sino también por su proyecto de un frente asiático opuesto a la nueva asociación americano-japonesa y a un acercamiento ruso-japonés. Es así como es preciso comprender la visita efectuada por el príncipe a Pyongyang (julio 1971), su presencia en numerosas manifestaciones nacionales e internacionales, así como las consideraciones de las que son objeto su persona y su familia. Mientras que los rusos y los americanos desean en la actualidad que un verdadero neutralismo camboyano limite la influencia de Pekín en la península indo-china en la que los norvietnamitas apoyan a los khmers rojos, los chinos se preparan para demostrar, gracias al príncipe Siha-nuk, que pueden existir alrededor del continente chino unos acertados satélites, extraño cambio al que la personalidad versátil del príncipe se acomodará sin demasiados pesares[737]. Se debe pensar que la estabilización militar establecida desde el otoño de 1973, ha sido impuesta desde fuera y recubre complicadas negociaciones políticas multilaterales.

[736] Las justificaciones de esta intervención han sido expuestas por el presidente Nixon en su discurso del 30 de abril de 1970.

[737] Sobre la posición del Príncipe Sihanuk remitimos a una obra reciente: Norodom SIHANUK, *L'Indochine vite de Pékin*, entrevistas con Jean Lacouture, Seuil, 1972.

XLVI. La política exterior china de 1966 a 1973 (IV). Estados Unidos, Europa Occidental, Organizaciones Internacionales y desarme.

Los Estados Unidos

Es probablemente a finales de 1968 y a principios de 1969 donde se debe hacer remontar la búsqueda de un serio diálogo en vistas a una gran negociación chino-americana. Numerosos acontecimientos imprevistos sin embargo contrariarán este deseo y retardarán su anuncio hasta la primavera de 1971.

En noviembre de 1968, los chinos se habían mostrado dispuestos a reemprender las conversaciones de Varsovia a nivel de embajadores chino y americano en esta capital. La elección de Nixon a la presidencia de los Estados Unidos, el agravamiento de las relaciones chino-soviéticas, la elección, al salir de la Revolución cultural, de una política exterior más abierta, hacían esta reanudación oportuna y lógica. Como hemos visto en épocas de menor tensión interna, en 1965, los chinos habían ofrecido llevar sus contactos con los americanos a nivel de los ministros de Asuntos Exteriores, hasta incluso en la cumbre. Estos avances casi no les comprometían puesto que las concesiones reales sólo podían proceder de sus interlocutores y servían considerablemente a su propaganda oponiendo su «buena voluntad» a la intransigencia de Washington.

La defección del encargado de asuntos chinos en La Haya, Liao Ho-hsü, refugiado en América, quizá también razones de política interior, para algunos, en fin, el carácter negativo del discurso de investidura del presidente Nixon en lo que concierne a China (29 de enero de 1969), harán anular este 135 encuentro que debía tener lugar el 20 de febrero de 1969, con un año de diferencia con el precedente (10 de enero de 1968).

El deseo de que un acercamiento chino-americano amenazaría las conversaciones abiertas en Pekín el 20 de octubre con los soviéticos obligarán a los chinos a volver sobre sus pasos. La 135 sesión tendrá finalmente lugar el 20 de enero de 1970. Se realizará en la embajada de China y no en el territorio polaco. En Occidente el interés será grande. ¿Iban a dejar los chinos de comportarse

como «lobos solitarios» —según la fórmula sacada en 1963 por Stevenson, delegado americano en las Naciones Unidas— y habían renunciado los americanos a la estrategia de la «contención»?

Las frágiles esperanzas nacidas del 135 encuentro quedarán casi en seguida arruinadas por el golpe de Estado camboyano del 18 de marzo de 1970. La tensión que resultará de esto, la adopción por parte de Pekín de una postura aparentemente al menos belicosa, conjugada con un decidido apoyo al príncipe Sihanuk, harán anular la 136 reunión fijada para el 20 de mayo. Es precisamente en este día cuando el presidente Mao Tse-tung pronunciará su gran declaración sobre la persistencia del peligro de guerra, siendo siempre «la tendencia principal la que tiende a la revolución».

Pasada la crisis de marzo, Washington no tardará en multiplicar avances y palabras tranquilizadoras; levantamiento de ciertas restricciones comerciales, autorización de viaje a China para bastantes categorías de ciudadanos americanos y finalmente para todos. Se trata de reanudar el diálogo interrumpido. Washington parece dispuesto a tomar las atrevidas iniciativas a las que ciertos medios y algunos expertos estimulan desde que se apaciguaron los tumultos de la Revolución cultural, desde que se confirman los progresos nucleares chinos y desde que la ruptura entre China y Rusia se ve como irreparable. El mensaje de Nixon del 25 de febrero de 1971 sobre la situación mundial daba mucha importancia a China: aumentar los contactos con ella, suprimir los inútiles obstáculos que la separan de los Estados Unidos, tener en cuenta sus legítimos intereses nacionales así como palabras agradables para sus dirigente».

Por el lado chino se trata de ajustarse al fin previsible del conflicto indochino. La retirada de las fuerzas americanas prosigue y la desescalada militar que resulta de ello debe conducir a profundas modificaciones políticas en el Sudeste asiático. También se trata en Asia de no dejar establecer sin la participación de China nuevos equilibrios más peligrosos y duraderos que los anteriores. Ahora bien, son los americanos por el momento los que tienen la llave de todos los problemas: Sudeste asiático, Taiwan, Japón, Corea y hasta las Naciones Unidas, y Mao Tse-tung lo dirá poco después de Edgar Snow. En definitiva, la necesidad de impresionar e inquietar a los soviéticos, con los que las negociaciones no avanzan, está siempre presente.

Una vez más, el mes de marzo estará a punto de reducir a la nada los esfuerzos de ambas partes. Sin embargo, apenas algunas semanas después de la

crisis de Tchepone y de la solemne puesta en guardia pronunciada en Hanoi por Chu En-lai, se dará un paso gigantesco hacia un acercamiento.

El 14 de abril, recibiendo a un equipo americano de ping-pong Invitado a Pekín con muchos otros a la final de los campeonatos mundiales, disputados en Japón, Chu En-lai pronunciará una frase cargada de sentido:

«Se ha abierto una nueva página. Un nuevo capítulo se ha abierto en las relaciones entre nuestros dos países. Vuestra presencia abre la puerta a los amistosos intercambios de visitas entre ambos países.»

El 23 de abril, William Rogers, el secretario de Estado americano, hará eco de ello y lo repetirá por su cuenta:

«Esperemos que éste sea el principio, no solamente de una nueva página, sino de un nuevo capítulo en nuestras relaciones.»

Por el lado americano, una serie de declaraciones y a veces de revelaciones seguirán a estas palabras esenciales. Algunas de las primeras sirvieron para fijar los puntos de partida con vistas a futuras discusiones o a tranquilizar a los que les inquieta una evolución aparentemente tan brusca. La mayoría son prudentes como la que haría el presidente Nixon el 29 de abril:

«Se ha quebrado el hielo, es preciso tomar la temperatura del agua.»

O hasta reticentes, como la del portavoz del Departamento de Estado, Charles Bray, el 28 de abril, sobre el estatuto de Formosa, en suspenso desde 1945.

Sin embargo, aún se tomarán algunas medidas de apaciguamiento: suspensión del embargo sobre ciertos productos estratégicos, suspensión de las perforaciones petrolíferas en el archipiélago de las Tiaoyutai.

La tarde del 15 de julio, el presidente Nixon llenaba al mundo de estupor anunciando en la televisión americana que se trasladaría a China antes del mes de mayo de 1972. Anunciaba también que su consejero de asuntos internacionales, Henry Kissinger, acababa de efectuar a partir del Pakistán un viaje de 48 horas a Pekín (9-11 de julio).

Al mismo tiempo, los chinos anunciaban la noticia pero con mucha más sobriedad y, ya sea para señalar por adelantado su dureza en las negociaciones, ya sea por necesidad de su propaganda, proseguían como en el pasado sus ataques contra ciertos aspectos de la política asiática de los Estados Unidos.

Después, al menos por el lado chino, el frente diplomático volverá a caer en el silencio. No saldría de allí hasta casi el 29 de agosto cuando Pekín reaccio-

naría con una declaración gubernamental muy viva a una declaración de William Rogers sobre la doble representación china en las Naciones Unidas (2 de agosto).

Dos meses después, Kissinger efectuaba, del 20 al 25 de octubre, un segundo viaje a Pekín mientras que la entrada de China en las Naciones Unidas despeja del horizonte de las relaciones chino-americanas un obstáculo mayor y permitía a Washington y a Pekín encontrarse en varios aspectos sobre el mismo campo, sobre todo en el Consejo de Seguridad, a propósito de los asuntos del subcontinente Indio.

Por fin, el 30 de noviembre, la Casa Blanca daba a conocer que el presidente Nixon y su esposa permanecerían en China (Pekín, Shanghai y Wuhan) del 21 al 28 de febrero de 1972.

El encuentro tuvo lugar. El ambiente en principio reservado y estrictamente cortés de la acogida se convertía casi en familiar hasta incluso en amistoso. Si el comunicado común publicado al final de la visita ponía sobre el tapete rígidas diferencias, reconocía por el lado americano el principio de la unidad política de China e incitaba en gran medida a Taiwan a proyectar su destino en el continente:

«Los Estados Unidos se dan cuenta de que las dos Chinas de ambos lados del estrecho de Taiwan sostienen que sólo hay una China y que Taiwan forma parte de ella. El gobierno americano no da ninguna respuesta a propósito de esta cuestión. Reafirma el interés que tiene en la solución pacífica de la cuestión de Taiwan por los mismos chinos.»

Se puede pensar que por encima de los problemas particulares citados u omitidos en el comunicado, chinos y americanos han esbozado prudente pero ampliamente lo que podría ser el rostro del Asia Oriental. Quizás era en esto en lo que pensaba el presidente Nixon escribiendo en el momento de su partida de Shanghai: «Esta semana ha cambiado el mundo.»

Así, tras dos o tres años de peripecias, se había establecido un diálogo abierto en la cumbre y debe, en términos del comunicado, tomar un carácter regular. Por primera vez desde 1950 la expresión «política mundial» podrá tomar su pleno sentido.

Muchos viajes de Kissinger a Pekín en 1972 (junio), 1973 (febrero y noviembre) y 1974 (noviembre) contribuirán sin duda a apresurar la evolución de problemas particulares (y en primer lugar de aquellos que trataban de la vuelta a

la paz en Indochina) o a preparar un nuevo orden asiático y mundial. Sin embargo, la vaguedad de los comunicados considerablemente similar a la que había puesto colofón a la visita del presidente Nixon (comunicado del 29 de febrero de 1972) no permite casi ir más allá de interpretaciones personales.

Se dará un gran paso hacia la normalización de las relaciones bilaterales con la instalación de «Departamentos de enlace», gratificados con privilegios diplomáticos, en mayo de 1973, mientras que se multiplicarán los intercambios científicos y se desarrollarán las relaciones comerciales.

Europa Occidental y Mediterránea

Durante largo tiempo, China había considerado a la Europa Occidental y Mediterránea a través de cada uno de sus Estados, valorando a veces y ante todo su falta de unidad política y económica, señalando en cada ocasión sus contradicciones atribuidas a la decadencia del capitalismo y a las rivalidades del imperialismo. Esta actitud se modificará rápidamente cuando el deseo de crear los máximos obstáculos a la influencia y expansión de las superpotencias y al primer jefe de la Unión Soviética, le incitará a animar la evolución de Europa hacia su unidad. Las exhortaciones se mezclan con las «puestas en guardia». «Ya sea en nuestros documentos oficiales, ya en la tribuna de las Naciones Unidas, nosotros hemos sostenido la Comunidad Europea», dirá Chu En-lai a uno de sus visitantes[738]. Algunos meses más tarde, dirigiéndose a una delegación holandesa, añadirá: «La Historia enseña que los pueblos que aceptan debilitarse atraen la desgracia.» En este espíritu, los chinos darán muestra de una gran hostilidad trente a la Conferencia sobre la seguridad y cooperación en Europa que se abrirá en Helsinki el 3 de julio de 1973.

Deseo de retener el máximo de fuerzas armadas rusas en Occidente, temor de ver a Europa definitiva y tácitamente dividida en zonas de influencia, la americana y la soviética, explican un interés que se extiende también a los países del Mediterráneo. Serán establecidas cordiales relaciones diplomáticas, no sólo con Italia (6 de noviembre de 1970), sino también con Grecia (5 de junio

[738] Entrevista con el director general de la agenda France-Presse (16 de mayo de 1973); los rusos revelarán sus propósitos y acusarán a China de «empujar en bloque a la OTAN hacia actividades inconsideradas contra la URSS, a partir de posiciones de fuerza» (AFP, Moscú, mayo de 1973).

de 1972), con España (marzo de 1973), con Malta, cuyo primer ministro, Don Mintoff, en su viaje a Pekín, en abril de 1972, recibirá un préstamo de 44 millones de dólares. «Devolver el Mediterráneo a los pueblos mediterráneos», vendrá a ser un slogan familiar de la propaganda china.

Si las perspectivas de cooperación chino-europea tienen escasas posibilidades para alargarse en tanto que no haya nacido la Europa política y militar, tal vez no sea demasiado temprano para que los «nueve» estudien en común los antecedentes, las modalidades, las ventajas y los riesgos futuros.

Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda

Hong-Kong, colonia y territorio de arriendo británico, pero porción del territorio chino por la geografía y por la población, no podía escapar de las sacudidas de la Revolución cultural. El mes de mayo de 1967, los sindicatos de la izquierda desencadenaron allí una agitación localmente poco seguida pero que Pekín se verá forzado a sostener. Una veintena de muertos y nuevas destrucciones, huelgas, atentados, incidentes fronterizos, pérdidas financieras más pesadas para los comunistas que para los británicos serán el resultado de los disturbios que se prolongaron hasta la entrada del invierno.

La firmeza y la calma de las autoridades británicas que esperaban ejercer plenamente sus responsabilidades al menos en tanto que los chinos no pretendieran reinstalar su soberanía en Hong-Kong y la importancia de la colonia para la economía de China Popular de la que es uno de los principales asociados comerciales y asegura una gran parte de sus recursos en divisas, añadieron sus buenos efectos. La situación volverá a ser normal y próspera a partir de 1968.[739]

No obstante, la situación de Hong-Kong no podía dejar de repercutir en Pekín a nivel de las relaciones de Estado. La impotencia del mariscal Ch'en Yi, expuesto a los ataques y a las presiones de los guardias rojos, la momentánea influencia de éstos sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores van a conducir de una simple tensión caracterizada por unos intercambios de notas diplomáti-

[739] En 1969 las exportaciones de China Popular a Hong-Kong alcanzaban los 449,8 millones de dólares, o sea un 10 por ciento más que en 1968 (Jan DELEYNE, *L'Économie chinoise*, pág. 187).

cas a las explosiones de violencia y al incendio del 23 de agosto de 1967. Todavía entonces la sangre fría y la dignidad de los británicos, y sobre todo la del encargado de negocios, Donald Hopson, la del Foreign Office exigiendo a China adoptar una actitud «más aceptable», salvaron las relaciones establecidas entre los dos Estados desde el mes de enero de 1950. Desde entonces, los demás dolorosos acontecimientos (detención de periodistas, capitanes de barco e ingenieros británicos) se solucionaron lentamente con el tiempo[740].

La evolución de las relaciones chino-americanas y sobre todo el reconocimiento de los demás países de la Commonwealth han conducido a ingleses y chinos a llevar sus relaciones a nivel de los embajadores y a darles jurídica y prácticamente su pleno sentido. Se lograría el 13 de marzo de 1972. Una visita a Pekín del ministro de Asuntos Exteriores inglés (Douglas Home), en octubre de 1972, parecía haber aportado a Hong-Kong una larga garantía de supervivencia.

Tras muchos años de indecisiones y dieciocho meses de negociaciones, Canadá se resolverá a reconocer al gobierno de Pekín el 12 de octubre de 1970. Los chinos colocaron en Ottawa su mejor diplomático, Huang Hua, y sin duda alguna este nombramiento se sitúa ya en la perspectiva de futuras relaciones chino-americanas y en la de la entrada en las Naciones Unidas. El primer ministro canadiense (G. E. Trudeau) irá a China en octubre de 1972. Australia establecerá por su parte relaciones diplomáticas con Pekín (21 de diciembre de 1972), donde su jefe de gobierno Whitland será acogido en octubre de 1973. El reconocimiento de Nueva Zelanda tendrá lugar en diciembre de 1972.

Francia

En su alocución radiotelevisada del 10 de agosto de 1967, el general De Gaulle, justificando su política exterior por un imperativo de paz mundial, se manifestaba con cierta melancolía a propósito de China:

[740] La detención del periodista Anthony Grey, completamente inocente, pero efectuada como represalia de la condena de los periodistas chinos en Hong-Kong, traduce particularmente la inadaptación de los chinos a los principios y a las prácticas del derecho moderno, lo que ilustra igualmente el relato del ingeniero George Watt detenido en Lanchow.

«He aquí por qué, aunque no sea demasiado aparente la ventaja inmediata, hemos tomado objetivamente contacto con Pekín.»

Numerosos incidentes, en efecto, habían ensombrecido las relaciones franco-chinas desde el principio de la Revolución cultural: choques entre estudiantes chinos y policía francesa frente a la embajada soviética de París (27 de enero de 1967), asunto Richard (1 de febrero de 1967).

Los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia debían ser alabados y apoyados en China tanto por la prensa como por las organizaciones de masa que pusieron en pie en Pekín y en otras seis ciudades poderosas reuniones para apoyar a la «justa lucha» de los estudiantes y huelguistas «gloriosos sucesores de la Comuna de París» y por el contrario condenar la «traición» del Partido Comunista francés y de la Confederación General del Trabajo[741]. El gobierno francés se convertirá en el «grupo dominante francés» culpable de las «violencias criminales» y de las «represiones sangrientas» mientras que las pérdidas sufridas por su economía serán cuidadosamente manifestadas. Ni el general De Gaulle ni las instituciones francesas quedarán ausentes de esta acusación: «De Gaulle divulga con términos dulzones la baratija de las elecciones», dirá el 3 de julio la agencia Hsinhua. Éstos sólo son algunos ejemplos.

En el año 1969, las relaciones franco-chinas —como las de la China con los demás países— revestirán nuevamente cierta serenidad. La dimisión del presidente de la República el 5 de mayo de 1970 será saludado sin injurias y sin desestimaciones. En fin, en 1970 y 1971 se intercambiarán visitas oficiales o privadas de cierta importancia, sin aportar verdaderos cambios[742]. Las relaciones culturales franco-chinas continúan en punto muerto para no reanudarse progresivamente hasta 1973 por algunos intercambios de estudiantes. El comercio exterior sigue siendo modesto[743]. Los chinos no desaprueban la acción de los grupos izquierdistas a cuyos representantes recibirán amistosamente. En el mes de septiembre de 1973, el presidente de la República Francesa, Georges Pompidou, será recibido en Pekín con gran cortesía. Determinadas convergencias políticas («adhesión a la independencia y soberanía nacional»,

[741] Ver particularmente el «Diario del Pueblo» del 6 de junio de 1968.

[742] Misión Bettencourt en julio de 1970, visita de Couve de Murville en octubre de 1970; delegación parlamentaria de Alain Peyrefitte en julio de 1971; misión del ministro de Comercio Exterior Pai Hsing-Kuo a Francia, septiembre-octubre de 1971; misión parlamentaria de Jean Broglie a China en enero de 1972.

[743] Media de menos de 200 millones de dólares hasta 1973.

«derecho a no dejarse desarmar») serán señaladas por una y otra parte. Sin embargo, brindis y comunicados revelaban también que los puntos de vista chinos y franceses no podían estar de acuerdo sobre importantes cuestiones. «Expansión, alianza, cooperación», dirá Pompidou a propósito de Europa. «Carácter superficial de la expansión», responderá Chu En-lai pensando en la Unión Soviética y no era menos diferente el espíritu de los dos hombres. Al «peso de la sabiduría y de la razón de dos viejos pueblos» evocado por el presidente francés, el primer ministro chino opondrá «su fe en las nuevas generaciones» y en «la corriente de la Historia que rompe con ímpetu»[744]. Así se encontraban confirmados los límites de un diálogo político incapaz, actualmente al menos, de modificar profundamente las posiciones respectivas de dos Estados y capaz como mucho de intercambios en los puntos de vista, comprensión mutua y de contactos económicos y culturales; todavía hay que dar tiempo al tiempo.

Austria, Bélgica, Países Bajos

Sucesivamente, Austria (26 de mayo de 1971), Bélgica (25 de octubre de 1971), Alemania Federal (11 de octubre de 1972) irán reconociendo a China Popular. Los Países Bajos elevarán su oficina diplomática al rango de embajada el 18 de mayo de 1972. Sólo Portugal, como gran último Estado colonialista africano, quedará fuera de este movimiento. Paradójicamente, no conserva más que Macao, cuya suerte parecía ligada estrechamente a la de Hong-Kong.

Naciones Unidas

Con la reanudación de los contactos chino-americanos por las solicitudes de Kissinger el mes de julio de 1971, la cuestión de la admisión de la China Popular en las Naciones Unidas entraba en una nueva fase.

La teoría de las «dos Chinas» se hacía en efecto indefendible y los americanos sólo la ponían por delante para cubrir su retroceso y hacer aceptar lo inevitable a su aliada nacionalista.

[744] Discurso del 14 de septiembre de 1973.

El 25 de octubre, en el curso de la 26 sesión, la Asamblea General de las Naciones Unidas, por 76 votos a favor, 35 en contra y 17 abstenciones, se pronunciaba sobre la admisión de Pekín y la exclusión de Formosa (resolución albanesa). La delegación china en la 26 Asamblea ocuparía su puesto algunos días después[745].

Poco a poco China tomará plaza en todas las organizaciones procedentes de esta suprema institución internacional. Sus representantes se servirán de estas nuevas tribunas, no sólo para exponer la política generalmente de su gobierno, sino también para atacar duramente la «colusión» de las superpotencias, el mito de una expansión que no es más que «la cobertura de una lucha desesperada para adquirir la superioridad nuclear y dominar el mundo». «Ilusión e invención para adormecer la vigilancia de los pueblos»[746]. En la ECAFE, en Bangkok, atacarán el proyecto soviético de pacto de seguridad colectiva en Asia. Apoyarán sistemáticamente a los países en vías de desarrollo preferentemente en lo que concierne a la explotación de materias primas y el derecho del mar (límites de aguas territoriales y zonas de pesca). A pesar de todo, los chinos se abstendrán de cuestionar la estructura fundamental y los métodos de las Naciones Unidas. Participarán en sus gastos y le proveerán de personal administrativo, entre el cual un subsecretario general en los asuntos políticos y en la descolonización[747].

Desarme

El 15 de junio de 1971 en el momento del XXIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Moscú dirigía a los cuatro restantes potencias nucleares (Estados Unidos, Reino Unido, Francia y China) una invitación para una conferencia sobre el desarme nuclear.

Los chinos respondieron a ella negativamente el 30 de junio de 1971, víspera de la fiesta del día del Ejército y aprovecharon esta circunstancia para reafirmar:

a) la igualdad de derechos de todos los países del mundo,

[745] Jefe de delegación Ch'iao Kuan-hua, representante permanente Huang Hua.
[746] Declaración Ch'iao Kuan-hua del 2 de octubre de 1973.
[747] Tang Ming-chao.

b) su condena a los acuerdos de Moscú (5 de agosto de 1963) y de las conversaciones sobre la limitación de armamentos estratégicos.

Recordarán también su posición desde mucho tiempo conocida:

a) prohibición completa y destrucción total de armas nucleares,

b) empeño en no utilizar los primeros las armas nucleares,

c) conferencia en la cumbre de todos los países del mundo para discutir la prohibición completa y la destrucción total de las armas nucleares.

En fin, invitaban a los Estados Unidos y a la Unión Soviética a hacer conjuntamente o por separado una declaración para comprometerse en no ser los primeros en utilizar las armas nucleares y para destruir las bases instaladas en otros países.

El 24 de noviembre de 1971, el delegado chino en las Naciones Unidas rechazaba casi con las mismas palabras una propuesta soviética de conferencia mundial sobre el desarme. Como Francia, China continuó rehusando participar en la interminable conferencia de Ginebra sobre el desarme.

Se abstendrán de firmar el acuerdo sobre la prohibición de armas biológicas y tóxicas del 10 de abril de 1972 e incluso el de Estocolmo sobre el entorno y la contaminación del 10 de junio de 1972.

En definitiva, la propaganda china se desencadenará como podía esperarse contra el acuerdo ruso-americano concluido en Moscú el 26 de mayo de 1972, sobre la limitación de armamentos estratégicos (SALT) y contra el acuerdo sobre la prevención de la guerra nuclear firmado en Washington el 22 de junio de 1973; el reencuentro de Nixon y Breznev en estas dos ocasiones no podía sino facilitarle la tarea.

Así se puede decir que ni sus progresos en el dominio de los misiles y de los satélites, ni la ampliación de su diplomacia, han llevado aún a los chinos a suavizar las posiciones de principio afirmadas en reacción del tratado de Moscú en su declaración del 31 de julio de 1963 y repetida el 16 de octubre de 1964 cuando realizaron su primera explosión nuclear[748].

[748] Ver cap. XXIV.

XLVII. La política exterior china de 1966 a 1973 (V). China y el campo socialista

Desde su comienzo, la Revolución cultural debía tomar un giro antisoviético acusado. Puesto que iba a estar dirigida contra los «revisionistas» del interior, era lógico —diez años de degradación de las relaciones chino-soviéticas— que atacase también a los que eran considerados como inspiradores desde el exterior.

En el curso del verano de 1966, los incidentes serían numerosos. Repetidas veces inmensas muchedumbres vociferantes se situaron varios días frente a la embajada rusa. Ciudadanos soviéticos o de los Países del Este, diplomáticos, periodistas, expertos fueron severamente molestados bajo la mirada aparentemente indiferente de la policía. El 23 de agosto el ministro de Asuntos Exteriores chino daba a conocer que él no se hacía responsable de la seguridad de los extranjeros que se trasladasen a la embajada soviética y rechazaba todas las notas de protesta diplomática de Moscú. Al mismo tiempo contribuía a sobrecargar un clima ya pesado acusando abiertamente a la Unión Soviética de colusión con la India y el Japón[749]. En noviembre, el regreso de los estudiantes chinos de Rusia será la ocasión de grandes manifestaciones y el relato de las «persecuciones» sufridas tendrá en la prensa durante muchos días un papel importante.

En el mes de enero y febrero, durante la evacuación de las familias de los diplomáticos rusos de Pekín, es cuando los incidentes se hicieron más violentos y penosos. Su pretexto será una escaramuza sucedida en Moscú el 25 de enero de 1967 frente a la tumba de Lenin entre un grupo de 69 estudiantes chinos de regreso de Francia y Finlandia y la policía soviética. No acabaron hasta que la Unión Soviética, por medio de una nota en forma de ultimátum, amenazó con asegurar ella misma la protección de sus súbditos (9 de febrero). El resto de año conocerá otros asuntos menores: en Shenyang (11 de junio), en

[749] El 27 de octubre de 1966. Desde el 10 de julio el mariscal Ch'en Yi había reprochado a los rusos el entenderse con los americanos para permitir a éstos el reforzar su frente en Viet-Nam y poder proseguir su despliegue militar frente a las fronteras chinas. El 29 de noviembre Chu En-lai lanzaba unos alegatos también muy graves en la embajada de Albania.

Dairen (13 de agosto) y hasta en Moscú (25 de diciembre), pero sobre todo estará lleno de ardorosas polémicas a propósito de diversos acontecimientos corrientes: Viet-Nam, encuentro Breznev-Johnson en Glasboro. No se publicará ningún gran texto de doctrina.

Mientras que la primera mitad de 1968 será relativamente pacífica, salpicada únicamente por pequeños incidentes, acusaciones mutuas de aspiración a la hegemonía mundial, de acuerdo secreto con los Estados Unidos, de traición al Viet-Nam o de rechazo de la unidad de acción a propósito de este país, la invasión de Checoslovaquia por la Unión Soviética (20 de agosto) vendrá a alimentar la querella ideológica que agotaba sus posibilidades.

Pekín explotará a fondo un acontecimiento que justificaba plenamente sus acusaciones de «chauvinismo de gran poder» y servía en gran manera a su causa acerca de los demás Partidos Comunistas. Tanto los oficiales como la prensa emplearon con respecto al «socialimperialismo» un lenguaje de fuerza jamás igualada. Chu En-lai en la embajada de Rumania el 23 de agosto, Ch'en Yi en la embajada de Corea el 9 de septiembre y de nuevo Chu En-lai en la embajada de Albania el 29 de septiembre, denunciaron ampliamente el «abominable crimen», no sin reprochar a los checoslovacos su propio revisionismo. El Pacto de Varsovia será calificado de «antisocialista», de «agresivo» y de «asimilado a la OTAN» en sus finalidades. Para el primer ministro, el mundo acababa de entrar en un «nuevo período histórico», el de la lucha contra el imperialismo americano y contra el revisionismo soviético y ya hemos citado más arriba el llamamiento que lanzaba exactamente dos meses después a todos los pueblos[750]. En el mes de octubre, el nuevo jefe del estado mayor, general Huang Yung-sheng, aportando un «firme» apoyo a los albaneses a quienes inquietaba la invasión rusa de Checoslovaquia, había acusado por su lado a la Unión Soviética de concentrar tropas en las fronteras chinas. Chu En-lai repetiría estas palabras y se quejaría de las deliberadas violaciones del espacio aéreo chino. El slogan «hacer preparativos en previsión de la guerra» se extendía por doquier. El clima de las relaciones chino-rusas se deterioraba tan rápidamente que algunos observadores, impresionados por el precedente checoslovaco, evocaban ya la sombra de las batallas.

El año 1969 será el del gran enfrentamiento en las fronteras.

[750] Ver cap. XLIII.

Éste empezará por un artículo de «Bandera Roja», pobre de contenido pero particularmente insultante en sus palabras: La sangre de los héroes y el miedo de los renegados. Consagrado al asunto del monumento de Ordjonikidze cuya inscripción a la memoria de los combatientes chinos de la Revolución rusa había sido borrado por los soviéticos, intentaba también probar la existencia en la URSS de elementos de oposición pertenecientes a un partido «marxista-leninista» clandestino. Ya en el mes de octubre precedente, «Bandera Roja» había reproducido un panfleto atribuido a un cierto «grupo Stalin» que acusaba a las «castas superiores» calificadas de «tumor que se nutre del pueblo y le alcanza la garganta». Con todo, las críticas acerca de la situación interior del régimen soviético se hacían más numerosas y más duras[751]. Naturalmente la prensa soviética mantenía unas reacciones correspondientes y es en un clima singularmente agravado cuando sobrevendrá el 2 de marzo, a las 11 de la mañana, el incidente de la isla de Chen pao (Damansky) en el curso medio del Ussuri[752]. Sobre esta isla desierta y discutida, a veces cubierta por las aguas, una emboscada china causará 38 muertos y 14 heridos a una patrulla soviética rutinaria que iba al descubierto. La reacción del mando local soviético, dirigido con el apoyo de artillería y blindados, causará pérdidas sensiblemente equivalentes en el campo adversario.

Por el lado de Pekín, la explotación fue inmediata y general. Unas manifestaciones monstruo se desplegaron desde el día siguiente en Shenyang y en la capital, acto seguido en todas las ciudades de China; 150 millones de personas participaron en ellas. Un texto, destinado a convertirse en clásico, Abajo los nuevos zares, afirmaba la entera soberanía china sobre la isla disputada, incluso empleando términos como «tratado desigual que impuso en 1860 el imperialismo ruso zarista al pueblo chino» y acusaba a Moscú de premeditación:

«Cribada de dificultades insuperables tanto en el interior como en el exterior y acorralada en un callejón sin salida, esta camarilla de renegados se ha lanzado al acto insensato que es esta provocación armada contra China para responder a las necesidades de su política interior y extranjera.»

En realidad, sin entrar en los detalles del acontecimiento y sin zanjar la cuestión en el plano del derecho, parecía que los chinos, decidiendo atacar con

[751] Ver a modo de ejemplo un artículo del 23 de febrero sobre la restauración del capitalismo en la agricultura soviética.

[752] Ver mapa núm. 5.

armas a unas patrullas soviéticas hasta aquel momento evitadas o a las que se les había aconsejado retirarse, tienen su buena parte de responsabilidad. Sean cuales fueren los desarrollos ulteriores, parece claro que la sorpresa táctica jugó en primer lugar en ventaja suya. En cuanto a las razones primeras de su actitud se pueden sin duda encontrar en la proximidad del IX Congreso que debía ser el «Congreso de la unidad», en el deseo correspondiente de concentrar en un caso concreto tan fácilmente comprensible y apoyado por evocaciones históricas dolorosas («los nuevos zares») la lucha ideológica contra los «revisionistas» de dentro y de fuera. Los partidarios de Liu Shao-ch'i se encontraban más desacreditados y el patriotismo de todos se pondría al servicio de Mao Tse-tung. En todo caso, en la exaltación de la Revolución cultural, todo incidente fortuito (iniciativa de militares locales o encuentro de patrullas) no podía más que encontrar en Pekín y en toda China un poderoso apoyo.

A diferencia del precedente, el asunto del 15 de marzo, sobrevenido en el mismo lugar, parecía por el contrario poder ser atribuido a los soviéticos deseosos de desalentar toda nueva iniciativa china, levantar a su vez una indignación patriótica igual a la de sus adversarios y quizá sensibilizar a Occidente sobre el peligro chino. Bien preparada, costaría unos 800 hombres a los chinos y 60 a los rusos cuya superioridad material local no se puede poner en duda.

Cuatro o cinco refriegas más debían producirse aún en el curso de la primavera y del verano, en otros puntos de la frontera, pero todos tendrán un carácter menor y muy limitado: 3 de mayo en la región de Bakhty en Kazakhstan, 10 de junio en Tach'eng al norte de Yumin en los montes Barlük (noroeste del Sinkiang), 13 de agosto en Tiehlieketi cerca de Yumin. Cada vez las reacciones chinas tendrán menos amplitud que en el momento de Chen pao y pronto el viaje de Kossyguin a Pekín, el 11 de septiembre, a consecuencia de la muerte de Ho Chi Minh, y la apertura de negociaciones chino-soviéticas, el 20 de octubre, en la capital china a nivel de los viceministros de Asuntos Extranjeros Kuznetzov y Ch'iao Kuan-hua, interrumpieron o al menos silenciaron estos incidentes.

En la víspera de la reanudación del diálogo, Pekín tendrá que definir su posición explícitamente en una declaración fechada el 7 de octubre. A pesar de las divergencias de principio juzgadas como «irreconciliables», el gobierno chino tenía empeño en solucionar el problema de las fronteras pacíficamente o conservar por lo menos el statu quo. Proponía además que las fuerzas de ambos países rompiesen los contactos en todas las regiones disputadas. En fin,

asegurando que no reclamaba la restitución de los territorios de los que la Rusia zarista se había apoderado por medio de los «tratados desiguales», China deseaba hacer llevar las negociaciones sobre el conjunto del problema de las fronteras[753].

Las negociaciones de Pekín duran desde hace más de cuatro años sin haber aportado otros resultados aparentes aparte de una reducción de las tensiones locales[754]. No han acabado en ningún sentido con la controversia ideológica y política que cuenta en la actualidad con innumerables textos.

Sin embargo, las relaciones de Estado y especialmente las económicas, aunque siempre muy aminoradas, resistirán la tempestad. Casi en plena crisis del Ussuri, la conferencia sobre la navegación de los ríos fronterizos se mantendrá en Khabarovsk (13 de junio-8 de agosto de 1969) y en Heiho (10 de julio-19 de diciembre de 1970). El año 1970 será ciertamente recordado como un año polémico, un año de «preparación para la guerra», y los chinos querrán testimoniarlo por ostensibles trabajos de defensa antiaérea en las ciudades y llamando a la construcción de depósitos de víveres en los campos, pero estará exento de incidentes graves. En otoño, ocuparán su puesto los embajadores, Tolstikov en Pekín y Liu Hsin-ch'uan en Moscú. En 1971, se decidirá triplicar los intercambios económicos en virtud de nuevos acuerdos[755].

---

[753] Dejando de lado la cuestión de los «tratados desiguales» y sobre todo los de Aigun (28 de mayo de 1938), de Pekín (14 de noviembre de 1860), de San Petesburgo (12 de febrero de 1881), lo contencioso concierne casi a 600 islas del valle del Amor y de Ussuri y sobre 20.000 km2 en la región no delimitada de Pamir y poblada de Tadjiks.

[754] Algunos indicios hacen pensar que, a falta de un imposible retomo a la unidad ideológica, los soviéticos buscan una solución de conjunto de lo contencioso político, comprendiendo el realineamiento chino. Los chinos, deseosos de guardar su plena libertad de acción y de evitar un agravamiento militar del conflicto, desean simplemente unos arreglos locales. En fin, es probable que diciéndose dispuestos a tomar como base de negociación los tratados existentes, los chinos quisiesen hacer reconocer a los soviéticos que los tratados que se refieren a una frontera actual chino-soviética son unos «tratados desiguales». Ver acerca de este punto la posición china anterior en el «Diario del Pueblo» del 11 de marzo de 1969, una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores: *La isla Chen Pao es desde siempre territorio chino.*

[755] El acuerdo comercial para 1971 preveía un valor de intercambios de 120 a 130 millones de rublos. Un acuerdo aéreo para crear una línea china directa hasta Moscú será firmado el 16 de julio de 1973.

En el curso de los dos años siguientes, rechazando completamente las «calumnias» chinas y sin ceder ni en la ideología ni en los problemas territoriales, los soviéticos intentarán sin éxito algunas diligencias pacificadoras, proponiendo hasta en dos ocasiones (enero de 1971 y junio de 1973) la conclusión de un tratado de no recurrencia a la fuerza[756]. No se harán eco de ello los chinos y los informes políticos en los IX y X Congresos de su Partido mantendrán, como se ha visto, una violencia insultante. Sin embargo, en el X Congreso, Chu En-lai reafirmará también que las controversias sobre las cuestiones de principio no debían impedir la normalización de relaciones de Estado sobre la base de los Cinco principios de coexistencia y que las cuestiones de frontera debían arreglarse pacíficamente por medio de negociaciones «puestas al abrigo de toda amenaza». Habida cuenta de las relaciones de fuerza entre los dos países, del cuidado que ponen los chinos en no comprometer, más de la cuenta, su posición en el campo socialista, del que sueñan con expulsarlos los soviéticos, Chu En-lai debía mostrar cierta moderación.

Dejando a un lado la cronología por un recuento temático, las críticas de Pekín pueden clasificarse en varios capítulos cuyo contenido muestra que la querella resbala progresivamente hacia el plano político.

En materia de política exterior, los chinos ponen sobre el tapete: la vocación mundial de la URSS, el dualismo ruso-americano, su vocación asiática, su tendencia a la dirección del campo socialista.

La fórmula soviética «iremos allí donde el interés soviético lo reclame», les parece idéntica a las declaraciones del presidente Eisenhower sobre las responsabilidades de los Estados Unidos ante el mundo. Es la expresión de un «superimperialismo» inaceptable. Conduce a un «despotismo nuclear» acompañado de pactos que vienen a ser otros tantos engaños en relación a un desarme real[757].

Todas las manifestaciones de la política asiática de la URSS serán asimismo condenadas, ya se trate del continente en general o de relaciones bilaterales entre Estados. Proyectos de organización de la seguridad colectiva, signos de

[756] Declaración Breznev en Tachskent, 24 de septiembre de 1973.

[757] Proyecto de tratado sobre la desnuclearización de los fondos marinos presentado el 7 de octubre de 1969 en Ginebra. Será denunciado de la misma forma que el tratado de Moscú del 5 de agosto de 1963

expansión económica, desplazamientos de unidades navales en aguas asiáticas serán asociados a intenciones hostiles hacia China a la que se trata de inmovilizar y cercar[758]. «Una amistad manchada con sangre» caracteriza las relaciones ruso-indonesias[759]. «La despiadada explotación» del pueblo mongol será expuesta en numerosos textos y se ha dicho ya cuán atentos habían estado los chinos a los acercamientos ruso-japoneses y ruso-indios, a los esfuerzos soviéticos para reemplazar al Reino Unido en el océano Indico.

En el mundo socialista, son Ta doctrina de la «soberanía limitada» de los Estados, el «pillaje» de sus recursos bajo el lema de integración económica, el papel del Comecón, los aspectos que serán más a menudo atacados.

En fin, las dificultades interiores soviéticas serán desenmascaradas sin tregua: política de nacionalidades (*URSS, prisión de los pueblos*, se titulará el número del «Diario del Pueblo» del 4 de julio de 1969), fracaso del desarrollo de Altai, sinsabores en la economía, errores de gestión, absentismo obrero, relajamiento de las costumbres.

La ideología ocupará menos espacio en la campaña antisoviética china. Conviene destacar ante todo un cuestionamiento de la teoría de «la alianza internacional de obreros y campesinos» calificada de «camelo socialcolonialista»[760], un gran artículo de doctrina en el 100 aniversario del nacimiento de Lenin: *Leninismo o socialimperialismo*[761], otro a propósito del centenario de la Comuna de París (18 de marzo de 1871) y, en el sector cultural, un ataque contra Stanislavsky.

La crisis chino-soviética de 1969 y el movimiento comunista internacional

La Conferencia mundial de los Partidos Comunistas y Obreros que se realizará en Moscú del 5 al 17 de junio de 1969, tres meses después de los graves enfrentamientos del Ussuri y seis semanas después del IX Congreso del Par-

[758] Ver «Diario del Pueblo» del 3 de septiembre de 1969: Nuevas medidas de los nuevos zares para su expansión en Asia.
[759] Ver «Diario del Pueblo» del 1 de septiembre de 1969.
[760] «Diario del Pueblo» del 28 de agosto de 1969.
[761] «Diario del Pueblo» del 22 de abril de 1970.

tido Comunista chino, será desde el punto de vista de las relaciones chino-soviéticas un semifracaso para los rusos[762]. En su discurso del 8 de junio, Breznev reprochará a los chinos sus provocaciones armadas, sus reivindicaciones de territorio, su llamamiento a la revuelta de las poblaciones rusas contra su gobierno, su rechazo de un «comunismo científico» y su pretensión de imponer al mundo el pensamiento de Mao Tse-tung. De su lado se encontraban los comunistas franceses y polacos, contra ellos los italianos (Berlinguer) y los rumanos (Ceausescu) partidarios de la igualdad de derechos de los partidos y de la ausencia de un centro dirigente. La resolución final se abstendrá de condenar a China. Yugoslavos, albaneses, cubanos, norvietnamitas y norcoreanos no habían acudido a la conferencia. Pekín reaccionará moderadamente ante el acontecimiento, pero proseguirá sus ataques solamente contra los soviéticos.

Desde este tiempo la «cuestión china» ha evolucionado poco en el seno del movimiento comunista internacional a despecho del acercamiento entre Pekín y Washington, y esta situación refleja la irresolución y el oportunismo de los soviéticos[763].

Las relaciones entre China y la Europa del Este

La política china de apertura manifestada en el curso del año 1970 y cuyo signo será el regreso de la mayoría de los embajadores chinos a sus lugares, el deseo de reunir contra los soviéticos todas las oposiciones posibles en el campo socialista, conducirán a los chinos a estrechar aún más sus vínculos con Albania, a desarrollar sus contactos con los rumanos y a normalizar sus relaciones con los yugoslavos.

Los albaneses serán para los chinos unos aliados ideológicos seguros y harán pasar a su país algunas bocanadas de la Revolución cultural. Gracias a ellos los chinos se introducirán un poco en el Mediterráneo y en los Balcanes y su

[762] Los dieciocho partidos reunidos en Moscú en marzo de 1965 (ver cap. XXV), habían apalabrado el principio de una nueva conferencia mundial comunista, dando continuación a las de 1957 y 1960. Tras numerosas complicaciones, un comité consultivo se reunirá en Budapest el 26 de febrero de 1968. La conferencia mundial, fijada en un principio para el día 25 de noviembre de 1968, se trasladó al 5 de junio de 1969 a causa de los acontecimientos de Checoslovaquia.

[763] Ver esta cuestión en conjunto en Francois FETJÓ, *La herencia de Lenin*, Casterman, París, 1973.

ayuda económica tendrá un valor demostrativo. En una opinión china mal informada de la verdadera situación del mundo, la amistad albanesa revestirá un sentido y unas dimensiones totalmente desmedidas, que aún quedaron aumentadas por frecuentes intercambios de misiones de todos los órdenes[764].

Las relaciones entre Pekín y Bucarest ya buenas, mejoradas por una visita de Chu En-lai a Rumanía (16-24 junio de 1966) y de Maurer, presidente del Consejo rumano, a China (3-4 julio de 1967) beneficiarán aún las inquietudes causadas en Bucarest por la crisis checoslovaca. A la vez que continuaban poniendo por delante la unidad del campo socialista y sin dejar comprometerse demasiado por los chinos, los rumanos realizarán hacia ellos señalados gestos.

Las visitas de Estado o de Partido entre Pekín y Bucarest serán numerosas y se acompañarán de ruidosas declaraciones, sobre los temas esperados de la independencia y la soberanía nacional. Los chinos concederán a los rumanos importantes préstamos[765].

Las relaciones chino-yugoslavas eran de lo más mediocres desde 1968 por unas razones ideológicas que, a los ojos de los chinos, hacían de Yugoslavia la más antigua expresión y la más pura del moderno revisionismo y la excluían de la comunidad socialista. Después de más de diez años de relaciones diplomáticas a nivel de los encargados de negocios, se habían intercambiado embajadores en mayo de 1970. En el mes de junio de 1971, Tepavatz, ministro de Asuntos Exteriores, se trasladará a Pekín y nada podrá demostrar mejor cómo, en esta región lo mismo que en todas las regiones del mundo, el interés de Estado está por encima de la ideología, la resistencia a la URSS por encima de los principios.

Con respecto a Checoslovaquia, «colonia del imperio soviético» y de sus nuevos dirigentes «camarilla fantoche», «esclavos rastreros de los nuevos zares», los chinos serán todo lo insultantes que puedan. No se nombrará más un embajador para Praga.

---

[764] Las más importantes estarán dirigidas en el lado chino por Chu En-lai, el jefe del estado mayor Huang Yung-sheng (diciembre de 1968), el jefe del Departamento político del ejército Li Yeh-sheng (agosto de 1971) y en el lado albanés por Mehemed Shehu (abril de 1966) y al general Begrir Balluku (enero de 1967).

[765] La más importante será la que Ceausescu y Maurer harán a Pekín del 1 al 9 de junio de 1971. La de Radulescu, ministro de Asuntos Exteriores rumano, en marzo del mismo año, había valido a su país un préstamo de 244 millones de dólares.

La actitud será parecida con respecto a Polonia, Alemania del Este, Hungría, y todos los Estados cuya docilidad hacia Moscú no autoriza por el momento ninguna maniobra de división.

Así, entre 1966 y 1971, la Revolución cultural, los incidentes provocados o fortuitos del Ussuri, la evolución de la situación en Asia Oriental, las aperturas de Washington hacia Pekín han venido a agravar y casi por un instante a llevar al borde de la ruptura las relaciones chino-soviéticas, ya en bastante mal estado. Las divergencias ideológicas se esfuman detrás de las oposiciones del Estado que se afirman en ciertas expresiones. Los rusos hablan de «nacionalismo totalitario», los chinos aseguran que para Moscú los intereses del socialismo no son más que los del revisionismo soviético. Unas alternativas de tensión y de relajamiento podrán sin duda sucederse en función de la coyuntura internacional o en ocasión de problemas especiales o con la subida de nuevos dirigentes en una de las partes o en la otra, pero se puede afirmar sin el menor género de duda que China va a estar instalada en lo sucesivo y definitivamente en una vía auténtica y totalmente nacional. No volverá más al campo socialista si no es para tomar su dirección.

Conclusión

«Car l'empire est chose puissante et lourde
qui ne se charrie point dans un vent de paroles.»
A. de Saint-Éxupéry (*Citadelle*)

Balance de una generación

No podemos menos de reconocer en principio con buena fe que tanto el activo como el pasivo de un régimen que ha alcanzado ya su mayoría escapa en gran parte a nuestras evaluaciones y hasta quizás a nuestros juicios.

Su historia nos demuestra a cada instante que China, hasta la China contemporánea, es una nación fuera de serie a la que las leyes y los esquemas de la ciencia política y de la economía modernas se aplican poco o mal, y es cierto que cuarenta siglos de continuidad histórica y de aislamiento en un mundo limitado que ella dominaba fácilmente en toda su extensión, en toda su cultura y en todo su genio político explican la persistencia de una sociedad profundamente original y de una psicología nacional e individual particulares. En China la Edad Media está cerca de la actualidad. Mao Tse-tung —y su caso no es ninguna excepción— tenía 18 años cuando se hundió la dinastía manchú y su formación intelectual básica había terminado. Como él, Liu Shao-ch'i se complacerá en citar a los clásicos y, en una autocrítica bastante conmovedora, Ch'en Yi confesará tristemente frente a los guardias rojos que Confucio y Mencio coexistían en su espíritu con el comunismo y las ideas burguesas.

Dentro del aparato del Partido tanto como en el del Estado se mezclan el mundo antiguo y el mundo nuevo. Este hecho aparecía hasta en las manifestaciones oficiales donde el viceministro de la República, antiguo letrado del Imperio, se codea con su colega, la señora Sun Yat-sen, y reconoce a los antiguos «señores de la guerra», generales del Kuomintang, comunistas de la primera y segunda generaciones. La observación es válida para toda la sociedad en donde, de la vieja a la nueva cultura, todos los colores se yuxtaponen como en un prisma en donde se funden en un mismo individuo.

Como el pasado, el presente nos demuestra —y esta característica coincide con la precedente— que China tiene una tendencia irreprimible a rechazar o a «chinizar» los modelos extranjeros que le son propuestos o impuestos, una tendencia a querer reencontrar o descubrir en todos los dominios una «vía china», a menudo ilusoria o aventurada, pero cuya misma noción le es necesaria puesto que responde a sus hábitos, a sus formas concretas de pensamiento y sobre todo a su inmenso amor propio.

Sabemos también que el hermetismo de la China de hoy no difiere en nada del de la China Imperial. Faltan datos numéricos fundamentales indispensables para situar convenientemente a una nación en la curva de su desarrollo. Así la cifra de la población, cuyo conocimiento sería tan necesario, tratándose de un país tiranizado por su demografía y tan cerca del mínimo vital, sólo puede ser estimado en unos cincuenta millones de individuos. Las capas profundas de la sociedad nos son inaccesibles.

Desde 1966, la incertidumbre se ha extendido al dominio de las instituciones políticas y de su funcionamiento. Si se percibe su evidente alteración, muchas causas se nos escapan como se nos escapa el juego de las rivalidades y de las influencias alrededor de Mao Tse-tung.

Este es a fin de cuentas el permanente, gigantesco y supremo desconocido. No solamente en la encamación de la Revolución china, sino la del «marxismo-leninismo de nuestra época». Además es por un tiempo el principal factor de la política interior y exterior china, cuyas iniciativas, desviando el curso esperado de la Historia, han lanzado al país hacia las direcciones más imprevistas: «Cien Flores», «gran salto hacia adelante», comunas populares, Revolución cultural. Es éste el que bloquea las opciones y cierra el horizonte intentando introducir a sus herederos y con ellos una China amasada con sus manos sobre unas vías sin regreso, conformes a su propio pensamiento.

En definitiva, el estudio de la China contemporánea queda aún dificultado por una demasiado rica herencia de ideas recibidas, imágenes someras y extremas, procedentes del siglo XVIII. Para los misioneros, los filósofos y los curiosos de este tiempo, China, exenta de maravillas, era el imperio mejor ordenado y el más virtuoso del mundo. Para nosotros, el monolitismo político, ideológico y cultural de otros tiempos y el de hoy suman sus efectos, acreditan una aparente armonía, disimulan las prácticas admitidas o requeridas, hacen ignorar el verdadero juego de las relaciones humanas. El mundo chino es muy distinto al de los textos oficiales o al de las visitas preparadas.

Paralelamente, el escalpelo occidental es un mediocre instrumento para la disección de los hechos y de los comportamientos chinos. Así, el escrúpulo que ponemos al enlazar nuestros actos y nuestras palabras, nuestra lógica exigente nos llevan a honrosos errores al tratarse de China. Muchos ejemplos podrían establecer que los estadistas chinos aceptan, entre el enunciado obligado de los principios y el pragmatismo de las conductas, unas considerables diferencias verdaderamente desconcertantes para nosotros. Así la vieja hipocresía confuciana tan denunciada encuentra menos a menudo su origen en una falta intencionada de moral que en la fácil aceptación de los contrarios.

Con el carisma de Mao Tse-tung, la prodigiosa mutación que iba a ser intentada, a partir de 1949, estaría facilitada por dos clases de factores, unos que afectan a las instituciones propiamente dichas, y los otros a las características de la raza y de la sociedad china.

Contrariamente al Kuomintang, su predecesor, el Partido Comunista representa un sistema de encuadramiento poderosamente ramificado, que se hunde hasta la capa social elemental y capaz de organizado y transformarlo todo en todos los niveles y en todos los dominios. Este incentivo, del que China siempre había carecido, la levantará por encima de su pasado. Será esto lo que forzará la realización de las nuevas estructuras, es ello lo que, gracias a un monopolio de una prensa encargada de educar antes que informar, y por su habilidad para suscitar y dirigir impresionantes campañas de masa, despertará a los individuos y a los grupos a una vida política predeterminada y apresurará la evolución de las costumbres y de las mentalidades individuales y colectivas.

En sus empresas el Partido no se servirá solamente de las circunstancias ya relatadas en el primero de estos capítulos, sino también de la ausencia de obstáculos que no sean la tradición familiar y la de los pueblos. La debilidad numérica de la burguesía, la ignorancia de toda forma de democracia política, la tibieza de un sentimiento religioso por otra parte poco difundido, la costumbre de subordinar el individuo al grupo familiar y del clan, una juventud numerosa y disponible y la plasticidad de la raza favorecieron considerablemente su acción.

Sin embargo, sería injusto no subrayar la complejidad de una tarea cuya amplitud señalan las propias dimensiones de China y la enormidad de su población.

Antes de 1949, todos los problemas se resumían en uno solo, la conquista del poder por la combinación simultánea o alterna del acto político con el acto

de guerra, imperativo indiscutible que sólo exigía por parte de los jefes unas opciones tácticas realistas, una dirección a la vez centralizada y flexible, haciendo el resto la unidad de doctrina y que sólo requería de los ejecutantes una disciplina, una energía y una fe misioneras.

Después de 1949, por el contrario, todas las tareas se presentan a la vez: conservar al Partido y al régimen (ambos llenos de recién llegados) con el impulso revolucionario, proceder a un desarrollo económico tanto más rápido cuanto el retorno a la paz y al orden interno aceleraba peligrosamente el crecimiento demográfico, hacer acceder a las masas a una educación a la vez utilitaria y moderna, transformar las creencias, prejuicios y los hábitos de una sociedad tradicionalmente difícil de manejar por el número y por el carácter principalmente rural y disperso, asegurar al país su seguridad exterior sin comprometer su independencia nacional, su vocación revolucionaria particular sin apartarse ideológica y políticamente del campo socialista. Cuando se pueda establecer cierta armonía entre estos objetivos simultáneos —tal será el caso de 1949 a 1957 y también de 1962 a 1966— China conocerá unas fases de estabilidad política, de progreso económico, de resplandor exterior. Por el contrario, una excesiva prioridad dada a alguno de ellos desencadenaría rápidamente desequilibrios con efectos desastrosos. Así sucederá en el momento de las «Cien Flores», del «gran salto hacia adelante» y de la Revolución cultural.

La obra política

Como en el tiempo de las grandes dinastías, el régimen ha rehecho la unidad política insegura desde principios de siglo y desplomada durante éste. La gran tradición se ha reanudado con todos los beneficios consecuentes en el interior y con toda brillantez en el exterior. Detrás de toda la palabrería revolucionaria la chinización es más real que nunca.

Esta renovada unidad parecía sólida. Hasta las grandes crisis: la crisis económica del «gran salto hacia adelante» y la grave crisis de la Revolución cultural, comprendido el caso Lin Piao, no parecen haber socavado más allá de una descentralización limitada y quizá saludable. Si la ruptura de Pekín-Moscú ha debido trastornar algunas conciencias socialistas, no ha provocado ninguna defección notable (a excepción de la de Wang Ming) ni tensiones internas intolerables.

La autoridad personal de Mao Tse-tung, los progresos del sentimiento nacional y la ayuda del ejército explican en lo esencial que el navío haya podido superar los escollos. Pero ¿qué sucederá cuando el «gran timonel», octogenario, deje la barra?

La crisis de las instituciones es en efecto evidente. Las que había establecido la Constitución de 1954 a partir de un sufragio universal controlado todavía no han quedado redefinidas o plenamente restauradas. El proyecto de constitución redactado desde 1970 no ha sido adoptado. La Asamblea Nacional no se ha reunido desde principios de enero de 1965. La jerarquía de los comités revolucionarios funciona empíricamente y sus relaciones con el Partido en vía de reconstrucción son variables con el tiempo, el lugar y con los hombres. El papel del ejército, ayer omnipresente, no es tan claramente discernible después de la desaparición de Lin Piao y de sus jefes principales.

La unidad del Partido, tan cuidadosamente preservada hasta 1966, es hoy una noción abandonada y hasta combatida. La historia oficial no es ya la de los comunistas obrando fraternalmente por la revolución y por la construcción socialistas, sino, en principio, la de un enfrentamiento permanente entre dos líneas y esta historia es objeto de una amplia enseñanza. Los chinos han visto caer bajo las peores acusaciones a sus dirigentes más respetados y a sus jefes militares más admirados, acusados de estar infiltrados en el Partido a fin de actuar en él en favor del Kuomintang y de restaurar en China el capitalismo o sospechosos de haber pactado con el extranjero, y muchos de ellos han sido deshonrados en su vida privada. La depuración ha llegado desde Liu Shao-ch'i, cuyas funciones presidenciales, su calidad de viceprimer ministro del Partido lo colocaban cerca de Mao Tse-tung, del que había sido el sucesor, a la mayoría de los antiguos cuadros del Comité central y de los aparatos provinciales. Ha golpeado a los «indulgentes», y después a los «enragés» del grupo de la Revolución cultural y hasta a Ch'en Po-ta su presidente. Antes del mariscal Lin Piao o con él, un ministro de Defensa Nacional, muchos mariscales y cuatro jefes del estado mayor general fueron brutalmente eliminados. El mismo Mao Tse-tung cambió de opinión sin osar reconocerlo, al rechazar a su «más cercano compañero de armas», su heredero designado, su exégeta depositario de su pensamiento.

A excepción de Mao Tse-tung y en menor medida de Chu En-lai, ninguno de los grandes nombres del Partido ha evitado salpicaduras y mancillas. A me-

nudo las víctimas han debido participar directamente en estas campañas injuriosas dirigidas contra ellos, asociarse a los mítines de acusación de toda la antigua generación, la que había creado la nueva China. Actualmente la frecuencia y la intensidad de los llamamientos a la unidad muestran con bastante claridad que ella ha sido la gran víctima de los acontecimientos.

Cuando los más evidentes errores de las «Cien Flores» y del «gran salto hacia adelante», la infalibilidad del Partido era un dogma y su dirección invariablemente «correcta». Las dificultades económicas eran atribuidas a los caprichos de la naturaleza, a la malevolencia de los dirigentes soviéticos, a veces a los cuadros mal preparados, a los contrarrevolucionarios, a los ex propietarios hacendados y a los campesinos ricos. Hoy, son todos los antiguos jefes de departamento del Comité central o secretarios de las regiones o provincias —los recuperados como los excluidos— los acusados de errores y de sabotajes. Sólo Mao Tse-tung, a pesar de ser presidente del Partido, y Chu En-lai, primer ministro y, por sus funciones, verdaderos responsables, escapan de las blasfemias y de la ley de la autocrítica por el efecto de una gracia santificante.

La autoridad del Partido, se sabe, deja de ejercerse en realidad en otoño de 1966 y, salvo en lo que concierne a su centro, ha desaparecido oficialmente con la creación, a principios de 1967, de los primeros comités revolucionarios revestidos de un poder «unificado». Aún es preciso señalar que el Comité central (en realidad el Buró político y su grupo permanente) compartía sus funciones con el Comité militar y con el grupo de la Revolución cultural de Ch'en Po-ta y no actuaba más que parcialmente sobre el Consejo de los Asuntos de Estado.

En la base el Partido no intervenía más que orgánicamente, pero sólo por algunos de sus miembros que habían continuado siendo revolucionarios y dotados de bastante personalidad para imponerse. Las mismas observaciones valen para la Liga de las Juventudes Comunistas maleada por los «pequeños generales de la revolución» y por los sindicatos que acaban de reaparecer.

El IX Congreso ha querido volver a colocar el Partido en los mandos e intentó volverlo a crear sobre la base de unos nuevos estatutos y dentro de un espíritu más revolucionario que nunca. Si esta obra es lenta, incierta, difícil y dolorosa para bastantes interesados, es porque tropieza con problemas humanos, pero también porque sufre el debilitamiento de la autoridad y el descrédito del Partido. Este debilitamiento y este descrédito son, más de lo que podrían serlo en cualquier otro país socialista, un fenómeno grave. Desde

1949, y después de treinta o cuarenta años de vacío o de fraccionamiento político entre el orden imperial y el orden comunista, el Partido era en realidad el único poder. A pesar de la fachada constitucional los chinos no se equivocaban. Era él quien periódicamente trazaba la línea general, quien tomaba o sancionaba todas las decisiones a todos los niveles, quien desencadenaba a voluntad indignación o entusiasmo a escala local o nacional. Si los grandes reveses de los «tres años negros» habían aminorado su influencia, continuaba siendo soberano e irremplazable. Su desaparición a partir del verano de 1966 pronto corresponderá a la desaparición de la autoridad misma. Conducirá —en algunos meses— a un estado de semianarquía y a la llamada al ejército como recurso.

En verdad, la China imperial y más todavía la China republicana habían conocido periódicas desapariciones del gobierno y de la administración. Ellas teman al menos para responder un orden de cosas tradicional que permitía a la antigua sociedad cuidarse a sí misma, cuidar a su base, en el nivel de las familias y de los pueblos. Unas bases morales y costumbres bastantes estables, una economía de subsistencia muy usada, permitían atravesar la crisis si no sin desperfectos al menos sin naufragio. El régimen, ante todo, destruyó ampliamente esta antigua armonía, quebrantó los cuadros naturales para poner en su lugar a los de la producción actuando en el seno de los equipos y de las brigadas de las comunas populares.

Se puede pensar que la Revolución cultural, colocando al menos parcialmente el problema de la autoridad en la misma raíz de la sociedad, colocó también de un mismo golpe el de las relaciones de producción, orientando su solución en un sentido de cierta emancipación política y económica con respecto al Partido y en un sentido de crecimiento de la participación real de las masas en la elaboración de su propio destino. Esto sería un acontecimicnto de considerable alcance teniendo en cuenta las dimensiones de la población rural. Si el Partido no fue rápida y sólidamente repuesto en su lugar, el régimen tendrá sin duda alguna grandes dificultades al enfrentarse con una política agrícola de conjunto, y hasta quizás al preservar la realidad de una colectivización cuya eficacia se había puesto en duda ampliamente por los grandes responsables tras el fracaso del «gran salto hacia adelante». En este caso. Revolución cultural, lucha por el poder, enfrentamiento ideológico, pero ante todo conflicto de línea política centrada en los campos, habrían fallado en su principal objetivo. Esta observación es más importante todavía si se acepta

con ciertos observadores que en China el comunismo se mantiene más por su forma autoritaria centralizada que por su contenido.

La obra económica

Indiscutiblemente, y a veces al borde del abismo, el nuevo régimen realizó en veinte años una merecedora obra política. La supervivencia de una población en otros tiempos afectada por carestías frecuentes quedó asegurada a pesar de su crecimiento. Un justo sistema de retribución de los productos fue instaurado. Se desarrolló una industria pesada y fue implantada en nuevas regiones. La industria ligera, ya importante en 1949, se diversificó en gran medida y realizó nuevos progresos. Nacieron industrias de vanguardia. Para un país tan extenso, pobre, geográficamente desequilibrado en sus recursos, sin una verdadera tradición científica y tecnológica, y mal provisto de medios de transporte, no son resultados mediocres.

Sin embargo, la primacía de lo político, el voluntarismo maoísta —un verdadero «aventurismo de izquierda»—, la vana búsqueda de un sistema de desarrollo original, la falta de economistas calificados colocaron apresuradamente a China en unas vías sin salida. La línea general conoció zig-zags y costosos retrocesos con las consecuentes pérdidas de tiempo.

El plan de doce años para el desarrollo de la agricultura, puntal de la construcción socialista y principal fuente de su financiamiento no pudo ser realizado. En la hipótesis más generosa China produjo 250 millones de toneladas de cereales en 1973 cuando hubiese debido recolectar de 350 a 400 millones desde 1967 y, según la promesa de Ch'en Po-ta, alimentar a 600 millones más de chinos.

En el sector industrial estaba previsto que se alcanzaría a Inglaterra en 1972. El año 1972 pasó e Inglaterra, doce veces menor por su población y veinte veces por su extensión, galopa aún delante de China, cuyos dirigentes han olvidado ya la carrera y su desafío.

Ahora bien, a la vez presionada e impedida por el número, retrasada ya por la búsqueda de atajos hacia la modernidad, China no puede esperar o equivocarse en sus alternativas. Reducida a sí misma, ¿tiene realmente tiempo de efectuar el despegue económico que la colocará fuera del alcance de una explosión demográfica que se vuelve incontrolable? Todo su porvenir y todo o parte del nuestro está en esta pregunta. Si, por definición, la Historia impide

el pronóstico, al menos puede constatar que las apuestas del crecimiento no se han realizado, que China aún no ha salido de su atraso y que corre aún sobre la pista de despegue.

La obra social, educativa y cultural

Es posiblemente, sin duda, dentro del dominio social y educativo donde el régimen realizó las transformaciones más profundas. Al antiguo orden familiar y de pueblo fundamentado sobre una moral de inspiración confuciana a la que se le sumaron algunas supersticiones, le sustituyó una organización socio-económica de tipo colectivo basada en una moral revolucionaria y socialista y se intentó reducir los vínculos de parentesco a un papel afectivo. Se trató en todo lo posible hacer suceder un altruismo, a veces despiadado, a la solidaridad de la sangre. Emancipó al individuo en relación a su familia para reintegrarlo en el grupo y a través suyo someterlo al Partido. Lo politizó de buen o mal grado, ampliando su horizonte del pueblo al de la nación abriéndole una visión nueva, pero prefabricada, del mundo exterior. Haciendo esto, dio a su vida unas dimensiones y un sentido diferente.

En realidad, la instauración de un nuevo sistema de valores, sea cual fuese, parecía necesario desde que la revolución de 1911, quebrantando el orden tradicional, había quitado el sentido a los destinos individuales hasta entonces justificados por el continuum de la familia. Más que la noción occidental de «nivel de vida» y tanto como la del nivel material, es la filosofía de la existencia la que se imponía. Si debemos hacer alguna comparación es en el reemplazamiento de los valores cristianos por los de la moral laica de nuestro siglo xix donde debemos buscarla. Todavía no se trata más que de una semejanza y quizá todo no ha hecho más que comenzar. Así, mientras que el Partido, exigiendo la «obediencia servil», se consagraba a transponer la explicación fundamental, debiendo anteponer la perennidad del grupo social por delante de la del grupo familiar, la Revolución cultural hizo secretamente, pero quizá profundamente, evolucionar las cosas. La noción de «rebelión», el más vivo estímulo a la crítica de los cuadros y de las «autoridades» pueden ser el principio de un cambio en las relaciones entre poder y sociedad y hacer levantar los gérmenes de la independencia de juicios y del libre examen y de allí un verdadero individualismo. Aquí también el futuro dependerá de la restauración del Partido en la plenitud de su autoridad.

Cuantitativamente hablando, la obra de los comunistas es inmensa en el dominio educativo. Una escolarización extendida a un 70 o a un 80 por ciento, la multiplicación de las escuelas técnicas, el desarrollo de la educación postescolar, la acción de la prensa para popularizar la ciencia y sus aplicaciones son hechos ciertos.

Cualitativamente, el Partido supo ligar los programas a las necesidades del desarrollo, alejar las corrientes tradicionales llevadas hacia las letras, abatir los prejuicios más antiguos del intelectual, erudito pero fuera de la vida real, hacia los cuadros y los trabajadores manuales, y abrir la enseñanza a los medios más humildes.

Otros muchos beneficios se realizan desgraciadamente con vacilación, en este como en otros dominios, por los errores de la línea general, la primacía intransigente de lo político y por el sectarismo de clase.

La ausencia de tradición nacional en materia de organización de la enseñanza, el rechazo de los esquemas procedentes de Occidente y hasta de la Unión Soviética y, en definitiva, las circunstancias que ya sabemos, condujeron después de 1966 a un caos cuyos efectos, hoy en día atenuados por la debilidad del índice de crecimiento industrial, no dejan de ser pesados a cualquier plazo.

El reproche más grave que se puede dirigir al sistema, particularmente después de la Revolución cultural, es el de no haber formado más que instrumentos al servicio de la sociedad en los que la única misión del individuo es la de transformar. Entre la vieja fórmula elitista de Confucio «El sabio no es ningún utensilio»[766] y las necesidades de una sociedad en vías de desarrollo, se podía encontrar sin duda un equilibrio. Hubiese permitido la persistencia del hombre y de las ciencias humanas, y hasta relacionar a China con las mejores de sus tradiciones.

Por esto, el problema alcanza al de la cultura y finalmente al de la personalidad de China entre las naciones. Parece que haya frágiles indicios de que algunos responsables tomen poco a poco conciencia del valor de su patrimonio, al menos en lo que concierne a la conservación de las obras maestras arquitectónicas y artísticas que han sobrevivido al sectarismo de los dirigentes izquierdistas y al fanatismo de los guardias rojos. ¿Comprendieron el valor del pasado

[766] Que sólo tiene un único uso.

e incluso del pasado imaginario de China? ¿Entendieron la advertencia del poeta?

Los países que no tienen ninguna leyenda
estarán condenados a morir de frío...[767]

El hombre nuevo

Tanto como su medio social y político, tanto como la visión de su país y del mundo, el régimen empezó a cambiar el modo de pensar y el modo de expresión del individuo. Las transformaciones de la escritura (desaparición de la lengua literaria, desarrollo de una lengua corriente más cercana a la vida), un estilo más lógico y más riguroso —el de la prensa completamente marxista— tienden a alejar a los chinos de su imprecisión congénita.

El tiempo y la exactitud no son tan despreciados. Por el contrario los criterios absolutos no son los de la razón y los del buen sentido sino los de una ideología intolerante e intangible justificando completamente las conclusiones de las masas contra las del individuo, el trabajo queda esterilizado desde que se avanza más allá de la ciencia pura y de las técnicas. Ni el pensador ni el humorista encuentran su sitio en una sociedad en donde ha regresado el tiempo de la escolástica, donde sólo la restricción mental preserva los mecanismos de la inteligencia. Sin embargo los trazos del antiguo espíritu chino no han desaparecido totalmente. La sutileza, el don de la alusión, el arte de la comedia, la inflación verbal, el razonamiento por simple analogía, la coexistencia de contrarios, la chinización de los conceptos se transparentaban en el lenguaje, tanto en el de los guardias rojos como en el de los ancianos, pero ¿quién medirá la extensión de este daño y quién puede decir el tiempo que nos separa todavía de un tipo uniforme, elemental y fanático, fundido con la masa, dispensado de la obligación de manifestarse más que por medio de fórmulas prestadas impuestas por la ideología?

Los trazos morales quedan necesariamente más afirmados. Aquí, al menos aparentemente, el régimen realizó algunos milagros. La absoluta probidad, la pureza y la austeridad de las costumbres, el civismo confundido con el apego hacia Mao Tse-tung y, hasta 1966 al menos, hacia el Partido, el espíritu de sa-

[767] Patrice de LA TOUR DU PIN, *La Quéte de Joie*.

crificio, el patriotismo y hasta el respeto y el amor hacia el ejército secularmente despreciado, saltan a los ojos de los menos atentos. Efectos de unas coacciones en una sociedad íntegramente organizada para la mutua vigilancia de sus miembros; resultados de una conciencia nacional exaltada cada día y conformismo de un pueblo profundamente maleable. Las tres explicaciones pueden juntarse. R. P. Hue, que escribía justamente: «La vida del chino es el materialismo en acción», quedaría sin duda estupefacto. Sin embargo, observando desde cerca se podrían encontrar a los chinos de su tiempo teniendo en consideración, no sus trazos morales, sino sus trazos de carácter.

A pesar de la intolerancia de su mando y de los arranques sinceros o simulados de pasión revolucionaria, el hombre chino parecía todavía caracterizado por sus cualidades y defectos esenciales: sentido de la medida y disposición al compromiso más que a la violencia, resistencia y paciencia, voluntad interior bajo una dulce cortesía, ausencia de fatalismo pero resignación optimista, alegre y en definitiva valiente, sentido del humor (aunque las ocasiones para ejercerlo sean raras o peligrosas) y por encima de todo un amor propio ilimitado al que ninguna crítica o autocrítica llevaría nunca a su fin, este amor propio que, como el del pobre Ah. Q., el inmortal personaje de Lu Hsün, tiene sus propias explicaciones para salvar su propio rostro.

Por lo demás, sobrio, frugal, económico, industrioso sin verdadero dinamismo, el chino continúa casi igual a sí mismo. Sin duda, siempre será así mientras no desaparezcan las viejas generaciones, mientras que su medio ambiente material continúe parecido y, hasta el presente, hábitat, alimentación, medios de transporte y útiles no han cambiado demasiado. Sólo la igualación de las condiciones de vida es en este sentido la gran diferencia con la era precomunista. Hoy como ayer, aparte de algunos grandes centros industriales, China continúa siendo una vasta nación de agricultores cercanos a su pasado por sus medios y procedimientos de cultivo. La organización colectiva a la que por otra parte el campesino se ha resistido desde que sobrepasó un grado inaceptable —el reajuste de las comunas de 1958 es el gran ejemplo— no podría prevalecer aún sobre las viejas realidades.

China frente a las naciones

Menos de treinta años después de la abolición de los «tratados desiguales». China tomó en el mundo un lugar que debe a la vez a sus dimensiones

espaciales, a su peso demográfico, a sus primeras realizaciones en el dominio del armamento nuclear, a su mesianismo revolucionario, a su nacionalismo que ha dirigido en contra de la dirección de Moscú y a la personalidad excepcional de Mao Tse-tung.

La opinión internacional ya la considera como una potencia de primera clase. El presidente Nixon ve en ella uno de los grandes centros de decisión del planeta, los soviéticos aseguran que aspira a convertirse no sólo en el centro político del mundo sino también en su centro militar y técnico[768].

Estas exageraciones, que proceden ya sea de la seducción diplomática, ya sea de una propaganda hostil, no dejan de manifestar la realidad de una fulgurante ascensión. Quizá sea esto el mayor y más cierto resultado del régimen.

En este sentido, los comunistas chinos, y más precisamente Mao Tse-tung y Chu En-lai, merecen tanta más admiración cuanto que esta imagen de la nueva China casi sólo reposa, por el momento, sobre determinadas ficciones. Su pobreza, su mediocre poderío económico, todavía ampliamente empleado para alimentar al pueblo, su parte irrisoria dentro del comercio mundial, los hándicaps de su desarrollo y sus formidables errores de dirección son verdades evidentes.

En el campo de la política exterior China no ha podido alcanzar todavía sus grandes objetivos. Introducida en las Naciones Unidas después de 22 años de espera, no ha podido recuperar Taiwan, ni reemprender su influencia sobre el cerco de sus antiguos tributarios del Sudeste asiático, ni rectificar sus fronteras con la URSS y la India, ni neutralizar al Japón. Ha sufrido una grave derrota en su política indonesia y pakistaní, y finalmente queda sin gran acción en el Próximo Oriente, salvo en el África negra. Por el contrario sus manejos han inquietado a algunos Estados y se ha debilitado su valor de modelo.

En realidad, el crédito de amistad y de confianza que los gobiernos y las naciones otorgan a China y que son suficientes para hacer perder de vista la debilidad económica, las irregularidades interiores, los fracasos de política exterior y la negación a doblegarse frente a los usos diplomáticos por todos reconocidos, proceden menos del régimen actual que del prestigio de la China tradicional y de la coyuntura internacional.

---

[768] Revista «Komunist» del 12 de agosto de 1968, apoyándose sobre declaraciones chinas por otra parte no precisadas.

Es en la medida en la que China renueva hoy, sin reconocerlo, sus auténticas tradiciones de civilización y de grandeza como encuentra de nuevo su rango. Tras más de cien años de malentendidos y mutuos desprecios, incidentes seguidos de expediciones militares, la China de las grandes dinastías y de los grandes emperadores del siglo XVIII emerge de nuevo y las antiguas corrientes de admiración vuelven a surgir.

Así es, después de los inquietantes misterios de la Revolución cultural, como la aparición de una China más juiciosa, aliviando un poco nuestra angustia, se hace acoger con esperanza. Con ella, una de las piezas maestras de la construcción de la paz se ha colocado en el juego. En definitiva, China se ha servido también de las alarmas de muchas naciones preocupadas como ella en preservar su identidad frente a un eventual atropello político y económico de las dos superpotencias en el momento en que se parcela el mundo. En este sentido tranquiliza y asusta a la vez. Tranquiliza puesto que los dos grandes no están en realidad solos y, a pesar de su debilidad, China puede ya complicar su juego y pensar en su despliegue militar o naval en Asia continental y en el Pacífico. Inquieta porque demuestra a su vez que estamos en la era de las naciones colosos y, sobre este punto, se puede esperar que precipitará la unidad real de Europa.

Así, si China no puede permitirse entrar en su tradición milenaria volviendo a ser el centro y el modelo del mundo, sin embargo está tomando un papel cada vez mayor en el futuro de éste.

Todos los chinos vueltos hacia Mao Tse-tung se dan cuenta de ello con orgullo.

En el momento de concluir este segundo volumen de esta historia de cincuenta años, cómo no pensar que el tiempo y sobre todo las discordias han arrojado ya fuera del camino a casi todos los personajes. Sólo continúan los dos principales: Mao Tse-tung y Chu En-lai, pero la edad los acucia y los que los rodean sólo son comparsas o recién llegados.

El antiguo Partido ha marchado y con él la China de los primeros comunistas, y ya los mástiles de la China vieja desaparecen en el horizonte. Se acerca otra China. Mao Tse-tung y Chu En-lai utilizan sus últimos años para preparar su llegada, el primero intentando que la llama revolucionaria brille eternamente, el segundo introduciéndola en las realidades que le rodean y en sus propias realidades.

Deseamos que ellos mismos y sus sucesores otorguen en su síntesis amplio lugar a la herencia espiritual y moral de la antigua China. En el momento en el que el mundo «acabado» busca una cultura e intenta modelar el rostro del hombre del mañana, sería trágico que zozobrase bajo sus ojos la única civilización que ha podido atravesar las edades.

Bibliografía

I. PUBLICACIONES OCCIDENTALES

Las obras relativas a la China popular son tan numerosas y tan diversas que se ha decidido en primer lugar establecer una bibliografía bastante selectiva destinada a dar al lector una primera información sólida y segura a propósito de cada categoría de problemas. Así se explica nuestra clasificación en:

A. Obras de referencia, bibliografías, colecciones biográficas, anuarios, etc.

B. Publicaciones especializadas en lenguas occidentales. Traducciones de la prensa china.

C. Mapas y atlas, geografías.

D. Obras generales.

E. Ideología y cuestiones doctrinales.

F. Política interior.

G. Economía y población.

H. Cultura, educación, prensa, información, cuestiones religiosas, minorías.

I. Defensa nacional.

J. Política exterior.

Cada una de estas rúbricas sólo comprenden un número limitado de obras. Éstas atañen exclusivamente al período 1949-1974 y a menudo corresponden a trabajos de estudio y de investigación de interés duradero, acompañadas asimismo de numerosas referencias útiles. Salvo excepción, reportajes, relatos de viajes, obras demasiado específicas en su objeto, o rigurosamente especializadas, no figuran en esta lista[769].

A causa de su cantidad y de su dispersión, los artículos de periódicos y de revistas no han sido detallados. Los más autorizados figuran en las publicaciones especializadas indicadas a continuación[770].

---

[769] Las obras fundamentales concernientes a la China tradicional o a la China anterior a 1949 no pueden ser indicadas por falta de espacio. Las cortas pero excelentes bibliografías que figuran en Jacques GERNET, *La Chine ancienne* y Denys LOMBARD, *La Chine impériale*, en la colección «Que sais-je?» (PUF), pueden ser útilmente consultadas. Nuestro primer volumen de la *Historia del Partido Comunista Chino (1921-1949)*, contiene una útil bibliografía para el período considerado.

[770] El Centre de Recherches et de Documentation (Chine contemporaine) de l'École Pratique des Hautcs Études (VI Scction), 54 Bd Raspail, París, dispone de una bibliografía de un centenar de periódicos y de 15.000 obras o microfilmes chinos, occidentales o soviéticos relativos a China contemporánea. El Centro admite prioritariamente a profesores y estudiantes de sinología que se dedican a la investigación.

Fácilmente se constatará que la sinología americana está bastante más avanzada que las demás tanto por su número como por la variedad y el valor científico. La sinología europea está bastante por detrás de aquélla a pesar de algunas obras apreciables. Los trabajos en lengua rusa no figuran en esta bibliografía.

A. Obras de referencia, bibliografías, colecciones biográficas, anuarios, etc.

BERTON, Peter y Wu, Eugene, Contemporary China, a Research Guide, Stanford University, 1967.

BERTON, Peter A.M., Soviet Works on China: a Bibliography of non-perio-dical Literature 1946-1955, University of South California Press, 1959.

BOORMAN, Howard L., Biographic Dictionary of Republican China (4 vol.), Nueva York, 1967-1971.

CH'EN, Nai-ruenn, The Economy of Mainland China, 1949-1963: a Biblio-graphy of Materials in English, Berkeley, 1963.

CLARK, Anne B., A Checklist of Bibliographies and Reference Tools on Communist China for the use of the Center For East Asian Studies, Cambridge, Mass., 1961.

ELEGANT, Robert S., China's Red Masters: Political Biographies of the Communist Leaders, Nueva York, 1951.

HUCKER, Charles O., China, en «Critical Bibliography», Tocson Arz., 1962.

HSUEH, Chiin-tu, Revolutionary Leaders of Modern China, Nueva York, 1971.

«The Journal of Asian Studies». Este periódico publica desde 1941 un número bibliográfico anual: Bibliography of Asian Studies. De 1936 a 1940 el boletín llevaba el nombre de «Bulletin of Far Eastern Bibliography».

KLEIN, Donald W. y CLARK, Anne B., Biographic Dictionary of Chinese Communism, 2 vols., Harvard University Press, 1971.

LUST, John, Index Sinicus: a Catalogue of Articles Relating to China in Periodicals and other Collective Publications, 1920-1955, Cambridge, 1964.

Office d'État des Statistiques, Dix Grandes années (recueil statistique), Éditions en Langues Étrangdres, Pekín, 1960.

PERLEBERG, Max, Who's Who in Modern China, Hong-Kong, 1954.

Union Research Institute. Who's Who in Communist China, 2 vols., Hong-Kong, 1969.

WALES, Nym, Red Dust: Autobiographies of Chinese Communist as Told to Nym Wales, Stanford University Press, 1952.

Wu Yuan-li, China: A Handbook, Pracger, Nueva York, 1973.

YIN, Helen y YIN, Yi-cahng, Economic Statistics of Mainland China (1949-1957), Cambridge, Mass., 1960.

YUAN, Tung-li, China in Western Literature, New Haven, 1958.

Nota: Cierto número de obras pertenecen a esta categoría, así como bibliografías en lengua rusa y japonesa figuran en BERTON y Wu, Contemporary China, A Research Guide, que es una obra fundamental en el dominio de la investigación.

B. Publicaciones especializadas. Traducciones de la prensa china

Lengua inglesa (revistas)

«Asia Quarterly», Bruselas, Bélgica.

«Asian Profile», Hong-Kong, núm. 1 agosto 1973.

«Asian Survey», Berkeley, Calif., mensual, núm. 1, marzo 1961, sucede al «Far Eastern Survey» (1932-1961).

«China Quarterly (The)», Londres, trimestral, núm. 1, enero 1960. «China News Analysis», Hong-Kong, semanal, núm. 1, agosto 1953. «China Report» (bimensual), Nueva Delhi.

«Far Eastern Economic Review», Hong-Kong, semanal, núm. 1, octubre de 1946.

«Issues and Studies», Taipeh, mensual.

«Journal of Asian Studies (The)», Ann Arbor, Mich., núm. 1, noviembre 1941, sucede al «Far Eastern Survey 1932-1961».

Lengua inglesa (traducciones)

Desde 1950, el Consulado General de los Estados Unidos en Hong-Kong ha efectuado una obra de traducción de la prensa china (periódicos y revistas) realmente considerable y libremente difundida a los investigadores. Las principales series comprenden: «Survey of China Main-land Press», «Selections from China Mainland Magazines», «Current Back-ground», «Extracts from China Mainland Publications». Índices y cronologías facilitan las investigaciones.

Por su lado el «Joint Publications Research Service» publica desde 1957 numerosas traducciones de materiales chinos o concernientes a China.

En Hong-Kong, «Union Research Service» publica traducciones al lado de las obras importantes.

En fin, existen en diversos países de lengua inglesa y sobre todo en los Estados Unidos numerosos servicios de traducción y hasta de escucha de las radios chinas. Estas publicaciones entran a veces en un marco más general. «International Arts and Sciences Pres», Nueva York, consagra así a China una de sus series (1ASP Translation Journals).

Lengua francesa

El Boletín de Enlace para los Estudios Chinos en Europa, publicado por la Escuela Práctica de Altos Estudios (VI sección), constituye un vínculo bastante útil entre los

investigadores y permite seguir el desarrollo de sus trabajos. La serie «Extremo Oriente de la Documentación Francesa», la revista «France-Asie», la revista «La nouvelle Chine» (bimestral) consagran la totalidad o parte de sus artículos a China.

La «Revista Bibliográfica de sinología», de gran valor científico, consagra una débil parte de sus artículos a la China de hoy.

En fin, diversos centros universitarios se asocian ocasionalmente para publicar materiales útiles a los trabajos sobre el Extremo Oriente contemporáneo.

C. Mapas y atlas, geografías

Aparte de los mapas de las colecciones comerciales conocidas, se podrán utilizar las series siguientes:

Mapa inglés del War Office (1/4 000.000), páginas China, Mongolia, Asia Central, India Norte.

Mapa Aeronáutico del mundo, OACI (1/1 000.000).

Atlas de la CIA. (Departamento de Comercio de los Estados Unidos), 1959.

Atlas del Servicio Postal Chino (escritura inglesa y china). «International

Boundary Study», The Geographer, Departement of State. USA. CRESSEY, G.B., Land of the 500 millions, McGraw-Hill, 1955. JEN, Yu-ti., Geographic de la Chine, Éditions en Langues Étrangdres, Pekín, 1965.

LATTIMORE, O., Inner Asian Frontiers, Oxford University Press, 1954. NAGEL (Les Guides), Chine, Ginebra, 1967.

SHABAD, T., China's Chaging Map, Cornell University Press, 1956, ed. revisada, Methuen, Londres, 1972.

TREGEAR, T.R., A Geography of China, University of London Press Ltd., 1965.

TREGEAR, T.R., An Economic Geography of China, Londres 1970.

WANG, Kiun-heng, Precis de geographic de Chine, Pekín, 1959 .

D.

Obras generales

BARNETT, Doak, China after Mao, Princeton, 1967.

— (ed.), Chinese Communist Politics in Action, Seattle, 1969.

Centre d'Études de Politique Étrangére, Aspects de la China, vol. Ill, Paris, 1962.

CH'EN, Jerome, Mao and the Chinese Revolution, Oxford University Press, 1965.

CHEN, Theodore H.E., The Communist Regime (Documents and Commentary), Pall Mall, 1967.

CHUNG, Hua-min y MILLER, Arthur C., Madame Mao. A profile of Chiang Ch'ing, Union Research Institute, 1968.

FEUERWERKER, Albert (ed.), Modern China.

GRAY, Jack y CAVENDISH, Patrick, Chinese Communism in Crisis: Maoism and the Cultural Revolution, Londres, 1968.

GUILLAIN, Robert, Dans trente ans la Chine, Paris, 1968.

GUILLERMAZ, Jacques, La Chine Populaire. PUF., París, 1973 (6a. ed.).

HARRISON, James P., The Long March to Power. A History of the Chinese Communist Parly 1921-1972, Macmillan Press, 1972.

Ho, Ping-ti y Tsou, Tang (cds.), China in crisis, 2 vols., Chicago University Press, 1968.

Hong-Kong University Press (Stuart Kirby ed.), Contemporary China (6 vols.).

Hsü, Kai-yu, Chou En-lai eminence grise de la China, Paris, 1961.

KARNOW, Stanley, Mao and China, Viking Pres, Nueva York, 1972.

Kuo, Ping-chia, China: New age and outlook, Nueva York, 1956.

LEWIS, John Wilson, Leadership and Revolutionary Power in China, Nueva York, 1966.

—, Party Leadership in Communis: China, Cambridge University Press, 1972.

—, Party Leadership and Revolutionary Power in China, Cambridge University Press, 1970.

Li, Tien-min, Chou En-lai, Taipeh, 1970.

LINDBECK, John (cd.), China: Management of a Revolutionary Society. University of Washington Press, 1972.

MARCUSE, Jacques, The Peking Papers, Londres, 1968.

MYRDAL, Jan, Un village de la Chine populaire, París, 1964.

PEZEAU-MASSABUAU, Jacqucs, La Chine, Paris, 1970.

PINO-TI, Ho y Tsu, Tang, China in Crisis, (2 vols.), University of Chicago Press, 1968.

RICHARDSON, William (ed.), China Today, Nueva York, 1969.

RICE, Edward E., Mao's Way, University of California Press, 1972.

Roy, David Tod, Kuo Mo-jo: The early Years, Cambridge Mass., 1971.

SCALAPINO, Robert A., Elites in the People's Republic of China, University of Washington Press, 1972.

Sen RAM, Stuart, Mao Tse-tung, Londres, 1966.

— (ed.), Authority, Participation and Cultural Changes in China, Cambridge University Press, 1973.

TANG, Peter S.H., Communist China Today, 2 vols., Nueva York.

TEIWES, Frederick C., Provincial Party Personnel in Mainland China 1956-1966.

TOWSEND, James R., Political Participation in Communist China, Berkeley, 1967.

Tsou, Tang y Ho, P'ing-ti, China's Heritage and the Communist Political System, University of Chicago Press, 1968.

TUNG, William, The Political Institutions of Modern China, La Haya, 1964.

WALKER, Richard, China under Communism, the first five years, New Haven, 1955.

WILSON, Dick, A Quarter of Mankind, Londres, 1966.

E. Ideología y doctrina

CARRÚRE D'ENCAUSE, Héléne y SCHRAM, Stuart, Le Marxisme et CAsie, 1833-1964, París, 1965.

— L'URSS et la Chine devant les revolutions dans les sociétés préindustrielles, París, 1970.

CH'EN, Jerome, Mao Papers: Anthology and Bibliography, Oxford University Press, 1970.

—, Mao, Prentice Hall, 1969.

COHEN, Arthur, The Communism of Mao Tse-tung, Chicago, 1964.

COHEN, Jerome A., Contemporary Chinese Law, Cambridge Mass., 1970.

—, The Criminal Process in the People's Republic of China, 1949-1963, Cambridge, Mass., 1968.

GARAUDY, Roger, Le Próbleme Chinois, Paris, 1967.

GRAY, Jack, Modern China's Search for a political form, Oxford University Press, 1969.

HSIUNG, James Chieh, Ideology and Practice: the Evolution of Chinese communism, Nueva York, 1970.

Liu, Shao-ch'i, Collected Works of Liu Shao-ch'i, 3 vols. Union Research Institute, Hong-Kong, 1968-1969.

MAO , Tse-tung. Obras escogidas, 4 vol. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968-1972.

(Nota: Ciertos escritos posteriores a 1949 han sido objeto de publicaciones en opúsculos distintos por las Ediciones en Lenguas Extranjeras.)

PYE, Lucían, The Spirit of Chinese Politics, Cambridge Mass., 1968.

SCHRAM, Stuart, The Political thought of Mao Tse-tung, Nueva York, 1963, ed. revisada, 1969.

SCHURMAN, F.H., Ideology and organisation in Communist China, Berke-ley, 1966.

SCHWARTZ, Benjamin I., Communism and China: Ideology in Flux, Cambridge Mass., 1968.

SOLOMON, Richard H., Mao's Revolution and the Chinese Political Culture, Berkeley, Calif., 1971.

Union Research Institute, Index to Selected works of Mao Tse-tung, 1968.

Yu, Frederick T.C., Mass Persuasion in Communism China, Nueva York-Londres, 1964.

UNBAN, George, The Miracles of Chairman Mao 1966-1970.

F. Política interior

BARNETT, Doak A. Cadres, Bureaucracy and Political Power in Communist China, Nueva York-Londres, 1967.

BAUM, Richard y TEIWES, Frederick C., The Socialist Education Movement of 1962-1966, Berkeley, 1968.

CHEN, Ridley, Rural People's Communes in Lienchiang.

CHIEN, Yu-shen, China's Fading Revolution, Army Dissent and Military Divisions, 1967-1968, Hong-Kong, 1969.

DAI, Hsiao-ai, Mémoires d'un garde rouge, Albin Michel, 1971.

ESMEIN, Jean, La Révolution culturelle, Paris, 1970.

FAN, K.H., The Chinese Cultural Revolution, Selected Documents.

FOKKEMA, D.W., Report from Peking, Nueva York, 1968, Londres, 1970.

JELOKHOVTSEV, La Révolution culturelle vue par un Soviétique, París, 1968.

KLOCHKO, Mikail, A Soviet Scientist in China, Nueva York, 1964.

LEYS, Simon, Les Habits neufs du President Mao, Paris, 1971.

—, Ombres Chinoises, Paris, 1974.

LING Ken, The Revenge of Heaven. Journal of a Young Chinese, Nueva York, 1972.

MAC FARQUHAR, Roderick (ed.), The Hundred Flowers, Londres, 1960.

MAC KERRAS, Collins y HUNTER, Neale, China Observed, Pall Mall Press, 1968.

Mu, Fu-sheng, The Wilting of the Hundred Flowers, Nueva York, 1963.

PYE, Lucían W., The Authority Crisis in Chinese Politics, Chicago.

ROBINSON, Thomas \V., The Cultural Revolution in China, Berkeley, 1971.

SNOW, Edgar, La Chine en Marche (traducción francesa de The Other Side of the River), Paris, 1963.

Union Research Institute. CCP Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution (1966-1967), Bilingüe (inglés-chino); Hong-Kong, 1968.

—, The case of P'eng Teh-huai 1959-1968, Bilingüe (inglés-chino), Hong-Kong.

—, Documents of Chinese Communist Party Central Commitee, September 1966-Abril 1969, vol. I, Hong-Kong, 1971.

VOGEL, Ezra F., Canton under Communism: Programs and Politics in a Provincial capital 1949-1968, Cambridge Mass., 1969.

G. Economía y población

BUCHANAN, Keith, The Transformation of the Chinese Earth. Perspectives on Modern China, Londres, 1970.

BUCK, J.L., DAWSON D., OWEN, L., WU, Yuan-li, Food and Agriculture in Communist China, Nueva York, 1966.

CHAO, Kang, Agricultural Production in Communist China 1945-1965, Londres, 1970.

CHAO, Kuo-chiin, Agrarian Policy of the Chinese Communist Party 1921-1959, Nueva Delhi, 1960.

CHEN, Nai-ruenn y GALENSON, Walter, The Chinese Economy under Communism, Edinburg University Press, 1969.

CHEN, Nai-ruenn, The Economy of Mainland China 1949-1963. A Bibliography of Materials in English, Berkeley, 1963.

CHENG, Chu-yuan. Economic Relations between Peking and Moscow 1949-1963, Nueva York, 1964.

—, Communist China's Economy 1949-1962. Estructural changes and crisis, Nueva Jersey, 1963.

Congress of the USA (JOINT ECONOMIC COMMITTEE), An Economic Profile of Mainland China (2 vols.), Washington, 1967.

—, People's Republic of China: An economic Assesment, Washington, 1972.

—, An Economic Profile of Mainland China (2 vols.), Washington, 1967.

DELEYNE, Jan, L'Économie Chinoise, Seuil, Paris, 1971.

DONNITHORNE, Audrey, China?s Economic System, Londres, 1967.

DUMONT, René, La Chine surpeuplée — Tiers monde affamé, París, 1965.

—, Revolution dans les campagnes chinoises, Paris, 1957.

ECKSTEIN, A., GALENSON, W., LIU, Ta-chung, Economic Trends in Communist China, Edimburgo, 1968.

ECKSTEIN, A., Communist China's Economic Growth and Foreign Trade, Nueva York, 1966.

—, The National Income of Communist China, Glencoe, Illinois, 1961.

ÉTIENNE, Gilbert, La voie chinoise, Paris, 1962.

Ho, Ping-ti, Studies on the Population of China 1368-1953, Cambridge, Mass., 1959.

HOLLISTER, William W., China's Gross National Product and Social Ao counts 1950-1957, MIT, 1958.

HUGUES, T.I. y LUARD, DET, The Economic Development of Communist China 1949-1960, Oxford University Press, 1961.

ISHIKAWA, Shigeru, National Income and Capital Formation in Mainland China (An Examination of Official Statistics), Tokio, 1965.

KING, Frank H.A., Concise Economic History of Modern China 1840-1960. Praeger, Nueva York, 1968.

KLEIN, Sidney, Politics versus Economics: The Foreign Trade and Aid Policies of China, Hong-Kong, 1968.

Kuo, T.C. Leslie, The Technical Transformation of Agriculture in Communist China, Nueva York, 1972.

Li, Choh-ming, The Statistical System of Communist China, Berkeley, 1962.

—, Economic Development of Communist China, Berkeley, 1959.

Liu, T.C., YEH, K.C., The Economic of the Chinese Mainland: National Income and Economic Development, 1933-1959 (2 vols.), 1965.

MAH, Feng-hwa, The Foreign Trade of Mainland China, Ediraburgh University Press, 1969.

MENGUY, Marc, L'économie de la Chine Populaire, 2a. ed. PUF, París, 1971.

MIYASHITA, Tadao, The Currency and Financial System in Communist China, Tokio

PERKINS, Dwigth, H., Market Control and Planning in Communist China, Harvard University Press, 1966.

—, Agricultural Development in China 1368-1968, 1969.

PRYBYLA JAN, S., The Political Economy of Communist China, International Text Book Company, Scranton (Penns.), 1970.

RICHMAN, B.M., Industrial Society in Communist China, Random House, Nueva York, 1969.

SCHRAM, Peter, The Development of Chinese Agriculture 1950-1959, University of Illinois Press, 1969.

WALKER, K.R., Planning in China Agriculture; Socialisation and the Private Sector 1956-1962, Londres, 1965.

WILLMOT, W.E., Economic Organisation in Chinese Society, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1972.

Wu, Yuan-li, The Economy of Communist China. An Introduction, Londres, 1965.

—, An Economic Survey of Communist China, Nueva York, 1956.

Wu, Yuan-li, LING, H.C., Wu, Grace Hsia, The Spatial Economy of Communist China. A Study on Industrial Location and Transportation, Nueva York-Londres, 1962.

YANG, C.K., Chinese Communist society. The Family and the Village, Cambridge, Mass., 1965.

YIN, Helen, YIN, Yi-chang, Economic Statistics of Mainland China 1949-1957, Cambridge, Mass., 1960.

H.

Cultura, educación, prensa, información, cuestión religiosa, minorías

BUSH, Richard C. Jr., Religion in Communist China, 1970.

CHEN, Theodore H.E., Thought Reforms of the Chinese Intellectuels, Hong-Kong, University Press, 1960.

DIENY, J.P., Le Monde est á vous. La Chine et les livres pour enfants, Paris, 1970.

DUFAY, Francis, L'étóile contre la Croix, 1961.

FEUERNVERKER, Albert y CHENG, S., Chinese Communist Studies of Modern Chinese History, Harvard University Press, 1961.

FOKKEMA, D.W., Literary Doctrine in China and Soviet Influence 1936-1960, Paris, 1965.

FRANCIS, John de, Nationalism and Language Reform in China, Princeton, 1950.

FRASER, Stewart E., Education and Communism in China. An Anthology of Commentary and Documents, Londres, 1971.

GOULD, Sidney. Sciences in Communist China. Washington, 1961.

Hoover Institution (The), Chinese Periodicals and Newspapers, Stanford, The Hoover Institution, 1973.

HSIA, C.T.A, History of Modern Fiction 1917-1957, New Haven, 1961.

HSIA, Tsi-an, The Gate of Darkness (Studies on the Leftist Literary Movement in China), Seattle, 1968.

HUANG, Sung-k'ang, Lu Hsiin and the New Culture Movement of Modern China, Amsterdam, 1957.

LANG. Olga, Pa Chin and his writings, Cambridge, Mass., 1967.

LEFEUVRE, Jean, Les Enfants dans la ville, 1961.

MONSTERLEET, Jean, Sommets de la literature chinoise contemporaine, Paris. 1953.

NUNN, G. Raymond, Publishing in Mainland China, MIT, 1966.

ORLEANS, Leo O., Professional Manpower and Education in Communist China.

PRICE, R.C., Education in Communist China, Londres, 1970.

PRUSLK, Jaroslav, Studies in Modern China Literature, Berlin, 1964.

TING. Yi, A Short History of Modern Chinese Literature, Pekín, 1959.

TSIEN, Tche-hao, L'Enseignement supérieur et la Recherche Scientifique crt Chine Populaire, Paris, 1972.

Wu, Y.L., y SHEEKS, Robert B., The Organisation and Support of Scientific Research and Development in Mainland China, Nueva York, 1970.

I. Defensa nacional

BUESCHEL, Richard M., Communist China Air Power Praeger, Nueva York, 1968.

CHENG, J. Chester, PL A Kung-tso y T'ung-hsün. The Politics of the Chinese Red Army, University of California, 1966.

GITTINGS, John, The role of the Chinese Army, Oxford University Press, 1967.

GRIFFITH, Samuel B., The Chinese People's Liberation Army, Londres, 1968.

HUCK, A., The Security of China, Londres, 1970.

JOFFE, Ellis, Party and Army: Professionalism and Political Control in the Chinese Officer Corps 1949-1964, Cambridge, Mass., 1965.

RHOADS, Edward J.M., The Chinese Red Army 1927-1963. An Annotated Bibliography, Harvard University Press, 1964.

WHITSON, William W., The Military and Political Power in China in the 1970's, Praeger, Nueva York, 1972.

WHITSON, WAV. y HUANG, Chen-hsia, The Chinese High Command. A History of Communist Military Politics 1927-1971, Praeger, Nueva York, 1973.

J. Política exterior

BARNETT, A. Doak, Communist China and Asia: Challenge to American Policy Harper Brothers, Nueva York, 1960.

—, (ed.), The United States and China; The Next Decade, Praeger, Nueva York, 1970.

BOTTATI, Mario, Le Con flit sino-soviétique (2 vols.), Armand Colin, Puis 1971.

BOORMAN, H.L., ECKSTEIN, A., MOSELEY, P., SCHWARTZ, B., MOSCOW-Pekín Axis: Strength and Strains, Harper, Nueva York, 1957.

BOYD, R.G., Communist China's Foreign Policy, Pracger, Nueva York, 1962.

CLUBB, D. Edmund, China and Russia. The Great Game, Columbia University Press, Nueva York, 1971.

COHEN, Jerome Alan, The Dynamics of China?s Foreign Relations, Cambridge, Mass., 1970.

DALAI Lama, My Land and my People. The Autobiography of H.H. The Dalai Lama, Londres, 1962.

DEUTSCHER, Isaac, Russia, China and the West. A Contemporary Chronicle 1953-1966, Oxford University Press, 1970.

DULLES, Foster Rhea, American Policy toward Communist China. The Historical Record 1949-1969, Thomas y Crowcll Co.

DUTT, Vidya Prakash, China's Foreign Policy 1958-1962, Asia Publishing House, Nueva York, 1964.

FAIRBANK, John King, The United States and China, edición revisada, Cambridge, Mass., 1967.

FETJÓ, Francois, Chine-URSS (2 vols.), 1950-1957 y 1958-1965, Pion, Paris, 1964 y 1966.

FLOYD, David, Mao against Khruschev: A Short history of the China Soviet Conflict, Londres, 1964.

GITTINGS, John, Survey of the Sino-soviet Dispute (1963-1967), Oxford University Press, 1964.

GRIFFITH, William, The Sino-soviet Rift, Cambridge, MIT. Press, 1969.

HALPERN, A.M. (ed.), Policies toward China. Views from six Continents, Nueva York, 1966.

HINTON, Harold C., China's Turbulent Quest. An Analysis of China's Foreign Relations since 1945, Nueva York, 1966.

JOHNSON, Cecil, Communist China and Latin America 1959-1967, Nueva York-Londres, 1970.

JOHNSTON, D.M. y CHIU, Hung, Agreements of the People's Republic of China 1949-1967. A Calendar, Harvard University Press, 1968.

LAMB, Alaster, The China India Border, Oxford University Press, 1964.

LARKIN, Bruce D., China and Africa: 1949-1970, University of California Press, 1971.

LONDON, Kurt (ed.), Unity And Contradiction. Major Aspects of Sino-Soviet Relations, Nueva York, 1962.

MAC FARQUHAR, R., Sino-American Relations 1949-1971, Praeger, Nueva York, 1972.

MAXWELL, Neville, India's China War, Londres, 1970.

MEHNERT, Klaus, Peking and Moscow, Londres, 1963.

MERTENS, Pierre y SMETS, Paul F., L'Afriquc de Pékin, Bruselas, 1966.

MOORSTEN, Richard y ABRAMOWITZ, Morton, Remarking China Policy, Cambridge, Mass., 1971.

PURCELL, Victor, The Chinese in South East Asia, Londres, 2a. ed., 1965.

RAUDLE, Robert, Geneva 1954: The Settlement of the Indochina war.

RICHER, Philippe, La Chine et le Tiers Monde, Payot, Paris 1971.

ROSE, Leo E., Nepal, Strategy for survival, University of California Press, Berkeley, 1971.

YOUNG, Kenneth T., Negotiating with the Chinese Communist: The United States Experience 1953-1967, Nueva York, 1968.

ZAGORIA, Donald. S., The Sino-Soviet Conflict, 1956-1961, Princeton, 1962.

II. PUBLICACIONES CHINAS

De manera general, las fuentes chinas continentales utilizadas en el presente volumen están constituidas por textos oficiales, editoriales, informes o artículos sacados de la prensa cotidiana y de las revistas, o de colecciones y obras que atañen a un objeto preciso. En efecto, casi no existen trabajos serios consagrados a la historia del Partido y del régimen en general. En cuanto a los materiales reunidos en ciertos momentos (durante el movimiento de las 4 historias por ejemplo), salvo excepción son inaccesibles y muy a menudo inéditos. Conviene añadir que los historiadores habituales del Partido o de Mao Tse-tung (Hu Ch'iao-mu y Li Jui, por ejemplo), fueron eliminados en la Revolución cultural.

También se sabe que con un rigor variable según las épocas, las autoridades de Pekín prohibieron la salida de las obras de fondo, de las revistas especializadas, de la

prensa de provincia y que, desde 1966, la Revolución cultural ha terminado prácticamente con la edición de los folletos destinados a la propaganda del pensamiento de Mao Tse-tung.

Esta situación ha contribuido a valorar las investigaciones emprendidas en el exterior y principalmente en Taiwan, en Hong-Kong, en Occidente, en Japón y hasta en la URSS. Biografías y colecciones de documentos han sido abundantes desde hace algunos años y muchos de ellos han sido mencionados a lo largo de esta obra. Sin embargo, estos trabajos no están fundamentados más que en fuentes antiguas o indirectas, a veces están, como los del continente, tocados con el espíritu de propaganda y deben ser manejados con cierta prudencia.

Por estas razones, falta de espacio, y sobre todo porque este volumen está dirigido ante todo al lector no especialista en China o a los principiantes en sinología, la parte china de esta bibliografía se limitará a citar las publicaciones y obras de referencia más corrientes y accesibles. Los especialistas se remitirán llegado el caso a las bibliografías particulares a o las fuentes chinas a veces precisadas en las obras occidentales mencionadas más arriba[771].

1. Bibliografías generales

Ch'Han-Kuo hsin shu-mu (Bibliografía nacional), Pekín.

Ch'iian-Kuo Tsung shu-mu (Bibliografía nacional general anual), Pekin.

Chung-hua min-kuo ch'u-pan t'u-shu mu-lu (Bibliografía nacional de la República China (bilingüe), Taipeh.

«The monthly list of China Books», Taipeh.

2. Anuarios y diversos libros

«Jen-min shout-ts'c» (Guía del Pueblo), Pekín (último número 1965).

Hui-huang ti shih-nien (Diez años gloriosos). Wei-ta ti shih-nien (Diez grandes años), Pekín, 1959.

«Fei-ch'ing nien-pao» (Anuario del comunismo chino), Taipeh.

[771] Las recopilaciones de las obras de Mao Tse-tung bajo sus diversas formas no están censadas en esta bibliografía. La más completa y característica es sin duda la que un grupo de sinólogos japoneses, dirigido por el profesor Takeucho Minoru, está a punto de ultimar bajo el nombre de Mao Tse-Tung chi (Colección de las obras de Mao Tse-tung). Diez volúmenes previstos.
Por lo mismo, la dispersión de los escritos de otros teóricos no ha permitido el hacerlos figurar en una obra de carácter general. En este orden de ideas un trabajo considerable de recolección y de crítica de textos está aún por hacer tanto en China como en el extranjero

Chung-hua jen-min kung-ho kuo t'iao-yüeh chi (Colección de tratados de la República Popular China), Hong-Kong.

Chung-kung chün-shih wen-chien hui-p'icn 1950-1954 (Colección de do-cumentos sobre los asuntos militares 1950-1954), Hong-Kong.

Chung-yang jen-min-cheng-fu fa-ling hui-p'icn (Colección de leyes del gobierno central popular 1949-1954), Pekín.

Chung-hua jen-rnib kung-ho-kuo fa-kui hui-p'icn (Colección de leyes y reglamentos de la República Popular China). Es continuación del precedente. Dos colecciones por año desde septiembre de 1954, Pekín.

3. Biografías

Numerosas series de colecciones biográficas concernientes a la China continental han sido publicadas en Hong-Kong y Japón y muchas revistas de Taipeh y de Hong-Kong indicadas a continuación contienen preferentemente artículos biográficos. Aquí nos limitaremos a citar:

Chung-kung jen-ming-lu (Biografía de Comunistas chinos), Taipeh, 1967. Huang Chen-hsicn: Chung-kung chün-jcn chi (Militares comunistas chinos).

4. Periódicos

Dos diarios: «Jen-min jih-pao» («Diario del Pueblo») y «Kuang-ming jih-pao» («Claridad») están actualmente autorizados a salir de China así como el «Hung ch'i» («Bandera Roja») titulado «Hsüeh-hsi» («Estudios») antes de octubre de 1958 (en principio bimensual).

A falta de estas colecciones el «Hsin-hua yüeh-pao» (mensual de la Nueva China) convertido por un momento en «Hsin-hua pan-yüeh-k'an» (bimensual de la Nueva China) es la publicación más práctica para los investigadores.

Ofrecemos a continuación la lista de las principales revistas accesibles hasta 1966 y que por lo menos pueden encontrarse en parte en las bibliotecas especializadas.

«Hsin chicn-she» («Nueva Construcción»), mensual.

«Hsin kuan-ch'a» («Nuevo Oservador»), bimensual.

«Jen-min chiao-yü» («Educación Popular»), bimensual.

«Jen-min wen-hsüeh» («Literatura Popular»), mensual.

«Li-shih yen-chiu» («Estudios Históricos»), bimensual.

«Min-tsu t'uan-chieh» («Unidad de las Nacionalidades»), mensual. «Shih-chieh chih-shih» («Conocimiento del Mundo»), bimensual.

«Ti-li chih-shih» («Conocimiento de la Geografía»), mensual.

«T'ung-chi kung-tso» («Trabajo Estadístico»), bimensual.

«Cheng-fa yen-chiu» («Estudios sobre el Gobierno y las Leyes»), tri-mestral.

«Ching-chi yen-chiu» («Estudios Económicos»), mensual.

En Taiwan un importante número de revistas tratan de los problemas de la China Popular. Sólo citaremos aquí las dos o tres más importantes:

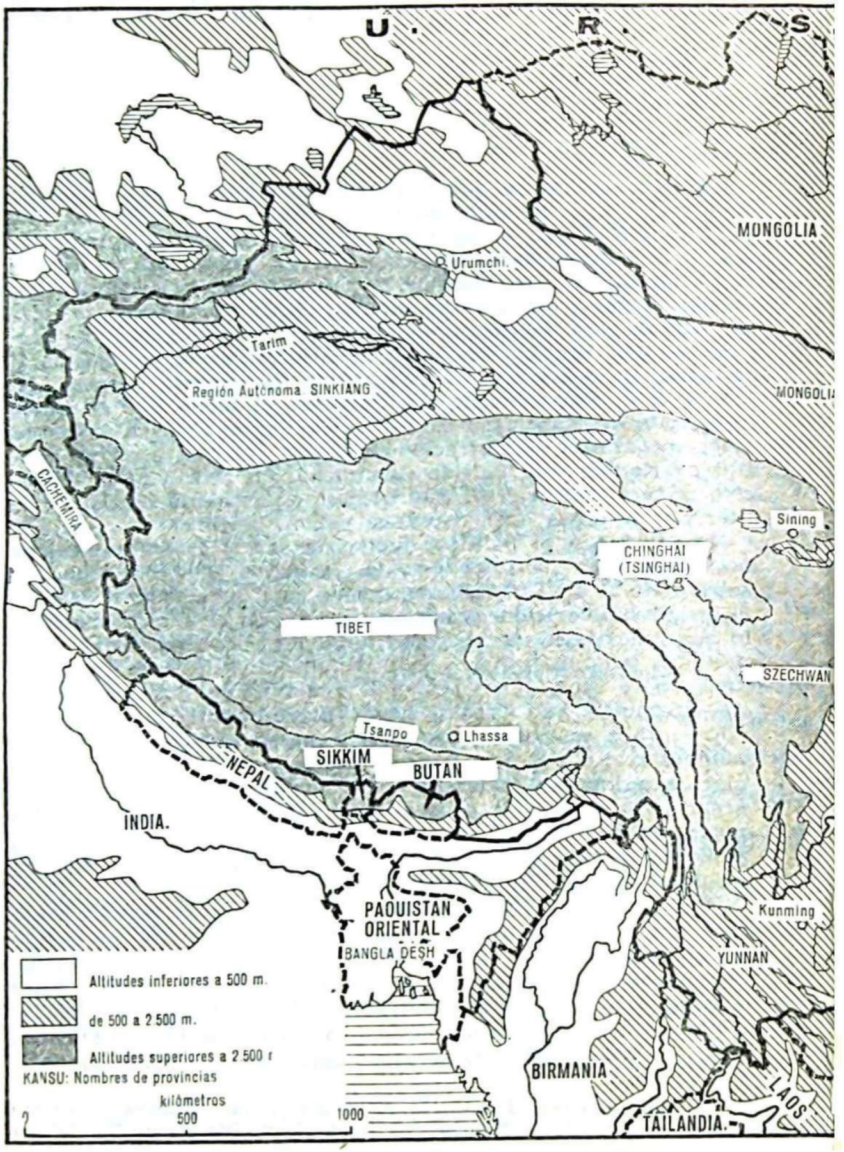
«Chung-kung yen-chiu» (estudios acerca de los comunistas chinos), anteriormente «Fei-ch'ing yen-chiu».

«Wen-ti yü yen-chiu» («Problemas y Estudios»). Versión inglesa «Issues and Studies».

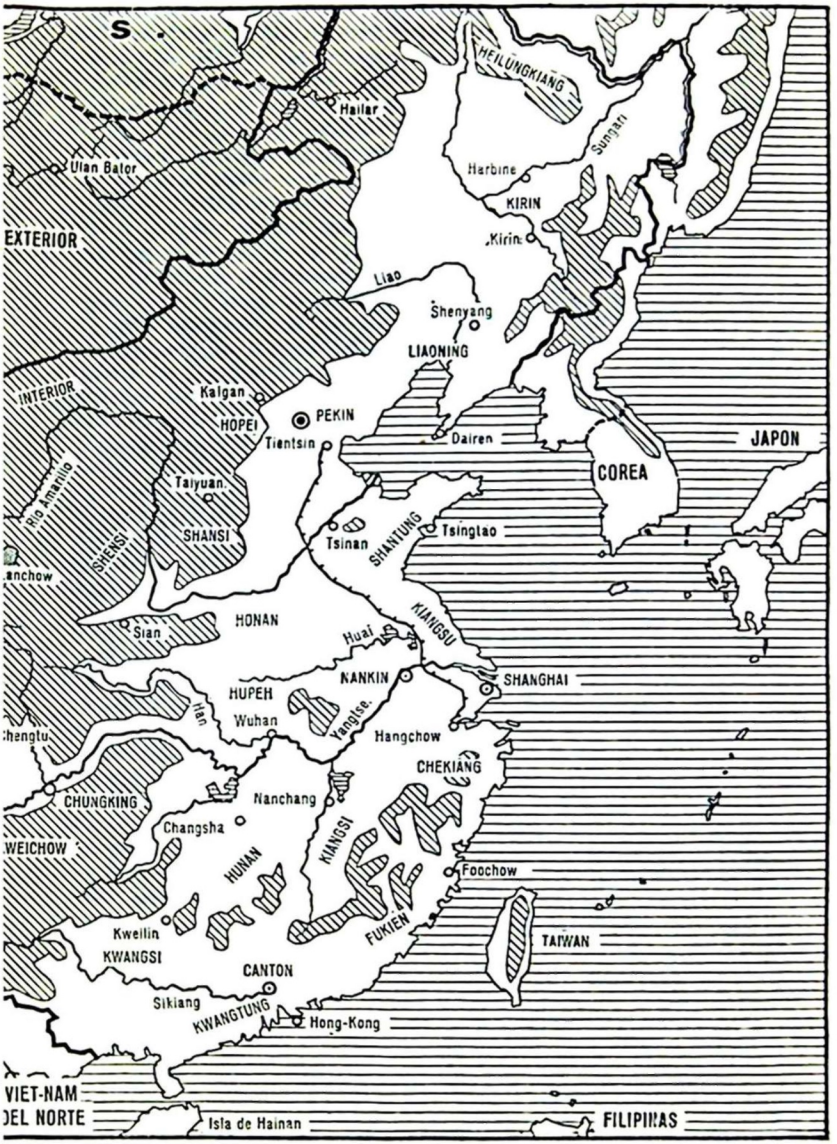
En Hong-Kong muchas revistas se interesan por los problemas del continente y particularmente «Chan wang» («Miradas»), mensual; «Ch'un ch'iu» («Primavera y Otoño»), bimensual; «Tsu-kuo yüeh-k'an» («Patria»), mensual. «Ming-pao», mensual. Publican acerca de ellos textos o colecciones de importantes documentos.

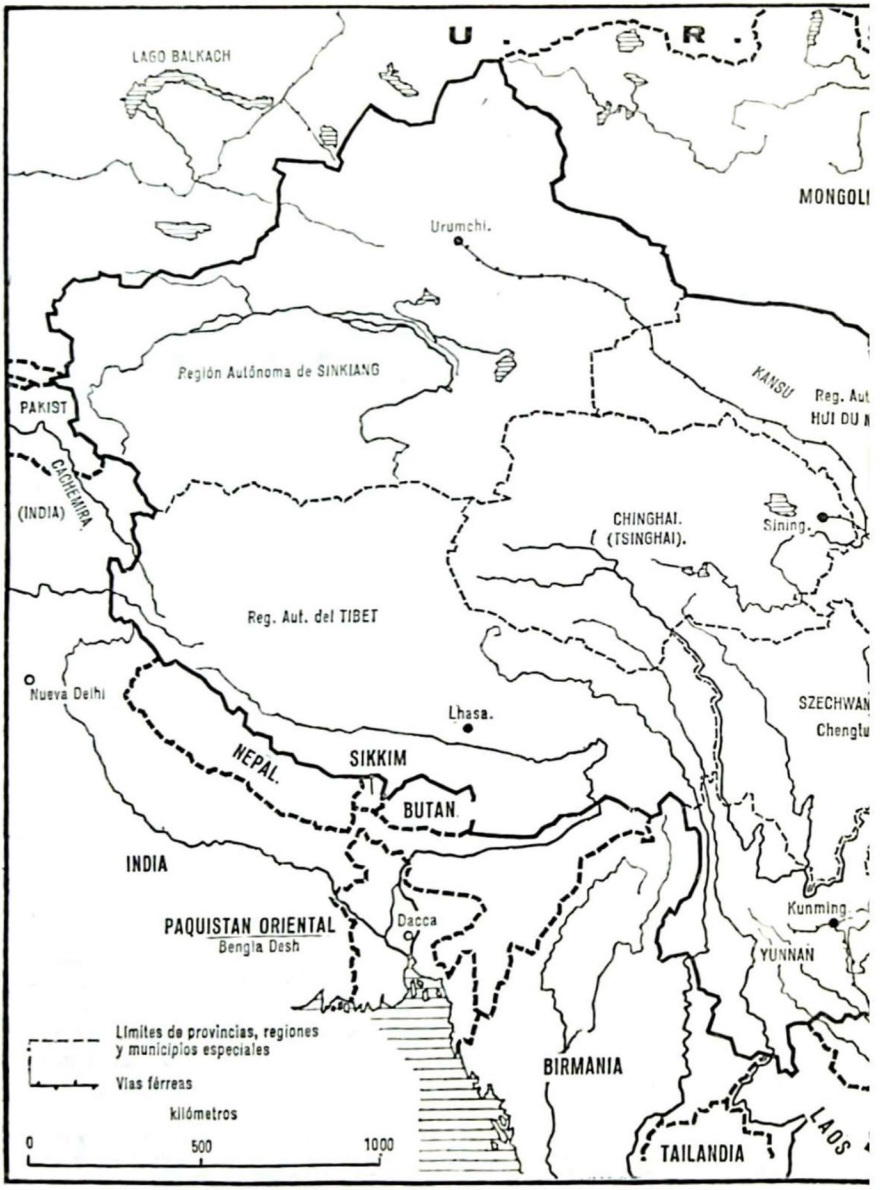
Así, el secreto político, las preocupaciones de propaganda y la dispersión y variedad de las fuentes complican en gran medida la tarea del bibliógrafo y del investigador sinólogo, ya se trate de identificación, de localización y sobre todo de la obtención de sus documentos de trabajo. Queda por hacer un considerable esfuerzo en todos los países para que se forme y fortalezca una sinología moderna, llevada por investigadores formados en numerosas disciplinas y sobre todo en las que afectan a la economía política, a las ciencias y a las técnicas, y disponiendo de los recursos documentales indispensables.

Sobre este último punto, Europa está muy retrasada respecto a los Estados Unidos, la URSS y el Japón. Quisiéramos que este bosquejo del problema ayudase a encontrar las soluciones ya que el papel tomado por China en el dominio internacional demuestra su necesidad y urgencia.

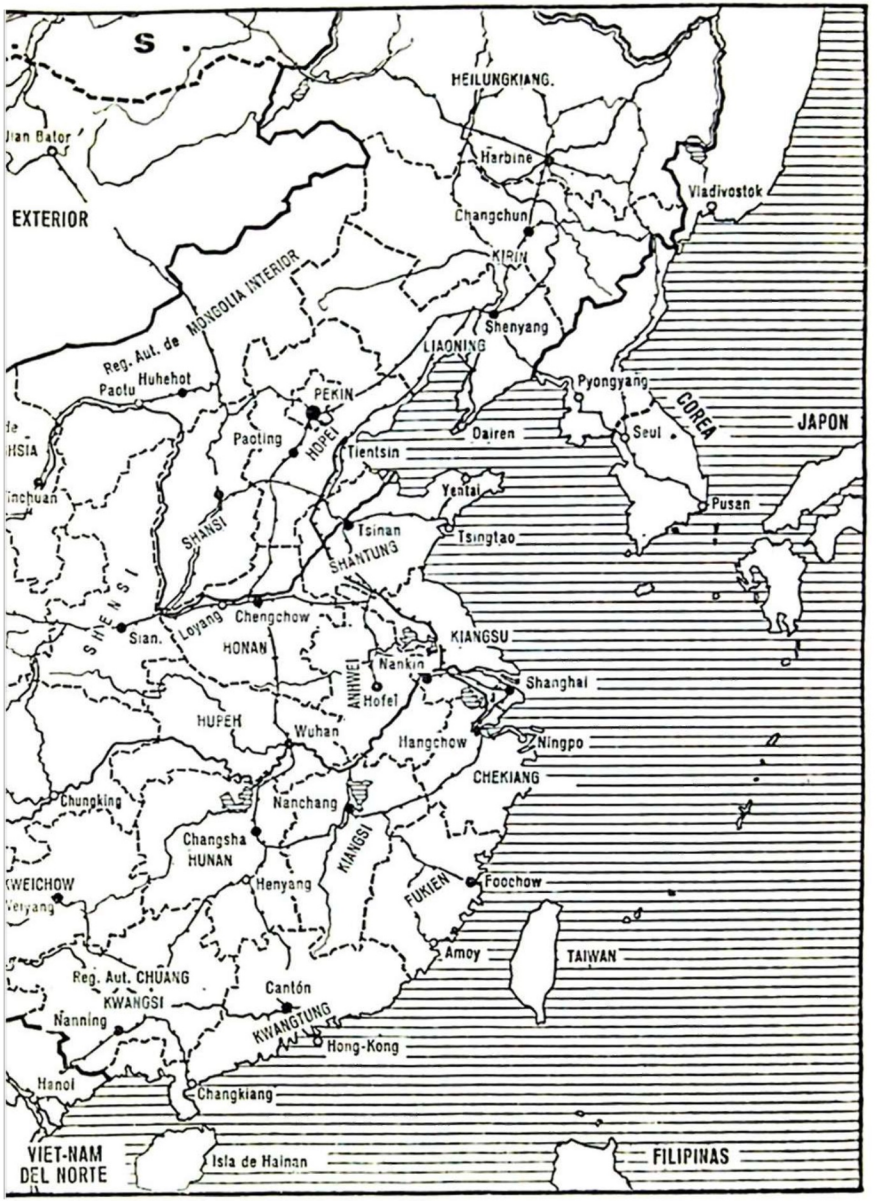


Mapa físico de China


S
HEILUNGKIANG
Hailar
Sungari
Ulan Bator
Harbine
KIRIN
EXTERIOR
Kirin
Liao
Shenyang
LIAONING
INTERIOR
Kalgan
HOPEI
PEKIN
Tientsin
Dairen
JAPON
COREA
Rio Amarillo
Taiyuan
SHENSI
SHANSI
Tsinan
SHANTUNG
Tsingtao
anchow
Sian
HONAN
Huai
KIANGSU
NANKIN
SHANGHAI
HUPEH
Wuhan
Yangtse
Hangchow
CHEKIANG
CHUNGKING
Nanchang
Changsha
WEICHOW
HUNAN
KIANGSI
Foochow
Kweilin
FUKIEN
TAIWAN
KWANGSI
CANTON
Sikiang
KWANGTUNG
Hong-Kong
VIET-NAM
DEL NORTE
Isla de Hainan
FILIPINAS



China administrativa


S
HEILUNGKIANG.
Harbine
Vladivostok
Changchun
KIRIN
Shenyang
LIAONING
Pyongyang
COREA
JAPON
Seul
Dairen
Yentai
Pusan
Tsingtao
Tientsin
PEKIN
HOPEI
Paoting
Huhehot
Paotu
EXTERIOR
MONGOLIA INTERIOR
Reg. Aut. de
SHANSI
SHANTUNG
SHENSI
Sian.
Loyang
Chengchow
HONAN
KIANGSU
Nankin
Shanghai
ANHWEI
Hofei
HUPEH
Wuhan
Hangchow
Ningpo
CHEKIANG
Chungking
Nanchang
Changsha
HUNAN
KIANGSI
FUKIEN
Foochow
Henyang
KWEICHOW
Amoy
TAIWAN
Reg. Aut. CHUANG
KWANGSI
Cantón
Nanning
KWANGTUNG
Hong-Kong
Hanoi
Changkiang
VIET-NAM
DEL NORTE
Isla de Hainan
FILIPINAS

CONFERENCIA CONSULTIVA POLÍTICA POPULAR

CONSEJO NACIONAL DE LA CONFERENCIA CONSULTIVA POLÍTICA POPULAR

CONSEJO DEL GOBIERNO CENTRAL POPULAR

Secretariado

OFICINA DEL PROCURADOR GENERAL DEL PUEBLO

TRIBUNAL SUPREMO POPULAR

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO

Secretariado General

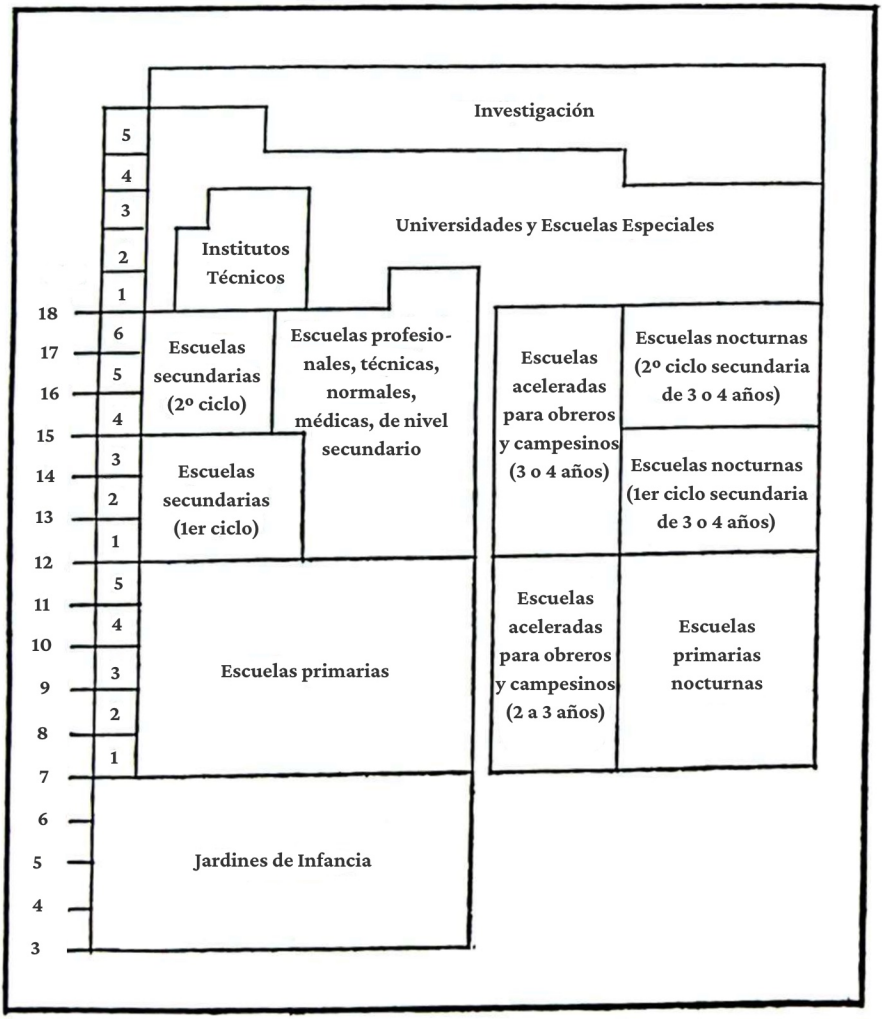
COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO POPULAR

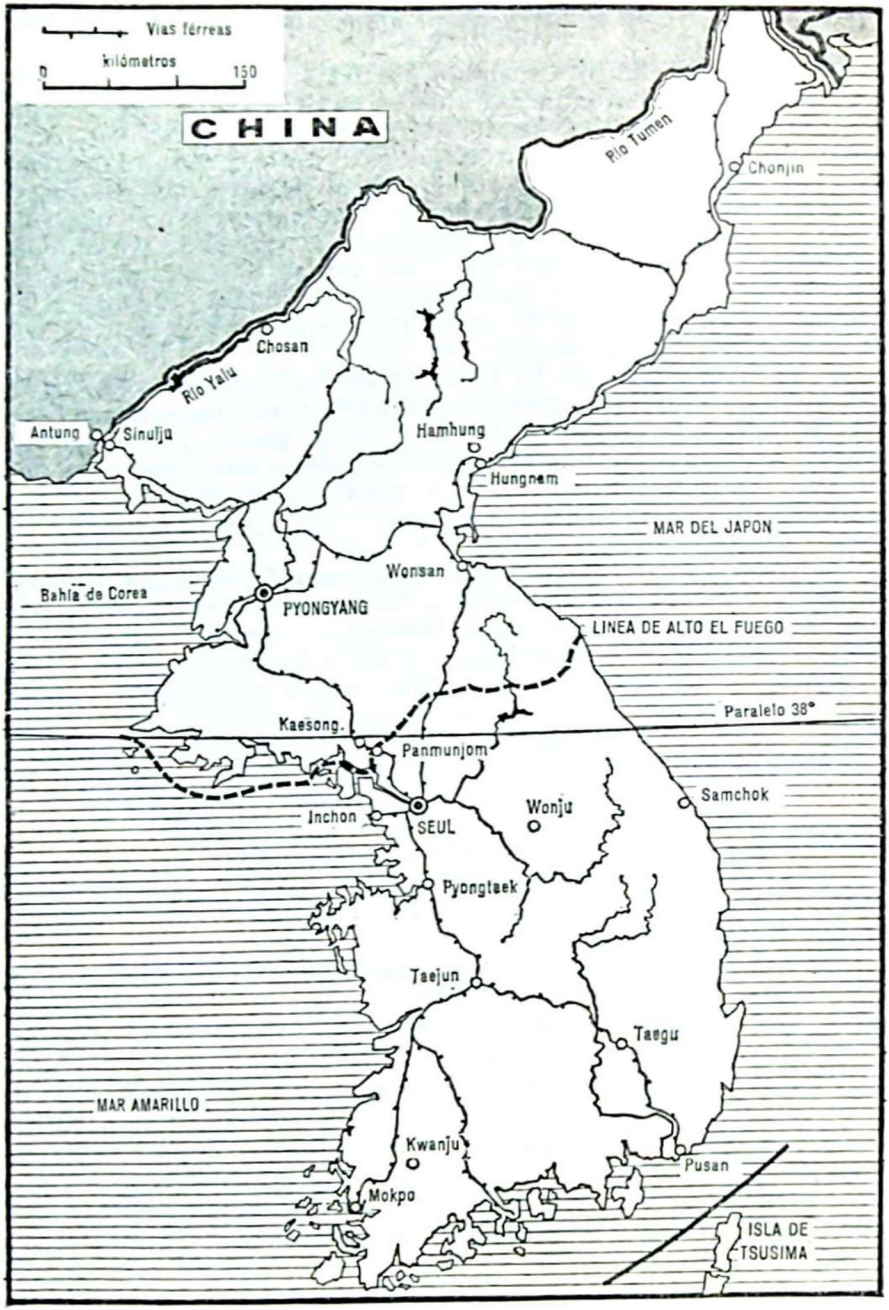
Comisión Cultural y de Educación
- Dirección General de la Edición
- Dirección General de la Información
- Academia de las ciencias
- Ministerio de Sanidad Pública
- Ministerio de Educación
- Ministerio de Asuntos Culturales

Comisión Financiera y Económica
- Ministerio de Industria Pesada
- Ministerio de Industria de Carburantes
- Ministerio de Industria Textil
- Ministerio de Industria Alimenticia
- Ministerio de conservación de las Aguas
- Ministerio de Ferrocarriles
- Ministerio de Industria Ligera
- Ministerio de Bosques y repartición de tierras
- Ministerio de Correos y Telecomunicaciones
- Ministerio de Comunicaciones
- Dirección general de Aduanas
- Ministerio de Comercio
- Banco Popular
- Ministerio de Finanzas
- Ministerio de Agricultura
- Ministerio de Trabajo

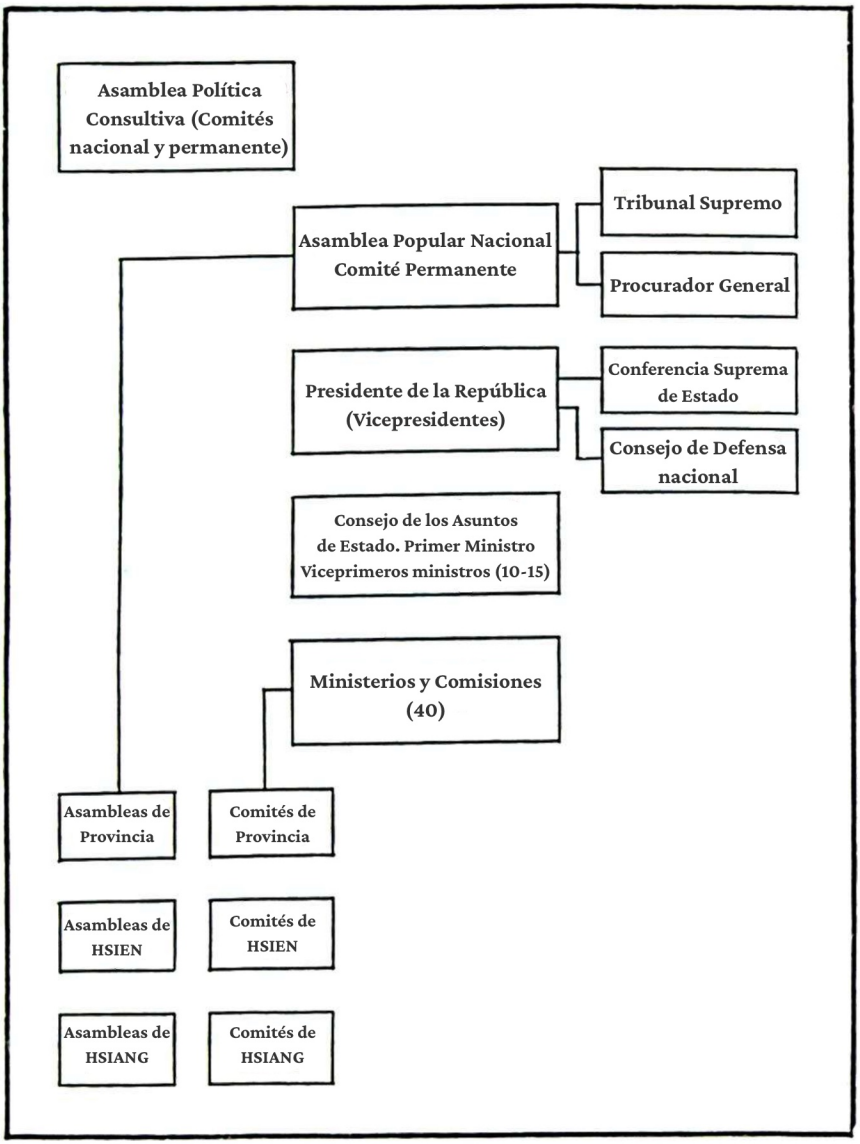
Comisión Política y Legislativa
- Comisión de las Nacionalidades
- Comisión de Codificación (Legislación)
- Ministerio de Justicia
- Ministerio de Seguridad Pública
- Ministerio del Interior

Comisión de Control Popular
- Comisión de los chinos de Ultramar
- Dirección General de Informaciones
- Ministerio de Asuntos Exteriores

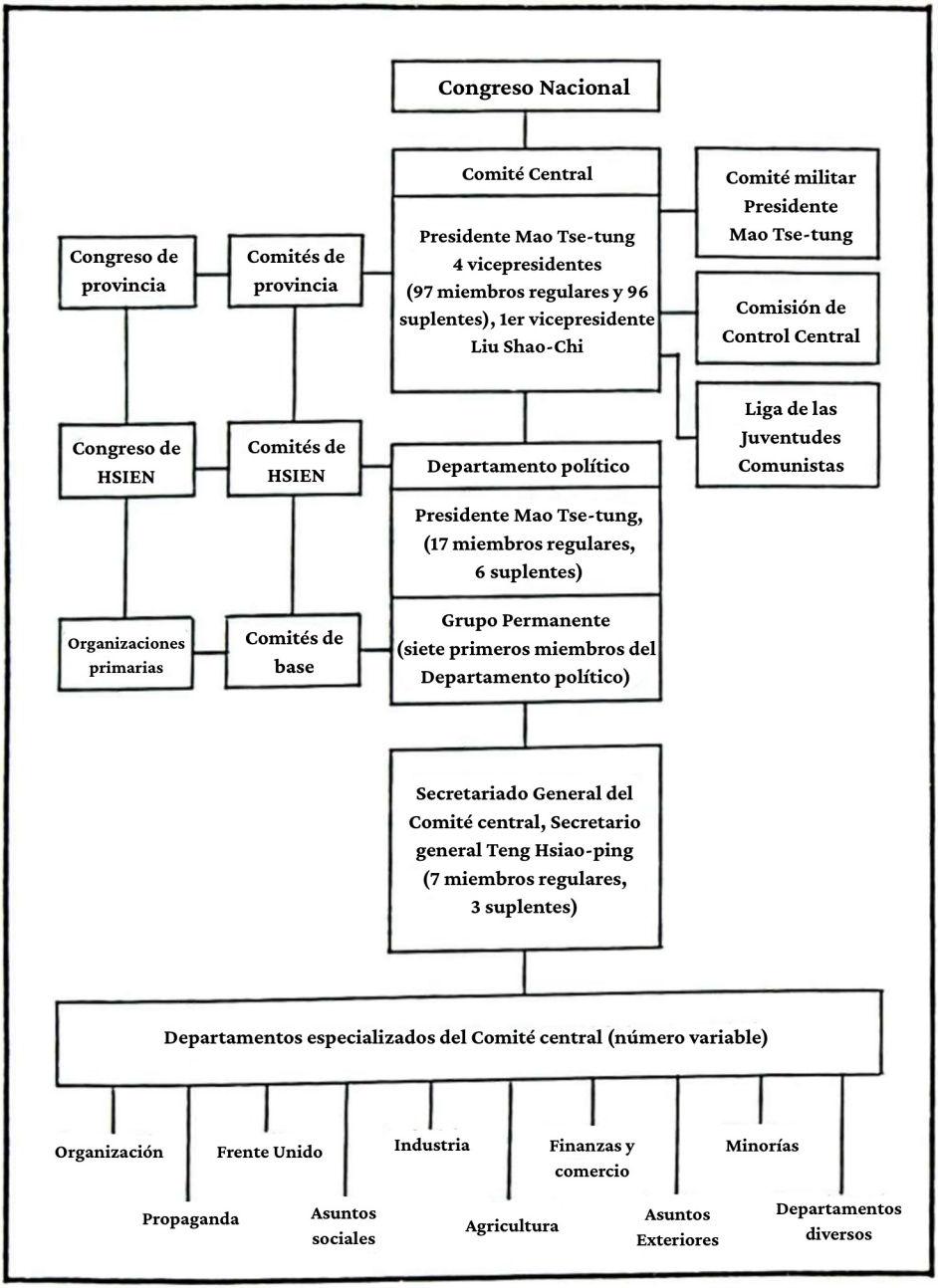

Investigación
Universidades y Escuelas Especiales
Institutos Técnicos
Escuelas secundarias (2º ciclo)
Escuelas profesionales, técnicas, normales, médicas, de nivel secundario
Escuelas secundarias (1er ciclo)
Escuelas primarias
Jardines de Infancia
Escuelas aceleradas para obreros y campesinos (3 o 4 años)
Escuelas nocturnas (2º ciclo secundaria de 3 o 4 años)
Escuelas nocturnas (1er ciclo secundaria de 3 o 4 años)
Escuelas aceleradas para obreros y campesinos (2 a 3 años)
Escuelas primarias nocturnas
5
4
3
2
1
18
6
17
5
16
4
15
3
14
2
13
1
12
5
11
4
10
3
9
2
8
1
7
6
5
4
3



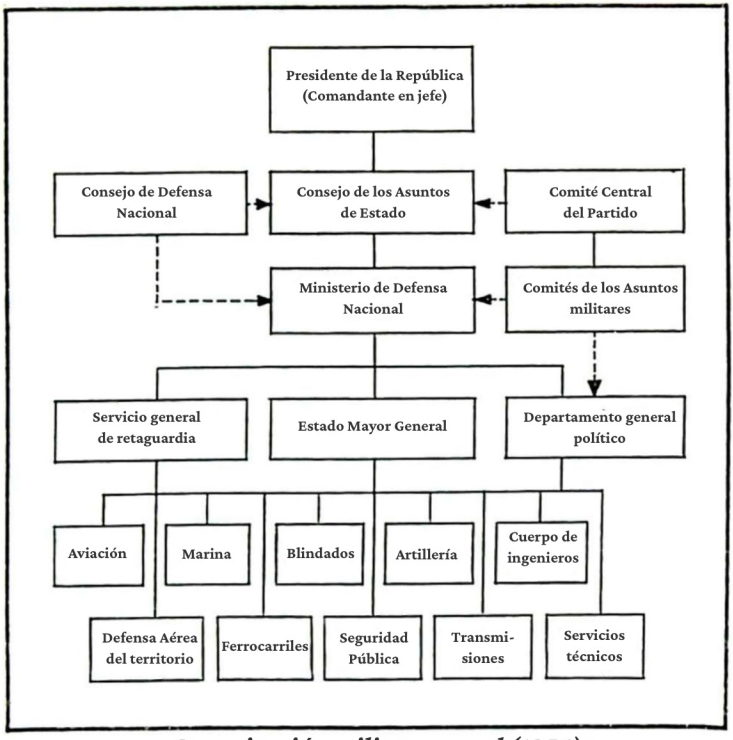
Teatro de operaciones de Corea.



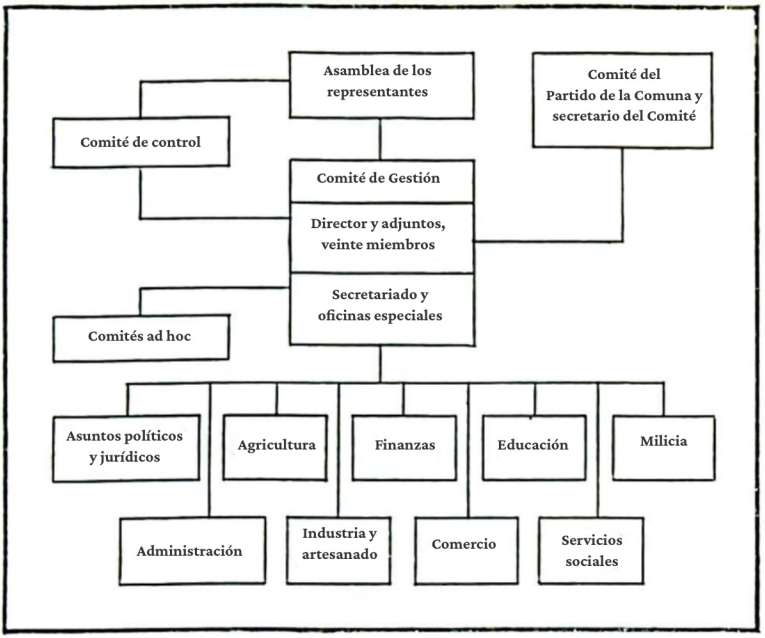
Esquema de organización del gobierno popular (Constitución de 1954).



Esquema del organización del Partido Comunista Chino después del VIII Congreso (septiembre de 1956)



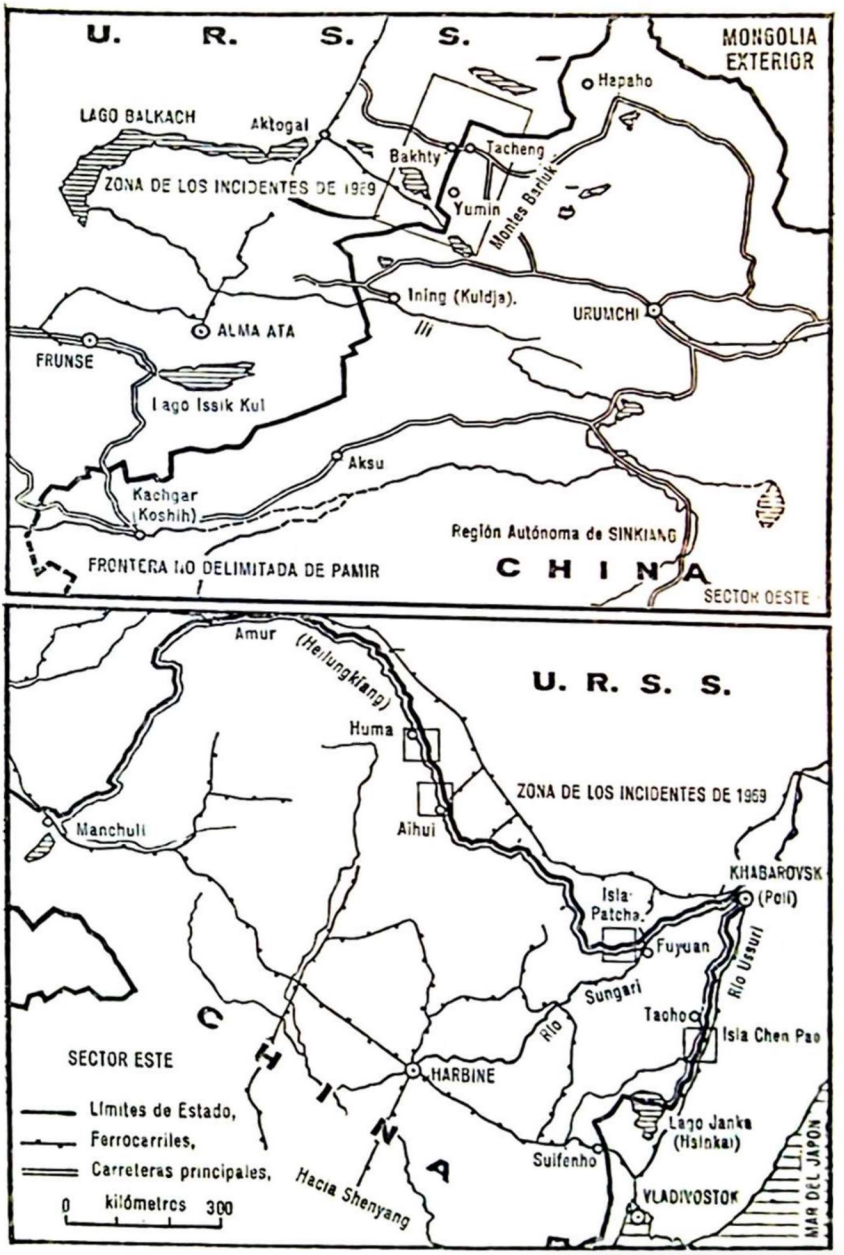
Organización militar general (1954)



Esquema de organización de la Comuna Popular Rural

Fronteras chino-indias

Fronteras chino-rusas.



Fronteras chino-rusas

ÍNDICE

Nota preliminar 5

Primera parte:
LA CHINA NEODEMOCRÁTICA (1949-1953) 7

I. La China de 1949 9

II. La reconstrucción política y administrativa. La formación ideológica de las poblaciones. Las primeras campañas masivas 16

Las nuevas instituciones políticas (16), El «Programa común» (22), Toma del control de la población (23), Las campañas de los «Tres y Cinco Anti» (27)

III. La restauración económica 30

La reforma agraria del 28 de junio de 1950 (30), La restauración industrial (35), El resurgimiento financiero (41)

IV. Las transformaciones sociales: la ley del 1 de mayo de 1950 sobre el matrimonio 43

La familia tradicional (44), la familia tradicional dentro de la sociedad (47), La evolución de la familia tradicional (48), La ley del matrimonio (49)

V. Las transformaciones culturale 55

El caso Liang Shu-ming (56), El film «La vida de Wu Hsün» (57), La historia secreta de la corte de los Ch'ing (59), La denuncia de Hu Shih (60), La «refundición de los intelectuales» (61), La educación, la formación de los cuadros (62)

VI. Las relaciones exteriores. La guerra de Corea 67

Las relaciones exteriores (67), El tratado del 14 de febrero de 1950 (68), La intervención china en la guerra de Corea (73)

Segunda parte:

EL PRIMER QUINQUENIO (1953-1957) 82

VI. Los objetivos del primer plan de cinco años y la ayuda económica soviética 84

Los objetivos del plan (85), La ayuda soviética (89)

VIII. Transformación de las estructuras económicas 93

Nacionalización de la industria y del comercio (93), La colectivización de la agricultura (96), Las razones de la colectivización (96), Desarrollo de los equipos de ayuda mutua y de las cooperativas (98), cooperativas semisocialistas y socialistas (101), Las resistencias a la colectivización (104), La oposición a la colectivización dentro del Partido (106)

IX. Primeras disensiones abiertas: el caso Kao Kang-Jao, Su-shih, el caso Hu Feng, el caso del «Sueño del pabellón rojo» 110

Kao Kang (110), Jao Shu-shih (112), El caso Hu Feng (117), El caso Yü P'ing-po (119)

X. La constitución de 1954 y la administración interior. Los nuevos estatutos del Partido. Las relaciones Partido-Estado 124

La constitución del 20 de septiembre de 1954 (124), Los organismos regionales (127), Los nuevos estatutos del Partido (128), Liga de la Juventud Comunista y Pioneros Rojos (131), Vida interna del Partido (132), Las relaciones Partido-Estado (133)

XI. El VIII Congreso del Partido y la China de 1956 141

La economía china en otoño de 1956 (142), El Partido en 1956 y sus características (145)

XII. Las «Cien Flores» y el Movimiento de rectificación de 1957 151

XIII. Educación. Reforma de la lengua, prensa, política religiosa, frente a las minorías y demográfica en el primer plan quinquenal 163

La educación (163), La reforma de la escritura (165), La prensa, las publicaciones y el cine (169), La política religiosa (171), Las minorías (174), La población, la política demográfica (176)

XIV. Las nuevas instituciones militares 179

XV. La política exterior de 1953 a 1957 (I). Las conferencias de Ginebra y Bandung 187

La conferencia de Ginebra (187), La conferencia de Bandung (193), Las relaciones chino-indias (195), Las relaciones chino-indonesias (196), Las relaciones chino-birmanas (197), Las relaciones con Camboya, Laos, Nepal (198), La entrada de China en el Próximo Oriente (199), China y Afganistán (200), China y el resto del mundo (200)

XVI. La política exterior de 1953 a 1957 (II). Las relaciones chino-soviéticas 203

Tercera parte

LA VÍA CHINA HACIA EL SOCIALISMO (1958-1962) 217

XVII. A la búsqueda de una vía china hacia el socialismo 218

Los resultados del primer plan (219)

XVIII. El «Gran Salto Adelante» 230

El «Gran Salto Adelante» en la educación y la cultura (235)

XIX. Las comunas populares rurales y urbanas de 1958 238

Las estructuras (238), Funciones de la comuna (240), Las comunas urbanas (247)

XX. El reajuste de las comunas populares. El fracaso del «Gran Salto Adelante» 249

Las comunas reformadas (255), Las causas del fracaso de las comunas (258), El fracaso de la industria (260)

XXI. La evolución interna de 1958 a 1962 265

El Partido. La crisis de Lushan (265), Conversión de los restos de la burguesía (271), La evolución cultural (274), Los problemas religiosos (278), Las minorías (278)

XXII. La política exterior china de 1958 a 1966 (I). Evolución general, subcontinente indio, África negra, mundo árabe y América Latina 284

Evolución general (284), China y el subcontinente indio (285), El próximo Oriente y el África mediterránea (302), Yemen y otros países árabes (305), Afganistán (306), América Latina (306)

XXIII. La política exterior china de 1958 a 1966 (II). Japón, Corea y Sudeste asiático 310

Japón (310), Corea (313), Birmania (315), Indonesia (316), Vietnam, Laos, Camboya (318)

XXIV. La política exterior china de 1958 a 1966 (III). Estados Unidos, Europa Occidental, Organizaciones internacionales, desarme 329

EE.UU (329), Europa occidental (335), Gran Bretaña (336), Francia (337), Alemania del Oeste (339), Las organizaciones internacionales (340), Desarme (342)

XXV. La política exterior china de 1958 a 1966 (IV). El campo socialista 344

Evolución general (344), El revisionismo yugoslavo (344), La crisis del próximo oriente y el estrecho de Taiwan (345), Los chinos, el XXI Congreso del PCUS y el espíritu del «Camp David» (346), Las escaramuzas de 1960. Retirada de los consejeros soviéticos (347), El Congreso de los 81 Partidos comunistas y obreros (349), El XXII Congreso del PCUS (349), La crisis de Cuba (350), Las polémicas del invierno 1962-1963 (351), La crisis del verano de 1963. La carta china en 25 puntos (352), Los sucesores de Kruschev (356), La sustancia de las controversias (357)

Cuarta parte:

EL MOVIMIENTO DE EDUCACIÓN SOCIALISTA Y LA REVOLUCIÓN CULTURAL (1962-1971) 365

XXVI. El décimo Pleno y la reaparición de la lucha de clases 366

XXVII. El Movimiento de educación socialista 375

Los cuadros y el trabajo manual (377), Profesores y estudiantes en el campo (379), El sistema «semitrabajo, semiestudio» (380), El movimiento de educación socialista en el campo (382), El movimiento de educación socialista en los medios culturales (386)

XXVIII. «El toque de alarma de la Revolución cultural» 393

El caso Wu Han (393), Críticas de intelectuales destacados (397)

XXIX. «¡Fuego sobre la línea negra!». De Wu Han a Teng T'o. Caída de P'eng Chen 401

De Wu Han a Teng T'o (401), Teng T'o (402), Liao Mo-sha (402), La caída de P'eng Chen (405), Conquista del Ministerio de Cultura e Información (410)

XXX. «¡Barrer a todos los monstruos!» 414

El primer cañonazo de la Revolución cultural (417)

XXXI. El regreso del Gran Timonel y el onceavo Pleno del VIII Comité central 421

La onceava sesión del VIII Comité central (423), La jornada del 18 de agosto (427), «Como un millón de girasoles...» (429)

XXXII. Los guardias rojos contra el aparato superior del Partido (agosto-septiembre de 1966) 433

«Bombardear a los estados mayores» (436), La evolución en Pekín (440)

XXXIII. El «Giro Oscuro» de la Revolución cultural. Del deslizamiento hacia la anarquía a la «Triple Unión» y el nacimiento de los comités revolucionarios (noviembre 1966 - febrero 1967) 446

Los ataques contra Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing y sus partidarios (447), Desórdenes en provincias (451), Primera intervención del ejército (454), Los primeros comités revolucionarios (457), La situación en los campos (462)

XXXIV. La revolución cultural en un callejón sin salida (febrero-junio de 1967) 465

El comité revolucionario de Pekín (465)

XXXV. La crisis del verano de 1967 475

Los acontecimientos de Wu han (475), Los desórdenes de Cantón (479), Radicalismo y xenofobia (482)

XXXVI. Hacia el apaciguamiento 484 484

XXXVII. La multiplicación de los comités revolucionarios y el doceavo pleno del VIII Comité central (enero-noviembre 1968) 489

«China se vuelve roja totalmente» (489), El doceavo pleno (494)

XXXVIII. El IX Congreso (1-24 abrol 1969) y la reestructuración del Partido y del Estado (1969-1971) 495

El nuevo Partido (495), El informe Lin Piao (499), La evolución interna del IX al X Congreso (501)

XXXIX. El X Congreso y la situación política hasta el 31 de diciembre de 1973 511

El Partido (511), Balance de la Revolución cultural (516)

XL. La economía de 1962 a 1973 521 521

La agricultura (522), La industria (527), Los transportes (528), El comercio exterior (529), Hacia una nueva política económica (530)

XLI. La educación, cultura, prensa e información de 1962 a 1973 533

La educación (533), La cultura (540), La prensa y la edición (542), Religiñon (543)

XLII. La política militar de 1962 a 1973 544 544

La evolución interna de las fuerzas armadas (550), Las armas no convencionales (553)

XLIII. La política exterior de 1966 a 1973 (I). Evolución general 555 555

XLIII. La política exterior de 1966 a 1973 (II). Subcontinente indio, mundo árabe, África negra y América Latina 562

China y el subcontinente indio (562), El próximo Oriente y el África mediterránea (567), África (570), América Latina (572)

XLV. La política exterior de 1966 a 1973 (III). Japón, sudeste asiático 574

Japón (574), Corea (578), Birmania (579), Indonesia (580), Malasia (581), Tailandia (582), Filipinas (583), Indochina (583), Vietnam (584), Laos (588), Camboya (589)

XLVI. La política exterior china de 1966 a 1973 (IV). Estados Unidos, Europa Occidental, Organizaciones internacionales y desarme 591

Los Estados Unidos (591), Europa occidental y mediterránea (595), Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (596), Francia (597), Austria, Bélgica, Países Bajos (599), Naciones Unidas (599), Desarme (601)

XLVII. La política exterior china de 1966 a 1973 (V). El campo socialista 602

La crisis chino-soviética de 1969 y el movimiento comunista internacional (608), Las relaciones entre China y Europa del este (609)

Conclusión 612

Balance de una generación (612), La obra política (615), La obra económica (619), La obra social, educativa y cultural (620), El hombre nuevo (622), China frente a las naciones (623)

Bibliografía 627

Anexos 642

Advertencia de la Editorial

Con la publicación del segundo volumen de la obra de Jacques Guillermaz sobre la Historia del partido comunista chino en el poder (1949-1973), la editorial pone a disposición de todos aquellos interesados una de las investigaciones más importantes que se conocen en castellano sobre este proceso revolucionario.

El motivo de la publicación se debe, primeramente, a su traducción integra en castellano. Guillermaz, conocido diplomático y militar francés, dedicó una gran parte de su carrera y vida al estudio y conocimiento de China durante el siglo XX. En este sentido, consideramos que sus investigaciones, pese a su marcado poso anticomunista, brinda un primer intento panorámico sobre las contradicciones y tensiones que afrontó el proyecto revolucionario resultante tras la revolución triunfante de 1949.

En segundo lugar, y en conexión estrecha con lo anterior, consideramos que las extensas fuentes de primera mano empleadas, aunque pobremente interpretadas por el autor, permite la posibilidad de explorar diferentes dimensiones de la política comunista china, interna y externa, de forma rigurosa para quién esté interesado en investigar. Por esta razón, creemos que, a pesar de no concordar con muchas de sus conclusiones e interpretaciones, es conveniente aportar por nuestro parte una lista bibliográfica de diferentes estudios sobre la revolución china. Estudios que vienen a arrojar luz sobre acontecimientos cruciales como el Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural o el papel del Ejército Popular de Liberación así como los debates mantenidos tanto por las masas como en el seno del propio Partido Comunista.

Finalmente, la publicación de dicha obra nos permite seguir dando a conocer una de las dos más grandes revoluciones que se produjeron en el siglo XX. Una revolución que creemos que ha sido opacada, parcialmente, por el protagonismo decisivo que tuvo como primer hito histórico en la historia del proletariado revolucionario (con permiso de la Comuna de París) la revolución de Octubre en 1917 y, posteriormente, su partido comunista internacional o mundial, la III Internacional (1919-1943).

Obras para consultar sobre Mao:

- Mao Tse-Tung – José Aricó.
- Mao y la revolución china – Jerome Ch'em
- Mao ha muerto – Tomás L. Verdejo
- Mao Tse-Tung – Stuart Schram
- Mao Tse-Tung – George Paloczi – Horveth
- The morning deluge – Han Suyin
- Wind in the tower – Han Suyin
- Mao Zedong: a Political and intelectual portrait
- Rethinking Mao – Nick Night
- Mao Tse Tung in opposition – John E. Rue
- Mao Zedong, Zhou En Lai and the Evolution of the Chinese Communist Leadership – Thomas Kampen

Sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria:

- La revolución cultural china – K.H.Fen
- Historia de la revolución cultural proletaria en China – Jean Daubier
- Revolución Cultural y organización industrial en China – Charles Bettelheim
- La construcción del socialismo en China – Charles Bettelheim
- Turning Point in China – William Hinton
- The Unknown Cultural Revolution – Dongping Han
- Cultural Revolution at the Margins- Yiching Wu
- Rise of the Red Engineers – Joel Andreas
- Proletarian Power – Elizabeth Perry & Li Xun
- Mao's Last Revolution – Roderick Macfarquhar y Michael Schoendals
- The Cultural Revolution – Richard Kurt Kraus
- A Decade of Upheaval – Dong & Walder's
- The origins of the Cultural Revolution – Roderick Macfarquhar (3 volumenes)
- The Cultural Revolution and Post-Mao Reforms – Tang Tsou
- Party, Army and Masses in China – Livio Maitan
- La segunda revolución china – K. S. Karol
- Shenfan – William Hinton
- Shangai Journal – Neale Hunter
- La guardia roja conquista China – Robinson Rojas
- La mitad del cielo – Claudie Broyelle

- Chinese Foreign Policy during Cultural Revolution – Barnouin y Yus
- Zhang Chunqiao and the Shangai Commune – Andrew Walker
- Como materiales primarios importantes sobre la GRCP: Important Documents of the Great Proletarian Cultural Revolution – Foreign Language press (Pekin) y Long Live the Victory of Dictatorship of the Proletariat – Foreign language Press.

Obras que abarcan diferentes períodos de la revolución china:

- China: una revolución en agonía – Robinson Rojas
- Chinese-Soviet Relations, 1937-1945: The diplomacy of Chinese nationalism - John W. Garver
- Origins of the Chinese Revolution 1915-1949 – Lucien Bianco
- Soviet Policy and the Chinese Communists – Mclane
- The Communist Road to Capitalism – Ralf Ruckus
- Sorgo y Acero y Polvo Rojo – Colectivo Chuang
- Red Star over China – Edgar Snow
- La batalla por el pasado de China – Mobo Gao
- The Chinese Road to Socialism: Economics of the Cultural Revolution – Wheelwright
- Revolution and Counterrevolution in China – Lin Chun
- China Economy and Maoist Strategy – Gurley
- Repensar el socialismo ¿Qué es la transición socialista?– Pao Yu Ching, Foreign Language Press
- From victory to defeat – Pao Yu Ching, Foreign Language Press
- La construcción del socialismo vía china o modelo soviético.
- China después de la muerte de Mao Tse-Tung – Charles Bettelheim
- La revolución cultural china y la crisis china – Cavendish y Gray
- Chinese Ways of War and the Transition from Guerrilla to Conventional War in China's Northeast, 1945-1948 – Harold Tanner
- La conquista de China por Mao Tse-Tung – General Chassin (ámbito militar)
- La China contemporánea – Edgar Snow
- Women and Child Care in China – Ruth Seidel
- Capitalist Development and Class Struggle in China – Minqi Li
- Red Cat, White Cat – Weil (restauración capitalista)
- The Great Reversal – William Hinton (restauración capitalista)
- The capitalist roaders are still on the capitalist road – China Study Group
- Daily Life in Revolutionary China – Maria Antonietta Macciocchi
- En relación sobre la investigación de las muertes por el Gran Salto Adelante, recomendamos los estudios de Mark Taugher para combatir la propaganda burguesa.
- China Industrial's Revolution – Andors
- The Wind will not subside – David &Nancy Milton
- Fanshen – William Hinton (Gran Salto Adelante)
- Remember Socialist China – Mobo Gao, Dongping Han, Hao Qi
- La China de Mao y después – Maurice Meisner
- China: el otro comunismo – K. S. Karol
- La China de Mao – K. S. Karol
- A History of Communist Military Politics, 1927-1971 The Chinese High Command – William W. Whitson (Historia del Ejército Popular de Liberación).
- The Great Debate, Documents of the CPC, Foreign Language Press.

Dos Cuadrados.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.es

En este segundo volumen, Guillermaz abarca la historia de China desde el año de nacimiento de la República Popular en 1949 hasta su actualidad, poco antes de la muerte de Mao Zedong. Se trata del periodo en el que el Partido Comunista de China ejerce el poder del Estado, y trata acontecimientos clave como las campañas de rectificación de los Tres y Cinco Anti o las Cien Flores, las reformas agrarias y planes económicos, el Gran Salto Adelante, las comunas populares rurales y urbanas y, por supuesto, la Gran Revolución Cultural Proletaria.

No debemos olvidar que Guillermaz es un diplomático burgués, y que tras sus análisis se esconde ese furibundo odio a las masas y su forma de hacer política, para él «brusca, irracional», opuesta al sosegado realismo de los liquidadores capitalistas. Pese a esto, la cantidad de fuentes directas que cita, el enorme material del que dispone, la pretensión que el autor tiene por tomarse en serio la Revolución China y abarcar sus múltiples dimensiones (política interior, exterior, relaciones con el resto del campo socialista) y, por supuesto, el hecho de elaborar crónicas de acontecimientos tan recientes y contemporáneos, le dan esa frescura que consideramos valiosa para su reedición.

EDICIONES
DOSCUADRADOS